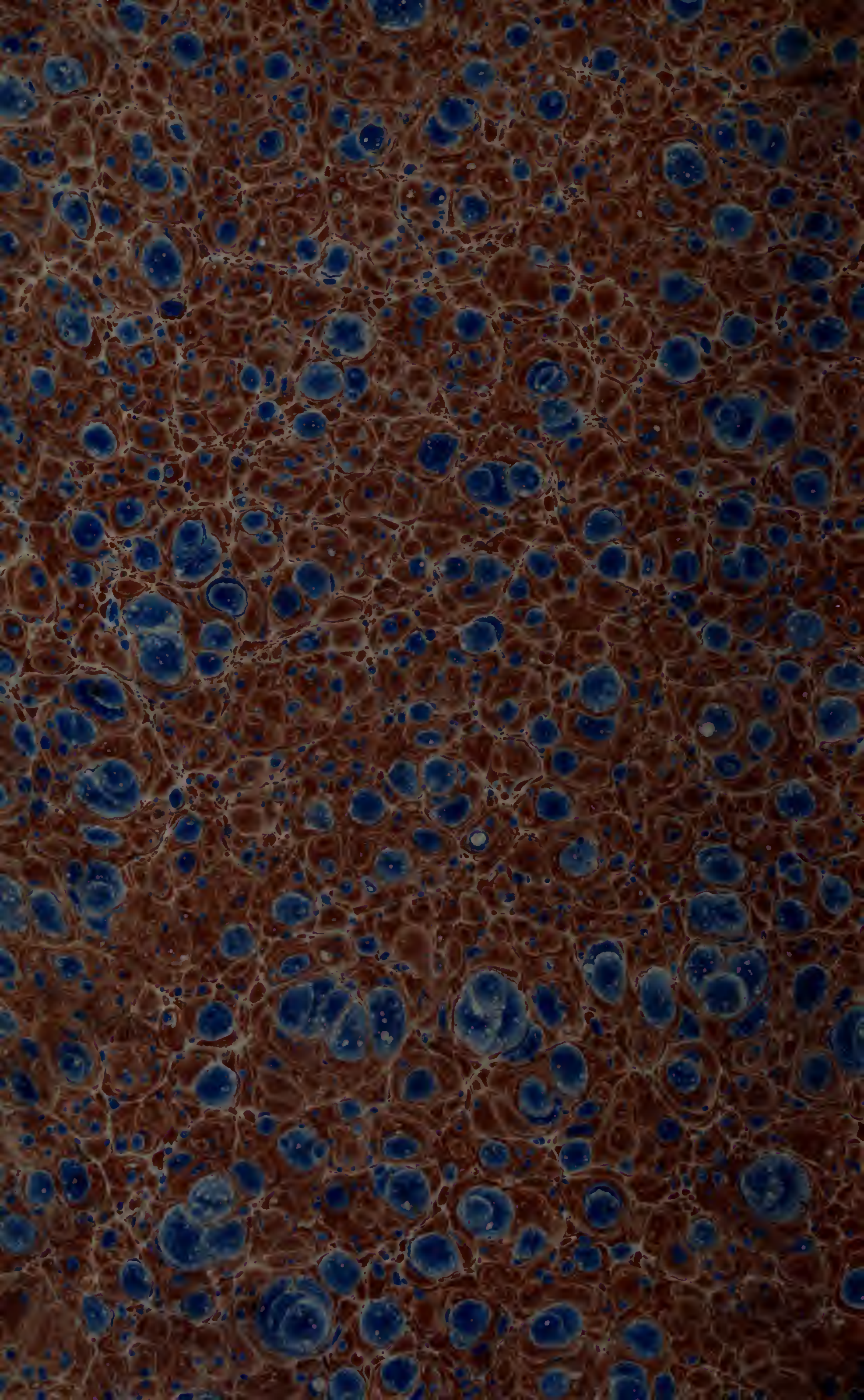
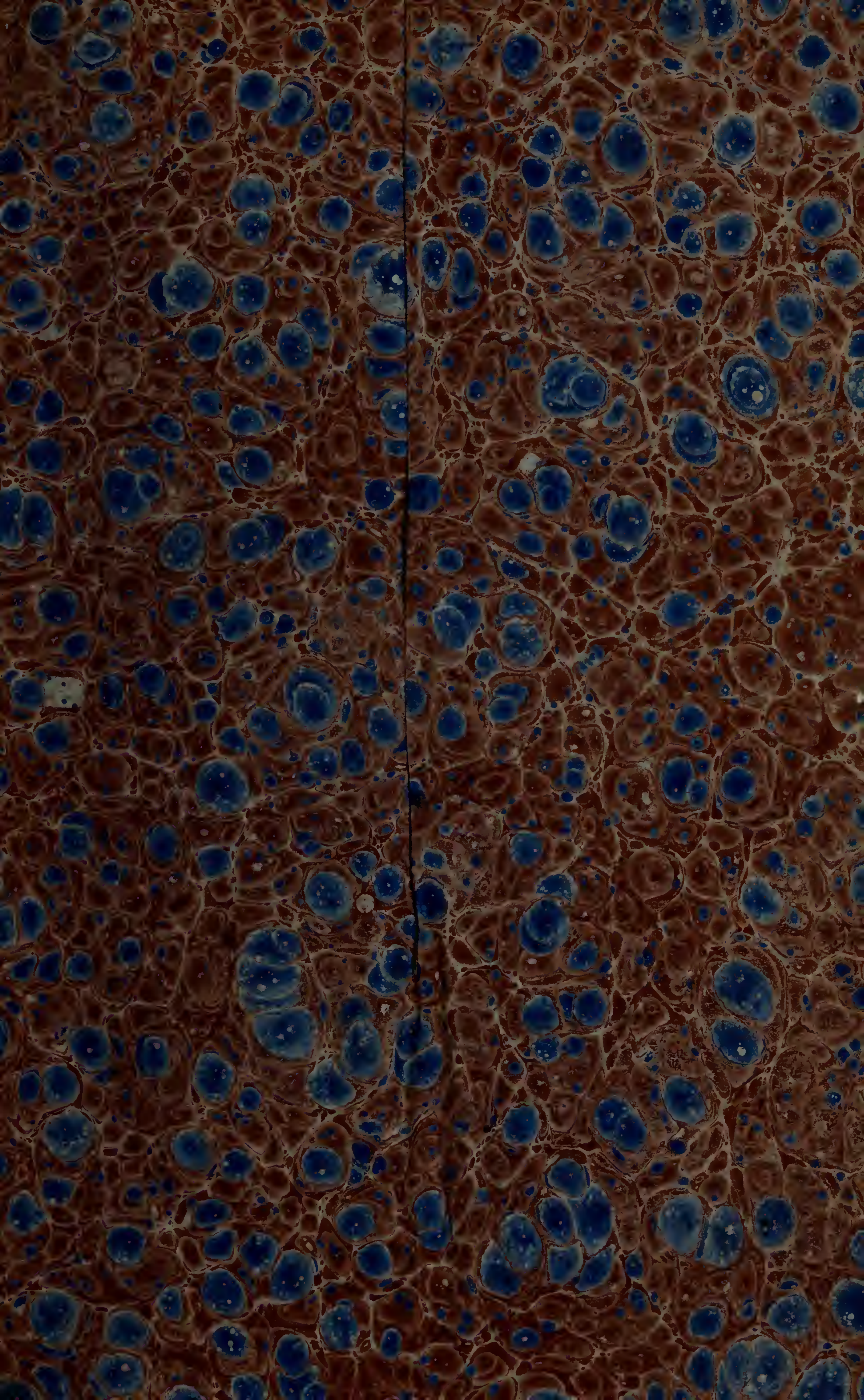

3 1761 09544766 0





LS
F3674kz

# LUISA

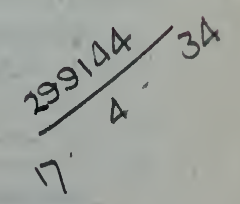
ó

# EL ANGEL DE REDENCION,

CUENTO

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TOMO II.




MADRID.

D. MIGUEL PRATS, EDITOR, CALLE DEL AVE-MARÍA, N.° 7, CTO. 2.°

Aprobada por la censura.=Madrid 24 de Setiembre de 1859.

PROPIEDAD DEL EDITOR.

MADRID.—1860.

Imprenta de D. CIPRIANO LOPEZ, Cava-Baja, n. 19, bajo.



## CAPITULO I.

Continúa la historia de la casada vírgen.

### I.

ENTRE tanto el conde-duque se arrojó desfallecido en el sillon de su despacho en palacio.

Durante algun tiempo permaneció en la inaccion mas completa.

Hasta su pensamiento estaba anulado.

Al fin hizo un esfuerzo y dió un campanillazo.

—¡Estremera! ¡Estremera! gritó.

—Señor, esclamó á la puerta un criado de los que pueden y deben llamarse de alto coturno, una especie de fac-totum.

—Búscame en el centro de la tierra á ese viejo de Satanás.

—¿Al señor Simon Cardueño?

—Sí, Estremera, sí.

—Voy al momento, señor.

Y Estremera salió corriendo, y esclamando con cierto escalofrío:

—El señor está irritado y me manda buscar á ese bribon de Cardueño... ¿quién irá á morir?

## LI.

Una hora despues entraba en el despacho del conde-duque un viejecillo repugnante que se inclinó servilmente.

—Cerrad esa puerta, le dijo el conde-duque.

El viejo cerró las puertas y se volvió á poner delante de la mesa á una distancia respetuosa, y se inclinó de nuevo.

—Venid, dijo el conde-duque levantándose, y abriendo el cajon de un buró, que estaba lleno de oro: tomad lo que querais.

—Primero dígame vuecencia lo que quiere de mí.

—Una cajita de plomo...

—¡Ah! pues entonces tomo quinientos doblones.

—Tomadlos, pues.

El viejo contó los quinientos doblones, sacó un talego de uno de los profundos bolsillos de sus gregüescos, echó en el talego el oro, se puso el talego debajo del brazo, y luego sacó una cajita de plomo de debajo de su ropilla, y la dió al conde-duque.

—Ya lo sabe vuecencia, dijo: en agua ó en guiso, lo que se puede tomar con dos dedos.

—Muy bien, idos.

—Dios guarde á vuecencia.

Y el viejo salió.

## LII.

—¡Estremera! dijo el conde-duque en cuanto se encontró solo.

Volvióse á presentar en la puerta.

—Di al ayuda de cámara del rey, Vadillo, que diga á su magestad que para su real servicio necesito verle al momento. Entre tanto que entre el secretario Campuzano.

Se retiró Estremera, y á poco entró un hombre alto y seco, vestido de negro, con dos grandes antiparras, y pluma en mano.

—Campuzano: estended ahí mismo una real licencia para contraer matrimonio en favor de la señora doña Julia de Acebedo, marquesa de la Buena-dicha.

Campuzano buscó en una taquilla un pliego de papel sellado de

ilustres, se sentó en una de las mesas del despacho y se puso á escribir.

—El nombre del contrayente, señor, dijo Campuzano.

—Dejadlo en blanco.

Campuzano acabó de estender el documento, le entregó al conde-duque y salió.

Casi al mismo tiempo entró Vadillo, y dijo:

—Su magestad espera á vuecencia.

El conde-duque subió á la cámara del rey.

Felipe IV le esperaba con su ansiosa y débil espresion de curiosidad.

—¿Qué me quieres, conde-duque, le dijo; ¿nos provocan de nuevo los ingleses?

—No señor.

—¿Se quejan nuestros buenos ayuntamientos?

—No señor.

—Pues entonces...

—Doña Julia...

—¡Ah! esclamó el rey, á cuyas megillas salió un color febril.

—Sí, sí señor: la marquesa de la Buena-dicha solicita licencia de vuestra magestad para casarse.

—¡Para casarse!

—Sí señor. Pero la marquesa tendrá antes á solas y en su casa una entrevista con vuestra magestad.

—¿Antes de casarse?

—Sí señor.

—¿Sabes, conde-duque, si la marquesa ama mucho al hombre con quien va á casarse?

—No se la conoce amante, señor.

—¿Estás seguro?

—Pago bien y sé lo que sucede en su casa, quién entra, quién sale, á qué horas se acuesta la marquesa, á qué horas se levanta.

—De modo que no hay que temer...

—La marquesa, señor, segun todas las apariencias, está pura como una niña de cinco años.

—¡Ah! ¡bien! ¿y con quién se casa?

—Lo ignoro, señor.

—¿Que lo ignoras?

—Doña Julia me ha dicho que desea que el nombre del contrayente vaya en blanco, y así va.

—Dame, dame y firmaré.

El conde-duque estendió la real licencia delante del rey.

El rey firmó con mano trémula por la impaciencia.

—Toma, le dijo, toma y llévasela al momento, y que sepamos pronto cuándo hemos de ver á esa señora.

El conde-duque salió.

## LIII.

Gabriel entre tanto adelantaba meditabundo hácia la casa de don Luis de Góngora.

Sabia demasiado, estaba seguro de ello, que Julia soltaria á su amante, que le dejaria cierta libertad , atendidas las circunstancias en que Julia se encontraba colocada, á causa del secreto de su nacimiento.

Gabriel habia vacilado un momento delante de la astucia de Julia.

Habia visto cuánto era hermosa aquella mujer, ó por mejor decir, cuánto embellecian sus hermosísimos ojos una mirada ardiente.

Habia comprendido cuánto podia ser feliz el hombre á quien aquella mujer amase, y habia tenido miedo por Luisa Isabel María de Austria, y por sí mismo.

Por Luisa Isabel, porque suponia, y no sin razon, que apoderada Julia de don Luis le habria sido querida, se habria apoderado completamente de su alma, habria borrado el afecto que don Luis podia haber concebido por Luisa.

Y Gabriel, que lo debia todo á Luisa, que sabia cuánto Luisa amaba á don Luis, sentia la terrible influencia de Julia, con toda su fuerza de sentimiento.

Temia por sí mismo, porque habia creido ver algo enérgicamente terrible en el alma de Julia, y como él la habia obligado, suponia que Julia haria lo posible por anularle, por doblegarle, por vengarse.

—Y bien, dijo: de hombres agradecidos es sacrificarlo todo por la persona á quien están obligados: yo me casaré contigo, penitenciada del Santo Oficio, amante de Góngora, pero no seré tu esclavo; y no me herirás tú, te lo juro, porque... me defenderá de tí tu miedo, esa prueba que tengo de tu nacimiento: será una ruda fatalidad en que me veré obligado á poner á prueba mi firmeza, mi corazon, mis sentidos, porque Dios ó el diablo te han dado cuanta fuerza

puede tener una mujer; riquezas, hermosura, ingenio, valor, y todo esto grande, todo esto tentador. Pues bien: haremos cuanto podamos por la noble señora á quien lo debemos todo, y si no podemos triunfar no será por no haber luchado.

Y yendo y viniendo en estos pensamientos llegó á casa de don Luis de Góngora y esperó á la puerta.

Pasó media hora, una.

Al fin un hidalgo bizarramente vestido adelantó y se entró en el zaguan.

Era don Luis.

—¡Caballero! dijo Gabriel, ¿teneis la bondad de escuchar?

—Voy muy deprisa, amigo mio.

—Solo tengo que deciros algunas palabras, dijo Gabriel. La dama con quien estuvísteis algunas horas en mi cueva en el monte está cuidadosa por vos.

—¡Ah! esclamó don Luis. ¡Dadle las gracias en mi nombre!

—¿Y por qué no vais á dárselas vos mismo?

—¡Yo! no tengo facultades para tanto: esa dama no permitió que yo llegase hasta su casa.

—Esa dama, caballero, os ha buscado, y á ella y á mí, por su voluntad, debeis el veros libre de otra dama.

—Cómo, ¿sabe esa señora?...

—No, ni es necesario que lo sepa.

—¿Y por qué?

—Porque... está enamorada de vos.

—¿Qué decís?

—Ya veis que hago en estos momentos lo que no es decente en un hombre honrado; pero yo debo á esa dama todo lo que soy...

—¡Cómo!

—La debo mi indulto: y como mi indulto es mi libertad y mi vida, nada tiene de estraño que yo lo haga todo por aquella á quien debo mi vida y mi libertad.

—Me pone en suma curiosidad lo que me habeis dicho, y quiero hablar con vos: pero me habreis de esperar: mi familia...

—Sí, sí por cierto, es muy justo que tranquiliceis á vuestra familia.

—Entrad, pues, y esperad en mi aposento.

—No, no señor: es mucho mejor que entreis solo.

—Como gusteis.

—Yo os esperaré aquí.

—No os haré esperar mucho.

En efecto, media hora despues, y con un trage mas bello, mas rico y mas galano que el que habia llevado á su casa, apareció don Luis.

—Estoy á vuestra disposicion, amigo mio, dijo don Luis, á lo menos hasta bien entrada la noche.

—Pues vámonos adonde podamos hablar entre tanto con algunas botellas: el vino divierte y ayuda á pensar.

—Que me place. ¿Y adónde vamos?

—Á la hostería de San Martin, que está cerca.

## LIV.

Cuando llegaron á la hostería se metieron en una habitacion retirada, pidieron dos botellas y se sentaron.

Despues Gabriel, para darle á conocer hasta cierto punto lo que él sabia acerca de Luisa, le contó la causa de su conocimiento con ella, y luego lo que la jóven habia hecho por encontrar á don Luis.

Fuera don Luis de la influencia de Julia, de la atmósfera de encantos, de fascinacion que á Julia rodeaban, recordó á Luisa. Luisa habia causado en él una gran impresion, y aquella impresion volvió á recobrar su fuerza cuando supo que Luisa le amaba de tal modo.

Don Luis era por escelencia galanteador, y se dijo instintivamente:

—Tengo á Julia que es hermosa y me ama: ¿por qué no he de tener á Luisa que tambien me ama y es hermosa?

Y detrás de este pensamiento dijo:

—Amigo mio, ¿podria yo ver á doña Luisa?

—¿Y por qué no? pero disimulad: no la digais que sabeis... disculpaos de no haberla buscado en tanto tiempo: decidla que me habeis encontrado, y que os habeis valido de mí para encontrarla.

—Teneis razon: os agradezco lo que me habeis revelado, pero guardaré acerca de ello el mayor sigilo.

Poco despues entrambos salian de la hostería y se encaminaban á casa de Luisa.

## LV.

Gabriel entró y don Luis se quedó esperándole á la puerta.

—¿Qué noticias me traeis, Gabriel? dijo con anhelo la jóven. ¿No ha parecido todavía?

—Sí, sí señora; y está ahí.

—¿Que está ahí?

—Sí señora, esperando á la puerta.

—¡Esperando!

—Me ha suplicado que... os pida permiso para que pueda ponerse á vuestros pies.

Luisa lo olvidó todo: no necesitó saber mas, y dijo á Gabriel:

—Decidle que yo no me puedo negar á recibir en mi casa á un caballero que tan generosamente obró conmigo, ¿entendeis? Haced de modo que no pueda sospechar nada, y que entre, que entre al momento.

Góngora entró.

Luisa Isabel María le hizo esperar, porque todas las mujeres hermosas hacen esperar, á veces mas, al hombre que mas aman; necesitaba engalanarse, porque una mujer no se cree nunca bastante engalanada; pero cuidó de que Góngora fuese introducido de una manera casi íntima en el gabinete mas bello de su casa.

En el gabinete de la misteriosa puerta de ébano, Luisa, observó Satanás.

Góngora esperó media hora.

Al cabo de ella se presentó Luisa Isabel.

Góngora sintió una emocion violenta.

Por mas que Julia fuese hermosísima, no tenia ni la magestad, ni el altivo signo de raza, ni la enérgica espresion de pureza de Luisa Isabel.

Aunque le habia parecido hermosísima cuando la vió por primera vez, el tiempo que habia pasado, la conmocion que se dejaba ver, aunque contenida en la jóven, su magnífico trage de damasco blanco con bordaduras de plata, y lo elegante del gabinete en que se encontraban, eran otros tantos elementos de fascinacion para Luis de Góngora.

—Guárdeos Dios, caballero, dijo Luisa Isabel: yo creía que ya os habíais olvidado de mí, y que me privábais del placer de espresaros

mi agradecimiento por la generosa ayuda que me otorgásteis hace algunos dias sin conocerme.

—Vos, señora, no me habíais autorizado... recordad: cuando os acompañé aquella noche venturosa y funesta para mí, me prohibísteis...

—Entonces debí prohibíroslo: debia volver sola mas bien que acompañada de otro que fuese... mi marido.

—¡Ah! ¡vuestro marido!...

—Pero es cosa distinta que mis conocimientos vengan á visitarme. Al fin habeis venido: y os lo agradezco, porque puedo repetiros mi agradecimiento, ofreceros de nuevo mi amistad.

—Nunca hubiera yo esperado que vos me procuráseis la ocasion.

—¿La ocasion de qué?

—La ocasion de repetiros lo que ya os dije.

—¿Y qué me dijísteis?

—Lo que os digo ahora, porque siento lo mismo que sentia entonces.

—¡Ah! entonces y ahora sentís... ¿y qué es lo que sentís que así os embaraza el decirlo?

—Temo enojaros.

—No, no me enojais; y en prueba de ello voy á decir lo que parece os cuesta trabajo decirme: que me amais.

Y Luisa soltó una alegre carcajada.

—¡Cómo! señora, dijo Góngora ofendido: ¿mi amor os causa risa?

—Cáusame risa que hayais andado buscando rodeos para repetírmelo.

—¡Para repetíroslo!

—Tengo buena memoria: el dia en que tuvísteis ocasion de prestarme un servicio, que no olvidaré nunca, quisísteis cobrar de una manera galante el precio de aquel servicio, y me enamorásteis.

—¡Ah, señora! ¿creeis?...

—Creo que no debemos hablar de eso.

—¿Acaso porque sois casada?

—No: porque soy una casada bien estraña: una casada vírgen.

Y Luisa pronunció de un modo tan singular estas palabras, con la mirada tan intensamente fija en Góngora, que este se estremeció bajo un sentimiento hasta entonces desconocido para él.

Las palabras que habia pronunciado Luisa Isabel eran graves, y sin embargo, estaban impregnadas de dignidad y de pureza.

—Así, pues, continuó Luisa Isabel sin quitar de sobre los ojos de

Góngora aquella serena y tranquila mirada, puedo considerarme libre: mi marido jamás vivirá conmigo: no es, pues, un obstáculo el que yo sea casada para vuestro amor: es que...

Luisa Isabel se detuvo.

Góngora la interrogó con una mirada ansiosa.

—Es que no os amo, don Luis, dijo al fin Luisa.

—No lo estraño, contestó dolorosamente el jóven; no estraño que no me ameis; sois creo... recuerdo que me dijísteis que érais hija...

—Del rey don Felipe IV; pero eso importa poco para que yo os ame ó deje de amaros: no es eso.

—¿Pues entonces qué es?

—¿Qué ha de ser, sino que no os amo?

—Pero tendreis una razon.

—La razon única de no amaros.

—¡Ah!

—¿Pues qué, ha de ser forzoso que una mujer haya de amar á todo el que la ama, ó le diga que la ama, para que sea necesario buscar una razon, si no ama á aquel hombre?

—Entonces, señora, me despreciais.

—Si os despreciára no os recibiria en mi casa: no me sentaría á par vuestro... ni aun os hablaría.

—¿Entonces qué sentís por mí?

—Un vivo agradecimiento, y un principio de amistad.

—¿Un principio, no mas que un principio de amistad?

—Haced por conquistar mi amistad entera.

—Lo haré.

—Y yo creo que llegaré á ser muy vuestra amiga.

—¿Y mi amante?

—¿Qué sé yo?

—Es eso decirme: ¿esperad?

—No; de ningun modo: la mujer que dice: *esperad*, dice: *tened*.

—Y entonces ¿por qué dudais acerca de si mañana sereis mi amante ó no?

—Porque yo no sé cómo puedo pensar mañana; porque yo no sé lo que mañana puede suceder.

—Es decir, que por mí no sentís...

—Mas que afecto, don Luis, afecto desinteresado y sencillo, y nada mas... nada mas.

—¿Y no sentireis no volverme á ver?

—Sí, porque soy muy agradecida y me dolería no saber si erais feliz ó infortunado.

—¿Con que por ahora no mas que conocidos?...

—Algo mas.

—Pero no llegamos á amigos.

—Sí; hasta cierto punto.

—¡Hasta cierto punto!

—Yo no os conozco: no conozco de vos mas que vuestros hermosos versos: quiero decir, cuando hablo de vuestros hermosos versos, de los romances y de alguna otra cancion; porque os vais haciendo tan culto, don Luis, que, perdonadme, nos dejais con suma frecuencia á oscuras.

—¡Hermoso censor!

—Yo no os censuro: digo solo que á veces no os entiendo.

—Pues os he hablado con gran lisura.

—Hablaba yo de vuestros versos cuando hablaba de oscuridad.

—En una palabra, señora, ¿rechazais mis amores?

—No los rechazo.

—Pues entonces...

—Os digo que no puedo corresponderos.

—¡Entonces, señora, adios!

—¿Lo veis?

—¿Qué he de ver?

—Ni aun vuestra amiga ser puedo.

—¿Por qué?

—Porque sois interesado y voluntarioso.

—¡Interesado! ¡voluntarioso!

—Sí, sí por cierto: porque solo á cambio de mi amor podré trataros. Voluntarioso, porque os retirais contrariado al encontrar una dificultad.

—¿Con que vuestro amor para mí es una dificultad, no un imposible?

—Os asís á cualquier palabra. He dicho dificultad, porque no os amo: pudiera haber dicho imposible; pero como yo no creo imposible nada dentro de las posibilidades humanas...

—Me volvereis loco.

—Porque creeis encontrar en mí un enigma, y como no lo hay, buscais en vano una resolucion imposible.

—Perdonad, señora, si os molesto, pero es necesario ya que hemos empezado esta conversacion que la concluyamos.

—Concluyámosla.

—Vos teneis la bondad de admitirme entre vuestros conocimientos y de permitirme que os visite.

—Eso es; pero con una aclaracion: vos sois para mí un conocimiento... ¡cómo diré yo para que no interpreteis la palabra! un conocimiento al que hace muy agradable la gratitud que os debo.

—¿Me recibireis siempre á solas?

—Sí; siempre á solas.

—¿Podré venir todos los dias?

—Todos los dias y á cualquier hora: todo se reducirá á que con sentimiento mio os haga esperar si estoy en el lecho, ó en otra ocupacion importante.

—¿Y no veré nunca á vuestro marido?

—Yo no tengo marido en mi casa.

—¡Ah!

—Cuando seais mi amigo ya os esplicaré lo que ahora no podeis entender.

—¿Y cuándo sereis mi amiga? porque yo para vos voy mas allá de la amistad.

—Seré vuestra amiga, cuando os conozca, si al conoceros os encuentro lo mismo que os creo.

—Me conocereis pronto, señora.

—Entonces pronto seré vuestra amiga.

—Permitidme entre tanto, señora, que me despida de vos.

—No quiero deteneros, no vayais á interpretar mi súplica en vuestro favor. Id con Dios.

Y mostró una mano á Góngora.

Góngora la asió y la besó.

Luisa Isabel dió un ligero grito.

—¿Por qué eso? dijo Góngora sonriendo.

—Creo que tardaré mucho en concederos mi amistad.

—¿Y por qué, señora? dijo Góngora un tanto desconcertado por el acento severo y la espresion altiva de Luisa Isabel.

—Sois temerario, caballero, contestó Luisa Isabel. Que os guarde Dios.

Y salió del gabinete.

—¡Oh! esclamó Góngora, juro á Dios, altiva hermosura, casada vírgen, que cuésteme lo que me cueste has de ser mia.

Y salió.

—Ahora volverá mejor que nunca, dijo Luisa Isabel. ¡Dios mio!

¡si me parece que conoce que le amo! ¡y ha habido momentos en que he estado á punto de ceder... con toda mi alma á su amor!

## LVI.

Hé ahí, dijo Luisa, aprovechando una pausa de Satanás, que existia una gran diferencia entre Julia y mi quinta abuela. Julia cedió ó por mejor decir provocó los amores de Góngora como una mujer vulgar; Luisa Isabel por el contrario era una mujer decente.

—Te engañas, Luisa, dijo el diablo: Julia era franca, demasiado franca, y tu quinta abuela era una mujer reservada, calculadora.

—¿Y qué cálculo podia haber?...

—Tu abuela no tenia otro objeto al resistir á Góngora que hacerse apreciar por difícil: no queria además decidir de su porvenir á ciegas: apenas conocia á Góngora: le amaba, porque le amaba, porque habia relaciones, atraccion entre el sér de Góngora y el suyo; si tu abuela hubiese sido menos previsora, se hubiera arrojado como Julia en los brazos de Góngora, porque Luisa Isabel estaba tan enamorada como basta para que una mujer ceda su pudor y su honra: pero era egoista, y queria asegurar la posesion del hombre que amaba con toda su alma.

El conde-duque llevó aquella misma tarde á Julia la real licencia para contraer matrimonio, y la caja de plomo que le habia vendido Simon Cardueño.

—¿Y cómo se usa esto? dijo Julia con una sangre fria que aterró al conde-duque.

—Lo que cabe entre dos dedos, dijo el conde-duque, en un líquido ó en un manjar cualquiera.

—De modo que en cuanto ese hombre coma ó beba algo en que se encuentren estos polvos...

—¡Muere! contestó el conde-duque con acento opaco.

Hubo un momento de terrible silencio.

—¿Pero tanto os importa dar muerte á esa persona?... os lo repito... ¿no os bastaria con que le arrojáramos de España?

—Decidme, ¿habeis vos matado nunca sin una gran necesidad?

El conde-duque miró de una manera entumecida á Julia.

Aquella mujer le espantaba.

Estaba completamente serena, como si no se ocupase de pensar en un asesinato, de prepararle.

—Mirad, señora, dijo el conde-duque, que á la corta ó á la larga,

el mal que hacemos recae sobre nosotros mismos: mirad, señora, que sobrevienen muy pronto las noches horribles en que un cuidado, un afan insoportable no dejan dormir: en que todos los ruidos estremecen: en que todas las sombras espantan: en que por mucho que os abrigueis sentís el frio en vuestros huesos, un frio insoportable: en que no os atreveis á volveros á Dios, porque Dios tiene razon para condenaros, y os condena enviándoos vigilias horribles ó sueños espantosos. Mirad, señora, que...

—¿Y vos me predicais? dijo con desprecio Julia.

—¡Si yo pudiera deshacer lo hecho! ¡si yo pudiera volver á los dias tranquilos, en que á nadie aborrecia y de nadie era aborrecido!... ¡oh! ¡si yo hubiera nacido en una aldea, ó en el fondo de un valle, entre montañas, á cien leguas de la corte!

—Volvamos á nuestro negocio, don Gaspar, y ahorremos palabras inútiles: concluyamos, y como que teneis que decir algo de mi parte al rey...

—¡Ah! ¡sí! ¡el rey! dijo el conde-duque pasándose la mano por frente, como pretendiendo arrancar de ella un pensamiento fijo.

—Sí, decid á su magestad que mi casa tiene un postigo á la calle de San Nicolás.

—Bien, muy bien, señora.

Julia se levantó, abrió un cajon de un mueble y dijo:

—Esta es la llave de ese postigo.

El conde-duque tomó la llave con la estremidad de los dedos como si bubiera sido un ascua.

—Mañana al oscurecer, dijo Julia, necesito estar casada; si hubiese alguna dificultad allanadla vos.

—Se allanará.

—A las doce de la noche, mañana, puede su magestad entrar en mi casa por ese postigo; encontrará una escalera, despues un corredor y al fin de él un aposento donde me encontrará.

—Bien, señora, muy bien: y puesto que no puedo convenceros de que desistais de esa muerte...

—Sí, sí, id con Dios, don Gaspar, id con Dios. Hemos concluido y nada tenemos ya de que hablar.

—Que Dios os guarde, señora, dijo el conde-duque y salió.

—¡Que no le mate! á ese miserable que me obliga con la infamia, con la horrible historia de mi madre, que recae sobre mí... ese vil aventurero que me dicta tan horribles condiciones... que me tiene sujeta... pero... yo le he visto palidecer y temblar delante de

mí... yo tengo poder contra ese hombre... puedo hacerle mi esclavo... y lo será: sí, lo será... lo juro á Dios... ¡yo hacer traicion á ese hombre á quien amo!... ¡yo... ceder así á los amores de ese infame!... no, no, cien veces no... ese hombre debe morir, y morirá... voy á engalanarme para añadir nueva fuerza á la fuerza que Dios ó el diablo me han dado sobre él. ¡Hola! ¡la carroza!

Poco despues Julia salió á comprar sus galas de desposada.

Las modistas recibieron la órden de tener aquellas galas dispuestas para el siguiente dia.

## LVII.

Góngora se encontraba, por decirlo así, entre dos fuegos.

Es decir, amaba á dos mujeres.

—No comprendo que se puedan tener dos amores, dijo Luisa, interrumpiendo al diablo.

—Se toman tantas sensaciones por amor, replicó Satanás, que muchos que jamás han amado, dicen muy de buena fé que ellos han nacido para el amor, que el amor es su vida, y otro sin número de simplezas, que de vulgares las tiene olvidadas todo el mundo.

La verdad es, que muy pocos aman, porque para amar es necesario ser muy bueno, y hay muy pocos buenos en el mundo.

La verdad es que Góngora no habia amado nunca, aunque siempre habia andado enamorado, y no amaba tampoco ni á Julia ni á Luisa Isabel.

—¿Pues qué sentia por ellas? dijo Luisa.

—Por Julia sentia un deseo voraz qne aun no se habia satisfecho: por Luisa Isabel un empeño tenaz y un deslumbramiento absoluto, causado por la hermosura, por la magnífica hermosura de tu abuela.

Así es que Góngora se propuso tenerlas á las dos como habia tenido á tantas otras á un tiempo.

Libre de Julia y buscado por Luisa, corrió al lado de Luisa; libre de Luisa, corrió al lado de Julia.

## LVIII.

Entró en su casa cuando la jóven volvia de comprar sus galas de desposada.

Los terribles proyectos que agitaba en su alma la jóven, la contrariedad horrible que la habia causado el conocer el misterio de su nacimienio, su terror, su odio, su repugnancia, todo á un tiempo,

daban á Julia el aspecto completo de un hermosísimo ángel caido.

Nunca la habia visto así Góngora, y era por otra parte tal el sombrío aspecto de la jóven, que Góngora se aterró de una manera vaga.

—¿Qué os sucede? la dijo.

—Me sucede, dijo violentamente Julia, que mañana me caso.

Irritóse á aquella palabra el amor propio de Luis de Góngora.

Para él era insoportable que una mujer que era suya, que segun todas las apariencias no habia sido de otro, pasára á poder de un marido.

Su vanidad de galanteador afortunado no podia sufrir esto.

A propósito que lo hubiera hecho Julia, no hubiera estado mas acertada.

Góngora ante aquella contrariedad lo olvidó todo.

Luisa se borró como por encanto de su memoria.

—Con que os casais, dijo: ¿y yo?

—Vos, dijo Julia, sereis despues el amante de mi alma.

—Es que yo no quiero, no puedo, no debo partiros con otro.

—Ni yo quiero ser de nadie mas que vuestra, y no lo seré.

—¿Y entonces por qué os casais?

—Porque no tengo otro remedio.

—¿Que no teneis otro remedio?

—No.

—Esplicaos.

—No puedo esplicarme.

—Me engañais.

—No os engaño: y en prueba de ello, mañana me caso.

—Buena prueba me dais.

—Dejadme concluir: me caso, y mañana á la noche huyo con vos.

—¿Que huís conmigo?

—Sí por cierto; á mi quinta de Chamartin.

—Os repito que no os comprendo.

—¿Teneis confianza en mí?

—La tenia, pero despues de lo que me habeis anunciado no la tengo.

—Sed dócil, y dejaos dirigir.

—¿Pero qué motivo puede haber?...

—Es un misterio: no me desespereis; escuchad: mañana á la noche, estad en la calle de San Nicolás á las dos de la mañana.

—¿Y me esplicaréis entonces?...

—Acaso.

—Tened preparada una casa donde yo pueda ocultarme á aquella hora.

—La tendreis.

—Y no me pregunteis mas.

Góngora no preguntó mas á Julia: habia concebido un proyecto, realizado el cual podria saber lo que le importaba: esto es, si Julia le engañaba, ó le era fiel.

Cuando se separó de Julia, envió á Silvestre, que habiendo parecido su amo, habia sido puesto en libertad, para que se llevase á cierta taberna á la dueña que habia sido la portadora de las cinco cartas que habia recibido sucesivamente de Julia antes de conocerla.

Tal maña se dió Silvestre y tan práctico era en esta clase de negocios, que sin que lo sintiera la tierra y sin que por consiguiente pudiera apercibirse Julia, llevó á doña Estefanía, que así se llamaba la vieja, á la taberna donde la esperaba Góngora.

—¿Con que se casa vuestra señora? la dijo Góngora cuando se quedaron solos.

—Sí señor, dijo doña Estefanía: ese matrimonio se nos ha venido encima cuando menos lo esperábamos: y aquí debe de haber algun misterio, porque la señora llora, se desespera...

—¿Se desespera y llora? luego no se casa por su gusto.

—¡Quiá, no señor! ¡si parece que se dispone para su entierro mas bien que para una boda!

—¿Y quién es el novio?

—No lo sé.

—Es necesario que yo sepa lo que quiero.

—Preguntad, señor, que si yo sé...

—Lo que yo quiero saber no podeis decirmelo vos, porque no ha sucedido todavía; pero vos podeis hacer que lo sepa.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—¿Y cómo, señor?

—Encerrándome mañana secretamente en el dormitorio de vuestra señora.

—¡Ah, señor, y lo que me pedís!

—En cambio os lo pagaré.

—¡Señor, señor! yo no me atrevo.

Don Luis sacó de su bolsillo un rosario de gruesas perlas con la cruz de brillantes.

Al verle la vieja se estremeció toda de avaricia, y queriendo escusarse solo tartamudeó algunas palabras.

Al fin, despues de algun tiempo de súplicas y de ruegos, la dueña quedó á disposicion de Góngora.

## LIX.

Llegó el dia siguiente, y Gabriel, engalanado como quien á casarse iba, se presentó en casa de Luisa Isabel.

La jóven estaba muy triste.

Góngora no habia vuelto á verla.

Gabriel se mostraba tambien triste y profundamente pensativo.

—¿Qué noticias me traeïs, Gabriel?

—Me caso.

—¿Que os casais?

—Sí, sí señora, con la marquesa de la Buena-dicha.

—¡Con la marquesa de la Buena-dicha! ¡no conozco á esa señora!

—Yo tampoco la conocia; pero la verdad es que mañana me caso con ella.

—¿Y os casais por amor?

—No.

—Pues por interés tampoco, porque os conozco bien, y sé que sois desinteresado.

—Me caso porque debo casarme.

—¿Y no os inspiro yo bastante confianza para que me confieis el secreto de vuestro casamiento?

—Yo ōs respeto, yo os ȧmo, yo estoy dispuesto á sacrificarme por vos: pero perdonadme, señora, no puedo deciros la razon de mi casamiento.

—Sé que nada recabaré de vos, que sois demasiado firme, Gabriel; y si os he preguntado eso no ha sido ciertamente por curiosidad, sino por interés hácia vos.

—Lo sé, señora, lo sé, y en prueba de ello y de la confianza que me inspirais, voy á dejaros un legado importante.

—¿Pues qué, Gabriel, vais á morir?

—Puede ser.

—¿Y hay alguna relacion entre ese peligro en que estais y vuestro casamiento?

—En ese pliego cerrado, señora, contestó Gabriel sacando uno

del bolsillo, encontraréis descifrado el enigma, si yo no vuelvo á pediros que me devolvais este pliego dentro de tres dias.

—Esplicaos claramente.

—Voy á hacerlo. Os suplico, señora, que guardeis este pliego como guardaríais lo que os fuese mas importante.

—Lo guardaré.

—Son las cuatro de la tarde, dijo Gabriel señalando el reloj puesto sobre la chimenea. Si pasados tres dias desde esa hora yo no he venido á pediros este pliego, abridle y obrad.

—Lo haré así, Gabriel, lo haré así.

—Pues bien, señora, que Dios os bendiga y os guarde, dijo Gabriel levantándose.

—Me dejais terriblemente cuidadosa, amigo mio.

—Será lo que quiera Dios. Que él os guarde, señora.

Y despues de besar la mano á Luisa Isabel María, Gabriel salió.

Luisa Isabel contempló algun tiempo con una terrible fijeza el pliego que tenia en la mano, y despues se levantó, abrió un mueble, y guardó el pliego en el secreto de unos de sus cajones.

## LX.

Llegó la tarde del dia siguiente.

Un carruage se detuvo delante de la casa de la marquesa de la Buena-dicha.

Un lacayo abrió la portezuela, y del carruage salió un caballero magníficamente vestido.

Aquel que parecia caballero, no lo era sin embargo.

Porque era Gabriel.

El homicida, el bandido indultado por los buenos oficios de Luisa Isabel, y que para sacrificarse por ella entraba en casa de Julia.

Los criados de esta se inclinaron profundamente al paso de Gabriel, por escaleras, corredores y antecámaras.

Lo que significaba que los criados de Julia sabian que el hombre ante quien se inclinaban era el destinado á ser en breve su señor, por su casamiento con la marquesa.

Gabriel encontró á Julia magníficamente vestida.

Nunca un trage mas encantador habia servido para representar la pureza de una desposada.

Brocado blanco, diamantes, perlas: y los cabellos de oro, y los

negros ojos de Julia, y el color febril que matizaba hechiceramente sus megillas...

Gabriel se estremeció.

Comprendió que Julia podia volverle loco.

Julia por su parte le recibió de la manera mas enloquecedora.

Se levantó al verle, se sonrió, le asió de la mano y le presentó al conde-duque, que la acompañaba representando al rey como padrino de la boda.

Comieron juntos Julia, Gabriel y el conde-duque.

Todos se esforzaron por parecer serenos, y la conversacion fué alegre.

Lo que quiere decir que en situaciones dadas, cuando predomina un gran interés, todos, cual mas cual menos, saben ser cómicos.

El conde-duque notó que Julia durante la comida llenaba con suma frecuencia la copa de Gabriel.

—¿Le estará envenenando ahora? se preguntó con terror el conde-duque.

Pero notó que Julia servia el vino á Gabriel del mismo enorme jarro de oro de que le servia á él mismo y de que ella misma se servia.

El conde-duque sintió por algunos momentos un miedo cruel.

¿Se habria propuesto Julia, desesperada acaso, morir matando, envenenarse envenenando á los demás?

Pero pasó algun tiempo y el conde-duque se tranquilizó.

Sabia por esperiencia que los venenos que vendia el señor Simon Cardueño obraban con suma rapidez y de una manera mortal.

Julia sin duda se habia propuesto embriagar á Gabriel. Sin duda el envenenamiento debia tener lugar despues, cuando los esposos estuvieran á solas.

Tanto bebió Gabriel que se puso de un humor muy alegre, y fascinado por la hermosura de Julia, empezó á enamorarla sin tomar muy en cuenta la presencia del conde-duque.

Julia habia contado con la doble embriaguez del vino y de su belleza, y de sus miradas y de su sonrisa.

Su posicion obligaba á un nuevo sacrificio de dignidad, mejor dicho, de vanidad al conde-duque.

Pero era necesario conservar á todo trance el favor del rey valiéndose de todos los medios.

La benevolencia de los reyes se ha comprado con mucha frecuencia con precios infames.

Gabriel habia contado demasiado con su fuerza, ó por mejor decir, no habia calculado bien la fuerza de su enemiga.

Olvidado de todo reía, se permitia palabras libres, juramentos, miradas inconvenientes, ni mas ni menos que si se hubiera encontrado en una tienda de campaña ó en una taberna.

Al oscurecer llegaron los convidados, esto es, varios cortesanos del conde-duque y los testigos: es decir, algunos empleados de palacio de que se habia echado mano.

Trasladáronse á Santa María.

La ceremonia de un casamiento es de poca duracion.

Á las ocho de la noche los esposos, el padrino, los testigos y los convidados habian vuelto á la casa nupcial.

Por parte de la desposada solo habia asistido su dueña de compañía y dos doncellas de confianza.

Durante el sarao, que sucedió á la vuelta de la iglesia, Julia hizo tomar sin intermision á Gabriel confites y licores.

Y Gabriel comia y bebia.

Porque no era posible dejar de tomar confites que Julia habia probado, ni de beber copas en que ella habia puesto los labios.

El comer y beber Julia de lo que comia y bebia Gabriel tranquilizaba al conde-duque.

Gabriel entre tanto se ponia mas y mas *alegre*, esto es, crecia en él mas esa escitacion que acaba por producir la embriaguez.

Pero hombres curtidos, por decirlo así, acostumbrados como lo estaba Gabriel á los desórdenes, tardan mucho en embriagarse.

El conde-duque se retiró á las diez y media.

Antes de retirarse, y como testimonio del padrinazgo del rey, dejó á Gabriel una provision de capitan de infantería para el ejército de Italia.

Llevóse el conde-duque á los testigos, y la salida de estas gentes produjo la salida general.

Habia llegado la hora de que los novios se quedasen solos.

Saludaron y besaron á Julia mujeres que no habia conocido hasta entonces, y que parecian nobles y ricas, y dignas por sus trages, y por el decoro, y las maneras de que habian dado muestras durante el sarao, y vió pasar por delante de sí tambien á muchos hombres que no habia visto hasta entonces, pero que parecian personas principales.

Julia, sin embargo, comprendió que aquel habia sido un acompañamiento alquilado por el conde-duque, y que no debia volver á

ver mas á las personas que lo habian compuesto, que solo habian servido para aquella ocasion.

Cuando se quedaron enteramente solos, Gabriel, enteramente fascinado por Julia, se dirigió á ella con los brazos abiertos, con la completa confianza de un marido.

Julia le contuvo.

— Aun no se han cumplido las condiciones de nuestro casamiento, caballero, le dijo.

— ¡ Ah ! ¡ es verdad ! debo entregarte, hermosa mia, como mi regalo de boda, el testimonio que prueba tu nacimiento.

—Eso es, dijo Julia.

Sonreía de una manera singular Gabriel, y sacó de entre su ropilla un papel doblado que entregó á Julia.

## LXI.

—¡Cómo! dijo Luisa interrumpiendo al diablo: tan débil era aquel hombre que así autorizaba su sacrificio, entregando á Julia la prueba de que se habia valido, criminalmente sin duda, para servir los impuros amores de mi abuela Luisa Isabel.

—No por cierto, dijo Satanás; lo que Gabriel entregó á Julia fué una copia contrahecha del documento original.

—¿Y Julia se engañó?

—No habia visto mas que una vez aquel documento y estaba su copia tan bien falsificada, tenia tal semejanza hasta en los dobleces y en el color del papel con la verdadera prueba, y luego era tan limpio el sello estampado á la cabeza del pliego, que Julia, despues de leerle, de releerle y de quemarle, por último, se creyó salvada. Pero déjame continuar.

—Una palabra. ¿Estaba ya envenenado Gabriel?

—No. El veneno de que disponia Luisa obraba en diez minutos de una manera mortal.

—Entonces, pues, creyéndose salvada Julia renunciaria á su crímen. Era ya inútil.

—Queria volver á ser libre: sobre todo, queria vengarse de aquella punzante humillacion.

—Pero continuemos, Luisa, continuemos.

## LXII.

El diablo prosiguió:

Despues de haber quemado aquel papel, Julia sonrió á Gabriel de una manera mas enloquecedora que hasta entonces.

Gabriel llegó á dudar de si por uno de esos estraños fenómenos, de que dán tantos ejemplos las mujeres, Julia estaria realmente enamorada de él.

Julia, con pretesto de cubrir las apariencias con su servidumbre, pidió á Gabriel permiso para retirarse con sus doncellas á la habitacion nupcial.

Gabriel se quedó solo.

—Si es cierto, como me parece, que está contenta con haberse casado conmigo, he hecho un negocio completo. Me encanta, es hermosísima, es hechicera, y debe ser una felicidad sin igual gozar completamente sus amores: es cierto que se me pone como una sombra por delante ese don Luis á quien tanto ha amado esa mujer; pero ¡bah! yo no soy ciego ni débil. Doña Luisa acabará por enamorar locamente á Góngora, y se le llevará por un lado; yo me llevaré por otro á Julia, Julia para todos, Dolores para mí: la noble, la envidiada marquesa para el mundo: para mí la hija de la hechicera á quien yo he salvado de la infamia. Nada tiene de estraño que Dolores me ame: puede creer que yo he hecho un sacrificio por ella. Y si no lo cree por el momento, yo obraré de modo que lo creerá muy pronto. ¡Ah, ah! he cumplido con lo que debia á mi agradecimiento para con doña Luisa impidiendo que continúen los amores de Dolores y Góngora. He obrado bien y recibo la recompensa... porque Dolores, ¡oh! mi Dolores es un ángel de hermosura; ¡qué oro de cabellos! ¡qué marfil de garganta! ¡qué brillar, qué quemar de ojos! ¡y aquellos labios húmedos y encarnados como las entrañas de una rosa! ¡y su discrecion! ¡y su donosura! ¡y luego su título y su riqueza! ¡yo marqués, rico, capitan de su magestad y dueño de una de las dos mujeres mas hermosas de la corte! ¡porque Julia es tan hermosa como doña Luisa: no hay que dudarlo!

Gabriel, ébrio de alegría, se puso á pasear á lo largo de la hermosa habitacion donde le habia dejado Julia.

De repente se detuvo.

—¡Diablo! dijo: tengo una sed que me abrasa. ¡Ya se ve! ¡escitado por ella, que ha estado conmigo lo mas amorosa del mundo,

he comido y bebido demasiado! ¡viandas fuertes y salpimentadas, vinos generosos, confituras, licores!... ¡y hasta ahora no he sentido esta ardiente sed! ¡es que Dolores influye sobre mí como no ha influido ninguna mujer! ¡es que estando junto á ella no siento nada mas que la embriaguez de verla! pero no puedo tolerar esta sed; mi lengua se pega á mi boca. ¡Hola! ¡uno!

Nadie contestó al llamamiento de Gabriel.

Ó estaban recogidos los criados, lo que no era probable, ó lejos de aquella habitacion.

Gabriel volvió á llamar, porque la sed le aquejaba.

Entonces la dueña de confianza de Julia, doña Estefanía, abrió una puerta y dijo:

—La señora se ha recogido, y espera al señor: si el señor gusta le guiaré.

Pasósele la sed como por encanto, y por aquel momento, á Gabriel, que siguió á la dueña.

## LXIII.

Debo dejar por un momento el hilo de mi relato, dijo el diablo, para ponerte al corriente, Luisa, de lo que habia hecho la dueña doña Estefanía sirviendo á don Luis de Góngora.

Apenas habian salido para la iglesia Julia, Gabriel, el conde-duque y los testigos, cuando doña Estefanía bajó al postigo que daba á la calle de San Nicolás y le abrió.

La llave que Julia habia dado al conde-duque para el rey era una llave doble.

Góngora esperaba embozado y encubierto en la sombra en el dintel del mismo postigo.

Abierto que fué este, la dueña le dijo:

—Ya veis cuán bien os sirvo, señor: ahora, y puesto que á serviros vengo, seguidme.

Don Luis, estremecido de celos, de cólera, de impaciencia, siguió á la dueña.

Esta, por una comunicacion de servicio y sin ser vistos de nadie, llevó á don Luis al dormitorio de Julia.

—¿Dónde está ella? dijo Góngora con la voz temblorosa.

—Ha ido á la iglesia, contestó la dueña.

—¿Es decir que en estos momentos se están casando?

—Sí señor.

—Intenciones tengo de salirme de aquí, ir á la iglesia y dar un escándalo, dijo Góngora, que era violento.

La dueña fué de su mismo parecer.

—Mejor es hacer lo que quereis hacer delante de gentes, dijo doña Estefanía: que todo el mundo sepa lo mal que se ha portado la señora con vos: ponedla impedimento: decid que sois su amante, y si es necesario yo y Cosme el rodrigon lo afirmarémos.

Lo que queria la dueña, ya que no se habia atrevido á negarse á servir á Góngora por no perder el alto precio que este, por su traicion, la habia ofrecido, era echar fuera de sí la responsabilidad de aquel negocio cuando ya habia recibido el precio.

—No, no, dijo Góngora despues de un momento de meditacion; en la iglesia hay mucha gente... sería dar un escándalo; basta con que los tres nos entendamos. ¿Dónde me he de ocultar yo?

Deshojóse la alegría de la vieja, que habia sentido por un momento el placer de verse libre de aquel compromiso.

—Aquí, dijo abriendo en la tapicería una puertecilla: este es el guardaropas diario de la señora: aquí no entra ella nunca, sino las doncellas, y no tienen para que entrar esta noche. El vestido que se ha de poner la señora para recibir á su esposo despues de la boda, es decir, cuando se queden solos, está en otra habitacion: podeis estar seguro de que hasta mañana al mediodia no entrará nadie.

—Bien, bien, dejadme solo.

Góngora se sentó en el guardaropa y cerró la puerta.

La dueña se retiró temblando y encomendándose á Dios para que la sacase con bien de aquel apuro.

Pasó Góngora escondido en aquella habitacion tres horas.

La impaciencia le devoraba.

Su cólera, obligado á aquella espera, crecia.

Mas de una vez abrió la puerta del guardaropa con la mano puesta en su espada, con intencion de dirigirse al lugar donde resonaban las vihuelas y las arpas del sarao de bodas.

Pero le contuvo siempre el temor de un escándalo innecesario.

— Porque, volvia á decir Góngora, nos entenderemos mucho mejor los tres solos.

Al fin rechinó una puerta y entró en el dormitorio una dama maravillosamente vestida acompañada de dos doncellas.

Era Julia.

Adelantó hácia una mesa y se quitó la corona de rosas blancas (magníficas rosas de oro esmaltado entre cuyas hojas gran número

de diamantes parecian destinados á imitar gotas de rocío) y la arrojó sobre la mesa esclamando:

—Esto ya no hace falta aquí.

La corona, al caer sobre la mesa, produjo una vibracion semejante al gemido de un alma desolada.

—Casimira, dijo Julia á una de las doncellas, desnúdame tú: tú entre tanto, Eusebia, tráeme agua, mucha agua. Tengo una sed que me abrasa, y la cabeza se me va. ¡Ya se ve, he comido y he bebido tanto porque... mi esposo... coma y beba!... ¡y él tambien debe tener mucha sed! ha bebido mas que yo.

—¡Qué feliz es ese caballero! dijo Casimira empezando á desnudar á Julia, mientras Eusebia habia salido por el agua.

—Sí, sí; pienso hacerle tan feliz como yo lo soy casándome con él.

Góngora, que escuchaba, se estremeció de rabia.

Sus celos le impidieron apreciar el profundo, el punzante sarcasmo con que Julia habia pronunciado sus últimas palabras.

En aquellos momentos Eusebia entró con un jarro de plata y dos grandes vasos de cristal y confituras en una magnífica salvilla.

Julia tomó el jarro con ambas manos y bebió con ansia.

Cuando hubo satisfecho su sed, dijo á Casimira:

—Trae el vestido de Cambray que está en la cámara.

Casimira salió.

—Y tú, Eusebia, vuelve á llenar el jarro: casi no le he dejado gota.

Eusebia salió tambien.

Casimira volvió á entrar y vistió á su señora una especie de bata blanca de Cambray con ceñidor y adornos de seda azul celeste.

Julia, prescindiendo de su sombría espresion, estaba hechicera con aquel elegante, ancho y vaporoso trage.

Eusebia trajo de nuevo el jarro.

Julia despidió á las muchachas y se quedó sola.

Entonces Góngora sintió un impulso de salir á sustituir al marido. Pero le contuvo el ver que Julia se dirigió á una mesa, abrió un cajon y sacó de él algo que Góngora no pudo apreciar.

—¿Qué será eso? dijo Góngora.

Y se quedó observando.

Julia se fué á la mesa donde Eusebia habia dejado el jarro de agua en la salvilla.

Pero Góngora no pudo ver lo que Julia hacia, porque estaba de espaldas á él.

Durante algunos segundos, Julia continuó en la misma posicion.

Despues se separó de la mesa, fué al mueble á que habia ido antes, abrió un cajon, dejó en él algo que Góngora no pudo ver, guardó la llave del cajon en su seno, y tocó una campanilla.

Se presentó una doncella distinta.

— Á mi dueña doña Estefanía que venga.

Poco despues apareció la dueña en la puerta.

— Á mi... esposo, dijo Julia con una escitacion nerviosa.

Doña Estefanía lanzó una mirada cobarde al lugar donde estaba escondido Góngora, y salió á cumplir las órdenes de su señora.

Julia se sentó suspensa, fatal, terrible, en un sillon.

Góngora, ante el aspecto de Julia, cambió de opinion, se embrollaron sus ideas, y sintió frio en sus huesos como al impulso de un presentimiento de muerte.

Porque la actitud de Julia no era la de una mujer feliz, ni aun siquiera la de una mujer resignada, sino la de una persona que pone en práctica un horrible proyecto.

Se abrió poco despues la puerta, apareció la dueña y dijo con voz temblorosa:

— ¡ El señor !

Y se retiró.

Gabriel entró.

Al entrar Gabriel se aumentó el terror vago de Góngora.

Lo sombrío del semblante de Julia habia desaparecido.

En su lugar quedaba en sus labios una dulce y amante sonrisa; en sus ojos, antes cruelmente fijos, se observaba una mirada tímida, pudorosa, inocente.

Esta variacion instantánea de Julia aumentó el terror de Góngora.

—Supongo, dijo Gabriel, que se habia serenado un tanto, que nosotros debemos esplicarnos, señora.

—Sí, sí, espliquémonos, dijo Julia: lo deseo, lo necesito: os confieso que los medios de que os habeis valido para llegar á ser mi esposo me irritaron al principio. Pero despues he meditado.

—¿Y qué ha resultado de vuestra meditacion, señora?

—Ha resultado que he conocido que estábais perdidamente enamorado de mí.

— Es verdad, señora.

— Y en gracia á la causa, perdono el efecto.

— ¡ Ah ! señora, habeis sido demasiado generosa conmigo.

— Pero lo que vos no podeis sospechar es que, aunque no os hubierais valido de ese medio, aunque simplemente me hubiérais pretendido como un hombre pretende generalmente á una mujer, el resultado habria sido el mismo.

— ¡ Cómo ! ¡ señora de mi vida!

— Yo no sé, no sé qué poder teneis sobre mí; pero puedo aseguraros que, á pesar de que solo hace veinte y cuatro horas que os conozco, me he casado contenta con vos, y siendo vuestra esposa me considero feliz.

Dijo de tal manera estas palabras Julia, que los dos hombres que las escuchaban, el á quien se dirigian las palabras de la jóven y el que estaba escondido, se engañaron.

Gabriel sintió una conmocion indescribible; Góngora una rabia mortal.

— ¡ Ah, señora ! esclamó Gabriel arrojándose á los pies de Julia.

— ¡ Miserable ! ¡ impura cortesana ! ¡ infame ! rugió Góngora en su escondite.

Y fué á abrir la puerta.

Pero se contuvo aun.

— Vuestras manos tiemblan, esposo mio, dijo con voz dulcísima Julia: y vuestros labios están secos y ardientes.

— ¡Oh! ¡es verdad! ¡tengo sed del cuerpo y sed del alma, voraces las dos, devoradoras! dijo Gabriel.

— Pues bien, esposo mio, dijo Julia levantándose, yendo á la mesa, tomando el jarro de plata y presentándolo á Gabriel: calmad la sed del cuerpo, y despues para calmar la de vuestra alma tomad la mia.

Gabriel tomó el jarro con ambas manos y bebió con ansia.

Cesó y volvió á beber otras tres veces.

Apuró el contenido del jarro.

— ¡ Ah ! esclamó Julia con un acento terrible, pero absorto, exhalado del alma, en que se demostraba una alegría infinita: ¡ cuánta sed teníais, Gabriel !

— Pues es aun mayor la de mi amor.

— ¡Oh! ¡y qué feliz soy! dijo Julia dejándose caer en los brazos de Gabriel, y mirándole de una manera fija y ansiosa.

Góngora veía el semblante de Julia: su mirada profunda, resplandeciente, ansiosa, fija en la mirada de Gabriel.

Góngora cegó de celos.

No vió, porque no podia verla en la mirada de Julia, la mirada

anhelante de la envenenadora que busca la muerte en los ojos de su víctima: vió la mirada de la mujer enamorada, abandonada á su amor, y entonces...

Gabriel estaba de espaldas á él... una cólera ciega enloquecia á Góngora, tiró de la espada, abrió... salió...

Gabriel se desprendió como una masa inerte, dando un horrible grito, de los brazos de Julia y cayó sobre la alfombra, donde se revolvió algunos segundos como una sabandija destrozada y lanzando concentrados gemidos de dolor.

Luego quedó inmóvil.

Habia muerto.

El cadáver habia quedado entre Julia y Góngora.

Julia quedó aterrada mirando á don Luis.

Don Luis, pálido, convulso, con la espada desnuda, esclamando:

—¡Un asesinato! ¡yo asesino á traicion!

Es de advertir, Luisa, observó Luzbel, que Góngora no habia tenido tiempo de herir á Gabriel: que no le habia herido; pero como el caer de Gabriel á causa de la violenta ponzoña que habia bebido, porque ya comprenderás que Julia habia envenenado el agua, habia coincidido con la salida de Góngora y con su intencion de matar á Gabriel, Góngora ciego, fuera de sí, sin tener nocion ni sospecha del crímen de Julia, creyó que habia herido á Gabriel, y que su muerte habia sido á consecuencia de la herida.

No habia sangre, es verdad, pero Góngora no estaba en estado de apreciar bien las cosas: delante de sus ojos habia una niebla espesa, y en medio de aquella niebla la blanca figura de Julia pálida y terrible.

Y Góngora repetia, dominado por el terror, mirándola:

—¡Asesino! ¡asesino!

—¡Asesino vos! esclamó Julia, á quien el arma de Góngora inspiró una idea infernal: la de enlazarle á sí por la complicidad de un crímen: ¡asesino vos!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Asesino por los celos que me habeis causado!

—¡Yo! ¡Habeis tenido celos de mí!

—Apartad, señora, apartad, dijo Góngora rechazando á Julia, que verdaderamente enamorada, dominada por su amor á pesar de lo terrible de la situacion, se habia acercado á él.

—¡Ah! ¡me rechazais! esclamó Julia.

Góngora calló.

—Sin embargo, vos me habeis puesto en este conflicto horroro-

so: si hubiérais tenido un poco de espera hubiérais visto que yo no amo ni puedo amar á nadie mas que á vos; pero ya que esto ha sucedido, espero que me ayudaréis á ocultar este crímen, por interés vuestro, por interés mio.

—Sí, os ayudaré, esclamó Góngora con voz ronca. Pero ¿cómo?

—¡Oid! abajo, adonde podemos llegar por un corredor y unas escaleras escusadas, hay un pozo abandonado que no se usa por lo infecto de sus aguas. Carguemos con ese cadáver y arrojémosle al pozo.

Góngora envainó la espada, y dominando su horror asió el cadáver por debajo de los brazos.

Julia le asió por los pies.

Y á tientas, con el cadáver, salieron del dormitorio por una puerta de escape.

Y así, á oscuras, apurando Góngora el horror de su situacion, inflamada ella por una fiebre desconocida, atravesaron con el cadáver de Gabriel callejones, revueltas escaleras, hasta que llegaron á un húmedo y resbaladizo piso bajo.

Góngora soltó el cadáver en cuanto estuvo allí, ó mejor dicho, el cadáver se le cayó de las manos.

Julia le soltó tambien.

Abajo como arriba, desde que salieron del dormitorio de Julia, la oscuridad era horrorosa, impregnada de no sabemos qué espíritu maldito: para Luis de Góngora aquella oscuridad tenia cuerpo, vida, se agitaba, bullía, gemía, rugía; parecíale sentir agitándose junto á su rostro alas invisibles que batian un aire helado: las tinieblas se iluminaban para él de una manera vaga, y entre aquella niebla indecisa parecíale ver ojos sangrientos que volteaban de una manera infernal; bocas rasgadas y espumantes que sonreían cruelmente; manos descarnadas que se estendian crispadas hácia él: sentia, en fin, Góngora el delirio de un remordimiento insoportable: el dolor, el terror, la vergüenza de sí mismo le enloquecian: todo lo que le rodeaba le parecia un vacío enemigo, pronto á absorberle: se creía, en una palabra, maldito de Dios, y no sin razon, porque se creía asesino.

El terror de Julia era de distinta especie: no le aterraba la muerte de Gabriel por sí misma, sino por el peligro en que la ponia: no sentia miedo por estar al lado del cadáver en medio de las tinieblas, sino porque aquel cadáver no habia desaparecido todavía.

Sentia una viva impaciencia, y arrastrada por ella dijo á Góngora:

—Busquemos el pozo, amigo mio, y arrojemos en él al maldito.

Góngora no contestó.

—¿No estais ahí? esclamó cuidadosa Julia.

—Sí, sí; aquí estoy por mi desgracia, dijo Góngora con acento ronco.

—Necesitamos luz: yo no recuerdo bien hácia qué lado está el pozo.

—¡Luz! dijo Góngora.

—Sí, sí; esperad: voy por ella; vuelvo al momento.

Góngora sintió los pasos de Julia que se alejaba entre la oscuridad.

Entonces no fué terror el de don Luis, sino pánico: la mano de Dios le heria: la mano de Dios le doblegó como el huracan doblega una caña; y Góngora creyó escuchar una voz terrible zumbando en su oido:

—Has corrido, insensato, tras los placeres, y por los placeres te has olvidado de tu Dios.

Has arrojado á la faz del Señor, tu Dios, tu impureza y no has temblado.

Has corrompido la inocencia de una y otra mujer con la alegría del réprobo, y no has pensado en que el Señor tu Dios te veía.

Has penetrado en el hogar tranquilo antes de que tú pusieses en él la planta infame; has dejado en él al salir la deshonra y el llanllanto, y no has temido al Señor tu Dios.

Has desnudado sin razon tu espada, arrastrado por la liviandad y la soberbia, y has vertido sangre que humea á los pies del Señor tu Dios, pidiéndole justicia.

El Señor tu Dios, irritado contra tí, ha apartado de tí sus ojos, y sobre tí ha levantado su mano.

Y el Señor tu Dios no tendrá para tí misericordia, si no lavas con un mar de lágrimas tuyas las marcas que las lágrimas y la sangre agenas han impreso en tu alma.

—¡Oh! ¡perdon! ¡perdon, Dios mio! esclamó Góngora juntando sus manos: yo me apartaré del mundo, y buscaré la paz de la penitencia al pie de tus altares; yo me consagraré entero á tí, mi Señor y mi Dios!

—¿Qué estais diciendo, don Luis? esclamó una voz cortada; ¿por qué estais de rodillas? ¿por qué llorais? ¿acaso sereis vos mas cobarde y mas débil que una mujer?

Góngora, á quien su arrepentimiento y su promesa á Dios habian

fortalecido, como si Dios en señal de aceptacion de aquella promesa le hubiese ayudado, miró y vió ante sí á Julia, con un candelero de plata en la mano y en él una bugía encendida.

Pero tambien vió entre él y Julia el cadáver de Gabriel.

Góngora se levantó.

Miró á Julia sombrío y terrible.

—Me habeis perdido, la dijo: hasta ahora yo habia corrido por el mundo arrastrando tras mí la pureza de las mujeres y la honra de las familias; pero no habia sido asesino. Lo mismo que ahora su cadáver está entre los dos, lo estará siempre. Adios.

—¿Adónde vais?

Góngora no contestó, siguió adelante por un callejon oscuro.

—¡Ah! dijo Julia, el postigo está cerrado y no podrá salir.

Pero en aquel momento Julia oyó rechinar una llave al fondo de aquel corredor, y se estremeció. Acordóse de su cita con el rey.

El que abria el postigo debia ser Felipe IV.

Salió precipitadamente del aposento donde se encontraba el cadáver, cerró la puerta y adelantó hácia el postigo temblando de terror, porque Góngora viese al rey y el rey viese á Góngora.

Pasó luego al postigo á tiempo que este se abria, y ya no halló á Góngora en el callejon.

Sin duda se habia ocultado en una de las puertas que habia al paso.

Un bulto embozado estaba delante de Julia.

—¡Gracias! ¡gracias! dijo aquel hombre dirigiéndose á Julia.

—Bien venido seais, señor, dijo Julia procurando dominarse; porque creo que hablo con el rey.

—Hablais con vuestro esclavo, señora, contestó Felipe IV. Pero si gustais subamos, que aquí hace frio.

—Subamos, señor.

Y Julia subió delante cubriendo con la mano la bugía para que proyectase una gran sombra y el rey no pudiese apreciar bien los objetos.

Tenian necesariamente que pasar por junto al cadáver de Gabriel.

Al fin sin que el rey hubiese reparado en el cadáver, empezaron á subir por las escaleras.

Poco despues Julia abrió la puerta de su aposento.

—Dispensadme, señor, un momento, dijo Julia.

—¿Qué deseais?

—¿Teneis con vos la llave del postigo?

—Sí.

—Dádmela.

—¿Para qué?

—Temo que vuestra magestad se haya olvidado de cerrar.

—Bien podrá ser, bien podrá ser, porque al abrir os vi de repente y me deslumbrásteis.

—Dadme, dadme, pues, señor; no estaria tranquila á no estar segura de que ese postigo está bien cerrado.

—Tomad, señora, tomad, y volved pronto; tengo mucho que deciros, y yo no quiero perder un solo momento de los que me concedeis para contemplaros.

—Al momento subo, señor.

Julia bajó.

Al encontrarse en el callejon metió ruido.

Miró y vió un hombre que estaba junto al postigo por la parte de adentro.

Era Góngora que procuraba forzar aunque inútilmente la cerradura con su daga.

—Esperad, esperad, dijo Julia reconociéndole.

—¡Ah! ¿sois vos?

—Sí... yo soy... pero necesito hablaros... volved.

—¡Abrid, abrid, señora! esclamó Góngora.

Julia abrió.

—¡Volvereis! esclamó Julia con ansiedad.

—Que os perdone Dios como yo os he perdonado, esclamó Góngora.

Y desapareció entre la oscuridad.

Julia volvió á cerrar el postigo, y tornó de nuevo hácia su habitacion con el corazon deshecho.

Porque amaba á Góngora y no esperaba volver á verle mas.

Al pasar por junto al cadáver de Gabriel, se detuvo, le miró y esclamó pálida y terrible:

—¡Oh! ¡maldito seas tú, causador de mi desdicha!

Y luego se perdió como un fantasma por las escaleras que conducian á su aposento.

## LXIV.

Pasaron algunas horas.

Una luz indecisa empezaba á iluminar los aleros de un alto y estrecho patio adonde correspondia el lugar en que habia quedado



SI; UN CADAVER... EL CADAVER DE MI ESPOSO.

abandonado durante aquella larga noche de crímen é impureza el cadáver de Gabriel.

Era el dia que empezaba.

De repente la débil luz del crepúsculo fué dominada por otra luz.

Por la luz de una bugía.

Aquella bugía estaba en las manos de una mujer.

Aquella mujer era Julia.

Pálida, despeinada, mal envuelta en un manto.

Detrás de Julia se veía una sombra informe.

Aquella sombra era el rey don Felipe IV de Austria.

En el último peldaño de la escalera, Julia se detuvo.

—Me habeis preguntado, señor, por mi marido, dijo Julia, y yo os he contestado que estábamos seguros de él: mi marido ha dormido profundamente aquí.

—¿Que ha dormido aquí?

—Sí, y con un sueño del cual no despertará.

—¿Qué decís, señora? esclamó sériamente alarmado don Felipe.

—Venid, venid, señor, y vereis como duerme.

Y asió de una mano al rey, le llevó al lugar donde estaba Gabriel y alumbró su semblante, que estaba horrorosamente lívido.

El rey dió un salto atrás.

—¡Un cadáver! esclamó.

—Sí, un cadáver, dijo Julia mirando con una calma horrorosa al rey, que habia quedado aterrado é inmóvil: el cadáver de mi esposo. Yo no podia deshonrarme por vos., yo no queria deshonrar á mi marido... y he sido de vuestra magestad viuda.

—Este es un crímen horrible, esclamó el rey alentando apenas.

—Del que vos sois cómplice.

—¡Cómplice yo!...

—Sí, porque vos habeis sido para mí una tentacion irresistible.

—¡Oh! si yo lo hubiera sabido, señora...

—Ya no tiene remedio. Vuestra es la culpa; las flaquezas de un rey producen peores resultados que las de otro cualquier hombre.

—¿Y qué quereis?

—Quiero que puesto que vos babeis sido la causa de esta muerte, la encubrais.

—¿Y el rey la encubrió? dijo Luisa interrumpiendo al diablo.

—Sí, contestó Satanás: Felipe IV era muy débil y Julia le fascinaba. Echó el muerto sobre el conde-duque, y este lo compuso de tal modo, que el cadáver desapareció, que se cubrieron las aparien-

cias y que don Gabriel pasó por muerto en el mar, al trasladarse á Flandes á servir al rey.

En una palabra, Julia tuvo en su poder la fé de difunto en regla de su marido, dos meses despues de haber muerto este.

## LXV.

—Observo una cosa, dijo Luisa.

—Sí, ya sé lo que observas, dijo el diablo; recuerdas que Gabriel el mismo dia en que iba á casarse con Julia dejó un pliego cerrado á Luisa Isabel, encargándole que si al tercer dia á las cuatro de la tarde no habia ido él á pedirla aquel pliego, le abriese.

—Eso es, dijo Luisa: sin embargo, acabas de decirme que dos meses despues de la muerte de Gabriel, Julia recibió la partida de defuncion de su esposo, que, segun decian, habia perecido en el mar al trasladarse á Flandes.

—Eso es.

—De poca importancia debia ser, pues, el pliego que Gabriel dejó á Luisa, cuando en dos meses no se vieron resultados.

—Te engañas, dijo Satanás; y en prueba de ello toma y mira.

Y dió á Luisa un pliego cerrado sujeto con una cinta de seda.

—¿Y qué es esto? dijo Luisa.

—El pliego en cuestion tal como le recibió Luisa Isabel.

—Ábrelo.

Luisa le abrió.

Dentro habia dos papeles.

Desdobló el uno.

Era la declaracion del verdadero nacimiento de Julia, en que constaba que su nombre era Dolores Quiñones, hija de Consuelo Quiñones, hechicera relapsa, quemada por el Santo Oficio.

Luisa puso con mano temblorosa aquella declaracion sobre el velador despues de que la hubo leido, y abrió el otro papel.

Estaba escrito de distinta letra, y por su color mas bajo se comprendia que era menos antiguo que el anterior.

Luisa ante todo miró la firma.

Era esta: Gabriel Figueroa.

Leyó despues lo siguiente:

«Cuando hayais abierto esta, señora, yo habré dejado de vivir.

»Por vos me caso con esta terrible mujer.

»Os lo debo todo y no vacilo en pagaros, que de almas agra-

decidas y nobles es no reparar en nada para pagar los beneficios.

»No quiero molestaros, diciéndoos por qué esta terrible mujer se casa conmigo, y por qué, despues de casada me matará.

»Pero quiero, sí, deciros por qué me caso con ellá.

»Vos estais enamorada de un hombre de quien se ha apoderado esa mujer; enamorada, loca; para que ese hombre sea libre es necesario que esa mujer deje de serlo.

»Por eso la he obligado á que se case conmigo.

»Y me caso con la esperanza de poderla dominar de tal modo, que no me mate ni pueda volver á ver al hombre á quien amais.

»Si leeis esta carta rogad por mi alma.

»Proteged á mi pobre madre, á quien dejo otra carta para vos, y que os buscará.

»Despues, si os pareciese bien, vengadme.

»No quiero molestaros mas. Vuestro humilde criado—*Gabriel Figueroa.*»

—¿Sabes, dijo Luisa á Satanás, que es lástima que la abnegacion de este hombre no hubiese sido para el bien?

—Gabriel tenia el vicio del agradecimiento.

—¡El vicio!

—Sí, porque la virtudes cuando se practican mal, son vicios.

—Tu lógica es estravagante.

—Como los humanos no estais acostumbrados á oir la verdad, os parece estravagante cuando la oís.

—¿Y dime, qué hizo Luisa Isabel?

—Primero, acogió en su casa á la madre de Gabriel, que se la presentó llorando: despues hizo buscar á Gabriel; luego á Luis de Góngora. La pobre madre de Gabriel murió poco despues de sentimiento; Gabriel no pareció; Góngora se habia ido á Salamanca á estudiar para ordenarse.

Lo primero que hizo Luisa fué irse á Salamanca en busca de Luis de Góngora, porque su amor era mas exigente que su deseo de vengar á Gabriel, y que sus celos, porque en su odio contra Julia, tenian mas parte los celos que su indignacion por la muerte ó el desaparecimiento de Gabriel.

Por esta razon tuvo tiempo Julia de recibir la partida de defuncion de Gabriel y de declararse viuda y de vestirse solemnemente de luto antes de que Luisa Isabel obrase contra ella; y Luisa Isabel no hubiera obrado si Luis de Góngora por una parte y Julia por otra no le hubiesen provocado á ello.

Porque los vivos, Luisa, cuando no les importa no obran por los muertos.

Á los muertos se les entierra y... punto concluido.

—¡Oh! eso no es verdad, dijo Luisa; yo no he dejado de visitar un solo dia la tumba de mi madre, sino cuando absolutamente no he podido.

—Tú, Luisa, eres una escepcion, y las escepciones nada determinan.

Pero déjame continuar.

En el momento en que Luisa Isabel supo que Góngora estaba en Salamanca, hizo sus preparativos de viaje; pero antes de partir, y sabiendo que su marido estaba abandonado, por un mensage que habia recibido de este por medio del guardian de puercos, montó á caballo y se fué al monte.

Su presencia en la choza del pastor fué para Gutierre lo que puedes suponer sería para un caminante perdido en una montaña en una noche lóbrega y fria, la repentina aparicion de un sol ardiente.

—¡Ah! ¡señora! ¡vos aquí!

—¿Cómo os sentís? dijo Luisa con acento glacial.

—Mal, muy mal, señora; pero lo que mas me aqueja no es la herida, aunque es tan grave que pienso ha de acabar conmigo: duéleme mas el no haberos visto durante tanto tiempo.

—Habeis tenido quien cuide de vos.

—Me ha faltado vuestro amor.

—Ese os faltará siempre.

—La mujer debe amar á su marido.

—Cuando le elige.

—Vos me habeis aceptado.

—Por no meterme en una lucha desigual.

—Luchareis conmigo.

—Con vos creo lucharé con ventaja. El rey mi padre tenia demasiados medios para obligarme.

—Es decir que nunca sereis mia.

—Nunca sino hecha pedazos.

—¡Estraña mujer casada!

—Seré siempre una casada vírgen.

—¿Y si os quedáseis viuda?

—No lo quiera Dios.

—No os comprendo, señora.

—Lo que os ha sucedido, puede decirse que os ha sucedido por

mí. Deseo, pues, que no murais de esta herida. Si despues morís por otra causa cualquiera sin que yo sea absolutamente la causa, me alegraré.

—¿Que os alegrareis de mi muerte?

—Sí por cierto, porque la hora de vuestra muerte será la hora de mi libertad.

—Pues haré todo lo que pueda por no morir si escapo de esta; es decir, me haré hombre moderado, evitaré los desórdenes y las riñas, procuraré en fin que me ameis, á fuerza de adoraros y de serviros.

—Eso no puede ser.

—¿Me aborreceis?

—No: os rechazo porque me haceis mal, pero no os aborrezco. Yo no aborrezco á nadie; me defiendo de lo que no quiero, y nada mas.

—Pero si no me aborreceis, con el tiempo podreis amarme.

—Nunca afirmo una cosa, sino cuando estoy segura de ello: os he dicho que no puede ser que yo os ame.

—¿Y por qué, señora?

—Porque amo á otro.

—¡Ah! ¡amais á otro hombre! esclamó con un acento semejante á un rugido Gutierre.

—Yo no miento; yo no engaño.

—Y ese hombre á quien amais... ¡ese hombre os llamará suya!

—Ya os he dicho que mientras que vos vivais seré una casada vírgen.

—Mataré á ese hombre.

—Seguiré amando su memoria.

—Me vengaré de vos.

—Moriré amándole.

—Teneis el corazon de roca.

—Informaros debísteis de lo que yo era antes de casaros conmigo.

—¿A qué habeis venido, señora?

—A cuidar de vos.

—¡Y me matais!

—Vuestra es la culpa. Yo no os hubiera provocado á esta conversacion.

— En una palabra: ¿qué interés teneis en mí, doña Luisa?

—El de salvar mi conciencia de un remordimiento.

—Salvadla pues: y puesto que lo que haceis no lo haceis por mí, sino por vos, os anuncio desde ahora que no os lo agradeceré.

—Eso quiero.

Y Luisa se apartó del lecho, salió de la cabaña y llamó á un médico y á un cirujano que habia llevado consigo.

Despues, y con el parecer del médico y del cirujano, que no encontraron en ello peligro, Gutierre, con todas las comodidades y precauciones posibles fué trasladado á casa de Luisa Isabel.

Llamó esta al mayordomo, díjole que aquel caballero era su esposo, y por consecuencia el señor de la casa, y sin detenerse ni un punto mas hizo sus preparativos de viaje, y como si hubiera sido la mujer mas libre del mundo, se fué á Salamanca.

Salamanca era la ciudad escolástica y monástica por escelencia: con estudiantes y frailes por habitantes, claro es que las costumbres no serían las mas severas: los galanteos, las riñas, los escándalos eran el pan cuotidiano de la buena ciudad, y sus mujeres habian adquirido unas costumbres tan galantes que aquella era una tierra de promision para los aficionados á esa vida ardiente, inquieta y rapidísima de las aventuras.

Julia habia precedido á Luisa Isabel, y como Julia conocia demasiado á Salamanca porque se habia criado en ella, supo desde el momento lo que debia hacer para llegar á su objeto, esto es, atraerse de nuevo á Luis de Góngora.

Compró la mejor casa de la ciudad, pagando lo que por ella le pidieron; la amuebló ostentosamente, la abrió á la estudiantina, dió fiestas ruidosas, se dejó ver en todas partes deslumbrante, no sin grande escándalo de los que la conocian y que no sabian esplicarse el engrandecimiento de Julia, sino diciendo al verla: *mirad la desvergonzada manceba del rey* (porque solo por este medio comprendian el título y el boato de Julia, sin tener en cuenta que el bueno del conde-duque no dejaba al rey parte de sus rapiñas para tanto), y apuró en fin cuantos medios puede poner en práctica una mujer para hacerse visible y codiciada.

Pero en vano.

Fué á su casa hasta el último estudiante y mas pelon, y entre ellos no fué Góngora: preguntó por él, y nadie le supo dar razon: los nuevos no le conocian: sus antiguos compañeros no le habian visto: sin embargo, Julia, por Silvestre, á quien tenia á su devocion, sabia que Góngora habia marchado á Salamanca.

Temió Julia que se hubiera metido fraile, y por encontrarle metió espías en los conventos.

Pero sus espías no supieron decirla nada.

Desesperóse, y sin embargo, se obstinó en balde.

Silvestre, á quien escribió á Madrid, la contestó afirmándola:

Que una noche se habia presentado don Luis pálido y desencajado en su casa.

Que por la mañana se encerró con su tio, con el cual estuvo hablando mucho tiempo.

Que aquella tarde, en dos mulas de paso y con las maletas bien provistas de ropa y de dinero, habian salido don Luis y él de Madrid.

Que tres dias despues entraban por la noche en un meson en Salamanca.

Que por la mañana don Luis le mandó que se volviese á Madrid.

Que él se volvió.

Que á los quince dias se recibió una carta de Salamanca cuyo sobre estaba escrito de puño y letra de don Luis para su tio.

Que su tio se encerró á leer la carta.

Que hacia poco tiempo que se habia recibido otra carta de don Luis, de Salamanca tambien.

Y por último, que él juraba y perjuraba que su amo estaba en Salamanca.

En vista de esta carta de Silvestre, Julia le escribió de nuevo, enviándole una libranza para que se le abriese el apetito de servirla, y pidiéndole que se apoderase de una de las cartas que don Luis escribia á su tio.

Silvestre, esponiéndose á ser apaleado si era descubierto, secuestró, de las mismas manos del correo, una de las cartas de don Luis á su tio, y como aquel era un delito doméstico y grave que podria traerle malas consecuencias, se vino con la carta á Salamanca, y al entregársela á Julia, la dijo:

—Aquí tiene vuestra señoría la carta que desea y un nuevo criado.

Julia admitió en su servidumbre á Silvestre. Tomó la carta de su amo, y leyó con ansia lo siguiente:

«Salamanca, etc.

»Mi buen tio y señor: se acerca el momento de que se cumpla mi propósito de apartarme del mundo: la penitencia me consuela y me dá fuerzas para pensar en que la misericordia de Dios me volve-

rá en lo posible la paz del alma: solo os ruego, mi amado tio, que no me escribais tan severo: tened en cuenta que la mujer que me ha perdido era un demonio tentador, y que suya es mas bien que mia la culpa de aquel horrendo crímen. Vos no me habeis maldecido, mi buen tio; pero perdonadme y bendecidme, si es que quereis que se consuele y sufra menos esperando el perdon y las bendiciones de Dios, vuestro sobrino.—Luis.»

Desesperó esta carta á Julia.

Por ella no sabia mas que una cosa.

Ó por mejor decir, dos cosas horribles.

Que Luis de Góngora iba á hacerse clérigo y que la aborrecia.

Silvestre recibió el encargo de buscar á su amo hasta en las entrañas de la tierra.

Silvestre se encargó de aquel negocio con desconfianza, porque sabia por esperiencia que cuando su amo se escondia, se escondia tan bien que no bastaban para sacarle de su madriguera hurones.

Pero si Silvestre no descubrió el paradero de don Luis, descubrió otra cosa que alarmó terriblemente á Julia.

Un dia se paseaba Silvestre al sol en la orilla del Tormes, cuando se le acercó un alguacil.

Disgustóle el encuentro, porque los tales desde que existen no se han acercado á una persona para cosa buena; pero tranquilizóle muy pronto la suave sonrisa que lucía en los labios del corchete.

—¿Se llama vuesamerced Silvestre Tapones? le dijo:

—El Tapones, señor mio, es un mal nombre, dijo Silvestre, y viene de que á mi madre no sé por qué la llamaban la Tapona: pero mi apellido es Pelgarejo.

—Pues tanto monta el apellido como el mal nombre, señor Silvestre Pelgarejo. Pero dejando esta cuestion á un lado, que nada importa y cada cual se llama como le ponen, paréceme que será bien que diga á vuesamerced que tenemos aparejado un buen negocio.

—Por los buenos negocios me pierdo, amigo, contestó Silvestre. ¿Y qué es ello?

—Paréceme que hablaríamos mejor en una de esas casillas de lavanderas donde guisan una uña de vaca que no hay mas que pedir, y tienen un pardillo que alegra solo de verle. Con que vamos, y entre bocado y trago hablaremos mejor que aquí, que el sol calienta poco y lo enfria mas este vientecillo que corre.

Dirigiéronse gentilmente, lacayo y corchete, á una casilla de los lavaderos, pidieron un plato de uña de vaca y un jarro de vino, y

despues de haber hecho salvas á la vianda, el corchete dijo al lacayo lo siguiente:

—Paréceme, señor Silvestre, que vuesamerced anda hace poco tiempo por Salamanca.

Alarmóse un tanto Silvestre, porque aquello iba tomando olor de interrogatorio de justicia, pero sin turbarse contestó al canto:

—De esta vez teneis razon, amigo, que solo hace quince dias que estoy en la ciudad; pero en otro tiempo héme estado años enteros, y tanto que me conocian aquí hasta las piedras. Era eso cuando mi amo estudiaba derecho.

—¿Vuestro amo es don Luis de Góngora?

—Era: porque ahora sirvo á la señora marquesa de la Buena-dicha.

—Pero debe hacer poco tiempo que servís á esa señora.

—Vamos claro: ¿por qué me preguntais todas esas cosas, señor ministro?

—Porque quiero ganar, y que vos ganeis una razonable cantidad de oro.

—¿Y qué hay que hacer para ello?

—Averiguar donde está vuestro amo.

—¿Y á quién interesa que don Luis parezca?

—Á una dama muy hermosa y muy rica.

—¿Y cómo se llama?

—Doña Luisa Isabel María de Austria.

—¡Cómo! ¡de Austria!

—Es casi una infanta.

—¿Y á esa señora interesa el encontrar á don Luis?

—Mucho, muchísimo, segun me ha dicho y segun el empeño que demuestra.

—De modo que esa señora ama á mi amo.

—No sé para qué busca una mujer á un hombre sino porque le ama.

—Y esa señora ¿es rica?

—Riquísima, como que ha comprado una casa como un palacio en Salamanca, y la ha amueblado que no hay mas que pedir. Además, esa señora, para animarme á que la sirva, me ha dado veinte doblones de á ocho, y para que veais que no miento y que quiero partir con vos las ganancias, allá van diez doblones, que no son para despreciar.

Abrió tanto ojo Silvestre, y guardándose los doblones, an-

tes de dar lugar á que el corchete pudiera arrepentirse, le dijo:

—Allánome á ayudaros á buscar á mi amo.

—¡Cómo! ¿pues no sabeis dónde anda? dijo el corchete con un acento que revelaba que se arrepentia de haber andado tan deprisa en aflojar la bolsa.

—Eso no importa, dijo Silvestre adivinando aquel arrepentimiento: mas ven cuatro ojos que dos, y mas que dos orejas oyen cuatro. Vos sois alguacil y yo lacayo, y mucho será que si bien nos empeñamos no demos con nuestro hombre.

—Convenidos, dijo el corchete perdiendo su recelo.

Y entrambos siguieron hablando acerca de los medios mas á propósito para encontrar al perdido.

## LXVI.

Aquella noche supo Julia por Silvestre, con una rabia mortal, que una dama jóven, rica y hermosa, que llevaba el apellido del rey, y que por consecuencia era su cuñada, buscaba ansiosa como ella á Luis de Góngora.

## LXVII.

Julia, en su impaciencia, quiso conocer á su cuñada, porque aunque parezca estraño no la conocia.

Pero esto no le fué fácil por los medios ordinarios.

Luisa Isabel, por el contrario de Julia, no recibia á nadie en su casa, ni salia mas que por la mañana temprano á misa los dias de precepto, y aun así cuidadosamente encubierta, sin aparato, y acompañada solo de un lacayo y de una dueña.

No pudiendo ver á Luisa Isabel en un sitio público, y ansiosa de verla Julia, la escribió una carta ofreciéndola su casa como cuñada, y pidiéndola licencia para verla.

No era posible escusarse, y Luisa Isabel no se escusó; pero cuando se presentó á ella Julia, la recibió de esa manera que quiere decir inequívocamente:

—Hareis muy bien en no volver.

Pero Julia no acusó el recibo del aspecto de su cuñada: por el contrario, la saludó de la manera mas cariñosa del mundo, la sonrió y se sentó sin ceremonia junto á ella.

Pero bajo la dulce apariencia de Julia, habia un infierno: habia visto con toda la rabia de una mujer celosa, que tenia en Luisa Isa-

bel una rival temible, y con ese género de envidia, de que son capaces las mujeres, que no la aventajaba, en cuanto á formas esteriores, esto es, que era una gran señora en la acepcion legítima de la frase, que la imponia respeto, y que la trataba con esa frialdad de los que se consideran superiores á las personas con quienes se ven obligados á hablar.

—He sabido, hermana, la dijo Julia, que estábais en Salamanca, y me he apresurado á venir á veros.

—Bien venida seais, dijo ceremoniosamente Luisa Isabel.

—Tenia dos grandes motivos para venir: primero conoceros...

Luisa se inclinó.

—Y saber despues de mi hermano: de vuestro esposo.

—Ciertamente: no puedo negar que es mi esposo vuestro hermano. Y... ¿qué deseais saber acerca de... mi esposo?

—Estaba cuidadosa por él: sabia que estaba herido; pero al saber que estábais aquí...

—¿Supísteis que vuestro hermano estaba fuera de peligro?

—Y que vendria adonde vos estuvieseis: quien posee á una mujer tal como vos...

Hizo Luisa Isabel un gesto de impaciencia, y su semblante se cubrió de la palidez de la cólera.

—Se conoce bien que despues de nuestro casamiento no habeis hablado con vuestro hermano, dijo.

—Mi hermano ha estado algun tiempo perdido.

—Como vos habeis estado negada para él, segun me han dicho. Á ser de otro modo sabríais, porque vuestro hermano se os hubiera quejado, que vuestro hermano, á pesar de ser mi... esposo, es para mí la persona mas estraña del mundo.

—Fué herido segun creo, y gravemente, el dia en que os casásteis con él, segun me han dicho, contestó Julia desentendiéndose de la intencion de las palabras de Luisa.

—Y muy mal herido, dijo ésta.

—Pero supongo que habiéndoos separado de él para veniros aquí, que no correrá peligro alguno.

—Los médicos dicen que será muy fácil que muera de la herida.

—¿Habeis abandonado en tal situacion á vuestro marido, señora?

—¿Quién os ha dicho que yo le haya abandonado? Le he dejado perfectamente asistido, dueño de mi casa; si mi presencia fuera bastante para curarle, no me hubiera movido de junto á su lecho; pero como yo no soy la salud... me he venido adonde me ha parecido.

La manera de espresarse Luisa Isabel era seca, descortés, agresiva: sin embargo, Julia contemporizó con ella y prolongó su visita hablando de generalidades hasta media hora.

Despues, ofreciendo su casa á Luisa Isabel, salió.

Luisa Isabel ni aun siquiera pagó la visita á su cuñada.

Esta, sin embargo, la repitió á los quince dias.

Luisa Isabel estuvo ni mas ni menos seca y punzante como la vez anterior.

—Haceis sufrir demasiado al pobre Gutierre, hermana, dijo en aquella ocasion Julia á Luisa: me ha escrito y pide que le diga lo que haceis aquí.

—¡Qué decís! esclamó Luisa con orgullo.

—No digo yo, lo dice mi hermano: flaquezas de celoso.

—¡Ah! dijo Luisa: ¡don Gutierre se cree en el caso de tener celos!

—Como que me dice en su carta... ¡un disparate! que vos habeis venido á Salamanca á....

—Acabad, señora, acabad.

—Será necesario que perdoneis á mi hermano, porque la palabra que usa es dura, inconveniente, impremeditada.

—¿Pero me querreis decir á qué es á lo que atribuye vuestro hermano mi venida á Salamanca?

—Ya os he dicho que mi hermano habla en esta carta como un loco. Debeis por lo mismo perdonarle.

—¿Pero qué dice? ¡sepamos!

—Dice que habeis venido en busca de un hombre á quien amais, dijo Julia, con un ligero tinte de agresion en el acento.

Luisa Isabel miró de una manera profunda y tranquila á Julia.

—¿Eso dice? dijo despues de un momento de silencio; pues mirad, vuestro hermano no está loco; lo que dice es la verdad.

—¡La verdad! dijo Julia, cuyas miradas empezaban á estraviarse.

—Sí, sí, dijo Luisa Isabel: ¿por qué no he de deciros á vos lo que dije á vuestro hermano? Amo á un hombre.

—¿Y ese hombre se llama don Luis de Góngora? preguntó con la voz trémula por los celos Julia.

—Mucho os interesan mis asuntos, señora, dijo Luisa Isabel.

—Querría que me contestáseis lisa y llanamente á lo que os he preguntado.

—¿Y qué es, que no me acuerdo ya?

— Os he preguntado si la persona por quien habeis venido á Salamanca es don Luis de Góngora.

Brillaron de una manera sombría los ojos de Luisa Isabel.

— ¿Y qué os importa que sea ese ó que sea otro? dijo.

— Me importa tanto, como que yo he venido en busca de ese caballero.

— ¡Vos!

— Sí: porque le amo y él me ama.

— ¡Que os ama él! esclamó Luisa Isabel en un arranque de celos; pero conteniéndose añadió: y bien, teneis razon en amarle, porque don Luis de Góngora es muy cortés, muy galan y muy enamorado.

— Sería singular, hermana, dijo Julia afectando una calma que estaba muy lejos de sentir, que amáramos las dos á un mismo hombre.

— No señora, no señora, dijo Luisa Isabel; porque eso no puede ser.

— ¿Que no puede ser?

— No, porque el hombre á quien vos amais no puede amar á otra.

— ¡Ah!

— Por consecuencia, vuestros celos son tan infundados como los de vuestro hermano.

— Permitidme, hermana, que os diga, repuso Julia, que vuestra conducta es inesplicable.

— ¡Cómo! ¿os creeis autorizada para calificar mi conducta?

— Mi hermano me autoriza...

— ¡Ah! si os creeis autorizada por vuestro hermano para interrogarme, para reconvenirme, para introduciros en mi casa como una espía...

— ¡Señora!

— Dejadme continuar. Si os creeis autorizada con esa carta de vuestro hermano respecto á mí, yo por otra carta estoy autorizada respecto á vos. ¿Podeis decirme cómo ha muerto vuestro esposo Gabriel de Figueroa?

— Murió en el mar desgraciadamente, dijo con gran serenidad Julia.

— Pues hay quien cree que murió mas cerca de vos: y hay alguno que añade que murió en vuestros brazos.

— ¡Os lo ha dicho Luis!... esclamó Julia, perdiendo todo reparo, olvidando su propia conveniencia.

—¿De qué Luis hablais?

—De Luis de Góngora.

—¡Ah! ¡con que Luis de Góngora sabe cómo y cuándo murió el pobre Gabriel!

—Como que él fué quien le mató.

Julia, creyéndose vendida, esplotaba el error de Luis de Góngora, que como saben nuestros lectores, engañado por la coincidencia de la caida por efecto del veneno de Gabriel, con su salida, espada en mano, habia creido que le hirió, que le mató.

—¡Miren qué estraño caso! dijo Luisa Isabel, sobreponiéndose á la terrible impresion que habia causado en ella la noticia de que Góngora habia asesinado á Gabriel, noticia que convenia con el espíritu de la carta de Góngora á su tio, que habia interceptado Silvestre y entregado á Julia: ¡miren qué caso! hasta ahora habia yo oido contar tragedias de amantes muertos por el marido de la mujer en cuyos brazos se encontraba; pero no habia oido nunca que el amante matára al marido en los brazos de su mujer.

—Debeis comprender que somos enemigas, señora, dijo al fin Julia, que no pudo contenerse mas.

—Vos podreis ser enemiga mia, dijo Luisa: sedlo en buen hora: no os temo: pero yo no puedo ser enemiga vuestra.

—¿Y por qué, señora?

—Porque os desprecio.

—¡Ved cómo me despreciais!

—De todo punto, y en prueba de ello os mando que salgais inmediatamente de mi casa.

—Adios, pues, dijo Julia levantándose inmutada, pero guardaos.

—Guardada estoy: procurad vos estarlo tambien.

Julia y Luisa Isabel cambiaron una mirada terrible, y la primera salió.

## LXVIII.

Entrambas se juraron un odio mortal.

Entrambas pusieron en actividad su pensamiento á fin de encontrar el medio mas feroz posible de vengarse de la otra, de humillarla, de destrozarla.

—Tú no sabes, Luisa, lo que es el odio de las mujeres, dijo Satanás: ¡las mujeres! me hacen á mí inútil.

—Pero mujeres como las que tú describes, dijo Luisa, no existen por fortuna.

—Tú participas de la flaqueza y de la cobardía humana, Luisa, tú no crees aquello que no comprendes. Mujeres como Julia y como Luisa Isabel están en todas partes, como escondidas, como ocultas entre los demás séres, como puede estar y está la yerba venenosa escondida entre las demás plantas de una inmensa pradera: para encontrarlas no hay mas que buscarlas, y se las halla con facilidad. Julia y Luisa Isabel, aunque de distinta manera, con distintos efectos, eran dos séres venenosos. Pero continuemos.

Julia empezó á pretender vengarse de Luisa Isabel de una manera vulgar, tratando de irritar su vanidad en una lucha de fausto, de lujo, de aparato de goces: Julia, con quien yo me habia comprometido totalmente, obtuvo de la manera mas natural del mundo sumas fabulosas, herencias imprevistas, hallazgos de tesoros en sus propiedades.

Julia asombró á Salamanca. Pero su rabia se estrelló en la inmovilidad de Luisa Isabel como el huracan ó el mar contra una roca. Luisa Isabel no se dió por entendida de aquella provocacion: continuó con su casa cerrada y con su reclusion, rota únicamente para ir á la iglesia, y aun así de una manera modesta. Porque Luisa no habia ido á Salamanca para establecer competencias de fausto, sino para buscar al único hombre á quien amaba.

Y en esto habia sido mas feliz que Julia: valiéndose de cuantos recursos tienen los hombres, hasta del espionage de la justicia, y pagándole bien, descubrió dónde se encontraba Góngora, que era ni mas ni menos el colegio de San Bartolomé de Salamanca.

Por el contrario de Julia, Luisa Isabel se alegró de la resolucion irrevocable de Luis de Góngora de dedicarse á la Iglesia.

—¡Cómo! dijo Luisa. ¿Mi quinta abuela renunció al fin á sus amores?

—No, no por cierto, dijo Satanás: Luisa Isabel se alegró de que Góngora se dedicase al sacerdocio, porque siendo clérigo no podia casarse con ninguna, ya que ella por ser casada, no podia casarse con él.

—¡Qué horror! ¡qué sacrilegio! esclamó Luisa.

—Tu abuela miraba con una profunda indiferencia las convenciones sociales. La importaba poco el fallo del mundo, porque despreciaba al mundo: para ella lo justo ó lo injusto no eran con arreglo al juicio de los hombres, sino á su juicio propio; era sumamente soberbia, y mas que soberbia voluntariosa.

—¡Pero y Dios! ¡y el respeto á lo santo! ¡cómo comprender que

una mujer que respetaba la vida de un hombre odioso que la esclavizaba, la obligaba á sufrir una situacion anómala solo por librar á su conciencia hasta del recelo de haber contribuido á un crímen, se atreviera á ese horrible crímen de impureza y de sacrilegio! Confiésalo, Satanás, el carácter de mi quinta abuela es contradictorio.

—Luisa Isabel creía en Dios, y por lo mismo que creía en Dios alentaba su amor hácia Góngora. Porque Luisa Isabel decia: nada sucede sino por la voluntad de Dios: puesto que Dios ha querido que yo ame á Góngora, mi amor es legítimo, y como legítimo debe llegar á todas sus consecuencias: si Góngora me ama, si es capaz de amar á una mujer, su estado de clérigo es el resultado de un error suyo ó de un momento de desesperacion. Dios, que es la sabiduría absoluta, la verdad absoluta, no verá, no puede ver un clérigo en quien por su vocacion no es clérigo. Solo lo verán los hombres, porque los hombres no ven mas que lo esterno. Puedo, pues, si Luis de Góngora me ama como yo le amo, ser suya sin ofender á Dios.

—Pero ese era un sofisma horrible.

—El hombre no ha producido nunca mas que hechos fundados en sofismas.

—Espera, dijo Luisa: los hechos nacen de una esfera superior al hombre: de la eterna verdad: porque no puede nunca haber un hecho que no sea efecto preciso, absoluto, de una causa.

—Te estoy contando una historia, y al contártela no he pretendido entrar contigo en una disputa filosófica. Me interrumpes y vas haciendo mi historia interminable: déjame que te esponga los hechos, y luego tú te los esplicarás como sepas, mejor dicho, como puedas, y aplicarás la esperiencia que de ellos hayas sacado á tus hechos propios.

Continuemos, pues, y sin mas digresiones, vengamos al dia en que al fin se ordenó Luis de Góngora y dijo su primera misa.

## LXIX.

Julia se desesperó: la primera noticia que tuvo Luis de Góngora, la tuvo unida á la de que aquel mismo dia cantaba misa en la magistral de Salamanca.

Luisa estaba mas adelantada: Góngora habia recibido cartas suyas, y cartas envenenadas.

Porque las cartas de Luisa Isabel, no eran las de una mujer ena-

morada, sino de una buena amiga, que le consolaba, que elogiaba su resolucion de consagrarse á Dios.

Góngora leía aquellas cartas con la alegría de quien bebe un calmante que adormece sus dolores, y las contestaba con largas cartas llenas de uncion, de misticismo, de amor á Dios: y ella leía aquellas cartas con una alegría inmensa, porque bajo ellas veía al mismo Góngora que habia visto, al amante de corazon ardiente, sensual, lleno de deseos impuros, velados tras un sentimiento poético, profano é infecundo.

Luisa Isabel, con uua astucia infernal, adormia á Góngora en una tranquila confianza: preparaba el dia en que Góngora, ya sacerdote, fuese á su casa: y en su casa, esperaba que su hermosura, su virtud, siquiera hasta cierto punto fingida, en una palabra, su encanto, lo arrojarian entre sus brazos.

Luisa Isabel, era el obrero tenaz que trabaja sin descanso en su obra, por irrealizable que parezca, con fé viva, con entera esperanza de verla terminada.

Y la voluntad es el talisman poderoso que todo lo domina, que todo lo vence, que á todo se sobrepone, y si alguna vez el hombre no llega al logro de sus deseos es, ó porque su deseo ha sido irrealizable, imposible, y por lo tanto insensato, ó porque no ha deseado con toda su voluntad.

Luisa no se engañó.

Ocho dias despues de haber cantado misa y con sus hábitos talares, Góngora se presentó en su casa.

Luisa le recibió con alegría; pero con una alegría que podia pasar y pasó para Góngora por la leal alegría de una persona que ve á otra á quien aprecia, en una senda de salvacion.

La primera entrevista de Luisa Isabel y de Góngora fué dulce, íntima, pero de una manera casi religiosa.

Hablaron de las vanidades del mundo, de las amarguras de la vida, de los inefables consuelos que emanan de la religion; y Góngora salió peligosamente encantado de la religiosidad, del talento y de la aparente dulzura de carácter de Luisa Isabel.

## LXX.

Julia habia empeñado su ataque por otro flanco, y habia tenido la desgracia de equivocarse al elegir el flanco por donde atacó á Góngora.

Le llamó enamorada, y Góngora no contestó al llamamiento.

Le escribió una y otra carta ardiente recordándole su amor, y Góngora solo abrió la primera, y le devolvió las restantes cerradas.

Entonces Julia, valiéndose de otra mano para que Luis de Góngora no conociese su letra y leyese la carta, le escribió la siguiente:

«Señor don Luis de Góngora: creía tener un derecho sagrado á que acudiéseis á mi casa cuando os llamé á ella; á que contestáseis al menos á las cartas que os he escrito, y que me habeis devuelto sin abrir. He buscado la causa de esta conducta, y no he podido encontrar otra que la del amor de otra mujer: porque vos, don Luis, por mas que lleveis sotana y manteos, no sois clérigo, porque no habeis nacido para clérigo: no me despreciais por amor á Dios, sino por amor á otra. Yo sabia quién esta mujer podia ser, y habiendo hecho observar su casa sé que la visitais. Si en efecto por horror al mundo, por cansancio de la vida, os hubiérais ordenado, yo sufriria, me quejaria de mi suerte, pero no me quejaria de vos. Despreciándome por otra mujer, estoy en el caso de vengarme de ella y de vos, y me vengaré.–La marquesa de la Buena-dicha.»

Acabada de escribir esta carta para Góngora, Julia escribió esta otra para el conde-duque:

«Señor don Gaspar de Guzman: ya sabeis que el estado á que me han traido los amores de su magestad, me han obligado para evitar mi vergüenza á alejarme de la corte...

—¡Cómo! dijo Luisa.

—Sí, repuso el diablo: Julia, aunque á su despecho, estaba en cinta del rey.

—¡Ah! ¡qué horrible historia!

—Déjame continuar: «Me he venido á Salamanca, sèguia diciendo la carta de Julia, y en ella he encontrado nuevas desdichas. Un hombre y una mujer me insultan y necesito vengarme de ellos. Si como me escribís constantemente, quereis que yo vuelva á Madrid, porque el rey sin mí anda triste y disgustado, haced que su magestad haga volver á la corte á su hija bastarda doña Luisa Isabel María, y que Góngora sea encerrado con cualquier pretesto, y guardado cuidadosamente en uno de los conventos de Salamanca. En cuanto hagais que esto se cumpla vuelvo á Madrid y á los brazos del rey.—La marquesa de la Buena-dicha.»

Aun no se satisfizo Julia.

Con la misma pluma que acababa de escribir aquellas dos cartas, escribió esta tercera:

«Hermano Gutierre: segun las noticias que de tí tengo sé que estás convaleciente de tu herida: procura restablecerte completamen- á fin de tener fuerzas para vengarte. Tu esposa, esa mujer á quien tanto amas, á mas de haberte abandonado te desprecia y te engaña. Tiene un amante por el cual está loca. Y para que tu deshonra sea mas grave, este amante es un clérigo: es don Luis de Góngora. No necesito decirte mas: adios, hermano, y cuenta con que te ayudará eficazmente en tu venganza, tu hermana:—Julia.»

Aquella mujer envió la primera carta á Luis de Góngora, y las otras dos con un correo que llevaba dinero y órden de reventar los caballos, al conde-duque y Gutierre.

Cuando Góngora leyó aquella carta, se estremeció.

Una luz siniestra iluminó su alma.

Por la celosa carta de Julia, como si hubiera sido una voz de aviso, comprendió que sin sospecharlo, tranquilo en su conciencia, habia un interés impuro en sus visitas á Luisa Isabel.

Luis de Góngora, que tenia una gran fuerza de voluntad, y que era bueno en el fondo, se horrorizó al pensar que podria llegar un dia en que su amor á Luisa Isabel creciese, se desbordase, y le obligase á faltar á sus sagrados deberes.

Se decidió entonces á obrar con valor.

Fuese á casa de Luisa Isabel y la dijo:

—Vengo, señora, á despedirme de vos.

—¿Á despediros? esclamó Luisa Isabel poniéndose sumamente pálida.

—Sí, sí señora; exigen que no nos volvamos á ver vuestra honra y la mia.

—¿Qué mas? esclamó Luisa Isabel, que no esperaba aquella salida, ó por mejor decir, aquella entrada.

—Mirad lo que me dicen en esta carta, dijo Góngora presentándole la que le habia escrito Julia.

Luisa Isabel leyó aquella carta y su palidez creció.

—Pero esto es una horrible calumnia, dijo Luisa Isabel devolviendo la carta á Góngora.

—La calúmnia es lo que debe evitarse, señora, dijo gravemente Góngora sobreponiéndose á su corazon, porque en la palidez y en el temblor de Luisa Isabel habia comprendido que era amado.

—¿Y está resuelto, completamente resuelto don Luis, dijo la jóven, á no volverme á ver?

—Lo exigen así mi deber y vuestra honra.

—¡Vuestro deber! ¡mi honra! esclamó irritada Luisa Isabel, por la aparente tranquilidad de Góngora: me he engañado cruelmente.

—¡Qué os habeis engañado, señora! ¡Engañado acerca de mí!

—Sí, sí por cierto: yo creía... que me amabais.

—¡Señora!

—Sí: porque yo os amo.

Hubo un momento de silencio terrible.

Góngora miraba ya espantado á Luisa Isabel, que le miraba á su vez de una manera indescribible, tenaz, ansiosa, con los hermosos ojos llenos de lágrimas, la boca entreabierta, anhelante y pálida como un cadáver.

Al fin Luis de Góngora se levantó.

—¿Qué haceis? ¿adónde vais? dijo Luisa Isabel asiéndole por el manteo.

—Yo no puedo permanecer un instante mas aquí, despues de lo que por un olvido de vos misma, sin duda, señora, acabais de dejarme oir.

—No os ireis. Escuchad: yo habia resuelto mantenerme pura, contentarme con veros, con hablaros... ser siempre la casada vírgen... acaso habeis comprendido esto, y esto acaso os desespera... pues bien, Luis, lo sacrifico todo por vos... por vos á quien amo mas que á mi honra, mas que á mi vida... soy vuestra esclava.

—Meditad, señora, que hablais á un sacerdote, vos... una mujer casada...

—Ni yo soy casada, ni vos clérigo... porque ninguno de los dos hemos tenido voluntad de ser lo que somos.

—Os engañais, señora; yo me he acogido á Dios con entera fé, con entera voluntad, buscando en sus altares la paz del alma que el mundo me habia robado: he consagrado mi corazon á Dios, y de Dios no lo apartaré... á mas de eso... aunque fuese libre, yo no podria amaros por vuestro interés propio, siendo vos casada...

—¡Ah! veo claro lo que es, dijo Luisa: vos me despreciais por esa Julia, por esa miserable Julia que ha sido vuestra amante.

—Yo desprecio á esa mujer, señora.

—¡Y acaso á mí me despreciais tambien, dijo Luisa Isabel abandonándose á su cólera.

—Estais irritada, señora, y cuanto mas hablemos mas os irritareis. Dejadme, pues, marchar, porque mi resolucion es irrevocable.

—¡Irrevocable! gritó Luisa: pensadlo bien.

—Nada tengo que pensar cuando se trata del cumplimiento de los sagrados deberes que he contraido.

—Estais insultando el amor mas noble y mas grande que por un hombre ha sentido una mujer.

—Duéleme lastimaros, pero no puedo, ni debo, ni quiero hacer otra cosa.

—Me vengaré de vos, dijo Luisa Isabel, soltando el manteo de Góngora.

Este, que se habia visto obligado á llamar en su auxilio todo su valor para no caer entre los brazos de Luisa Isabel, al verse amenazado se irritó.

Miró convulso á tu abuela, y luego dijo dirigiéndose á la puerta:

—Adios, señora, adios.

—Esperad, esperad, don Luis, dijo Luisa Isabel: aun no habeis salido de mi casa, aun es tiempo.

—¿Tiempo de qué, señora?

—Tiempo de aceptar el corazon y el alma que os ofrezco.

—Adios, dijo Luis de Góngora, llevando bajo su sotana la mano sobre su corazon.

—Adios, dijo Luisa Isabel con acento sombrío.

Góngora salió, y Luisa Isabel se arrojó sollozando sobre un sillon.

Góngora, sofocando sus sollozos, bajaba al mismo tiempo las escaleras.

En el último peldaño se detuvo y volvió la cara atrás.

Pero haciendo un poderoso esfuerzo, como quien huye, atravesó el zaguan, abrió la puerta y se lanzó en la calle.

## LXXI.

En cuanto Góngora llegó á su casa, escribió á Julia la carta siguiente:

«¿Cómo os he de decir, señora, que todo me horroriza en vos, hasta vuestro recuerdo? ¿Cómo os he de rogar que dejeis en paz al hombre á quien habeis perdido? Aunque mis votos no me lo impidieran, yo no podria ser para vos ni aun vuestro amigo. Seguid mi ejemplo, dejad el mundo, volveos á Dios, que bien lo habeis menester, y cuidad mas de vuestra alma que de vuestro cuerpo. Quien ruega á Dios que os toque al corazon:—Luis de Góngora.»

La rabia de Julia al leer esta carta no conoció límites: un odio mortal se desarrolló en su alma contra Luisa Isabel, y juró perderla.

Porque Julia pensaba que Góngora resistia sus amores por los de Luisa Isabel.

Lo mismo creía esta respecto á Julia.

Y Luisa Isabel, en un momento de olvido de todo tomó la pluma, y desfigurando su letra escribió lo siguiente:

«Respetable fiscal del Santo Oficio de la general Inquisicion en el obispado de Salamanca: una persona celosa de la religon, temerosa de Dios, é interesada en que el Santo Tribunal de la Fé no sea burlado, os remite el adjunto testimonio que demuestra que la marquesa de la Buena-dicha no se llama doña Julia de Acebedo, ni es hija de quien se dice, sino Dolores Quiñones, hija natural de Consuelo Quiñones, hechicera relapsa, quemada por el Santo Oficio, y nieta de Luis de Quiñones, verdugo jurado de la villa de Madrid.»

Esta terrible carta, conteniendo el testimonio que en ella se citaba, fué enviada á la Inquisicion.

Era fiscal del tribunal de Salamanca fray Bartolomé Madueño, doctor en sagrada teología y de la órden de Predicadores.

Su celo por la pureza de la fé, solo era comparable con su sagacidad para descubrir los delitos contra la fé cometidos; y al ver que la persona de quien se trataba era no menos que una marquesa y por añadidura riquísima, y que si no aseguraba el golpe podia muy bien dárselo á sí propio, se anduvo con calma, hizo una averiguacion minuciosa y secreta, allí en la misma ciudad, descubrió que en efecto Julia habia pasado por hija del bedel de la universidad Salvador de Acebedo, y llegó completamente á la certidumbre de que la que se llamaba doña Julia de Acebedo, marquesa de la Buena-dicha, era en efecto Dolores, hija de la hechicera Consuelo, y nieta del verdugo Luis de Quiñones.

En estas probanzas habia invertido el buen padre fray Bartolomé Madueño no menos que un mes.

Por lo tanto, el conde-duque, que habia recibido á tiempo la carta de Julia, habia hecho de modo que Luis de Góngora fuese preso una noche y encerrado en un convento, y Luisa Isabel llamada enérgicamente por el rey su padre á Madrid.

Góngora no supo á qué atribuir su prision ni lo secreto de esta, ni el rigor con que fué incomunicado por una órden del obispo, sino á una nueva prueba que Dios le imponia en espiacion del crímen que creía haber cometido.

Llevólo, pues, con gran paciencia, y se dedicó en su encierro al estudio de las cosas sagradas, en lo que sin duda ganó mucho su alma.

Luisa Isabel por su parte no se engañó.

Supuso que el golpe venia de Julia, pero como ella la habia herido de antemano, por mas que Julia no hubiese sentido aun la herida, obedeció la órden del rey y se trasladó á Madrid.

Al entrar en su casa, encontró en el peristilo del patio á Gutierre de Acebedo, apoyado en un baston, que adelantó lentamente, cuanto se lo permitia su debilidad, á su encuentro.

—No os molesteis, señor, dijo Luisa Isabel al verle: con vuestra esposa estais cumplido. ¿Por qué habeis dejado vuestro aposento?

—¿Aunque vos no me habeis avisado de vuestra venida?

—Queria sorprenderos, esposo y señor, dijo Luisa Isabel viendo que estaban rodeados de los criados.

—¡Ah! Dios os lo pague, señora. ¡Dios os lo pague! dijo Gutierre mirando de una manera en que se encubria mal lo hostil á Luisa Isabel. Yo tambien os tengo preparada una sorpresa.

—Será como vuestra, señor, dijo Luisa subiendo las escaleras y sirviendo de apoyo á Gutierre.

—Pues mirad: no es cosa mia, contestó Gutierre, mas bien es vuestra.

—Pronto veremos lo que es, dijo Luisa.

Callaron entrambos, y poco despues estaban solos en el gabinete de la puerta de ébano.

Luisa se sentó en un sillon y no dijo una palabra ni aun miró á Gutierre.

—¡Qué! ¿nada teneis que decirme, señora? dijo este.

—Únicamente que me alegro de que os encontreis restablecido.

—Yo os daría las gracias, si vuestra alegría fuese únicamente segun vos decís, porque mi restablecimiento os alivia la conciencia del temor de que tal vez tuvieseis alguna parte en mi muerte, si hubiera acontecido. Por fortuna ó por desgracia, señora, espero estar dentro de poco bastante fuerte para hacerme apreciar de vos.

—Me parece, dijo Luisa Isabel con desprecio, que hay en vuestras miradas, en vuestra voz, algo de amenaza.

—Creo que soy vuestro marido, señora.

—Decís bien en decir *creo*, porque en verdad solo sois marido mio de farsa.

—Sea como fuere, nos hemos casado formalmente ante Dios y los hombres, y tengo derechos que nadie puede disputarme.

—¡Derechos vos sobre mí!

—Tengo al menos el derecho de que respeteis mi honra.

—¡Vuestra honra! ¿quereis decirme qué honra es la vuestra? ¿quereis decirme quién sois?

—Don Gutierre de Acebedo, del hábito de Santiago, valiente y rico.

—El miserable hijo de un bedel...

—Vos la hija de una cortesana...

—¡Miserable! esclamó Luisa Isabel levantándose y yéndose con los puños crispados á Gutierre.

Pero se detuvo y volvió á sentarse.

—Estais demasiado débil: por lo mismo hasta que recobreis todo vuestro vigor no me provoqueis de nuevo. Idos.

—Un momento, señora. Os envalentonais conmigo porque creeis que nada puedo contra vos. Sin embargo, lo sé todo; tengo pruebas.

Luisa Isabel conservó un silencio de desprecio.

—Mi hermana me ha escrito avisándome de que teneis un amante clérigo.

Luisa Isabel no contestó.

—Y yo que soy vuestro esposo, estoy dispuesto á castigaros, señora, y os castigaré.

—¡Idos! repitió con desprecio Luisa Isabel.

—Adios, señora, adios; pero tened en cuenta que somos dos irreconciliables enemigos.

Luisa Isabel señaló con un despreciativo ademan de imperio la puerta del gabinete á Gutierre.

Gutierre salió.

—Será necesario poner á raya este hombre, dijo Luisa Isabel. Afortunadamente ha tenido tan mala vida, que no me será difícil echarle á galeras.

## LXXII.

Julia se habia trasladado tambien á Madrid.

El conde-duque la habia servido, y ella á su vez servia al conde-duque volviendo á los brazos del rey.

Por algun tiempo nada turbó los placeres de Felipe IV; pero fray Bartolomé Madueño trabajaba á la sombra, y estaba escrito que debia dar un grave, gravísimo disgusto á su magestad, sin saberlo.

Una noche, ya tarde, cuando el viejo monarca reposaba entre los brazos de Julia, despertó de repente sobrecogido.

Habian resonado golpes á la puerta misma del dormitorio.

El rey despertó á Julia.

—Levantaos, levantaos señora, dijo; y ved qué es eso.

Los golpes seguian, y con ellos sonó una voz seca y áspera que dijo:

—Abrid al tribunal de la Santa Inquisicion.

—¡El Santo Oficio! esclamó el rey y se rebujó en la cama y se cubrió la cabeza con las ropas.

Julia trémula, porque el nombre del Santo Oficio aterraba á todo el mundo, contestó desde dentro que esperáran, que iba á vestirse; vistióse precipitadamente y abrió la puerta.

Adelantóse un familiar con dos alguaciles.

—¿Sois la señora marquesa de la Buena-dicha? la preguntó el familiar.

—Yo soy, contestó Julia.

—El tribunal de la Fé os prende.

—¡Que me prende!

—Desde este momento estais presa y no podeis hablar con nadie.

—¡Presa yo! ¿pero por qué?

—El tribunal os lo dirá.

—Señor, señor, protegedme... dijo Julia abalanzándose al lecho.

Pero el lecho estaba vacío: el rey se habia escurrido y escapado, llevándose parte de la ropa por una puerta de servicio.

—¡Ah! ¡habia un hombre aquí! dijo el familiar viendo una espada, una capa y un sombrero sobre una silla; y vos sois viuda... una prueba mas de la relajacion de vuestras costumbres. Seguidnos.

—No, no, dijo Julia: no os seguiré.

El familiar hizo una seña á los dos alguaciles, que se apoderaron de Julia y la taparon la boca.

Nadie en la casa se apercibió de la presencia de la Inquisicion.

Esta registró el aposento, pero no encontró al hombre que acompañaba á Julia.

El rey, práctico ya en las salidas, habia escapado por el postigo medio desnudo, y acompañado del conde-duque, que le guardaba las espaldas, se habia trasladado á palacio.

Julia entre tanto habia sido encerrada en un profundo calabozo.

## LXXIII.

Pasaron algunos dias.

Julia encerrada en la Inquisicion en un calabozo húmedo, oscuro, horrible, sin respiracion.

Luisa Isabel retenida en Madrid por el rey, y sufriendo cada dia una escena inevitable con Gutierre.

Porque Luisa y Gutierre, por el qué dirán, vivian juntos, como tú vivirias con ese miserable Juan de Castro, Luisa.

—¿Me cuentas la historia de mi quinta abuela, para que me sirva de ejemplo?

—En efecto. Tu abuela, casada con un hombre á quien aborrecia, amaba á otro con quien la era imposible casarse, porque era clérigo; como tú, casada con Juan de Castro, amas á Andrés con quien tambien es imposible que te cases, al menos mientras viva Leontina.

—Me parece que pretendes que yo aborrezca á esa mujer.

—Ya tienes celos de ella, y de los celos al odio no hay mas que un paso, como no hay mas que otro de la amistad al amor. Pero tú eres tan buena, que esperarás á que se mueran Leontina y Juan de Castro, sin poner nada de tu parte.

—¡Oh! no, jamás.

—Tienes la terquedad de los mártires, pero ya veremos. Acabarás por cansarte, como se cansó Luisa Isabel.

—¡Que se cansó! ¡incurrió al fin en el crímen!

—Incurrió en la impureza; primero amando á otro, despues siendo suya.

—¡Olvidó á Luis de Góngora!

—No, no por cierto; puso á otro en su lugar.

—¡Ah!

—Estaba escrito que el segundo vizconde de Rudaguas, maldito como su padre, moriría á mis manos.

—Continúa.

—Continúo.

## LXXIV.

Tuvieron á Julia encerrada sin comunicacion alguna, y sin mas alimento que pan y agua, dos meses.

El tribunal tenia asuntos de mas interés de que ocuparse.

Porque al fin y al cabo respecto á Julia solo se trataba de hacerla conocer su verdadero orígen y de imponerla el sambenito: esto es, la infamia que habia heredado.

El rey la habia abandonado completamente, y el conde-duque, á pesar de que la necesitaba como un instrumento precioso, no se atrevia á interceder por ella.

Porque Felipe IV, á quien importaba poco tener queridas entre

la hez de la sociedad, no podia, ni se atrevia á tener una querida penitenciada por el Santo Oficio.

Felipe IV, como todos los reyes españoles de la casa de Austria, no encontraba á los penitenciados del Santo Oficio dignos de otra cosa que de ser agarrados con unas tenazas para ser arrojados á la hoguera.

Y como el rey pensaba, pensaba entonces en España todo el mundo, hasta el punto de que Julia, educada en las mas rígidas prácticas del catolicismo, al verse en la cárcel de la Inquisicion, tenia horror de sí misma.

Pero esto no impedia el que su aborrecimiento á Luisa Isabel se sublimase.

Ella presentía que aquel golpe que la habia aturdido era obra de Luisa Isabel.

No sabia cómo, porque ella creía haber destruido las pruebas de su nacimiento matando á Gabriel de Figueroa.

Ella creía que el testimonio falso que Gabriel la habia entregado era el testimonio original.

Sin embargo, como creía tambien que la Inquisicion no podia engañarse, la aterraba, la horrorizaba el encontrarse presa por el Santo Oficio.

Pasó los dos meses de su incomunicacion meditando planes de venganza contra Luisa Isabel, y llorando por la suerte del hijo que ya alentaba en sus entrañas, resultado de su intimidad con el rey.

Porque al fin Julia era madre.

Al fin un dia se abrió su calabozo y la llevaron á un salon lóbrego, entapizado de negro, á cuyo fondo debajo de un dosel, negro tambien, habia un Crucifijo; á los pies del Crucifijo tres frailes severos sentados en sillones delante de una mesa, y á un estremo de la mesa un hombre vestido de negro que parecia escribano.

—No os preguntamos vuestro nombre, dijo el fraile de enmedio, porque no lo sabeis: vamos únicamente á deciros, y nos pesa, que no sois lo que creíais; que una caridad criminal y sacrílega os ha engañado; y por último, leed vos, secretario, la prueba de que esta mujer no es doña Julia de Acebedo.

El secretario tomó de entre otros papeles el testimonio que Luisa Isabel habia enviado á la Inquisicion.

—Mi quinta abuela cometió un horrible crímen al hacer eso, dijo Luisa.

—Escucha y no me interrumpas, es ya tarde: aun queda el desenlace de nuestro cuento y tenemos que concluir.

## LXXV.

Al oir la lectura del testimonio que la infamaba, la cólera ardió en el corazon de Julia; no podia ya tener duda de cuál era la mano que la hacia sentir tan terrible golpe; aunque no tenia la prueba, una intuicion poderosa la dijo la verdad: que Gabriel de Figueroa la habia entregado la noche de sus bodas con ella un documento falso, una copia del documento original; que, receloso de ella, para tenerla sujeta, y en último caso para vengarse, habia dejado el testimonio á alguna persona de su confianza, y esta persona habia usado al fin de aquella arma de una manera terrible.

¿Y quién podia ser esta persona?

La madre de Gabriel habia muerto: luego no podia ser ella.

Julia no tenia mas enemigos que Luisa Isabel.

Otra persona á quien no hubiese interesado en gran manera perder á Julia poseyendo aquel documento, hubiera procurado venderle á buen precio antes que causar con él la desgracia y la infamia de una persona que ningun daño le habia hecho.

Solo Luisa Isabel María de Austria su cuñada, tenia interés en vengarse de ella; y Julia no dudó ni un solo momento desde que conoció la causa de encontrarse entre las manos del Santo Oficio, que Luisa Isabel era la persona que la heria.

Esto lo pensó Julia en mucho menos tiempo que nosotros hemos tardado en esponerlo, y en menos del que invirtió el secretario del tribunal en leer el testimonio.

Julia dominó la situacion.

No se desmayó, ni aun lloró. Unicamente se puso densamente pálida.

Cuando el secretario acabó de leer el testimonio le entregó al fraile que presidia la audiencia, y se quitó con la impasibilidad mayor del mundo los antiparras.

Á la lectura siguió un profundo silencio que duró algunos segundos.

Los inquisidores y Julia parecian estátuas.

Ni aun las llamas de las dos bugías de cera verde que ardian sobre la mesa se movian.

—¿Qué teneis que decir á esto, Dolores Quiñones, conocida hasta hora con el nombre de doña Julia de Acebedo, marquesa de la Buena-dicha? dijo al fin el presidente, que en vano queria ocultar la conmiseracion que le causaba la suerte de Julia: ¿no teneis pruebas que alegar en contra de este testimonio?

—No, no señor, dijo Julia: yo no puedo alegar nada mas sino que ignoraba todo eso.

—¿Jurais por Dios uno y trino, añadió el presidente levantándose y poniendo al alcance de la mano de Julia los Santos Evangelios, que ninguna noticia teníais de la causa porque habeis sido presa?

—Lo juro, dijo Julia poniendo la mano sobre el sagrado libro: no sabia yo que era tan desgraciada.

—¿Jurais haber vivido siempre en la creencia absoluta de todos los misterios de nuestra santa religion?

—Lo juro, señor.

—¿Sufrís con resignacion vuestra suerte?

—¡Ah señor! contestó Julia: cúmplase la voluntad de Dios: su santo tribunal de la Fé no puede engañarse, y cuando me ha hecho conocer mi desgraciado orígen, que me horroriza, habrá tenido pruebas bastantes.

—Sí, pruebas cumplidas, irrevocables por desgracia: antes de heriros involuntariamente en el corazon, el Santo Oficio ha procurado encontrar algo que os salvase, y todo os condena, hija mia: sois hija de una raza *maldecida por Dios:* Dios os ha condenado en vuestros padres, y la Inquisicion ni debe, ni puede, ni quiere salvaros; se ve reducida á rogar á Dios conserve inmaculada en vos la fé y la resignacion á sus santos decretos; os compadece, pero os sentencia. Arrodillaos.

Julia, llena de ansiedad, pero dominándola, se arrodilló delante de la mesa.

Entonces empezaron las terribles retractaciones que hacia pronunciar á sus penitenciados el Santo Oficio; la obligaron á maldecir á su madre, á quien Dios habia maldecido, y entonces Julia lloró; la hicieron prestar terribles juramentos que acabaron al fin con el valor de Julia, y por último la mandaron pasar á una habitacion inmediata, donde dos soeces mujeres la vistieron un hábito franciscano, una toquilla basta y una especie de escapulario amarillo con una cruz roja en aspa. Aquel era el sambenito infamante, la marca de las garras de la Inquisicion.

Luego la llamaron de nuevo ante el tribunal y la mandaron arrodillarse.

Entonces el secretario se caló con gran calma las antiparras, y leyó la terrible sentencia siguiente:

«Tú, Dolores Quiñones, hija de Consuelo Quiñones, hechicera relapsa por el Santo Oficio de la general Inquisicion: eres maldita en tus padres y malditos serán tus hijos hasta la tercera generacion: con persona no hablarás ni á persona contaminarás con tu aliento: apartada vivirás de las criaturas, y te quitarás de su paso para no tocarlas: en la Iglesia á la izquierda del altar te pondrás en la parte mas baja del presbiterio: retractacion diaria harás con la frente en el polvo de los abominables crímenes de tu madre, y vestirás siempre sayal burdo sin separar jamás de tí el sambenito que representa tu infamia...»

Y á este tenor seguia la sentencia.

Julia quedaba enteramente separada del mundo por el Santo Oficio, como un miembro podrido, y unida solo al cielo por la penitencia.

## LXXVI.

Despues de todas estas horribles formalidades, Julia fué puesta en la puerta de la cárcel de la Inquisicion, donde uno de los dependientes del Santo Oficio la dijo que estaba en libertad, y que podia irse adonde mejor la conviniera.

Por supuesto que salió de la Inquisicion como únicamente podia salir: con el hábito franciscano, la toquilla gorda de lino y el sambenito. No la quedaban mas que sus finísimas ropas interiores, y lo que nadie podia quitarla: su hermosura.

Ponte en el caso de Julia para apreciar bien su situacion.

—¡Horrible! ¡cruel! contestó Luisa; pero si yo me hubiera encontrado completamente en su situacion, hubiera sentido sobre mí la mano de Dios; hubiera visto en aquella humillacion, en aquel aislamiento horroroso, el justo castigo del asesinato frio, premeditado, cruel, horrible, cobarde, de Gabriel de Figueroa; hubiera inclinade humilde la cabeza ante la justicia de Dios, y hubiera aceptado con alegría aquella desgracia espantosa como una señal de la misericordia de Dios que me permitia espiar mi crímen sobre la tierra.

—¡Bravo retazo de un sermon de capuchino! dijo Satanás dejando ver una sutil y burlona sonrisa en el bellísimo semblante de mu-

jer con que se disfrazaba; pues mira: ninguna de esas bellas cosas se la ocurrió á Julia cuando se vió en la calle.

Su primer movimiento, mejor dicho, su primera sensacion al verse libre, fué de alegría, porque no hay preso que no se alegre cuando se ve en libertad, sea bajo las condiciones que fuese, y mucho mas cuando como Julia habia creido salir peor parada. Despues notó que los que pasaban por la calle la miraban con horror y con desprecio y evitaban rozar sus trages con el suyo.

Por algun tiempo permaneció aturdida, avergonzada en la puerta de la cárcel; pero el corro de curiosos que empezó á rodearla, aunque á una distancia inofensiva, la obligó á alejarse.

Avergonzada, trémula, dudando acerca de si lo que la acontecia era un sueño, una pesadilla horrible, ó una mas horrible realidad, adelantó por la primera calle que encontró al paso, sin ver por dónde iba, como un sér aturdido por un golpe.

Y así anduvo mucho tiempo, hasta que se encontró maquinalmente, sin darse razon de por dónde habia ido, en la puerta de Toledo.

Entonces vió ante sí el cielo, estendiéndose ante los horizontes como un pabellon azul sobre una alfombra verde de diversos matices con bordaduras mas oscuras, que tales parecian los árboles, y destellos brillantes como de plata bruñida, causados por los remansos del Manzanares.

Su espíritu se dilató, porque el cielo abierto y el campo consuelan á los desgraciados; aspiró con delicia aquella atmósfera pura, y buscando la soledad, se lanzó al campo, perdiéndose por la primera vereda que encontró, y que se internaba en una hacienda.

Pero de repente de entre un seto salieron un hombre y un perro.

—¡Eh! ¡maldita! dijo brutalmente el hombre: ¿quieres que se sequen nuestros sembrados y que nuestra tierra se convierta en cenizas? ¡Vete de aquí, infame, si no quieres que te haga atarazar por mi perro!

Y al mismo tiempo azuzó sobre Julia el mastin que le seguia.

Julia aterrada dió á correr, tropezó y cayó, y fué mordida en un hombro por el perro.

El labriego llamó al animal, y sin levantar á Julia la dijo estas palabras para consuelo:

—Si vuelves á entrar aquí escaparás peor.

Julia se levantó como pudo, dando gritos por el dolor de la herida y con el alma deshecha en lágrimas de hiel.

—¡Infeliz! esclamó Luisa profundamente conmovida.

—Sí, demasiado infeliz; yo mismo, aunque te parezca estraño, la tuve lástima: porque yo no gozo en los padecimientos, esto es un error grosero; los padecimientos son mis aliados, mis coadjutores, como lo son los placeres... y nada mas: yo amaba á Julia porque era un nuevo triunfo mio sobre Dios; su terrible sufrimiento me causaba lástima.

Pero continuemos.

Julia siguió corriendo por un camino de travesía: poco despues la fatiga, el dolor y la debilidad causada por un hambre que ella no sentia, la desvanecieron y cayó en tierra.

Era uno de esos caminos solitarios que conducen á un pueblecillo, y que solo son frecuentados por lugareños que van á la gran poblacion con legumbres antes del amanecer y se vuelven á sus casas antes de las diez del dia.

Nadie pasó en algunas horas por el lugar donde Julia estaba desmayada, abandonada, muriendo.

Y llegaba la noche.

Solo una casualidad podia librar á Julia de morir allí aterida bajo la escarcha.

Pero sus dias no estaban contados.

De repente se oyeron las pisadas de dos caballos.

Por un recodo del camino, apareció un ginete que adelantó hácia el lugar donde atravesada en el camino estaba Julia.

Detrás apareció otro ginete.

El de delante parecia señor: el de detrás lacayo.

Tan distraido iba el ginete delantero que no reparó en Julia, y á no haberse asombrado su caballo, no hubiera reparado en ella.

—¡Eh! ¡Muñoz! ¡tunante! dijo el primer ginete deteniendo su caballo y dirigiéndose al segundo: mira si ese atun que tenemos delante es un muerto, un herido ó un borracho.

Llegó el llamado Muñoz, echó pié á tierra y se acercó á Julia.

Pero de repente dió un salto atrás como si hubiese visto una víbora.

—¡Eh! ¿qué diablos has visto, bruto? dijo el ginete.

—Es una mujer, dijo Muñoz.

—¿Y de cuando acá huyes tú de las mujeres, perdido? será muy fea ó muy vieja.

—No, no señor; por el contrario es muy hermosa, hermosísima: ¡diablo! ¡pues si es nada menos que la marquesa de la Buena-dicha!

—¡La marquesa de la Buena-dicha! dijo el hidalgo echándose del caballo á tierra. ¡Y qué hace aquí... y desmayada!...

—¡Y con sambenito!

—¡Con sambenito!

—Por eso huí de ella.

—Pues levantémosla, imbécil, levantémosla á pesar de todos los sambenitos del mundo.

—Hermoso comportamiento el de aquel hombre, dijo Luisa.

—¿Sabes á lo que iba por aquel camino, Luisa? dijo Satanás.

—No.

—Pues iba á deshonrar á una pobre niña, á una lugareña á quien salvaba Dios poniendo ante el segundo vizconde de Rudaguas, otro empeño mayor en Julia.

## LXXVII.

—¡El segundo vizconde de Rudaguas!

—Sí, sí por cierto, Luisa; el hijo de aquel infame vizconde á quien yo abrí por mí mismo y en duelo las puertas del infierno.

—¿Y dices que Julia era un empeño para el vizconde?

—Sí: la habia conocido en la corte, la habia solicitado y ella le habia despreciado: habia insistido y ella le habia hecho comprender de una manera enérgica que todos sus esfuerzos serían inútiles.

El vizconde habia renunciado por el momento á su empeño, pero sin olvidar á Julia, sin desesperar de una ocasion en que las ventajas estuviesen de su parte.

Dedicóse para consolarse de los rigores de Julia á empeños mas fáciles, y de todo se acordaba menos que de Julia cuando se le presentó la ocasion que remotísimamente habia esperado.

Porque ¿cómo suponer que llegase fácilmente el caso de que le necesitase Julia, á quien parecia sonreir la fortuna, y que á mas de jóven y hermosa era riquísima, cosas todas que parecian asegurar su independencia?

Don Baltasar de Vives, que así se llamaba el nuevo vizconde, era tan infame como lo fué su padre.

Si otra hubiera sido, don Baltasar hubiera satisfecho su curiosidad, y hubiera seguido adelante dejando abandonada aquella infeliz á la ventura de Dios yendo á perder á otra desdichada.

Pero Julia tuvo bastante poder para detenerle á pesar de estar desmayada y sin la poderosa ayuda de sus ojos.

:

—¡Eh! ¡Muñoz! ¡ven acá y ayúdame! levantémosla, dijo el vizconde.

—¡Si supiérais, señor, dijo el lacayo, que me dá un poco de asco el sambenito!

—Paréceme que te darán mas asco algunos cintarazos.

—Convenido, señor; y puesto que hay que elegir entre esas dos cosas, con el sambenito embisto. ¿Pero por qué habrá el Santo Oficio penitenciado á esta señora? dijo Muñoz asiendo por debajo de los brazos á Julia. ¡Y parecia tan cristiana! ¡Y pesa, vive Dios! pesa seis arrobas de hermosura, señor.

Y Muñoz puso casi derecha á Julia; pero esta no se tuvo de pie.

Estaba completamente privada de sentido.

—Déjamela, dijo el vizconde, y ve á esa fuente que suena entre los árboles.

Muñoz se alejó.

Don Baltasar se quedó mirando con delicia á Julia á la luz de la luna, que habia salido poco antes, y la besó en la boca entreabierta.

Julia, como si á pesar de su estado hubiera rechazado orgánicamente aquel beso, se estremeció.

—Aun estando sin sentido eres ingrata conmigo, dijo dolorosamente el vizconde: pues bien, bella marquesa, en la situacion en que te encuentras tanto he de hacer por tí que me has de amar.

—Espera, dijo Luisa interrumpiendo al diablo: ¿no era Julia hija del primer vizconde de Rudaguas?

—Sí por cierto.

—Pues entonces era hermana del segundo vizconde.

—Cierto que sí.

—Pues la historia va haciéndose repugnante.

—No por cierto: lo repugnante consiste en la violencia de las costumbres: si Julia y don Baltasar hubiesen sabido que eran hermanos, lo repugnante estaba de manifiesto; pero no se conocian. La Inquisicion solo habia dicho á Julia que era hija de Consuelo Quiñones y nieta de Luis de Quiñones. Que su madre habia sido hechicera, y su abuelo verdugo: pero no la habia dicho el nombre de su padre, porque no constaba en la declaracion testimoniada del padre Acebo. Por otra parte, don Baltasar no sabia que su padre hubiese tenido amores con Consuelo: no podia saber que era su hermana: no habia, pues, nada de repugnante bajo el punto de vista que tú los miras en los amores de don Baltasar hácia Julia.

Muñoz llegó con el sombrero lleno de agua, y el vizconde roció con ella el semblante de Julia.

Esta empezó á volver en sí.

La primera señal que dió de la coincidencia de su situacion fué un suspiro.

Despues abrió los ojos y miró de una manera débil y con espanto al vizconde.

Por el momento no le reconoció.

—¡El perro! ¡llamad por Dios á ese perro! dijo con voz débil: ¡yo no os he hecho ningun daño!

—¿Qué dice de perro? esclamó el vizconde.

—Está delirando, señor, dijo Muñoz.

—¡Me ha mordido! ¡ah! ¡llamadle por Dios! ¡llamadle! esclamó Julia estremeciéndose.

Y luego rompió á llorar, y pretendió desasirse del vizconde.

—Nada temais, señora, nada temais, dijo don Baltasar, yo estoy con vos, y nadie se atreverá á ofenderos.

Pero Julia estaba en un estado tal de escitacion mental y de debilidad física, que volvió á desmayarse despues de aquellas palabras que habia pronunciado como bajo la influencia de una horrible pesadilla.

— Es necesario llevar á la marquesa á alguna parte, dijo el vizconde: ¿y adónde diablos? estamos á una legua de Madrid.

— Eso importaria poco: ahí cerca hay una casa de labor; pero es lo mismo que si no la hubiera, como si nos encontráramos en un desierto.

— Esplícate, á fin de que yo te entienda.

—Con el sambenito no la recibirán en ninguna parte.

—Si eso es todo, sambenito fuera.

—Mirad lo que haceis, señor: ved que la Inquisicion está en todas partes, hasta en el aire.

—Nunca pequé de cobarde, esclamó el vizconde, y no ha de temer á la Inquisicion quien no teme ni á Dios ni al diablo.

Y quitó la toquilla á Julia.

Los ricos cabellos de la jóven cayeron desordenados.

—¡Oh! ¡qué tesoro! dijo el vizconde; ¿puede darse mas rica cabellera, Muñoz? ¿Ni qué oro puede compararse con ella? ¡Oh! ¡dichoso el hombre á quien ame la marquesa!

Y el vizconde la quitó el sambenito.

—¿Pero vos la amais, señor, ó la deseais? Vamos claros.

—Yo no sé qué decirte; pero dejémosla en tierra á fin de quitarla este hábito: cuenta con que la insulte tu mal pensamiento. Figúrate que es tu madre, Muñoz. ¿Que si la amo?... La primera vez que la vi, me aconteció una cosa singular: parecíame que era algo mio: un pedazo de mí mismo, con la forma de una mujer divina.—Haz un lío de esos trapos, Muñoz, y pónlos para quemarlos luego en el arzon.

—Haránla falta: ella los pedirá cuando vuelva en sí.

Julia habia quedado en ropas blancas, pero completamente cubierta.

Temblaba de frio en medio de su desmayo, y don Baltasar se quitó la capa y la envolvió en ella.

Despues la dejó sostenida por Muñoz y montó á caballo.

—Dámela, dijo entonces.

Muñoz se acercó con Julia, la levantó, don Baltasar la tomó, la puso sobre el arzon y la aseguró entre sus brazos.

Luego arrojó su bolsillo á Muñoz.

—Ahí van quince doblones y algunos ducados, le dijo: vete á esa casa de campo, y haz de modo que quieran darte una habitacion para la marquesa: aquí te espero.

Muñoz se alejó, y algun tiempo despues volvió.

—¿Qué hay? le preguntó el vizconde.

—Podeis venir: trabajillo me ha costado, señor; pero el oro hace milagros, y no hay inconveniente.

Y recogió su caballo, montó y partió hácia la cercana casa de campo.

Una labriega de alguna edad estaba en la puerta.

—¿Viene con vosotros esa señora? dijo.

—Sí, pardiez, contestó el vizconde, dejando caer á Julia en los brazos de Muñoz, que habia desmontado: ¿y vos teneis preparado el aposento?

—Sí señor; vuestro criado me ha dicho que esa señora estaba muy enferma...

—Se está muriendo.

—Ya me lo ha dicho vuestro criado, y yo por hacer una obra de caridad...

—¡Cómo! ¿pues no os ha pagado este tuno?

—¡Pagarme! ¿qué quiere decir pagarme? dijo ofendida la buena mujer.

—¡Ah, tunante! pues tú me las pagarás; gracias, muchas gra-

cias, caritativa mujer. Muñoz, ayúdala á llevar adentro á la marquesa.

—¡La marquesa! dijo la labradora asombrada ayudando á Muñoz. ¡Dios mio! ¿y qué jóven y qué hermosa es? ¿y qué se han hecho sus vestidos?

—Se los quitamos para ver si dejando de estar oprimida volvia en sí y allá se han quedado.

—Pues debian ser hermosos, porque las ropas interiores son muy ricas.

—¡Cuánto reparan las mujeres! dijo el vizconde: vamos, avivad, que urge socorrerla.

—Aquel es el aposento, dijo la mujer señalando una puerta y dirigiéndose con Muñoz, que la ayudaba á sostener á Julia, hácia ella: afortunadamente para esta señora, mi marido y mi hijo se han quedado en Madrid, y tengo cama que ponerla y otra en que podais descansar, señor.

—No, yo me quedaré velando á esa señora, y Muñoz irá á Madrid por un médico. Ahora, añadió el vizconde viendo que la labradora abria una puerta, quedaos vos con esa señora y desnudadla.

Entraron: poco despues salió Muñoz, y no tardó mucho en salir la mujer pálida y esclamando: ¿De dónde traeis á esta dama?

—La hemos encontrado desmayada, dijo el vizconde.

—Ya lo creo: tiene sangre en la ropa; está herida.

—¡Herida! esclamó el vizconde.

Y se lanzó dentro del aposento.

Entonces la labradora le mostró el mórvido y blanquísimo hombro desnudo de Julia, cárdeno, ensangrentado, presentando las señales de una horrible mordedura.

Entonces don Baltasar comprendió por qué Julia, al volver momentáneamente en sí, habia hablado con terror de un perro.

—Al momento, al momento, Muñoz, monta á caballo y á Madrid: cueste lo que cueste, y en una litera, en un coche, en una mula, tráelo al momento; por cada momento que ganes de una hora, te doy un doblon de á ocho.

—Entendámonos, dijo Muñoz; si traigo un cirujano dentro de treinta minutos...

—Tienes treinta doblones de á ocho.

—¿Qué hora es?

—Las siete, dijo el vizconde mirando su reloj.

—Pues bien: á las siete y media estoy aquí con un cirujano, pero no respondo de si reventaré el pobre Morcillo.

—Reviéntalo; pero vé, ó te reviento yo á tí, dijo el vizconde echando mano á la espada.

Muñoz salió, y poco despues se escuchaba galopar su caballo.

—¿Y qué hacemos entre tanto, buena mujer? no podemos dejar á esta dama así.

—La lavaré la herida, la pondré encima romero machacado con vino y se la vendaré.

—¿Y estais segura de que eso la hará bien?

—Así nos curamos las heridas las del campo.

—Pues bien, haced lo que os parezca mejor.

La labradora curó preventivamente y á su manera á Julia, la arropó y se quedó á la cabecera de la cama con el vizconde, que no cesaba de consultar su reloj.

—Las siete y cuarto, decia con impaciencia.

Y algun tiempo despues, consultándole de nuevo añadió:

—Las siete y media.

Y sucesivamente vió en el reloj las siete y tres cuartos, las ocho.

Don Baltasar, que hubiera dado un doblon á Muñoz por cada minuto de delantera, se decidió á darle una paliza por cada minuto que faltase, y empezó á contar los minutos.

Muñoz llegó una hora y cinco minutos despues de haber partido con un personage magro, y su amo cumplió su propósito arrimando á su lacayo sendos cintarazos, y diciéndole al aplicárselos:

—Son las ocho y cinco minutos.

Muñoz se sacudió las espaldas, y dijo:

—Esta noche me toca perder.

Y luego añadió volviéndose al cirujano, que al ver el recibimiento que se daba en aquella casa se habia vuelto desde la puerta:

—Entrad, entrad, amigo, que á vos no os tratarán de ese modo; mi amo no os tiene cariño.

Á pesar de esto, el cirujano entró con recelo, y no se le quitó hasta que don Baltasar le dijo:

—Amigo mio, entrad: la impaciencia con que os esperaba ha sido la causa de que yo castigue á mi criado: tenemos á una dama herida por la mordedura de un perro.

—¡Ah! pues las mordeduras suelen ser fatales.

—Entrad, entrad y concluyamos.

El cirujano entró.

Desembarazóse primero de un botiquin que llevaba á la espalda y le puso sobre una mesa.

Luego se acercó al lecho.

—Esta señora, dijo, está profundamente desmayada; apenas oye, apenas siente.

—Sí, sí, dijo el vizconde, hace mucho que está desmayada.

El cirujano consultó el pulso, observó cuidadosamente á Julia, y dijo:

—Esta señora está desmayada, mas que por otra causa por debilidad.

—¡Por debilidad! dijo el vizconde.

—Esta señora ha pasado muchas horas sin tomar alimento, y debe haber estado muchos dias muy mal alimentada.

—No os puedo contestar á eso.

—Tiene fiebre: una fiebre intensa. Veamos la herida.

La labriega descubrió el hombro de Julia.

El cirujano la quitó el grosero vendaje que le habia puesto la labradora, separó cuidadosamente el romero machacado, que se habia adherido á la herida, pidió agua fria y lavó el hombro.

—¿Qué os parece? dijo el vizconde.

—¿Conoceis el perro que la ha mordido?

—No.

—Debe de haber sido un perro enorme y furioso, porque el hombro está despedazado: los dientes han penetrado hasta el hueso: aun suponiendo que no sobrevenga la hidrofobia, puede sobrevenir una supuracion maligna, y entonces...

—¿Entonces qué?

—La muerte es inevitable.

—Os hago rico si salvais á esta dama.

—Mi obligacion es hacer cuanto sepa y pueda, y lo haré, dijo el cirujano que habia abierto su botiquin, y echado con una espátula una especie de bálsamo sobre unas hilas.

Poco despues el hombro de Julia estaba perfectamente vendado.

—Traedme agua caliente, dijo el cirujano á la dueña de la casa.

—¿Y para qué? dijo el vizconde viendo que el cirujano andaba con instrumentos.

—Voy á sangrarla, dijo el cirujano mostrando al vizconde una lanceta.

—¡Ved lo que haceis! ¡tan débil!...

—Si desconfiais de la ciencia, ¿á qué me habeis llamado? dijo secamente el cirujano.

El vizconde se calló.

Poco despues Julia habia sido sangrada y abria los ojos.

Despues suspiró.

Al cabo se quejó.

—Voy á daros una bebida que os confortará, señora, dijo el cirujano acercándose á ella. ¿La quereis tomar?

Julia cerró los ojos y los volvió á abrir como respondiendo afirmativamente.

El cirujano la hizo incorporar por la labradora, y la dió en una taza una pocion.

—Ahora, acostadla de nuevo, abrigadla y salgamos; dejémosla reposar.

Todos salieron y fueron á sentarse alrededor de la chimenea, donde habia puesto mas leña la labradora.

—Vos tendreis pollos, dijo el cirujano á la labradora.

—Sí señor, los tengo muy gordos y muy hermosos.

—Dejemos vivir á los pollos gordos: buscad el mas flaco, el mas débil.

—¿Y para qué?

—Ponedle á cocer en dos cuartillos de agua: cuando el pollo esté cocido, dentro de dos horas, colareis ese caldo y dareis una taza mediana á la enferma: de hora en hora la dareis otra taza, y cuando haya apurado ese caldo, la dareis otro de hora en hora tambien, pero de gallina y jamon. ¿Lo entendeis?

—Sí señor.

—Es cuanto tengo que disponer por ahora: solo me resta suplicaros que me pagueis mis honorarios y que vuestro criado me acompañe de nuevo á Madrid.

—Tomad, dijo el vizconde, quitándose del dedo una gruesa sortija.

—Ah, señor: mis honorarios no montan á tanto, esta es una sortija de mucho valor.

—De dos mil ducados, dijo el vizconde.

—¡Dos mil ducados! dijo con envidia la labradora.

—Todavía me queda otra del mismo precio para vos, buena mujer, dijo el vizconde, quitando de un tiron, de su sombrero, el cintillo que sujetaba la pluma.

—Pero, dijo la mujer... ¿para qué me dais esto?

—Eso mismo digo yo, esclamó el cirujano: ¿para qué me dais esto?

—Para que nadie sepa que esa señora está aquí, dijo el vizconde dirigiéndose á la labradora: para que vos no os movais de aquí, añadió dirigiéndose al cirujano.

—Nadie lo sabrá mas que mi marido y mi hijo, que callarán como yo, dijo la mujer.

—Me estaré aquí todo el tiempo que querais, dijo el cirujano.

—Os lo agradezco, dijo el vizconde, y si esa señora se salva, contad con otro tanto que lo que os he dado ya.

—Todos tienen suerte menos yo, dijo Muñoz.

—Yo te daré lo bastante, dijo el vizconde oyéndole, para que consienta en casarse contigo aquella viuda tabernera que te enamora.

Muñoz se restregó las manos de alegría.

Despues de esto nadie habló.

## LXXVIII.

Durante tres dias Julia estuvo en un estado de debilidad peligroso.

Nadie la llevaba el caldo y los medicamentos mas que el vizconde.

Nadie mas entraba hasta el lecho de Julia á escepcion del cirujano, que entraba á curarla dos veces al dia.

Julia tenia una organizacion poderosa, y á los tres dias, en vista del buen aspecto de la herida, el cirujano declaró que no habia peligro alguno.

La tercera noche estaba sentado el vizconde al lado de la cama de Julia, cuando esta abrió sus hermosos ojos.

El vizconde estaba distraido y no reparó en la mirada de Julia.

Una luz, colocada en una mesa inmediata, iluminaba de lleno el semblante del vizconde.

Al verle la mirada de Julia se hizo sombría y su semblante se contrajo: pero muy pronto lo sombrío de la mirada y la contraccion del semblante se desvanecieron, pasaron.

El vizconde siguió abstraido.

Julia le miró fijamente por algunos momentos y en silencio.

Despues los labios de Julia se entreabieron.

—¡Don Baltasar! dijo con voz débil, pero muy dulce.

El vizconde volvió la cabeza, y al ver fijos en su semblante los ojos de Julia en que lucía la espresion de una paz profunda, se inmutó.

Nunca habia visto á Julia tan hermosa.

—¡Oh! gracias á Dios, señora, dijo el vizconde, que al cabo me reconoceis.

—Yo no sé cuánto tiempo, dijo Julia, he estado viendo figuras horribles, objetos espantosos en medio de una niebla pesada en que yo misma estaba envuelta: no puedo deciros lo que he visto, lo que he sufrido, porque todo ha sido vago, desordenado, oscuro: porque he sufrido mucho, muchísimo: tormentos horribles en el alma y en el cuerpo. Debo de haber delirado.

—Sí, marquesa, sí: habeis delirado; habeis hablado de sangre, de crímenes, del rey, de la Inquisicion; habeis nombrado á algunas personas.

—¿Y... recordais los nombres de esas personas?

—Sí: Luisa... Gabriel... don Luis... el rey... el conde-duque...

—¡Ah! ¿y ha oido alguien esos delirios?

—Solo yo, señora, solo yo... yo, que en vista de vuestro estado, habia supuesto que deliraríais, y no he permitido que nadie entre.

—¿Y por qué habeis tomado esa precaucion; por qué habeis temido que oyeran mis palabras en medio de mi delirio?

—Porque temia que vuestro delirio os comprometiera.

—¿Y por qué razon temíais eso?

—Os he encontrado, señora, en medio de un camino desmayada y llevando sobre vos el sambenito del Santo Oficio.

—¡Ah! esclamó de una manera terrible Julia, cerrando los ojos á impulsos del horror.

—Pero yo os arranqué el sambenito para que nadie lo viese y os trage aquí.

—¡Oh don Baltasar, dijo Julia, y cuán generoso habeis sido conmigo, y cuán ciega he sido en no haberos amado!

—No hablemos de eso, que os fatigais, marquesa, dijo el vizconde dominado por la conmocion que habian causado en él las últimas palabras de Julia.

—No, no, dijo Julia: gracias á los cuidados que os debo me siento bien: no me duele nada, y mi cabeza está firme; hablemos, don Baltasar, hablemos. ¿Qué habeis sospechado de mí?

—No he podido comprender por qué razon llevábais sobre vos el sambenito.

—Parece que yo no soy hija de los que creía mis padres, que mi madre fué una hechicera, que me tuvo de un hombre á quien

nadie conoce: que mi abuelo fué verdugo, y que mi madre fué quemada: las culpas de mis padres han caido sobre mí.

— Pero eso es imposible.

— La Inquisicion no puede engañarse.

— El tribunal de la Inquisicion está compuesto de hombres.

— Dios los inspira.

— Yo creo que los inspira el demonio, cuando se han atrevido á infamaros.

— ¡ Ved lo que decís!

— Juro á Dios que yo os libraré de esa infamia.

— Imposible.

— Os repito que los inquisidores son hombres: yo soy inmensamente rico...

— Y yo tambien.

— Pues bien, si la Inquisicion resiste á nuestro oro, apelarémos á Roma; pagaremos con un tesoro la absolucion del Papa.

— ¿ Y creeis que eso pueda ser?

— Creo en el poder del oro.

— Yo mas en el de mi desdicha.

— ¿ Dudais de mi amor?

— Me habeis dado, me estais dando una gran prueba de él.

— ¡ Oh! ¡ si yo fuera tan feliz que sirviéndoos lograse vuestro amor!

— Vos no debeis amarme, don Baltasar.

— ¿Por qué, señora, por qué?

— Yo soy una mujer infamada.

— Ya os he dicho que ó dejo de ser quien soy, ú os libro de esa infamia.

— ¡ Oh! ¿ y cómo podré pagaros entonces?

— Amándome.

— Os amo ya: ¿acaso el amor necesita tiempo?

— Ved lo que decís, marquesa, porque mi amor es muy exigente.

— ¿ Y qué podeis vos exigir de mí que yo no me apresure á concederos?

— ¡ Julia! ¡ Julia!

— En cambio, yo tal vez os exija algo.

— Haré lo que me exijais, aunque sea un imposible.

— Tal vez os exija algo que no os agrade.

— Indudablemente me agradará complaceros.

— Primero es necesario que vayais á mi casa.

—Iré.

—Que os informeis con arte de si saben algo mis criados.

—Algo... ¿acerca de qué?

—De mi prision en la cárcel del Santo Oficio.

—Lo averiguaré.

—Despues, cuando os hayais informado, no solo de lo que acerca de mí saben en mi casa y aun en la corte, veremos qué debemos hacer.

—¿Permanecereis aquí entre tanto?

—Supongo que no necesitaréis mucho tiempo para informaros de lo que quiero saber.

—¡Ah! ¡no! y si quereis, ahora mismo parto.

—¡Oh! me haríais un gran favor, porque estoy impaciente.

—¡Ah! pues adios, y esperad con calma mi vuelta. Mañana al mediodia estaré aquí.

—Oid: es necesario que veais á mi hermano, ó al que yo creía mi hermano.

—¿Á don Gutierre de Acebedo?

—Sí.

—Le veré.

—Pues bien, bien, id; aprovechad el tiempo.

En aquella misma hora don Baltasar montó á caballo y partió solo, dejando encargado á Muñoz el mayor cuidado respecto á la enferma.

## LXXIX.

Trotando y galopando, don Baltasar llegó en muy poco tiempo á Madrid y se apeó en la puerta de su casa.

Arrojó las bridas del caballo á uno de sus criados, y como estos estaban acostumbrados á mayores y mas largas ausencias de su amo, ninguno le preguntó acerca de su tardanza.

Subió á su aposento, tomó dinero y una capa de ronda, y se fué á rondar la casa de Julia.

Estaba esta cerrada, y silenciosa, y era muy difícil juzgar si estaba habitada ó vacía.

No se veía ni un resquicio de luz.

Don Baltasar se fué resueltamente á una tienda que aun estaba abierta.

—Decidme, dijo al tendero, que era un viejecillo que se ocupaba pacíficamente en asar castañas en el fuego que contenia un bar-

reño puesto á sus pies; ¿me podreis dar razon de la señora marquesa de la Buena-dicha?

—Vive en aquella casa grande de la esquina, dijo el tendero levantándose con respeto al ver el aspecto del vizconde.

—En efecto, allí vivia cuando yo partí para Flandes. Pero acabo de llegar, y he encontrado la casa tan cerrada y silenciosa, que he creido que la marquesa se habria mudado.

—No, no señor; la señora marquesa no se ha mudado, pero sus criados no saben dónde está.

—¡Cómo!

—No señor; una mañana entraron las doncellas en su dormitorio, y no la encontraron.

—¿Y cuánto hará de eso?

—Dos meses.

—¿Y no se han recibido noticias de esa señora?

—No señor. La señora marquesa tiene cosas muy singulares. Si se la ha antojado hacer un viaje sin que nadie sepa adónde ha ido, el dia menos pensado se presentará sin decir á nadie dónde ha estado.

—¡Es singular!... desearía saber algo mas á punto fijo.

—Esto es lo mas fijo que se sabe.

—Sin embargo, ¿podríais procurarme vos el que yo hablase con alguno de sus criados?

—Con enviar yo un recado á la dueña doña Estefanía vendria al momento. Pero doña Estefanía estará durmiendo.

—Tomad para el que vaya á llevar el recado á doña Estefanía.

El vizconde dió al tendero un doblon de oro.

—Dios se lo pague á vuestra señoría, dijo el tendero, que los tiempos están muy malos y todo hay que agradecerlo. ¡Cosme! ¡hijo! vé á decir á doña Estefanía, la dueña de la señora marquesa de la Buena-dicha, que aunque esté acostada se levante y venga, que importa.

Saltó un muchacho por el mostrador, y el vizconde entretuvo la espera hablando con el tendero del tiempo y de cosas indiferentes.

Media hora despues apareció en la puerta un bulto negro y encorvado, acompañado de un muchacho.

Era la dueña doña Estefanía, que venia envuelta en un manto.

—¿Qué se os ocurre, señor Dieguez? dijo la dueña al tendero.

—A mí no se me ocurre nada, dijo el tendero; pero sí á este hidalgo.

— Sea por muchos años, dijo la vieja; que cuando de vos se ha valido este señor para hablarme, por bien debe ser. ¿Y en qué puedo servir á vuesa merced?

— Apartémonos á un lado, madre, dijo el vizconde, que lo que tengo que hablaros ha de ser para los dos solos.

Saliéronse á la calle, y ya en lo oscuro, el vizconde empezó por dar á la dueña dos doblones.

Conoció su bondad por el peso la vieja, y se apresuró á decir:

— Vuesa merced me dará esto por algo.

— Indudablemente os lo doy para que me respondais en verdad á algunas preguntas que voy á haceros.

— ¡Si yo sé!

— Sabeis.

— Veamos, señor.

— ¿Me podreis dar noticias de vuestra señora?

— ¿De la marquesa de la Buena-dicha, señor?

— Por ella os pregunto.

— ¿Y quereis que os responda la verdad?

— Lisa y clara.

— Pues bien, señor, nada sabemos de ella, ni yo, ni los otros criados.

— ¿Nada?

— Nada.

— ¿Es decir que no sabeis dónde está vuestra señora?

— No señor.

— Esplicadme bien eso, porque no lo comprendo.

— En efecto, es algo raro; pero como la señora marquesa es viuda y libre, y á nadie tiene que dar cuenta de lo que hace...

— Esplicaos, esplicaos.

— Voy á esplicarme. Hace dos meses, un dia por la mañana, á la hora en que la señora marquesa tenia costumbre de levantarse, entraron en su dormitorio, pero no encontraron á la señora.

— ¿Qué no la encontraron?

— No señor.

— ¿Pero qué ha sido de ella?

— ¿Lo sabeis vos? pues nosotros tampoco.

— Esto es muy raro.

— Ya lo creo que lo es: maravilladas las doncellas, viendo que no encontraban por ninguna parte á su señora, vinieron á avisarme.

— ¿Y vos no fuísteis mas afortunada que las doncellas?

—No señor: la marquesa no pareció.

—¿Y no hallásteis señales que os indicasen nada?

—Todo estaba en órden: únicamente el lecho revuelto, pero todas las puertas estaban cerradas, y el postigo que se comunica por unas escaleras y un corredor con el dormitorio de la marquesa, cerrado tambien.

—Recordad, recordad bien: ¿ningun indicio encontrásteis?

—Os diré, señor, pero es necesario que me guardeis el secreto.

—No solamenle os lo guardaré, sino que os lo pago, contestó el vizconde, dando otros dos doblones á la vieja.

—Teneis una manera de obligar, señor, dijo doña Estefanía, que no se os puede ocultar nada.

—Pues hablad.

—Al acercarme á la cama de la marquesa, sentí bajo los pies una cosa dura, y la recogí. Era un rosario de oro con las cuentas de coral.

—Lo que demuestra que la marquesa, poco antes de salir del lecho, estaba rezando sus devociones.

—Aquel rosario, señor, dijo con misterio la dueña, no era de la marquesa.

—¿Pues de quién era?

—De un gran personage.

—¡Ah! ¿es decir que la marquesa recibia grandes personages en su dormitorio?

—No diré yo tanto... ni aun me atrevo á decir de quién era el rosario.

—¿Quién os ha dicho la persona de quien era el rosario?

—El rosario mismo.

—¡Cómo!

—La cruz del rosario estaba pendiente de una medalla de oro, y esta medalla tenia por un lado una imágen de la Vírgen de la Concepcion, y por el otro las armas reales de España.

—¡Ah!

—Sí, sí señor.

—¿Y qué habeis hecho de ese rosario?

—Le tengo conmigo.

—¿Habeis hablado de esto á alguien?

—No señor. Ni aun al mismo don Gutierre de Acebedo, hermano de la señora marquesa, á quien fuimos á participar que la marquesa habia desaparecido.

—¿Quereis venderme ese rosario?

—¡Ah señor! no me atrevo.

—¿Y qué quereis hacer de él? Siendo del rey no podeis venderle á cualquiera.

—Teneis razon.

—Cuando, por el contrario, podeis vender libremente y sin temor una rica sortija que yo estoy dispuesto á daros por el rosario.

—No sé, no sé si le tengo aquí.

—Vedlo.

—Sí, sí, aquí está.

—Tomad y dadme.

—¡Qué es ello?

—La sortija.

—¡Ah señor! ¡Ved que os llevais el rosario!

—En cambio os he dejado la sortija. No hablemos mas de esto.

—Como gusteis, señor.

—Decidme, ¿qué os dijo don Gutierre de Acebedo cuando fuísteis á decirle que su hermana habia desaparecido?

—Vino á la casa y lo examinó todo. Despues cerró las puertas de las habitaciones de la señora marquesa, se llevó las llaves y nos mandó que dijéramos á todo el que preguntase por la señora, que estaba ausente.

—¿Y eso habeis hecho?

—Sí señor; y para todos sus conocimientos la señora marquesa está ausente de Madrid.

—¿Y nada mas sabeis?

—Nada mas.

—Os doy las gracias, señora, por lo bien que me habeis servido, y adios.

—Adios, señor: y si otra vez necesitais preguntarme algo, maese Dieguez, el tendero, me puede avisar.

—No lo olvidaré.

—Que os guarde Dios.

—Id con él.

Enderezó la dueña hácia la casa de Julia, y el vizconde, siguiendo por la Almudena adelante, y entrándose en las caballerizas, se metió en el alcázar.

Llegó á la portería de las secretarías de Estado, y preguntó á un portero si por acaso se encontraba allí el conde-duque.

Don Baltasar era muy conocido allí; sabian que el conde-duque no tomaba á mal sus visitas, y le respondieron:

—Hace un momento que su escelencia acaba de llegar.

—Pues entonces decid á su escelencia que yo estoy aquí, y que le suplico una audiencia.

Poco despues el vizconde estaba delante del conde-duque en un despacho reservado.

—Ocupadísimo me encontrais, don Baltasar, dijo el conde-duque: el rey me aprieta en lo relativo á Indias y á las conductas de oro del Potosí: tengo muy malos ratos con el rey... y como su magestad se fastidia... me venís como llovido... vuestro padre me sirvió bien, y vos no me servís peor; ¿no se os ocurre algo con que entretener á su magestad?

—Podria suceder: y de tal asunto vengo á hablaros, que podrá suceder muy bien que su magestad encuentre entretenimiento.

—Hablad, hablad.

—Primero hable esta prenda.

Y el vizconde sacó el rosario que doña Estefanía habia encontrado al pie del lecho de Julia.

—Un hermoso rosario de coral, dijo el conde-duque: el rosario, acaso, de alguna hermosa dama.

—Al pie del lecho de una dama hermosísima ha sido encontrado.

—Esplicaos, don Baltasar.

—Mire vuecencia esta medalla.

—Una Vírgen de la Concepcion.

—Mirad ahora el revés.

—Un escudo real: ¿de quién es este rosario?

—Creo que ni la reina, ni ninguna de las infantas, ni mucho menos el príncipe de Asturias, hayan podido dejar olvidado este rosario en el dormitorio de la marquesa de la Buena-dicha.

—¡El rey!

—¡Ah! ¡es decir que el rey era amante de doña Julia!

—No os lo quiero negar, don Baltasar...

—¿Y doña Julia, tan hermosa, tan solicitada, no era bastante para distraer á su magestad?

—Sí, sí por cierto; pero un acontecimiento desgraciado ha hecho que su magestad se aparte con horror de esa mujer, de esa desdichada.

—Pues bien, decid á su magestad que yo le pido esa desdichada por esposa.

—¡Vos! ¡don Baltasar! ¿sabeis lo que pedís?

—Lo sé.

—¿Sabeis que la marquesa de la Buena-dicha ha sido sentenciada por el Santo Oficio?

—Sí, sí señor: sé que el Santo Oficio ha descubierto ó querido descubrir que doña Julia es hija de una hechicera y nieta dé un verdugo. Sin embargo, quiero casarme con ella.

—¿Sabeis que si os casais con esa infeliz partís con ella su infamia?

—Lo sé.

—¿Que si teneis hijos de ella, vuestros hijos serán infames?

—Lo sé.

—¿Y á pesar de esto insistís en casaros con ella?...

—Insisto.

—¿Tanto la amais?

—No por cierto, señor, amo al rey.

—Esplicaos.

—El rey ama á esa dama.

—La amaba... la amaba con frenesí: pero desde que supo su orígen... ya sabeis... el rey por todo pasa menos por el trato con hereges y hechiceros...

—Os juro que la Inquisicion se ha engañado.

—¿Y cómo probarlo?

—Abriendo los ojos á la Inquisicion.

—Yo creo que la Inquisicion los tiene muy abiertos.

—Sin embargo: ¿cuántos inquisidores han juzgado á doña Julia?

—Lo ignoro, porque el rey y yo hemos levantado mano en este asunto, en cuanto se ha cruzado por medio la Inquisicion.

—¡Bah! ¡señor conde-duque! vuecencia que no se detendria en nada, se detiene sin embargo delante de tres ó cuatro frailes.

—¡Don Baltasar! ¡os ruego, porque os estimo, que no hableis así donde puedan oiros!

—Descuidad, que me estimo yo lo bastante para no comprometerme. Pero entremos de lleno en el negocio. ¿Si la Inquisicion declarase un dia, y un dia cercano, que se habia engañado; si repusiese en su buena opinion y fama á doña Julia, el rey volveria á mirarla sin horror?

—Indudablemente.

—¿El rey volvería á sus amores?

—Indudablemente.

—Y volviendo á los amores de doña Julia, estaría distraida, no escucharia á vuestros amigos.

—Sin duda.

—¿Me autoriza vuecencia para que ofrezca cuanto fuese menester á los inquisidores que han juzgado á doña Julia, á fin de que declaren que es blanco lo que ayer creyeron negro?

—Os autorizo, siempre que mi nombre no salga á luz.

—No saldrá.

—Ni el del rey.

—Tampoco.

—Pues bien, estais autorizado.

—No quiero mas de vuecencia.

—Y decidme, ¿se ha pedido por la Inquisicion el despojo de sus honores y de sus títulos á doña Julia?

—Aun no; pero lo esperamos de un momento á otro.

—Yo lo evitaré, si entre tanto viniérais en entretener vos el asunto.

—La Inquisicion no sufre dilacion.

—Dos dias, uno solo.

—Bien, se hará lo que se pueda.

—Será bueno que vuecencia vaya preparando al rey.

—No se me ocurre cómo.

—Decid á su magestad que teneis entendido que se ha cometido una infamia con doña Julia.

—No me atrevo á hablar al rey de esa manera de un auto del Santo Oficio.

—No me ha entendido vuecencia.

—Esplicaos.

—No se trata de decir que el Santo Oficio ha cometido una infamia: Dios nos libre de ello.

—Pues no os entiendo.

—La infamia debe suponerse en la delacion hecha al Santo Oficio; en la falsedad de las pruebas que se han presentado al Santo Oficio.

—¡Ah! ¡eso es distinto! me parece buena idea.

—Decid al rey que yo soy quien he descubierto esa infamia.

—El rey querrá saber punto por punto...

—No importa: de hoy á mañana ya habré yo hecho mucho.

—¡Se me ocurre una cosa! Decidme, ¿estaba su magestad en casa de doña Julia cuando la prendieron? porque el rosario del rey encontrado á los pies de la cama de doña Julia parece indicarlo.

—En efecto, el rey estaba allí, y afortunadamente pudo escapar.

—¿Y no dejó el rey ninguna prenda?

—Sí por cierto, su capa, su sombrero y su espada.

—¿Tenian esas prendas alguna señal particular por donde pudie-

ra venir en conocimiento la Inquisicion de quién era el hombre que estaba con doña Julia cuando fué á prenderla?

—No: cuando su magestad sale tarde de noche de palacio, siempre conmigo, lleva una capa oscura de ronda como la que vos llevais, un sombrero cabalmente como el que vos traeis, y una espada lisa y sencilla sin armas ni señal alguna.

—Bien, muy bien. Esto me alienta mas: y como quisiera adelantar mucho en poco tiempo, á fin de ganar por la mano á la Inquisicion, que al fin es fuego, y corre como el fuego, suplicaria á vuecencia se informase ahora mismo de los obispados que hay vacantes... en América, por ejemplo.

—Voy, voy, dijo el conde-duque; pero me parece que nos va á costar demasiado la rehabilitacion de doña Julia.

—Y ¿qué importa si entretiene bien á su magestad?

—Voy, don Baltasar, voy.

El conde-duque salió y estuvo algunos momentos fuera.

Volvió con un papel en la mano.

—Hé aquí los obispados que están vacantes, dijo al vizconde, entregándole el papel.

—San Luis de Potosí, el Cuzco, Matanzas y Mechoacan, dijo el vizconde leyendo el papel y guardándole; me parece que tenemos bastantes.

—Sobrado es: cada obispado de esos podia valerme muy buenos miles de ducados.

—Algo mas vale el que el rey esté entretenido.

—No hablemos mas de esto: si lograis que doña Julia sea rehabilitada, poco importa lo demás.

—No os olvideis, despues que hayais preparado á su magestad, de pedirle la licencia para mi casamiento con doña Julia.

—No me olvidaré.

—Y yo voy á trabajar desde el momento en este asunto.

—Id con Dios, don Baltasar, y avisadme en el momento de lo que haya.

Don Baltasar salió, y se encaminó en derechura á la casa de Luisa Isabel María, en busca de Gutierre de Acebedo.

## LXXX.

Costóle alguna dificultad entrar; pero al fin, dando su nombre y diciendo que iba á un asunto importantísimo, le anunciaron á Gutierre.

Por identidad de afecciones y de carácter, Gutierre y don Baltasar eran grandes amigos: habia hecho don Baltasar cuanto habia podido para estrechar estas relaciones, porque de ellas usaba para estar mas en contacto con Julia.

Hacia mucho tiempo que Gutierre no veía á don Baltasar: así es que lo recibió con los brazos abiertos.

Pero don Baltasar atendió menos por el momento á Gutierre que á una persona que estaba con él: aquella persona era Luisa Isabel María.

Por mejor decir, Gutierre era el que estaba con Luisa, porque Luisa se encontraba en sus habitaciones particulares: en el gabinete de la puerta de ébano.

El vizconde era sumamente hermoso, como lo habia sido su padre, y Luisa reparó de una manera involuntaria en él.

Don Baltasar reparó en que Luisa le habia mirado de una manera singular.

Solo despues de esto contestó á Gutierre que le habia preguntado:

—¿Cómo es esto, don Baltasar? ¿de dónde salís? ¿habeis estado perdido?

—¿Y vos, dónde os metísteis que nadie os ha visto?

—He estado gravemente enfermo, y aun convalezco, dijo Gutierre.

—Y yo he andado por esos mundos de Dios. ¿Esta dama es vuestra esposa?

Luisa se inclinó.

—Sí, sí, don Baltasar; he tenido la suerte de que una tal dama consienta en hacer la felicidad de mi vida.

—Estremadamente bella es vuestra esposa, dijo el vizconde.

Luisa volvió á inclinarse.

—Y de tal modo os veo feliz, don Gutierre, continuó el vizconde, que me dais envidia.

—En efecto, dijo Gutierre con un acento particular; soy muy feliz.

—Os pido licencia para retirarme, dijo Luisa.

—Por el contrario, señora, nosotros seremos los que nos retiraremos: por el aspecto de don Baltasar comprendo que viene á hablarme de algo grave, y me lo llevo á mi habitacion.

Saludó profundamente don Baltasar á Luisa, contestóle esta no menos ceremoniosamente, y Gutierre, apoyado en el brazo de don Baltasar, salió del gabinete y entraron en su cuarto.

—¿Sabeis lo que ha sido de vuestra hermana, don Gutierre? dijo el vizconde en cuanto quedaron solos.

—Mi hermana... ha ido á una de sus haciendas, dijo Gutierre con estrañeza.

—¿Á cuál, amigo mio?

—Lo ignoro; mi hermana es viuda, dueña de sí misma, y no me dá parte de lo que hace. Lo que no comprendo es por qué me haceis esa pregunta.

—Me interesa mucho: ya sabeis que yo amo á doña Julia, que estuve á punto de hacer un desacierto conmigo mismo cuando se casó con aquel don Gabriel que fué á morirse á Flandes, y que cuando la vi viuda he vuelto á mi empeño. Cada dia estoy mas enfermo del amor de vuestra hermana, y hoy... hoy desesperado y loco he querido verla... he ido á su casa... pero me han dicho sus criados que está ausente: he preguntado dónde, y me han contestado que no lo saben... entonces he recurrido á vos.

—Pues yo tampoco lo sé, amigo mio; hace dos meses, esta es la verdad, que mi hermana no parece.

—¿Y nadie os ha dado noticia de doña Julia? dijo con profunda intencion el vizconde.

—Nadie.

—¡Es singular!

—Mi hermana parecerá el dia menos pensado: ella es así.

—Pero es necesario buscarla.

—¿Y para qué?

—Por lo que me toca, me importa demasiado. Quiero insistir, quiero suplicarla, quiero hacerla comprender que ella es mi vida.

—Me parece que mi hermana no será vuestra esposa.

—No me mateis.

—Mi hermana es muy firme de voluntad, y cuando no os ha amado, no os amará.

—En fin, ¿nada sabeis de ella?

—Nada.

—¿Palabra de honor?

—¿Por qué, pues, os lo habia yo de negar? dijo con aspereza Gutierre.

—Perdonad, perdonad, amigo mio: los enamorados somos con frecuencia importunos; y como nada me podeis decir acerca de vuestra hermana, y me interesa mucho el hallarla, permitid que me despida de vos.

Despidió cortesmente Gutierre al vizconde hasta los corredo-

res, y poco despues don Baltasar se encaminaba al convento de Santo Tomás.

## LXXXI.

—Con que, decia don Baltasar dirigiéndose al convento, nada sabe nadie de lo que la Inquisicion ha hecho con Julia: ni aun su hermano: esto significa que la Inquisicion espera: yo no sé lo que podrá esperar el tribunal que ha juzgado á doña Julia; pero ello es lo cierto que no ha publicado la sentencia. ¿Consistirá esto acaso en que el tribunal sepa que doña Julia era dama del rey? El rey dejó prendas suyas en el aposento de doña Julia; pero segun el conde-duque dice, la capa, el sombrero y la espada del rey no tenian seña alguna particular: no importa.

La Inquisicion, ó mejor dicho, Fray Bartolomé Madueño, para no obrar á ciegas, y no queriendo preguntar á Julia porque la Inquisicion no tenia por objeto el meterse á inquirir amores, procuró por medio de aquellas prendas saber quién era la persona que acompañaba á Julia cuando la Inquisicion fué á prenderla, y que se escapó sin dar lugar á ser habida: la capa y el sombrero nada indicaban; pero la espada era distinto; tenia la marca del espadero, y por este, acaso podia saberse para quién aquella espada habia sido hecha, ó á quién habia sido vendida.

La Inquisicion, informada por la marca del nombre del espadero, le hizo comparecer.

Encerrado con el espadero Fray Bartolomé Madueño, le mostró la espada.

—Esa espada la he forjado yo, dijo en cuanto la vió el espadero. Es una buena hoja á prueba.

—¿Y quién os la mandó hacer? dijo el padre Madueño.

—Me la encargaron para su magestad el rey nuestro señor que Dios guarde. No tengo porque negarlo. Yo mismo forjé la empuñadura y la labré á cincel. No se la puso escudo ni cifra, porque así me lo mandaron; pero sin embargo, es una prenda de rey.

—¿Y quién recogió de vuestra casa la espada?

—Se la llevé yo mismo á su magestad, como le he llevado otras tantas, y delante de su magestad la probé.

—¿Y no habeis vuelto á ver esta espada?

—No señor.

—Id en paz, y no digais á nadie, so pena de lo que os pudiese venir, que se os ha hecho este interrogatorio.

—Júrolo bien, dijo el espadero, y la Inquisicion no tendrá que castigarme.

Y el honrado fabricante de espadas salió.

El padre Madueño en su acusacion fiscal pidió que se hiciese caer sobre la marquesa de la Buena-dicha la infamia que habia heredado de sus padres, pero en atencion á no saberse claro la parte que el rey podia tener con la dicha marquesa, se mantuviese en secreto la sentencia, y se esperase á ver lo que acontecia fuera de la Inquisicion y con el sambenito la marquesa.

La Inquisicion era prudente: se detenia ante el trono por lo que pudiera acontecer; pero su prudencia era exagerada, porque ya en los tiempos de Felipe IV el trono se doblegaba ante la Inquisicion; el cetro ante el hisopo.

Hé aquí la razon del silencio del Santo Oficio, silencio de que no podia darse una razon plausible el vizconde.

Pero el que la sentencia no se hubiese publicado, el que no se hubiese degradado á la marquesa, el que no se hubiesen confiscado sus bienes, le alentaba.

Llegó á la portería del convento de Santo Tomás, y tiró de una cuerda pendiente de la parte de afuera.

Sonó en el interior una campana.

Poco despues se sintieron pasos.

Luego se abrió un ventanillo.

—¿Qué se le ofrece? dijo una voz ronca: ¿se muere alguien?

—Algo de mas monta me trae.

—¿De mas monta que morirse?

—Sí; porque lo que mas monta para todo cristiano es el servicio de Dios.

—¡Ah! eso es distinto: teneis razon; yo creía que se trataba de que algun padre fuese á auxiliar á algun moribundo; ¿pero qué es lo que quereis?

—¿Hay algun inquisidor en la casa?

—Lo son todos los padres; pero por acá tenemos al fiscal del Santo Oficio del arzobispado de Toledo, el muy respetable padre maestro de la órden de predicadores fray Bartolomé Madueño.

—Pues necesito ver en este mismo momento á su merced.

—Pues no es eso muy fácil, porque á su merced no le gusta que le incomoden, y hace muy bien; si yo fuera lo que él haria lo mismo.

—Se interesa en ello el servicio de Dios y el del rey, dijo con voz

enérgica el vizconde, y vos sereis responsable por vuestra inobediencia...

—Yo no... yo no... se apresuró á decir el de adentro: ahora mismo voy á despertar al lego del padre maestro. Y perdóneme vuesa merced, si le he ofendido, y si le pregunto su nombre para que el padre maestro sepa quién le busca.

—Soy don Baltasar de Vives, vizconde de Rudaguas, grande de España.

Lo de grande era mentira, pero el vizconde necesitaba infundir todo el mayor respeto posible y no se detuvo en barras.

Saber que todo un grande de España estaba á la puerta del convento, y abrir el portero fué obra de un segundo.

—Pase, pase vuecencia, escelentísimo señor, dijo un frailote todo humildad y todo acatamiento: yo no sabia... yo no podia adivinar... pase vuecencia á la portería que, aunque indigna, está mas abrigada...

—Id, id y despachad, dijo secamente el vizconde, que estaba impaciente.

El frailuco partió.

Poco despues volvió.

—Si vuecencia tiene la bondad de seguirme... dijo.

El vizconde le siguió.

Allá en el claustro superior, al fin de una crujía, le introdujo en una celda.

No habia nadie.

El portero le dejó solo.

Poco despues se abrieron las cortinas de una alcoba, y apareció un fraile alto y grave, de semblante sombrío, que miró con profunda reserva al vizconde.

—¿Podré saber qué causa trae á vuecencia á mi celda? dijo ofreciendo un sillon al vizconde.

—Dispensad, padre, un tratamiento que no tengo, dijo don Baltasar.

—Me han despertado para decirme que un grande de España necesitaba verme para asuntos que interesaban mucho al servicio de Dios y del rey.

—En efecto, he dicho que el vizconde de Rudaguas necesitaba ver á vuestra paternidad para el mejor servicio de Dios y del rey.

—Sentaos, caballero, sentaos; os escucho.

—Soy el prometido esposo de la marquesa de la Buena-dicha.

—¡Ah!

—Sí, sí señor.

—¿Y sin duda venís á preguntarme por la marquesa?

—No, no señor, porque sé donde está: no me he separado de ella desde hace tres dias que la encontré moribunda, herida, medio despedazada por un perro, en medio de un camino.

—¡Infeliz!

—Sí, sí, muy infeliz; pero su desdicha pasará pronto.

—Dios tendrá compasion de ella y la recibirá en su seno; es muy buena cristiana.

—Por ahora no morirá, Dios mediante, porque ha salido del peligro.

—¿Y está resignada á su suerte? dijo con una insidiosa intencion el inquisidor.

—Sí, sí señor; acata, respeta la decision del tribunal, pero está horrorizada de sí misma.

—¿Os envía ella?

—No señor: ella ni reclama, ni piensa en reclamar, ni se queja. Me envía el conde-duque de Olivares, de órden de su magestad.

—¡De órden del rey!

—Sí por cierto: me envía secretamente, y yo he creido que no podia venir mas en secreto que á estas horas.

—¿Y... á qué os envía el conde-duque?

—Voy á ser muy franco con vos, padre: el conde-duque me envía para significaros cuán satisfecho está el rey de vos por no haber hecho cundir su nombre en el negocio de la marquesa.

—Ni habia motivo para ello.

—El rey se habia dejado su capa, su sombrero y su espada en el dormitorio de la marquesa.

—¡Ah!

—Por estas pruebas...

—La Inquisicion ha supuesto que el rey no conocia la historia de la marquesa, y la Inquisicion además es indulgente con las debilidades humanas, siempre que no ofendan á la fé.

—Pues bien: el rey, secretamente, sin que sepais por qué, quiere premiaros á vos y á los inquisidores del tribunal de Toledo: yo he sido franco con vos, porque os respeto: pero mi comision estaba reducida á deciros: de los obispados de San Luis de Potosí, Mechoacan, Matanzas, ó el Cuzco, elegid el que mas os agrade.

Miró el padre Madueño profundamente á don Baltasar, pero era este tan sereno, que la inquisidora mirada del fraile no le turbó.

—¿Os han dicho... es decir, os ha dicho el conde-duque que me deis á elegir entre esos cuatro obispados? dijo el inquisidor.

—Sí señor.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—¿Sin condicion alguna?.

—Sin condicion.

—Pues bien, caballero; yo iré á ver á su escelencia.

—Su escelencia quiere... desea que este asunto quede completamente terminado entre los dos.

—No sé si mi conciencia me permite aceptar...

—Vuestra conciencia, padre, por lo que veo, es demasiado escrupulosa, y esto mismo os hace mas digno de la mitra.

—Sin embargo...

—Habeis obrado como sacerdote cristiano y como vasallo leal: sabíais, porque la Inquisicion lo sabe todo, que la persona que estaba con doña Julia....

—Con Dolores Quiñones, querreis decir.

—Con doña Julia he dicho... pero... es igual.... sabíais que la persona que estaba con la marquesa cuando llegó la Inquisicion, y que logró escapar sin que la Inquisicion la viese...

—Sin que la Inquisicion quisiese verla...

—Servicio mas meritorio... sabíais, pues, que allí estaba el rey, y habeis evitado que el nombre de su magestad suene en el proceso de la marquesa... esto merece un premio.

—Solo he cumplido con mi obligacion.

—Pues bien: al que en tan árduos asuntos cumple con su obligacion como vos habeis cumplido, debe premiársele, y se le premia.

—¿Y decís que á vos os he de contestar?

—Sí señor.

—Pues bien: puesto que su magestad ha fijado su vista en este humilde siervo suyo... acepto con el mas fervoroso agradecimiento la merced que me hace.

—¿Y cuál de los cuatro obispados elegís? están á vuestra disposicion (y el vizconde leyó de nuevo el papel) las sillas de San Luis de Potosí, de Mechoacan, de Matanzas y del Cuzco.

—Pues bien, puesto que ello ha de ser así, elijo la de San Luis de Potosí.

—Contaos por obispo de San Luis de Potosí, y permitidme que os dé la enhorabuena y que reclame para mí vuestra primera bendicion episcopal.

—¿Y nada mas quereis?

—Sí, sí por cierto.

—Hablad, que si en mí consiste, tendreis lo que querais.

—Quiero que ofrezcais los tres episcopados restantes á los tres inquisidores que han entendido en el proceso de doña Julia.

El inquisidor tomó el papel.

—¿Y... doña Julia, no quiere nada? dijo el inquisidor, que no era tonto, que comprendia que le compraban, que como le pagaban á buen precio se vendia, y abria el camino para una proposicion.

—Doña Julia está resignada, porque respeta la voluntad de Dios y el fallo de su Santo Tribunal. Ella no os pediria nada, pero yo que la amo, que con sambenito ó sin él, me casaré con ella aunque haya de partir su infamia, deseo...

—¡Qué!

—Que si es posible vuelva á hacerse informacion de los sucesos.

—Ya dijimos á la marquesa si tenia algo que oponer á la prueba que minuciosa y prudentemente se habia procurado el tribunal, y contestó que nada.

—Ella, la infeliz, tiene una fé ciega en que la Inquisicion no puede engañarse ni ser engañada.

—Y vos no la teneis, dijo volviendo á su severidad el fraile.

—¡Ciertamente que sí! Pero creo tambien que Dios puede valerse de su Santo Tribunal, para probar la cristiandad, la fé, la fortaleza de una criatura.

—En efecto, Dios es Todo-Poderoso, y nadie sino un impío puede jactarse de conocer sus inescrutables designios.

—De modo que si Dios, en su infinita bondad, permitiera que en todo su esplendor resplandeciese la verdad...

—La Inquisicion tendria un gran contento en ello.

—De modo que...

—Se volverá á abrir proceso. Pero ayudadnos vos... que segun la fé con que deseais que la marquesa sea rehabilitada, tendreis indudablemente razones...

—Las tengo, sí señor... y ayudaré al tribunal.

—Cuanto antes.

—Cuanto antes. Y decidme... ya que aceptais esta nueva gestion...

—Os diré... interpondré mi influencia para que el Tribunal la acepte... por fortuna, ni el consejo de la Suprema, ni el arzobispo de Toledo conocen aun la causa, porque tiene tanto en que ocuparse el Tribunal, que las causas solo se envían de tiempo en tiempo.

—De modo que el proceso de la marquesa es todavía un secreto...

—Sí.

—En ese caso... se podria suspender la sentencia...

—Se suspenderá.

—Y como una sentencia suspendida no causa efecto... la marquesa podrá volver á su casa, como si nada la hubiera acontecido.

—¡Eh! esto es ya grave...

—¡La marquesa no huirá!... y para qué... ¿no está libre ahora?... ¿no podria huir al estrangero?

—Sí, pero la confiscacion de sus bienes...

—Sus bienes no han de huir.

—Que vuelva, pues, á su casa, pero que guarde secreto.

—Lo guardará.

—Guardadlo vos tambien.

—De todo punto.

Tras esto, vizconde é inquisidor se dieron las manos, y el vizconde volvió loco de alegría al lado de Julia.

## LXXXII.

—¿Y qué resultó? dijo Luisa interrumpiendo al diablo.

—Resultó que á los ocho dias, Julia recibió, como regalo de boda, del vizconde, una declaracion en forma del Santo Oficio, que la absolvia de toda sospecha, de toda mancha y la declaraba hija legítima de los que hasta entonces habia llamado sus padres.

—¿Y se casaron los dos hermanos? dijo con repugnancia Luisa.

—Se casaron, contestó con acento grave el diablo.

## LXXXIII.

—Pero no te espantes, Luisa: aunque Julia y el vizconde se casaron, el incesto no pudo tener lugar.

—¡Lo evitó Dios! dijo Luisa.

—No, lo evitaron los sucesos: no estaba escrito que sucediese.

—Tengo impaciencia por llegar al desenlace de esa historia.

—Fué trágica como las de todas tus abuelas.

—Continúa.

## LXXXIV.

Hubo una fiesta esplendorosa en casa de Julia para celebrar las bodas.

—Concurrió á ellas lo mas noble y lo mas bello de la corte.

Nadie llegó ni siquiera á vislumbrar el secreto de la prision de Julia en el Santo Oficio. Todos creyeron que el tiempo que Julia habia estado fuera de su casa lo habia pasado en una de sus posesiones, de la que solo habia vuelto para casarse.

Además, los hombres solo tenian ojos para admirar y codiciar la hermosura de Julia, y las mujeres para envidiarla.

El rey apadrinaba la boda.

El conde-duque, ostentosamente engalanado, representaba al rey.

La madrina, por mandato secreto del rey, éralo Luisa Isabel María.

Esta se habia doblegado, sin dar á entender por supuesto que se doblegaba.

Habia contestado á la órden del rey que la habia llevado personalmente el conde-duque, que ella tenia sumo placer en obedecer á su magestad, porque su magestad habia previsto su deseo, tratándose de la boda de su cuñada.

Luisa Isabel, sin embargo, estaba mortalmente irritada contra Julia: sabia que la Inquisicion la habia condenado á la infamia, comprando á peso de oro la discrecion de uno de los dependientes del Santo Oficio: supo despues, porque todo el mundo lo supo, que fray Bartolomé Madueño y otros tres inquisidores habian sido electos obispos de cuatro diócesis en América, y se lo esplicó todo; vió en ello la mano del rey. Pero lo que no podia esplicarse era cómo Julia, cuyas acciones habia seguido paso á paso, se casaba con el vizconde de Rudaguas, á quien siempre habia despreciado.

Una suposicion descabellada asaltó la imaginacion de Luisa Isabel; que Julia por alguna arte diabólica desconocida, hubiese adivinado, hubiese sabido que ella estaba enamorada del vizconde de Rudaguas.

## LXXXV.

—¡Enamorada mi abuela de aquel hombre! dijo Luisa cortando en su asombro la relacion del diablo tantas veces interrumpida.

—Si tu abuela Luisa Isabel, dijo Satanás, no estaba realmente enamorada de don Baltasar, lo creía al menos.

—¿Y dónde habia conocido mi abuela á don Baltasar, cuando generalmente estaba retraida?

—Luisa Isabel conocia todo lo que concernia á Julia, y como el vizconde solicitaba á Julia, Luisa le conoció.

—¿Y se enamoró de él?

—No, formó un empeño. Quiso vencer hasta en el corazon de don Baltasar á Julia.

—Vencer á un hombre á quien Julia despreciaba.

—Los empeños de las mujeres son incomprensibles, porque en general son necios.

—Gracias en nombre de mi sexo.

—Yo no digo mas que la verdad. De lo necio de los empeños mujeriles tienes un ejemplo en tí misma, en tu amor á Juan de Castro.

—Pero ya no le amo.

—Te has casado, sin embargo, con él enamorada, y ha sido necesario que los sucesos vengan á salvarte. Has comprendido que estabas obcecada, cuando tu corazon por una série de coincidencias te ha revelado que tú en el fondo de tu alma sentias el verdadero amor, el amor, aliento del espíritu, y que tu amor era Andrés Zoa, el marido de Leontina.

—¡Ah! esclamó Luisa con un suspiro que era equivalente á un gemido.

—En tu abuela era distinto: su verdadero amor era Luis de Góngora, pero aquel amor se habia malogrado; Góngora habia puesto entre ella y su amor un muro con sus votos: despues la habia despreciado: la causa de todo aquello era Julia, y Luisa Isabel acabó por concebir un mismo deseo de venganza contra Góngora y contra Julia. La circunstancia de amar don Baltasar á Julia, le hizo reparar en él: le encontró hermoso, y le irritó que aquel hombre, cuya maldad no conocia, porque don Baltasar sabia encubrirse bajo las mas nobles, las mas simpáticas apariencias, amase á su enemiga: quiso que la despreciase, y que la despreciase por ella, y esperó una ocasion: esperándola, y como tardaba, porque una mujer digna no puede dar

ciertos pasos, pensó en el vizconde, pensando en él se empeñó por él, una vez empeñada tomó aquel empeño por amor.

Y como nada hay que predisponga mas al crímen que el odio, cuando el odio arraiga en un carácter tenaz y violento, Luisa al saber que Julia, sin duda por la interposicion del rey, habia escapado de la Inquisicion, y se casaba por añadidura con don Baltasar, incurrió en el crímen.

—¡En el crímen! esclamó Luisa.

—Sí, en un crímen horrible, pero que sirvió para que no tuviera lugar otro crímen á ciegas: el incesto entre los dos hermanos.

—Sigue, sigue.

—El mismo dia en cuya noche debia tener lugar la boda, Luisa Isabel salió por la mañana, y se fué á la puerta de Guadalajara.

—¿Y á qué fué allí mi abuela?

—La puerta de Guadalajara era el lugar donde se vendian las cestas de mimbres; las cestas de mimbres las hacian esclusivamente por aquellos tiempos los gitanos, y Luisa, con los bolsillos llenos de oro, se fué á buscar una gitana.

—¿Y para qué queria mi abuela á esa gitana?

—Para una cosa horrible. Detúvose en el primer puesto, y se dirigió á una hermosa gitanilla, de catorce á quince años.

—Ven, ven acá, niña, la dijo Luisa Isabel: tengo que hacerte una pregunta.

Al ver á una tan hermosa señora, que la trataba tan cariñosamente, la gitanilla se acercó corriendo á ella.

—¿En qué puedo servirla, rosa de mayo? dijo la gitanilla.

—Dime, niña, la dijo Luisa Isabel, apartándose á un lado con la muchacha: conoces tú á alguna gitana que sepa lo que yo quiero?

—¿Y qué quiere la alegría del cielo, hermosa? dijo la gitanilla.

—Quiero... pero yo se lo diré á quien tú me digas que sabe mas de vosotras, y para que me contestes con gusto, toma.

Y dió á la muchacha dinero.

—La tia Milagrosa, que es mi abuela, dijo la muchacha, es capaz de resucitar á los muertos.

—Pues entra en mi litera y vamos á casa de tu abuela.

## LXXXVI.

Segun las indicaciones de la gitanilla, la litera paró en una casucha del barranco de Lavapies.

Salieron de la litera Luisa Isabel y la gitana, y entraron en la casa.

Luisa Isabel estuvo una hora encerrada en aquella casa con una vieja horrible.

Al cabo salió, y la tia Milagrosa, que así se llamaba la vieja, salió despidiendo á Luisa Isabel.

—Esta tarde tendrá vuestra señoría lo que quiere, dijo la vieja: pero es menester que yo sepa dónde vuestra señoría vive, y que me dejen entrar los criados.

—No, no vayais á mi casa, dijo Luisa Isabel. Mas bien... ¿en qué templo acostrumbrais á pedir limosna?

—Donde está el jubileo, y hoy está en el Buen-Suceso.

—Pues bien, á la salida del jubileo, y cuando yo os dé limosna, dadme lo que sabeis. Quedaos con Dios.

—La Vírgen Santísima vaya con vuestra señoría.

## LXXXVII.

Aquel mismo dia, Julia estuvo tres veces en casa de un boticario.

La tercera vez salió llevando envuelto en un pañuelo algo que el boticario la habia dado.

## LXXXVIII.

Deciamos, pues, que hubo una fiesta esplendorosa con motivo de sus bodas en casa de Julia.

Los salones estaban deslumbrantes.

La primera nobleza de España llenaba aquellos salones.

Se habia efectuado el desposorio y tenia lugar la fiesta.

Á qué he de describírtela...

—Sigue, sigue, y vamos al desenlace, dijo Luisa.

—Sigo. En medio de la fiesta, Luisa Isabel se asió al brazo de su marido sonriendo.

Este, que no estaba acostumbrado á tales dulzuras, se estremeció.

—¿Os mostrais así conmigo porque estamos delante de gente? dijo Gutierre á Luisa Isabel.

—No, no por cierto. Pero me amais, y quiero poner á prueba vuestro amor.

—¡Qué! ¿no le teneis bastante probado, señora?

—Aun no; pero si resistís á la prueba, si me complaceis conoceré que me amais, y entonces os premiaré.

—Por ese premio seré capaz de hacer un imposible.

—Mirad lo que prometeis, porque lo que voy á pediros es muy duro.

—Sea lo que fuere, contad con ello.

—Se trata de vuestro cuñado.

—¡De mi cuñado!

—Sí por cierto, quiero que lo castigueis.

—¿Y por qué?

—¿Ya empezais á poner dificultades?

—No, pero quisiera saber el motivo.

—Vuestro cuñado acaba de ofenderme villanamente.

—¡Ofenderos! yo creo que os hablaba sonriendo.

—Sonriendo se dicen graves insultos.

—¡Dios de Dios! y ¿cómo os ha insultado?

—No quiero repetir el insulto; me lastima: ¿no basta que yo os diga que me ha ofendido?

—Sí, sí, señora de mi alma, y podeis dar por muerto á don Baltasar.

Y diciendo esto se soltó de Luisa Isabel y se fué á un corro de caballeros donde don Baltasar hablaba alegremente.

—Perdonad, hermano, dijo Gutierre al oido á don Baltasar, pero tengo que hablaros de un asunto importante.

—Dispensadme, señores, dijo el vizconde á sus amigos: mi cuñade me necesita.

Y se asió al brazo de Gutierre, que le sacó de los salones y le llevó á una habitacion interior de la casa, en donde se encontraron solos.

—¿Qué es esto, pues, don Gutierre? dijo confiadamente el vizconde: hablad, que me teneis cuidadoso.

—Esto es, que necesito hacer un escarmiento de malnacidos y cobardes castigándoos, dijo Gutierre, que era rudo y no se avenia á malgastar palabras.

—Ved lo que decís, porque yo creo que estais loco.

—El loco y el bellaco lo sereis vos, dijo Gutierre dando una bofetada al vizconde.

Este, ciego de cólera al recibir aquel ultraje, echó mano á la espada.

—Aquí no, dijo Gutierre: al ruido acudiria gente y no podriamos matarnos. Echad adelante, salid de la casa y esperadme en los muros mas abajo de la Almudena.

—No tardeis, vive Dios, dijo el vizconde fuera de sí de cólera, y salió.

—Es preciso que no nos vean salir á los dos por la puerta, dijo Gutierre; porque el negocio es grave y es necesario que quede secreto. Si este balcon fuese bajo...

Gutierre apagó las luces que habia en la habitacion, abrió luego las maderas y miró á la calle.

En seguida, viendo que no era grande la altura y que nadie pasaba por la calle, se descolgó por el balcon.

Media hora despues el vizconde volvió á entrar en los salones.

—¿Y Gutierre? dijo Luisa.

—Gutierre, contestó Satanás, se habia quedado mas abajo del cabo de la Almudena atravesado el corazon de una estocada del vizconde.

## LXXXIX.

Al ver á este de nuevo en los salones, y al comprender por la espresion terrible aun de su semblante, lo que habia acontecido, Luisa Isabel sintió una horrible alegría.

—¿Y cuál habia sido el objeto de mi abuela? dijo Luisa.

—Escucha y lo sabrás cuando esté completo.

Luisa Isabel disimuló su alegría y buscó con la visita á Julia.

Al mismo tiempo Julia la buscaba á ella.

Cruzóse entre las dos enemigas una de esas miradas que equivalen á cien insultos, á cien amenazas.

Las dos enemigas se acercaron como atraidas la una por la otra; á medida que se acercaban, la espresion de odio de sus miradas desaparecia, sonreían sus labios: cuando se acercaron la una á la otra, parecian las mayores amigas del mundo.

Se dieron las manos y se las estrecharon.

—Perdonad, señora, dijo Julia, si no os he atendido como debiera, pero estoy turbada, distraida: no sé lo que me sucede: ciertamente que yo me he casado con el vizconde por amor, como vos os casásteis con mi hermano; pero el paso que dá al casarse una mujer es demasiado grave para que no la asalte algun temor...

—Teneis razon, dijo Luisa Isabel: lo mismo que os acontece á vos me aconteció á mí cuando me casé, lo que no impide que sea muy feliz, y que por conservar mi felicidad me interese mucho por la vida de vuestro hermano. ¡Qué sería de mí sin él!

Estas palabras en la boca de Luisa Isabel en aquellos momentos, eran horribles, porque sabia demasiado que era viuda.

—¡Oh! mi hermano os ama mas que á su vida, señora, y lo mereceis. Pero permitidme que me disculpe con vos de un olvido; sois mi madrina y no os he agasajado. ¿Quereis venir conmigo?

Luisa Isabel, asida de la mano de Julia, la siguió.

Llevóla esta á un pequeño y lindísimo retrete donde habia una mesa servida con refrescos y confituras.

Nadie habia en aquel retrete.

—Tomad algo por amor mio, dijo Julia.

Luisa Isabel lo temió todo; pero era altiva, y no quiso parecer cobarde á su enemiga.

Á mas de esto, Julia la quitó todo recelo, tomando un dulce, partiéndole y dándole la mitad.

Luisa Isabel tomó aquella mitad y la comió: notó que tenia un sabor desagradable, pero Julia habia comido tambien.

No sabia Luisa Isabel que la mitad de aquel dulce, la mitad que ella habia comido estaba preparada con ciertos polvos, y que la otra mitad que habia comido Julia no lo estaba.

Sin embargo, aquellos polvos no eran un veneno, sino un narcótico fuertísimo, un narcótico especial que tenia la cualidad de sumergir á quien le tomaba en un sonambulismo voluptuoso, de colocarle en una especie de vida escepcional, en que el dormido podia hablar, contestar, aparecer en una palabra despierto á los ojos de los demás: eran aquellos polvos una de aquellas pócimas que entonces se llamaban hechizos, y que no eran otra cosa que poderosos escitantes del sistema nervioso.

Estos polvos habian costado una gran suma á Julia, y voy á decirte por qué Julia habia procurado poner en un estado escepcional fuera de razon á Luisa Isabel.

Queria vengarse de ella, que habia querido infamarla, presentándola deshonrada ante la sociedad; queria que todos la conociesen como adúltera, y al mismo tiempo queria desembarazarse divorciándose de él, apenas casada, por razon de adulterio del vizconde.

El vizconde la habia impuesto condiciones, la habia obligado á casarse con él, á trueque de la declaracion del Santo Oficio, que la declaraba hija legítima de los que no eran sus padres: el vizconde, despues de los desposorios, habia cometido la imprudencia creyéndose ya seguro, de entregar aquel testimonio irreprochable por la autoridad del tribunal que le habia librado á Julia: en el momento

en que Julia poseyó aquel documento, se consideró libre, y en posicion de ejercer una venganza contra el vizconde y contra Luisa Isabel. Venganzas escitadas por distinta causa, pero que debian efectuarse sirviéndola de instrumento para sus dos enemigos el uno contra el otro.

—Pero eso es repugnante. Julia y Luisa Isabel se habian olvidado de todo: cometian crímenes horribles, dijo Luisa.

—No sabes hasta qué punto arrastran á una mujer el odio y la vanidad ofendida: aquellas dos mujeres necesitaban despedazarse, deshonrarse, herirse en el alma. Julia obraba por odio y por conveniencia. Queria deshonrar á su enemiga, y librarse para siempre por medio de un divorcio del vizconde: Luisa obraba tambien por odio y por conveniencia; queria matar á Julia, y que el vizconde quedase viudo: ella habia empezado por procurar quedarse viuda, y lo habia conseguido: es cierto que se espuso á que en vez de matar el vizconde á Gutierre, Gutierre matase al vizconde; pero en todo caso habria conseguido que Julia no lograse su amor, porque Luisa Isabel creía á Julia enamorada del vizconde; que ya que este no pudiera ser suyo, no pudiera tampoco serlo de la otra.

Las dos cuñadas, disimulando su odio, hablaron alegremente algunos segundos, y al fin fueron á salir.

—¡Oh Dios mio! dijo Luisa Isabel deteniéndose junto á la puerta del retrete: ¿qué he hecho yo del pañuelo?

—¿Vuestro pañuelo, hermana? dijo Julia.

—Sí, un pañuelo que sentiria perder, dijo Luisa Isabel, porque le habia traido con el objeto de que fuese mi regalo de boda para vos: un magnífico pañuelo, hermana, que es una joya, segun está de bien bordado: cómo que en bordarlo han invertido dos mujeres seis meses, y ha costado un caudal.

—¿Le traíais, hermana?

—Sí por cierto, y le habia usado esta noche, porque habia creido que usado por mí, tendria mas precio para vos.

—¡Oh! pues aquí está, dijo Julia viéndolo sobre un ángulo de la mesa donde estaba servido el refresco.

—¡Oh! pues me alegro: guardadlo, hermana, guardadlo, puesto que para vos le traía.

—¿Pero y vos?

—He traido otro, para cuando vos aceptáseis ese.

—¡Ah! pues gracias, muchas gracias, hermana, dijo Julia, conservando el pañuelo.

Pasó una alegría terrible, cruel, pero imperceptible, momentánea, por los ojos de Luisa Isabel, al ver el pañuelo en las manos de Julia.

Salieron juntas del gabinete, y siempre asidas de las manos.

—Antes de volver á la sala, dijo Julia, quisiera, hermana, que viéseis mi cámara nupcial, para que me digais si os parece hermosa y rica.

—Veámosla, pues, hermana: será como dispuesta por vos.

—Venid por aquí.

Atravesaron un corredor y Julia abrió una puerta.

Entraron en un magnífico dormitorio.

Tapicerías, colgaduras, lecho, mueblage, todo era bellísimo: flores en búcaros embalsamaban el aire: pájaros encerrados en jaulas doradas cantaban.

—Es estraño, dijo Luisa Isabel, apoyándose en una pilastra del lecho, al que se habia acercado: tengo sueño.

Julia miró profundamente á Luisa Isabel.

Sus ojos estaban entumecidos, cargados.

—Pues dormid, hermana, dormid, dijo Julia.

—¡Dormir! ¡no! ¡qué disparate! esto pasará.

Pero los ojos de Luisa Isabel se cargaban mas y mas.

—¿Qué haceis? dijo Luisa.

—Os desnudo, dijo Julia, desnudando en efecto á Luisa.

—¿Pero estais loca? dijo Luisa Isabel, pudiendo ya apenas pronunciar estas palabras.

—Vos ocupareis mi lugar, dijo Julia, desnudando apresuradamente á Luisa Isabel, que no podia valerse, y que cayó al fin adormecida sobre el lecho.

Julia acabó de desnudarla, la levantó haciendo un poderoso esfuerzo y la dejó en el lecho: luego apagó las luces del dormitorio y salió.

Al dirigirse al salon, su cabeza ardia, su boca estaba orlada de una leve espuma amarga y pegajosa: Julia se limpió la boca con el pañuelo que la habia dado Luisa Isabel.

Los crímenes de aquellas dos mujeres estaban á punto de consumarse.

Al limpiarse la boca Julia, notó que el pañuelo olía de una manera deliciosa, y de una manera irreflexiva, porque no se encontraba en situacion de reparar en nada, olió una y otra vez el pañuelo.

Llegó al fin al salon, y buscó con la vista á don Baltasar.

No le vió.

Preguntó por él, y le contestaron que estaba en una habitacion inmediata.

Julia mandó que lo llamarán.

Don Baltasar, para echar fuera de sí la terrible impresion que le habia causado la muerte de Gutierre, bebia con sus amigos como un desesperado.

Cuando se presentó á Julia estaba casi ébrio.

—¡Oh! pues me alegro, dijo para sí Julia: así le engañaré mejor.

Y le habló algunas palabras sonriendo al oido.

## XC.

Poco despues Julia estaba en los salones hablando con todos, sonriendo con todos y oliendo fatalmente y con suma frecuencia el pañuelo que la habia dado Luisa Isabel.

Julia estaba impaciente.

El vizconde de Rudaguas tardaba.

Tardábala á ella el deshonrar á Luisa Isabel.

—¡Deshonrarla! dijo Luisa.

—Sí, deshonrándola, presentándola á la vista de todos sus convidados entre los brazos del vizconde. Para que el vizconde se engañase tomando á Luisa Isabel por Julia, esta contaba con el efecto de los polvos de que se habia provisto, que ya habia dado á Luisa Isabel y que debian producirla un sonambulismo estraño.

Don Baltasar se presentó al fin casi ébrio.

—Tengo la dicha de que me hayais llamado, señora, dijo el vizconde estremeciéndose de deseo, escitado por la belleza de Julia, que resplandecia por el doble efecto de la escitacion de la venganza sobre Luisa Isabel, y del veneno que corroía lentamente sus entrañas, y que aspiraba sin cesar en el pañuelo que le habia dado Luisa Isabel.

—Sí, sí, señor y esposo mio, dijo tiernamente Julia: me abandonais.

—¡Abandonaros yo!

—Os vais con vuestros amigos.

—Á entretener mi impaciencia.

—Seguidme, seguidme, amado señor mio, dijo Julia: quiero pasar algun tiempo hablando á solas con vos: todas esas gentes me fastidian.

—¿Pues hay mas que despedirlas?

—No lo mirarian bien.

—Teneis razon, hay que cumplir con el mundo.

Y Julia arrastraba consigo á don Baltasar fuera de los salones.

Y el vizconde iba dominado por el recuerdo vivo y punzador de la reciente muerte de Gutierre, á quien, es necesario decirlo, no habia matado en duelo, sino traidoramente por la espalda, y por el vapor del vino y por la hermosura de Julia.

Julia le llevó al mismo retrete donde habia llevado antes á Luisa Isabel, y en el que habia servido refrescos y confituras.

—Quiero que vos, antes que nadie, tomeis de aquí lo que yo os dé, dijo Julia, ofreciendo al vizconde un dulce que habia buscado en un plato con la vista.

Aquel dulce estaba preparado con los mismos polvos que habia sido preparado el dulce del cual comió parte Luisa Isabel.

Don Baltasar, absorto en la contemplacion de la belleza de Julia, comió maquinalmente aquel dulce.

Luego asió á Julia y quiso abrazarla.

Julia le rechazó dulcemente obedeciendo á un impulso involuntario.

Aborrecia al vizconde desde el momento en que, obligada por su situacion, para pagarle el haberla librado del sambenito, se le habia ofrecido por esposa.

Pero asió al vizconde de la mano y le arrastró consigo hasta una puerta cerrada, delante de la cual se detuvo.

—Esperad, esperad aquí, esposo mio, dijo Julia abriendo aquella puerta.

—¿Y para qué esperar?

—Esta es nuestra cámara nupcial, y quiero que veais si os parece hermosa. Pero puede haber en ella alguna criada. Esperad á que yo entre.

Y entró.

Poco despues la puerta volvió á abrirse, y la dulce voz de Julia dijo:

—Entrad, señor, entrad.

El vizconde entró.

Apenas entró, sintió que la puerta por donde habia entrado se cerraba con llave.

Buscó á tientas á Julia, porque el aposento estaba á oscuras, pero no la encontró.

La llamó, y Julia no le contestó.

Sintió unas leves pisadas, y luego otra llave que rechinaba en la otra cerradura.

Luego nada.

Julia habia salido de allí por una puerta opuesta dejando encerrado al vizconde.

## XCI.

Y volvió á los salones.

En sus manos no se veía ya el pañuelo.

Se le habia perdido sin duda.

Pero en sus ojos brillaba un fuego fosforescente, y su sed crecia, y crecia la leve espuma pegajosa que orlaba sus labios.

Los que la hablaban la miraban con estrañeza, porque habia llegado á hacerse reparable el estado de Julia.

Sus megillas encendidas, su respiracion fatigosa, y aquel mirar ardiente, insensato, amenazador.

Y lo convulso de sus labios y de sus manos.

Pasaba el tiempo.

Á cortos intervalos, aunque Julia estuviese hablando con alguna persona, se detenia; su cabeza tomaba una actitud de atencion como si pretendiera escuchar algo lejano, y luego decia con un acento singular:

—Aun no es tiempo.

Y aquel estado, y aquellas palabras de Julia, daban lugar á estrañas interpretaciones que corrian de boca en boca causando la espectativa de todos.

Al fin el conde-duque tuvo noticias de ello y acudió al lado de Julia.

Pero antes de que llegase, oyó que Julia gritaba:

—¡Ah! ¡ah! ¡los inquisidores! ¡el sambenito! ¡y ella, ella ha sido la causa!

Todos se asombraron, todos rodearon á Julia.

Julia parecia no reconocer á nadie.

Miraba fuera de sí á todas partes.

—¡Dos veces me he casado! ¡dos veces! ¡dos veces! al uno le maté: ¡allá, allá abajo está en el pozo!

—¿Qué dice la marquesa? esclamó un alcalde de casa y corte que asistia á la boda.

—Que mató á su primer marido, y que está en el pozo; dijo una dama cuarentona y fea por añadidura.

—Y todo, todo por ella, señores, todo por ella: continuó Julia: todo por esa infame Luisa Isabel, mi cuñada, la bastarda del rey.

—¡Oh! ¡qué desdicha! dijo el conde-duque abriéndose paso á través del círculo de convidados que rodeaba á Julia: ¡la marquesa se ha vuelto loca! Que llamen á su esposo.

—¡Mi esposo! ¡mi esposo está entre los brazos de esa maldita bastarda! gritó Julia. ¡Venid, venid y la vereis, señores, ya es hora!

Pero el conde-duque la asió de una mano, la contuvo y dijo á todas aquellas gentes:

—Ya lo veis, señores: la marquesa está loca, dijo el conde-duque: yo os suplico que os retireis.

Todas aquellas gentes salieron, murmurando á su placer acerca de aquel estraño acontecimiento.

El conde-duque se quedó solo en el salon con Julia y con los criados.

Julia habia caido desfallecida sobre un sillon.

—Id, id volando á casa del doctor Ponciano; mis criados que están abajo saben á su casa, que venga al punto: dejadme solo con la señora.

Todos obedecieron.

De repente Julia se levantó con un movimiento terrible y como si viese todavía á las gentes que poco antes la rodeaban, y gritó asiendo de la mano al conde-duque:

—Venid, venid conmigo, amigos mios: venid y vereis cómo me he vengado de ella.

Y tiraba del conde-duque, que se dejaba conducir.

Julia no paró hasta llegar á la habitacion nupcial.

Sacó una llave y abrió.

El interior estaba sumamente oscuro.

—¡Luces! ¡luces! dijo Julia.

El conde-duque tomó una bujía y entró.

Si hubieran entrado todas las personas que habia poco antes en casa de Julia, el escándalo hubiera sido terrible.

Julia hubiera probado que su marido era adúltero.

Luisa Isabel hubiera quedado deshonrada.

Pero el conde-duque corrió el telon.

Nadie mas que Dios, yo, el conde-duque y Julia conocian aquel secreto.

## XCII.

Hemos concluido la historia de la casada vírgen; esto es, la historia de tu sesta abuela, dijo Satanás.

—¿Que la hemos concluido?

—Sí, ciertamente, porque Luisa Isabel María habia dejado de ser casada, y habia tambien dejado de ser vírgen.

—¿Y no hay nada despues de eso? dijo Luisa.

—Sí, una loca, el marido desesperado de una loca, y una mujer que se preguntaba algun tiempo despues de esto por qué era madre.

—Esplícate, esplícate mejor: no te entiendo.

—La loca era Julia, el marido desesperado de la loca el vizconde de Rudaguas, la mujer que se sentia madre sin comprender la causa, tu abuela Luisa Isabel.

—¿No fué un veneno lo que mi abuela dió á Julia?

—Sí, pero Julia no aspiró lo bastante aquel veneno para morir inmediatamente: habia perdido el pañuelo que la regaló Luisa: cuando fué el doctor Ponciano, se encontró providencialmente aquel pañuelo al entrar en la habitacion donde estaba Julia, la espuma rojiza de que estaba manchado le llamó sériamente la atencion. Le olió y le apartó con horror. Despues examinó á Julia.

—Esta señora está envenenada, dijo al conde-duque.

—¡Envenenada!...

—Sí, sí señor, envenenada con el olor que arroja de sí este pañuelo que he encontrado á la puerta de esta cámara.

—¿Y morirá? dijo el conde-duque.

—Irremisiblemente, pero morirá loca, por consuncion, devorada por un fuego interior. Sin embargo, tendrá tiempo para dar á luz la criatura que lleva en su seno.

—Sí, de su primer marido, dijo el conde-duque.

—¿Y murió Julia? preguntó Luisa con interés.

—Sí. Murió en la cárcel, al dar á luz una niña.

—¿En la cárcel?

—Sí por cierto. ¿No te acuerdas que Julia dijo en público, loca ya, que su primer marido estaba muerto en el pozo de su casa?

—Sí.

—Pues bien, un alcalde de casa y corte habia oido esto, y se propuso averiguar lo que en ello hubiera de cierto. Dos dias despues, y

de una manera imprevista, la justicia se presentó en casa de Julia, y se fué derecha al pozo; á poco que hicieron, sacaron el cadáver de Gabriel de Figueroa.

Prendióse á Julia, y esta en su locura lo declaró todo: sus amores con el rey, su casamiento con Gabriel, su odio á Luisa Isabel, y todo esto lo oyó el vizconde de Rudaguas.

No hubo poder humano que evitase que Julia fuese presa.

El rey, cobarde y enemigo de este género de negocios, abandonó á su querida, y el vizconde de Rudaguas, que adoraba á Julia, despechado por haberla perdido, sabiendo que la causante de aquella pérdida era Luisa Isabel, se propuso vengarse de ella deshonrándola.

Pero yo lo evité: tu sesta abuela me habia llamado desesperada, como me han llamado todas tus abuelas: debí ser su protector y lo fuí.

Una noche en que el vizconde, despues de haber obtenido una cita de Luisa Isabel, se encaminaba á su casa, yo me crucé con él en el camino.

—Hola, vizconde, le dije, deteneos; sé adónde vais.

—Si lo sabeis, debeis conocer que me importa llegar cuanto antes.

—No llegareis, porque no debeis llegar.

—¿Y quién ha de impedírmelo?

—Yo.

—¿Y quién sois vos?

Yo habia tomado la figura de Gutierre de Acebedo.

—Yo soy el diablo, contesté, poniéndome delante de la luz de la linterna que el vizconde habia levantado para reconocerme.

—¡Ah! dijo el vizconde con una risa sarcástica que hubiera hecho honor á don Juan Tenorio, en el momento de ver ante sí al Convidado de Piedra. ¿Con que vienes allá del otro mundo á defender tu honor amenazado por el amor que me tiene tu mujer?

—Ya te he dicho que soy el diablo, le contesté.

—Lo creo, lo creo, me contestó; la estocada que te dí hace un mes, fué buena y debió enviarte á los infiernos. Si vienes á pedirme cuenta de aquella estocada, te la daré. No quiero que creas que te maté á traicion por miedo, fué para concluir mas pronto. Y como hablando con formalidad, yo no creo en las apariciones, sino que mas bien creo que te dí la estocada en falso y que has sanado de ella, vamos aquí á la vuelta que hay unas tapias caidas, y ahí te prometo que te daré frente á frente una de la que no sanarás: yo te lo afirmo.



¡AH! ¡TÚ ERES SATANÁS!

Y tiró para adelante.

Yo le seguí.

Torcimos algunas esquinas, y al fin nos metimos dentro de unos paredones.

— Aquí, dijo el vizconde poniendo la linterna sobre los escombros: vamos, espada en mano y acabemos, que me espera mi mujer.

— Las espadas son cosa inútil entre nosotros, le dije: yo no quiero matarte á estocadas, porque un traidor solo debe morir ahorcado.

— ¡Ahorcado! esclamó el vizconde soltando una carcajada insolente: ¿y quién ha de ahorcarme?

— Yo: y en prueba de que estoy decidido á ello, mira lo que hay en aquella viga entre aquellos dos pilares.

Y levanté la linterna y la volví hácia el sitio que habia señalado al vizconde.

Este vió entonces una cuerda pendiente de la viga, y se irritó.

— Veamos quién ahorca á quién, dijo, y me acometió á estocadas.

Á la primera pasada le desarmé.

Entonces el segundo vizconde de Rudaguas, como en otra situacion muy semejante el primero, se quitó acto contínuo un pistolete y disparó sobre mí.

Yo le arrojé la bala á las narices.

Y sin embargo, don Baltasar no se aterró.

— Estoy desarmado, dijo, y á tu merced, mátame.

— Ahorcado ha de ser.

— No, porque aun me queda la daga.

Y se lanzó sobre mí.

Yo le así entonces el brazo y le desarmé de nuevo.

Y luego le arrastré hácia la cuerda, trepé llevándole conmigo hácia la viga, le eché el lazo á la garganta, y luego de la viga abajo.

Al caer el vizconde me reconoció.

— ¡Ah! tú eres Satanás, me dijo.

— Sí, le contesté, yo que protejo á Luisa Isabel María y te estermino.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Hemos concluido, Luisa.

Son ya las once del dia y era tiempo de concluir.

— Aun no, aun no: aun quedan algunos cabos sueltos.

— Sé lo que quieres saber: Luis de Góngora vivió lo que le quedó de vida haciendo versos y murió buen sacerdote sin acordarse de Luisa Isabel ni de Julia.

Julia murió en la cárcel poco despues de haber dado á luz una niña, resultado de su intimidad con el rey.

Luisa Isabel tuvo la misma suerte que Julia.

Sola, triste, abandonada, luchando con los remordimientos, murió al tener una hija, para ella misteriosa, porque al volver en sí del efecto de los polvos que la habian entregado á la venganza de Julia, esto es, el vizconde, dominado por otro maleficio semejante, lo habia olvidado todo.

La niña que tu sesta abuela dió á luz, fué tu quinta abuela Luisa Eugenia Ana.

Al acabar de decir Satanás estas palabras, todo se anubló en la imaginacion de Luisa.

Cayó en un sopor profundo; en uno de esos sopores que por densos, por terribles, nos hacen despertar.

Cuando despertó, se encontró en un magnífico lecho nupcial.

Pero estaba sola.

La luz del sol entraba por las rendijas de los balcones.

Se habia olvidado completamente de la aparicion de Satanás, de lo que este la habia contado: solo recordaba la infamia de Juan de Castro, y el grosero atrevimiento del vizconde de Rudaguas.

Entonces vió un llamador de campanilla sobre la cabecera de la cama y llamó.

Entraron dos doncellas y se pusieron á vestirla.

---

## CAPITULO II.

En que se dá cuenta de graves sucesos que influyeron notablemente en la posicion de Luisa.

Al entrar las doncellas en el dormitorio de Luisa, no pudieron menos de estrañar la soledad de aquel dormitorio.

Indudablemente la señora habiá pasado la noche sola.

Luisa, como dijimos tambien, habia olvidado completamente cuanto la habia contado el diablo en su entrevista fantástica, pero no habia olvidado nada de cuanto la habia acontecido antes de ver á Satanás: su casamiento, su traslacion á aquella quinta, la escena horrible á que se habia visto obligada con el vizconde, la infamia de Juan de Castro, del hombre con quien se habia casado loca de amor, y por último su tentativa de suicidio: todo esto lo recordaba perfectamente.

Despues nada.

Solo tenia el recuerdo de un sueño denso, confuso, durante el cual no recordaba haber sentido nada mas que un sopor pesado, fatigoso.

Cuando las doncellas que habian acudido al sonido de la campanilla abrieron los balcones, Luisa se asombró.

Estaba completa y púdicamente envuelta en una rica bata de dormir: sus cabellos estaban recogidos en una bolsa de seda, y ella no se acordaba do haber cambiado de ropas.

La habitacion era bellísima, admirablemente alhajada con cuanto es necesario y aun supérfluo en el dormitorio de una mujer elegante.

Sobre veladores delante de los balcones habia jarrones con flores frescas.

La dama mas exigente nada hubiera tenido que pedir.

Un sol dorado iluminaba los deliciosos transparentes y los bellos cortinages de los balcones, con esa luz lánguida y diáfana del otoño.

Las doncellas á su vez se asombraban de la frescura de la tez blanquísima de Luisa, del suave color de sus megillas, del bello desórden de sus pesados y brillantes cabellos negros, de la fuerza, de la pureza de la mirada de aquellos ojos negros, de que surgia una languidez hechicera. Las doncellas nunca habian visto una mujer que fuese tan vigorosamente jóven, pura y hermosa.

Si la noche anterior al ponerse á sus órdenes sonrieron maliciosamente, entonces no pudieron menos de sentir un involuntario impulso de respecto hácia ella.

Luisa meditó que no debia dar al mundo el espectáculo de sus dolores, por lo que aquellos dolores tenian de escepcional, y recibió afablemente á las doncellas.

—¿Qué hora es? las dijo.

—Las once y media, señora.

—No acostumbro levantarme tan tarde, dijo Luisa: he dormido demasiado.

—Está esperando á la señora una visita, dijo una de las doncellas mostrándola una tarjeta que tenia en la mano.

Luisa tomó la tarjeta.

En ella habia un escudo de armas.

En el centro de aquel escudo solo se veía una estrella partida.

Por bajo se leía: *La princesa Wadicoff, baronesa del Destierro.*

—¡La baronesa del Destierro! esclamó Luisa: y ¿hace mucho tiempo que espera esa señora?

—Acaba de llegar: la dijimos que vuecencia estaba aun en cama; pero nos dijo: esperaré. Y espera.

El tratamiento que acababa de darla la doncella causó una viva estrañeza á Luisa; pero estaba acostumbrada á que la acontecieran cosas estraordinarias, y no demostró su estrañeza.

—¿Y por quién ha preguntado esa señora?

—Por vuecencia; por la señora marquesa de Guapeltepec.

—Vestidme, dijo Luisa, y peinadme al momento: vaya una de ustedes á decir á esa señora que me dispense... que voy al instante.

Una de las doncellas salió mientras la otra se ponia á peinar á Luisa.

—Y... mi marido, dijo Luisa, ¿cómo no ha recibido á esa señora?

—El señor no se ha presentado todavía: ni ha llamado.

Luisa no preguntó mas.

Entre tanto la otra doncella volvió.

—¿Qué trage quiere ponerse vuecencia? la dijo.

—Cualquiera, uno negro.

—¿Y qué prendido, qué joyas?

—Un prendido sencillo; pendientes y sortijas de brillantes.

—¿Se pondrá vuecencia esta pulsera? dijo una de las doncellas señalando una joya que estaba sobre la mesa.

Aquella pulsera era la que Emilia habia dado al vizconde como regalo de boda para Luisa, y que tenia el retrato del vizconde.

—No, esa pulsera no es mia; es un regalo de vuestra señora que no pienso usar: mi equipage habrá venido.

— Sí señora; ha llegado esta mañana.

—¿Y no os han dejado las llaves?

—Está aquí con ellas una señorita rubia.

—¡Cómo! ¡Antonia!

—No sabemos; vino con el equipage, y preguntó: la dijimos que vuecencia dormia y nos previno que nada dijésemos á vuecencia.

—¡Ah! pues decidla que entre, que entre al momento.

Poco despues Antonia se arrojaba en los brazos de Luisa.

Luego la miró de una manera intensa, cariñosa, apasionada.

—¡Eres feliz! la dijo; lo conozco en tu frente que resplandece, en tus ojos que tienen una nueva vida.

Las doncellas habian tomado las llaves que las habia dado Antonia, y habian ido en busca de los trages y de las joyas.

—¡Es que amo! dijo Luisa.

—Pero eso no es una novedad: hace mucho tiempo que amas á tu marido.

—¿Y quién es mi marido? dijo Luisa.

—¿Quién ha de ser sino Juan de Castro? dijo con estrañeza Antonia.

—¡Juan de Castro! ¡nada hay de comun entre ese miserable y yo!

—¡Cómo!

—¡Ay! ¡si yo te hubiera creido, Antonia! ¡ese hombre es peor, cien veces peor que lo que tú creías que era! ¡es un infame!

—¡Luisa!

—Y es que el amor propio, la vanidad, no nos permite creer en la verdad hasta que la vemos por nosotros mismos.

—¿Pues si no amas á ese hombre, á quién amas?

Luisa se puso vivamente encendida.

—No me asustes por Dios, Luisa: al saber que venias á la quinta del vizconde, lo temí todo.

—Y lo temiste con razon. ¡Ay, Antonia mia!

—¿Acaso amarás al vizconde?

—Tengo la desgracia de que pienses mal de mí.

—Pues bien, dime el nombre del hombre á quien amas... si es que puedo saberlo.

—Sí, sí: Dios, tú y mi conciencia conocerán solo mi amor: el amor que al fin siento, que me engrandece el alma, que la llena de un sér á quien acaricio dentro de ella: sí, sí, Antonia: me he transformado, he sentido lo que no habia sentido por el hombre con quien me he casado: he sentido el amor.

—¡Oh! sí, te creo, porque tu hermosura ha aumentado; porque en tus miradas hay algo que nunca habia visto; porque escucho en tus suspiros algo que no habia oido hasta ahora.

—¡Oh, hermana mia! ¡qué desgraciada soy y qué feliz al mismo tiempo!

—¿Y dices que Dios, tú y yo conocemos únicamente tu amor?

—Sí.

—¿Es decir que no le conoce el hombre amado?

—No.

—Pero lo conocerá.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque es casado.

—¡Casado! ¿quién es?

—Andrés Zoa.

—¡Ah! dijo Antonia, y se puso sumamente pálida.

—Silencio, dijo Luisa: vuelven esas mujeres.

Las dos doncellas venian cargadas de ropas que pusieron sobre los sillones.

Una de ellas puso sobre la mesa un cofrecillo.

Antonia habia traido á Luisa una coleccion completa de sus mejores trages, y las doncellas habian elegido uno de terciopelo negro con blondas.

Mientras se le ponian á Luisa, Antonia eligió un collar, unos pendientes, unas sortijas y unas pulseras.

Eran joyas antiguas, allá de los tiempos de Fernando VI, pero maravillosas.

En una de las pulseras habia el retrato de una dama enteramente parecida á Luisa, diferenciándose solo en la espresion del semblante que era amarga, en los cabellos empolvados y en el trage.

Luisa al ponerse la pulsera dijo:

—Estraño capricho el tuyo, Antonia: nunca me he puesto esta pulsera que guardaba con un religioso respecto mi madre; este retrato es el de mi abuela Luisa Gabriela Ana. Pero creo que no me falta nada, dijo Luisa, mirándose á un espejo de cuerpo entero.

—Nada, señora, dijo una de las doncellas.

—¡Ah! ¡me olvidaba! dijo Luisa, mirando la pulsera que estaba sobre la mesa. Guardad esa pulsera.

—¡Cómo, señora!

—Yo os la regalo.

—Esta pulsera la regaló á nuestra señora la vizcondesa el señor, el dia en que se casó con ella.

—Bien: esa pulsera, sin duda por equivocacion, me ha sido regalada, y yo os hago con ella mi regalo de boda.

—¡Ah! ¡muchas gracias, señora!

Y una espresion mas respetuosa apareció en los semblantes de las doncellas, porque el regalo de aquella alhaja á criadas de su misma casa, era un desprecio marcado al vizconde, la aclaracion completa de un misterio.

—Llevadnos una de vosotras adonde espera la princesa.

—¿Qué princesa? dijo Antonia.

Luisa tomó la tarjeta que estaba sobre la mesa y se la enseñó.

—¡La princesa de Wadicoff, baronesa del Destierro! dijo Antonia; yo no sabia que el baron del Destierro fuese casado.

—Ni yo tampoco: pero por lo visto lo es.

—¿Y qué nos querrá la baronesa?

—Ahora lo veremos.

Y asiéndose del brazo de Antonia siguió á una de las doncellas.

Atravesaron algunas habitaciones magníficas, y en una de ellas la doncella levantó un tapiz y dijo:

—¡La señora marquesa de Guapeltepec!

—¿Qué dice esa mujer? dijo Antonia.

—No lo sé: pero calla: entremos.

Y llevando á Antonia de la mano, Luisa entró en un magnífico salon.

Levantóse de un sofá, y adelantó hácia las dos jóvenes, otra jóven maravillosa.

En una palabra, Satanás bajo la figura de Cesárea Wadicoff, princesa de Wadicoff, baronesa del Destierro.

Luisa, que habia olvidado completamente su sueño, se sintió impresionada de una manera grave por la hermosura, por el atavío, por el conjunto de que se habia provisto á su gusto Satanás para representar al lado de Luisa su tentador papel.

Antonia no estaba menos impresionada.

La hermosura femenil que habia tomado el diablo por disfraz, era poderosamente simpática: la dulce, reposada y pura mirada de sus incomparables ojos azules, abarcaba cariñosamente á las dos hermanas (ya sabemos que Luisa y Antonia, aunque no lo sabian, eran hermanas, y aunque nosotros no sepamos el misterio porque lo eran); sus dos manos se habian dirigido á las manos de las dos jóvenes, y las estrechaba dulcemente; su admirable boca las sonreía: encontrábanse ambas delante del diablo, como se hubieran encontrado delante de una amiga querida.

Y luego el trage y el prendido de Satanás, no podian ser mas bellos, mas ricos, mas sencillos, ni mas distinguida ni elegante la manera de llevarlos.

Las dos jóvenes, al recibir la sonrisa de la baronesa (llamaremos de aquí en adelante al diablo con su nombre y sus títulos humanos, ya se nos presente como hombre, ya como mujer), al recibir la sonrisa de la baronesa las dos jóvenes se habian sonreido. Era imposible recibir de otro modó á una criatura que de tal manera se hacia simpática á primera vista.

—Perdóneme usted, marquesa, dijo Cesárea, si en un dia solemne siempre para una jóven, el dia siguiente á la noche de sus bodas, me presento de improviso.

—Es usted esposa de un amigo nuestro, y por lo mismo bien venida y con placer recibida.

Las tres jóvenes se sentaron.

—Solo me estraña una cosa: el tratamiento que me han dado las doncellas que he encontrado en esta casa...

—Saben por mí que usted es marquesa de Guapeltepec y grande de España de primera clase.

—Pero mi madre...

—Era marquesa de Guapeltepec, esposa del escelentísimo señor don José Ignacio Alvarado de Sástago y de la Peña, grande de España, marqués de Guapeltepec.

—Jamás mi madre me ha dicho...

—Entonces su madre de usted, Luisa, ha guardado respecto á usted un profundo misterio acerca de su padre.

—Sí, sí señora.

—Pues bien, ese misterio está próximo á desvanecerse. Le desvaneceré yo.

—¡Pero las pruebas!

—Las traigo conmigo de América, de Méjico, de donde acabo de llegar. Su padre de usted ha muerto hace dos meses; era mi amigo. Antes de morir me reveló una historia sumamente interesante: esa historia es la de su casamiento con su madre de usted. Me dió además cuantas pruebas eran necesarias, su declaracion reconociendo á usted como su hija legítima, su testamento en que queda usted instituida su heredera universal, y en letras á la vista sobre el Banco, y los principales banqueros de Madrid, los valores que al morir tenia en efectivo: veinte millones de pesos fuertes, ó lo que es lo mismo, cuatrocientos millones de reales.

Cesárea, como vemos, no andaba mezquina con su protegida.

Y era que Satanás habia llegado á sentir miedo por lo fuerte de la virtud de Luisa, y la ponia dentro de todas las tentaciones haciéndola fabulosamente rica.

Sin embargo, Luisa, con gran despecho de Satanás, cuya espresion no asomó al rostro de Cesárea, no se conmovió á la noticia de aquella inmensa é imprevista fortuna. Antonia, como Luisa, conservó toda su serenidad.

—Pero ese misterio... el misterio de la separacion de mis padres, dijo Luisa.

—Esperemos un poco: es toda una historia y se necesita tiempo y reposo. Ahora lo mas importante es que conozca usted su posicion.

Luisa no insistió por no incurrir en una inconveniencia.

—Es, pues, un hecho del que yo me felicito, que en vez de heredar deudas de su padre, ha heredado usted un capital inmenso, al que no es necesario tocar, porque las rentas de las posesiones de el marquesado de Guapeltepec, y de lo adquirido por su padre de usted en los diez y nueve años que ha estado en América, ascienden á seis millones de reales anuales. Afortunadamente usted ha sido educada de una manera brillante, está usted acostumbrada á la opulencia, gracias á los cuidados anónimos de su padre...

—¡Cómo! era mi padre quien...

—Sí: quien todos los meses enviaba á su madre de usted mien-

tras vivió, y á usted, despues de muerta su madre, cuanto necesitaban.

—Sin embargo, y esto no es una recriminacion: hace algun tiempo que estoy abandonada, que me he visto obligada á dar lecciones de lenguas: lo que no me ha contrariado, se lo aseguro á usted: es solo una objecion que encuentro al amor de mi padre.

—Usted ha dispuesto de su porvenir, casándose, engañada sin duda, con un hombre indigno, cuando estaba usted advertida.

—¿Pero cómo, estando tan lejos mi padre, ha podido saber?...

—Por medio de un amigo suyo que hace mucho tiempo que vive largas temporadas en Madrid: por medio de mi marido, del baron del Destierro.

—Hay en todo lo que usted me dice algo de inconcebible.

—No, no ciertamente: solo hay mucho de escepcional, y lo escepcional no se concibe bien.

—¿Y podré esperar que se aclare para mí ese misterio pronto?

—¡Oh! muy pronto; pero antes es necesario que salga usted de esta indigna casa... que salgan ustedes quiero decir, porque usted no querrá dar el escándalo de vivir separada, ó á lo menos de separarse inmediatamente despues de la boda, del hombre con quien se ha unido.

—¡Oh! ¡no!

—Pues bien: yo me atreveria á aconsejar á usted que hiciese llamar á ese hombre y que saliésemos de aquí cuanto antes.

—Ignoro si estará en la quinta ó no, porque desde que llegamos á ella, no le he vuelto á ver.

—¡Cómo! dijo Cesárea con alegría: ¿no es usted todavía, propiamente dicho, su mujer?

Luisa se ruborizó.

—No, no señora, dijo con viveza, ni lo seré nunca.

—¡Ah! pues mejor: nada hay perdido; las gentes se mueren, usted es jóven...

—Yo no deseo que muera.

—Ni yo tampoco. Pero cuando se trata de un hombre tal, se puede hablar de su muerte á sangre fria.

—¿Usted sabe?...

—Lo sé todo, porque todo me lo ha dicho Ángel, es decir, mi marido: sé que ha sido usted entregada infamemente...

—Vendida, sí, dijo Luisa, cuyo rubor volvió mas intenso; entregada no; Dios me ha protegido.

—Demos gracias á Dios; pero eso no impide el que esta casa nos sea odiosa á las tres: á usted por sí misma, á esa señorita y á mí por usted, porque me parece adivinar que son ustedes buenas y antiguas amigas.

—¡Oh! ¡sí! dijo Antonia, hablando por la primera vez desde que veía á Cesárea. ¡Nos amamos como hermanas!

—¡Pues bien! ¡salgamos de aquí! ¡estemos el menos tiempo posible en esta casa!

Luisa llamó, y apareció una de las doncellas que ya conocemos.

Parecía que al servicio de Luisa no habia otros criados.

—Diga usted al señor que le suplico que venga, dijo Luisa.

—El señor vizconde se volvió anoche muy tarde á Madrid.

—No, no es al vizconde el que yo llamo; es... mi marido.

—No le hemos visto, señora.

—Debe estar en la quinta.

—Se le buscará.

—Al momento.

La doncella salió.

—Todo lo que sucede es singular, dijo Cesárea: el vizconde hace un pacto vergonzoso con Juan de Castro, y cuando está en posicion de tomar ó de pretender tomar su parte, sin su parte desaparece. Ese otro hombre se esconde y no se le encuentra. Decididamente, Luisa, usted ha nacido para ser víctima de sucesos escepcionales.

—Sufro resignadamente mi suerte y lucho con ella: me consuelo de mi desgracia, poniendo mi confianza en Dios, y apoyándome en la tierra en el amor de mi hermana.—Antonia y yo nos llamamos hermanas, porque el nombre de amigas nos parece insuficiente:—espero y creo que Dios se compadecerá de mí.

—Ya se ha compadecido, Luisa, amiga mia: su suerte de usted ha cambiado completamente.

—No es el dinero el que puede hacer cambiar mi suerte.

—¿Quién sabe? por lo menos es usted independiente y fuerte entre los hombres, porque entre los hombres la independencia y la fuerza tienen por base el dinero. Además puede usted añadir un consuelo, al que le procura su amistad de usted con esta señorita; el placer de emplear su oro en hacer bien: sin contar con que acaso añada un consuelo mas á esos otros, mi ardiente, mi apasionado afecto por usted.

—¡Oh! ¡gracias, señora, gracias! dijo Luisa, estrechando una mano de Cesárea.

—Y siendo amiga de usted, lo soy necesariamente de su hermana.

Antonia se inclinó y sonrió, pero de una manera forzada.

Á despecho suyo, el diablo no podia vencer la aversion instintiva que Cesárea inspiraba á Antonia.

Luisa por el contrario, con el alma abierta y confiada, seducida por la figura, por el acento, por la espresion, por la palabra de Cesárea, acogía con júbilo aquel nuevo conocimiento.

De improviso se oyeron gritos de mujer, y la doncella que habia ido en busca de Juan de Castro, entró pálida y consternada.

—¡Oh, señora! ¡qué desgracia! ¡qué desgracia tan horrible! esclamó.

Cesárea, Luisa y Antonia se pusieron de pie.

—¿Qué sucede? dijo Luisa sobresaltada.

—Sucede que el señor... el esposo de vuecencia...

—¡Acabe usted por Dios! dijo Luisa.

—Está ahí, en la sala que se habia preparado para vuecencias... en la habitacion mas hermosa de la quinta.

—Y si está... ¿por qué no viene?...

—Porque... porque... mire vuecencia, señora, uno de los balcones está abierto á viva fuerza...

—Y bien...

—Todas las alhajas que habia en la habitacion, jarros, floreros, relojes, candelabros, todo de plata y de oro... no está... señora... no está... ni la ropa del lecho que se habia preparado para vuecencia... lo han robado todo.

—Pero mi marido... dijo Luisa con una ansiedad mortal, porque temió una infamia de Juan de Castro.

—¡Su escelencia! ¡ah! ¡señora! ¡no me atrevo!

—Acabe usted de una vez.

—Pues bien, señora: su escelencia está junto á la puerta del dormitorio... ¡asesinado!

—¡Asesinado! esclamó Luisa aterrada.

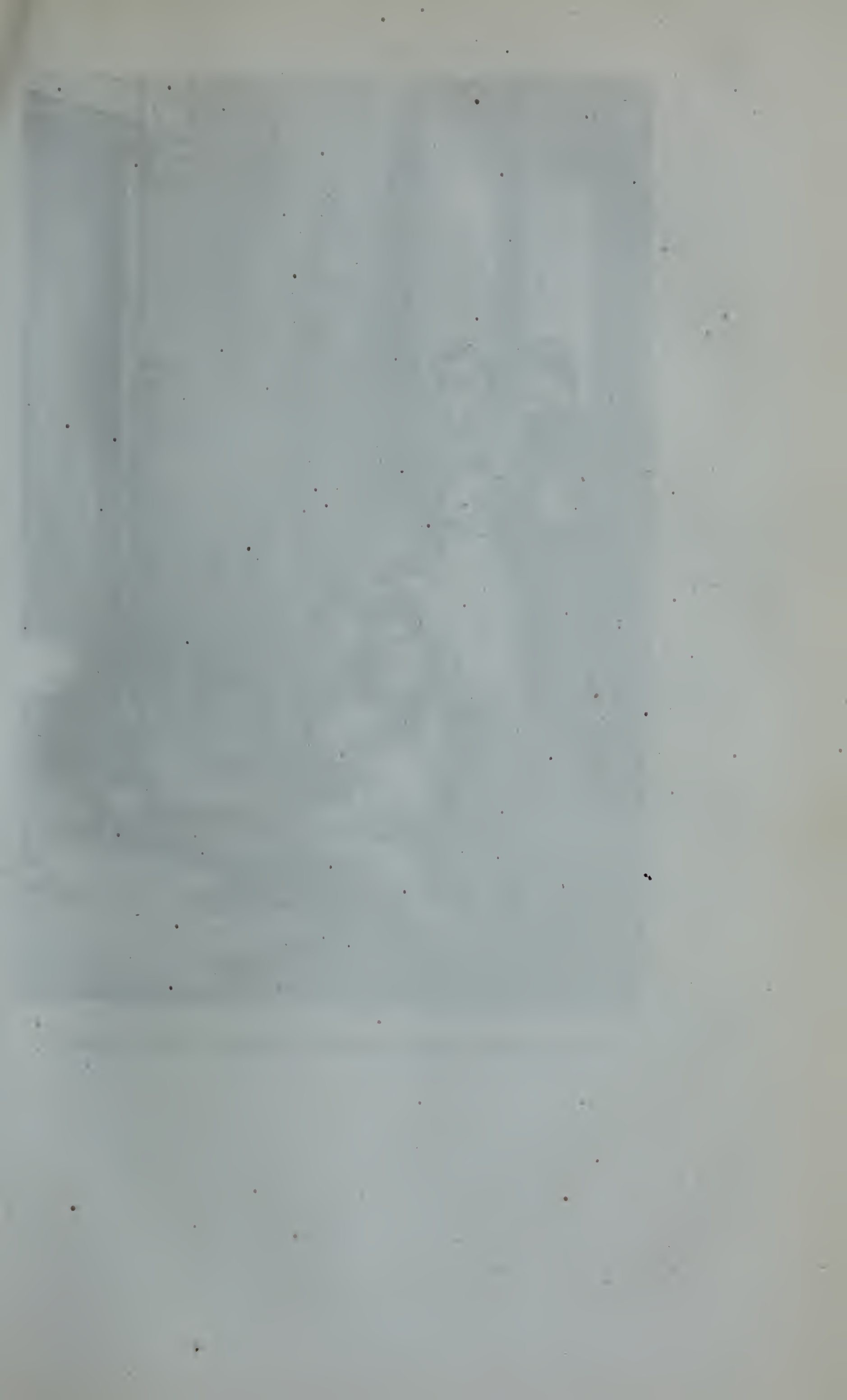
—¡Asesinado! esclamó Antonia con un terror, bajo el cual se encubria mal una alegría instintiva.

—¡Aun no! murmuró sombriamente Cesárea.

Luisa rompió adelante sin saber adonde iba, demudada, pálida, nerviosa.

Cesárea y Antonia la siguieron.

La doncella se adelantó y las sirvió de guia.






SE INCLINÓ SOBRE JUAN DE CASTRO Y LE PULSÓ.

Al otro estremo de la quinta abrió una puerta, junto á la cual habia algunos criados pálidos y consternados.

Las tres entraron.

En efecto, á primera vista se notaba el robo en las mesas y muebles despojados.

Un balcon entreabierto dejaba entrar la luz necesaria para ver aquello.

Junto á un bello pórtico que daba paso á un hermoso dormitorio, con trage de etiqueta aun, con los guantes puestos, estaba un hombre, ensangrentada la camisa é inmóvil.

Era Juan de Castro.

Al verle Luisa y Antonia se hicieron atrás horrorizadas.

Solo Cesárea adelantó.

Se inclinó sobre Juan de Castro, y le pulsó.

—¡Vive! dijo: apenas se perciben las pulsaciones, pero vive.

—¡Vive!

—Sí, sí por cierto; dos meses de lecho, algun cuidado, y vivirá... algun tiempo; un año acaso... dos, cinco á lo mas.

—Pero usted, señora... dijo con ansiedad Luisa.

—Yo sé un poco de todo; he sido muy dada á las ciencias médicas, y puedo asegurar que, aunque estas tres heridas son penetrantes, este caballero vivirá.

—¡Oh! ¡Dios lo quiera!

—Pero es necesario primero colocarle en la cama, y despues que venga un facultativo.

—¿Y quién? dijeron algunos criados.

—No, vosotros no; yo he traido lacayos montados. Que entre uno de ellos.

Entró á poco un sombrío lacayo con librea encarnada.

Cesárea le habló algunas palabras en dialecto desconocido.

Cinco minutos despues, de una manera inconcebible por la presteza, un médico, á quien tampoco nadie conocia, curaba á Juan de Castro.

---

## CAPITULO III.

De como el escándalo va unido á los procedimientos judiciales

Luisa no se separó del lecho del herido.

Antonia no se separó del lado de Luisa.

Cesárea se instaló en la quinta.

La noticia del robo y del asesinato de Juan de Castro cundió por Madrid á las pocas horas, escitando eso que se llama indignacion pública, y á la que deberia darse el nombre de curiosidad pública.

Lo primero que se presentó fué la justicia.

Pero Juan de Castro no se hallaba en estado de declarar.

Un personage alto, pálido, seco, vestido de negro desde los pies á la cabeza, se paseaba en la sala adonde correspondia el dormitorio en que estaba el herido.

La sala hasta la llegada de los representantes de la ley, habia quedado en un estado de despojo.

En el dormitorio, sentadas en un sofá á los pies de la cama, estaban Cesárea y Antonia.

Sentada en un sillon junto al lecho estaba Luisa.

Cuando entró el juez de primera instancia con sus adláteres, el hombre alto, flaco y negro que se paseaba en silencio, se volvió al juez y le dijo:

—¿Qué quereis?

—Soy el juez de primera instancia de las Afueras, y vengo...

—Á nada por ahora, caballero, dijo el hombre grave.

—Pues yo creo que para algo soy venido, repuso el juez.

—Indudablemente, con arreglo á la ley, viene usted á tomar declaracion al herido.

— Á eso vengo.

— Me opongo ó protesto.

— ¿Con qué carácter, caballero?

— Soy el doctor Gordikoff, de la Academia imperial de San Petersburgo, médico de su escelencia la señora princesa de Wadicoff y encargado de la curacion del herido.

— Puede usted probar...

— Mi pasaporte está visado por la embajada de Rusia en París, y por la de Francia en Madrid: tiene además mi pasaporte la firma autógrafa del Czar de todas las Rusias, y además, una declaracion en forma de la Academia imperial. Si todos estos requisitos no son bastantes, si como médico autorizado no puedo oponerme á que se tome declaracion á ese caballero, como hombre protesto que esa declaracion, en el estado en que se halla, le podria ser funesta.

— ¿Tiene usted la bondad, caballero, de mostrarme su pasaporte?

— Sí por cierto; pero salgamos fuera, el ruido de nuestras voces, por contenidas que sean, perjudicarían al enfermo.

El juez, el escribano y el alguacil, salieron á una habitacion inmediata.

Allí el doctor Gordikoff sacó su pasaporte y le enseñó al juez.

Este le miró, le remiró y quedó satisfecho.

— ¿Y es muy grave el estado de ese señor? dijo el juez.

— ¡ Gravísimo!

— Será necesario que se asocie á usted un facultativo nombrado por la ley.

— En buen hora.

— ¿Y no podemos examinar la habitacion robada?

— En silencio, muy silenciosamente.

El escribano, el juez y el médico entraron.

El escribano examinó los balcones: se detuvo un gran espacio, tomando notas junto al que parecia forzado, y luego otro gran espacio en el lugar donde sobre la alfombra se veía una gran mancha roja.

Despues hizo el inventario de los muebles, y cuando todo esto estuvo hecho, concienzuda y minuciosamente, escribano y juez salieron.

El médico ruso, que de una manera tan perfecta hablaba el castellano, y que era tan sério y tan grave, se quedó paseándose como antes de la llegada de la justicia.

El juez de primera instancia llamó á los criados á otra habitacion, sentóse, y el escribano tomó acta de las declaraciones.

Preguntado el conserge, declaró:

Que su señor, el escelentísimo señor vizconde de Rudaguas, le habia mandado preparar el pabellon del jardin, y que estuviese dispuesto para el dia anterior.

Que dispuesto el pabellon, en cuyo dormitorio se habia puesto una cama de matrimonio que habia venido de Madrid, llegaron las doncellas de la señora vizcondesa, Juana y Paulina.

Que entre once y doce de la noche, habian llegado el señor vizconde de Rudaguas, una señora y un caballero.

Que el vizconde, el caballero y la señora habian subido á las habitaciones principales.

Que entre doce y una de la noche el señor vizconde se habia vuelto en coche á Madrid, sin decir nada á nadie.

Que no habia oido nada, que nada habia sabido hasta las once de aquel mismo dia, en que la doncella Paulina habia salido dando gritos del pabellon del jardin, y habiendo acudido, vió el pabellon robado y ensangrentado el caballero que habia ido la noche antes con su señor á la quinta.

Preguntada la mujer del conserge, declaró sobre poco mas ó menos lo mismo.

Preguntada la doncella Juana, dijo:

—Ayer la señora vizcondesa, nuestra ama, nos dijo: hoy se casa un amigo del señor, y va con su mujer á pasar los primeros dias de la boda á la quinta; vete tú con Paulina y sirve á esa señora. Ayer tarde salimos de Madrid, y al oscurecer llegamos á la quinta: entre once y doce de la noche, llegó el señor, y con el señor, otro señor y una señora: subieron, y poco despues el señor nos mandó que nos pusiésemos á disposicion de la señora, que estaba en el gabinete de las habitaciones que ocupa la señora vizcondesa cuando viene á la quinta. La señora marquesa de Guapeltepec nos mandó tan solo que la quitáramos el prendido, y nos despidió quedándose vestida. Por la mañana, cuando nos levantamos, supimos que el señor habia vuelto á Madrid entre una y dos de la mañana, y que los señores recien casados no habian llamado. Á las nueve de la mañana llegó en un coche de plaza una señorita rubia, y preguntó si era esta la quinta del señor vizconde de Rudaguas, y si se encontraban en ella unos señores recien casados. La dije que sí, y añadí que no podia pasar recado porque los señores no habian llamado aun. Me dijo que esperaria, hizo sacar del carruage dos maletas inglesas, y entró en la sala baja: entre diez y once llegaron una carretela, muy hermosa y muy

de moda, tirada por cuatro caballos, con cochero, dos lacayos, y cazador; una berlina tirada por cuatro caballos con cochero y lacayos, y cuatro lacayos montados con librea encarnada. De la carretela salió una señora muy jóven y muy hermosa, y admirablemente vestida, y entró en la quinta. Preguntóle á Cosme, ayuda de cámara del señor vizconde, que se habia quedado con nosotras para servir al caballero recien casado, si podia ser recibida por la marquesa. Cosme no supo qué contestar. Entonces, yo que estaba presente dije á la señora:—¿Por qué persona pregunta vuecencia? (dí tratamiento á aquella señora porque traía cazador).—¿Qué, me dijo, no conoce usted á la marquesa de Guapeltepec?—No, señora, respondí, solo conozco á una señora recien casada que llegó anoche con nuestro amo y con su esposo.—Pues bien, dijo la señora que acababa de llegar: esa señora recien casada, es doña Luisa de Alvarado, marquesa de Guapeltepec, grande de España. Déla usted esta tarjeta.—Los señores no han llamado todavía, respondí tomando la tarjeta.—Pues bien, esperaré; dijo la señora princesa de Wadicoff, que este título se leía en la tarjeta, adelantando hácia la escalera. Yo la llevé al estrado, donde la dejé sola. Poco despues sonó la campanilla del dormitorio de la señora vizcondesa, y entramos Paulina y yo. Reparamos á primera vista, que la cama solo estaba hundida en un lugar, que no habia señales de que el marqués hubiese pasado la noche con la marquesa.—Reparamos además que la marquesa tenia peinado de noche dentro de una randa, y una bata de muselina chiné riquísimamente bordada. La señora marquesa debió desnudarse y despeinarse sola, porque nosotras no la habiamos servido. Además de esto, habia en el gabinete, delante de los balcones, sobre los veladores, ramilletes frescos que nosotras no habiamos puesto. Cuando dijimos á la marquesa que la esperaba una visita, nos mandó que la vistiésemos, y nos preguntó si habia llegado su equipage. La dijimos que la esperaba tambien una señorita rubia, y me mandó con interés que la introdujese. Avisé á aquella señorita, que entró al momento en el gabinete donde estaba la marquesa, y nos dió las llaves de las maletas que habia traido para que sacásemos ropas y alhajas. Volvimos, vestimos á la marquesa, y antes de despedirnos nos regaló la pulsera que habiamos visto sobre la mesa, y que no se habia querido poner. Por si es necesario, mire usía la pulsera, señor juez.

Y la charlatana doncella sacó de un bolsillo de su delantal de moaré negro la pulsera.

El juez, que era uno de esos jueces jóvenes, que aun con la toga

puesta y en ejercicio de sus funciones se apean con frecuencia de la altura de que nunca debian descender, miró con cierta malicia la pulsera, porque á la primera ojeada vió en su medallon el retrato del vizconde de Rudaguas, á quien conocia mucho.

La pulsera era una preciosa joya, tanto por lo elegante, bello y artístico de su forma, como por el alto valor de su pedrería.

El juez miró algunos momentos la pulsera, y la devolvió á la doncella.

—¿Sabe usted, la dijo, cómo ha venido á parar á poder de la marquesa de Guapeltepec esa pulsera?

—Segun me dijo su escelencia, contestó sonriendo maliciosamente Juana, era un regalo de boda de nuestro amo el señor vizconde.

—Continúe usted en su declaracion.

—Cuando la marquesa estuvo vestida, la llevé al estrado donde esperaba la princesa de Wadicoff. Acompañaba á la marquesa la señorita rubia á quien llamaba Antonia y hablaba de tú. Cuando anuncié á la marquesa, me retiré. Poco despues sonó la campanilla del estrado, acudí, y la marquesa me dijo: Diga usted al señor, que le suplico que venga.—El señor vizconde no está en la quinta, le respondí.—No, no, añadió vivamente, no es al vizconde á quien llamo, sino á mi marido.—No le hemos visto, respondí.—Me mandó que le buscase, y yo pregunté á Cosme. Cosme me dijo que no habia visto á tal persona. Le buscamos, y no le hallamos en toda la casa. Entonces entramos en lo último que nos quedaba que ver, en el pabellon del jardin, y vimos que estaba robado, y junto al dormitorio un caballero cubierto de sangre, inmóvil, y al parecer muerto.

—¿Avisó usted á la marquesa?

—Sí señor.

—¿Y qué sucedió?

—Su escelencia se levantó violentamente muy pálida, muy asustada, y lo mismo la princesa y la señorita rubia. Yo, mas muerta que viva, llevé á las tres señoras al pabellon del jardin.

—¿Y qué efecto causó en la marquesa la vista del caballero herido?

—La marquesa y la señorita rubia se hicieron atrás: la princesa llegó hasta el caballero y le pulsó como un médico.

—¿Y no lloró la marquesa?

—No señor.

—¿Ni gritó?

—No señor: solo preguntó con grande interés á la princesa si vivia.

—¿Y despues?

—Mandó buscar un médico. Entonces la princesa llamó á uno de sus lacayos y le habló en una lengua que no pudimos entender. El lacayo salió, y al momento volvió con ese médico que está ahí. Cuando dijimos á Damian el conserge que de dónde habian sacado tan pronto un médico, nos dijo:—De la berlina que ha venido detrás de la carretela.

—¿No ha sucedido nada mas?

—Nada mas.

—¿Se ha mandado venir al vizconde?

—La marquesa no nos ha dicho nada, pero Cosme ha enviado un lacayo de casa á avisar de lo que sucede al señor.

—¿Y ese lacayo no ha vuelto?

—No señor.

—¿Tiene usted algo mas que declarar?

—No señor.

—¿Y usted? dijo el juez á la otra doncella.

—No sé mas que lo que sabe Juana, contestó Paulina.

Preguntóse á seguida al ayuda de cámara.

Cosme estuvo conteste en la parte que le concernia con Juana.

Esto es, que su amo le habia mandado que sirviese al señor don Juan de Castro su amigo; pero que él ni habia visto á aquel caballero, ni habia sabido nada hasta que, como todos los que estaban en la quinta, entró en el pabellon del jardin.

Preguntóle el juez si habia visto á su amo antes de que dejase la quinta, y respondió que no.

Preguntados los otros criados, estuvieron contestes en la parte que habian podido ver con Juana.

En aquellos momentos el lacayo que habia ido á Madrid volvió.

El juez se apoderó de él.

—¿Cómo se llama usted? le preguntó.

—Jacinto Diaz, contestó el lacayo.

—¿Sirve usted al señor vizconde de Rudaguas?

—Soy lacayo de la casa de su señora hace diez años.

—¿De dónde viene usted?

—De Madrid.

—¿De qué?

—De avisar á mi señor la desgracia que ha sucedido en la quinta.

—¿Y qué ha respondido el señor vizconde?

—Perdone usía, pero...

—Pregunto á usted en nombre de la ley.

—El señor me ha dicho que diga que se compongan como puedan: que no tiene necesidad de venir.

El juez habló al oido con el escribano.

Despues el escribano estendió un oficio, le cerró, puso en el sobre «Al Excmo. Sr. Gobernador de la provincia de Madrid,» y entregó el oficio á un alguacil, mandándole que le llevase al momento uno de los guardias civiles montados que estaban fuera de la quinta.

Aquel oficio era un auto de prision contra el vizconde de Rudaguas.

Á seguida el escribano leyó á los declarantes sus declaraciones, y hallándose conformes con ellas, firmaron los que supieron por ellos y por los que no sabian, y el juez les dió suelta.

Pero cuando fueron á salir de la quinta, se encontraron con que estaba cercada por guardias civiles, y con que hasta la servidumbre de la princesa Wadicoff habia sido detenida.

---

## CAPITULO IV.

Continúa la justicia sacando de jabon, como diria una lavandera.

El juez pasó un atento recado al médico ruso.

El médico se presentó.

—El nombre de usted, caballero, dijo el juez.

—Georgey Gordikoff, contestó el médico, noble, natural de Moscow, vasallo del emperador de todas las Rusias.

Y despues añadió:

—Segun eso se me toma declaracion.

—En efecto: pero siéntese usted.

Georgey se sentó.

—¿Podrá usted decirme por qué siendo ruso habla usted de una manera tan correcta el español?

—No contesto á esa pregunta, dijo Georgey, no porque me importe contestar ó no, sino porque esa pregunta es impertinente.

El juez se mordió los labios contrariado, y continuó:

—¿Cuál es la posicion pública de usted en estos momentos?

—Soy *médico de cámara* de su escelencia la noble princesa de Wadicoff.

—¿El nombre de esa señora?...

—Cesárea Wadicoff.

—¿Sabe usted mas acerca de esa señora?

—Sé quién es, y que es esposa de su escelencia el noble baron del Destierro.

—¿Cómo es que viniendo á esta quinta la princesa, traía consigo á su médico, cabalmente cuando habia un herido en la quinta?

—A las órdenes de su escelencia va siempre un médico.

—¡Ah! es decir que la señora princesa... dijo dejando de ser juez para ser hombre, y arrastrado por la curiosidad.

—Convengamos en que esta pregunta es extra-legal, dijo Georgey.

—Como usted quiera.

—Pues bien, no tengo inconveniente en satisfacer la curiosidad de usted: en efecto, estamos tres médicos de los mas conocidos en San Petersburgo á las órdenes de su escelencia y mediante un sueldo: es decir, tres médicos de cámara: el uno es el doctor Paulo Albani, veneciano; el otro el doctor Jules Otway, parisien, y yo Georgey Gordicoff, individuo de la Academia imperial, y moscovita, el tercero. Para que quede completamente satisfecha la curiosidad de usted, debo decirle que durante veinticuatro horas completas, desde las doce del dia hasta las doce del dia siguiente, estamos uno de nosotros á las órdenes de su escelencia con un botiquin escogido.

—¿De modo que usted ha venido á la quinta necesariamente habiendo venido á ella la princesa?

—Sí señor.

—¿Tenia usted alguna noticia de que aquí hubiese un hombre herido?

—No señor.

—¿La tenia la princesa?

—Lo ignoro; su escelencia nunca nos comunica sus sentimientos, ni sus noticias.

—Declare usted como facultativo el estado del herido.

Georgey tomó papel y se puso á escribir.

Al empezar llamó.

Presentóse uno de los criados de la quinta.

—Diga usted á un criado de la señora princesa que se llama Lavaillant que venga.

Y siguió escribiendo.

Poco despues entró un lacayo de aspecto inmejorable, jóven, fino, con librea encarnada y sombrero en mano.

—¿Qué mandais, Mr. Georgey? dijo en francés.

—En la berlina, en mi caja de campaña, hay un timbre; traedlo, dijo Georgey al lacayo sin dejar de escribir, y tambien en francés.

Poco despues el criado volvió con un pequeño timbre de plata, le dejó sobre la mesa y se retiró dos pasos.

Georgey acabó de escribir, firmó, timbró el papel que habia escrito, y dió el timbre al criado, que salió.

Luego entregó su declaracion facultativa al juez.

Este leyó ávidamente el timbre antes que la declaracion.

En el timbre decia:

«*Georgey Gordikoff, primer médico de cámara de su escelencia la señora princesa de Wadicoff, baronesa del Destierro.*»

—¡Es estraño! dijo el juez.

—Pues es una herida muy vulgar de las que se dán ejemplos á cada paso, principalmente en España.

—No, no me referia yo á...

—¿Al timbre acaso?

—En efecto...

—En España, ciertamente, debe parecer estraño el que una persona ilustre y rica se haga servir convenientemente: aquí no hay verdadera nobleza, mi querido señor; para encontrar nobleza *pur sang*, es necesario ir á Rusia ó á la China. ¿Puedo retirarme?

—Despues que haya usted firmado su declaracion.

—Firmemos.

—La leeré, dijo el escribano.

—No es necesario.

Y Georgey firmó su declaracion, saludó profundamente al juez, un poco menos profundamente al escribano y fué á salir.

—Tendrá usted la bondad de decir á esa señora... á la señora princesa...

—Héla aquí, que sin duda ha adivinado el deseo de usted.

La princesa entró.

El juez se puso de pié de una manera involuntaria y se puso densamente pálido.

La vista de Cesárea, su maravillosa hermosura, su manera de andar, de mirar, la magestad infinita que rebosaba en fin de ella, habian dominado al juez, y no solo al juez, sino tambien al escribano.

Este se apresuró á tomar un sillon.

Pero ya se habia adelantado Georgey.

Cesárea se sentó admirablemente y contestó con una inclinacion de cabeza y una leve sonrisa al saludo torpe del juez.

—Creo, caballero, que se trata de una instruccion criminal, dijo.

—Sí... sí señora... cumplo con mi deber por mas enojoso que este sea. La voz pública ha llevado hasta los oidos de los tribunales la noticia de un asesinato...

—Y ya que la ley no ha podido prevenirlo, viene á castigarlo: en buen hora. Sin embargo, los criminales están muy lejos de aquí, y

sin duda al abrigo de la ley. Esto no ha sido, segun todos los indicios, mas que un crímen vulgar. Un robo con violencia y asesinato.

—Sin embargo, señora, los tribunales deben depurar...

—¿Y es necesaria mi declaracion?

—Necesaria de todo punto.

—Pues bien, caballero, llegué anoche á las doce de Cádiz procedente de América: supe despues de mi llegada que la persona á quien venia á buscar á Madrid, mi amiga, la señora doña Luisa de Alvarado, marquesa de Guapeltepec, habia contraido matrimonio, y que se encontraba en esta quinta: he venido y he sido testigo del descubrimiento de ese crímen. Hé aquí todo.

—Dispense vuecencia, pero necesito...

—¿Saber quién me dió la noticia de que Luisa se habia casado y de que la encontraria aquí?

—En efecto...

—Pues bien: quien me ha dado esa noticia ha sido mi esposo el baron del Destierro.

—Si vuecencia tiene la bondad de firmar...

—En buen hora, dijo Cesárea.

Y firmó, y luego volviendo la mano, oprimió sobre el papel una sortija, dejando señalado junto á la firma, con la misma fuerza que si lo hubiera estampado un timbre de acero, un escudo con corona de príncipe, en cuyo centro habia una estrella partida.

—Me han dicho que se ha detenido á mis criados, dijo Cesárea, y he venido á preguntar á usted por qué causa ha mandado esta detencion.

—Necesitaba para instruir bien el sumario tomar algunas declaraciones.

—¿Y esas declaraciones están ya corrientes?

—Sí señora.

—¿De modo que mi servidumbre puede entrar y salir libremente?

—Para ello sería necesario incomunicar á la señora marquesa de Guapeltepec.

—A Luisa: ¿y por qué?

—Es la sola persona á quien hasta ahora comprometen hasta cierto punto las declaraciones, y me veo en el caso de llamarla á declarar.

—En ese caso voy á ser el funesto mensagero, dijo Cesárea, saludando al juez y saliendo.

El juez quedó vivamente preocupado.

La hermosura de Cesárea era una de esas hermosuras que no pueden mirarse á sangre fria.

Una de esas hermosuras que por lo resplandecientes, por lo poderosas, infunden miedo.

Miedo á un deseo voraz, imposible de realizar.

Al escribano le sucedia otro tanto.

—¡Oh! ¡qué mujer, don Pedro! dijo el escribano.

—¿Ha visto usted, don Blas? respondió el juez.

Ni uno ni otro dijeron una palabra mas.

Luisa se habia presentado acompañada de Antonia.

—¡Pero señor! murmuró para sí don Blas: esta casa es un almacen de ángeles.

—¡Hé aquí otra! murmuró el juez.

Cuando la justicia se encuentra con estas impresiones, tiene que tenerse muy firme sobre los estribos para no dar con su dignidad en tierra.

El juez y el escribano por una causa idéntica tosieron, se parapetaron tras la ley, que es un escudo tan bueno como otro cualquiera, y procuraron transformarse de hombres en autómatas.

Luisa y Antonia adelantaron.

El juez las miraba de la manera mas serena que podia.

—Siéntese usted, señora, dijo el juez á Luisa: en cuanto á usted, señorita, la ruego nos deje solos: me veo obligado á hacer que la declaracion de esta señora sea secreta.

Antonia saludó y salió.

El juez dijo al escribano:

—Cierre usted esa puerta, don Blas.

Este preámbulo no era lo mas á propósito para tranquilizar á nadie: sin embargo, Luisa no se conmovió, ó á lo menos no dió señales de conmoverse.

—Espero, señora, dijo el juez con esa grosería obligada de la ley, que me responderá usted la verdad.

—Nunca he mentido, dijo Luisa; pero necesito saber con qué derecho me pregunta usted.

—Soy el juez encargado de instruir el proceso sobre el triste acontecimiento que ha tenido lugar esta noche en esta quinta.

—¡Ah! estoy dispuesta á responder.

—¿Su nombre de usted, señora?

—Luisa.

—¿Luisa de qué?

—Luisa de nada.

Dijo con tal dignidad Luisa estas palabras, que el juez se maravilló.

—¡Luisa de nada! sin embargo, en dos de las declaraciones que constan en el sumario, declaraciones importantes por cierto, consta que usted se llama doña Luisa de Alvarado, marquesa de Guapeltepec y grande de España.

—Eso podrá ser muy bien; pero yo lo ignoraba hasta hoy; necesita probarse la legitimidad de ese apellido y de ese título, y mientras no se pruebe, seguiré llamándome Luisa; nada mas que Luisa.

—¿No tiene usted apellido?

—No.

El juez se sentia cada vez mas impresionado.

—¿Qué edad tiene usted? dijo.

—Diez y nueve años, contestó Luisa.

—¿Y qué estado?

—Casada.

—¿El nombre de su esposo de usted?

—Don Juan de Castro.

—¿Es decir que su esposo de usted es la víctima del crímen que perseguimos?

—Sí señor.

—¿Me puede usted dar algunas noticias sobre ese crímen?

—No señor: solo hace algunas horas que le conozco por los resultados.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted en esta quinta?

—Llegué anoche entre once y doce.

—¿Qué personas acompañaban á usted?

—Mi marido, y nuestro padrino el marqués del Salto.

—¿Quién es el marqués del Salto? preguntó el juez?

—Un amigo de mi marido, padrino de nuestra boda, que se efectuó anoche.

—Esa declaracion de usted difiere de las demás. Consta, en efecto, que usted vino con dos caballeros anoche entre once y doce. Y coco uno de esos caballeros era su esposo de usted, y el otro el vizconde de Rudaguas...

—No he visto al vizconde de Rudaguas, dijo Luisa, cuyo pudor la impedia declarar el vergonzoso abuso del vizconde.

—¿Sabe usted de quién es esta quinta?

—Lo ignoro.

—Sin embargo, señora, hay pruebas contra el dicho de usted.

—No las conozco.

—Va á ser presentada á usted una de las pruebas.

El juez habló en voz baja con el escribano, que salió, y entre tanto se suspendió la declaracion.

Quedaron completamente solos Luisa y el juez.

—Voy á hablar á usted confidencialmente, señora, faltando á mi deber.

—¡Oh! yo no exijo...

—Ciertamente; pero hay algo, y algo muy poderoso, que me interesa en favor de usted, dijo el juez.

—Ignoro qué influencia pueda caber...

—Creo que está usted completamente inocente del horrible crímen que se ha cometido esta noche.

—Dejemos obrar á la ley y á la justicia de Dios, caballero, dijo con dignidad Luisa.

—Es estraño, señora, insistió el juez: está usted completamente tranquila.

—Se engaña usted, caballero: respecto á mí puedo estarlo y lo estoy. Pero respecto á ese hombre... á mi esposo, siento una viva ansiedad.

—Permítame usted que la diga, que hay fatales apariencias contra usted en este asunto.

—Dejemos, dejemos obrar á la justicia de Dios, caballero, repitió Luisa.

—Yo quiero salvar á usted, señora, porque todo me dice que aquí hay un horrible misterio.

—Agradezco á usted su intencion; pero desearia que concluyésemos.

—Vamos á continuar el interrogatorio.

Acababa de entrar el escribano, que traía la pulsera de Emilia, que Luisa habia regalado á las doncellas.

—¿Conoce usted esta alhaja, señora?

—Sí señor, la vi esta mañana en el tocador.

—¿Conoce usted el retrato que hay en esta pulsera?

—Sí señor: es el del vizconde de Rudaguas.

—¿Y no vió usted anoche al vizconde?

—No señor.

—¿Quién era, pues, la persona que acompañaba á usted y á su esposo cuando entraron en la quinta?

—Ya lo he dicho: el marqués del Salto.

—No se conoce ese título.

—Con ese título me fué presentado anoche ese caballero por mi esposo, como padrino nuestro.

—¿No le conocia usted con anterioridad?

—No señor.

—¿Qué señas tenia el marqués del Salto?

—Buena estatura, blanco, pelo y patillas negras, gafas azules.

—¿No me puede usted dar mas indicios?

—No señor.

—Despues de llegar á la quinta, ¿qué ocurrió?

—Unas doncellas me llevaron á un gabinete.

—¿Y despues?

—Despues despedí á las doncellas y me acosté.

—¿Y no volvió usted á ver á su marido?

—No señor.

—¿Es decir que pasó usted la noche sola?

—Sí señor.

—¿Habia venido su equipage de usted?

—No señor: llegó esta mañana.

—Las doncellas que servian á usted, la han encontrado con una bata de noche por la mañana.

—Es verdad.

—¿De quién era, pues, esa bata?

—No puedo responder á eso.

—Habia flores frescas delante de los balcones, dijo el juez.

—Ignoro quién las puso.

—¿No oyó usted ruido ninguno anoche en la quinta?

—No señor.

—La contradiccion en que se ha puesto usted con otras declaraciones, dijo el juez, la existencia de esta pulsera en el tocador de usted, el haberse negado á contestar á alguna de mis preguntas me obligan á prenderla á usted, señora; por lo mismo, faltando acaso á mi deber, se lo advierto para que rectifique su declaracion, para que la esclarezca...

—No puedo, dijo tranquilamente Luisa.

—Medítelo usted bien, señora.

—Nada tengo que decir mas que lo que he dicho, dijo Luisa; nada mas diré.

—En ese caso, señora, se va á leer á usted su declaracion.

Leyóla el escribano.

—¿Está usted conforme con ella? dijo el juez.

—Sí señor.

—Pues bien, firme usted.

Luisa firmó.

—¿Hemos concluido? dijo.

—Sí, sí señora, pero me veo obligado á ponerla á usted presa é incomunicarla.

Luisa sintió una amargura inconcebible en el corazon, pero, sin embargo, su valor la sostuvo.

Levantóse con dignidad y dijo:

—Estoy pronta.

—Va usted á ser detenida por el momento en el carruage donde hemos venido, dijo el juez levantándose.

El escribano abrió la puerta.

El juez dió el brazo á Luisa y bajaron.

Habia junto á los dos hermosos carruages de Cesárea, delante del vestíbulo de la quinta, un vergonzante carruage de plaza: el juez se dirigió á la portezuela, y dió el brazo á Luisa, que subió.

Luego el juez se dirigió á un sargento de guardias civiles.

—Que nadie hable con esa señora, dijo.

—Está muy bien, señor juez, contestó el sargento.

Y puso á cada una de las portezuelas un guardia con la consigna de la incomunicacion de Luisa, y otro en el pescante con el cochero, á fin de que este tampoco pudiera hablarla.

Despues el juez y el escribano entraron en la casa.

—¿Por qué ha preso usted á Luisa? dijo avalanzándose á él y anhelante Antonia.

—Lo siento, señorita, lo siento, dijo el juez; creo que esa señora es inocente, pero su propia declaracion la compromete.

—¿Pero qué ha declarado?

—Supongo, creo adivinar la declaracion de la marquesa, dijo Cesárea que estaba detrás de Antonia.

—Dispénsenme ustedes, señoras, dijo el juez aturdido y sudando, pero yo no puedo dar esplicaciones.

—Pero como funcionario de la ley puede usted, y debe recibir aclaraciones, dijo Cesárea.

—Indudablemente, indudablemente, dijo el juez, y si usted me ofrece dármelas...

—Estoy en el deber de darlas, sean de la importancia que fueren.

—Pues bien, señora, cuando vuecencia guste.

—Yo tambien puedo dar aclaraciones, dijo con ansiedad Antonia.

—Despues, señorita, despues; ahora voy á escuchar á la señora princesa: yo me alegraré mucho de que se esclarezca este asunto de tal modo, que por indicios no padezca ningun inocente.

Cesárea se apoyó en el brazo del juez con cierto abandono.

Al contacto de aquellas hechiceras formas, el pobre juez sentia un vértigo poderoso: Satanás se le habia metido en el cuerpo, y como en el cuerpo está el alma, sentia el abrazo lascivo y tentador del diablo.

Llegó vacilante á la habitacion donde habia tomado las declaraciones anteriores.

El escribano los seguia cabizbajo, y Antonia desolada.

Pero al llegar á aquella habitacion, despues de haber entrado todos, Antonia se quedó fuera, despues de un finísimo *usted dispense*, que murmuró sonriendo el juez al cerrar la puerta.

Antonia se apoyó desfallecida contra aquella puerta.

Para ella, aquel era un horrible dia de prueba.

Entre tanto Cesárea, el juez y el escribano se habian sentado.

—Creo que hablo con hombres de honor, dijo Cesárea.

El juez y el escribano se apresuraron á afirmar la opinion que respecto á ellos habia espresado Cesárea.

—Pues bien, dijo Cesárea; en este negocio solo hay una víctima.

—Sí, sí ciertamente: ese caballero, dijo el juez.

—Se engaña usted; ese hombre ha sido providencialmente castigado por la mano de Dios: quién haya sido el instrumento de la justicia divina, lo ignoro; pero me consta que ese hombre, el herido, es un infame.

—¡Un infame!

—Hé aquí la prueba.

Y Cesárea sacó un papel doblado de un bolsillo de su trage.

—¿Y qué es esto? dijo el juez.

—Una declaracion miserable, que al volver al estrado de esta casa he encontrado sobre una mesa, y que sin duda en un momento de confusion ha sido olvidado por el vizconde de Rudaguas: lea usted.

El juez leyó lo siguiente:

«Yo Juan de Castro declaro, que me he casado voluntariamente con doña Luisa, hija de padres desconocidos, que ningun derecho tengo sobre ella, que he vendido mi nombre y que toda demanda de adulterio que en su dia pueda interponerse por mí es nula, ineficaz,

falsa, puesto que yo no he sido ni seré nunca, respecto á doña Luisa, mas que un médio para ocultar sus relaciones con otro hombre. Y para que conste firmo espontáneamente de mi propia voluntad esta declaracion.»

Seguian la fecha y la firma.

—Esto es repugnante, dijo el juez.

—Eso es infame, dijo Cesárea.

—Pero si ese documento figura en la causa, dijo el escribano, esa señora está deshonrada.

—Esa señora no tenia participacion alguna en ese hecho vergonzoso: lo ignoraba de todo punto; por eso os he dicho, señores, que ella es la única víctima: que la justicia humana haciéndola responsable de lo que ha sucedido, obraria á ciegas.

—Bien, dijo el juez: ese hombre ha cometido un delito contra la moral pública; pero esta declaracion no prueba que la marquesa esté inocente del otro delito: el vizconde salió de la quinta entre una y dos de la madrugada.

—Lo que prueba que encontró una resistencia tenaz en la marquesa.

—Se ha encontrado esta mañana esta pulsera con el retrato del vizconde en un mueble de la habitacion donde la marquesa ha pasado la noche: las doncellas han encontrado á la marquesa con una bata de dormir que no conocian, que no la habian puesto, y el equipage de la marquesa no habia llegado todavía: además habia en la habitacion flores frescas que no habian puesto las doncellas. ¿No puede suceder muy bien, que el vizconde saliera por la puerta para cubrir las apariencias y entrase por un balcon ó por otro lugar cualquiera?

—Á las dos de la mañana estaba el vizconde en casa del embajador de Inglaterra, dijo Cesárea.

—¿Quién le ha visto allí?

—El baron del Destierro, mi marido; por cierto que, segun me dijo el baron, estaba contrariado y profundamente pensativo el vizconde.

—Eso indica que el vizconde pretende probar la coartada.

—¿La coartada de qué?

—Del asesinato de don Juan de Castro.

—En primer lugar, ese hombre no ha sido asesinado, y tanto es así, que mi médico me ha dicho que despues de la primera cura y del efecto de los medicamentos, el herido puede declarar.

—¡Oh! pues su declaracion puede ser importantísima: y se puede...

—Tome usted, tome usted antes declaracion á esa jóven rubia, amiga inseparable, casi hermana de Luisa.

—Pero esa señorita no ha venido á la quinta hasta esta mañana.

—Ella si se la pregunta, declarará hasta qué punto, engañada la marquesa, amaba antes de conocer su infamia á ese hombre que la vendia: ella dará luz bastante para que llegue á demostrarse que Luisa es digna por su carácter del respeto general, y de la compasion general por su desgracia: yo creo que puede usted salir de aquí sin reducir á una prision siempre infamante, siempre vivamente dolorosa, á la marquesa.

Por órden del juez el escribano abrió la puerta.

Al abrir la puerta, casi cayó sobre él Antonia, que contra la puerta estaba apoyada, y que se precipitó dentro.

—Lo he oido todo, dijo, y necesito decir cuanto sé, para salvarla.

La exaltacion de Antonia era indescribible.

—Tranquilícese usted, tranquilícese usted, señorita, dijo el juez: si la ley nos pone en el duro caso de perseguir á los criminales, tambien nos impone el deber de salvar á los inocentes. Tranquilícese usted á fin de que pueda esponer con claridad cuanto sabe.

—Estoy pronta á responder á usted, dijo Antonia.

El juez, ó dominado ó distraido, no hizo salir á Cesárea.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted á la señora marquesa de Guapeltepec?

—Yo no conozco á la marquesa de Guapeltepec, dijo Antonia: no conozco mas que á Luisa, huérfana como yo: como yo, sin padres!

—Bien: ¿cuánto tiempo hace que conoce usted á doña Luisa?

—Hace mas de un año que Luisa me salvó; que mi vida y mi alma son suyas.

—Bien, bien; pero tranquilícese usted, señorita; está usted vivamente afectada.

—¡Oh! ¡y la acusan de crímenes y de infamias, y no he de estar desesperada!

—¿Y qué importa que se la acuse, si no los ha cometido? dijo el juez.

—La justicia se engaña; la justicia obra muchas veces á ciegas, dijo Antonia.

—Pues bien: respóndame usted acerca de lo que voy á preguntarla, á fin de que la justicia tenga luz.

—Estoy pronta á responder.

—¿Conoce usted hace mucho tiempo á don Juan de Castro?

—Casi el mismo tiempo que hace que conozco á Luisa.

—¿Y doña Luisa y don Juan, se amaban por ese tiempo?

—Luisa amaba con toda su alma á ese hombre: por el contrario, ese hombre no la ha amado nunca.

—¿Ha habido alguna alteracion entre esos dos señores, en el tiempo que usted trata á doña Luisa?

—Ninguna: por el contrario, el amor de Luisa hácia ese hombre ha ido de dia en dia en aumento.

—¿De modo que estaban en la mejor armonía cuando se casaron?

—Ayer estaba transportada Luisa por la que creía su felicidad.

—¿Y por qué afirma usted que don Juan no amaba á doña Luisa?

—Le he observado profundamente, y he creido comprender que en ese hombre hácia Luisa no habia mas que cálculo.

—¿Conoce usted asímismo al vizconde de Rudaguas?

—Sí señor: le conozco desde mucho tiempo antes de conocer á Luisa.

—¿Y qué concepto ha formado usted del vizconde?

—El peor: le creo capaz de todo.

—De modo que...

El juez se detuvo, iba á hacer una pregunta ilegal.

—Sí señor, dijo Antonia adivinando la pregunta del juez: le creo capaz de haber causado el crímen de que ha sido víctima Juan de Castro.

—Yo no he preguntado á usted eso, señora, se apresuró á decir el juez: sin embargo, si usted tiene algun indicio que induzca á creer que el vizconde ha podido ser fautor de ese delito, debe usted declarar la verdad.

—Yo no tengo prueba ninguna: pero el vizconde perseguia, asediaba con sus importunidades á Luisa.

—Eso es vago.

—No es tan vago cuando al casarse Luisa, se vino á pasar los primeros dias siguientes á su matrimonio á una posesion del vizconde.

—Pero comprenda usted que esa suposicion compromete á doña Luisa.

—Al menos, cuando me dijo que la trajese ropas, me dió las señas que la habian dado de esta quinta, y el nombre del marqués del Salto.

—¿Conoce usted alguna persona de ese título?

—No señor, ni Luisa conocia al tal marqués, pero lo que resta no importa.

—¿Y tiene usted algo mas que decir?

—Nada mas sino que estoy segura de que es imposible que Luisa haya tomado parte en ese crímen.

—Bien, dijo el juez: he oido á ustedes dos: sin embargo, mientras la verdad no se aclare no puedo menos de llevar adelante la prision de doña Luisa.

—Pero eso es horrible, dijo Antonia.

—La verdad se aclarará antes de que usted salga de aquí, dijo Cesárea.

—Deseo vivamente poder exculpar de una manera completa á esa señora, dijo el juez, pero no se me ocurre el medio.

—Sí tal, dijo Cesárea: el medio es muy sencillo. Tomar declaracion al herido; para ver si es posible lo cual, voy á hacer llamar á mi médico.

Cesárea llamó y Georgey entró poco despues.

—¿Puede declarar ese caballero? dijo Cesárea.

—Sin peligro ninguno, dijo Georgey.

—¿Y continúa el peligro del herido? dijo el juez.

—No señor.

—Así, pues, las cosas toman un aspecto enteramente distinto, dijo el juez: caballero, hágame usted el favor de prevenir á don Juan de Castro que va á tomársele declaracion.

Poco despues el juez y el escribano estaban á solas con Juan de Castro.

Estaba este pálido, terriblemente pálido, y como asombrado.

—Señores, dijo al juez y al escribano: es inútil que persigan ustedes á nadie por el suceso que me tiene postrado, ha sido una desgracia casual: una desgracia de que yo he sido víctima, y de que no se debe hacer cargo mas que á ladrones.

—¿Tiene usted la bondad de relatarnos el suceso?

—Sí señor: estaba yo anoche aquí entre doce y una, y me paseaba gravemente distraido. Recuerdo haber sentido un ruido estraño, pero mi distraccion era tal, que no hice aprecio de él. El ruido siguió hasta que llamada por él sériamente mi atencion, me dirigí al lugar donde sonaba, que era la puerta de un balcon. Pero aun no habia llegado á él, cuando las maderas cedieron, se abrieron y entraron tres hombres de muy mal aspecto. Sentí miedo, lo confieso, y el

miedo me impidió gritar, al mismo tiempo que un sentimiento de conservacion me hacia buscar una salida. Pero fuí alcanzado y herido. Despues no he sentido nada: hace algun tiempo he vuelto en mí y me he encontrado dolorido, vendado, asistido por una persona á quien no conozco.

—Bien, muy bien: de modo que doña Luisa no es culpable...

—De ningun modo, contestó naturalmente Juan.

—¿Ni el vizconde de Rudaguas?

—Por mucho que yo aborrezca á ese hombre, mi conciencia no me permite acusarle de haber sido la causa del estado en que me hallo.

—¿Vino usted á esta quinta con el vizconde de Rudaguas?

—Sí señor, con él y con mi esposa.

—Compromete usted á su esposa con esa respuesta.

—No comprendo por qué, dijo con mal encubierta serenidad Juan.

—Su esposa de usted ha declarado que con ustedes ha venido otra persona.

—En efecto, el marqués del Salto.

—Pero solo cita á esa persona.

—Es que el marqués del Salto no es otra persona que el vizconde de Rudaguas, bajo un nombre supuesto.

—Consta que doña Luisa conocia al vizconde.

—Pero no podia conocerle, porque se habia disfrazado y afectaba la voz.

—Está usted revelando otro delito, dijo severamente el juez.

—¿Y qué me importa? ¿acaso no he sido asesinado? ¿qué tengo yo que esperar ni que temer?

—Entonces voy á presentar á usted un documento: una concesion secreta hecha por usted al vizconde.

Y mostró á Juan de Castro la declaracion vergonzosa que Cesárea habia presentado al juez.

Por algun tiempo Juan de Castro guardó un silencio de sorpresa, de asombro, de vergüenza, podemos decir.

—¿Cómo ha venido á las manos del ministerio público ese documento? dijo al fin; el vizconde estaba interesado en ocultarle.

—Es decir, que reconoce usted este documento.

—Sí señor; dijo terriblemente confuso Juan de Castro.

—Tome usted, tome usted acta de esta declaracion, don Blas, dijo el juez.

—Pero... ¿qué resultados puede tener esa declaracion?

—Los resultados son precisos; un divorcio... y algo mas, algo mas, dijo el escribano mientras estendia la declaracion.

—Suceda lo que quiera, dijo Juan de Castro; ese documento está escrito y firmado por mí, no lo niego. Pero permítaseme acusar á mi vez.

—¿Á quién?

—Al vizconde de Rudaguas.

—¿De qué?

—Del crímen que me tiene postrado en este lecho.

—Usted ha declarado que segun su opinion no habia motivo para que se culpase á nadie de un crímen que usted creía casual.

—Sin embargo: esos que yo creo ladrones, ¿no podian ser asesinos pagados?

—¿Quién sabe? dijo el juez.

—El vizconde, una vez teniendo en su poder á Luisa, pudo encontrar cómodo el deshacerse de mí.

—Y entonces, ¿para qué este documento, que impide á usted usar de sus derechos como marido respecto á las intimidades que pudieran haber existido entre doña Luisa y el vizconde?

—Insisto en mi acusacion.

—Bien, muy bien. Y ahora, ¿cree usted que podia haber inteligencia entre doña Luisa y el vizconde?

—No ha existido ninguna.

—¿De modo que usted por su parte exculpa á doña Luisa?

—De todo punto.

—Sabe usted si existian relaciones entre doña Luisa y el vizconde?

—Ninguna existia: el vizconde estaba empeñado por ella y nada mas.

—Y el casamiento de usted, ¿se hizo bajo las condiciones del contrato que parece revelar esta declaracion firmada de usted?

—Sí señor.

—¿De modo que usted solo se casaba para poder entregar esa señora al vizconde?

—Sí señor.

—¿En qué consistia el disfraz del vizconde?

—Se habia puesto patillas negras postizas, se habia teñido de negro el bigote, las cejas y el pelo, se habia teñido el rostro y las manos de un ligero color moreno, se habia puesto unas gafas azules y afectaba un acento estrangero.

—¿Conocia doña Luisa al vizconde?

—Sí señor; pero era imposible que le reconociese, porque solo le vió durante la ceremonia: el disfraz era perfecto, y despues entramos en un carruage y nos trasladamos á esta quinta.

—Bien, muy bien: ¿tiene usted algo mas qne declarar?

—Únicamente que el vizconde habia apurado en vano todos los medios de seduccion para con doña Luisa, y que desesperado ha recurrido al último medio: al de tenerla sin defensa en su poder.

—¿Está usted dispuesto á firmar su declaracion?

—Sí señor.

—La leyó el escribano, y Juan de Castro la firmó.

El juez y el escribano se volvieron á la habitacion de donde habian salido.

—¿Está libre Luisa? dijo con afan Antonia.

—Solo me resta hacer algunas diligencias, señorita; pero si ellas dán el resultado que espero, dentro de muy poco tiempo estará en libertad.

El juez mandó llamar á las doncellas, al ayuda de cámara y al conserge de la quinta.

Y uno á uno fué preguntándoles si su señor habia usado de algun disfraz al entrar en la quinta.

Todos declararon que aquello no era cosa nueva; que el vizconde acostumbraba á usar tales disfraces, y que ellos (los criados) le conocian por su manera de llamar, por la seguridad con que andaba por la casa sin que nadie le guiase, porque de otro modo, añadian, nadie hubiera podido conocerle, por lo bien que se disfrazaba.

Cuando el juez hubo evacuado estas últimas diligencias, bajó al vestíbulo de la quinta, acompañado de Cesárea y de Antonia, hizo apartar los guardias civiles que habia puesto al rededor del carruage en que habia quedado Luisa, y abrió la portezuela.

—Dispénseme usted, señora, dijo, si me he visto obligado á obrar con alguna energía respecto á usted, pero con el mismo celo he logrado llegar á poner en claro la inculpabilidad de usted acerca de los tristes sucesos, que es mi deber averiguar: está usted libre y puede usted ir adonde mejor la convenga.

—Al lado de mi marido, dijo Luisa: ese es mi lugar.

—Antes lea usted esta declaracion y guárdela, porque usted es la única que está autorizada á usar de ella.

Y dió á Luisa la declaracion infame de Juan de Castro.

Afortunadamente Luisa estaba aun dentro del carruage, porque

al leer aquella declaracion, se desvaneció y cayó sobre los almohadones.

Cuando volvió en sí, se encontró entre los brazos de Antonia y de Cesárea.

Esta última tenia la declaracion en la mano.

—¡Oh! ¡esto es horrible! dijo Luisa; ¡esto no puede ser! ¡esto debe ser un sueño!

—Y sin embargo, amiga mia, dijo Cesárea, es la verdad.

—Vámonos de aquí, dijo Antonia: me parece que si permanecemos aquí, nos va á suceder una desgracia.

En aquel momento oyeron pasos de muchos hombres; eran algunos guardias civiles que sacaban en un colchon de la quinta á Juan de Castro, y le metian en un coche.

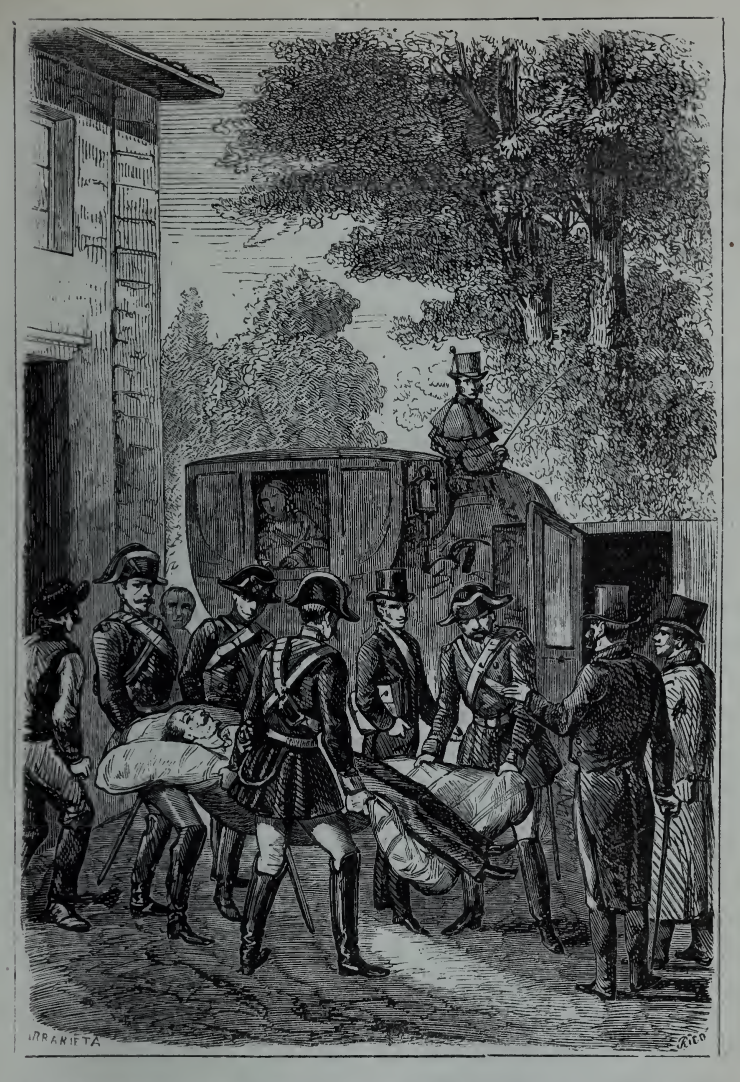
—¡Oh! ¿y por qué trasladan en el estado en que se encuentra á ese hombre? ¡le van á matar! dijo Luisa.

—Yo respondo á usted, señora, dijo Georgey, que no corre peligro su vida. Algo mas enferma está usted: ¡qué escitacion! ¡qué fiebre! ¡es necesario marchar cuanto antes!

Luisa entró con Antonia en la carretela de Cesárea, y los criados de esta trasladaron á la berlina donde habia ido el doctor Georgey las dos maletas del equipage de Luisa.

Poco despues la carretela, la berlina y los lacayos montados corrian hácia Madrid.

---



ALGUNOS GUARDIAS CIVILES SACABAN EN UN COLCHON DE LA QUINTA A JUAN DE CASTRO.

## CAPITULO V.

De como Luisa se encontró en una situacion enteramente escepcional.

En vez de entrar en Madrid los carruages de Cesárea torcieron á la derecha, se metieron por un camino vecinal y no pararon hasta llegar á una casa de campo.

Al pasar la verja, Luisa notó que atravesaba una calle de árboles, tan altos, tan verdes y tan frondosos como no está acostumbrado á tenerlos Madrid en algunas leguas á la redonda.

Veíase por entre los troncos la fresca sombra producida por el follage, ya dorado, que empezaba á entapizar el suelo, y acá y allá corrian ruidosos arroyos, y en este y en el otro claro se veían bellas estátuas y fuentes del mejor gusto, á las cuales conducian verdes senderos.

Al fondo de la larguísima y ancha calle determinada por los árboles, se veía la fachada blanca barnizada de una sencilla pero elegantísima casa, balcones embutidos y contraventanas verdes á la inglesa, coronada por un bello friso y por la balaustrada de una azotea.

Luisa lo veía todo esto maquinalmente, porque no estaba para verlo de otro modo: pero cuando bajó de la carretela y puso el pie en el último escalon del peristilo, no pudo menos de asombrarse y de lanzar un grito de terror.

Lo mismo le aconteció á Antonia.

Se encontraba en el vestíbulo de su antigua casa de la villa, de su casa solar, por decirlo así, aquella que habia sido destruida hasta los cimientos por un incendio, cuyo solar habia sido vendido, y sobre el cual se habia construido una casa á la moderna.

Se encontraba, en fin, en la misma casa que el cuartel-maestre

Ruy Perez habia comprado en 1648 para su sesta abuela Luisa Isabel María.

Á lo menos el vestíbulo era enteramente semejante hasta en su estado, hasta en sus señales de ancianidad: el alto techo ensamblado, bajo el cual se torcia la ancha escalera de mármol: en el testero el escudo con la banda diagonal de oro de derecha á izquierda en campo de gules.

Y luego, Cesárea, que marchaba delante de las dos jóvenes, tenia algo de luminoso en medio de aquel vestíbulo oscuro, algo de sobrenatural, y el eco repetia de una manera sonora, especialmente sonora, su voz, que dirigia con un cariñoso afecto á las jóvenes.

Cuando subieron las escaleras el asombro de las dos jóvenes, y aun podemos decir que el terror, se dobló: aquellos eran los anchos corredores de la casa solar de Luisa, con sus ventanas ornamentadas sobre el inmenso patio: con sus puertas de nogal entalladas, hasta con las resquebrajaduras del pavimento, que son por su forma, vista constantemente por nosotros desde que tenemos memoria, antiguas conocidas.

Y aquellas mamparas de tafilete tachonadas de anchos clavos dorados, y aquellos inmensos y tétricos salones, con su mueblage y con sus cuadros, eran los mismos.

Al fin Cesárea entró con las dos jóvenes en un gabinete blanco con filetes de oro, y chimenea de mármol de Carrara, y con la puerta de ébano en un costado que tanto conocia Luisa.

Allí no pudo resistir á su curiosidad.

—¿Qué significa esto, señora? dijo volviéndose á Cesárea; estoy en una casa que me es muy conocida.

Cesárea se sonrió.

—Esta es una sorpresa del baron del Destierro, dijo: hace seis meses que aquí no habia nada mas que una ruin casilla de labor, rodeada de una espesa alameda. Pero el baron del Destierro, que conocia á usted y la apreciaba, ha hecho construir esta casa.

—Señora, dijo Luisa sumamente pálida, lo que estoy viendo me espanta, porque es maravilloso.

—Una maravilla de la ciencia: una maravilla del magnetismo.

—¡Cómo! ¿pretende usted llevar hasta tal punto el magnetismo que por medio de él puedan reproducirse edificios que han sido devorados por las llamas?

—¿Y por qué no? por medio del sonambulismo, se evoca lo pasado, se le ve y se copia.

—¡Se le copia hasta en los mas pequeños detalles! dijo Luisa: recuerdo que un dia Marta, limpiando este jarron le dejó caer y le rompió una de las asas: mandé pegar el asa, porque era muy difícil encontrar otro jarron tan artísticamente bello, y hé aquí la pegadura, señora: este ángulo en la chimenea le he conocido desde mi infancia con esta ligera mutilacion: este canario que está entre las hojas contrahechas de este florero, era un animal á quien amaba mi madre, y que por lo mismo mandó disecar para conservarle muerto, ya que no le podia dar la vida. Ese cuadro de la derecha, ese pais de la Aubernia le pinté yo, tomando su dibujo de un grabado... y es el mismo; yo conozco mi mano.

—¿Para qué serviria la reproduccion, sino fuera tan exacta que engañára? dijo Cesárea mientras Antonia permanecia muda de terror. Lo que se necesita por ahora, es que usted se recoja, Luisa; que tome usted lo que Georgey la está preparando, y que se rehaga usted del estado en que se encuentra: estado de escitacion y de fiebre que podria ser peligroso. Hé aquí su dormitorio de usted.

Y Cesárea miró de tal manera á Luisa, que ésta sintió pesadez en la cabeza, adormecimiento en sus ojos y se dirigió, como empujada por una fuerza superior, al lecho.

Cesárea la desnudó por sí misma, y la ayudó á subir á aquel lecho: apenas habia entrado en él, cuando se durmió profundamente.

—Dejémosla descansar y soñar: el descanso y el sueño la harán bien, dijo Cesárea á Antonia.

Antonia miraba fascinada á Cesárea.

—Yo conozco á usted, la dijo; la conozco mucho: solo que aquella noche era usted hombre ó lo parecia; como ahora parece usted mujer.

—¿Qué noche, señorita? dijo sonriendo Cesárea.

—¡La noche del hospital! ¡la noche en que morí!

—¿En que murió usted?

—Sí, sí señora: cada dia me convenzo mas de que soy una muerta resucitada.

—¡Una muerta resucitada, con tan puro color, con una mirada tan jóven, tan llena de vida! dijo Cesárea soltando la carcajada mas natural, mas alegre, y aun nos atreverémos á decir mas encantadora del mundo: no, querida, no: los espectros son pálidos y macilentos. Pero salgamos de aquí: dejemos á Luisa descansar.

Y asiendo el brazo de Antonia la sacó dulcemente del gabinete. Antonia la siguió aturdida.

El sueño de Luisa entre tanto era tranquilo, dulce.

Por algun tiempo su imaginacion dormida, ó mas bien, libre por el sueño de toda sensacion esterna, pasó por un caos de ideas confusas que se cruzaban, que se envolvian, que tomaban formas y colores incomprensibles: poco á poco aquella confusion fué esclareciéndose como si se corriera un velo, que á medida que corria era mas trasparente, y al fin, el sueño se hizo perfectamente lucido como una segunda vida.

Luisa se incorporó en el lecho, y vió las magníficas colgaduras de su pórtico: mas allá, al otro estremo del gabinete, la puerta de ébano, y entre esta y el pórtico, la bella alfombra, los ricos muebles.

Luisa se echó fuera del lecho, y descalza, sin reparar en que solo la cubria una bata de dormir, atravesó el gabinete, pasó por la puerta sin abrirla, como un cuerpo diáfano, ó mas bien como una sombra, atravesó los salones, bajó las escaleras, atravesó el vestíbulo, la avenida de los árboles, la verja, y luego se lanzó en el camino.

Y todo esto con la rapidez de una pluma que arrebata el viento, ligera, vaga, vaporosa, sin sentir bajo sus pies la tierra, ni en torno suyo el aire, y andaba, andaba sin fatiga, sin vacilacion, recta hácia Madrid, cuya larga y aplastada silueta, sin mas accidentes que las torres y las cúpulas de sus iglesias, se veían á lo lejos.

De repente, la sombra, ó el espíritu, ó el pensamiento de Luisa amenguó en rapidez, se inclinó un poco hácia la derecha de la línea que seguia y se adhirió á un carricoche, á un armatoste colgado de unas correas sobre dos ruedas, que no era ni bombé, ni calesa, teniendo algo de estas dos especies, y de cuya máquina tiraba una mula de no muy buen pelo, ni de rápida andadura.

En el estrecho asiento de este carromato iban dos hombres: el uno chupaba de una pipa y arrojaba á un tiempo por la boca humo y palabras; el otro iba encogido en su rincon tomando de tiempo en tiempo un polvo, y sosteniendo la conversacion con su compañero.

El uno de estos hombres, el que chupaba, era Martin Iglesias el Moreno, bravo contra-maestre del Alcion y negrero. El otro, el que sorbia y al mismo tiempo guiaba la mula, era don Cosme el escribano de marras.

Luisa, ó mas bien la sombra ó el espíritu de Luisa, oía perfectamente la conversacion del marino y del escribano.

—Con que, decia el Moreno, vengamos al último resultado: segun

nos han dicho esos honrados muchachos que se entraron por un balcon en la quinta sin pedir licencia á nadie, se encontraron en la habitacion donde se habian entrado á un señorito vestido de negro y con guantes blancos: segun las señas este señorito no es otro que el que se casó anoche con doña Luisa: cuando despues de haberle abierto tres ojales se tendió nuestro hombre por la sencilla razon de que no podia tenerse de pie, y los chicos se pusieron á la faena: mientras esta duró no pareció nadie: la quinta permaneció en el mayor silencio: ¿no es esto, don Cosme?

—Sí, eso es; contestó el escribano sorbiendo un polvo.

—De lo que se saca en limpio qué doña Luisa no ha pasado la noche con su marido.

—Así parece.

—Á eso de la una salió un carruage de la quinta; los muchachos de usted, que estaban apostados en el camino, asaltaron el coche y quitaron á un caballero que iba dentro, ó mas bien este les dió su reloj y sus diamantes, y estos honrados chicos declaran que el tal caballero iba de un humor endiablado. Segun las señas, el tal caballero no era otro que el vizconde de Rudaguas.

—Así parece, dijo don Cosme.

—De lo que resulta que tampoco el vizconde ha pasado la noche con la señora.

—Así ha debido ser.

—Luego la señora se está como se estaba.

—¿Y qué quiere usted que yo le diga? Todo induce á creer que no les ha salido la cuenta á esos dos señores; que doña Luisa se ha defendido, que aun tiene remedio: ¿pero quién se atreve á asegurar? Basta un momento para que un hombre audaz decida la suerte de una mujer, y el vizconde ha estado en la quinta mas de un momento y mas de tres.

—Pues bien, dijo el Moreno: si ese hombre ha cometido una infamia con doña Luisa, es necesario que la pague, y sino la ha cometido, impedir que la cometa: es necesario echarle á pique, y tardo en meter las carronadas en batería y en romper el fuego á bala roja lo que tarde en llegar á Madrid. Afortunadamente tenemos lo del envenenamiento de la madre de la mujer del vizconde.

—Ándese usted con cuidado: es peligroso revolver estas cosas cuando no se está seguro de sacarlas en claro: por lo mismo es necesario hacerlo indirectamente.

—¿Y qué medio se le ocurre á usted?

—¿No tenia ningun pariente la difunta que pudiera tener algun derecho, aunque cuestionable, á la herencia?

—Debe tenerlos: todos tenemos parientes.

—Pues bien, se empieza por el testamento: despues se urde una trama: déjemelo usted á mí, que yo le aseguro que como haya un resquicio por donde colarse, por él nos entraremos. Pero ya estamos en la puerta de Alcalá, y no conviene que nos vean juntos. Apéese usted, que yo me marcho por la ronda, y hasta la noche: yo tengo mi policía, y á la noche ya sabré yo lo que sea necesario.

—¿Y dónde nos vemos á la noche?

—En aquel café donde hay una montañesa que es tan blanca y tiene tan bonitas manos: me gusta aquella muchacha, con que allí esta noche entre nueve y diez.

—Allí estaré. Quede usted con Dios, don Cosme.

—Vaya usted con Dios, señor Martin.

El Moreno saltó al camino, y el espíritu de Luisa le siguió.

—¡Dios de Dios! decia el Moreno, ¿quién habia de pensar que ese raton de escribano habia de ser el caporal de una cuadrilla de ladrones, y que un cuerpo tan pequeño habia de tener encerradas tantas picardías y tantos delitos? ¡y parece el tal bribon el hombre mas de bien y mas razonable del mundo! pero á fé á fé que me viene á las mil maravillas para mis negocios, y como yo no me espanto de nada y todo lo veo, puedo usar de él sobre seguro. Ahora bien; vamos á ver á mi ama, que estará con cuidado. ¡Como que no acostumbro yo á pasarme las noches de claro en claro fuera de mi camarote!

Y el marino, cuyo trage no iba en el estado mas conveniente, apresuró el paso, y en la calle de Alcalá se entró en una hermosa casa, y llamó á la puerta de un cuarto principal.

Cuando entró el Moreno, solo encontró en el estrado al padre Quirós.

Inútil es decir que la sombra, ó el espíritu, ó mas bien el pensamiento de Luisa, invisible, impalpable, seguia al marino.

Luisa en aquel maravilloso estado lo veía y lo sentia todo con una lucidez infinita.

El padre Quirós era el mismo venerable y simpático sacerdote de siempre, con su semblante benévolo, su resignacion, su sotana raida, y sus gruesos zapatos con hebillas mohosas.

Cuando entró el Moreno, meditaba.

—Buenos dias, padre, le dijo alegremente el marino.

—Muy buenos dias, señor Martin, contestó dulcemente el sacerdote.

— Algo debe suceder cuando le vemos á usted por acá, dijo el Moreno; alguna miseria hay que remediar ó alguna desgracia á que acudir.

—En efecto, señor Martin, es necesario ir á consolar á los que lloran.

—Llevándoles dinero, ¿eh? No conozco mejor paño de lágrimas que el dinero, y como en casa hay tela larga, cortaremos para esa desgracia un paño muy grande. Para algo le han hecho redondo.

—No se trata de una desgracia, que no llamo yo desgracia á que Dios llame á sí á quien ha llegado á la ancianidad practicando la virtud.

—¡Ah! ¿se trata de un duelo?

—La madre de Andrés, el esposo de Leontina Perez, ha muerto anoche de repente.

—¡Voto á brios! esclamó el Moreno dejando de cargar la pipa que habia sacado poco tiempo antes, y vertiendo sobre la alfombra la bolsa del tabaco: ¡con que tambien por acá! ¡y el pobre Andrés, que tanto queria á su madre! ¡vamos, esto es cosa de poner pleito á Dios!

—Las criaturas nacen para morir, señor Martin, dijo el padre Quirós sin escandalizarse de las palabras del marino, y la muerte de la madre de Andrés ha sido lo mas natural del mundo: tenia ya años, y deja á su hijo establecido y bien casado; nunca el hombre tiene razon, ni deja de olvidarse de lo que jamás debia olvidar quejándose de su Criador: pero nunca la tendria con menos motivo que en esta ocasion.

—Convengamos en que es muy triste buscar á una persona á quien se ama y no encontrarla: tener penas en el corazon y no poderlas desahogar con quien no se gozará en ellas, y que siempre hallará una palabra de consuelo: sentarse á la mesa y encontrar un lugar vacío... mire usted, padre Quirós, cuando los cruceros ingleses se nos echaban encima y era necesario para que no se pusiesen muy cerca, porque á los tales señores les huele muy mal el aliento, enviarles para que se entretuviesen, algunos confites de á veinticuatro, que ellos nos pagaban en la misma moneda, al poco tiempo de haberse cruzado estos cumplimientos, solia suceder que algun marinero se encontrase sin cabeza, ó hecho dos, ó aliviado de las piernas; como si hubiera enviado á los ingleses un recado diciéndoles que las piernas le estorbaban; se acababa la danza, se echaban los pedazos

de hombre al mar, se lavaba la cubierta, y como si tal cosa: pues mire usted, padre Quirós, cuando la gente se reunia á proa por la noche á fumar una pipa y á beber un trago de ginebra, sin saber cómo todos mirábamos á un lugar hueco que nadie se habia atrevido á ocupar, y donde acostumbraba á ponerse el que habia ido á dar un alegron á los tiburones; y yo no sé en qué consistia, pero se fumaba mal y se bebia peor, y se hablaba poco y la velada se acababa antes de tiempo; y eso que no se trataba de una madre ni de una hermana: vamos, esos lances son siempre duros, siempre amargos esos tragos: ¡pobre Andrés!

Y el Moreno, que habia pronunciado su anterior razonamiento con los ojos húmedos y la voz conmovida, se limpió las lágrimas con el revés de la mano, recogió su bolsa de tabaco y se puso de nuevo á cargar su pipa moviendo lentamente la cabeza.

El espíritu de Luisa sufria una amargura infinita.

—Tiene usted un escelente corazon y es usted muy cristiano, señor Martin, dijo el sacerdote profundamente conmovido: las penas de los demás le llenan á usted de amargura, porque en su alma de usted hay caridad; pues bien, yo me alegro de que haya usted venido: primero, porque segun me ha dicho doña Ana, es usted muy amigo de Andrés, y usted solo, con dejarse llevar de su corazon, sabrá consolarle, y luego porque la señora estaba con mucho cuidado por usted: como que usted no acostumbra á pasar las noches fuera de casa.

—¡Cómo! ¿la señora me ha echado de menos? dijo con alguna confusion el valiente negrero, ni mas ni menos que como un muchacho á quien hubieran sorprendido en un hurto.

—No ha podido menos de notar la falta de usted: esta mañana un criado del señor Perez la trajo la noticia de que la madre de Andrés habia muerto, y que se la esperaba: preguntó por usted para que la acompañase, y la dijeron que usted habia pasado la noche fuera: entonces me envió á buscar, pero yo no he podido venir hasta ahora, porque estaba auxiliando á un moribundo, en fin... ya ha venido usted... pero aquí está doña Ana.

Esta habia aparecido en una puerta y adelantaba lentamente vestida de negro y muy pálida: tenia los ojos encendidos, señal indudable de que habia llorado recientemente, y puesta la mantilla.

—¡Oh! gracias á Dios, Martin, que al fin le veo á usted sano y salvo, dijo dulcemente la jóven; ayer fué dia de desgracias y temia que tuviésemos tambien que llorar á usted.

—Sí, sí, es verdad: ayer fué un mal dia, ó mas bien una mala noche: se casó ella, han dado de puñaladas á su marido, y ha muerto la madre de Andrés.

—¿Y quién es ella? dijo Ana: ¡ah! ¡sí! ¡Luisa! ¿y dice usted que han dado de puñaladas á su marido?

El Moreno comprendió que habia dicho una imprudencia y se apresuró á componerla.

—Eso dicen, contestó; lo he oido á no sé quién al venir.

—Sí, sí: se habla de un caballero recien casado á quien han asesinado en una quinta á poca distancia de Madrid, dijo el padre Quirós.

—¡Dios mio! ¡con que es decir que todos nuestros amigos han sido puestos á prueba por Dios! ¿Y Luisa? ¿dónde está Luisa?

—No lo sé, dijo el Moreno: anoche cuando menos lo esperaba me encontré con cierto conocido mio, que sin saber cómo me ha entretenido hasta ahora. Pero en fin, ya estoy aquí, y ya que tiene usted puesta la mantilla, vamos, señorita, vamos primero á casa de Andrés, que lugar nos queda de averiguar dónde está la señorita Luisa.

—Sí, sí, vamos, dijo Ana. ¿Y no nos acompañará usted, padre?

—Yo nunca me niego á ir donde está el dolor, dijo el padre Quirós levantándose.

Los tres salieron de la casa.

El espíritu de Luisa los seguia.

Recorrieron con paso rápido algunas calles, y llegaron al fin á casa de don José Perez, ó lo que es lo mismo á casa de Andrés Zoa.

¿Habeis penetrado alguna vez en el hogar de una familia, cuando aun está en él el cadáver de uno de sus individuos?

Las gentes no van aun á hacer la visita de duelo, porque no es costumbre.

Es necesario que hayan pasado algunos dias, lo acerbo del dolor, lo contínuo de las lágrimas y de los sollozos, y sobre todo el olorcillo desagradable del muerto.

Cuando la casa se ha sahumado, cuando en el semblante de los parientes solo queda una profunda tristeza que se armoniza con los negros vestidos, á los que ya no falta ningun detalle, cuando el dolor se ha preparado para recibir al mundo, entonces el mundo va á ser testigo de aquel dolor, á apreciarlo, á medirlo, á aquilatarlo y... á consolarlo.

Los que van en los primeros momentos cuando el dolor es agu-

do, cuando el luto es desordenado, cuando se está aun en los tristes preparativos de la mudanza de entre los vivos al archivo general, de aquello que ha dejado de ser persona, para convertirse en esa cosa que se llama cadáver; los que van en tales circunstancias, decimos, no van á consolar, van á llorar tambien, y decimos mal, porque los que lloran nuestros dolores los alivian dividiendo con nosotros el dolor.

Entonces en una habitacion cerrada, entre algunas luces, sobre una mesa cubierta con un paño de terciopelo, se ve un ataud descubierto, y en aquel ataud lo que queda de un sér... los criados pasan por la puerta de aquella habitacion en silencio y de puntillas, como si temiesen turbar el sueño de la muerte, y allá en otra habitacion por cuya puerta se pasa tambien en silencio, están los parientes próximos.

Todo en estas circunstancias tiene un color, una manera de ser escepcionales: todo es sombrío, todo imponente.

Este aspecto tenia la casa de don José Perez.

El cadáver de la madre de Andrés se habia bajado á una habitacion del piso bajo, junto á los talleres, que aquel dia estaban silenciosos.

En el piso principal en otra habitacion estaban Perez, madama Eloisa y Leontina.

Cuando entraron Ana, el padre Quirós y el Moreno, y con ellos el pensamiento de Luisa, Perez se paseaba á lo largo de la sala, cuyos balcones estaban entornados, sin duda porque la luz del sol es demasiado alegre para entrar libremente en una casa habitada por la muerte.

Sentada en un sillon y pensativa estaba madama Eloisa, y en un sillon mas apartado y completamente abstraida, pero con una abstraccion enteramente distinta de la de sus padres, estaba Leontina.

El pensamiento de Luisa ó su espíritu prescindió de todos los demás y se unió á Leontina.

Leontina no pensaba en la muerte de su madre política ni sufria por ella.

Leontina pensaba en Andrés.

No en el Andrés que acababa de perder á su madre, que estaba inconsolable, sino en el Andrés que la despreciaba: en el Andrés que amaba á otra.

Y Luisa, penetrando en el pensamiento de Leontina, se veía re-

producida en el pensamiento de la jóven, aborrecida, objeto de una rabia infinita y de unos celos desesperados.

Luisa veía en el pensamiento de Leontina que lo que Andrés la inspiraba no era amor, sino empeño; y allá en el fondo del alma de Leontina veía otra figura, la figura de un hombre en quien Leontina pensaba con amor.

Luisa conocia á aquel hombre, porque aquel hombre era el baron del Destierro.

Luisa en su pureza no podia comprender lo que veía de una manera misteriosa, por un fenómeno que no podia esplicarse sino por la intervencion del poder sobrenatural que estaba en contacto con ella; la espantaba el ver que Leontina estaba empeñada por Andrés, celosa, y al mismo tiempo enamorada de otro hombre.

Luisa no sabia que una mujer puede tener al mismo tiempo orgullo y amor.

Su orgullo ofendido la hacia pensar en Andrés: su amor en el baron del Destierro.

Como vemos, Satanás se habia propuesto embrollarlo todo, y lo conseguia.

Dos mujeres estaban fuertemente impresionadas por su apariencia humana: Emilia y Leontina.

Luisa sufria de una manera indecible.

Entre tanto, despues de los primeros y silenciosos abrazos de Ana, de las dulces y consoladoras palabras del padre Quirós, el Moreno, que habia buscado á Andrés entre la familia, no pudo contenerse.

—¿Está enfermo Andrés, don José? preguntó al ebanista.

—No, no señor; es fuerte, es valiente, dijo Perez; el golpe le ha aturdido, pero no ha llorado: se ha encerrado en su aposento, y no permite que nadie le vea. Ya ve usted, señor Martin, nosotros apreciábamos á su madre, la queriamos mucho, hemos sentido su muerte; pero lo que nos tiene aterrados, asustados, no es eso; todos tenemos que morir, y la difunta era ya anciana; pero él nos hace temer, nos hace sufrir; es mucho, mucho aquello; parece que para él se ha acabado el mundo.

—¿De modo que yo tampoco puedo verle?

—Dejémosle, dejémosle por ahora; ello pasará... el tiempo... yo me acuerdo... cuando murió mi madre, me pareció que habia muerto algo de mí mismo, que me faltaba un miembro; y en efecto, me faltaba algo del alma: porque una madre, señor Martin...

—Entiendo, entiendo; me lo figuro; debe ser muy triste... pero como no he tenido madre, es decir, como no la he conocido, me sucede que no puedo ser buen voto... pero es necesario que yo vea á lo menos á Andrés.

—Es inútil: suba usted, sin embargo, pero no le abrirá; se ha encerrado y no responde á nadie.

—Pues veremos si me responde á mí.

Y el Moreno salió.

El espíritu de Luisa seguia al Moreno.

Este, que conocia bastante la casa, subió al piso segundo, llegó de puntillas á una puerta y se puso á mirar por la cerradura.

Andrés estaba vuelto de espaldas á la puerta y echados los brazos sobre una mesa y la cabeza sobre los brazos.

El Moreno no se atrevió á llamar.

Le impuso miedo aquel dolor mudo, y se quedó observando.

De repente Andrés se levantó en un movimiento nervioso y volvió su semblante á la puerta.

Era como si hubiese sentido la aproximacion fantástica de Luisa.

Sus cabellos estaban desordenados, su semblante pálido, sus ojos encarnados y fosforescentes.

Respiraba con dificultad, y todo en él revelaba una atonia terrible, una perturbacion de los sentidos.

Luisa se estremeció, porque si no estaba allí su cuerpo, estaba su alma, y su alma trasmitia sus sensaciones á su cuerpo, que estaba allá durmiendo ó con la apariencia de dormida en la distante casa de campo adonde la habia llevado Cesárea.

Y como antes habia penetrado el alma de Luisa en el pensamiento de Leontina, penetró entonces en el pensamiento de Andrés.

Luisa se estremeció de nuevo al comprender el horrible padecimiento del jóven: sufria por su madre, sufria por su amor.

La misma noche en que Luisa se habia casado, y cuando olvidándose de todo en su desesperacion, habia querido buscar en la muerte una defensa contra lo insoportable de su dolor, su madre habia dejado de existir.

Y para el alma de Andrés, vivamente sensible á esos amores que constituyen casi la vida del hombre; el amor en cuyo seno recibe el hombre la vida física primero, á quien debe despues la vida moral, la madre; y el amor hácia ese otro sér que dá al hombre una continuacion de sí mismo en sus hijos, la esposa, al verse sin la madre

y sin la esposa de su alma, esto es, de su amor, Andrés habia quedado reducido á un anonadamiento penoso, frio, insoportable.

De la misma manera que Luisa se aterró al aspecto de Andrés, el Moreno, que miraba por el claro de la cerradura, se asombró tambien y llamó á la puerta.

—Abra usted, voto á tal, abra usted, amigo Andrés, dijo, y no se nos encierre de ese modo.

Andrés se conmovió de una manera poderosa, prestó atencion, una atencion vaga, y no contestó.

El Moreno volvió á llamar.

—Vamos, dijo: no se trata de ningun lobo, ni siquiera de un hombre que tenga las entrañas de piedra, sino de un amigo. Con que á abrir, señor Andrés, y entendámonos y hablemos.

Andrés se pasó la mano por la frente y dió un paso hácia la puerta.

Pero se dutuvó de nuevo.

El Moreno se vió obligado á llamar por tercera vez.

Entonces Andrés adelantó de una manera nerviosa hácia la puerta, y la abrió con ímpetu.

Retrocedió al ver al Moreno, y luego en una reaccion repentina se arrojó entre sus brazos y rompió á llorar.

—¡Ah! voto á Neptuno, dijo el marino conmovido: eso es bueno, señor Andrés, eso es bueno; llore usted todo cuanto pueda, que las lágrimas oprimen al corazon y le amargan. ¡Dios de Dios! ¡diablo! Y es necesario dar á cada cosa lo que es suyo y gritar, y desahogarse. ¡Eh! ¿qué hemos de hacerle? Dios ha querido que no sepamos cuándo hemos de hacernos á la mar, y cuando menos lo pensamos el chubasco viene encima y barco á pique. Pero es necesario que se salve la tripulacion. Ea, valor y confianza en Dios, y no aflijamos á la difunta, que sin duda ninguna nos está mirando desde el cielo.

—¡Oh! ¡qué noche, Dios mio! ¡qué noche tan horrible! dijo Andrés separándose del marino y retrocediendo maquinalmente hasta el sillon, del cual se habia levantado y sobre el que se dejó caer otra vez.

Entonces el Moreno al acercarse á la mesa, vió lo que el espíritu de Luisa habia visto ya.

Una caja de marfil sobre la cual se veía en alto relieve, casi en relieve entero, una cabeza de mujer.

Nuestros lectores conocen ya esta caja, sobre la cual estaba un admirable retrato de Luisa.

—¡Ah! dijo el marino mirando con asombro aquella cabeza y en un momento de impremeditacion: ¡doña Luisa!

—¡Ah! dijo Andrés poniendo vivamente la mano sobre la caja y enrojeciéndose.

—¿Y por qué? dijo el marino; ¿no soy yo un hombre? y sobre todo, ¿no soy un amigo? ¿por qué avergonzarse de que yo haya sorprendido un secreto que nada tiene de vergonzoso? ¡Que la ama usted! bien: no se puede remediar el amar á las gentes, y sobre todo cuando la gente de que se trata, es una mujer tal como doña Luisa. Yo no me espanto de nada, señor Andrés.

El amor del jóven se sobrepuso á su dolor, y dijo:

—No hay nada de que espantarse, señor Martin: si el retrato está en mi poder, doña Luisa no lo sabe; soy escultor y he hecho ese retrato de memoria.

—¿Y quién piensa, quién dice otra cosa? vamos, yo me alegro que usted al perder á su buena madre, haya buscado consuelo en el recuerdo de doña Luisa; ¡es tan natural que cuando sufrimos nos amparemos de los amigos! ¡y qué mejor amigo que el recuerdo de la mujer que se ama!

—Yo no sé lo que me sucede, dijo Andrés fijando sus ojos dilatados y ardientes en el marino: la muerte de mi madre ha sido para mí una sorpresa horrible, una desgracia insoportable: y sin embargo, yo, que no debia pensar sino en que ya no volveré á ver á la buena anciana, á la adorada madre mia, pienso tambien en ella, y me desespero tambien por ella.

—Pero doña Luisa no ha muerto.

—¡Se ha casado!

Pronunció de tal manera Andrés estas palabras, que dieron miedo al Moreno.

No supo qué decir.

—Es verdad, esclamó con doloroso sarcasmo Andrés: yo no debo estrañarlo: yo me he casado tambien: doña Luisa se ha casado con un hombre á quien amaba... y yo... ella no sabe que yo... ¿qué derecho tengo yo? ¿Por qué me quejo?

La voz de Andrés iba tomando á cada momento mas insensatez, haciéndose mas ronca, mas profunda, mas vibrante y al mismo tiempo mas temblorosa.

El Moreno siguió en su silencio: sabia muy bien que puede conseguirse consolar á un hijo que ha perdido á su madre, pero que es de todo punto imposible consolar á un celoso.

Luisa sufria tambien de una manera inesplicable: hubiera querido poder decir con su alma á Andrés: me he casado, sí, pero entre el hombre con quien me he casado y yo, no hay nada de comun, ni lo habrá jamás.

Pero Luisa no podia decir esto de ninguna manera, en ninguna situacion; podia desear que Andrés supiese las circunstancias estraordinarias en que se encontraba con Juan de Castro; pero no solo Luisa no lo hubiera dicho jamás á Andrés, sino que ni tampoco le hubiera dejado sospechar siquiera que le amaba.

Y el espíritu de Luisa giraba al rededor de la cabeza de Andrés, y se perdia entre sus cabellos.

Y Andrés lo sentia de una manera misteriosa, y su desesperacion y su dolor crecian, y parecíale mas irreparable la pérdida de su madre.

De repente vió Luisa aparecer á Satanás como una sombra impalpable, con su terrible y hermosísima figura de arcángel condenado, y colocarse detrás del Moreno.

Este se animó como dominado por el espíritu maligno.

—Vamos, dijo, no hay que desesperarse porque se haya casado doña Luisa; nada hay perdido.

—¿Que no hay perdido nada? dijo Andrés.

—No; por el contrario, ha ganado usted mucho con que se haya casado con ese hombre, porque así ha podido conocer que era un infame.

—¿Qué habla usted de infamias?

—Que ese Juan de Castro no se ha casado con doña Luisa mas que para venderla.

—¿Para venderla á quien? dijo Andrés, levantándose de una manera terrible.

—Al vizconde de Rudaguas.

—¡Oh! ¡no! ¡eso es mentira! ¡eso no puede ser verdad!

—Eso es tan verdad como que Juan de Castro fué anoche mortalmente herido, y como que el vizconde salió de la quinta, adonde habia llevado á los esposos, á la una de la noche, desesperado y dado á los diablos. Puedo asegurarle á usted que doña Luisa está tan soltera ahora como antes de haberse casado.

—¡Oh! ¡si eso fuese!

—Es: y mas todavía: doña Luisa, la conozco bien, se separará de su marido: y aun hay mas: juraria sin temor de equivocarme que doña Luisa le ama á usted.

Luisa se estremeció.

Comprendió las horribles intenciones de Satanás, puestas en práctica por medio del Moreno.

Queria establecer una lucha peligrosa, terrible, entre ella y Andrés.

Andrés por su parte recibió aquella revelacion del Moreno como quien recibe una herida violenta: por el momento no sintió nada: luego cayó desplomado sobre el sillon, y á falta de sangre las lágrimas, sangre del alma, salieron á raudales por sus ojos.

La reaccion se habia operado.

El Moreno miraba con alegría, porque era un buen hombre y estimaba á Andrés, que al fin el corazon del jóven se desahogaba.

—Y bien, dijo para sí: en cuanto se calme su dolor por la muerte de su madre le tenemos en campaña contra ella; ella, si no le ama, le aprecia mucho, no tengo duda, y en la situacion en que se encuentra le amará: su mujer, la Leontina, podrá suceder... y Juan de Castro... la vida está pendiente de un momento... si se quedáran libres... y luego el mundo es muy ancho: lo que se sabe aquí no se sabe cuatrocientas leguas mas allá, y nadie lleva escrito su nombre en la frente. Pero es menester dejarle, dejarle que piense y no pregunte: con lo que le he dicho ya tiene lo bastante para consolarse.

Y el Moreno se levantó y salió furtivamente de la estancia aprovechando el parasismo de Andrés.

Satanás desapareció con el Moreno.

El espíritu de Luisa permaneció en la habitacion.

De repente Andrés levantó la cabeza y miró en torno suyo.

Estaba loco.

Se levantó y cerró de nuevo la puerta.

—Es estraño, dijo: las horribles desgracias que me han sucedido me han trastornado la razon: me parece que la siento, que está aquí conmigo, unida á mí, formando parte de mi ser. ¡Oh madre, madre mia! perdóname, si reciente aun tu muerte pienso en ella, y no puedo apartar de mí su pensamiento: perdóname: tú sabes, porque sin duda me ves desde el cielo, que solo la noticia de tu muerte pudo impedir el que yo desesperado muriese. ¡Oh! ¡mi madre! ¡Luisa! ¡Dios mio!

Y sentándose junto á la mesa, miró un momento el retrato de Luisa y luego le cubrió sollozando de besos y lágrimas.

Luisa hubiera exhalado un grito horrible si hubiera podido gritar: sentia aquellos besos ardientes: sentia sobre su semblante aque-

llas lágrimas abrasadoras, y al mismo tiempo á sus espaldas una carcajada leve, hueca, horrible: la risa de Satanás.

Luisa sintió un dolor agudo, creyó morir, y luego sintió que su pensamiento, su espíritu se separaba violentamente de Andrés, que cruzaba rápidamente el espacio.

Luego... se encontró en el lecho en que la habia acostado Césarea, fria, sudorosa, fatigada.

Antonia estaba junto á ella.

—¡Oh! qué horible pesadilla la tuya, Luisa, dijo Antonia.

—¡Oh! ¡un sueño! ¡ha sido un sueño! dijo Luisa: ¡pero qué sueño tan horrible, Dios mio!

Y se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

---

## CAPITULO VI.

En que continúan los prodigios, y las malas artes del diablo.

Aquel mismo dia todo Madrid, es decir, todo el mundo que se ocupa de los escándalos, sabia lo que habia pasado en la quinta del vizconde de Rudaguas.

El buen juez de primera instancia lo habia contado reservadamente á un amigo, este lo habia dicho á otro en secreto, el otro á un cuarto, aquel á un quinto, y de reserva en reserva, de confianza en confianza, habia llegado á saberlo todo el mundo.

Sabian que el vizconde habia sido preso, llevado á la cárcel é incomunicado, y se murmuraba no sabemos qué sobre asesinatos, sobre robos, sobre envenenamientos.

Y cuando se hablaba de envenenamientos, se nombraba, aunque con gran misterio y en voz sumamente baja, el nombre de la madre de Emilia.

Todo aquel cúmulo de noticias habia llegado con unas dimensiones colosales á la tertulia de la generala Robles.

Ya hemos dicho en otro lugar lo que era esta señora y lo que eran sus conocimientos: una sociedad *sui generis*, de aventureras enmascaradas, de altos bribones encubiertos bajo la forma mas conveniente, y llenando el fondo, como comparsas, una multitud de necios de todas clases y colores.

Allí dominaba la hipocresía, culminante virtud de nuestra época; allí se anatematizaba en alta voz con el acento del desprecio, lo mismo que en particular practicaba cada uno de los anatematizadores: aquella casa era una de las fauces siempre abierta de esa hidra que se lla-

ma mundo, cuyo estómago de buitre necesita para calmar su hambre devorar reputaciones, triturar desgracias, llenarse de lágrimas: aquel era un anfiteatro de diseccion, donde se operaba de una manera admirable, con una forma en que nada habia que echar de menos: los dias de magna animacion en aquella sociedad eran los que ofrecian un gran escándalo, y el que corria por Madrid á propósito de los sucesos de la quinta del vizconde de Rudaguas era de primer órden.

El casamiento de Luisa, la situacion escepcional en que despues de casada se habia encontrado, la venta de una mujer hecha por un marido antes de serlo; el asesinato, el robo, la prision del vizconde... todo esto era mas de lo que podia desearse; aquella noche la tertulia de la generala Robles estaba animadísima.

El ancho salon hervia de mujeres bellas unas, y frescas, y resplandecientes, apurando las otras los últimos recursos de una belleza disipada, abrasada, gastada con una prodigalidad maravillosa: viejas y feas, procurando compensar sin conseguirlo la falta de juventud y de hermosura con afeites y prendidos; todas tratándose amigablemente, y todas enemigas; y entre estas mujeres, *hombres notables*, pretendiendo no parecer pretensiosos; eminencias políticas que se dignaban conceder la honra de su conversacion á jóvenes ambiciosos y corrompidos que estudiaban su engrandecimiento propio en la historia infame de los ya engrandecidos, que como ellos, y veinte años antes, estaban confundidos entre las mas humildes clases de la *mesocracia;* literatos con mas soberbia que letras; periodistas á caza, los unos de noticias graves, de escándalos de gacetilla los otros; viejos verdes, asediando niñas viejas; mamás ayudando á sus buenas hijas en la caza del marido; vetustas matronas haciendo la última campaña con una fiebre rabiosa, y agiotistas y conspiradores de oficio, y alguno que otro individuo de la alta policía secreta con frac negro y guante blanco; todo esto envuelto por las buenas fórmulas del gran mundo; todo subordinado á una cuestion de estilo; todo punzante de la manera mas aguda, mas discreta, mas ática; todos respetándose rígidamente en las formas; todos y cada uno despreciando á los demás en el fondo de la conciencia; todos ocultando, tras de la adulacion mas perfecta, su envidia, ó su odio, ó su malquerencia; gusanos de tumba que, cuando no tienen cadáver que devorar, se devoran á sí mismos.

La casa de la generala Robles no era ya el sepulcro blanquecino de que habla el Evangelio, sino el sarcófago dorado y resplandecien-

te que ocultaba un foco de infeccion; un centro de accion deletérea; una concentracion de inmoralidad multiforme; un mercado de miserias y de vergüenza.

Y sin embargo, á juzgar por la forma, quien no hubiese conocido á aquellos hombres y á aquellas mujeres, hubiera declarado la reunion de la de Robles un centro escogido donde brillaban el buen gusto, las buenas formas, las buenas costumbres, el mas rígido decoro, la moral mas pura.

Por eso hemos dicho que la virtud mas culminante de nuestra época es la hipocresía.

Poco importa que la careta sea trasparente y se vea debajo un rostro deforme: basta que, como una muestra de respeto al mundo, se vea sobre aquel rostro una careta de cristal. Faltaba una de las concurrentes asíduas.

Emilia, la bella Emilia, la desventurada esposa del vizconde de Rudaguas.

Su falta era lógica, despues del escándalo de la noche anterior; y habia acabado de hacerla lógica un suceso grave.

Su marido estaba preso.

En el estrado, en los grupos y en todas partes, no se hablaba de otra cosa.

Luisa, como era natural, hacia el gasto de la conversacion. Era un misterio. Algunas la llamaban ya, no sabemos con cuánta agresiva simpatía, *la casada vírgen.*

Esta denominacion solia soltar algun ingeniosísimo chiste á algun respetable célibe, chiste que hacia cubrir con los abanicos el rostro de las señoras circunvecinas, cosa que no servia ciertamente para ocultar su rubor, sino para dar mas fuerza á una sonrisa cortante y maligna que se dejaba ver á medias.

Esa clase de gentes gozan en la depresion de las mujeres, porque necesita para elevar su vergüenza, que la vergüenza rebaje á las demás.

Pero habia una circunstancia que tenia poseidos de una ansiosa curiosidad á todos aquellos caballeros, y especialmente á todas aquellas señoras.

¿Qué habia sido de la heroina de aquella historia, de la misteriosa Luisa, de la hermosísima huérfana, de la vírgen casada?

Se la habia llevado Cesárea Wadicoff, aquella otra escentricidad viviente, aquel refinamiento de distincion escéntrica, aquella princesa rusa, cuya historia era tan fuertemente romántica, y que habia

caido como una bomba en medio de la sociedad de Robles, trayendo á ella un movimiento inusitado.

¿Pero adónde se la habia llevado?

Á casa de la vieja marquesa de Alzapuente no, porque la marquesa estaba allí y no sabia una palabra.

¿Á la casa del baron del Destierro, su marido?

Acaso: pero era el caso que aunque se hablaba mucho de la magnificencia de la casa del baron, se hablaba de memoria, porque nadie habia estado en aquella casa, ni aun se sabia dónde estaba situada.

Todos creían que estaba fuera de Madrid.

Pero nada mas.

Una de las escentricidades del baron habia sido no ofrecer su casa á sus numerosos conocimientos.

La policía, como sabemos, habia querido informarse; pero como sabemos tambien, en vista de cierta seña secreta que habia exhibido el baron, la policía habia reconocido en él á un superior misterioso, y se habia hecho atrás respetando el misterio.

Solo se tenia una esperanza.

Que la ocurriese á la princesa dejarse ver aquella noche en casa de la generala Robles.

Se deseaba ardientemente su venida.

Cuando paraba un carruage, todos decian para sí:

—¿Si será ella?

Pero entraba á poco alguna vieja condesa, ú otra cosa de este género, y la reunion se veía obligada á sostener la conversacion con vaguedades, con suposiciones, y á desear de nuevo que Cesárea apareciese.

De repente apareció en la puerta del salon una dama hermosísima.

Todas las miradas se fijaron en ella como si ella las hubiera atraido.

Se levantó ese rumor característico que tiene lugar en los teatros á la aparicion de un personage que ha inspirado un gran interés.

Era Satanás bajo la figura humana de Cesárea.

Todos se levantaron de una manera impremeditada, que podriamos llamar escepcional.

Cesárea atravesó magnífica como una emperatiz que sabe serlo, y con el maravilloso esplendor de su hermosura y de su trage, por

medio de aquellas gentes, se dirigió á la de Robles, la besó, y se sentó á su lado en el sofá.

El público se estrechó en derredor de aquel sofá que la presencia de Satanás habia convertido en un escenario.

—No te esperaba ciertamente, Cesárea, dijo Mariana; sabiámos que te habias llevado contigo de la quinta del vizconde de Rudaguas á tu amiga la marquesa de...

—De Guapeltepec, dijo Cesárea ayudando la memoria de la mariscala.

—Sí, eso es: lo sabiamos porque lo sabe todo el mundo, y suponíamos que la gravísima situacion en que se encuentra esa señora te obligaria á estar á su lado.

—Luisa duerme en su casa de campo, dijo Cesárea; he logrado calmarla, y aprovechando su descanso he venido; debia venir; la ley ha mediado en este negocio; ha habido declaraciones y procedimientos, y ya se sabe que estas cosas traspiran: yo no puedo permitir que la reputacion de Luisa padezca, y vengo á rehabilitarla delante del mundo.

—Sin embargo, dijo la de Robles sonriendo; es tan escepcional la situacion de esa señora, que difícil será evitar los comentarios, las suposiciones; la marquesa ha obtenido el triste privilegio de hacerse funestamente notable: ayer maestra de lenguas, sin poseer mas que su talento y su hermosura, y hoy marquesa, rica y con posesiones en los alrededores de Madrid; ¿por qué ha observado tu amiga una conducta tan incomprensible? Ha hecho mal.

—Ella se creía verdaderamente huérfana y pobre: ella ha dado lecciones de lenguas por necesidad, sin sospechar siquiera que era inmensamente rica...

—¡Inmensamente rica! dijo la de Robles.

—Mas de un millon de renta, dijo Cesárea.

—¡Un millon! esclamaron con asombro los oyentes, unos en voz perceptible, otros para sí.

—Mas de un millon; pero de un millon en América, es decir, mas de un millon de pesos fuertes, ó lo que es lo mismo, veinte y cuatro millones de reales de renta fija.

—¿Y está muy de cuidado el marido de esa señora? dijo un jóven y bello duque.

—Vivirá lo bastante para ir á presidio, dijo Cesárea.

—¡Á presidio el marido de una mujer tan rica! dijo un magistrado cesante.

—Por demanda de su mujer. Ella se negará: será necesario comprometerla á que defienda su honor; á que ponga de manifiesto las infamias de que ha sido víctima.

El interés del auditorio crecía: la novedad de moda iba tomando unas dimensiones gigantescas: aquello era inmejorable.

Se oía el silencio general, y aquel silencio era la interrogacion mas viva que podia hacerse á Cesárea.

—Los tribunales, dijo esta, absolverán á mi amiga: la presentarán al mundo pura, digna, resplandeciente, interesante por su inaudita desgracia; pero antes de que la ley declare su inocencia, lo digna que es del aprecio y del respeto de todo el mundo, es necesario que el mundo sepa la verdad por mi boca. Á eso he venido, señores; por eso he dicho que venia á cumplir un deber. Ahora, y como introduccion de la historia que voy á referir á ustedes, voy á leerles un documento singular.

Y Cesárea, sacando una preciosa cartera, la abrió, tomó de ella un papel doblado, y leyó lo siguiente:

«Yo, Juan de Castro, declaro: que me he casado voluntariamente con doña Luisa, hija de padre desconocido; que ningun derecho tengo sobre ella; que he vendido mi nombre, y que toda demanda de adulterio que en su dia pueda interponerse por mí, es nula, ineficaz, falsa, puesto que yo no he sido ni seré nunca, respecto á doña Luisa, mas que un medio para ocultar sus relaciones con otro hombre. Y para que conste, firmo espontáneamente, de mi propia voluntad, esta declaracion.»

Cesárea dobló el papel, le guardó de nuevo en la cartera y vino á sentarse otra vez junto á la de Robles, en medio de un murmullo de asombro general.

—El miserable que esto ha firmado es el esposo de Luisa, el mismo que ha sido herido por tres puñaladas esta misma noche dentro de la quinta del vizconde de Rudaguas, y que acusa al vizconde de este último crímen.

—¿Pero para qué queria el vizconde matar á un hombre tan complaciente? dijo una jóven condesa.

—Para deshacerse de uno de los obstáculos que impedian su casamiento con Luisa, dijo el diablo.

—Pero, Cesárea, dijo la de Robles, siempre quedaba un obstáculo: el vizconde es casado.

—Dicen que el vizconde sabe ya de qué manera silenciosa, sin sangre, sin vestigios, se quita de enmedio un estorbo.

—Sin embargo, no ha sido tan prudente en su tentativa de asesinato sobre ese hombre, dijo una viuda.

—Hay que tener en cuenta que estaban en una casa de campo: que la habitacion que se habia destinado á los recien casados era cabalmente la mas retirada de las habitaciones de los criados, y muy accesible por la parte de afuera: que un balcon de aquella habitacion se ha encontrado violentado y robados los muebles de valor, como relojes, candelabros y objetos de oro y plata, y enmedio de este trastorno ese Juan de Castro, sin sentido, ensangrentando; el proyecto era bueno, hay que confesarlo; pero Dios ha protegido á ese hombre, ó mas bien á Luisa, haciendo que sus heridas no sean mortales, y ese hombre ha comprendido la verdad, ha acusado, y de aquí la prision del vizconde de Rudaguas. El delito se probará, y el vizconde morirá, como han muerto todos sus ascendientes: de una manera desastrada.

—¡Oh! ¿Quién lo hubiera creido?

—¡Un hombre tan simpático!

—¡De tan buena reputacion!

Esclamaron algunas de las concurrentes.

—Es muy comun, por desgracia, en el gran mundo, dijo Cesárea, que tengamos que arrepentirnos de haber confiado demasiado en las apariencias, ya se trate del bien, ya del mal. Ayer estaba considerado el vizconde como un hombre de honor, y hoy le vemos sometido con justicia al fallo de la ley: aun se duda hoy de mi amiga, aun se la cree una mujer perdida, ó al menos ambigua: mañana, muy pronto, los que tal han creido, conocerán que han obrado con sobrada ligereza.

—¡Oh! Las apariencias, en efecto, han sido terribles.

—Como lo son siempre las de las personas que inocentes, confiadas en su virtud, tranquila la conciencia, atraviesan sin precaucion por medio de un mundo siempre dispuesto á creer en lo que parece ser, no en lo que es: cuento con vuestra indulgencia para que me sigais escuchando, porque voy á contaros la historia de la madre de Luisa; de la madre vendremos á la hija, y lo sabreis todo; pero os advierto, señores, que la historia será larga: son las diez, añadió Cesárea consultando su reloj: dentro de cuatro ó seis horas habremos concluido.

Á nadie le pareció aquello escesivo: podia concluirse la representacion, ó mejor el relato del drama, á las dos ó las cuatro de la madrugada; nunca los conocimientos de la de Robles se retiraban mas temprano.

Cesárea, despues de haber dicho estas palabras, se levantó como determinando un blanco, un intermedio entre el prólogo y la historia; se acercó al piano, tocó una pieza maravillosa y desconocida, durante la cual los concurrentes se entregaron á una charla de circunstancias, divididos en grupos; los que no pueden pasar mucho tiempo sin fumar se fueron al salon destinado al efecto, para prepararse con un hartazgo á un largo período de abstinencia, y al fin, cuando cesó de sonar el piano, todos volvieron y se agruparon alrededor del estrado, donde, ya esperando á su público, estaba sentado el diablo al lado de su amiga la generala Robles.

Cuando estuvieron llenas las localidades, Cesárea empezó la relacion siguiente:

---

# CAPITULO VII.

Historia de la madre de Luisa.

La historia que os voy á referir, señores, debe tener un título, y le tiene en efecto: este título es:

*La fuerza de las apariencias.*

Todos recordaréis que hace mas de un año, un terrible incendio arrasó hasta los cimientos una antigua casa en la costanilla de San Andrés.

Aquella casa era el solar de una familia misteriosa; de las descendientes de una mujer harto desgraciada.

Aquella casa habia sido construida de planta en 1648.

Hoy una casa nueva se levanta sobre aquel solar antiguo.

En la vieja casa enunciada han muerto seis mujeres, progresivamente la una madre de la otra.

En aquella casa nacieron tambien cinco de estas seis mujeres.

La quinta abuela de Luisa fué víctima de una infamia que la entregó al voluptuoso Felipe IV de Austria.

Su cuarta abuela, nacida de esta infamia, fué reconocida por el rey Felipe IV como su hija bastarda, y ennoblecida, aunque no heredada.

De suerte que sin haber deshonra en la bastardía de Luisa, puesto que su quinta abuela fué víctima de un crímen, que rechazó constantemente despues del crímen los amores del rey, y que por consecuencia del crímen murió loca; sin haber deshonra en la bastardía de Luisa, repito, sangre real corre por sus venas, trasmitida á ella

de abuela en abuela, de modo que se llama, y puede llamarse con justo título, Luisa María Alvarado de Sástago y de Austria, los primeros apellidos por su padre don José Ignacio, marqués de Guapeltepec, y grande de España, y el segundo por su madre Luisa Adelaida Clara de Austria.

Ya veis, señores, que mi amiga no puede ser mas noble.

Si queremos apurar su genealogía y saber el orígen de su quinta abuela, yo puedo aseguraros que el padre y la madre de su quinta abuela Luisa Inés María (la sacrificada por los vicios de Felipe IV), descendian en línea recta, por un esclusivismo de raza, del tronco real de los Faraones.

Es decir, que la nobleza de Luisa, trasmitida de generacion en generacion, viene de los grandes tiempos de la civilizacion egipcia.

Mas claro, señores: el padre y la madre de la quinta abuela de Luisa eran gitanos errantes, sin mezcla alguna de otra raza, durante mas de tres mil años.

Cuando se tiene en cuenta que, segun el *Tizon de España* del obispo Mendoza, hay muy pocas familias de la nobleza española que no tengan judío ó moro, ú oficio infamante, el descender de una raza proscripta, errante y sujeta acaso á una maldicion, pero noble, nobilísima en su orígen, nada hay que decir que á la alta alcurnia de mi amiga la marquesa de Guapeltepec pueda oponerse con fundamento.

Conocida ya la genealogía de Luisa, vengamos á la historia de su madre.

Si conoceis á Luisa, habeis conocido á su madre.

Si no la conoceis, figuraos una mujer poderosamente hermosa, con la pureza de formas de la estatuaria griega, con los cabellos, las cejas y los ojos negros, la frente blanca y pálida, y llena de esa vida exuberante y lángida de todos aquellos en quienes domina el sentimiento: añadid á esto una escelente educacion, estremada distincion en la manera y en la palabra, una imaginacion volcánica y un talento cultivado, unido todo esto á la doble magestad de la virtud y de la conciencia de su noble condicion, y tendreis á Luisa Adelaida Clara á los diez y ocho años, y sola en el mundo, porque su madre la habia sido arrebatada por un crímen odioso, preparado con tal habilidad y tal misterio, que solo Dios pudo conocerlo, solo Dios castigarlo.

Veo en vuestros semblantes, amigos mios, una viva curiosidad por conocer el crímen que dejó huérfana á la madre de mi amiga, y

esto me obliga á tomar la historia con dos años de anticipacion, esto es; cuando Luisa Adelaida Clara tenia diez y ocho años.

Vivia, pues, su madre.

No tengo que describírosla.

Salva la edad, era completamente semejante á su hija.

Os advierto que Luisas se han llamado todas las ascendientes de mi amiga hasta la quinta abuela; que ella es la sétima Luisa de la familia, y que acaso acaso será la última.

Una servidumbre antigua y numerosa, como convenia á su clase y á su posicion, acompañaba á las dos señoras en la tétrica casa de la costanilla de San Andrés.

No podian darse criados mas afectos ni mas fieles.

Las dos señoras estaban perfectamente servidas.

El interior de la casa, aunque triste, era magnífico.

Los muebles que adornaban aquellos salones pintados y dorados, inmejorables.

Todo rico, todo bello, todo de moda, porque siempre está de moda lo que es verdaderamente bueno.

Además, del tiempo de cada abuela quedaba un salon completamente alhajado, al que no se tocaba sino para limpiar los muebles, que no se renovaban jamás despues que la que habia vivido en los tiempos á que correspondia aquel mueblage moria.

Lo mismo sucedia en el guardaropas y en el guardajoyas de la familia; los trages y las joyas de cada abuela se guardaban con un religioso respeto.

Habia además un salon misterioso, cerrado por una puerta de ébano, en cuya pared aparecia un retrato cada vez que una abuela moria, pintado por el mejor artista de su tiempo.

Sobre cada uno de los lienzos de estos retratos, en el ángulo superior derecho, habia un escudo de armas, campo de gules, con banda diagonal de oro de izquierda á derecha.

Estas eran las armas concedidas á la cuarta abuela de Luisa por su padre el rey don Felipe IV.

Algunos carruages y algunos caballos completaban la casa de estas señoras.

Por último, tenian una escelente mesa, vestian admirablemente y concurrian de una manera digna á todas partes.

Todo el mundo conocia á la madre y á la hija, pero de vista, únicamente de vista, porque estaban completamente aisladas y se resistian tenazmente á contraer conocimientos.

Suponíaselas riquísimas, y en efecto lo eran, porque poseían valores considerables en alhajas que jamás se vendian, antes bien se aumentaban, aunque ellas no las compraban jamás.

Eran donativos.

Y los donativos no se reducian á alhajas y telas ricas, sino que tambien consistian en fuertes cantidades de dinero.

Fuera de esto y de la casa en que vivian, estas señoras no poseían ni un palmo de tierra, ni un censo, ni una renta.

Y sin embargo, el dinero que recibian periódicamente todos los meses, no solo bastaba para cubrir todas sus necesidades hasta lo mas supérfluo, sino que determinaba un remanente, que siempre iba en aumento.

Como os he dicho, sin saber de dónde venia, todos los meses recibian una fuerte cantidad, y muchas veces magníficas alhajas y costosísimas telas, encajes y bordados de lo mas costoso que estaba de moda.

Un lacayo dejaba el paquete que contenia el dinero ó los efectos al mayordomo, y solo decia la siguiente lacónica frase:

— Para la señora.

Nunca se preguntaba al lacayo qué persona le enviaba.

Difícil era adivinar.

Podia ser que Felipe IV hubiese dejado esta carga secreta á la corona de España, y que sus reales descendientes la hubiesen respetado.

Pero esto no es verosímil.

Podia ser un protector oculto.

Esto creyeron los criados.

Y como los criados son gente supersticiosa por resultado de su educacion, llegaron á sospechar si este protector sería el diablo.

Sea como quiera, sin bienes ni rentas conocidas, las dos señoras eran fabulosamente ricas.

Habia por entonces en Madrid un caballero perfectamente fátuo, perfectamente hermoso.

No podia decirse que era perfectamente noble, ni exageradamente rico.

Sin embargo, tenia lo que bastaba para poder alternar convenientemente con lo mejor de la corte, y se llamaba don Cosme de Vives, á cuyo apellido se unia el título de vizconde de Rudaguas.

Era, en fin, padre de ese miserable que se encuentra preso por una acusacion de asesinato.

Este hombre vió á Luisa Adelaida Clara, niña hermosísima, inocente, pura, y se enamoró de ella á pesar de que estaba casado, y de que su hijo, al que todos conocemos, tenia ya cuatro ó seis años.

Hacia poco tiempo que el vizconde habia vuelto del estrangero, por donde habia viajado modestamente de incógnito con su familia durante algunos años, á fin de reponer con ahorros, que de nadie pudieran ser conocidos, sus rentas empeñadas.

Cuando volvió con su esposa y con su hijo, cuando volvió á vivir como habia vivido, conoció en el teatro del Príncipe á Luisa Adelaida Clara, que con su madre estaba en un aposento.

Ya os he dicho que el vizconde era uno de esos hombres fuertemente hermosos, que bajo una espresion peligrosamente simpática ocultan un alma nauseabunda, voluntariosa, capaz de todo por satisfacer sus deseos.

Sorprendióle en Luisa Adelaida tanta juventud con tanta hermosura, con tal candor, con tal fuerza de encantos, y arrastrado por el deseo, la miró tenazmente: la jóven reparó en que era mirada, y la causó tambien una profunda impresion el vizconde: preguntó este á sus amigos que estaban en el teatro quiénes eran aquellas señoras, y desgraciadamente aquellos á quienes preguntó sabian lo bastante para prepararle á una conducta peligrosa respecto á Luisa Adelaida.

Dijéronle algunos cuanto sabian acerca de las dos damas: que eran un misterio; que vivian aisladas, aunque se dejaban ver en todas partes, y que no habia medio de entablar conocimiento con ellas, ni aun quedaba el de valerse de los criados, que eran incorruptibles.

Aconsejáronle como lo mas prudente que podia hacer, que dominára la impresion que aquella niña le habia causado y prescindiese de ella; y el vizconde, que ya habia tomado una resolucion, empezó á ponerla en práctica declarando á sus amigos que desistia completamente de una empresa tan difícil.

En efecto, nadie le vió mas ni en paseos ni en teatros, siguiendo ni poniéndose al paso de Luisa Adelaida Clara; pero esto no quiere decir que renunciase. Luisa Adelaida le habia enamorado, y las dificultades habian acrecido su empeño.

Con gran cautela averiguó á qué iglesia solian concurrir las dos damas, y cuando lo supo, se hizo devoto de aquella iglesia; todos los dias por la mañana muy temprano, á pie si el tiempo era bueno, en carruage si era malo; Luisa Adelaida y su madre iban á la cercana iglesia de San Andrés, se arrodillaban delante del presbiterio, y oían una misa, que ellas pagaban.

Despues hija y madre visitaban algunas casas pobres, donde dejaban los consuelos de su inagotable caridad, ó este ó el otro hospital alguna vez de la semana, y se volvian á su casa.

Indefectiblemente las dos señoras se arrodillaban en la iglesia en un mismo sitio, acaso por ese tacto involuntario que nos hace contraer la costumbre, y el vizconde eligió en la iglesia un lugar en el cual solo podia ser visto de la hija, nunca de la madre.

Luisa Adelaida le vió desde el primer dia, le miró, y vió que era mirada por él.

Pero la niña cuidó mucho de que su madre no notase las miradas del vizconde.

Consistia esto en que su madre habia dicho á Luisa Adelaida un dia en que notó que miraba con interés á un jóven:

— Tú no puedes amar, hija mia: esta es una herencia desgraciada que yo te lego: si amas, guarda tu amor en tu corazon, porque yo no puedo concederte á ningun hombre.

Luisa Adelaida conocià demasiado la fuerza de voluntad de su madre; no miró mas á otro hombre, y se redujo á la mas pasiva obediencia.

Consistia esto en que ningun hombre la habia impresionado sériamente.

Pero cuando vió al vizconde, se sintió dominada.

Muy pronto el vizconde conoció que era amado.

Las contínuas miradas de Luisa Adelaida, su inquietud mientras estaba en la iglesia, se lo decian.

Y este amor comprimido por ambas partes, contribuía á que entrambos se empeñasen mas y mas luchando con una contrariedad contínua.

Un hombre menos esperimentado que el vizconde, hubiera atropellado por todo cediendo á la tiranía de su deseo: la paz de la familia se hubiera turbado, y se hubiera hecho imposible de todo punto la aproximacion de los dos amantes.

Una jóven educada, como se educa en general á las jóvenes en nuestro gran mundo, puesta en la posicion en que se encontraba Luisa Adelaida, hubiera dado ese pequeño escándalo que vemos á cada paso de una jóven arrancada legalmente del hogar paterno por la autoridad competente, y entregada á un hombre que acaso con sobrada razon habrán rechazado los padres.

Pero en los tiempos de Luisa Adelaida un depósito legal producia un gravísimo escándalo, porque estos casos eran muy raros.

Y no consistia esto en que las mujeres de los tiempos de Luisa Adelaida amasen menos que las de ahora, sino en que se educaba á las jóvenes de otra manera; en una palabra, en que el *feudalismo paternal*, como podria decirse hoy, no habia perdido completamente todos sus derechos.

Direis que este depósito era imposible, puesto que el vizconde era casado, y no podia casarse con el vizconde.

¡Bah! ¡Pequeño obstáculo para don Cosme de Vives!

Podia superársele quitando de en medio, de entre los vivos, de una manera discreta, á su mujer, lo que para el vizconde importaba poco, porque uno de sus axiomas sociales era el siguiente: *el hombre vive para sí propio: es un sér inteligente, y emplea bien su inteligencia removiendo todos los obstáculos que se oponen á la libre, libérrima obtencion de todo aquello que concierne á su personalidad.*

Ya veis, señores, que esto no era mas que levantar el egoismo hasta la altura del crímen.

Consistia esto en que don Cosme de Vives era completamente materialista.

El hombre tiene un destino: vivir: su vida está llena de necesidades: satisfacerlas es su tendencia irremediable; puesto que la personalidad humana no pasa de la vida, puesto que el hombre al dejar de vivir deja completamente de sér, el hombre debe considerar contrario, enemigo suyo, todo aquello que á su mas grata existencia se oponga: el hombre tiene el derecho de apoderarse por la fuerza ó por la astucia de cuanto desee: el crímen no existe: el verdadero crímen es sentenciarse á una vida odiosa respetando las absurdas convenciones sociales.

Hé aquí en muy poco espacio concentrada toda la teoría del vizconde de Rudaguas sobre los deberes y los derechos humanos.

Don Cosme de Vives consideraba á la humanidad desde el punto de vista del individuo, y reconociendo como una verdad su teoría, vendriamos á rebajar al hombre hasta la categoría de los animales salvages y dañinos.

Era el del vizconde un personalismo absurdo, una aberracion que no puede concebirse en un hombre, sino teniendo en cuenta que Dios ha querido que no haya aberracion, por absurda, por insensata que sea, que no pueda caber en la inteligencia.

El vizconde tenia la pretension íntima de que pensando de este modo se ponia en lo verdadero, en lo conveniente, en lo justo, y

como el sentimiento de lo bueno es convencional, el infame don Cosme de Vives se creía el hombre mas bueno del mundo, puesto que practicaba lo que segun él se debia practicar, y el mas sabio, puesto que habia concentrado toda la filosofía humana en esta sola palabra: *egoismo.*

Así, pues, si hubiera sido necesario asesinar á su mujer y á su hijo para satisfacer un deseo exigente, el vizconde los hubiera asesinado á sangre fria, con la misma tranquilidad y satisfaccion de sí propio que si hubiera puesto en práctica una gran virtud.

Tomando otro camino, don Cosme de Vives hubiera preparado admirablemente una farsa.

Se hubiera valido de alguno de eso bribones que habia, que hay y que habrá siempre, que representan por dinero papeles arriesgadísimos, y sorprendiendo á la madre de Luisa, engañándola á ella misma, la hubiera robado en medio del dia, falsificando una intervencion de la autoridad competente.

Inútil es decir que Dios, por sus incomprensibles designios, como ha dado al leon y al lobo sus garras, sus dientes y sus fuerzas para satisfacer su voracidad, habia dado al vizconde para satisfacer su sensualismo una imaginacion satánica y una astucia de primer órden.

Si hubiera matado á su mujer para hacer posible su casamiento con Luisa Adelaida, solo la justicia de Dios, que todo lo sabe, pudiera haberle pedido cuenta de aquel crímen: si hubiera suplantado á la autoridad para cometer un rapto aprovechando las disposiciones legales, á buen seguro que el mas leve indicio hubiera podido comprometerle.

Pero cualquiera de estos dos medios le hubiera sido inútil para obtener la posesion de Luisa Adelaida.

Sabia el vizconde que por mas que él mismo fuese libre, si pedia la mano de Luisa Adelaida á su madre, su madre se negaria, y que una vez negándose su madre, Luisa Adelaida la obedeceria, fuese el que fuese el sacrificio que se viese obligada á imponerse para obedecer.

Proponer un depósito á Luisa Adelaida era inútil.

Segun los informes que tenia el vizconde, estaba seguro de que Luisa Adelaida no se prestaria á ello.

Todos los obstáculos, pues, que se oponian á la satisfaccion de los deseos del conde, estaban concentrados en su madre.

En la madre, pues, se concentró el pensamiento lúgubre del vizconde.

De paso quiero haceros reparar, porque veo entre las personas que tienen la galantería de concederme su atencion algunas madres de familia, lo peligroso que es comprimir los sentimientos de las jóvenes.

La madre no debe ser el tirano á quien se teme, sino la amiga á quien se respeta.

La madre que no sabe inspirar una completa confianza á su hija; la que la obliga, por temor á una severidad escesiva, á concentrar sus afectos, á ocultarlos, á guardarlos como un tesoro, se espone á lo que se espone todo imprudente que comprime demasiado un cuerpo espansivo.

Puede sobrevenir la esplosion cuando menos lo espere, cuando menos lo tema.

Y los efectos serán irremediables, como son irremediables los efectos de toda esplosion.

Volvamos al vizconde.

Acabo de deciros que los horribles proyectos del vizconde se concentraron en la madre de Luisa Adelaida.

Empezó, pues, á ocuparse en inventar el plan que, puesto en práctica, debia llevarle á la realizacion de sus deseos.

Cruzóse entre tanto un incidente que no habia previsto ni podia prever el vizconde.

En aquella casa tan cerrada para todo el mundo, entraba á visitar á aquellas señoras, tan apartadas de todo trato, un hombre.

Veamos cómo la madre de Luisa Adelaida habia podido cambiar de tal manera de conducta.

Una fatalidad, acaso de resultas de una maldicion (esto podrá pareceros vivamente escéntrico y romancesco, pero todo lo que concierne á mi amiga Luisa lo es); una fatalidad, una maldicion acaso, repito, dominaba á aquella familia; ninguna de las abuelas de Luisa habia tenido la libertad de sus actos: si alguna de ellas se habia rebelado contra esta tiranía del destino, habia sentido necesariamente las consecuencias.

—¿Y qué fatalidad, que maldicion era esa? dijo una jóven escritora, que no pudo contenerse interrumpiendo á Cesárea.

—Para responder á la pregunta de usted, querida, dijo Satanás, sería necesario tomar el secreto de muy arriba y referir no sé cuántas historias. No tenemos tiempo para eso: además, mi objeto por ahora no es otro que poner en claro la legitimidad de mi amiga; y aunque los antecedentes sean un poco estraños, la claridad mas diá-

fana brillará sobre los hechos que determinaron el nacimiento de Luisa, el alejamiento de su padre, y las circunstancias en que Luisa se ha visto fatalmente colocada desde su nacimiento hasta el presente.

Decia, pues, que en aquella casa tan cerrada entraba un jóven que aquellas señoras tan aisladas recibian.

Sepamos por qué le recibian.

Un dia la madre de Luisa Adelaida recibió una carta.

La letra de aquella carta le era muy conocida, por mas que no conociese á quien la escribia.

Su madre, antes de morir, la habia prescrito que obedeciese ciegamente á quien la escribiese con un carácter igual al de algunas cartas que la mostró: además de esto, la habia revelado un secreto de familia, en el cual se justificaba la obediencia obligada que debia guardar al misterioso autor de las cartas.

La carta que la madre de Luisa Adelaida habia recibido decia lo siguiente:

«Dentro de algun tiempo debe sonar la hora en que nacerá una nieta tuya, hija de tu hija. Esta nieta está destinada á ser la víctima espiatoria de cuatro generaciones malditas. Para que esta espiacion pueda tener lugar, es necesario que tu nieta nazca del matrimonio de tu hija Luisa Isabel Adelaida. El otro miembro de este matrimonio será un hombre que ha nacido destinado á partir las dolorosas pruebas de esta espiacion, con tu hija y con tu nieta. Apenas hayas leido esta carta, avisa á tus criados que reciban y te entreguen otra carta que se les entregará. Esta carta estará concebida en los términos siguientes:—«Señora: hace algun tiempo que tengo no sé si la felicidad ó la desdicha de conocer á su hermosa hija: en la iglesia, en el Prado, en el teatro, la he visto con frecuencia: la amo. Al hacer á usted, á su madre, esta revelacion, la pido su mano. Al solicitar una alianza de tal género con usted, debo decir que me llamo don Ignacio de Alvarado de Sástago y de la Peña; soy marqués de Guapeltepec, grande de España, y poseo una fortuna considerable en América. Despues de haberme dado á conocer á usted, deseo que para mí cese el retraimiento absoluto en que segun me han dicho vive usted, y se digne recibirme como su amigo, señora, y mas tarde como su hijo. Espero tenga usted la bondad de concederme una contestacion que me autorice para ponerme á los pies de vuecencia.—El marqués de Guapeltepec.» Debes contestar á esta carta lo siguiente: «Caballero: acepto la amistad de usted y le ofrezco mi casa.» Despues

preparas á tu hija, y pasado algun tiempo la casarás con el marqués, porque así está escrito y debe cumplirse.»

La madre de Luisa Adelaida previno á su portero que recibiera una carta que no tardarian en entregarle.

El criado oyó con estrañeza y con asombro esta órden tan rara, tan inesperada, y fué necesario que su señora se la repitiese.

Poco despues, y mientras el portero, todo pensativo, se paseaba en el patio interior de la casa, oyó un ceceo, y vió en el portalon un lacayo de gran librea que le hacia señas.

Acercóse, y el lacayo le dijo:

—¿Quieres ganarte una onza de oro?

—No, contestó el portero.

—¿Dos?

—Tampoco.

—¿Diez?

—Ni mil.

Miró el lacayo con asombro aquel fenómeno de incorruptibilidad doméstica, y le dijo:

—Eres un tonto.

—En resumidas cuentas, dijo el bueno de Anastasio, ¿qué me quieres?

—Lo que yo quisiera fuera llevarme una contestacion de una carta que traigo para la señora mayor, que como yo la llevára no dejaria de tomar el regalo que me haria mi amo.

—Dame la carta.

—Tómala; pero ¿y la contestacion?

—Espera.

La madre de Luisa Adelaida vió en aquella misma carta el testo exacto de la que habia leido en la de la potestad misteriosa á quien obedecia, y contestó exactamente ni una palabra mas ni una palabra menos que como se la habia mandado que contestase.

El lacayo del marqués de Guapeltepec se llevó lleno de alegría la respuesta de la carta de su amo.

Don Ignacio de Alvarado leyó, sin atreverse á darla crédito, la contestacion de la madre de Luisa Adelaida.

Esta entre tanto oía con estrañeza y con espanto á su madre que le decia que era necesario que recibiese al marqués de Guapeltepec como al hombre que debia ser su marido.

Luisa Adelaida amaba ó creía amar al vizconde de Rudaguas, esto es, al hombre que todos los dias iba á colocarse en la iglesia en

un lugar oscuro, desde donde la miraba con una amorosa avidez, y á quien veía en todas partes, ya fuese en el Prado, ya en el teatro.

Luisa Adelaida no sabia quién era aquel hombre; pero para amar basta con conocer el amor en la persona que nos agrada: el nombre, la condicion importan poco.

Luisa Adelaida amaba un misterio, y guardaba como un misterio su amor, lo que hacia que su amor fuese profundo y voluntarioso.

Sin embargo, temia á su madre; era tímida, paciente; bajó los ojos, y se resignó.

Pero su corazon lloraba, sin que nadie viese su llanto, sin que nadie comprendiese su angustia.

La buena señora, á quien las desgracias, porque la madre de Luisa Adelaida fué muy desgraciada, habian endurecido, no vió en el acento triste de su hija mas que la cosa mas natural del mundo.

Al dia siguiente, á la una en punto, paró un magnífico carruage delante de la puerta de la casa de Luisa Adelaida.

El mismo lacayo que habia llevado la carta del marqués de Guapeltepec abrió la portezuela, y salió un jóven como de veinte y cuatro años, hermoso y vestido convenientemente.

Anastasio se adelantó, le hizo una respetuosa reverencia, y le preguntó:

—¿Tengo la honra de hablar á su escelencia el señor marqués de Guapeltepec?

—Sí, dijo el jóven; yo soy. Haz que me anuncien.

—La señora me ha mandado que en el momento en que vuecencia llegue le introduzca; porque como las señoras viven completamente retiradas, no tienen mas criados que los indispensables, y yo soy á un tiempo mayordomo, portero y criado íntimo.

—Bien, bien... pareces un buen hombre.

—Me he dedicado en cuerpo y alma al servicio de las señoras; pero ya llegamos, añadió Anastasio abriendo en la galería principal una mampara, despues de lo cual atravesó una antesala, levantó un tapiz, y dijo:

—El señor marqués de Guapeltepec.

Y permaneció inclinado á un lado de la puerta, levantando el tapiz hasta que el marqués pasó.

—¡Qué minuciosidad tan fastidiosa! dijo en voz baja una hermosura avellanada á un jovenzuelo marchito en flor, al llegar Satanás á este punto de su cuento.

—Nos está improvisando un novelon semifantástico, ó relatándonosla de memoria.

—Si dura mucho esto, rompo la primera el fuego yéndome, dijo la señora; y á poco sus oyentes no serán mas que viejas y niñas, á quienes los cuentos gustan mucho.

Cesárea habia callado en el momento en que empezaron á cuchichear aquellos dos séres unidos por una especie de analogía física y moral; y sucedió que sin quererlo se oyó entre el profundo silencio el diálogo á media voz de los impertinentes, que se callaron cuando notaron el silencio de la princesa de Wadicoff.

—Estrañaréis acaso, señores, dijo Cesárea cuando los otros habian callado, la forma que doy á mi relato, forma de novela con descripcion, diálogo, comentarios... no puedo evitarlo: es mi manera: os ruego, pues, que me dispenseis si continúo en la forma romancesca.

Levantóse un murmullo de aprobacion, de entre el cual sobresalieron algunas frases lisonjeras, y Satanás continuó:

—El marqués de Guapeltepec encontró en la madre una acogida digna, fria, pero sin esa frialdad que ofende; en Luisa Adelaida, timidez, modestia, una dulce seriedad, un encogimiento que mas que encogimiento parecia recato, lo que acabó de enamorarle.

El marqués hizo una visita corta, y no la repitió hasta los quince dias.

Esta segunda visita fué algo mas larga.

Ocho dias despues volvió, y entró al fin en el objeto de su conocimiento con las dos señoras.

Hizo la peticion formal.

La madre contestó que Luisa Adelaida era *completamente libre* para aceptar ó no aceptar la proposicion del marqués, y Luisa Adelaida, encendida, contrariada, pero oculta la contrariedad bajo la humildad que habia determinado en ella la severidad de su madre, contestó que su voluntad era la de su madre; pero que era necesario esperar á que el tiempo lo demostrase; que haria lo que se la mandase, y que obedecer á su madre era para ella una felicidad.

El marqués, naturalmente, declaró que preferia deber su felicidad al corazon de Luisa Adelaida.

Luisa Adelaida, estrechada hasta este punto, dijo que el tiempo era el único medio posible para saber si además de la obediencia á su madre, la unia al marqués su afecto.

El marqués, pues, alentado, engañado por el carácter aparen-

temente frio de Luisa Adelaida, resultado de su educacion y de la compresion á que habia estado condenada desde que empezó á conocer y sentir, salió de aquella visita firmemente persuadido de que su enlace con él era grato á la jóven, y que antes de mucho el amor vendria á concluir la obra.

Recordad, señores, que esta historia tiene por título: *La fuerza de las apariencias.*

La madre de Luisa Adelaida se engañaba creyendo en la completa inocencia, en la libertad del corazon de su hija.

El marqués no veía en la reserva de Luisa Adelaida otra cosa que el resultado de una escelente educacion.

Porque Luisa Adelaida tenia la espresion mas dulce, mas modesta, mas inocente que puede concebirse, lo que unido á su brillante hermosura, la hacia adorable; pero bajo este aspecto tranquilo se ocultaba la indomable fuerza de voluntad de su raza, que en circunstancias difíciles habia hecho la desgracia de las mujeres de aquella familia empeñándolas en una lucha gigantesca, superior á las fuerzas humanas, contra la fatalidad, esa deidad misteriosa, invariable, tremenda, que pasa destruyéndolo sobre todo lo que encuentra en su camino.

Luisa Adelaida, que habia respondido de una manera tan tranquila, tan inocente, á la peticion del marqués, miraba al marqués con un odio involuntario, con una repugnancia invencible.

Porque Luisa Adelaida, en el misterio de su alma, amaba con la intensidad con que aman las almas comprimidas, reducidas al silencio por una indiscreta severidad maternal; necesitaba aquella alma espansion, y la buscaba; los ojos de Luisa Adelaida habíanse encontrado en los ojos de un hombre hermoso, y al parecer bueno, generoso, espansivo, una mirada llena de ternura, de amor, de esperanzas, y amaba con toda la fuerza de la sangre egipcia que circulaba por sus venas.

De manera que todos se engañaban.

La madre, creyendo en la paz y en la inocencia del corazon de su hija.

Luisa Adelaida, suponiendo bajo la figura del vizconde de Ruguas el sér soñado por su imaginacion entusiasta.

Esto es, el ángel hombre.

El vizconde, creyendo que el amor haria olvidarse de su pudor, de su dignidad, de su manera de ser á Luisa Adelaida.

El marqués, esperando ser amado en un breve plazo por aquella

niña que se presentaba á sus ojos con la purísima nitidez de la perla en el momento de abrirse la concha que la contiene.

*La fuerza de las apariencias* es la mayor parte de las veces el misterio de grandes desgracias.

El marqués estrechó mas las distancias; es decir, reprodujo sus visitas, hasta el punto de que fueron diarias.

Luego aquellas visitas llegaron al último grado de una decente confianza; el marqués convirtió sus visitas de dia en visitas de noche, y acompañaba la velada de las dos señoras hasta las diez, amenizándola con la variada relacion de sus largos viajes, y de los usos y costumbres de otros paises.

La madre de Luisa se habia acostumbrado y aun aficionado al marqués, á quien trataba con sumo cariño.

Luisa Adelaida, templándose al tono que la daba su madre, trataba con suma afabilidad al marqués.

El marqués traducia con demasiado egoismo esta afabilidad, y se creía amado.

La madre creía lo mismo.

Por desgracia, estas apariencias habian envenenado el alma del vizconde.

Con mucha frecuencia, cuando las dos señoras paseaban en coche por el Prado de San Gerónimo, el marqués á caballo, al lado de la portezuela, hablaba con ellas.

La madre le hablaba con cariño; la hija con dulzura.

Y esta conducta engañaba al vizconde de Rudaguas.

En vano una poderosa mirada de Luisa Adelaida, robada al cuidado de su madre y al amor del marqués, pretendia inspirar al vizconde confianza.

En vano aquella mirada amorosa, la única lengua con que Luisa Adelaida habia podido hablar con el vizconde, le decia: solo á tí amo, no dudes, no temas: mi amor no será de nadie.

Pero aunque el vizconde hubiese estado seguro de la posesion del alma de Luisa Adelaida, tenia fundado motivo para temer que otro le robase su hermosura, y tanto mas, cuando se hablaba entre las altas personas de la corte del próximo casamiento del marqués de Guapeltepec con la jóven.

Estos celos, este temor, obligaron al vizconde á poner en práctica sus proyectos acerca de la madre de Luisa Adelaida.

Ya sabeis cuáles eran estos horribles proyectos.

Deshacerse de la buena señora, enviándola al reposo de la eter-

nidad, por la sola razon de que su existencia contrariaba el empeño del vizconde respecto de Luisa Adelaida.

Existe una clase de hombres de genio á quienes la sociedad como recompensa de su talento ahorca.

Estos hombres de genio tienen un nombre.

Se llaman ladrones y asesinos.

Como necesario para llevar adelante sus proyectos, el vizconde pensó en uno de estos genios.

Pensar en aprovecharse de la corrupcion de los criados de la madre de Luisa Adelaida, era un disparate.

Aquellos criados, viejos en la casa, unidos por un afecto profundo á sus señoras, eran fieles hasta el último límite de la fidelidad.

Pero lo que no hace la pasion del oro lo hace otra pasion cualquiera, y generalmente los medios indirectos son los mejores.

El vizconde necesitaba un hombre á propósito á quien dar sus instrucciones.

Pero era dificilísimo de encontrar el hombre á quien el vizconde necesitaba, porque el criminal, cuanto mas criminal es, mas suele encubrirse.

Es necesario adivinar dónde está la punta del hilo que ha de conducirnos á través de un laberinto al objeto desconocido que necesitamos.

El vizconde se fué á buscar este primer punto de partida entre los funcionarios de la ley.

Antes, ahora y siempre, en cada clase, por respetable que ella sea, y como una escepcion, se han encontrado hombres miserables.

El vizconde se informó, y obtuvo noticias de un escribano criminalista, bribon redomado, pero cuyas picardías estaban solapadas bajo su aspecto perfectamente hipócrita.

El vizconde, á fin de comprar á este hombre, le abordó con la franqueza en los labios y el oro en la mano, y á poco tiempo de haber hablado aquellos dos hombres, se comprendieron.

—Se trata de unos amores, dijo el vizconde: la madre de la señora que pretendo es tal, que no tan solo no puedo hablar con ella, sino que tampoco puedo hacer llegar un billete mio á sus manos. Hay pícaros, y usted debe conocer á muchos de ellos, que si saben que llegando á un lugar encuentran grandes riquezas, llegarán hasta aquel lugar, á pesar de puertas y precauciones, como el aire, como las sombras, sin ser vistos ni sentidos, y se llevarán aquella riqueza. Pues bien: yo no quiero que se robe, sino que se deje: en vez de

arrebatar joyas y dinero, dejará una carta siempre que fuere necesario en un lugar tal, que crea quien la encuentre que la ha dejado allí un duende, ó que la carta se ha entrado sola. ¿Tenemos á ese hombre?

—Sí señor, dijo el escribano; mañana le tendrá vuecencia en su casa.

En efecto, se presentó al dia siguiente con una carta de recomendacion del escribano, concebida en términos generales.

Aquel hombre tenia escelente aspecto.

Era jóven, y parecia un honrado artesano.

En efecto, aquel hombre tenia una tiendecilla de sastre y la cara mas bondadosa y servicial del mundo.

El vizconde le interrogó, y el tal le contestó que para él, tratándose de apoderarse de lo ageno, no habia dificultades.

—Probémoslo, sin embargo.

—No tengo inconveniente, dijo al vizconde. ¿Querrá vuecencia decirme qué hora es?

El vizconde buscó en su bolsillo el reloj, y no lo encontró.

—Debo de haberme olvidado de ponerlo en el bolsillo, dijo.

—No señor, no, dijo el ladron: es que el reloj de vuecencia, se ha pasado con dijes y todo á mi bolsillo.

Y sacó el reloj.

—Bien, eso prueba una gran ligereza de manos, dijo el vizconde tomando de nuevo su reloj; pero lo que se necesita es que entres en una casa hasta el cuarto de una señora, y que dejes en su cuarto cuando sea necesario una carta, y vuelvas por la contestacion. Esto me parece mas difícil.

—No, no, señor: envíeme vuecencia á un aposento cualquiera de su casa, hasta el que yo sepa el camino, y me comprometo á llevarme cualquier objeto que vuecencia deje en el tal aposento, y á presentárselo mañana.

—En buen hora: ven, dijo el vizconde.

Y llevó al ladron á uno de los aposentos mas retirados, y le señaló una mesa.

—Ahí dejaré mi reloj esta noche.

—Pues bien, dijo el ladron: mañana traeré á vuecencia el reloj.

El ladron se despidió.

Aquella noche el vizconde dejó el reloj sobre la mesa que habia indicado al ladron, y se puso en acecho.

Nada sintió.

Dió la una, dieron las dos.

A las tres el vizconde oyó un ligero ruido en una habitacion inmediata que no tenia salida, y corrió á ella deseoso de pillar en falso al ladron.

Pero no halló á nadie.

Cuando volvió á la habitacion que habia estado observando oculto tras una vidriera durante tres horas, vió que el reloj habia desaparecido.

Llamó, acudieron los criados, se revolvió la casa, se registró, y no se halló á nadie.

Ninguna puerta estaba forzada.

Al otro dia el ladron le presentó el reloj.

—¿Cómo te has compuesto? dijo el vizconde.

—Entrando.

—¿Cómo?

—Entrando.

—¿Pero por qué medios?

—Ese es mi secreto.

—Yo estaba en acecho.

—Yo usé de mas precaucion haciendo ruido en otro cuarto; cuando vuecencia entró, yo, que estaba tras una hoja de la puerta, salí sin que vuecencia pudiera verme, porque vuecencia ni nadie tiene ojos en las espaldas; mientras vuecencia me buscaba, yo tomé el reloj, y salí de la casa como habia entrado.

—Guarda el reloj, lo mereces; pero no me satisface esto; una vez se efectúa una sorpresa, pero dos...

—Doscientas.

—Esta noche dejaré en el mismo sitio veinte y cinco onzas de oro.

—Déjelas vuecencia pasado mañana; necesito prepararme.

—Pues bien: pasado mañana.

Cuando llegó la hora convenida, el vizconde puso sobre la mesa las veinte y cinco onzas, y se sentó con un libro para entretener la espera junto á la mesa.

Pasó gran parte de la noche, y dieron las cuatro de la mañana.

—Ya lo decia yo, dijo el vizconde: era imposible que me engañase por segunda vez.

Sin embargo, permaneció allí.

De repente el vizconde oyó ruido como de lucha y la voz de su ayuda de cámara que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Ladrones!

—¡Ah! ¡ya caiste! dijo el vizconde.

Y corrió hácia el lugar donde habian sonado las voces, y á las que de repente habia sucedido un silencio aterrador.

—¡Diablo! dijo el vizconde: ¡si habrá matado ese perdido, para escapar, á Antonio! Lo sentiria, porque me sirve bien.

Pero al llegar allá se encontró al mismo Antonio medio desnudo, con una bugía en una mano y una pistola en la otra.

Al ver Antonio á un hombre, turbado con el miedo hizo fuego.

Afortunadamente ni era gran tirador ni tenia el pulso seguro, y erró el tiro.

—¡Bárbaro, soy yo! dijo el vizconde, que venia á socorrerte.

—¡A socorrerme á mí, señor!

—Sí por cierto; ¿no has gritado *ladrones*? ¿No has luchado con un hombre?

—Yo no, señor; he oido voces y ruido, he salido de la cama, he tomado esta bugía y esta pistola, y la primera persona que he encontrado ha sido á vuecencia.

A este tiempo, y á causa de la esplosion del tiro, habian acudido algunos otros criados.

—¿Y no has sido tú quien ha gritado? decia el vizconde.

—No señor; lo juro á vuecencia.

—Y yo te juro que era tu voz; ¡si la conoceré yo!

—No, no, señor; créame vuecencia; á mí me han despertado las voces.

—¿Y no has encontrado á nadie?

—A nadie mas que á vuecencia.

El vizconde fué al lugar donde habia dejado las veinte y cinco onzas.

Habian desaparecido, y juntamente el libro en que leía el vizconde.

—¡Es admirable! dijo al fin.

—Sí, sí, señor, dijo el ayuda de cámara; ya llevamos dos sustos, y si esta noche por mi aturdimiento hubiera sucedido una desgracia á vuecencia...

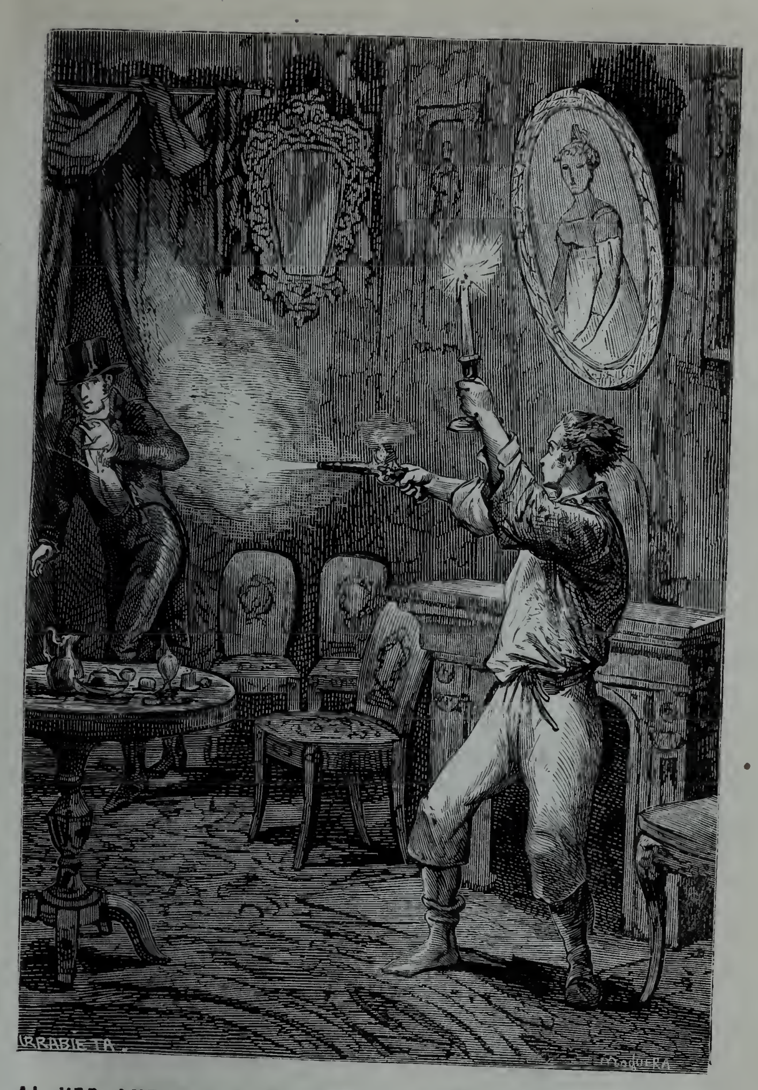
—Registremos, registremos la casa.

La casa fué registrada de alto abajo; pero nada se encontró.

Al dia siguiente el ladron presentó al vizconde las veinte y cinco onzas y el libro.

—Estoy convencido, dijo el vizconde: ven conmigo.

Y llevó al ladron delante de la casa de Luisa Isabel.




AL VER ANTONIO A UN HOMBRE, TURBADO CON EL MIEDO HIZO FUEGO.

—Mira bien, le dijo; esa casa está muy bien guardada. ¿Te atreves á entrar en ella?

—Yo entro en todas partes, contestó el menestral.

Y decimos el menestral, porque el robo es una industria como otra cualquiera.

—Pero es necesario que entres sin causar ningun accidente.

—Eso es cuenta mia.

—Como has entrado en mi casa.

—Descuide usted.

—Solo que en vez de tomar, dejarás.

—Me dá lo mismo, con tal de que por cada cosa que deje me dé usted tanto como hubiera sido necesario que fuese para que yo me arriesgase á entrar á tomarlo.

—Descuida: te daré veinte onzas por cada vez que entres en esa casa.

—Me conviene el precio.

—Pues bien: vámonos.

—El vizconde y el ladron se alejaron de casa de Luisa.

—¿Y cuándo podrás entrar? preguntó el vizconde al ladron por el camino.

—Eso depende de lo que suceda: yo nunca he entrado en esa casa, y necesito conocer las entradas y las salidas; esto no se hace en dos dias, y es muy espuesto entrar á bulto: se puede echar todo á perder.

—Bien: tómate el tiempo necesario; pero solo el necesario.

—¿Hay alguna criada antigua en la casa?

—Sí; creo que hay un ama de gobierno.

—¿De qué edad?

—Jóven aun.

—¿Soltera, casada ó viuda?

—¡Eh! ¿qué sé yo?

—Bien, yo me informaré: quede usted con Dios, y hasta la vista.

—¿Cuándo me verás?

—Mañana, ó á mas tardar pasado mañana.

—Bien, toma, y adios.

El vizconde, para estimular al ladron, le dió media docena de onzas, y se alejó.

El ladron se quedó meditabundo junto á una esquina.

—Un ama de gobierno, jóven aun, murmuraba: soltera tal vez... veremos... es necesario que esa mujer sea la llave que me abra esa puerta.

Y el ladron siguió dando vueltas á su plan.

Quien tiene criados, tiene, por decirlo así, descubiertos los flancos (entiéndase esto sin agravio á nadie): un criado, mejor una criada, por honrada, por fiel que sea, puede ser la puerta por donde salgan la honra ó la felicidad de una familia.

Porque no es solo la avaricia la que influye sobre el corazon humano.

Por desgracia, otras mil pasiones tienen sobre él una terrible influencia.

Los criados de Luisa Isabel María eran pocos, antiguos, y, como suele decirse, á prueba de bomba: inútil hubiera sido todo el dinero del mundo para hacerles cometer una infidelidad á sus señoras; inútil las amenazas, inútil todo.

Pero el ladron se dijo:

—El amor hace volver loco al mas cuerdo, mucho mas á una mujer; pues, señor, nos valdremos del amor.

Era por acaso dia de misa, y no muy tarde; aun no habian dado las doce.

El ladron fué á colocarse frente á la puerta exterior de la casa de Luisa Isabel.

Estuvo allí largo rato, y al fin se abrió la puerta y salió Pedro, que reunia las funciones de portero, mayordomo y administrador, por decirlo así.

Llevaba un sombrero antiguo, pero limpio y en buen estado, una voluminosa corbata blanca, chaleco y pantalon negros, levita verde-oscuro, larga y hasta los tobillos, y se apoyaba en una gruesa caña de Indias.

Además, por debajo del chaleco le asomaba una cadena de acero, de la que pendian algunos dijes antiquísimos; cadena que parecia indicar la existencia de un enorme reloj de plata, perdido en las profundidades de aquel bolsillo que han venido poniendo hasta hace poco los sastres en la pretina derecha de los pantalones.

Unos guantes de algodon blanco, una camisa con chorrera y enorme cuello, y unas botas de becerro muy lustradas, acababan de componer el trage de dia de fiesta del buen Pedro, que á pesar de su gravedad iba chupando de una pequeña pipa y arrojando con delicia pequeñas bocanadas de humo.

—Pues señor, dijo al verle el ladron, aquí tenemos al menos al mayordomo: los mayordomos y las amas de gobierno son pájaros de una misma pluma; este bien tiene ya cincuenta años; mucho será

que no tengamos que habérnoslas con un rival. Adelante, y probemos.

Y yéndose derecho á Pedro, sin decir una palabra, le abrazó con tal efusion, que á Pedro se le cayó la pipa y se le ladeó el sombrero.

—¡Calle! ¿Qué es esto? dijo Pedro. ¿Qué se le ofrece á usted? ¿Á qué diablos me abraza usted?

—Como que yo soy Diaquillo, el hijo del maestro de escuela, dijo á bulto el ladron.

—¡Calla! ¡Tú tambien eres de Pravia! contestó Pedro creyéndole paisano suyo.

—¡Pues ya se ve que sí!

—Pues, mira, no te se conoce, á lo menos en el habla.

—Es que hace mucho tiempo que estoy en Madrid, y he perdido el dejo de la tierra.

—Podrá ser muy bien, pero yo no te conozco, hijo mio.

—¡Cómo que no me conoce usted! ¿Pues no se acuerda usted cuando yo me iba á jugar á la pelota á la puerta de su casa de usted, y usted me corria riéndose, y yo huía riéndome, y nunca podia usted alcanzarme, y nunca me pegaba usted?

—¿Pero qué estás diciendo, si tú á lo mas tienes veinte y cinco años, y hace treinta que yo salí de la tierra?

—Pues no señor, que yo me acuerdo de haberle visto á usted en Pravia.

—¡Calla! ¡Sí, puede ser! Solo que el que tú crees no soy yo, sino mi hermano Ambrosio, que se parecia á mí como si hubiera sido otro yo.

—Pues qué, ¿usted no se llama Ambrosio?

—No, hijo, no, que me llamo Pedro.

—¡Ah, sí, Pedro! eso es; usted se habia venido á servir á Madrid.

—Como que mis padres tenian once hijos, y las vaquillas no daban para tanto crio; y me ha ido bien, eso sí; soy casi un señor. Dios se lo pague á mis señoras, que son unas santas. ¿Y cómo está mi madre, hijo?

—Le diré á usted; cuando yo me vine estaba tan frescota, que daba gozo; pero ya hace diez años que me vine yo.

—¡Ah! ¡diez años! Treinta hace que yo dejé la tierra, y no he vuelto á pisarla, ni lo espero.

Y el buen Pedro exhaló desde lo mas hondo del pecho ese suspiro de pena que arranca á todo hombre de corazon el recuerdo de la patria.

—Señor Pedro, ¿le parece á usted que entremos aquí al lado y nos bebamos un par de chicos?

—Hijo, yo no entro en la taberna.

—Pues iremos al café.

—Tampoco entro en el café antes que en la iglesia, y ahora voy á misa á San Andrés.

—Pues vamos á misa: yo la he oido ya por la mañana temprano; pero lo de Dios nunca es mucho.

—Tienes razon, hijo; y mas vale dar á Dios que al mundo, que Dios paga bien y el mundo paga mal; pero, escucha, ya tocan el tercer toque.

—Pues vamos, que á mí me gusta ver salir al sacerdote de la sacristía.

Y apresurando el paso, el mayordomo y el ladron se entraron en San Andrés.

Llegaron á punto que salia una misa.

El buen Pedro la oyó con gran devocion, y Anselmillo, que así se llamaba el pillastre, estuvo meditando entre tanto de qué manera haria desembuchar á Pedro todo lo que pudiese acerca de sus señoras.

Acabada la misa, Anselmillo se llevó á Pedro á un café de la calle de Toledo, y pidió ron.

La punta de la nariz de Pedro, vivamente colorada, le habia indicado que Pedro era muy amigo de los licores espirituosos.

Esto, junto á cierto medio color rojo que se veía en las estremidades de los ojos del mayordomo.

—Deja ahí la botita, dijo Anselmillo al mozo que vino á servirles.

—No se acostumbra á dejar la botita.

—Es que yo compro la botella. ¿Cuánto es?

—Cuarenta reales.

—Es que yo he salido de casa sin dinero, dijo Pedro: como que la misa la dán de balde.

—Y eso, ¿qué le hace si tengo dinero yo?

Y Anselmillo sacó una de las onzas que poco antes le habia dado el vizconde de Rudaguas, y la arrojó con desden, como pudiera haberlo hecho un hombre despilfarrado y rico, sobre la mesa.

—¡Calla, hijo! esclamó Pedro: tú estás bien: vaya, pues me alegro.

Anselmillo notó que Pedro no miraba con ansia el oro, y tomó

nota de ello; pero la tomó tambien de que miraba con impaciencia la botella de ron que estaba descorchando el mozo.

—¡Tanto dá! dijo para sí el ladron; pero esto es mejor y mas barato.

El mozo acabó de descorchar la botella y llenó las dos copas, despues de lo cual se fué.

—Beba usted, señor Pedro, beba usted, le dijo Anselmillo.

—¡Calla, calla! Pues mira, no es muy malejo este ron, dijo Pedro tirándose al cuerpo y de un solo trago una copa: no es muy malejo para lo que acostumbran á tener en los cafés: por lo demás, otro dia yo te daré á probar ron, verdadero ron de la Jamáica, y del bueno, del viejo, porque en la Jamáica tambien hay ron malo.

—Pues mire usted, dicen que no se encuentra en Madrid ron de la Jamáica.

—¡Oh! ¡oh! Ni por un ojo de la cara, al menos como el que tengo yo.

—¿Comercia usted en licores, señor Pedro?

—Yo no comercio en nada.

—Y entonces... vamos, será de la bodega de su señor de usted.

—Yo no tengo señor.

—¿Pues no está usted sirviendo?

—Ya se ve que sí.

—Pues entonces, ¿á quién sirve usted?

—A dos señoras.

—¡Ah! ¿Y sus señoras de usted beben ron?

—Ni pensarlo.

—Pero lo compran... ¡ya! para tenerlo: en una casa rica se tiene de todo.

—Mis señoras no compran el ron.

—¿Se lo regalan?

—Sí señor que se lo regalan. ¡Calla! ¿Y qué te importa eso á tí?

El buen Pedro habia ya bebido tres copas de ese infame ron que se vende en las casas públicas, y que es capaz de embriagar á un toro, y estaba algo alegre.

—Importar, nada, dijo Anselmillo.

—¿Pues entonces?...

—Es que es estraño: que se le regale á señoras perfumes, flores y otras cosas semejantes... pase... pero ron...

—Es que la regalan de todo...

—¡Ya! Sus señoras de usted tienen muchas relaciones.

—No señor; no tienen relaciones: nadie entra en la casa, como no sea el señor marqués de Guapeltepec, un señor muy buen mozo y muy rico, que se va á casar con la señorita.

—¡Ah! Y el marqués las regala...

—El marqués no las regala nada.

—Pues entonces, ¿quién?

—¡El diablo!

—¡El diablo! ¡Ja! ¡ja! señor Pedro, se va usted poniendo calamocano.

—¿Sí, eh? Pues bueno, no le hace: las señoras han salido, y no volverán hasta la hora de comer, á la noche: Juan y Diego han salido, y allá se ha quedado Marta, que está muy acostumbrada á verme ir con sueño á casa.

—¿Y le acuesta á usted?

—¡Eh! ¿Qué dices? ¡Pues buena es Marta para andarse con bromas con ella! Y tiene el riñon bien cubierto: como que las señoras la regalan y la dejan todos sus desechos: ¡y qué desechos! Vestidos riquísimos, que solo se han puesto dos ó tres veces, y que Marta vende muy bien. Calla, hijo; se me ocurre una cosa.

—¿Cuál, señor Pedro?

—Una cosa muy buena.

—¿Muy buena?

—Ya lo creo: muy buena para tí.

—Sepamos.

—¿Por qué no te casas con la señora Marta?

—¡Con una vieja!

—¿Quién te ha dicho eso?

—Será ama de gobierno.

—Y qué, ¿todas las amas de gobierno son viejas?

—La mayor parte: lo menos tendrá cincuenta años.

—Pues no señor, que tiene menos.

—Cuarenta y cinco: lo mismo dá.

—No señor: cumplirá treinta y cinco por Santiago.

—¿Treinta y cinco?

—¡Si lo sabré yo, que la mandé traer de Cangas de Onís para que entrára en lugar de la Eusebia, una doncella que se le murió á la señora mayor! Cuando vino solo tenia diez y seis años, y era delgadita y fina, con cada ojo negro y con unos colores...

—Me parece, señor Pedro, que está usted enamorado de la señora Marta.

—¿Quién, yo? ¡Que si quieres! Basta con que sea mujer para que yo no pueda verla.

—¡Cómo! ¿No le gustan á usted las mujeres?

—Soy fraile.

—¡Fraile esclaustrado!

—No señor; fraile profeso de la órden de Calatrava.

Alselmillo se puso de pie.

Habia perdido enteramente el respeto á Pedro.

Al oirle decir que era caballero profeso de la órden de Calatrava, no pudo contenerse.

—Vaya, tio Pedro, le dijo: usted está borracho.

—¡Cómo tio Pedro! ¡Yo, el ilustre señor don fray Pedro Perez Pereira de Montalto y Navascues, descendiente por ambas vias de don Pelayo y de don Favila, segun lo reza mi ejecutoria! contestó con suma gravedad, pero pronunciando muy mal las erres, el buen Pedro.

—Pues no lo entiendo.

—Eso es distinto: yo te lo esplicaré.

—Veamos.

—Ha sido un capricho de la señora mayor.

—¿Qué es lo que ha sido un capricho?

—El que yo sea caballero calatravo.

—¡Vaya si tiene orgullo su señora de usted! ¡Cruza á sus criados!

—¡Vaya si tiene orgullo! ¡Como que desciende de un rey!

—¡Diablo!

—Y se llama doña Luisa Isabel Clara María de Auñan.

—¡Ah! Es estrangera.

—Tú eres un animal: hubo en España hace mucho tiempo unos reyes que eran austriacos.

—¿Y de ellos viene su señora de usted?

—Sí señor.

—Pero, por Dios, no beba usted mas, don Pedro, que se le va á poner á usted gorda la lengua, y me ha puesto usted en mucha curiosidad.

Y el tunante de Anselmillo quitó la botella de encima de la mesa y la puso debajo.

—¡Ah! Has hecho bien, porque yo, en poniéndome á beber ron... y tengo que servir la mesa.

—¿Con la cruz de Calatrava al pecho?

—Nunca me la pongo, á pesar de que yo no soy criado.

—¡Cómo! ¿Pues no le dán á usted salario, don Pedro?

—Sí señor, y no señor: yo no tengo salario; pero no me falta nada: yo sirvo á esas señoras porque quiero, pues yo no soy su criado: estamos, ¿eh? Yo no soy criado de nadie mas que de Dios, que me crió, ¿pues?

—Pues si usted dice mi señora acá... mi señora allá... mi señorita...

—Por cariño... ¿No dice un marido cuando habla de su mujer, *mi señora?*

—Pero usted no está casado con ellas.

—¡Cómo! ¡qué! ¡qué quiere decir!

—Vamos, don Pedro, no se incomode usted.

—¡Pues estamos buenos! ¡Y qué malos engendros suelen salir de Pravia!

—¿Lo dice usted por mí?

—¿Pues por quién lo he de decir? Eres un tunantuelo, hijo.

—¿Sabe usted, don Pedro, que tiene usted muy mal ron?

—¿Sí, eh? Puede ser; pero ¿de qué hablábamos?

—Deciamos que usted no puede ver á las mujeres, porque es usted caballero profeso de Calatrava.

—Eso es: sí señor: pues señor, un dia que dije—estaba yo de criado de mi señora—que era noble porque era asturiano, mi señora me dijo:—Eso lo hemos de ver.—Pues lo veremos, dije yo.—Y tanto como lo veremos, dijo mi señora.—Y sin mas, y gastándose un dineral, y haciendo que cuatro clérigos de la órden estuviesen revolviendo papeles y libros parroquiales no sé cuánto tiempo, vinieron á sacar en claro que yo era noble por los ocho costados, y descendiente de don Pelayo y don Favila, como quien no quiere la cosa. Entonces mi señora me dijo:—Crúzate, Pedro.—Yo, que sería capaz de echarme al fuego si mi señora me lo pidiese, dije que hicieran conmigo todo lo que quisiesen, y éteme aquí que me cruzaron. Otro dia la señora me dijo:—Profesa, Pedro; quiero estar segura de que no te puedas casar, y de que no te apartarás por casarte de mi lado. ¿Dónde encontraria yo otro mas fiel y mejor que tú?—Y yo, porque mi señora lo quiso, profesé, hice voto de castidad.

—De lo que resultó que le tenemos á usted sacerdote, don Pedro.

—No señor: si yo fuera sacerdote, no serviria á nadie mas que á Dios: yo soy profeso, pero lego.

—¿Pero en qué quedamos? ¿Sirve usted ó no sirve?

—Hago lo que me dá la gana, señor mio; y tú no tienes nada que ver con eso.

—Bueno; bien, don Pedro; no riñamos, aunque no sea mas que por lo que me queria su hermano de usted.

—¿De qué hablábamos? dijo Pedro, cargando su pipa.

—De la señora Marta.

—¡Ah, sí! Pues señor, cuando Marta vino, era un pimpollo. ¡Qué ojos, hijo, qué ojos!... ¡y qué boca!... ¡y qué dientes! ¡Y aquella garganta, y aquella pechera!... ¡Bendito sea Dios!... Pero, ¿qué diablo?... Yo era entoncés caballero profeso, y no me podia casar con ella: por lo mismo, tuve paciencia, y no la dije ni una sola palabra; y como me gustaba... ¡vaya si me gustaba!... ¡Si era mucha niña!... Y como me gustaba... pues... me escarabajeaba el cariño y me iba enamorando como un loco... fué menester buscar remedio.

—¿Y qué remedio buscó usted, don Pedro?

—Me puse á buscar todas las macas que tienen las mujeres, y á leer todos los libros que han compuesto los frailes acerca de las mujeres, en que se descubren todas sus tretas y todas las maneras que tienen de tentar á los hombres y pescarlos; y tanto pensé, y tanto leí, que llegué á tomarlas ojeriza, hasta el punto de que me dán asco y miedo, menos dos: mi señora y mi señorita, que son dos ángeles.

—Vamos claros: usted, don Pedro, ¿no ha tenido nada con doña Marta?

—Nada mas que una pelotera cada dia.

—¿Y doña Marta se conserva doncella?

—Sí señor.

—¿Y doña Marta tiene dinero?

—Sí señor.

—¿Y doña Marta es todavía comestible?

—¡Ah! ¡ah! Ojos, así... pechera, así... pies, así... manos, así... cintura, así... apretada como un chino.

—¡Don Pedro!

—Te diré, hijo: cuando se vive veinte años con una mujer, sin saber cómo se saben muchas cosas, de la manera mas natural del mundo, sin que haya nada que aprender... ¡y bonito genio tiene Marta para que la toquen al pelo de la ropa!

—Entonces será huraña.

—Como una garduña.

—Entonces, malo... ¿Quién la echa el anzuelo?

—Tú eres buen mozo, y jóven... y luego, yendo como Dios manda... Y el otro dia me decia: «esto de estar sirviendo siempre, y de morir con palma...»

—Pues señor, me decido... Me caso con doña Marta.

—Bien; muy bien, hijo mio... Me pareces así un hombre de bien... Pero saca la botella, que se pega la lengua al paladar.

Sacó el bribon de nuevo á luz la botella, y sirvió una copa á Pedro.

—Dígame usted, don Pedro, ¿cómo es el apellido de doña Marta? le preguntó.

—Lahopa.

—Doña Marta Lahopa; bien. ¿Y dice usted que cumple treinta y cinco años por Santiago?

—Sí.

—¿Y que es natural de Cangas de Onís?

—Sí.

—Pues señor, me marcho á Cangas de Onís.

—¿Para qué?

—Para traerme los papeles de doña Marta.

—¿Pero sin conocerla, hijo?

—Me bastan los informes de usted.

—¿Y si no te quiere?

—Sí me querrá.

—¿Quieres que la hable de tí?

—Ni una palabra: hágame usted el favor.

—Bien, bien: basta con que mi hermano Ambrosio te quisiera, y con mas, paisano mio. Pero adios, hijo mio, que ya es la una y media, añadió Pedro sacando un enorme reloj del bolsillo; un hemisferio de esos que contienen dentro de sí una máquina monstruosa por sus dimensiones y por su complicacion.

Luego se puso trabajosamente de pie; Anselmillo pidió el cambio de la onza; salieron del café, y se separaron.

Pedro se fué haciendo eses á casa de sus señoras, y Anselmillo se fué á casa del vizconde.

—Necesito quince dias para poder introducirme con el ama de gobierno, y treinta onzas, dijo al vizconde.

—Toma, le dijo el vizconde dándole el dinero. ¿Pero qué diablos tienes que hacer?

—Para dar el golpe en forma, para enamorarla, para dominar-

la, para hacerla la llave de esa casa tan cerrada y tan guardada, necesito ir á Asturias.

—¿Y me respondes de que despues de ese viaje?...

—Respondo á vuecencia.

—Pues bien, vete; pero vuelve á los quince dias.

Aquella misma tarde Anselmillo salió de Madrid con direccion á Asturias.

—Señores, es ya muy tarde, dijo Cesárea ó Satanás, interrumpiendo su relacion y consultando su reloj: la una y media; si os parece, dejaremos la continuacion del sueño, de la historia quiero decir, para mañana.

—No, no, dijo una de las hermosuras oyentes: esa historia es muy interesante.

—Y la cuenta usted muy bien.

—No tanto, no tanto: mi historia, en cuanto al relato, se parece á uno de esos folletines que se pagan á tanto por línea.

—Esa es la forma de la narracion moderna, dijo un gacetillero.

—Pero analítica y difusa, respondió Satanás.

—El siglo XIX es el siglo del análisis, insistió el literato.

—Y de la síntesis, dijo un académico.

—Basta, basta por Dios, señores, dijo Cesárea; no nos metamos en una cuestion de forma, yo os lo suplico; no acabaríamos nunca: todo se reduce á que yo cuento como sé contar, por lo que os ruego me dispenseis.

—Sí, á condicion de que prosigas la historia de tu amiga, dijo la de Robles: mis amigos que no puedan esperar, saben que pueden tratarnos con confianza.

Aprovechando esta indicacion de la generala, se levantaron algunas mujeres avellanadas, y un respetable calatravo, que encontraba monstruosa, ridícula, y hasta insolente, una historia en que figuraba un lacayo condecorado con la rosa encarnada de Calatrava.

Quedaron, pues, en la reunion todos los que estaban decididos á no levantarse hasta saber de cabo á rabo, y con todos sus antecedentes, la historia de la marquesa de Guapeltepec.

Cesárea continuó:

Anselmillo volvió antes de los quince dias.

Se habia informado de la edad de Marta Lahopa.

Segun los libros parroquiales de Cangas de Onís, tenia treinta y dos años.

Traía cartas de primos, de hermanos, de tios, y pruebas casi

convincentes de que era primo segundo por parte de madre de Marta.

Esto era mentira, porque Anselmillo habia nacido en el Mundo Nuevo de Málaga, y como no fuese por Adan, no podia ser pariente de la buena asturiana.

Faltábale solo conocer á la víctima.

Despues de haberse presentado al vizconde, fué á ponerse en acecho delante del portalon de la casa de Luisa Isabel.

Á poco se abrió la puerta, y salió el buen Pedro.

Anselmillo se encaminó decididamente á él.

—Buenos dias, le dijo: ¿qué tal va?

Pedro le miró con estrañeza.

—Perdone usted, le dijo, pero yo no le conozco á usted.

Anselmo miró profundamente á Pedro, y se convenció de que Pedro no habia mentido al decirle que no le conocia.

La estrañeza mas natural del mundo estaba pintada en el semblante del honrado mayordomo.

Esto consistia en que se habia embriagado de tal modo el dia de su encuentro con Anselmillo, que no recordaba absolutamente aquel suceso.

Comprendiólo así Anselmo, y se guardó muy bien de avivar su memoria.

—Perdone usted, le dijo, me he equivocado: se parece usted mucho á un conocido mio.

—Ya decia yo, contestó Pedro; y pasó.

Anselmillo permaneció en acecho, pero oculto.

Durante aquel dia nadie salió.

Al dia siguiente, mas temprano, Anselmillo se puso de nuevo en acecho.

A las nueve de la mañana se abrió el portalon, y salió una mujer vestida de negro, que tomó la calle abajo, y torció hácia la costanilla de San Andrés.

Aquella mujer era alta, airosa, al parecer buena moza. Anselmillo echó tras ella.

Al ponerse á su nivel miró.

Vió los ojos, el cuello y la boca, que le habia ponderado Pedro.

Vió una mujer en la fuerza de su edad y de su vida, de hermosura robusta y vulgar, pero incitante.

Con su esperiencia de tuno, vió en aquellos ojos algo de ardiente, algo de poderoso.

Y se enamoró.

Pero enamorado como se enamora el que encuentra de improviso delante de sí una persona que le es poderosamente simpática.

Anselmillo era terriblemente audaz y sereno.

—Buenos dias, prima Marta, la dijo.

La pobre Marta volvió la cabeza, y al ver á Anselmillo, que era muy buen mozo y muy simpático, se puso pálida.

Pero acordóse de que era doncella, y doncella rancia, y marcando el ceño, le contestó con voz dura y hostil:

—¡Eh! ¡Vaya usted noramala! Llegará un dia en que una mujer no pueda salir á la calle.

—Escúchame, prima, le dijo siguiendo tras ella Anselmillo: yo no soy lo que tú crees; soy tu primo Anselmo, y te traigo una carta de tu hermana María, y otra de la tia Juana, y otra de mi madre la prima de tu tia la de Oviedo; como que acabo de venir de la tierra.

Al oir tales y tales palabras, Marta se detuvo, volvió á mirar á Anselmillo, y entonces se puso encarnada como una guinda.

—¿Con que usted es?...

—Tu primo, Marta, tu primo; el hijo de Verónica, de Oviedo.

—Pues no se parece usted á la Verónica, dijo con recelo Marta: usted es moreno...

—No todos han de ser tan blancos como tú... ¿Y sabes, prima, que solo por tí he venido á Madrid?

—¡Por mí!

—Lée estas cartas, prima, y verás lo que te dicen tu hermana, tu tia y mi madre.

Marta tomó las cartas.

Anselmillo la miraba de una manera sumamente espresiva, y á la pobre Marta la temblaba la mano.

Le gustaba demasiado el primo.

Fué á meterse las cartas en el pecho.

—No, dijo Anselmillo: yo quiero que las leas delante de mí. ¿No sabes leer?

—Sí que sé leer, dijo con cierta vanidad Marta: pero no es cosa de que lea cartas en la calle.

—Vamos á un café.

—¡Jesus! ¡Entrar yo en un café con un hombre!

—Pero ese hombre es tu primo.

—No importa: no llevamos un letrero en la frente.

—¿De modo que si fueras mi mujer irías?

—Vamos, déjeme usted, que pueden murmurar.

—¿Pero quién sabe si somos parientes? Y luego, en la cara se conoce á las mujeres honradas.

—Voy á tardar.

—Solo necesitas cinco minutos.

—Voy á confesar.

—Confiesa mañana.

—No; primero es Dios.

Anselmillo no se atrevió á hacerle la contra á Dios, y dijo:

—Pues bien, despues de confesar: vamos á la iglesia.

—No; yo no voy por la calle acompañada de ningun hombre.

—Pues bien, vete adelante: yo iré detrás.

Marta echó á andar tan profundamente conmovida como no lo habia estado nunca.

Las cartas que la habia dado el primo la quemaban el pecho.

Se entró en la iglesia, y al entrar volvió la cabeza.

Anselmillo, que iba detrás, la miró, y se sonrió al mirarla de una manera tal, que se la volvió á la pobre Marta el corazon de arriba abajo.

Por fortuna no habia ningun confesor.

Y digo por fortuna, porque Marta estaba, con el encuentro del primo, en muy mala disposicion para confesar.

Se le habian olvidado todos sus pecados.

Oyó, sin embargo, misa, de la mejor manera que pudo.

Anselmillo oyó misa tambien.

Acabada la misa, Marta salió, y tomó por una callejuela estraviada.

Anselmillo la siguió.

Marta se paró.

—Aquí, porque apenas pasa gente, y por poco tiempo, hablaremos, primo.

—Primero lée esas cartas.

Marta, toda sofocada, las sacó del pecho.

En aquellas cartas su hermana y su tia se deshacian en elogios de Anselmillo.

Pero al leer la de la prima, esto es, la de la supuesta madre de Anselmillo, Marta se puso alternativamente pálida y encendida.

La Verónica la decia redondamente que su hijo se queria casar con ella.

Inútil es decir que si bien las dos cartas, de María y de Juana,

hermana y tia de Marta, eran legítimas, la de Verónica era falsa.

Y eran legítimas, no porque María y Juana hubiesen escrito aquellas cartas, que las buenas asturianas no sabian escribir, sino porque ellas mismas las habian dictado al hijo del sacristan, que las habia escrito.

Marta, sin embargo, no pudo dudar.

Las cartas eran incontestables.

Habia en ellas detalles que solo podia haberlos dado su familia.

Esto consistia en que Anselmillo habia engañado á los de allá para poder engañar, valiéndose de ellos, á la de acá.

Y habia hecho este viaje, y fingido y preparádolo todo Anselmillo, porque sabia que el vizconde tenia un grande empeño por la damita de la casa impenetrable, y queria servirle sobre seguro.

Anselmillo contaba con una gran recompensa.

Y la perspectiva de esta recompensa era la que le habia impulsado á tejer su trama de una manera tan hábil, que engañó á Marta, que era el espíritu encarnado de la desconfianza.

Á esta desconfianza instintiva, á la reclusion de la casa de sus señoras, á un exagerado celo cristiano, que pasaba mas allá de un fanatismo vulgar, debia Marta el haberse conservado íntegra en cuerpo y en alma, aun llegada á esa edad en que las fuerzas de la naturaleza se concentran en la mujer.

Los treinta años.

Y la tranquilidad de su alma, de su conciencia, de su naturaleza, su buena pasta asturiana, el amor que tenia á sus señoras, la buena mesa, la buena cama, la buena habitacion, el trabajo que bastaba para entrenerla, y que nunca alcanzaba á fatigarla, el método inalterable, y aun la exaltacion de las ideas religiosas á la manera que las conciben las gentes poco ilustradas, habian mantenido la frescura del cuerpo y del alma de Marta, y la hacian toda una buena moza, aunque de belleza un poco vulgar, bajo cuya piel se veía circular la sangre, y en cuyos ojos negros y lucientes se reflejaban la pureza y el candor de una niña.

Pedro el mayordomo, el factotum de la casa, la tenia por un erizo, la llamaba ortiga, cardo, qué sé yo cuántas cosas; pero esto consistia en que Pedro era viejo, feo y gruñon: en que no tenia, en fin, ninguna cualidad que pudiese contrastar la salvage pureza de Marta.

Pero Anselmillo era otra cosa.

Anselmillo era el tunante mas gracioso y mas hipócrita del mundo.

Tenia veinticuatro años, ojos decidores y vivos, cabellos rizados, cuerpo gallardo, á que se ajustaban perfectamente unos pantalones estrechos, una faja azul de seda, un chaleco negro y una chaquetilla á la andaluza: tenia las manos pequeñas y finas, como para dar un mentís á los que vinculan las manos y los pies finos y pequeños en las clases aristocráticas: por último, tenia todas las apariencias de un buen muchacho, artesano honrado que vive de su oficio y que puede hacer la felicidad de una mujer honrada, casándose con ella.

Marta miraba á Anselmillo, como Anselmillo la miraba á ella, esto es, con asombro.

El asombro de Marta, mas que asombro, era un miedo instintivo.

Acontecíala, que por la primera vez la vista de un hombre la turbaba.

Porque aquel hombre la agradaba, se apoderaba sin saber cómo de su pensamiento, y hacia que su sangre, al pasar por el corazon, lo hiciera latir de una manera mas fuerte.

Esto para Marta era una novedad dolorosa.

Porque habia perdido la virginidad de su alma.

Marta, sin embargo, no comprendia esto; pero habia sentido y seguia sintiendo el dolor.

Anselmillo, por su parte, estaba alarmado.

Marta habia conseguido ponerle sério, inspirarle respeto, temor, por el resultado que podian tener sus pretensiones.

Porque Anselmillo, que se habia propuesto hacer el amor en falso á Marta, creyéndola una bestia, se habia encontrado con que Marta podia con él.

La fuerza de las apariencias perdia á Marta.

Marta, la terrible Marta, que á tantos hombres habia arrojado de mala manera lejos de sí, estaba clavada delante de Anselmillo, dando vueltas á las cartas y levantando de cuando en cuando los ojos para mirar á Anselmillo y volverlos á bajar inmediatamente.

Y una señal inequívoca de que Anselmillo estaba completamente dominado á su vez, era que no comprendia que tenia segura á Marta, á pesar de las señales de turbacion que Marta le dejaba ver bien claro.

Los griegos llegaron á un alto grado filosófico, por medio de la materia.

Por eso supusieron al amor con los ojos vendados.

Estaban, como he dicho, en la calle.

Anselmillo queria hablar largarmente con Marta, y se lo anunció.

—No es hora, le dijo Marta; me esperan las señoras, y además estamos en la calle.

— Cerca hay un café.

—Yo nunca he entrado en un café con un hombre, lo repito.

—Pero ese hombre es tu primo, y desea ser algo mas.

—¡Cómo algo mas!

—Vamos al café, vamos, Marta, y allí hablaremos.

—¡Vamos, que no! ¡Pues no faltaba mas!

—Tú no querrás que yo me aburra y me desespere.

—¿Pero qué tiene usted que decirme?

—En primer lugar, que no me hables de *usted:* ya ves, como primos, y primos hermanos...

—Es verdad; pero me dá vergüenza.

—Alguna vez has de empezar.

—Que no.

—Pues bien; vamos á lo menos al café, y hablemos un momento.

Y la asió una mano.

—¡Jesus! dijo Marta toda sofocada: me voy.

—¿Pero no soy tu primo?...

— Sí, sí; es verdad; pero como no estoy acostumbrada...

—Pues es necesario que te acostumbres á tratarme como pariente.

Y aprovechando la soledad de la calle, volvió á asir la mano de Marta, que no opuso tanta resistencia, la llevó á sus labios, y la besó.

No porque en la educacion y en las maneras de Anselmillo estuviese el besar manos, sino porque era lo único que podia besar á Marta.

Marta dió un grito de dolor, como si la hubiesen acercado á la mano un hierro ardiendo.

—Ahora sí que me voy. Usted me trata como á una cualquiera.

—No señor; yo te quiero mucho, y deseo que cuanto antes seas mi mujer.

Agitóse violentamente el corazon de Marta, y sin saber por qué, se detuvo.

—¡Su mujer de usted! dijo.

Y se puso densamente pálida.

Luego añadió:

— Eso no puede ser.

— ¿Y por qué, vida mia? dijo Anselmillo.

— Porque somos primos hermanos.

— ¡Bah! Á Roma se va por todo.

— ¡Cómo!

— Digo que el Santo Padre nos dará la dispensa.

— ¡La dispensa! Pero aunque yo quisiera casarme con usted, la dispensa cuesta mucho.

— La pagaremos entre los dos; porque tú debes de tener dinero.

— Sí, sí que tengo, dijo Marta, que todo era sencillez y no tenia nada de miserable, aunque sí mucho de económica: tengo, gracias á mis señoras, que me dejan continuamente muy buenos provechos. Pero no hay que pensar en eso, porque yo... no me caso...

— ¿Es decir, que he ido yo á la tierra por los papeles para quedarme como vine, arrebolado y sin novia?

— Pero yo no soy su novia de usted.

— Es preciso que seas mi mujer.

— Quede usted con Dios, y otra vez hablaremos.

— No, no señor; yo quiero tener una seguridad: vamos al café, Marta.

Y la asió de nuevo la mano, y la dió un segundo beso.

Pero aquella vez Marta tembló: miró de una manera colérica y suplicante á Anselmillo, y al fin se dejó conducir asida del brazo.

Si Pedro los hubiera visto, se habria escandalizado.

Al fin entraron en un café lóbrego y profundo.

— Yo no me siento ahí, dijo Marta. Es esto muy oscuro.

— Mejor; con eso no te verán. ¡Mozo!

Acudió el mozo.

— ¿Qué quieres, prima?

— Nada, dijo esta.

— Pero es preciso.

— Un vaso de agua.

— Con un azucarillo; y á mí horchata.

Se quedaron solos Marta y Anselmillo.

— Te adoro, dijo este á Marta.

Y no mentia, porque la robusta hermosura de Marta le encantaba.

— ¡Qué cosas me dice usted, primo!

— ¿Tú nunca has tenido novio?

— ¡Yo novio! ¡Dios mio! ¡Si yo me hubiera metido monja si no hubiera sido por no abandonar á mis señoras!

— Pues por eso estrañas lo que yo te digo. Un novio que va á casarse con una mujer, puede decírselo todo.

Y Anselmillo rodeó un brazo á la cintura de Marta.

Esta se volvió toda trémula, toda escandalizada.

Al volverse, Anselmillo la besó en la boca.

— ¡Ah! ¡Me voy, me voy! esclamó de repente Marta, trémula, conmovida é irritada.

— Ya no puedes irte, dijo Anselmillo: ya eres mi mujer.

— ¿Que soy yo su mujer de usted?

— Sí; debes por lo menos serlo: un hombre que ha besado á una mujer, debe casarse con ella para no dejarla deshonrada.

Marta era una inocente; creyó que en efecto un beso dado por fuerza á una mujer la deshonraba, y se echó á llorar.

— Por Dios, mujer; siéntate y serénate, que viene el mozo.

Marta comprendió que debia disimular; se sentó y se tapó como maquinalmente la cara con el velo de la mantilla, para que el mozo no reparase su turbacion.

Marta no sabia que los mozos de café son ciegos é inalterables, y tanto mas, cuando esperan una propina estraordinaria.

El mozo dejó el servicio sobre la mesa, y se retiró discretamente.

— Nos vamos á ir al instante, dijo Marta bebiendo con ansia el agua, y sin hacer caso del azucarillo; es decir, me iré yo; y en saliendo de aquí no nos volveremos á ver.

— Es que yo no te dejaré salir: estás en el rincon, y es necesario que yo me levante para que salgas tú.

— Pues bien: ya que usted se porta conmigo de ese modo, con una parienta, con una mujer honrada, llamaré para que me favorezcan.

— ¿Pero qué hago yo?

— ¡Dios mio! ¡Qué hace usted! Pero yo me tengo la culpa: yo y mi inocencia... Mañana tengo que confesar...

— Nada tienes que confesar: porque yo... tú eres mia.

— ¡De usted!...

— Como que eres mi novia y serás mi mujer.

— No y no...

— Todo se reduce á que yo gaste seis ú ocho mil reales en la dispensa.

— Eso es lo de menos: los gastaria yo.

— Vamos, no riñamos por eso: los gastaremos entre los dos.

— Pero si es que yo...

— Seamos francos, Marta: ¿tú me quieres?

—¿Yo?

—Sí, tú. Cuando arrimo mi rodilla á tu rodilla, tiemblas.

—Usted es un mal hombre.

—Yo te adoro.

Y volvió á rodear la cintura de Marta.

El diablo se revolvia dentro del alma de aquella pobre mujer.

La táctica audaz de Anselmillo la habia dominado.

No podia resistir mas.

Todos los gérmenes de pasion, de voluptuosidad, que existian innatos en la vigorosa organizacion de aquella vírgen de treinta y dos años, se habian puesto en accion; se habian fecundado: la chispa eléctrica habia prendido en el árbol.

Marta gimió.

Anselmillo, entonces, la abrazó.

El moribundo pudor, la moribunda fé de aquella mujer, hicieron un postrer esfuerzo.

—Nos casaremos, dijo, y pronto; pero suélteme usted.

—Pues pídemelo hablándome de tú.

—Pues bien; suélteme usted.

—No.

—¿Pero por qué no me suelta usted?

—¿Volvemos al usted?

—Déjame, por Dios, las manos: déjame salir de aquí.

—Pues júrame que no me volverás á hablar de usted.

—Te lo juro. ¿Pero no me sueltas?

—Dime que me quieres.

Miró Marta á Anselmillo con esa mirada radiante, húmeda, conque mira toda mujer que ama al hombre amado.

—¿Y tú... me quieres á mí? dijo Marta instintivamente.

—Mas que á mi alma.

—No digas eso; el alma es primero que todo.

—¡Qué! ¿No perderias tu alma por mí, Marta de mi corazon?

Un nuevo dolor interno vino á lastimar á Marta, envuelto en aquella pregunta.

Porque al preguntarse para responderla, su alma le contestó que era toda entera de Anselmillo.

—Hay, señores, dijo Cesárea haciendo al llegar á este punto una digresion, hay en el espíritu humano condiciones que hoy son un misterio ó un fenómeno, y que mañana acaso esplicará la psicologia. ¿No creeis en las almas gemelas?

—¡Las almas gemelas! dijo una poetisa de diez y siete años; hé ahí una frase preciosa.

—Hé ahí una verdad horrible, dijo Cesárea.

—¡Cómo, querida mia! dijo la de Robles; ¿crees tú que sean en efecto verdad esas almas que se adivinan, que se acercan la una á la otra, que se unen, que tienden á unir los cuerpos que las contienen por todos los medios que encuentran, para unirse, para establecer una reciprocidad completa entre sí, y que si no pueden unirse, alteran la organizacion y acaban por producir la muerte ó la locura? Yo habia leido la indicacion de ese fenómeno ó de ese hecho, como queramos, en una novela; pero me habia reido del autor.

—En efecto; en una de las novelas firmadas por Dumas se lée lo siguiente, poniendo estas palabras en la boca de una mujer: *El orgullo nos inspira la fatal creencia de que con un cuerpo mas débil, tenemos un alma mas poderosa. Despues, apenas nos hemos dejado llevar de esta idea, buscamos al rededor de nosotras esa alma hermana de la nuestra, única que nos puede dar la felicidad por la armonía del amor, y como no existe, ó si existe, circunstancias anteriores hacen imposible su union, resulta uno de esos errores en que la vida y el honor se aventuran al mismo tiempo.*

—Pero ya ves, Cesárea, que el novelista duda, dijo la de Robles: que no concede sino hipotéticamente esa fraternidad de las almas.

—Él la ha adivinado: él no la ha sentido: las almas gemelas existen, y, ¡ay de ellas si se encuentran en circunstancias que hacen imposible su reunion!

—¿Pero qué se entiende por almas gemelas?

—Las que son iguales y semejantes y pueden confundirse, sin hacer otra cosa que aumentar la cantidad.

Mas claro.

Hay cosas que si no se comprenden á primera vista, no se comprenden nunca; y solo pueden comprenderse por algunos cuando se sienten. El mundo se reiría hoy de la teoría de las almas gemelas: el mundo no puede comprender sino como una figura poética aquello del alma partida en dos: y, sin embargo, la humanidad, por intuicion, ha profetizado los grandes descubrimientos mucho antes de que la razon haya analizado y demostrado el descubrimiento mismo: hace miles de años que los amantes llaman su alma á su amada: hace miles de años que se ha dicho que el amor es la vida ó la muerte, la felicidad ó la desesperacion. Yo tengo muchas creencias, que si las

diese á conocer se tendrian por absurdas, y que mañana serán verdades demostradas que nadie se atreverá, que á nadie se le ocurriria negar: la humanidad sigue su camino, y la luz de la ciencia la guia: la humanidad siguiendo á la ciencia, llegará, no sé mediante qué largo período, hasta los pies del trono de Dios; porque la ciencia tiende al cielo, y el hombre, arrastrado por ella, se acerca á Dios.

Pero volvamos á nuestros personages de planta baja; á los instrumentos que sirvieron para determinar la situacion decisiva de los primeros personages de mi historia.

Me he detenido en los detalles del primer encuentro de Marta y de Anselmillo, porque prueban que cuando dos almas gemelas se se encuentran, se unen, rompiéndolo todo, dominándolo todo, arrollándolo todo.

Ciertamente que ambos eran libres, que podian disponer de sí mismos; que podian unirse; pero, sin embargo, entrambos, al contraer la necesidad de su union, al unirse, en una palabra, habian roto todas las tradiciones, todas las costumbres de su vida anterior.

Marta, pobre mujer acostumbrada á una dulce y cariñosa dependencia por parte de sus señoras, á una servidumbre blanda; honrada por tradicion y por instinto; pura por ignorancia; religiosa á la manera que es religiosa la gente vulgar, pero llena de una fé sencilla y poética; acometida por Anselmo, mozo de costumbres libres y poco respetuoso, habia caido de repente desde la inmensa altura en que la sostenian su ignorancia, su pureza, su paz, su fé: se habia trasformado; sin comprender el sentimiento que la inspiraba Anselmillo: sin comprender el amor de primera raza, ese amor que nos identifica con el sér amado, amaba: sin comprender el deseo, deseaba: una inquietud vaga la afligia; se veía impotente ante Anselmillo; la arrastraba su palabra, su mirada, y hasta podria decir que su pensamiento vivia en su vida, que se habia refundido en el ladron.

El ladron por su parte, el hombre sin conciencia del bien ni de la honra, delante de Marta se habia sentido conmovido: él, que no habia amado nunca; contenido, él, que nunca habia querido contenerse: cuidadoso del pudor de la frase, él, que nunca habiá comprendido el pudor, que no le conocia, que ni aun le adivinaba; el alma, pues, de la pobre Marta habia penetrado en el alma del ladron, del sér despreciable, del miembro podrido, y le habia modificado, le habia levantado.

Anselmillo se asombraba de sí mismo, como de sí misma se asombraba Marta.

Escandalizábase ella de encontrarse en tal situacion delante de un hombre.

Aturdíase él de verse tan dominado por una mujer.

Ninguno de los dos comprendia ni podia comprender lo que le sucedia.

La naturaleza lleva al hombre, sin decirle por qué le lleva.

El hombre va.

La naturaleza manda.

Marta y Anselmillo se separaron con pena.

Pero era preciso separarse.

Por la primera vez Marta se vió obligada á mentir.

Dijo á sus señoras que la confesion habia sido muy larga.

Sus señoras se sonrieron, porque sabian bien que Marta tenia el alma blanca, y no podian presumir que el alma de Marta habia empezado á ponerse negra.

En cuanto á Anselmillo, se asustó gravemente apenas se separó de Marta.

Conoció, sin que le quedase la menor duda, que habia llegado su hora; que Marta era *su mujer:* es decir, la mujer nacida para él, y que era seguro su casamiento.

Conoció que casado con Marta, necesitaba mudar de vida.

Pero conoció tambien que ni los ahorros de Marta, ni los suyos propios, bastaban para la vida de goces que él á su manera se proporcionaba por medio de su oculta industria.

Esto le impulsó á ir á buscar al vizconde.

Hallóle perfectamente fastidiado en su casa.

—Dígame vuecencia, le dijo: ¿cree vuecencia que yo soy hombre á propósito para servirle?

—De todo punto; y yo no sé por qué creo y estoy firmemente persuadido de que si me sirves bien, llegaré al logro de mis deseos.

—Pues, señor, dijo el ladron moviendo la cabeza con desaliento, las cosas se han complicado.

Dijo con tal aplomo y con tal seguridad Anselmillo estas palabras, que el vizconde se puso pálido.

—Y se han complicado de modo, añadió Anselmillo, que yo no sé si le acomodarán á vuecencia mis servicios.

—Pues acaba de una vez: ¿qué sucede?

—Nada: una bagatela: que para servir á vuecencia, me veo obligado á casarme.

—¡Diablo! Cuéntame.

—El ama de gobierno de las señoras, Marta, es una mujer feroz; ya lo sabia yo, y por eso me fuí á su tierra, y procuré traerme de allá pruebas de que era primo suyo, para de este modo...

—Comprendo.

—Pues bien; la he visto, la he hablado, y... ya sabe vuecencia que soy hombre de mundo: pues bien; he visto que con esa furia no hay mas medio que el matrimonio.

—Pues bien; cásate.

—Eso es muy fácil de decir, pero muy duro de hacer; además, un hombre casado no puede seguir en mi oficio: si se tienen hijos...

—Ya te veo venir. ¿Qué quieres?

—Viéndome obligado cuando me case á ser hombre de bien... calcule vuecencia... con la hombría de bien no se come: y aunque yo soy buen oficial de sastre... la verdad, le tengo odio á la aguja y al dedal.

—Mas claro.

—Es menester que vuecencia me asegure una buena vida.

—¿Es decir, que la bribona del ama de gobierno y tú os habeis convenido para robarme? ¡Vete!

—Enhorabuena, señor; me voy. Eso es mas barato: yo no tengo que casarme, y vuecencia no se echa encima cargos de conciencia.

Y Anselmillo salió, dejando al vizconde dado á los diablos.

Aquella tarde el vizconde fué al Prado, y vió al marqués de Guapeltepec á caballo, al estribo del carruage de las dos señoras, y hablando con ellas.

Luisa Adelaida, ya fuese por el dominio que tenia sobre sí misma para ocultar sus verdaderos sentimientos, ya fuese por cortesanía hácia el marques, ya por complacer á su madre, hablaba de la manera mas afectuosa del mundo con el marqués.

Sin embargo, aquel hombre, por apreciable que fuese, producia en ella una repulsion instintiva: no era don José de Sástago de Alvarado y de la Peña el que con su aspecto frio, grave, mesurado, hablaba á la imaginacion calenturienta y soñadora de Luisa Isabel: no podia menos de estimarle, porque tenia prendas para ser estimado; pero no podia amarle, porque Luisa Adelaida amaba con toda su alma al hombre á quien creía mas digno de ser amado.

Al vizconde de Rudaguas.

Sin embargo, las fatales apariencias seguian.

El vizconde no veía el alma de Luisa Adelaida.

No sabia cuánto su alma era suya.

No podia saber cuánta frialdad habia en el alma de Luisa Adelaida para el marqués bajo la apariencia afectuosa con que le trataba.

No hay nada que irrite tanto al amor propio como los celos, ni nada que aconseje peor que el amor propio irritado.

El vizconde pasó al galope junto al carruage de las dos señoras, y lanzó á Luisa Adelaida una rápida mirada de amenaza.

La pobre niña se estremeció.

No de temor, sino de dolor, porque la mirada del vizconde la habia dicho que desconfiaba de ella.

El vizconde se alejó á todo el galope de su caballo, y no dió la vuelta.

Luisa Adelaida le esperó en vano.

Cuando volvió á su casa se encerró en su aposento, y pasó la noche llorando y rezando.

El vizconde la pasó blasfemando, calenturiento, formulando mil insensatos proyectos de venganza.

Marta, por la primera vez de su vida, no pegó los ojos en toda la noche.

Anselmillo soñó con Marta.

Al levantarse al otro dia estos cuatro personages, estaban pálidos y ojerosos.

Una misma atmósfera los envolvia.

Los unia en una de esas relaciones fatales, que no pueden atribuirse sin impiedad á la Providencia.

Á no ser que inventemos una providencia del mal.

Luisa Adelaida, sujeta por su posicion, por su decoro, por el amor á su madre, era una pobre víctima resignada, pero desolada.

El vizconde de Rudaguas era un lobo hambriento, dispuesto á todo por saciar el hambre de su voluptuosidad y de su amor propio.

Procuró, por medio de los agentes mas audaces, corromper la fidelidad de los criados de Luisa Isabel María.

Los buenos servidores se mantuvieron firmes como rocas.

Al fin se vió obligado á buscar de nuevo á Anselmillo.

—Ya sabia yo que vuecencia me llamaria, dijo este con una serenidad que rayaba en insolencia: hemos perdido alguno tiempo; pero eso no le hace.

—Y, en fin, ¿qué quieres?

—Casarme.

—¿Y qué necesitas para casarte?

—Asegurar el pan de mis hijos.

—Te daré un arrendamiento.

—Yo no soy labrador.

—¿Quieres, pues, dinero?

—Quiero dinero.

—¿Cuánto?

—Quince mil duros.

—¡Cómo! ¡Tunante! ¡Quince mil duros!

—No hay que incomodarse por eso, señor vizconde; yo no me incomodé cuando vuecencia me dijo que era necesario entrar en una casa muy respetable sin ser sentido.

—Has entrado por un reloj en mi casa.

—Cada cosa tiene su precio.

—Es demasiado lo que me pides.

—Yo pongo precio á un deseo de vuecencia.

—Es un precio irritante.

—Además, que yo sé que vuecencia me pedirá mas que dejar una carta en la habitacion de la señorita doña Luisa.

—¡Cómo!

—Podrá suceder muy bien...

—¡Qué!

—Que se me pida mucho mas.

—¿Mucho mas?

—Sí: algo por lo que podré muy bien ir á la horca.

—Esplícate.

—Se me puede pedir... que mate.

—¿Qué mates?

—Sí por cierto.

—¿Y á quién?

—Á la señora mayor.

—¡Anselmo!

—¡Señor vizconde!

La esclamacion del vizconde no habia sido una esclamacion de amenaza, sino de asombro, de terror.

La contestacion de Anselmillo habia sido una nota aclaratoria.

El vizconde veía con terror que Anselmillo le habia adivinado.

Porque él no habia dicho á nadie, á nadie mas que á su conciencia, que deseaba la muerte de Luisa Isabel María.

Hubo un momento en que el ladron y el vizconde permanecieron mirándose de una manera singular, y no dijeron una sola palabra.

Al fin el vizconde dijo roncamente:

—Y si yo queriendo... ¿lo harias?

—Sí, si vuecencia me dá los quince mil duros.

—¿Y si te los doy y?...

—Poco á poco... yo soy un bribon honrado.

—¿Y si te casas?...

—Puedo entrar de criado en la casa de las señoras de mi mujer: así me lo ha dicho mi prima terminantemente: que no se casa si ha de abandonar á sus señoras.

—¡Tu prima, tu prima! ¡Cásate al momento!

—¿Y la dispensa, señor?

—¡La dispensa, que tarda en venir un siglo!

—Vuecencia puede hacer que venga pronto.

—Lo haré, pero procura tú...

—No puedo procurar nada mientras Marta no sea mi mujer.

El vizconde se vió obligado á tener paciencia.

De nuevo la fuerza de las apariencias influía en la mente de nuestros personages.

Anselmillo, para asegurarse la entrada en la casa de Luisa Isabel, conociendo lo indócil, lo inabordable de Marta, se habia visto obligado á falsificarse, á parecerla primo.

Este parentesco fué mas fatal de lo que podia concebirse.

—Recordad, señores, que he dado por título á esta historia, porque todas las historias tienen un título, *La fuerza de las apariencias.*

Y la fuerza de las apariencias fué la que únicamente influyó en la suerte de Luisa Adelaida, y por consecuencia en la suerte de su hija la marquesa de Guapeltepec.

De Luisa, mi amiga, de quien tanto se murmura, de quien tanto se supone, y por quien me veo obligada á contar esta historia.

Pero ya es muy tarde, señores.

Acaban de dar las dos.

—No, no es tarde.

—Nos figurarémos que estamos en un baile de palacio, del teatro Real.

—Si yo hubiera podido adivinar esto, dijo la de Robles, hubiera preparado un *buffet.*

—No importa, no importa.

—Si esta señora tiene la bondad de continuar...

—Con mucho gusto, señores, puesto que lo deseais, dijo Cesárea; pero permitidme un momento; quiero meditar y recordar, á fin de hacer mas breve mi relato concentrándole.

Y Satanás, aunque no necesitaba meditar para recordar, guardó por un momento silencio, solo para dar mas color á su falsificacion inhumana.

Inútil es decir que el espíritu de Luisa asistia á esta reunion, que lo oía todo, que lo veía todo, por un fenómeno incomprensible, que solo podia esplicarse un fanático por el magnetismo.

Al fin, Satanás, despues de un ligero intervalo de silencio, continuó de esta manera:

—Fijemos, antes de proseguir la narracion de los sucesos, la situacion de nuestros personages.

Luisa Isabel, obedeciendo los órdenes del poder superior é invisible al que la ligaba una fatalidad misteriosa ó acaso una maldicion, tenia un empeño formal en el casamiento de Luisa Adelaida con el marqués de Guapeltepec.

Luisa Adelaida era una mujer escepcional.

Entusiasta, soñadora, de imaginacion poética, de sensibilidad esquisita; una de esas dulces y poéticas criaturas, que yo diria que parecen caidas de una estrella, si esta imágen poética no fuese ya una vulgaridad á fuerza de haber sido repetida: como toda organizacion impresionable, Luisa Adelaida juzgaba de las cosas y de las personas que tienen la simpatía por único regulador de sus afectos.

Porque la simpatía...

Pero me olvidaba, señores, de que es necesario que yo concentre mi relato.

Acerca de la simpatía se han escrito muchas páginas luminosas, si es que pueden ser luminosos los sueños.

Porque la simpatía, en una palabra, en sus resultados, es el sueño del alma, que busca en mayor ó menor grado su alma gemela.

Prosigamos.

Luisa Adelaida amaba por simpatía al vizconde.

Lo que quiere decir que le adoraba.

Luisa Adelaida rechazaba por antipatía al marqués.

Lo que quiere decir que le aborrecia.

Sin embargo, Luisa Adelaida no habia alentado mas que con alguna mirada las impuras esperanzas del vizconde.

Lo que quiere decir que comprendia sus deberes.

Luisa Adelaida no habia demostrado ni con una sola palabra, ni con una sola mirada, ni aun con una distraccion, ni con un acento, al marqués la antipatía que le inspiraba.

Lo que quiere decir que Luisa Adelaida, además de estar incomparablemente educada, tenia un inmenso dominio sobre sus actor esteriores.

El vizconde, engañado por la amable cortesanía de Luisa Adelaida hácia el marqués, tenia celos.

Los celos del vizconde, como hemos visto, habian fomentado y producido un proyecto de crímen.

La vida de Luisa Isabel estaba amenazada.

Mas que amenazada: sentenciada.

Porque para el vizconde el único obstáculo que se oponia á la satisfacion de sus deseos, era la madre de Luisa Adelaida.

Y tenia razon en temerlo.

Luisa Adelaida no se hubiera opuesto á la voluntad de su madre, ni con una sola palabra, ni con un solo ademán de disgusto, ni con la mas leve espresion de tristeza.

Porque adoraba á su madre.

Porque la habia visto siempre sola y desamparada.

Porque se habia impuesto el santo deber de no aumentar la desgracia de su madre, aunque para ello fuese necesario su sacrificio.

Y existia la fatalidad de que la pobre niña no tenia confianza con su madre.

Su madre se habia hecho temer de ella.

No era su amiga, como todas las madres deben serlo de sus hijas.

Luisa Adelaida concentraba sus afectos en su corazon, y sin ser hipócrita, no demostraba jamás lo que sentia, porque lo que sentia hubiera irritado y afligido á su madre.

Y pesaba tambien en el ánimo de Luisa Adelaida su dignidad de mujer.

Su pureza.

Su poética impresionabilidad.

Ella no habria hecho por nada dèl mundo cosa que hubiera podido parecer irregular.

Y como Luisa Adelaida lo idealizaba todo, su amor y su sufrimiento; como lo concentraba todo, como lo ocultaba todo, como unia en un solo sentimiento purísimo lo finito y lo infinito, lo material y lo inmaterial, lo divino y lo humano, era una de esas criaturas sublimes, tomando lo sublime en la acepcion en que lo toma la

humanidad: era, repito, una de esas criaturas sublimes que han sido formadas con la misma pasta, por decirlo así, con que fué formada Santa Teresa.

No creais que exagero al dar olor de santidad á Luisa Adelaida.

Santo y puro fué todo lo que hizo.

Y esta santidad, y esta pureza, tuvieron una digna, una necesaria aureola.

La aureola del martirio.

De manera que tenemos: á Luisa Isabel, creyendo feliz á su hija, engañada por el aspecto de felicidad ó al menos de paz de la jóven.

Al marqués de Guapeltepec, enamorado y feliz, engañado tambien por las apariencias.

Por las apariências celoso el vizconde.

Á Luisa Adelaida sonriendo delante de su madre y del marqués, y llorando á solas, y pasando unas horribles noches de vela, de insomnio y de fiebre.

Y sin embargo, ni enflaquecia, ni el leve y bello color de sus megillas pálidas tomaba el matiz impuro de la enfermedad, ni las lágrimas dejaban huellas en su semblante, ni en sus ojos aparecia esa orla ligeramente lívida que producen una y otra noche desesperada.

La organizacion de la pobre niña resistia.

Todo en ella sucedia por dentro.

Por fuera todo era belleza, dulzura, paz.

Solo Dios, que lo ve todo y escribe los sufrimientos de sus criaturas en el libro de diamante de sus eternas recompensas, y Satanás, que todo lo acecha para valerse de los sufrimientos de las criaturas, sabian cuán triste, cuán desesperado, cuán ensangrentado, cuán sin esperanza, estaba el corazon de la pobre Luisa Adelaida.

El marqués habia acabado por ir dos veces al dia á casa de las señoras, y por acompañarlas constantemente á caballo, porque jamás las señoras salian mas que en carruage.

El vizconde rugía de rabia al ver que aquel hombre hacia casi vida comun con Luisa Adelaida y con su madre, y que estaba á punto de hacerla íntima.

El vizconde no se hubiera detenido ciertamente en provocar al marqués y en batirse con él.

Y se hubiera batido con él con placer, con ansia, porque le aborrecia.

Y le hubiera matado, porque tenia sobre él la superioridad del odio, y la sangre fria que dá el odio que quiere matar.

Pero temia que Luisa Adelaida se desencantase, ó que tal vez amando al marqués aborreciese á su matador.

Porque ya hemos dicho que habia momentos en que, á pesar de las elocuentes miradas que Luisa Adelaida enviaba al vizconde cuando podia mirarle sin ser vista, miradas en que resplandecia un amor infinito, el vizconde dudaba, creía que Luisa Adelaida amaba al marqués.

Deshacerse del marqués de una manera indirecta, tambien le era fácil, y la ancha conciencia del vizconde no se hubiese opuesto mucho á ello.

Pero el vizconde temia que se descubriese al causante de la muerte del marqués: que Luisa Adelaida lo supiese.

La vida del marqués estaba defendida por Luisa Adelaida.

No así la de su madre, por un fenómeno estraño.

Una vez sola y desamparada Luisa Adelaida, el vizconde no temia nada.

Contaba con la seduccion, y en todo caso con la violencia.

Por eso habia procurado meter un agente suyo en casa de Luisa Isabel.

Pero por la coincidencia del fingido parentesco de Anselmillo y de Marta, era necesario esperar la dispensa; porque solamente siendo Anselmillo marido de Marta podia entrar en la servidumbre de Luisa Isabel.

Entre tanto Anselmillo y Marta se entendian.

Luisa Isabel tenia ya conocimiento de sus amores.

Porque Marta, en su calidad de doncella, habia exigido á Anselmillo que la pidiese en casamiento á su ama, si habian de continuar sus amores.

Luisa Isabel convino en ello.

Ofreció un puesto en su servidumbre á Anselmillo cuando fuese marido de Marta, y añadió que no se verificaria el casamiento sino despues que se hubiese efectuado el de su hija con el marqués.

Desde aquel dia Marta no volvió á salir sola.

El ama de gobierno llevaba siempre por *adlatere* una de las doncellas.

Marta no era mujer que oyese enamoramientos de su primo, por mas que hubiese de ser su marido, y por mas que le quisiese con toda su alma, delante de testigos.

Anselmillo, pues, era impotente.

El vizconde se desesperaba.

Y el tiempo corria.

El marqués instaba á Luisa Isabel.

Luisa Isabel, al fin, dijo á la pobre Luisa Adelaida que dentro de un mes se casaria.

Luisa Adelaida, sin palidecer, sin temblar, porque hacia mucho tiempo que esperaba el golpe, contestó dulcemente á su madre estas palabras:

—Bien, mamá.

Y durante aquel mes se preparó todo.

Las galas, las joyas, las habitaciones de los esposos; todo bello, todo magnífico, todo admirable; porque Luisa Isabel era muy rica, y el marqués lo era tambien.

Y pasó el mes, causando el dolor de una horrible decepcion de su esperanza á Luisa Adelaida.

Tan terrible habia sido el golpe, por mas que hubiese sido esperado, por mas que con un valor maravilloso hubiese sido sufrido, tanto desgarró el corazon de la pobre niña, que esta esperó que antes de que acabase el plazo, la muerte ó la locura la salvarian del horror y del martirio de ser de otro hombre que del hombre á quien amaba.

Pero la organizacion de Luisa Adelaida resistió.

Dios queria su salvacion, y permitió su martirio.

Llegó al fin la víspera del dia en que debian celebrarse los desposorios.

Todas las formalidades necesarias habian sido llenadas.

Las que prescribe la ley; las que ordena la Iglesia.

Todo estaba dispuesto; ropas, joyas, habitaciones.

El vizconde perdió los estribos.

Lo olvidó todo.

Solo tenia presente una cosa.

La noche siguiente, en que Luisa Adelaida debia quedarse por la primera vez á solas con un hombre.

Con su marido.

—No será, dijo el vizconde.

Y se fué á casa del marqués, y se hizo anunciar.

El marqués no le conocia.

Pero ningun caballero cierra su puerta á otro hombre que lleva un nombre de caballero.

El vizconde entró, y sin saludar al marqués, sin quitarse el sombrero, sin pasar de la puerta, dijo:

—¿Dónde podremos vernos esta noche, marqués?

—¿Para qué?

—Para matarnos.

—¿Por qué?

—Porque yo quiero.

—Esa no es una razon.

—¡Ah! ¿Necesita usted una razon para cambiar una estocada con un hombre que le dice lisa y llanamente que desea matarle?

—Ciertamente: para no creer que quien tal pretende de una persona á quien no conoce está loco, es necesario que esa persona haga conocer la razon que tiene para desear la muerte de la persona á quien busca.

—Creo que ya hay una razon.

—¡Ah! ¿Con que no la habia antes?

—Basta para mi deseo que la haya ahora.

—¿Y cuál es esa razon?

—Usted me ha insultado.

—¡Yo!

—Sí por cierto: me ha llamado usted loco.

—He hablado en términos generales.

—Y yo he visto en esa palabra un insulto.

—Siento que lo haya usted visto, porque yo no quiero insultar á nadie.

—Entonces estamos los dos mútuamente ofendidos.

—Convengamos en que lo que está sucediendo es fuertemente estravagante.

—Convenido: mas que estravagante, incomprensible.

—¿Por qué, caballero?

—Porque es incomprensible que un hombre como usted, marqués, que se jacta de tener treinta y dos cuarteles en su escudo, sea un cobarde.

Palideció densamente el marqués; tembló; pasó por sus ojos algo horrible; pero todo esto, palidez, temblor y mirada, pasó como un relámpago.

—¡Salga usted de mi casa! dijo el marqués con acento frio, en que no habia ni el menor asomo de amenaza.

—Saldremos los dos juntos, se lo aseguro á usted, dijo el vizconde.

Y adelantándose rápidamente hácia el marqués, le dió un bofeton.

Hay organizaciones para las cuales una injuria es lo que el fuego para con un barril de pólvora.

El marqués estaba apoyado en el respaldo de un sillon.

Pues bien; aquel sillon, por mas que fuese muy pesado, levantado instintivamente por el marqués, fué á dar como una maza en la cabeza del vizconde, que cayó desplomado.

Al verle caer, el marqués se contuvo.

Miró al vizconde pálido aun y trémulo.

Pero en vez de cebarse en él, arrastrado por la cólera, se contuvo, se dominó y llamó á sus criados.

—Poned en una cama á ese hombre, les dijo, y que venga al momento un cirujano.

Despues se vistió el marqués y se fué á casa de Luisa Adelaida.

Nada la dijo de lo que acaba de acontecerle.

Para el marqués nada habia de comun entre Luisa Adelaida y el vizconde.

Para el marqués su choque con el vizconde no tenia otro aspecto que el de la provocacion de un loco.

Cuando volvió á su casa preguntó por el herido.

Su estado era grave; pero habia pedido que le trasladasen á su casa, y habia sido trasladado.

Aquella cuestion, pues, por el momento, habia dado fondo para el marqués.

Á la noche siguiente, al mediar, en un magnífico aposento en el cual habia un hermoso lecho nupcial, el marqués se encontraba á solas con Luisa Adelaida.

Era su mujer.

Al dia siguiente muy de mañana el marqués salió á caballo de su nueva casa, de la casa de su mujer.

Salia á respirar el aire puro del campo.

Habia en él algo que le ahogaba, algo que le hacia desear todo el aire de la creacion.

—Y qué, ¿qué le habia sucedido al marqués? ¿Habia tenido alguna esplicacion con su mujer ó con su esposa? dijo una recien casada, con esa malicia de buen tono que apenas se percibe, y que es mas punzante por su delicadeza.

—No por cierto, contestó Satanás; habia encontrado á Luisa Adelaida sumisa.

—¡Sumisa!

—Sí, no mas que sumisa. La esposa que cumple con su deber

sometiéndose al marido; no la amante que enloquece y se trasporta en ese supremo momento en que la vírgen se trasfigura en esposa.

—¡Ah! ¡La mártir que aceptaba el sacrificio!

—Eso es, señora, eso es. Hoy no se comprende bien esto. Generalmente las mujeres saben hoy lo que hacen y por qué lo hacen, y los martirios son desconocidos. Entonces, es verdad, sucedia lo mismo. Todo consistia en que Luisa Adelaida era un sér escepcional, y hoy tambien hay séres escepcionales. Solo que de dia en dia el número de las mujeres mártires por la voluntad de sus padres, va disminuyendo á medida que va perdiendo su fuerza, ó desapareciendo eso que algunos, refiriéndose á otros tiempos, llaman el feudalismo paternal.

Las niñas de hoy saben decir *no* á sus padres, y *sí* al hombre que aman.

Las niñas de hoy saben prestarse al depósito legal, á ese recurso de la autoridad pública que limita y á veces contraría la voluntad paternal; y no es estraño que muchas, prescindiendo de todo, recurran á la fuga.

Pero Luisa Adelaida era una pobre jóven de otros tiempos: á trueque de no causar ni el mas leve disgusto á su madre, tuvo valor para sacrificarse.

Además, sabia que las súplicas hubieran sido inútiles, y cedió sin combatir, porque no queria, porque la repugnaba combatir con su madre.

El primero que comprendió que le habian engañado las apariencias, fué el marqués.

Pero lo habia comprendido tarde.

Habia tomado la frialdad, la indiferencia, la sumision dolorosa de Luisa Adelaida, por pudor.

Despues comprendió que, sin quererlo, sin sospecharlo, habia hecho una víctima; habia cometido una profanacion repugnante; habia atormentado un alma.

Y desde el punto en que las lágrimas silenciosas y amargas corrieron, sin que bastase á contenerlas su fuerza de voluntad, de los ojos de Luisa Adelaida, el marqués comprendió que una separacion era irremediable, necesaria, absolutamente precisa.

Pero no una de esas separaciones ruidosas ó mal encubiertas que dán alimento á las conversaciones satíricas y diversion á los mal intencionados, sino una de esas separaciones horribles, porque se

efectúan ellas solas, sin que nada se haya dicho, ni una sola palabra, de separacion. Una de esas separaciones que el mundo no ve, que no puede verlas, porque están guardadas en la sombra y en el silencio de un dormitorio. Una de esas separaciones tan difíciles de conocer, como que no tienen mas distancia que la estrechísima que separa dos cuerpos en un mismo lecho. Una de esas separaciones que, ó desaparecen porque sobreviene la admiracion de la dignidad mútua, de la mútua grandeza, produciendo un amor violento, ó se agravan y se hacen insoportables, produciendo un odio mortal.

Al amanecer, y mientras Luisa Adelaida dormia un sueño fatigoso, horrible, febril, el marqués se levantó en silencio, salió á una habitacion inmediata, se vistió, pidió un caballo, y salió al campo.

De una manera instintiva, fatal, empezó á relacionarse en la imaginacion del marqués el choque que habia tenido el dia antes de su casamiento con el vizconde de Rudaguas, y la actitud de víctima que habia tomado Luisa Adelaida despues de su casamiento.

Luego, como á la presencia de una luz cualquiera vemos determinarse y razonarse objetos que no hemos visto bien en las sombras, recuerdos vagos vinieron, mas terribles por su vaguedad, á atormentar el alma del marqués.

Recordó haber visto muchas veces, ya en el Prado de San Gerónimo, ya en la iglesia, ya en el teatro, á un hombre que se parecia al vizconde de Rudaguas.

Recordó que aquel hombre miraba con insistencia á la jóven.

Aun creyó recordar que Luisa Adelaida habia mirado alguna vez, y de una manera singular, á aquel hombre.

Los celos son á veces unos anteojos diabólicos que hacen ver fantasmas con apariencia de séres reales; pero á veces los celos son unos anteojos muy claros.

El marqués comprendió, no sé por qué intuicion causada por sus celos, que la rabia, la desesperacion del vizconde le habian impulsado á provocar á un lance á muerte al hombre que al dia siguiente debia casarse con Luisa Adelaida. Comprendió que la sumision, la frialdad, las lágrimas silenciosas de Luisa Adelaida, aquellas lágrimas que no habia podido contener al ver desvanecida su última esperanza, al ver apoderado á otro del tesoro de pureza que habia consagrado á un hombre amado; en todo aquello comprendió el marqués un amor desesperado hácia el vizconde.

Y el pobre marqués amaba.

El pobre marqués ardia en ese fuego inestinguible, voraz, que

reduce á cenizas el alma, permítaseme esta frase, y sigue alimentándose en aquellas cenizas.

El marqués era el hombre mas digno de ser amado; pero el marqués no sabia embelesar por las manifestaciones de amor.

Era severo; parecia frio.

No se adivinaba, no se podia adivinar en él el amor, como no se adivina el fuego debajo de la nieve.

Necesitaba aquel amor para demostrarse con llamas aterradoras, rugientes, algo que dilatase aquel fuego, que le hiciera abrirse una salida, rompiendo primero la fria cubierta, derritiendo la nieve, y dejando abierto y visible el cráter.

Y sin embargo, habia algo en el marqués delicado, pero demasiado fuerte, para que su pasion y sus celos pudiesen romperlo.

El sentimiento de su dignidad.

El marqués, pues, se prescribió el silencio.

Á solas con ella, una conducta análoga á la suya.

Delante del mundo, el aspecto de la felicidad mas pura, mas envidiable.

Pero se propuso vengarse matando al vizconde.

Atormentando á Luisa Adelaida.

Esto último no era noble ni digno.

¿Pero qué celoso ha tratado con nobleza ni dignidad á la mujer que ha causado sus celos?

Basta con cubrir las apariencias con una dignidad exagerada; pero allí, donde la vista del mundo no llega, allí donde no puede juzgarnos mas que la víctima, el odio, ó la rabia, ó la vanidad ofendida, ó la pasion contrariada, lo autorizan todo.

Á la hora del almuerzo volvió el marqués á su casa.

Y digo á su casa, porque por una condicion espresa del contrato, condicion solemne, el marqués se habia trasladado á la casa de su mujer.

Luisa Isabel habia abdicado todos sus derechos en el marido de su hija.

El marqués, desde el momento en que se casó con Luisa Adelaida, era el gefe de la familia.

Luisa Isabel continuó engañándose.

Los dos reciencasados hablaron durante el almuerzo de una manera que nada dejaba que desear.

El marqués era siempre el hombre de conversacion séria y fria.

Luisa Adelaida siempre la jóven amable y complaciente.

La niña de carácter angelical.

Y así continuaron durante mucho tiempo.

Cuando estaban solos, aquel hombre y aquella mujer, no se hablaban.

Sus semblantes estaban nublados.

Luisa Adelaida deseaba que su marido la pidiese una esplicacion de su conducta, para colocarse en una situacion clara y despejada.

Pero no se atrevia, por dignidad, á provocar aquella esplicacion.

Por dignidad tambien el marqués no se atrevia á pedir á Luisa Adelaida una esplicacion que deseaba tanto como ella.

Las situaciones tirantes no se sostienen durante mucho tiempo sino por medio de un valor inmenso; un valor de primera raza, que consiste en dominarse á sí mismo.

El marqués empezó á sentir insoportables, terribles, aquellas largas noches pasadas en el mismo lecho con una mujer de quien le separaba un abismo.

La organizacion de Luisa Adelaida empezó á resentirse al fin, combatida por aquel estado insoportable.

Y sin embargo, su madre solo vió en la palidez y en la orla ligeramente morada de los ojos de su hija un indicio de maternidad.

Sin embargo, Luisa Adelaida nada la habia dicho.

Nada, ni por una palabra ambigua lo habia averiguado el marqués.

Y el marqués creía lo mismo que Luisa Isabel.

Sin embargo, nada le habia dicho Luisa Adelaida.

Y era verdad, aunque esta verdad fuera independiente del estado de languidez de Luisa Adelaida.

La jóven habia concebido: un solo momento de dolor, de desesperacion, de muerte, de infierno, la habia hecho madre.

Y esta maternidad tan precisa, tan terrible, envenenaba el alma del marqués.

Supuso cuantos absurdos pueden suponer los celos; supuso indignidades, farsas, todo cuanto horrible puede suponerse en una mujer.

Creyó, en fin, que el hijo que naciera de Luisa Adelaida no era su hijo.

Calló Satanás, y nadie pronunció una sola palabra; el interés del cuento dominaba al auditorio.

Pasaron algunos segundos, y el diablo continuó:

El marqués supuso, no supuso, creyó que el vizconde era el padre de la concepcion de Luisa Adelaida.

Habian pasado cuatro meses desde la fecha del casamiento.

De aquellos cuatro meses, dos los habia pasado el vizconde de Rudaguas entre la vida y la muerte.

Otro en la convalecencia.

Por último, al espirar el cuarto mes, el vizconde se encontró fuerte.

Ya por este tiempo la dispensa de los falsos primos, Anselmillo y Marta, habia llegado.

Como sus señoras amaban mucho á Marta, y Marta mucho á Anselmillo; como nada, en fin, habia ya que esperar, se celebró la boda, siendo los padrinos de ella el marqués y Luisa Adelaida.

Y como Marta habia exigido como cláusula *sine qua non* del contrato matrimonial (porque contrato hubo) seguir sirviendo á sus señoras, para no separar á Marta de su marido se admitió á Anselmillo en la servidumbre como ayuda de cámara del marqués.

—Esto es un disparate, dijo el celoso Pedro: maldito si me gusta ni una migaja este mozo: ello dirá.

Anselmillo cerró su portal de sastre, industria que solo le servia para tener un oficio con que hacer cara á la ley, y tomó el nuevo disfraz de ayuda de cámara.

Sin embargo, se despidió de sus compañeros.

Díjoles que un ladron podia tener muy bien una, dos, diez queridas, pero que no debia ser casado.

Añadió que casándose habia hecho un buen negocio, y que estaba en el caso de pedir su licencia absoluta de ladron, y pesadas las razones que Anselmillo espuso con las que le opusieron, algunas de interés general, porque Anselmillo era un miembro muy útil para la cofradía, se declaró que estaba libre para abandonar el oficio, y, prévio juramento de no vender jamás á sus compañeros, cuyos secretos sabia, se le espidió su licencia definitiva, en medio de una orgía, en que fué la primera vez que Anselmillo no se embriagó, por temor de dar un disgusto á su adorada Marta.

Porque es preciso que no nos olvidemos de que por uno de esos fenómenos que aun no ha esplicado la psicologia, Anselmillo, egoista y frio de alma por educacion y por temperamento, queria á Marta como á su alma, del mismo modo que Marta, que no habia pensado jamás en el amor, queria á Anselmillo mas que á su vida.

Y hé aquí de nuevo influyendo en los sucesos la fuerza de las apariencias.

El amor habia trasformado á Anselmillo.

Parecia el mejor hombre del mundo.

Marta le habia trasmitido sus costumbres.

Oía misa todos los dias, porque en aquella casa la oían todos.

Confesaba y comulgaba una vez al mes.

No bebia, ni murmuraba.

Cuando concluía sus ocupaciones, se iba al lado de su mujer.

Habia acabado por captarse la confianza del marqués, que le elevó á la categoría de su ayuda de cámara favorito.

Hasta el mismo Pedro, acostumbrado ya á ver casada á Marta, creía de buena fé que se habia engañado al pensar mal de Anselmillo.

Pero estas apariencias, que de tal manera le daban en la casa de sus amos el aprecio de todos, no eran mas que el barniz que encubria los malos instintos de Anselmillo.

No habia dejado de ser ladron.

No podia dejar de serlo.

Amaba á Marta, es cierto; pero el amor de Marta no le impedia robar.

Solo que habia variado de modo.

Robaba como un ayuda de cámara.

Además, robaba la confianza que habian depositado en él, porque era el espion pagado, é introducido, por los medios del vizconde de Rudaguas, en casa de los señores de su mujer.

Todos los dias, cuando tenia una ocasion de detenerse fuera de la casa sin que su tardanza se hiciera notar, Anselmillo iba á casa del vizconde.

Esto se entiende, desde que el vizconde estuvo en estado de poder hablar, de recibir.

Anselmillo le contaba, detalle por detalle, todo lo que sucedia en casa de sus señores, y que Luisa Adelaida y el marqués de Guapeltepec, cuando podian ser vistos y oidos, se trataban y hablaban de la manera mas afectuosa: hé aquí que Anselmillo creía decir la verdad al vizconde diciéndole que Luisa Adelaida y el marqués se adoraban.

El vizconde sufria en su orgullo, en su deseo, se irritaba, meditaba proyectos atroces, y este estado de escitacion retardaba su convalecencia.

Sin esta contínua lucha con su vanidad y con su sensualismo, el vizconde se hubiera restablecido mucho antes.

Al fin un dia el vizconde no pudo contenerse.

Anselmillo le habia dicho:

—La señora tiene un hijo.

—¡Un hijo! ¡Con que es decir que!...

—Que está en estado...

—¡Ah! Yo creía que ese hijo habia nacido ya.

—No podia ser, siendo la señora quien es, y haciendo solo cuatro meses que se ha casado.

—¿Pero quién te ha dicho eso?

—La señora mayor lo ha dicho á todo el mundo.

—Bien, vete, dijo el vizconde.

Anselmillo salió.

El vizconde llamó á su ayuda de cámara.

—Mi ropa, dijo.

—Hace frio, señor, dijo el ayuda de cámara.

—Aunque hiele, quiero vestirme; necesito salir. Que enganchen.

Poco despues el vizconde decia á su cochero las señas de la casa del marqués.

Cuando llegó, el marqués habia salido.

—Le esperaré, dijo el vizconde.

—El señor tardará, porque ha dicho que si no vuelve á la hora de costumbre, no se inquieten las señoras.

—Bien: pero usted no se negará tambien á dar un billete al marqués.

—De ningun modo, señor, dijo Pedro, que era quien habia abierto.

—Pues bien; hágame usted el favor de darme recado de escribir.

Pedro se retiró; pero tuvo buen cuidado de cerrar la puerta, y con dos cerrojos.

El vizconde esperó con impaciencia.

Pedro traía en una bandeja un inmejorable recado de escribir de oro cincelado.

El papel era un vitela finísimo, y tenia tambien las armas del marqués.

El vizconde, sin reparar en esta circunstancia, escribió rápidamente algunas palabras, y puso un sobre á la carta.

Pedro, que era muy buen criado y que estaba á la portezuela, encendió un fósforo y con él una bugía que estaba en una preciosa palmatoria.

Encendió el vizconde el lacre, y le selló con el escudo de sus armas, que llevaba en una sortija.

Despues escribió en el sobre:

«Al señor marqués de Guapeltepec.—Urgente y reservado.»

Y puso la carta en la bandeja.

Pedro la retiró, saludó respetuosamente al vizconde, entró, cerró la puerta, y llevó la carta á Luisa Adelaida.

Esta, al ver el sobre, la devolvió á Pedro, diciendo que la entregase al marqués.

Pedro la puso sobre la mesa del despacho del marqués y se retiró pensativo.

El rostro que tenia el vizconde al escribir aquella carta le hacia temer que se encerraba en ella alguna desgracia para sus señores.

Cuando el vizconde llegó á su casa, su ayuda de cámara le entregó una carta.

En el sobre de aquella carta se leía:

«Urgentísimo.—Señor vizconde de Rudaguas.»

—¿Qué es esto? dijo el vizconde.

—Ya lo ve vuecencia; una carta, dijo el ayuda de cámara.

—Sí, es cierto, una carta; ¿pero quién la ha traido?

Y el vizconde miraba el escudo de armas del marqués de Guapeltepec que sellaba aquella carta.

—No la han traido; hace un cuarto de hora que la han escrito aquí.

—Al menos en mi casa entra quien me busca. Sería estraño que nos hubiésemos encontrado.

Y abrió la carta.

Hé aquí su contenido:

«Le debo á usted un golpe que le ha tenido á las puertas de la muerte: he sabido que ya puede usted recibir otro, y deseo dárselo de una manera regular. Esta noche á las nueve estará con una espada y un amigo junto á las tapias de San Bernardino.—El marqués de Guapeltepec.»

—Magnífico, dijo el vizconde: que me dén de almorzar.

Cuando el marqués de Guapeltepec llegó á su casa y vió la carta del vizconde, halló que decia:

«Tengo una absoluta necesidad de matar á usted. Espero esta noche á las ocho, fuera de Recoletos, con una persona. En mi carruage se llevarán sables, floretes y pistolas.—El vizconde de Rudaguas.»

El marqués guardó esta carta en su cartera, y se fué al gabinete donde estaban su mujer y su suegra.

Ninguna de ellas pudo adivinar por el mas leve indicio el lance en que estaba empeñado el marqués.

Llegó la noche.

El marqués habia citado á las nueve.

El vizconde á las ocho.

Las ocho, pues, era la hora: el sitio, fuera de Recoletos.

El vizconde debia comprenderlo así tambien.

El marqués por lo tanto, acompañado de un solo amigo, y sin llevar armas, supuesto que el vizconde habia espresado que las llevaria, entró en un carruage, y se dirigió al punto de la cita.

Daban en aquel momento las ocho.

Hacia luna.

Mas allá, á dos tiros de pistola, habia parado un carruage.

El marqués y su amigo se apearon del suyo.

Al mismo tiempo dos hombres se echaron fuera del otro.

Aquellos cuatro hombres se aproximaron.

—Veo que hemos tenido un mismo pensamiento, vizconde.

—Como que nuestro comun pensamiento tiene una misma causa.

—¿Y qué causa es esa? dijeron los dos padrinos: necesitamos saberla.

—Nada mas justo, dijo el vizconde, y si el marqués me permite...

—De buena gana.

—Un dia, hace cuatro meses, dijo el vizconde dirigiéndose á los dos testigos, oí ponderar al marqués de Guapeltepec como diestrísimo tirador de pistola. Yo me jacto tambien de serlo, y lo que oia contar, las maravillas que se dijeron del marqués, ofendieron mi amor propio. Necesito saber si lo que me habian dicho era verdad. Pero yo no quiero salir de dudas sino sirviendo de blanco al marqués y sirviéndome el marqués de blanco á mí. Pero como para esto era necesario un pretesto, me fuí á casa del marqués, y le insulté de una manera grave.

—Es cierto, señores: el vizconde me dió un bofeton: yo, que no podia adivinar que aquel bofeton fuese un pretesto, y que aun cuando lo hubiese adivinado no lo hubiera admitido, arrojé una silla á la cabeza del vizconde.

—Y de tal modo, señores, que he estado muy en peligro, y hasta hoy no he podido salir á la calle.

—Resulta, pues... dijeron los testigos.

—Que el vizconde me debe el precio de una bofetada, dijo el marqués.

—Y yo al marqués el precio de un silletazo.

—Pero, señores, dijo uno de los testigos, esto es absurdo; están ustedes completamente iguales.

—Yo no lo creo así; yo me encuentro como al principio, dijo el vizconde. Continúo en mi empeño de saber, aunque sea á costa mia, lo que hay de cierto acerca del marqués como tirador de pistola.

—Y yo, que tuve la intencion de matar á quien de una manera tan grave me habia injuriado, necesito matarle.

—Es, pues, esto, dijo el otro testigo que hasta entonces habia estado callado, y que comprendia que habia una causa grave para el duelo, que se cubria con estas apariencias sin duda, ¿es, pues, esto una cosa resuelta?

—De todo punto, dijo el vizconde.

—Á muerte, añadió el marqués.

—¿Y qué armas? dijo uno de los testigos.

—Puesto que el vizconde quiere cerciorarse de... mi buena puntería, yo tambien quiero juzgar de la suya: nos batiremos con pistola.

Y la voz del marqués al pronunciar estas palabras era lúgubre.

Porque debo haceros conocer, señores, dijo Satanás, una circunstancia horrible.

El vizconde de Rudaguas, infame como todos los de su raza, odiaba al marqués, y queria matarlo sobre seguro.

Lo que habia dicho acerca de la superioridad del marqués en el tiro de pistola era completamente falso.

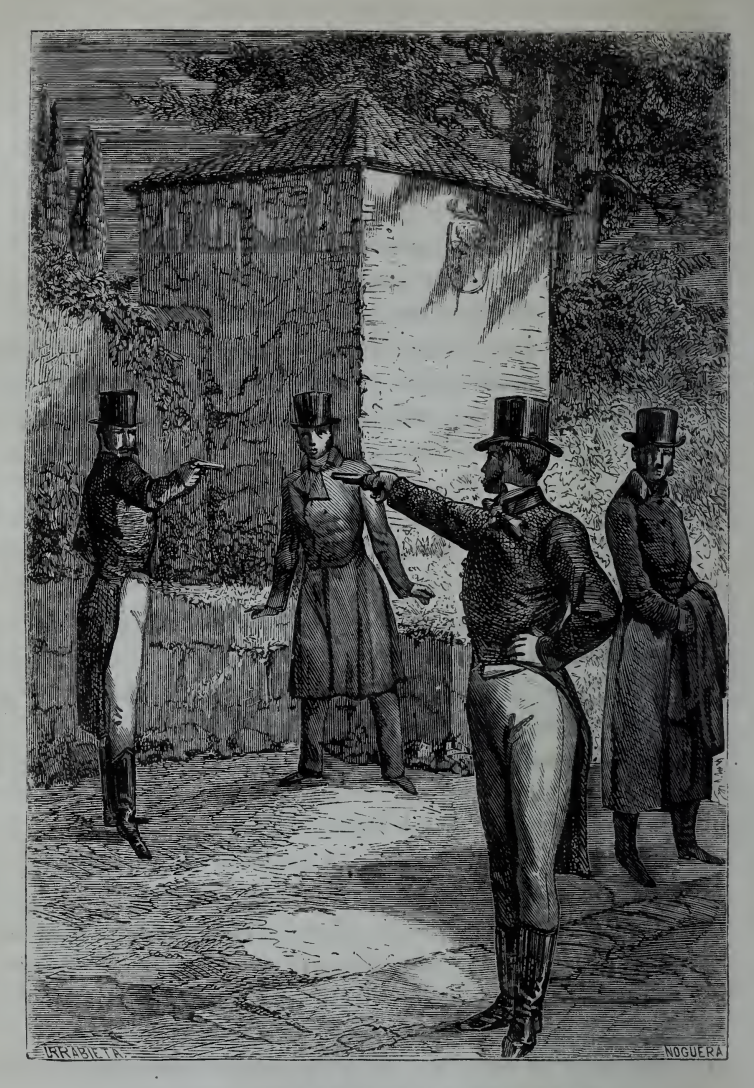
La verdad era que el marqués tiraba como la generalidad de los aficionados á esta arma: medianamente, y nada mas.

En cambio el vizconde de Rudaguas tenia el pulso mas firme del mundo, el ojo mas rápido y certero, y eso que se llama tacto: el vizconde hacia tiros admirables á largas distancias.

Queria, repito, matar al marqués, y lo comprometió con aquella zancadilla, que tal podia llamarse á su mentira.

El vizconde contaba con la exagerada susceptibilidad del marqués en asuntos de honor, y no se engañó: cuando se trató de la eleccion de armas, eligió la pistola, por lo mismo que habia sido el arma indicada, aunque indirectamente, por el vizconde.

Desechar la pistola le habia parecido cobarde y vergonzoso.




LOS DOS TIROS SALIERON A UN TIEMPO.

De la misma manera consintió y aun exigió que sirviesen las pistolas que el vizconde habia llevado consigo.

Arreglado esto, los padrinos, que no tenian instrucciones, preguntaron á qué distancia.

—¿Le parece á usted que á sesenta pasos? dijo el vizconde.

—Sea á sesenta pasos.

Y un sudor frio cubrió la frente del marqués.

Comprendió que iba á ser asesinado.

Y á nadie, por valiente que sea, le es grato ser asesinado, y mucho mas por un enemigo cuya sangre beberia gustoso.

Se convino, pues, que el duelo sería á pistola, á sesenta pasos, á la voz, y á la media vuelta.

Los testigos eligieron el lugar, cargaron, entregaron las pistolas á los adversarios, los pusieron á distancia, dieron la voz, y los dos tiros salieron á un tiempo.

Entrambos permanecieron inmóviles en sus puestos.

El vizconde miraba de una manera ansiosa al marqués, que estaba de pié é inmóvil á sesenta pasos de él.

—¿Habré errado á un blanco como este por la primera vez? dijo.

Pero en aquel momento el marqués cayó.

—¡Ah! ya lo decia yo, esclamó el vizconde. ¡Muerto! No podia ser de otro modo.

Y dirigiéndose á su carruage, se metió en él y partió, mientras los padrinos de uno y de otro corrian hácia el marqués.

Se detuvo Satanás.

Nadie le preguntó.

Al cabo de algunos segundos de silencio, Satanás dijo:

—Luisa Adelaida no volvió á ver mas al marqués de Guapeltepec.

—¡Cómo! ¿Efectivamente el marqués no habia muerto? preguntó uno de los oyentes.

—No, puesto que hace poco tiempo que vivia en América, contestó Satanás ó Cesárea, para que no olvidemos la transfiguracion del diablo en mujer.

Luego añadió:

—Mi historia, es decir, la historia de la familia de mi amiga Luisa, está á punto de concluir.

—¿Pero qué fué del marqués? preguntó otro de los oyentes.

—El marqués se fué á Méjico, de donde procedia, contestó Cesárea, y desde Méjico...

El alma ó el pensamiento de Luisa, que como hemos dicho esta-

ba allí oyéndolo todo, sintiéndolo todo, concentró de una manera poderosa su atencion.

—Desde Méjico, continuó Satanás, el marqués escribió á Luisa Adelaida la dolorosa carta siguiente:

«Señora: El Océano nos separa: otro océano de deshonra nos separa tambien hasta la eternidad. Usted ha faltado á cuanto una mujer digna puede faltar; y tengo la triste certidumbre de que nada que tenga relacion conmigo queda con usted. Espero que ni usted *ni nadie que de usted provenga llevará mi nombre.* De lo contrario, me veré obligado á decir al mundo lo que pocas personas saben, lo que está mas en el interés de usted que en el mio que todos ignoren. Fuera de esto, espero me indique usted dónde he de consignarla lo que creo de mi deber destinarle.—El marqués de Guapeltepec.»

—Ese hombre estaba loco, dijo una casada cuya reputacion era un tanto ambigua.

—Al marqués le engañaba la fuerza de las apariencias; de las apariencias, que tantas desgracias han causado y causarán. En cuanto á Luisa Adelaida, cuando recibió la carta, la arrugó con indignacion: miró desde la altura de su virtud y de su sacrificio al marqués, y le encontró pequeño y despreciable: lo que el marqués habia creido necesario para salvar su dignidad, se presentó indigno á los ojos de Luisa Adelaida, porque descansaba en su conciencia, porque no podia reconocer una dignidad que necesitaba para justificarse tener una causa en la maternidad suya..

Luisa Adelaida tomó una pluma, y escribió con la mano trémula de cólera:

«Señor marqués: Todo ha concluido entre nosotros: lo que me puede usted dar que mas grato me sea, es su absoluto silencio, su absoluto olvido, su eterna separacion. Yo no he conocido á mi padre: su historia es un profundo misterio para mí: un misterio será para el hijo que de mí naciere, la historia y el nombre de su padre.—Luisa Adelaida Clara.»

Al recibir el marqués esta carta, la arrugó tambien entre sus manos. Continuaban fascinándole las apariencias: lo que en Luisa Adelaida era la dignidad de la virtud dolorosamente ofendida, fué para el marqués una muestra de impudencia.

Don José Alvarado de Sástago y de la Peña, marqués de Guapeltepec, empezó desde entonces una vida de sufrimientos crueles, de un martirio con el cual, comparados todos los martirios imaginables, perdian completamente su fuerza.

Todo estaba concluido.

Mi amiga Luisa nació tres meses despues.

Luisa ha ignorado hasta ahora, hasta que he venido yo, que era hija legítima, de legítimo matrimonio, heredera de un nombre ilustre y de unas inmensas riquezas.

Paréceme, señores, que deseareis saber por qué causa el marqués de Guapeltepec reconoció al fin como hija suya á mi amiga Luisa.

El relato de esto será, por decirlo así, el epílogo de esta historia.

---

## CAPITULO VIII.

En que el diablo concluye la relacion de su historia.

Calló un momento Satanás, y lúego continuó:

—Poco despues del nacimiento de Luisa, el marqués de Guapeltepec hizo conocimiento en Méjico con un estrangero.

No podia determinarse ni por su fisonomía, ni por su acento, cuál fuese su patria.

Hablaba todas las lenguas vivas, y conocia las muertas como si hubiesen sido su idioma natural.

Era escéntrico; pero escéntrico de una manera magnífica, y tenia el talento ó mas bien la cualidad de hacerse apreciar de todo el mundo, empezando por una fuerte simpatía y concluyendo por una ardiente amistad.

Es cierto tambien que este estrangero, este sér singular, no procuraba ser amado sino por los que eran dignos de ser amados por él.

Y el estrangero nunca se engañaba, como suelen engañarse los hombres: parecia que su mirada tenia el privilegio de escudriñar los abismos mas tenebrosos del alma en aquel en quien se fijaban.

Vió en el marqués sufrimiento; mas que sufrimiento, martirio, y le concedió su amor.

Porque entre aquel estrangero y los que sufrian un martirio, habia algo de relativo, algo de remotamente comun, en que aquel estrangero estaba sentenciado, y lo está, á un martirio infinito, esto es, al martirio de encontrar pequeño todo cuanto le rodea: de no poder saciar la sed de su alma; de no poder vencer un imposible eterno.

La voz de Satanás tenia al pronunciar estas palabras un no sé

qué tan terrible, tan doloroso, por mas que su acento fuera siempre el acento dulce y argentino de la princesa de Wadicoff, que todos los oyentes esperimentaron el frio jamás sentido de un terror incomprensible.

—¿Necesitais saber sin duda, dijo Satanás, quién era aquel estrangero? Pues bien, señores, aquel estrangero era mi marido, el baron del Destierro.

—¡El baron del Destierro! esclamaron en voz baja, como arrastrados por un impulso simultáneo todos los oyentes.

—Sí, sí, señores, el baron del Destierro, que viajaba entonces como ha viajado siempre; porque el baron del Destierro tan pronto está en Persia como en la Australia, en Africa como en la Noruega; el mundo es su lugar de peregrinacion: su patria... él y Dios la saben.

—¿Y no la sabe usted, baronesa? preguntó una curiosa.

—Sí, sí por cierto; la patria de mi marido es el cielo.

—¡El cielo!

—Sí; mi marido es de aquellos que pueden decir: mi reino no es de este mundo.

Callaron todos asombrados de aquella nueva escentricidad de la princesa.

Satanás continuó:

—Muy pronto, arrastrado por la irresistible magia del baron, el marqués no tuvo secretos para él; se lo reveló todo.

El baron vió claramente que el marqués estaba dominado por apariencias fatales, y se propuso descubrir hasta la saciedad lo que hubiese de cierto en la historia del marqués.

Sin embargo, nada le dijo; dejóle aferrado en su creencia, sin pretender apartarle de ella, y algun tiempo despues se trasladó á España.

Desde el momento en que llegó á Madrid, el vizconde de Rudaguas fué completamente espiado, sin que pudiese sospecharlo siquiera.

El baron fué servido por los criados del vizconde: supo lo que este hablaba, lo que hacia, lo que pensaba: supo que Anselmillo, que estaba aun en la servidumbre de Luisa Adelaida, era un instrumento del vizconde: averiguó, aunque tarde, que Luisa Isabel, la madre de Luisa Adelaida, habia sido inmolada.

Cuando llegó el baron á Madrid en silla de posta, se vió obligado á detenerse fuera de la puerta de Fuencarral, para dejar paso á

una comitiva terrible, á un carruage mortuorio, en que un cadáver hacia su breve y lento viaje á la postrera morada.

Aquel carruage conducia los restos de Luisa Isabel.

De Luisa Isabel, que habia muerto envenenada, sin que conocieran el crímen mas que Dios, que lo habia permitido, el vizconde, que lo habia proyectado, y Anselmillo, que lo habia llevado á cabo.

Viuda Luisa Adelaida, segun lo creía el vizconde, porque despues de haber caido herido el marqués nada habia vuelto á saberse de él, ni habia recibido nadie noticias suyas mas que Luisa Adelaida, por la carta que habia recibido de Méjico, carta que nadie habia visto, de la cual ni aun á su madre habia hablado Luisa Adelaida; creyendo viuda, repito, á la mujer de su tenaz empeño, el vizconde no encontró ya otro obstáculo á sus deseos que Luisa Isabel.

Sabia demasiado que mientras su madre viviera, Luisa Adelaida respetaria su tranquilidad.

Sola Luisa Adelaida en el mundo, y dueña de su accion, podria ser otra cosa.

Anselmillo, pues, una noche habia vertido algunas gotas de un licor que le habia dado el vizconde de Rudaguas en un vaso de medicamento que se dejaba todas las noches á la cabecera del lecho de Luisa Isabel.

Ya sabemos que Anselmillo sabia entrar donde queria sin ser visto.

Luisa Isabel bebió segun costumbre.

Al dia siguiente la encontraron muerta.

El vizconde entregó quince mil duros á Anselmillo.

Conocido por el baron el criado de Luisa Adelaida que estaba en contacto con el vizconde, le echó mano, es decir, le indicó que necesitaba hablar con él, le dió dinero, y el antiguo ladron, dispuesto siempre á servir á quien le pagase, fué á casa del baron.

Encerróse con él mi marido, y le asió una mano.

Anselmillo dió un grito.

La presion de la mano del baron le habia hecho sufrir un dolor insoportable.

Al mirar al baron, la mirada de este le habia causado un terror indefinible.

Porque la mirada del baron habia sido la de un arcángel vengador.

Anselmillo cayó de rodillas, porque creyó llegada su última hora.

—¿Estás dispuesto á revelar la verdad de todo lo que te pregunte? dijo al ladron.

—Sí señor, dijo Anselmillo.

—Tú eras ladron, y ahora eres asesino.

—¡Por Dios, señor, no me pierda vuecencia! dijo Anselmillo.

—Revélame lo que ha sucedido entre la señora y el vizconde de Rudaguas.

Anselmillo, dominado por el baron, le hizo punto por punto una revelacion luminosa.

—Escribe cuanto me has dicho, esceptuando el envenenamiento de la madre de tu señora.

Anselmillo, dictándole el baron, escribió.

Despues firmó.

El baron hizo llamar á un escribano.

Cuando hubo llegado el escribano, el baron le dijo:

—Va usted á hacerme el favor de librar testimonio de lo que viere y oyere.

Y luego añadió, dirigiéndose á Anselmillo:

—¿Confiesas y juras que es verdad lo que has escrito en este papel?

—Sí señor.

—¿Que has escrito de tu propia voluntad, sin violencia alguna?

—Sí señor.

—Libre usted testimonio, dijo el baron al escribano.

El escribano estendió testimonio de lo que habia oido decir respecto del papel á cuyo fin se estendia el testimonio, el mismo de que se hacia mencion en el relato.

El escribano no pudo ver ni una sola palabra de lo que aquel papel contenia, porque el baron habia cubierto lo escrito con otro papel.

—Ahora, dijo el baron, es necesario un documento que pruebe la autenticidad de la firma de este hombre, y su identidad propia.

—Descuide vuecencia.

Anselmillo salió con el escribano.

Mas tarde el baron tuvo en su poder el otro decumento.

Tres meses despues Anselmillo fué ahorcado en la plazuela de la Cebada.

El baron habia tenido medio de que la justicia descubriese un robo horrible, con muertes violentas, llevado á cabo por los compañeros de Anselmillo, y en el cual el mismo Anselmillo habia sido cómplice de una manera grave.

Luisa Isabel habia sido vengada respecto á uno de sus asesinos, de la única manera que habia sido posible la venganza.

Pero aun faltaba vengarla del vizconde.

Vengar á Luisa Adelaida.

Vengar al marqués de Guapeltepec.

Restituir á una niña su nombre, sus derechos, su familia.

El baron se fué un dia á hacer una visita al vizconde de Rudaguas.

No le encontró, y le dejó una tarjeta, en la cual habia escrito:

—Volveré mañana á las tres; suplico á usted que me espere.

Volvió al dia siguiente á la hora de la cita, y encontró en efecto al vizconde, que le esperaba.

Despues de ese saludo *sui generis* que se cambia entre dos personas que se ven por primera vez en una situacion inesperada, el baron se sentó, y dijo al vizconde:

—Espero que quedará un resto de honor en usted, y vengo á apelar contra usted á ese resto de dignidad y de conciencia.

No se podia decir que el baron no se iba derecho al negocio.

El vizconde, que si otro le hubiera dicho aquellas palabras no sabemos por dónde hubiera salido, palideció, tembló, y por algun tiempo no pudo pronunciar una sola palabra.

Como Anselmillo, habia visto en los ojos del baron una mirada soberanamente vengadora.

—No comprendo á usted, dijo el vizconde dominándose cuanto le fué posible.

—Lea usted, y me comprenderá, dijo el baron.

Y le entregó la declaracion testimoniada de Anselmillo.

—Esta es una calumnia infame, dijo el vizconde.

—Esa es una terrible verdad incompleta: falta ahí la declaracion del envenenamiento de doña Luisa Isabel María de Austria.

—¡Del envenenamiento!

—Yo puedo probar ese envenenamiento; probarlo hasta la saciedad.

El vizconde temblaba: de una parte la magia incomprensible del baron le dominaba: de otra el terror de ver descubierto su crímen.

—¡Juro á usted!... dijo, perdida de todo punto la serenidad.

—Todo es inútil; necesito volver la paz, la felicidad, á mi amigo el marqués de Guapeltepec.

—¡Cómo! ¡El marqués!...

—¡Vive! Le hirió usted en la cabeza; pero Dios tuvo compasion de él.

—¡Ah! Si vive el marqués de Guapeltepec, dijo el vizconde, aprovechando un pretesto para disculpar su docilidad, si yo puedo volverle la paz del alma, estoy dispuesto á volvérsela.

—Pues bien: estienda usted una declaracion en forma, como *in articulo mortis:* el marqués está muy lejos, y no puede saber si usted ha estado en efecto á las puertas de la muerte; aunque lo que usted va á declarar es verdad, es necesario dar á esa verdad alguna fuerza dramática: el marqués es muy cristiano y muy caballero, y no puede creer que un moribundo mienta cuando está próximo á comparecer ante el tribunal de Dios. Escriba usted esa declaracion como la escribiria con la cabeza abierta por una cuchillada... dada por mí... Esto es una ficcion, que podrá muy bien ser una verdad. Escriba usted.

El vizconde, fuertemente dominado, escribió una declaracion tal de la inocencia de Luisa Adelaida, que no habia medio de dudar de ella, tanto mas, cuanto que el vizconde decia hallarse próximo á la muerte.

El baron tomó la declaracion del vizconde, la leyó, y la guardó en su cartera.

El vizconde creyó el asunto concluido.

Pero el baron no se levantó.

El vizconde esperó con un terror instintivo lo que habia de decir el baron.

Este le dominó de nuevo con una de sus profundas miradas, y le dijo:

—Un hombre que lleva un apellido antiguo, que se llama noble, no puede, no debe mentir.

—No comprendo á usted.

—Usted ha escrito una mentira, ó ha tenido la intencion de escribir una mentira. Usted ha escrito que hacia esa declaracion próximo ya á comparecer ante el tribunal de Dios: eso es verdad, porque dentro de algunas horas estará usted en la eternidad.

—¡Yo!

—Sí por cierto; porque para desempeñar completamente la obligacion que me he impuesto, voy á matar á usted.

—Me parece que eso no es fácil, dijo el vizconde, en quien ardió, no sé por qué permision, y á pesar del terror que le inspiraba el baron, una chispa de cólera.

—Tan fácil me es partirle á usted el cráneo, como á usted lo fué agujerear el del marqués á sesenta pasos de distancia. Usted es un gran tirador de pistola...

—Lo soy tambien de sable.

—Lo sé: pero no importa; tengo la vida de usted en el bolsillo: yo le mataré á usted sobre seguro, pues así debe ser: usted tiró sobre seguro contra el marqués: asesinato por asesinato.

—Lo veremos.

—Ciertamente, y lo vamos á ver al momento.

—Si yo soy infame, no lo es usted menos, dijo el vizconde.

—No, yo no soy infame, respondió el baron; yo soy la mano que Dios elige para castigar á usted.

—¿Dónde? y concluyamos.

—Creo que su duelo de usted con el marqués fué en las afueras, junto á San Gerónimo.

—Sí por cierto.

—Á las ocho de la noche.

—Sí... á esa hora fué.

—Hacia luna: esta noche la hará tambien. Creo que estamos en la misma fecha, solo que han pasado dos años.

—Exactamente.

—Pues bien: á las ocho de la noche, fuera de las tapias de San Gerónimo, dos testigos... yo llevaré á alguien mas... dos sables... lleve usted los suyos, ya que es usted tan aficionado á tirar con las armas que le son usuales... y hasta luego...

El baron salió.

El vizconde quedó dominado por la situacion, pero resuelto á no faltar á su cita de muerte con el baron.

Y aquella noche, á la misma hora, en el mismo sitio, á la luz de la misma luna, con dos testigos, como se habia visto dos años antes el vizconde de Rudaguas con el marqués de Guapeltepec, se vió con el baron del Destierro, con la sola diferencia de que las armas de aquel duelo fueron pistolas, y las de este eran sables.

Una vez en el terreno, llenadas todas las formalidades, y frente á frente el vizconde y el baron, al primer ataque el vizconde se detuvo, vaciló y cayó.

El sable del baron le habia hendido el cráneo.

El baron fué á su carruage, y de él sacó á un hombre.

Aquel hombre era un escribano.

El baron le llevó adonde el vizconde moria.

Una vez allí, el baron sacó de su cartera la declaracion que el vizconde habia escrito aquella mañana, y se la mostró.

—Procura ver, le dijo con acento terrible y sobrenatural.

El vizconde se estremeció poderosamente como un cadáver galvanizado, y se incorporó.

Algunas gotas de sangre cayeron sobre el papel.

—¿Has escrito tú lo que en ese papel se contiene?

—Sí, contestó el vizconde, con voz mas horrible: lo juro por mi eternidad contigo.

—Acepto el plazo, dijo el baron. Ahora, señor notario, guarde usted ese papel, y testimonie á su pie como si esa declaracion hubiera sido escrita *in articulo mortis*. Necesito tener ese papel testimoniado en mi poder á las diez de la noche.

—La tendrá vuecencia.

—¡Mi mujer! ¡mi hijo! ¡mi hija! esclamó el penúltimo vizconde de Rudaguas.

—Tu mujer no necesita consolarse: hace mucho tiempo que otro la consuela de tí: tu hijo podrá suceder que muera en este mismo sitio y á mis manos... En cuanto á tu hija...

—¿Pero qué hija es esa, Cesárea? dijo la de Robles: nos estás contando maravillas: el vizconde de Rudaguas actual nunca ha tenido hermanos; ha sido hijo único.

—Esa hija, era una hija bastarda... una hija perdida; una hermana, de la cual el actual vizconde ni aun noticias tiene.

—¿Y quién era su madre... quién era? preguntaron algunos curiosos.

—Es otra historia, señores, otra historia que no viene á cuento; una historia que es necesario mantener secreta, por el honor de una familia.

—¡Ah! ¡Otra infamia del vizconde! ¡Qué hombre, señor! dijo una de las cuatro ó cinco viudas con hijas que habia en la reunion.

—Voy á concluir, dijo Cesárea: es ya cerca del amanecer: el baron, como ya para nada necesitaba al vizconde, dijo:

—Puedes morir cuando quieras.

Y el vizconde cayó desplomado, inerte, como si solo le hubiera retenido en la vida la voluntad del baron.

He concluido, pues.

¿Veis, señores, cómo puede ser que durante diez y siete años la actual marquesa de Guapeltepec haya pasado por una hija sin padre conocido? Pero ha llegado el momento de que to-

do el mundo sepa que es hija legítima, de legítimo matrimonio.

—Pero se me ocurre una cosa, Cesárea, dijo la de Robles: ¿cómo tu marido no llevó al momento aquellas pruebas indudables, ó cómo el marqués no se apresuró á devolver su intimidad á su esposa y su nombre á su hija?

—Casualidades: se habia encarnizado la guerra de la independencia de Méjico, y cuando el baron fué allá, el marqués habia desaparecido; nadie sabia qué habia sido de él: al fin, despues de algunos años, apareció yendo del Norte: entonces el baron, que ya era mi esposo, no pudiendo ir á Méjico, me envió á mí. Yo presenté las pruebas al marqués de la inocencia de su esposa, y esta alegría imprevista le mató; pero no tan pronto que no le quedára tiempo para arreglar sus negocios y reconocer por su hija á la hija única de Luisa Adelaida María de Austria, su esposa, y constituirla su heredera universal.

Y me vine de Méjico, trayéndome la ejecutoria y el testamento del marqués, con mas algunos millones de pesos fuertes para Luisa, y cuando llegué me encontré á su madre muerta, á ella casada con un hombre indigno, que por fortuna era castigado por la mano de la Providencia, y al vizconde metido en una causa criminal, de la que es posible sea el resultado el patíbulo.

Ahora terminantemente he concluido: es muy tarde, ó por mejor decir, muy temprano. . . .

Y Satanás se despidió, y salió.

Tras él salieron todos, contentos á pesar de la vela, porque llevaban un tesoro de noticias que trasmitir, que desfigurar, que aumentar.

Luisa debia estar fuertemente de moda durante algunas semanas.

---

## CAPITULO IX.

En que se declara un punto que habia quedado profundamente tenebroso en la historia de Luisa Adelaida Clara, contada por Satanás.

El espíritu de Luisa, que habia asistido invisible, como sabemos, á la reunion de la generala Robles, mientras su cuerpo estaba entregado á un sueño magnético en la quinta fantástica adonde las habia llevado á ella y á Antonia, Satanás, bajo la figura de Cesárea Wadicoff; el espíritu de Luisa, decimos, habia sufrido de una manera horrible.

No habia quedado satisfecha de la autenticidad de la historia.

Ella sabia, porque Satanás se lo habia dicho varias veces, ella sabia que Antonia era su hermana: en el relato de Satanás aparecia una hija bastarda del anterior vizconde de Rudaguas, hermana del vizconde existente: Satanás solo habia dicho que Luisa Adelaida habia tenido una hija de su casamiento con el marqués: ella era aquella hija. No habiendo tenido mas hijos su madre, ¿cómo era Antonia su hermana? Era preciso entonces que fuera hija Antonia del marqués de Guapeltepec; pero entonces, ¿cómo podia Antonia ser hermana del vizconde de Rudaguas?

Esto era absurdo, monstruoso: no habia que pensar en ello.

Y esta duda atormentaba de tal modo á Luisa, amargaba de una manera tal su corazon, pesaba tan crudamente sobre su alma, que en medio de su sueño, dominándolo todo su voluntad, evocó á Satanás.

En el mismo punto se encontró sentada en el mismo sillon, junto al mismo velador, junto á la misma chimenea en que se habia visto

sentada otras veces, en el mismo salon lóbrego al que se entraba por la puerta de ébano misteriosa, y á la luz espirante y roja del mismo quinqué que habia medio alumbrado sus anteriores entrevistas con Satanás.

Y el arcángel rebelde estaba sentado frente á ella, solo que entonces habia tomado la figura de su madre, no como recordaba Luisa á su madre, sinó como su madre era en la fuerza de la juventud y de su hermosura, cuando tenia veinte y dos años.

Y ¡cosa horrible para Luisa!

Una niña como de un año dormia en el regazo de Satanás.

Aquella niña era la vision de ella misma cuando estaba en la infancia.

Y ¡cosa repugnante!

Satanás, que habia tenido la crueldad de tomar la figura de la madre de Luisa, habia llevado esto hasta la profanacion.

Chupaba un enorme habano, y arrojaba con delicia una tras otra bocanadas de blanco humo, á través del cual Luisa veía la mirada cruel, burlona, horrible, del diablo, que se servia para ello de los ojos de la madre de Luisa.

—¡Oh! esclamó Luisa dando un grito: ¡solo tú podrias ser tan cruel!

—Aun tienes el espíritu débil, dijo Satanás con acento burlon: me llamas, me haces trabajar, no tienes en cuenta que he pasado toda una noche fastidiosa entre pecadorcillos vulgares, para contarles una larga historia, con el solo objeto de reponerte en tu verdadera posicion, de presentarte dignamente á los ojos del mundo, ya que eres la única de tu familia que, por un capricho de Dios, ha venido al mundo por medio del matrimonio. Eres muy inconsiderada; me he estado toda la noche metido en una forma humana, sufriendo las miradas repugnantes de deseo de los hombres, y las no menos repugnantes de envidia de las mujeres; porque cuando yo estoy en una forma humana, tengo necesidades humanas; no puedo librarme de ello; yo era esta noche mujer. Pues bien; habia allí un jovencillo inocente, un pobre ángel, que me anamoraba... y te lo juro... he sufrido... y le he hecho sufrir... le he enseñado, sin que nadie lo note, la historia completa de la impureza humana; al despedirme le he estrechado la mano, y he dejado en la suya una tarjeta... Mañana estaré una hora en mi casa; durante una hora seré mujer; el ángel gozará todo un paraiso perdido; lo que pocos han gozado, y eso porque he querido yo. Despues... las puertas del paráiso se cer-

rarán para él... el recuerdo de mi amor le enloquecerá, y pasado mañana, despues de una noche pasada en la calle junto á mi casa, irá á la suya, y escribirá loco, calenturiento, el siguiente billete:

«Madre mia, perdóname: no puedo vivir: la vida me es insoportable: tu recuerdo amargará mis últimos momentos. Tu desdichado hijo, etc.»

Despues el niño se saldrá al campo, y sin acordarse de su madre, y sin tener mas recuerdos, ni mas alma, ni mas vida que para la divina, la hermosísima princesa rusa Cesárea de Wadicoff, se levantará la tapa de los sesos.

Inmediatamente le haré conocer en mis dominios, que la mujer de quien se habia enamorado, por quien se habia matado, era Satanás.

—¡Infame! esclamó Luisa; no, no puede permitirlo Dios.

—¡Qué, acaso será ese chico el primero que se haya suicidado por una mujer! ¿Y crees tú que en todos los suicidios no soy la primera causa yo? ¿Crees tú que puede suicidarse quien cree en Dios y tiene la fuerza de la fé, la resignacion de la caridad y el consuelo de la esperanza? ¡Bah! Los que yo me llevo están ya sentenciados.

Luisa lloraba.

—He pasado, pues, una muy mala noche; y lo que mas me ha hecho sufrir, ha sido privarme de un vicio que con toda mi fuerza de voluntad no he podido vencer, y que me hace sentir su tiranía en cuanto me humanizo: fumar un tabaco de la Vega es entonces para mí indispensable; porque no creas que yo cuando tomo una forma humana soy un fantasma, no; tengo sangre, nervios, entrañas: es que me he metido en el cuerpo de un vivo, sustituyendo temporalmente su espíritu con el mio, ó en el de un condenado.

—¡Cómo! gritó Luisa: ¿mi madre se ha condenado?

—No; pero está en el purgatorio, y mientras esté en él, Dios me permite que aumente sus tormentos de purificacion, sirviéndome de su figura.

—¿Y cuándo acabará mi madre de sufrir?

—Cuando tú hayas triunfado de mí.

—Triunfaré.

—La soberbia de tu virtud me ha hecho tu enemigo: he llegado á dudar de mi fuerza contra tí, y es lo mas natural que redoble mis ataques. Pero no disputemos; he fumado ya lo bastante, y he prepa-

rado los medios para darte una esplicacion rápida de lo que me vas á preguntar.

Satanás tiró el cigarro, se enjuagó la boca con el agua contenida en un vaso, que Luisa no vió por dónde habia venido, y la figura de Luisa Adelaida que habia tomado el diablo, dejó de tener su aspecto maldito.

Indudablemente Satanás se habia salido de aquel cuerpo.

Tanto mas, cuanto la voz del diablo resonó, como en otras ocasiones, detrás del sillon en que estaba sentada Luisa.

—Voy á darte, la dijo, un espectáculo de cuadros disolventes: tienes delante á tu madre, hermosa, pura, pero desgraciada; te tiene en los brazos y llora; tú duermes; las lágrimas de tu madre caen sobre tu semblante dormido.

Falta la decoracion.

Espera un momento.

El fondo oscuro que determinaba aquel salon lóbrego, empezó á aclararse, levemente primero, como cuando empieza á amanecer, pero de una manera rápida, hasta que al fin apareció el gabinete blanco y magnífico á que correspondia la puerta de ébano, que se veía al fondo, detrás del sillon en que aparecia la figura de Luisa Adelaida.

No la hemos descrito, pero es inútil.

Era enteramente semejante á su hija Luisa, con una ligera diferencia de edad.

La espresion de su semblante era casi igual á la del de Luisa, pero mas dolorida.

Luisa no habia probado aun el sufrimiento que en aquella situacion devoraba á su madre.

Luisa Adelaida estaba inmóvil.

Tenia la cabeza inclinada y lloraba en silencio.

El luto que vestía parecia indicar que aquel llanto era por su madre.

Parecia que ni oía, ni veía, ni sentia.

Luisa estuvo algun tiempo contemplando con un profundo dolor á su madre.

De repente dió un grito, como si lo que acababa de presentarse ante sus ojos detrás del sillon que ocupaba su madre pudiera haber sido evitado por ella.

Un hombre habia aparecido detrás del sillon.

¿Por dónde habia entrado aquel hombre?

La puerta del gabinete estaba á la derecha de Luisa Adelaida, y Luisa, su hija, no habia visto entrar á nadie por aquella puerta.

Aquel hombre llevaba librea.

Era, pues, un criado, y un criado jóven.

Pero Luisa no le conocia.

—Es Anselmillo ó la imágen de Anselmillo, dijo Satanás, que estaba detrás del sillon de Luisa Adelaida.

La contempló durante algunos segundos en silencio.

—¡Señora! dijo al fin.

Como vemos, el cuadro se animaba, era una representacion completa: además de las figuras que parecian vivir y sentir, aquellas figuras tenian voz.

Luisa Adelaida levantó la cabeza.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Es la una, contestó Anselmillo, señalando el reloj que estaba sobre la chimenea.

Luisa Adelaida se estremeció.

—Es la una, repitió Anselmillo, y el señor espera; digo mal, está desesperado.

Al escuchar aquellas palabras, al ver el vivísimo color que encendió el semblante de su madre, Luisa adivinó la perversa intencion del diablo.

Satanás la heria de una manera despiadada, presentándola una falta de su madre, y no quiso verla; se tapó los oidos para no oir; cerró los ojos para no ver, y, sin embargo, vió y oyó.

Vió que su madre se levantó, que salió del gabinete, y que á poco volvió.

Volvió sin su hija.

Sus lágrimas se habian secado.

Una escitacion febril animaba su semblante.

Se sentó en el mismo sillon.

—¿Duermen todos? dijo con voz trémula.

—Sí señora, contestó Anselmillo. Supongo que vuecencia habrá cerrado las puertas.

—Sí.

—¿Quiere vuecencia darme la llave de la puerta negra, y la del postigo de la escalera?

Luisa Adelaida sacó primero de un bolsillo de su trage la llave de oro de la puerta de ébano; luego estendió la mano, y de debajo

del pié de un candelabro que habia sobre la chimenea, tomó una llave de hierro vieja y mohosa.

Anselmillo se dirigió á la puerta de ébano, la abrió, y desapareció tras de ella.

Luisa Adelaida se cubrió el rostro con las manos, y permaneció inmóvil.

Al cabo de algun tiempo se abrió la puerta de ébano, y entró un hombre vestido rígidamente segun la moda de entonces.

Aquel hombre tenia unos treinta años, era hermoso, y su hermosura tenía mucha semejanza con la del vizconde de Rudaguas, á quien conocia Luisa.

En efecto, aquel hombre era el vizconde anterior.

El esmero con que iba vestido y peinado demostraban que el vizconde queria agradar.

La confianza con que se acercó á Luisa Adelaida daba á conocer que estaba seguro de ser bien recibido.

Sin embargo, cuando Luisa Adelaida levantó los ojos y le vió, se puso pálida y dejó percibir un ligero temblor.

El vizconde creyó que Luisa Adelaida tenia miedo.

Y se engañaba.

Es cierto que Luisa Adelaida le recibia en su casa secretamente en las altas horas de la noche, apasionada, loca de amor, engañada por las apariencias, que la hacian ver en el vizconde un hombre digno de ser amado á toda costa, arrostrando todo género de sacrificios.

Pero no era esta la causa de la conmocion visible de Luisa Adelaida.

Aquella conmocion era la agonía de su pudor, de su virtud, de su razon, de su deber.

Ciertamente que estaba loca, de una manera incurable, Luisa Adelaida, cuando la vista de su inocente hija no la habia defendido al borde de aquel abismo de vergüenza.

Dios, solo Dios puede tener compasion para esos pobres corazones que la fatalidad estravía.

Dios, solo Dios puede ver el martirio de una criatura que, para no morir de amor, se ve obligada á matar su dignidad, sus recuerdos, su fé, sus creencias, cuanto noble y santo habia amado y respetado.

Dios, solo Dios puede tener perdon para esos lamentables estravíos, para esa perversion del sentimiento, para esa locura del alma.

Dios, y la caridad humana, hija de Dios.

Pero la razon y la justicia condenan á esas criaturas desdichadas; la sociedad no tiene mas que desprecio para ellas, la ley no mas que castigos.

El conocimiento de esto era lo que hacia palidecer y temblar á Luisa Adelaida.

Porque sabia bien que al dar aquel paso desesperado, se ponia en lucha con las convenciones sociales, se colocaba bajo una ley inexorable que no dejaria de herirla.

Adelaida lloró por su honra, por su conciencia, por su pudor, porque al entrar el vizconde en el gabinete los habia perdido.

Es verdad que estos tres tesoros de la mujer habian sido ya profanados, pero desde lejos.

Habian aparecido primero, sin que Luisa Adelaida lo supiese, inmediatamente, despues de la muerte de su madre, en los veladores de las habitaciones mas reservadas, hasta en el mismo lecho de la jóven, cartas apasionadas, envenenadoras, por decirlo así, cartas abiertas por curiosidad, leidas con estremecimiento, vueltas á leer con lágrimas, y releidas al fin con deseo.

Al principio ninguna de aquellas cartas obtuvo contestacion; pero se sucedieron las cartas cada vez mas apasionadas, cada vez mas delirantes, cada vez mas desesperadas.

Todas aquellas cartas daban una cita á Luisa Adelaida.

Citas inocentes.

Citas en que solo se la exigia que fuese al Prado, á la iglesia, para verla desde lejos.

Luisa Adelaida temia ser vencida, y tácitamente negaba aquellas citas.

No salia de su casa, y para poder cumplir los deberes religiosos hizo habilitar de oratorio uno de sus salones, y allí oía misa, allí confesaba, allí practicaba.

Y las cartas seguian apareciendo en los veladores, en los abacos de las chimeneas, en los costureros, hasta en los armarios.

Luisa Adelaida habia sospechado de su doncella, de su ama de gobierno, de las criadas que limpiaban las habitaciones.

Sin embargo, nada habia dicho á nadie.

Una razon de dignidad se lo impedia.

Queria coger al misterioso cartero, y á él solo hacer responsable de la introduccion de las cartas.

Se puso en acecho.

Espió primero porque su deber se lo prescribia.

Despues por empeño.

Habíala acontecido cerrar con llave todas las puertas que daban á su gabinete y á su dormitorio, y ponerse en acecho: habia pasado gran parte de la noche observando; luego, cuando rendida ya por el sueño habia entrado en su dormitorio, sobre la mesa de noche ó sobre la cama, habia encontrado una nueva carta.

Luisa Adelaida llegó á tener miedo.

Llegó á creer que un poder sobrenatural auxiliaba al vizconde, y esta creencia influyó de una manera terrible en la imaginacion soñadora y calenturienta de Luisa Adelaida.

Lentamente su firmeza fué cediendo á su amor.

Llegó un momento en que sola en el mundo, sin tener á nadie que la sostuviese, olvidada en su estravío de Dios, tomó la pluma, escribió una larga carta, y la dejó sobre el abaco de la chimenea de su gabinete.

Aquella carta estaba llena de reprensiones, escrita, al parecer, con indignacion.

Pero bajo aquellas reprensiones, bajo aquella indignacion, se trasparentaba el amor de Luisa Adelaida.

Entablada una correspondencia, conocido el estado del alma de la jóven, fácil es de comprender que la distancia que la separaba del vizconde de Rudaguas se iria gradualmente estrechando, y con una rapidez progresiva.

Al fin, Luisa Adelaida confesó su amor al vizconde; pero le pidió sacrificios.

Rogóle que su amor fuese un amor del alma, porque ella no concebia el amor de otro modo.

Pero los amores del alma pasan á ser, mas pronto de lo que se cree, amores del cuerpo.

Luisa Adelaida habia por fin consentido en dejarse ver en el Prado de San Gerónimo.

Iba siempre en carruage.

El vizconde se presentaba á caballo, y pasaba una y otra vez junto á Luisa Adelaida, saludándola con una mirada de amor, que hacia latir todas las fibras de la jóven.

Y cada dia el vizconde, mas pálido, y al parecer mas enfermo, aumentaba la fuerza de sus miradas, que llegaron á ser las de un desesperado.

Y las cartas seguian.

Cartas lúgubres, llenas de terrores.

La pasion de Luisa Adelaida crecia.

Aquella pasion llegó á convertirse en locura.

Al fin Anselmillo fué dado á conocer por el vizconde como el intermediario de aquellos amores.

Al fin Anselmillo, desechando el último resto de virtud en Luisa Adelaida, pudo introducir al vizconde en la habitacion de esta á la una de la noche.

Luisa, la pobre Luisa, tan pura, tan poética, tan buena, se veía obligada á asistir á la vergüenza de su madre.

Ya hemos dicho que en vano habia cubierto sus oidos para no oir, que en vano habia cerrado los ojos para no ver.

Y en vano tambien habia pretendido levantarse para huir.

La vision estaba delante de ella, viva, candente, vergonzosa.

Satanás se habia propuesto rasgar el primer velo de pudor de la jóven, y se valia para ello del crímen de su madre.

Tal vez esto era una prueba, un martirio que permitia Dios.

—¡Satanás! ¡Satanás! ¡Por piedad! gritaba Luisa.

Y tras ella se oía la hueca, la cruel, la sacrílega carcajada del diablo, que parecia mofarse de Dios, desgarrando los mas delicados sentimientos de Luisa.

Al fin Luisa cayó sobre un sillon, jadeante, cubierta de sudor calenturiento.

Aquel cuadro terrible habia desaparecido.

Por un momento nada vió Luisa.

Pero de repente se esclareció de nuevo un espacio delante de ella.

Era el bosquecillo de un jardin.

Fuentes, estátuas, flores, laberintos, se dejaban ver por entre los árboles á la clara luz de la luna llena.

Luisa no conocia aquel jardin.

No le habia visto nunca.

Al fondo del jardin habia un pabellon.

Por los cristales de uno de los balcones de aquel pabellon se veía luz.

—¿No conoces esa quinta? dijo Satanás.

—No, contestó Luisa.

—Sin embargo, has vivido en ella.

—¡Yo!

—Sí, durante una noche.

—¿Qué quinta es esa?

—La del vizconde de Rudaguas.

—¡Ah!

—Ese pabellon debe serte querido.

—¿Por qué?

—Porque en él nació tu hermana Antonia.

—¡Mi hermana Antonia!

—Sí, tu hermana Antonia, hija de Luisa Adelaida Clara de Austria, y del padre del vizconde de Rudaguas.

—Pero ¡Dios mio! eso no es cierto.

—Vas á verlo.

Desapareció el jardin.

Se acercó el pabellon.

Pareció como que su pared esterior se desvanecia como el humo.

Quedó delante de Luisa un salon, y al fondo de él una alcoba magnífica.

Luisa lanzó una esclamacion.

—¡Ah! ¿Por fin conoces algo en esa quinta?

—Sí, yo he estado en ese salon.

—Y en esa alcoba.

—Ayer.

—Sí, ayer.

—En esa alcoba habia un hombre.

—Sí, tu marido.

—¡Mi marido!

—Tienes razon, he debido decir tu esposo; me habia olvidado de que eres una casada vírgen.

Luisa gimió.

El recuerdo de Andrés, del hombre á quien amaba, del hombre á quien no podia pertenecer por su union con Juan de Castro, la quemó el pensamiento.

—Consuélate, dijo Satanás, porque muy pronto serás viuda.

—¡Viuda!

—Sí: las heridas de Juan de Castro son mortales.

—¿Pues no dijo ayer el médico de la princesa?...

—¿Te has olvidado de que la princesa Cesárea de Wadicoff soy yo?

—¡Ah!

—¿De que mi médico, mis lacayos, y todo cuanto me rodea, como mio, son otros tantos de mis hermanos los ángeles que cayeron conmigo, que toman una forma humana cuando se lo mando yo?

—¡Ah Dios mio!

—El grave médico de la princesa dijo que Juan de Castro no moriria; primero, porque yo quise que lo dijera así; segundo, porque era necesario que se pareciese á los médicos de por acá, que se engañan por costumbre, y que aciertan por milagro. Juan de Castro morirá antes de tres dias; serás viuda, libre, podrás de nuevo disponer de tí misma. ¿No te alegras?

—No.

—¿Por caridad?

—Yo no puedo desear la muerte de nadie.

—Tú cederás, y serás tan miserable como la mas miserable de las mujeres. Ye te lo juro.

—Dios me ayudará.

—Bien, lo veremos. Por ahora mira lo que sucede en ese salon.

Luisa se encontró dentro de la alcoba, y se vió obligada á presenciar otra situacion vergonzosa de su madre.

Y en vano hizo desesperados esfuerzos para no verla.

Luisa Adelaida estaba en el punto de su alumbramiento.

Alumbramiento largo, doloroso, horrible.

Luisa apuró todos los sufrimientos de su madre.

Al fin se oyó el débil lloro de un reciennacido.

—Es una niña, dijo una voz.

—Y una niña hermosísima.

—La señora se ha desmayado.

—Pues bien, dadme acá; aprovechemos su desmayo, dijo una voz sombría.

Aquella voz era la del vizconde.

—¿Habeis envuelto ya eso? repitió con impaciencia la voz.

—Sí, dijo una mujer, que era la que habia hablado.

—Démelo usted.

Aquella mujer puso en las manos del vizconde una niña; la que acababa de nacer.

La ocultó bajo su carrik, y salió precipitadamente del salon.

—Síguela, dijo el diablo á Luisa.

El espíritu de Luisa siguió al vizconde.

Bajó al vestíbulo.

Entró en su carruage.

El carruage partió á escape.

Media hora despues entraba en Madrid.

Un cuarto de hora despues aquel carruage paraba á la puerta de la Inclusa.

El vizconde bajó.

Llamó, y puso la niña en el torno.

—Sigue á tu hermana, dijo Satanás.

El torno dió vuelta.

Una mujer ordinaria, medio dormida, de un humor terrible porque la habian despertado en lo mejor de su sueño, tomó la niña y la llevó á un salon donde habia muchas camas y muchas cunas.

En cada cama habia una nodriza.

En cada cuna dos niños.

Á veces tres.

Muchos de estos niños tenian hambre y lloraban.

Á Luisa se la comprimió el corazon.

Cómo se le comprime el corazon á todo el que entra en una casa de espósitos.

Y aquella, dentro de la cual estaba el espíritu de Luisa, viéndolo todo, sintiéndolo todo, era la Inclusa de la villa de Madrid.

El espíritu de Luisa no se separaba de su hermana Antonia.

Es decir, de la reproduccion de su hermana Antonia.

La mujer que la habia tomado del torno la puso en una de aquellas cunas.

Habia en ella otros dos niños.

Despues la mujer se fué á un cuartucho interior, al estremo de aquel salon.

Y se acostó.

Luisa, ó su espíritu, continuaba adherido á su hermana.

La pobre niña pasó llorando toda la noche, como la pasaron llorando otros muchos pequeñuelos.

Sin embargo, las amas dormian.

Estaban, sin duda, acostumbradas á aquello.

Al amanecer, un hombre alto, feo, grave, entró en aquel estenso salon.

Todas las amas estaban levantadas.

Cada una habia tomado un niño.

—¿Cuántos entraron anoche? dijo aquel hombre alto, flaco y feo.

—Una sola.

—¿Una sola?

—Sí señor; y al parecer rica, dijo la mujer.

—¿Dónde está?

La mujer se fué al lugar donde habia dejado á Antonia, y la tomó en brazos.

La pobre niña lloraba cuanto podia llorar.

Su envoltura, su gorro, todo era finísimo y bello.

Tenia además sobre sí algunas joyas de valor.

Un relicario.

Un medallon con un rizo de cabellos negros.

Otro con los evangelios.

Y un collarcito de perlas con una cruz.

Y el relicario, y los medallones, y la cruz, orlados con brillantes.

—¡Ah! ¡ah! dijo el director, que el director era aquel hombre enjuto y feo; pues es necesario señalar á esta niña, porque estas joyas no se le pueden dejar encima; es menester guardarlas: llamen ustedes al médico.

Y entre tanto, aquel hombre, que á la vista de la joyas se habia puesto pálido de codicia, las quitaba de sobre Antonia.

—Á ver una, una que no tenga mas que uno.

—Todas tenemos dos.

—Y algunas tres, respondieron las amas.

—Pues bien: una, la mas robusta: tú, Agustina Cuero, ven acá; tienes los pechos que te revientan, hija, y esta pobrecilla se muere de hambre.

—Esta niña no ha mamado todavía, dijo la Cuero, que era una asturianota rolliza. ¡Válgame Dios, y qué corazon tienen algunas gentes! Para eso estamos aquí nosotras, para dar nuestra sangre á hijos del...

—Vamos, paciencia y caridad, Agustina.

—Si le tirára á usted de las narices... va á ser una buena moza, si no se muere... Yo lo entiendo esto... ya llevo diez años de ama, y no me he equivocado nunca.

—Aquí está don Lesmes, dijo una de las mujeres.

Don Lesmes era el médico.

—Venga usted, venga usted acá, don Lesmes, dijo el director.

—¿Qué ocurre, don Práxedes? ¿Se ha muerto alguno?

—No señor; pero es necesario señalar á una que ha venido esta noche.

—¡Ah! pues al momento. Descúbrale usted un hombro, ama.

La Agustina se sentó en el suelo, y descubrió uno de los pequeños hombros de la reciennacida.

—Traed un poco de hollin de la chimenea, dijo don Lesmes.

Entre tanto sacó del estuche una lanceta, y con ella hizo una ancha cruz en el pequeño hombro de Antonia.

La niña rompió á llorar.

Luisa hubiera cerrado los ojos si hubiera podido.

La sangre corria del hombro de su hermana.

La mujer que habia ido por el hollin habia vuelto, y traía un poco en el hueco de la mano.

Don Lesmes apretó parte de aquel hollin sobre las dos sajaduras de la cruz.

Luego, con unas tiras de trapos viejos, vendó don Lesmes el hombro de Antonia, que lloraba desconsoladamente.

Todo estaba ya concluido: Antonia estaba señalada, y el director podia llevarse ya sin escrúpulo las joyas.

Dejaron sola á la niña con su ama.

Esta continuó el despojo.

Quitó á Antonia sus finísimas envolturas, y la envolvió de nuevo con otras toscas de la casa.

Luego la dejó en la cuna.

—Aunque basta con la señal hecha por don Lesmes á tu hermana, señal que puedes ver cuando quieras en el hombro derecho de Antonia, señal que el magnífico desarrollo de tu hermana ha hecho pequeñita, aunque no puedes tener duda, sin embargo, quiero que te sea de todo punto imposible tenerla, dijo Satanás.

Luisa vió que entraba un eclesiástico en el salon.

—¿Hay alguno que bautizar? dijo.

—Sí, señor cura, dijo la Agustina Cuero: anoche entró esta niña, y no tiene trazas de haber sido bautizada.

El cura hizo que llevasen á Antonia á la capilla, y Luisa, es decir, su espíritu, la siguió.

Antonia fué bautizada concienzudamente, y se la puso por nombre Antonia, porque San Antonio era el santo del dia.

Nada habia que hacer ya: Antonia estaba señalada y bautizada.

—Ahora verás: han pasado ya ocho dias: un matrimonio que no tiene hijos, ha hecho voto de sacar una niña de la Inclusa y adoptarla: míralos entrar.

En efecto, un hombre como de cuarenta años, y una mujer como de treinta, entraban en el salon.

Parecian artesanos.

La honradez y la bondad estaban representadas en sus rostros.

Las amas estaban en fila, y cada una de ellas tenia una niña en los brazos.

Porque es de advertir que los buenos esposos, no habiéndoles concedido la naturaleza hijos, iban á buscar uno de aquellos hijos abandonados por sus padres.

Para adoptarle.

Para criarle.

Para hacerle suyo.

Pero querian una hija, no un hijo.

¡Porque las niñas son tan bonitas... tan cariñosas!...

Y luego ayudan á sus madres en los quehaceres de la casa.

Es verdad que las hijas, mas que los hijos, amargan el alma de sus padres.

¿Pero qué importa?

El género humano es un género como otro cualquiera.

Un género subdividido.

Por lo tanto, sujeto á eleccion.

Los buenos menestrales se habian decidido por una niña.

Iban alegres: eran felices.

Primero, porque con la inocente que sacarian de la Inclusa, llevaban á su casa una sonrisa de ángel.

Como si dijéramos, un rayito de sol.

Y luego, porque hacian una obra de caridad.

Es verdad que al hacer aquella obra de caridad satisfacian un deseo.

¿Pero qué importa?

Sea cualquiera la causa eficiente, una obra de caridad es siempre una obra de caridad.

Esto es, una de las cien mil llaves de la puerta del cielo.

Como deciamos, en la vision retrospectiva que estaba delante del pensamiento de Luisa, aparecian en fila en aquel salon de la Inclusa de Madrid mas de cien amas de cria, cada una de las cuales tenia en brazos una niña.

El director del establecimiento, el capellan y el médico, este último para garantizar á los adoptantes de que la niña que eligiesen tenia salud, iban detrás de los esposos.

Delante del marido la mujer.

—¡Oh, y qué feas son todas estas pobrecillas! decia la buena mujer; el pecado de sus padres les sale á la cara.

Y seguia adelante.

Esta era chata.

La otra tenia pequeños los ojos.

Esotra la boca muy grande.

La de mas allá muy morena.

Se acababa la fila, y no encontraba ninguna hija entre aquellas desdichadas sin padres.

Llegó al fin, concentrada ya su esperanza, á la última ama, y miró con ansiedad.

Pero retrocedió instintivamente.

Habia visto un pequeño mónstruo, tuerto, cubierto de verrugas, de boca sesgada, de nariz ancha.

Un diablo en lactancia.

—¡Jesus! dijo la buena mujer. ¿Y se habrán atrevido á bautizar á este bicho?

—¿De modo que nos vamos como vinimos? dijo el marido.

—Esperarémos algunos dias, dijo la mujer.

—¿Entran muchos todas las semanas? dijo el marido.

—Dos ó tres todos los dias.

—¡Señor! ¡y que haya tantas gentes en pecado mortal! dijo la mujer.

—Volveremos, dijo el marido.

—¿Y no hay ninguna mas? dijo ella.

—Sí señora, dijo un ama que estaba sentada junto á una ventana; hay una, pero está enferma.

—¡Á verla, á verla! dijeron ambos esposos.

El ama se levantó, fué á la cuna de Antonia, y la presentó.

La pobrecilla estaba muy pálida, muy macilenta, muy triste, pero tambien era muy hermosa.

Habia nacido cubierta de cabellos.

Aquellos cabellos era de un rubio muy claro, pero bellísimo.

Y todo en ella, aunque diminuto, era bello.

Y el conjunto de su semblante eminentemente simpático.

La artesana tomó á la niña en brazos y la besó con toda la fuerza de su amor maternal estancado.

Antonia pareció sentir aquel amor.

Pareció que el alma de la pobre niña se dilataba bajo aquella caricia dulce y pura.

Que recibia de ella calor y vida.

La pequeña Antonia se sonrió.

Era su primera sonrisa.

Como tambien aquella era la primera caricia que habia recibido.

—Esta, esta; nos la llevamos, dijo la mujer.

—Advierto á usted, dijo el médico, que esta niña está gravemente enferma.

—Pues mejor; la cuidaremos y la curaremos.

—Es posible, mas que posible, probable, que muera.

—Vamos, si eso sucede, tendremos paciencia.

—Además, dijo el director, esa niña está señalada. Como ustedes han de dejar sus nombres, podrá suceder que un dia parezcan sus padres y la reclamen.

—Se la daremos á sus padres criada, y no serán tan malos que no nos lo agradezcan y la dejen venir á nuestra casa á que la veamos. Y luego, Dios sobre todo, como dice el almanaque.

Por último, y á pesar de todas las observaciones que, cumpliendo con una fórmula, les hicieron los empleados de la casa, los esposos se llevaron á Antonia.

El pensamiento de Luisa los siguió.

Los vió entrar en un cuarto modesto, pero limpio.

La mujer, al decidirse á sacar de la Inclusa una niña, lo habia preparado todo; la cuna, las ropitas, como hace toda mujer que puede hacerlo cuando va á dar á luz un hijo.

El marido, mientras la mujer vestía y lavaba á la niña, leía en el *Diario* la seccion de las nodrizas.

«Petra Campillo, de edad de diez y ocho años, asturiana, necesita cria para casa de los padres. Tiene personas que la abonen: en la posada de los Huevos darán razon.»

Esto habia leido el marido.

Esto mismo leyó á la mujer.

Hubo una pequeña discusion.

Al fin el marido salió.

Una hora despues entraba en la casa con una asturiana que no cabia por la puerta.

—¡Ay, Dios mio! dijo la buena zapatera; no vamos á ganar para el pan que se coma esa mujer; pero no le hace; primero es la niña: y la pondrá gorda, eso sí.

Y desde entonces la madre adoptiva de Antonia miró con cariño á la buena mozota Petra Campillo.

Satanás hizo pasar rápidamente por delante de Luisa primero por dias, despues por semanas, luego por meses, al fin por años, á Antonia.

Luisa no podia tener duda.

Satanás habia evocado para ella el pasado de Antonia, y la habia visto crecer, educarse, vivir, sin perderla jamás de vista.

Por último, la vió junto á sí, fijando en ella sus hermosísimos ojos negros, anhelante, cuidadosa, pálida, puesta de rodillas sobre un sillon, y apoyada en las almohadas.

Luisa habia despertado viendo siempre á Antonia.

Á Antonia, que, como un ángel guardian, velaba su sueño.

Luisa se incorporó vivamente.

Se acordaba de todo lo que habia visto en su estado de sonambulismo.

Es mas: de lo que en otros estados de sonambulismo habia visto tambien.

Es decir, de la historia entera de su familia.

De la historia de su hermana.

Habia en la mirada de Luisa una lucidez prodigiosa.

Y sin embargo de que parecia escitada, no sufria.

Sentia una vida poderosa, pero fácil.

Vivia en la plenitud de su organizacion.

Nada comprimia su alma, porque en aquel momento la dilataba el amor de su hermana.

De su hermana, que tenia delante de sí con la mirada entumecida de amor.

Durante un momento las dos hermanas se contemplaron con un cariño, con una ternura infinita.

Antonia gozaba con la espresion de paz y de bienestar que se veía en el semblante de Luisa.

Estaba hermosísima.

Casi nos atreverémos á decir que divina.

Porque estaba transfigurada.

—¡Oh! gracias á Dios, dijo Antonia; he pasado toda la noche en vela, sin poder despertarte; has estado sujeta á ese sueño que me espanta, á ese magnetismo incomprensible: has sufrido mucho. Y sin embargo, ahora tienes hermoso color; tus ojos brillan como nunca: ¿en qué consiste esto, Luisa?

—En que ya no tengo duda.

—¿Duda de qué?

—Espera: bájate.

—¿Para qué?

—Quiero descubrirte el hombro derecho.

—¿Y para qué? dijo palideciendo Antonia.

—Quiero ver si tienes una cruz.

—¡Una cruz! ¡Sí, Dios mio, sí!

—Quiero verla.

—¿Quién te ha dicho que tengo una cruz?

—El poder misterioso que me obliga á verlo todo. Pero déjame, déjame ver esa señal, Antonia.

Antonia se descubrió un hombro divino: en medio de él vió Luisa una pequeña cruz parda, indeleble, como una señal de nacimiento.

—¡Oh! ¡sí! esclamó arrojándose á su cuello: tú eres mi hermana, la hermana de mi alma: Dios, que nos dió la vida en un mismo seno, ha querido que nos encontrásemos: Antonia, Antonia mia, el amor que nos tenemos era preciso, natural: tenemos una misma sangre.

Antonia se separó dulcemente de Luisa, y la miró, pálida, anhelante.

—¡Tú madre era mi madre! esclamó.

Y no pudo decir mas.

—Sí, sí, hermana mia; pero calla, calla, porque si se supiera que tú eres mi hermana, la deshonra cubriria la memoria de nuestra madre.

—¿Pero no somos tambien hijas del mismo padre?

—No.

—¿Sabes quién fué mi padre!

—Sí.

—Su nombre.

—El vizconde de Rudaguas.

Antonia dió un grito de horror.

—¿Con que el hombre á quien debo mi amargura, mi único crímen, esto es, mi conato de suicidio, el único hombre á quien aborrezco... es mi hermano? Porque el vizconde actual es sin duda hijo de mi padre.

—Sí, es tu hermano.

—¡Dios mio!

Y Antonia dobló la cabeza sobre el pecho, y rompió á llorar.

—Deja de aborrecerle, dijo Luisa, porque es tu hermano: perdónale, como yo le perdono; por lo demás, ni él lo sabe, ni puede saberlo.

—¿Pero cómo lo has sabido tú?

— Durante mi sueño.

— ¡ Esto es maravilloso , horrible !

— Voy á vestirme, á levantarme; ya es medio dia; almorzarémos, y despues del almuerzo saldremos, daremos un paseo, y en él te contaré todo lo que he soñado, todo lo que he sentido, todo lo que he sufrido.

Levantóse en efecto Luisa : se vistió ayudada por Antonia, y salieron de la habitacion.

En aquella quinta, debida á la hospitalidad de Satanás, no faltaba nada.

El servicio era escelente.

En el comedor, comedor maravilloso, las dos hermanas enconron dispuesto el almuerzo.

Pero cuando se sentaban á la mesa, uno de aquellos silenciosos y graves criados dijo á la puerta del comedor:

— La señora baronesa del Destierro.

Y en el mismo punto, Satanás, bajo la hechicera forma de Cesárea de Wadicoff y admirablemente vestida, entró en el comedor.

---

# CAPITULO X.

En que se recapitulan algunos sucesos que sirvieron para fijar la posicion social definitiva de Luisa.

—Amigas mias, dijo Cesárea adelantándose hácia ellas y besando primero á Luisa y despues á Antonia; me he tomado la libertad de venir temprano, primero, porque queria almorzar con vosotras; despues, porque es necesario que la bella marquesa de Guapeltepec se traslade á Madrid y á su casa, y empiece á dedicarse á sus negocios, que son algo complicados.

Luisa estaba pálida.

Conocia demasiado al diablo, bajo la figura de Cesárea; pero no queria que su hermana le conociese.

—¡Mi casa! dijo: mi casa se incendió: hasta el solar fué vendido: hoy otra casa nueva se levanta en el lugar que ocupó la casa de mis abuelos.

—Usted, Luisa, dijo Cesárea, empezando á almorzar con Luisa y Antonia, usted es la primera de una nueva raza en su familia; usted tendrá hijos.

—¡Hijos yo!

—Sí, porque usted se casará, es decir, porque enviudará usted y volverá á casarse.

Luisa se puso mas pálida aun.

—Juan de Castro se muere, añadió Satanás.

—¡Que se muere! dijo Luisa, sintiendo á su pesar una alegría instintiva.

—Sí, sí por cierto, se muere; el estado de sus heridas apenas le concederá tres dias de vida; y gana en morirse, porque así se ahorra de lo desagradable de un proceso vergonzoso que usted se ve obli-

gada á sostener para salvar su honra. Concluido el proceso, muerto Juan de Castro, ahorcado el vizconde de Rudaguas...

—¡Ahorcado! esclamaron á un tiempo Luisa y Antonia.

—Engarrotado, es verdad; ya no se ahorca; pero lo mismo dá: se habla de envenenamientos...

—¡De envenenamientos!

—Sí, de una cosa infame: dicen que Emilia y el vizconde envenenaron á la madre de Emilia.

—Pero eso es horrible.

—Será, y en efecto lo es, muy horrible, querida Luisa; pero es verdad.

—Ese hombre es un mónstruo, esclamó Antonia estremeciéndose, porque aquel mónstruo era su hermano.

—Todos los vizcondes de Rudaguas, dijo Cesárea, han muerto de mala muerte; solo que el hijo del anterior vizconde de Rudaguas morirá sin sucesion, y cada uno de los otros vizcondes sus antepasados dejó sobre la tierra un viborezno. Por lo mismo, muerto Juan de Castro, que es un obstáculo material y social para usted, mi querida Luisa, muerto el vizconde de Rudaguas, su enemigo irreconciliable, queda usted completamente libre y feliz; se casará usted, yo se lo juro, y la nueva casa que usted habite, que usted funde, será la casa solar, lo repito, de una nueva generacion.

—Si enviudo no me casaré jamás.

—¿Quién sabe?

—No, no me casaré.

—El amor la casará á usted.

—No puedo amar.

—¿Quién sabe?

—Pero, en fin, dijo Antonia procurando desviar la conversacion, ¿cómo es que Luisa tiene ya casa?

—Y casa magnífica. ¡Oh! cuando se tiene mucho dinero se tiene todo. La baronesa del Valle, que es muy rica, habia mandado hacer, por capricho, un verdadero palacio; le ha amueblado, está terminado, es inmejorable. Pues bien: el baron del Destierro ha comprado por el doble de su valor ese palacio, y en vez de las armas de la baronesa, que estaban en la cancela, se han puesto las de la marquesa de Guapeltepec. De la misma manera, y por lo pronto, se han comprado algunos carruages y algunos caballos: en cuanto á servidumbre, se tiene toda la que se quiere, cuando se quiere, y para vestirla de negro mientras se hacen las libreas, están todas las rope-

rías de Madrid. Por allá se ha quedado el baron acabando de arreglarlo todo, y me ha enviado por ustedes. De modo que así que almorcemos, y en una carretela que ya es de mi hermosa amiga, y en que yo me he permitido venir, nos trasladarémos á la casa de la marquesa, calle del Barquillo. Esta noche iremos al teatro Real, á mi palco.

—¡Al teatro Real en la situacion en que me encuentro, casada con ese hombre, agonizando ese hombre!

—Todo Madrid conoce ya el escandaloso proceso instruido ayer por la mañana en la quinta del vizconde. Ayer noche he contado yo la historia de sus padres de usted, Luisa, en un lugar de donde ha salido la noticia para todas partes; en casa de mi amiga la generala Robles. Si usted se oculta, si usted afecta tener el menor sentimiento, su reputacion de usted es cosa perdida. Si el mundo la ve á usted tranquila, cuando están encerrados esos dos bribones, muriéndose uno, próximo al patíbulo el otro; si el mundo, que solo juzga por las aprriencias, ve que usted ha dominado la situacion, que usted ha ocupado el lugar que la corresponde, dejando entregados á los tribunales á esos dos hombres; si usted no se pone luto cuando se muera Juan de Castro, como si no fuera su esposo de usted (y no lo es mas que en la forma), el mundo la admirará á usted y la respetará. Y es necesario, Luisa, hacerse respetar del mundo, aunque su respeto nos cueste un sacrificio, que en usted no pasa de estar en esposicion; porque se lo advierto á usted, hoy es usted la mujer de moda en Madrid. ¡Cuántas conozco yo á quienes roerá la envidia porque no están en el lugar en que está usted!

—¡Ah! yo se lo cederia de buena gana.

—Pero eso no puede ser; somos lo que somos, y no está en nuestra mano ser otra cosa; pero es necesario que se vista usted; ya es medio dia.

Y Satanás se levantó.

Y precediendo á las dos jóvenes, las llevó al tocador.

Dos horas despues una carretela negra, tirada por caballos negros, servida por criados vestidos de negro, forrada de seda verde oscurísimo, paró delante de una magnífica y flamante casa en la calle del Barquillo.

Desde las escaleras hasta el salon, encontraron las dos jóvenes una servidumbre inmejorable.

En cuanto á la casa, era una de esas casas que se llaman en Madrid palacios.

Un edificio ornamentado, ámplio, reluciente, entapizado, ensamblado, pintado, amueblado, todo bella, rica, sencilla, magníficamente.

Era la casa digna de una grande de España que está en posesion de rentas enormes.

—Hay ciertas cosas que son de la particular incumbencia del hombre, dijo Cesárea, como hay otras que pertenecen esclusivamente á la mujer. Angel tiene un gusto admirable; él ha buscado, visto y comprado esta casa: estaba, como he dicho, completamente amueblada, pero los muebles huecos estaban enteramente vacíos: llenar esos huecos es lo que me correspondia, y lo he hecho. Lo primero que tengo que hacer es poner á usted en posesion de las joyas de su familia; están en el tocador. Al tocador he añadido algo en que la baronesa, vendedora de esta casa, que no habia viajado, que no habia visto, no habia pensado; el guardajoyas, es de hierro cincelado, de gusto gótico florido, y con un mecanismo de seguridad tal, que es imposible abrirle como no se conozca el secreto: yo le habia mandado hacer en Alemania para mí; pero me proveeré de otro; los armarios son de ébano, los espejos de Venecia, la tapicería de damasco blanco, los cuadros venecianos. Esos dos jarros etruscos han costado muy baratos, á pesar de que la cantidad de su precio es muy crecida, y los utensilios del tocador son todos producto de la orfebrería romana, verdaderas antigüedades que envidiaria el museo británico. Y sin embargo, observe usted, parecen acabados de cincelar, de esmaltar. He llenado los armarios con trages mios, que yo no he usado, con ropas blancas que no he usado tampoco. Es necesario que usted me perdone esta confianza; el tiempo era tan escaso, que no ha permitido otra cosa; estoy segura de que esos trages hechos para mí se adaptan perfectamente á usted. Por esta parte se va al dormitorio; entremos; es bastante bello; ahí en la alcoba habia un inconmensurable lecho de dos personas: yo lo he hecho quitar, y en su lugar se ha puesto ese otro de bronce dorado, un verdadero lecho de doncella. He mandado quitar las colgaduras; las colgaduras en el lecho me sofocan, y creo que á usted le pasará lo mismo: dán al lecho un no sé qué parecido á un túmulo, y estorban; no dejan ver la composicion general de la alcoba.

Luisa y Antonia seguian á Satanás, y callaban.

Antonia, aturdida por la situacion escepcional en que se la presentaba la baronesa del Destierro. Luisa resignada, porque sabia que Satanás la imponia su voluntad.

El diablo se encaminó á un ángulo de la alcoba, y dijo, señalando un lugar á Luisa:

—¿No ve usted nada?

—Nada, contestó la jóven.

—Pues bien: ahí hay una puerta.

—¡Una puerta! ¿Y para qué?

—Toda mujer debe tener en su dormitorio una puerta secreta, dijo sonriendo Satanás.

Las dos hermanas se ruborizaron.

—Una puerta secreta, siquiera para hacer perder la pista al mundo.

—Pero si yo... dijo Luisa.

—Diré á usted: tiene una mujer colocada en cierta situacion en el mundo un deseo inocente; por ejemplo, se quiere ir á un baile de máscaras á embromar á los convidados, á pasar un rato menos fastidioso que de otro modo: hé aquí una protectora puerta secreta; esta puerta dá á una escalera alfombrada; esta escalera á un postigo qué dá á otra calle; por ahí se entra y se sale sin temor, sin que lo noten los criados, que todo lo cuentan.

—¡Oh, no!

—¡Son tan útiles á veces las puertas secretas! dijo Cesárea; sin contar con que puede suceder que una mujer ame en ciertas ocasiones...

—¡Ah! no, no; eso jamás.

—Convenido: debe evitarse; pero si sucede, fuerza es tambien que haya un medio de evitar el escándalo; pero no hablemos mas de esto; prosigamos en la visita de nuestra nueva casa.

Y Satanás abrió otra puerta, atravesó otro pasadizo, y entró en otro tocador, tan bello, tan rico como el anterior.

—Esta pieza está destinada á esta señorita, dijo mirando á Antonia.

—¡Para mí! ¡oh! no.

—Sí, sí; me alegro, dijo Luisa.

—El baron me advirtió de la tierna amistad que las une á ustedes; porque con una grata sorpresa he sabido que el baron es antiguo conocido de ustedes.

—Es verdad, dijeron las dos.

—Pues bien; hemos preparado á esta señorita una habitacion completamente semejante á la de usted, marquesa; solo que en el dormitorio no hay puerta secreta; es soltera.

Volvieron á ruborizarse las dos.

Satanás siguió adelante, haciendo ver salon tras salon, y dependencia tras dependencia á las dos hermanas.

Luego reunió á los criados, y les dijo:

—Esta señora es la marquesa de Guapeltepec, vuestra ama.

Despues volvió al salon de recibo, y allí, con pretesto de visitas de confianza, porque ya era tarde, se despidió.

Pero antes de despedirse, dijo á Luisa:

—Guárdate de decir quién soy á tu hermana.

Y salió.

Luisa se quedó profundamente pensativa y triste.

Antonia estaba loca de alegría.

—¡Sabes que es una señora muy singular la baronesa, Luisa mia! la dijo: y tiene unas ideas... aquella puerta secreta... y parece la mujer mas pura del mundo.

—¡Oh! ¡qné alegría la tuya, hermana!

La palabra *hermana* hizo despertar de su sueño á Antonia.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo.

Y se puso tan triste como Luisa.

Pero de improviso su semblante se despejó, y volvió á aparecer en él la alegría.

—¿Y por qué he de entristecerme yo porque soy hermana tuya? ¿Por qué he de querer saber la historia de mi nacimiento?... Yo soy feliz sabiendo que nos une un lazo sagrado... ¿Qué importa lo demás?

—Es necesario, sin embargo, que conozcas tu historia: yo lo recuerdo ahora todo perfectamente; mañana podria olvidarlo: estamos solas: escucha.

—Escucho, pues, dijo Antonia, reclinándose en las rodillas de Luisa.

Luisa empezó.

—Nuestra madre...

En aquel momento un criado dijo á la puerta:

—El señor baron del Destierro.

Y otro criado introdujo luces, porque ya oscurecia.

Luisa ahogó un movimiento de despecho.

El diablo se habia apoderado de ella.

Y como si Satanás hubiese respondido á aquel movimiento de Luisa, esta escuchó una voz que decia á su oido:

—Y cuando no me tengas delante en forma humana, me tendrás en el pensamiento en la forma de Andrés.

Luisa dió un lijero grito en el momento en que entraba en el salon el baron del Destierro.

— ¿La asusto á usted, bella marquesa? dijo el baron.

— ¡Ah! no, no, señor, dijo Luisa, contenida por la presencia de Antonia; un sacudimiento nervioso, y nada mas; pero ya pasó.

— Me convido á comer con ustedes, dijo el baron; Cesárea me envía; quiere de todo punto que esté usted esta noche en su palco en la ópera; es decir, lo suplica; y me ha encargado que las lleve á ustedes. Con que comeremos, y nos vamos; de algo me ha de servir que seamos conocidos antiguos; tengo apetito.

— Pues comamos, señor baron.

Durante la comida se habló de cosas indiferentes.

Despues las dos hermanas se vistieron, en lo que tardaron una hora larga, á pesar de que las doncellas eran inmejorables.

Entre tanto Satanás se habia trasladado á la costanilla de San Andrés, para hacerse encontradizo con Andrés, que salia de su casa desesperado.

Ya sabemos por qué Andrés estaba desesperado.

---

## CAPITULO XI.

De como el diablo consolando á Andrés le hizo caer en la tentacion.

—¡Eh, buen mozo! dijo Satanás deteniendo á Andrés á punto que este salia de su casa: ¡qué pálido está usted!

Por el momento Andrés se redujo á mirar al baron de una manera atónita.

Los músculos de su semblante estaban inmóviles.

Sus ojos, encendidos, febriles, fosforescentes.

Descuidados el trage y los cabellos.

Y sin embargo, estaba hermoso.

No reconoció á primera vista al baron.

Es verdad que le habia tratado muy poco.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué le sucede á usted? dijo Satanás, como si ignorára lo que le sucedia á Andrés.

—Dispense usted, señor baron, dijo Andrés reconociéndole al fin; pero no sé si duermo ó velo, si estoy vivo ó estoy muerto.

—¡Ah! ¿Pero qué sucede?

—Mi madre... voy á ver á mi madre.

—Y en ese estado...

—¿Y qué importa?

—Pero acabemos de una vez.

—Mi pobre madre ha muerto, esclamó con acento desesperado Andrés.

—¡Oh, qué desgracia! esclamó Satanás.

—Irreparable.

—Sin embargo, era anciana.

—Nunca ha vivido bastante una madre para su hijo.

—Tiene usted razon... ¿Pero qué le hemos de hacer? Es necesario conformarse con los decretos de Dios.

—Á veces los decretos de Dios son muy crueles.

—Cuenta, señor Andrés, que blasfema usted... ¿Pero adónde diablos va usted?

Andrés habia tomado hácia la puerta de Segovia.

—Necesito la soledad... la fatiga... Tengo algo dentro de mí que me arrastra... una fuerza que me impulsa... Yo correría... gritaría... qué sé yo...

—¡Ah! ¿y se va usted á gritar y á correr al campo?

—No, no, señor... la noche está nublada y fria: voy á tomar por la ronda... á dar la vuelta hasta llegar al camino de Fuencarral... y una vez allí, encaminarme al cementerio de San Ginés y de San Luis.

—¡Ah! ¿está ahí sepultada su madre de usted?

—Allí debe de estar, porque no está en la casa.

—Estará en la iglesia.

—No, no, señor: como no me han dicho nada, he ido á la iglesia, y en la iglesia no me han dado razon; allí no ha ido el cadáver. En la casa no está tampoco; luego está en el cementerio; mi madre era hermana de la sacramental de San Ginés y de San Luis; con que allí han debido de llevarla, de seguro; si supiera dónde está, iría á cierra ojos. Muchas veces mi madre, mi pobre madre, me decia: «Yo viviré ya poco, Andrés; soy muy vieja; pero cuando muera, tú irás al cementerio y te pondrás delante del nicho 470, donde yo estaré sepultada, y rezarás por mí; yo te sentiré cuando te acerques, y te bendeciré.»

Y el pobre Andrés se echó á llorar.

—Vamos, dijo Satanás: hay dias desgraciados; desde antes de ayer...

—Antes de anoche murió mi madre.

—Y se casó nuestra comun conocida Luisa.

—¡Ah! esclamó Andrés sintiendo el golpe en medio del corazon.

—Y vea usted ahí qué desgracia: del casamiento de Luisa han resultado ya no sé cuántos crímenes.

—¡Crímenes!

—El marido...

—¿Quién? ¡Juan de Castro! Ese pintorzuelo... ese miserable, esclamó Andrés deteniéndose y con los ojos enjutos, pero con la voz trémula.

Parecia que se habia olvidado de su madre.

—Sea usted caritativo con los que dentro de poco estarán en la presencia de Dios.

—¡Cómo!

—¿Pues no he dicho á usted que el casamiento de Luisa ha producido desgracias?...

—Acabe usted, por Dios.

—¿Pero á usted qué le importa?

—¡Ah! sí, me importa demasiado.

—¡Bah! Lo que á usted le importa es la pérdida de su madre.

—Si mi madre no hubiera muerto yo no existiria.

—¡Diablo!

—Iba á poner fin á mi existencia, desesperado, cuando recibí la noticia de la muerte de mi madre.

—¿Pero por quién era esa desesperacion?

—Por ella.

—¿Pero quién es ella?

—Luisa.

—¡Luisa! ¿Ama usted á Luisa?

—Con toda mi alma, desde que la salvé del incendio de su casa: sin mí Luisa no existiria: sin Luisa no puedo existir yo.

—¡Calla! ¡y se casó usted, sin embargo, con la hija de Perez!

—¡Ah! no me recuerde usted eso: fuí un insensato. ¿Pero qué importa? Leontina no es mi mujer... es... un sér al que estoy unido delante de los hombres, pero al que no me uniré delante de Dios: esté usted seguro de ello; para mí no existe mas mujer que Luisa; usted mismo puede juzgar; acabo de perder á mi madre, y cuando se me nombra á Luisa, no pienso mas que en ella. ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!

—¿Y por qué en vez de casarse con Leontina no procuró usted casarse con Luisa?

—Razones de delicadeza: yo lo debia todo á Perez; Leontina me amaba... además, ¿no amaba Luisa á Juan de Castro?

—Nunca le ha amado.

—¡Oh, sí!

—Creía amarle: en Juan de Castro amaba una ilusion, un sueño de su alma; pero los sueños se desvanecen: el de Luisa se ha desvanecido; y al despertar se ha encontrado enlazada con un infame.

—Sí, sí: sé que ese miserable la habia vendido.

—Pero sabrá usted tambien que ese hombre muere.

—¡Oh! no, no lo sé.

—De seguro no dura dos dias.

—Luisa estará inconsolable.

—¿Por la muerte de ese infame? Vamos, no conoce usted á Luisa: por mejor decir, á doña Luisa de Sástago, de Alvarado y de la Peña, marquesa de Guapeltepec y grande de España de primera clase.

—¡Dios mio!

—Sí señor: mi esposa la princesa Cesárea de Wadicoff, al volver de Méjico, ha traido esa novedad; pero esto es largo y para otra ocasion. Vamos, querido, consuélese usted; la marquesa está tan pura como antes de casarse, tiene el corazon libre; y para que pueda usted juzgar en cuán poco tiene á Juan de Castro, debo revelarle á usted que interpondrá demanda contra él por crímenes, y que para probar al mundo que nada le interesa ese infame, asistirá esta noche al teatro Real en el palco de la princesa.

—¡Luisa en el teatro Real!

—Donde usted puede verla.

—¡Apenas muerta mi madre!

—El dolor vive en el corazon: si algo puede distraer el corazon de su dolor, le distraerá mas en la soledad que entre gente. El ruido del mundo, su alegría ó su indiferencia, avivan siempre el dolor de los que sufren. La soledad los consuela. Esta es una simple cuestion de forma. Volvamos.

Y asió el brazo de Andrés, y empezó á subir con él la pendiente de la calle de Segovia.

Andrés se dejaba conducir maquinalmente.

El diablo tenia muy poco que hacer para infiltrar la tentacion en el alma de Andrés.

Mejor dicho, la tentacion existia en él, pero contrapesada por la conciencia, por la costumbre.

El diablo no necesitaba de otra cosa que de que el amor de Andrés hácia Luisa pesase mas que su dolor por la muerte de su madre, que su respeto por las conveniencias sociales.

—No quiero dejarle á usted entregado á ese dolor violento, añadió Satanás con voz afectuosa y dulce: es verdad que nuestro conocimiento es de esos que no han tenido tiempo para determinar entre nosotros una de esas amistades que hacen de dos personas nacidas de distintos padres, dos hermanos; sin embargo, yo desde el momento en que vi á usted, contraje respecto á usted una fuerte simpatía. Despues las casualidades... mi conocimiento con doña Luisa, con la

marquesa... la certeza que tengo de que entrambos se aman ustedes...

—¡Que nos amamos!... esclamó Andrés olvidado ya de todo.

—Lo sospechaba antes del casamiento de la marquesa con ese miserable.

Despues no puedo tener duda. Siempre que por incidencia nombro á usted delante de ella, palidece, sufre, se la ve sufrir. Cuando una mujer sufre por un hombre, es que le ama.

—¡Oh! ¡Si yo pudiera creer eso!

—Usted lo creerá cuando lo vea por sí mismo... y puede usted verlo esta misma noche.

—No... mi madre...

—Su madre de usted, que sin duda está en el cielo, que desde el cielo arroja sin duda sobre usted una mirada infinita, lo que desea, lo que quiere, es que usted sea feliz: con que vamos.

—No: puede conocerme alguien.

—Yo tengo un palco, frente al que ha de ocupar Luisa, desde su antepalco, oculto tras la cortina...

—¡Oh señor baron... señor baron; es usted, permítame que se lo diga, un demonio tentador!

—Soy un buen amigo de usted... pero á propósito, hé aquí mi carruage que me espera: en cinco minutos llegamos á casa.

En efecto, al revolver de una esquina habian encontrado un magnífico carruage con un tiro de cuatro caballos.

El diablo se acercó al carruage, cuya portezuela habia abierto un lacayo, asió del brazo á Andrés, y le introdujo dentro.

Apenas el jóven habia entrado, cuando el carruage se puso en marcha.

Rodaba con una velocidad tal, que Andrés, á pesar del estado de su espíritu, no pudo menos de esclamar:

—¡Pero Dios mio! ¡Vamos á atropellar á las gentes!

—No atropellamos á nadie: vamos por mi camino: mi casa está en el campo.

En aquel momento el carruage retumbó como sobre un pavimento empedrado bajo una bóveda; se detuvo, se abrió la portezuela, saltó el baron, dió la mano á Andrés, y este se encontró en una magnífica escalera de mármol blanco bruñido, con estátuas gigantescas, y balaustrada dorada tan brillante, que parecia oro.

Una araña colosal alumbraba aquella escalera.

En su parte superior, una multitud de lacayos de gran librea esperaban al baron.

Al pasar entre ellos, Satanás dijo:

—Mis ayudas de cámara.

Y siguió adelante.

Atravesó galerías y cámaras que asombraron á Andrés por su gusto y por su riqueza, á pesar de que Andrés, como sabemos, era un grande artista, y pasaron al fin á un gabinete en que se habia apurado todo el lujo de la arquitectura, de la escultura, de la pintura, de los tapices, de las alfombras, de los muebles.

Aquel era un gabinete de vestir en que nada faltaba, pero severo y sencillo, como debe serlo el gabinete de vestir de un hombre.

Cuatro jóvenes ayudas de cámara esperaban ya.

—Vestid á ese caballero, peinadle, servidle, mientras yo vuelvo, dijo el baron.

Y volviéndose á Andrés, añadió:

—Déjese usted servir, amigo migo, que yo le prometo que estos buenos muchachos le pondrán perfectamente presentable. Y dispense usted, pero necesito dejarle por un momento.

Y estrechando la mano de Andrés, salió.

Instantáneamente se encontró en casa de Luisa.

Ella y Antonia estaban ya vestidas.

Y de una manera admirable.

Era ya la hora del teatro.

Satanás disculpó á Cesárea de no presentarse á llevarlas, so pretesto de una ocupacion urgentísima, imprevista; pero prometiendo que iría despues y las acompañaría.

Un carruage de los destinados á Luisa les llevó al teatro Real.

Se cantaba *Los Puritanos.*

Era la conclusion del primer acto.

El teatro estaba completamente lleno.

Solo habia un palco vacío.

El palco platea de proscenio de la izquierda.

Habíase estrañado la soledad de aquel palco.

¿Quién era la persona que teniendo aquel palco no se apresuraba á ocuparle, para admirar á la gran cantante que debia debutar ante el público de Madrid en *Los Puritanos?*

Se aplaudia frenéticamente á la *signora*, cuando se presentaron en el palco Luisa, Antonia y el baron del Destierro.

Aun no se habian sentado, y ya eran el objeto de la atencion de gran parte de los concurrentes.

Parecia que una influencia magnética atraía hácia aquel palco la mirada de todos los que podián verle.

Satanás, de pie, hermoso, admirablemente vestido, con una distincion soberana, paseaba su mirada lúcida y brillante sobre la concurrencia.

Y aquella mirada infernal, terrible, á pesar de que habia en ella una serena y profunda paz, era la que atraía las miradas de todos al palco.

Y cuando miraban veían dos mujeres admirables, la una rubia, la otra pelinegra; las dos hermosas, con esa hermosura que embriaga; las dos deliciosamente prendidas; Luisa con diamantes y esmeraldas; Antonia con flores; Luisa con trage oscuro descotado; Antonia con un delicioso trage blanco y azul, casi cerrado.

Eran, pues, en el aspecto, la casada y la soltera, la señora y la señorita.

En la hermosura, ángeles.

En el prendido y en el trage, elegantes, elegantísimas, ricas, damas perfectas.

Y Satanás, entre ellas, representando al rey de los hombres.

Al rey de los elegantes.

Algunos otros jóvenes, no menos elegantes y distinguidos que el baron, hombres á quienes nadie conocia, se veían acá y allá en las butacas.

Todos ellos, al presentarse Luisa y Antonia en el palco, esclamaron á media voz, pero de manera que pudieran oirlo sus convecinos:

—¡Ah! ¡La marquesa de Guapeltepec!

Y dirigian al mismo tiempo sus anteojos á Luisa.

En general, cuando al lado de un hombre, y especialmente en un teatro, se pronuncia el nombre ó el título de una persona que está á la vista, y que escita fuertemente la curiosidad, este hombre comete la indiscrecion de preguntar á aquel que ha pronunciado el nombre de aquella persona, aunque absolutamente no le conozca.

Y esto acontecia respecto á los que oyeron á los desconocidos nombrar á Luisa.

Les preguntaron.

Y todos ellos respondieron á los que les habian preguntado, como si hubieran llevado un papel aprendido de memoria:

—Es doña Luisa de Sástago de Alvarado y de la Peña.

—¿Pero quién es doña Luisa de Sástago?

—La marquesa de Guapeltepec.

—No conocemos ese título.

—Como que es de América.

—¿Y esa señora ha venido de allá?

—No, ha nacido aquí, y nunca ha salido de Madrid.

—Ya se conoce; no tiene rasgo alguno de criolla ni de india.

—¡Cá! Es de pura raza española.

—Pero su marido...

—No tiene el título por su marido... es heredado.

—Pero esa señora, á juzgar por su trage y por su prendido, es casada.

—Sí y no.

El diálogo de los curiosos y de los desconocidos iba, como se ve, tomando interés.

—Pero una mujer que al mismo tiempo es casada y no lo es, es una singularidad, respondian los que habian oido aquel *sí* y aquel *no*.

—Diré á usted, respondia el jóven incógnito: hay cierta razon para calificarla de ese modo.

—¿Y qué razon es esa?

—¿Cómo llamaria usted á una mujer que hiciera tres dias se hubiese casado, que se conservase aun vírgen, y que estuviese á punto de estar viuda, por encontrarse su marido herido de muerte?

—¿Y le sucede eso á esa señora?

—Eso, ni mas ni menos.

—¿Y teniendo á su marido herido de muerte se viene esa mujer al teatro, y engalanada de ese modo?

—Con esa señora ha cometido un crímen su marido al casarse con ella, puesto que no se habia casado mas que para entregarla á otro hombre. La Providencia lo ha dispuesto de otro modo, y el marido, herido y agonizante, está en poder de los tribunales.

—¿Pero esa señora, al casarse con ese miserable, no le conoceria, le amaria?

—Creía amarle; su conducta, mejor dicho, su infamia, la ha hecho despertar: le persigue ante los tribunales, y como una protesta, se presenta en público como usted la ve, mientras ese hombre está agonizando.

—Hace muy bien.

—¡Pero si usted debe tener alguna noticia de esto! Todo Madrid sabe que antes de anoche fué mortalmente herido en la quinta del vizconde de Rudaguas un don Juan de Castro, que habia ido á aquel sitio á pasar con su esposa la semana de miel.

—Sí, sí señor; ha sido un gran escándalo: dicen que el vizconde está preso, á causa de las heridas de Castro; pero tambien se dice que la mujer con quien ese hombre se ha casado era una antigua querida del vizconde, una maestra de lenguas...

—Pues bien; esa es la marquesa de Guapeltepec.

—¿Esa señora que está en aquella platea es la querida del vizconde, la maestra de lenguas?

—La misma.

—Pero entonces no comprendo cómo ha querido el marido entregarla al vizconde.

—Misterios, amigo mio.

—¿Y esa mujer ama al vizconde?

—No.

—¿Es decir que esa señora es de las que no aman á nadie, y sin embargo?...

—Se engaña usted; esa señora ama.

—¡Ah! ¡Sí! Todas tienen alguno. ¿Y quién es el dichoso que posee el corazon de la hermosísima marquesa?

—Pronto le verán ustedes en el palco junto á ella.

—¿Es acaso aquel sugeto alto, esbelto, buen mozo, que entra ahora en el palco, ó que por mejor decir, ha salido hace un momento?

—No: ese no pasa de ser su amigo: ese es el baron del Destierro, el marido de la hermosísima princesa rusa Cesárea de Wadicoff, de quien es el palco en que está la marquesa.

—Pues nunca hemos visto á esa señora.

—Ha llegado antes de anoche de América, y aun no se ha presentado. Pero estando ahí la marquesa, indudablemente vendrá.

—¡Ah! ¿Quién es aquel jóven pálido, delgado, que presenta en este momento el baron á la marquesa? Está turbado: parece que ha sufrido mucho.

— Como que antes de anoche ha muerto su madre.

—¿Y ese hombre viene al teatro, y sin luto?

—Eso quiere decir que el amor que siente por la marquesa es mayor que su sentimiento por la muerte de su madre.

—¡Ah! ¿Con que aquel es el amante?

—Sí.

—Pues señor, aquel palco es un caja de estracto de escándalo.

Y así seguian los diálogos en cien puntos del teatro.

Y todos iguales, sin discrepar en una sola palabra; como si los jóvenes desconocidos hubiesen tenido la facultad de inspirar una

pregunta invariable sobre cada una de sus invariables respuestas.

Como vemos, Luisa, delante del mundo, y sin saberlo ella, ocupaba una situacion fuertemente escéntrica.

Y lo que era peor, con una escentricidad de deshonra.

Estaba, por decirlo de una vez, bajo el dominio del público:

Volvamos á Andrés.

Los ayudas de cámara de Satanás lo habian lavado, afeitado, peinado y vestido de una manera perfecta, y en muy poco tiempo.

Parecia que aquellos cuatro demonios habian influido en Andrés, aumentando su distincion natural de una manera prodigiosa.

Andrés sentia una nueva vida.

Por el momento habia olvidado completamente á su madre.

Tenia el corazon y la cabeza llenos de Luisa.

Iba á verla.

Y esta sola esperanza le volvia loco.

Luisa era aun la purísima vírgen de sus sueños.

Le habia tranquilizado el dia antes el Moreno, aquel bravo contramaestre negrero del Alcion.

Acababa de tranquilizarle el baron del Destierro.

El hombre que se habia casado con Luisa estaba herido de muerte.

El vizonde de Rudaguas sujeto al fallo de los tribunales.

Todo, pues, lo habia olvidado Andrés por Luisa, bajo el encanto de una ardiente esperanza.

Se habia dejado conducir á aquel palacio por el baron, y dentro de él se habia dejado vestir por sus criados, con ropas que parecian hechas á su medida.

Los brillantes de sus puños y de su pecho, y el reloj que le habian puesto sin que lo reparára, eran de un valor inmenso.

Apenas estuvo vestido, entró un criado que parecia mayordomo.

—El señor me encarga que diga á usía, dijo aquel hombre respetuosamente sin pasar de la puerta; que no puede volver; pero que espera que en su carruage vaya usía á encontrarle al teatro.

Andrés, como impulsado por un poder superior, siguió á aquel hombre.

Atravesó las mismas habitaciones y las mismas galerías que habia atravesado con el baron, y bajó las mismas escaleras.

Allí habia un carruage distinto, de lo que no pudo hacerse cargo.

Un lacayo, sombrero en mano, tenia abierta la portezuela.

Andrés entró.

El lacayo cerró.

—Al teatro Real, dijo el mismo lacayo al cochero.

Y el carruage partió como una exhalacion.

Abismado en sus pensamientos Andrés, no pudo apreciar el tiempo trascurrido en la traslacion.

Ni aun volvió en sí cuando se detuvo el carruage.

Fué necesario que el lacayo que habia abierto la portezuela le dijese:

—El señor ha llegado ya.

Entonces Andrés saltó del carruage.

El mismo lacayo, sombrero en mano, le precedió y le guió hasta la puerta de un palco platea, que se abrió.

El baron habia salido de aquel palco.

El lacayo se retiró.

—Perdóneme usted, mi querido Andrés, le dijo, si no he podido ir por usted; me he visto obligado á traer al teatro á la marquesa.

—¡Á Luisa! dijo Andrés palideciendo.

—Sí, á Luisa, á su Luisa de usted.

—¿Con que voy á verla?

—Dentro de un instante. Entre usted.

Andrés creía entrar en un palco, desde el cual, oculto, pudiera ver en otro palco á Luisa.

¡Pero cuál fué su sorpresa al levantar Satanás la cortina del antepalco!

Se encontró delante de Luisa deslumbrante de hermosura, de joyas, de adornos, convertida en una divinidad.

Se le nublaron los ojos, zumbaron sus oidos, y necesitó apoyarse en el baron para no caer.

Entre tanto Satanás decia á Luisa, que fijaba tambien en Andrés una mirada suprema, mezclada de alegría, de temor, de sorpresa:

—Querida amiga, presento á usted á mi buen amigo Andrés Zoa, que creo conoce usted algo, y á quien sabia sería muy grata una velada al lado de usted.

El alma de Luisa se comprimió, se aterró, porque comprendió la perversa intencion del diablo.

Sin embargo, dominada por la situacion, y acaso por su corazon, por su amor, se vió obligada á estender su hermosa mano á Andrés.

Andrés asió aquella mano muriendo de emocion.

—Amigo mio, dijo Luisa, siento una verdadera alegría al volver á ver á usted.

—Usted, señora, se alegra... de verme... ¡Gracias á Dios! dijo aturdido Andrés.

—Sí, sí, dijo reponiéndose Luisa: yo... siempre me alegro de ver á mis amigos.

—Sin embargo, señora, yo creía que despues de haberse usted casado, habia olvidado sus pobres conocimientos.

—¡Oh, no, Andrés, no! usted no puede ser nunca un pobre conocimiento mio: yo no puedo olvidar jamás que debo á usted la vida.

—¡Á mí, señora!

—Siéntese usted.

Andrés se sentó en el sillon colocado á la izquierda de Luisa, quedando frente á Antonia.

Ya sabemos que Antonia amaba sin esperanza, sin que nadie conociese su amor, sin que pudiese adivinárselo él mismo, á Andrés; se habia puesto pálida como una difunta; habia tenido tiempo de dominarse, de cubrir su corazon con la imperturbabilidad de su semblante durante la presentacion y el diálogo habido entre Luisa y Andrés.

Andrés, en el lugar que estaba colocado, no podia ser visto de nadie mas que de las personas que ocupaban los tres palcos de proscenio del frente; pero en el palco bajo estaba la generala Robles con dos de sus amigos, y no quitaba ojo del palco de Luisa.

Satanás, apenas se hubo sentado Andrés, le dijo:

—Ahora, marquesa, que está usted convenientemente acompañada, la ruego me perdone si me veo obligado á retirarme; tengo una cita importantísima con el ministro de Fomento para tratar de asuntos de... ferro-carriles. Adios, pues; espero que Cesárea vendrá dentro de poco á hacer á usted compañía. Adios, señorita. Adios, mi querido Andrés.

Y salió.

Quedaron, pues, entregados á la situacion, escitados por la tentadora música de Bellini, que de una manera tan elocuente habla al alma, sometidos á aquel amor intenso que hacia mucho tiempo habia dejado de ser puro en el pensamiento de Andrés, y que desde su desengaño de los amores de Juan de Castro era una tentacion ardiente del alma de Luisa.

Satanás sabia bien lo que habia hecho.

Satanás, al dejar en figura el palco, se habia quedado en él en espíritu.

Se habia metido en el corazon de los tres jóvenes.

En el de Luisa y Andrés, como un dolor infinito, pero al par infinitamente dulce.

En el de Antonia, como un dolor celoso, horrible envenenador.

Andrés, con su palidez, con su dolor, con su ansiedad, estaba hermosísimo.

Luisa no pudo contenerse, y volvió el semblante para mirarle.

Entonces la mirada de los dos jóvenes les hizo recíprocamente traicion.

Fué una de esas miradas por medio de las cuales habla el alma una palabra divina.

Una de esas miradas que son una revelacion, una seguridad, una promesa, mas que una promesa, un juramento.

Una de esas miradas que rebosan, que no pueden contenerse.

Una de esas miradas que dán la felicidad, pero envuelta con la locura.

Mirada que es el desposorio de dos almas.

Desposorio indisoluble, que solo puede romper la muerte.

Despues de una de esas miradas, las palabras son inútiles.

Se ha dicho todo, se ha prometido todo, se ha aventurado todo.

Es mas: despues de una de esas mútuas miradas, las palabras son difíciles.

Por lo mismo, Luisa y Andrés guardaron por algun tiempo silencio.

—¡Oh! ¡Gracias á Dios! dijo Luisa.

—¡Gracias! ¿Y por qué?

—Porque es falsa una noticia que yo tenia.

—¿Qué noticia, señora?

—La de la muerte de su madre de usted.

—¡Ah! esclamó Andrés.

Y se puso tan pálido, tan mortal, que Luisa se asustó.

—Perdone usted, dijo, si con el solo pensamiento de esa desgracia le lastimo: es usted muy buen hijo, Andrés.

—¡Ah! no, no, señora, dijo Andrés: soy un miserable.

—¡Usted!

—Sí; estoy aquí, con el pensamiento en mis deseos; en el teatro, oyendo la armonía de esa música, aspirando la armonía de la hermosura de usted...

—¡Oh, Andrés! esclamó Luisa con acento de dolor.

—Sí, sí... estoy desesperado, y necesito decirlo todo: estoy aquí embriagándome de amor, sin una señal de luto, sin una lágri–

ma en los ojos, y mi madre duerme el sueño de la eternidad, allá... entre los muertos...

—¡Andrés! ¿Con que era cierto?

—Sí, cierto... muy cierto... como es muy cierto que usted se ha casado... como es muy cierto que yo estoy loco, y que si mi madre no hubiera muerto, habria yo dejado de existir.

—¡Con que todo es verdad! ¡Con que el infierno no me engaña! dijo involuntariamente Luisa.

—¡Qué estrañais, señora!

—Sí... sí: yo le he visto á usted en mis sueños al lado de una esposa despreciada por usted... injustamente despreciada, porque es hermosa y le ama á usted.

—¡Ah! no hablemos de esa mujer: yo no la amo, yo no la he amado nunca... yo me casé con ella por agradecimiento... en cambio usted se ha casado por amor.

—¡Por amor! Ese hombre está herido, muriendo, es mi esposo, lo sabe todo el mundo, y sin embargo, todo el mundo me ve aquí... y es que entre ese hombre y yo no hay mas que un crímen que la ley persigue, crímen frustrado por la Providencia, lazo roto por la mano de Dios.

—Juan de Castro acaba de morir, dijo una voz sonora y dulce en el antepalco.

Al mismo tiempo entró Satanás bajo la figura de Cesárea.

Al verla Andrés se inmutó.

Satanás empezaba á poner á prueba la virtud de Luisa.

Y á una prueba decisiva.

Era necesario que probase los celos.

Andrés fijaba una mirada de admiracion en la hermosura de arcángel de Satanás.

Luisa y Antonia tenian fija una mirada de dolor en la mirada de asombro y de deseo de Andrés, fija en Cesárea.

Luisa no podia tener unos celos vulgares.

Las celos de Luisa eran unos celos que penetraban en la eternidad.

Lo temió todo del poder de Satanás.

Se acordaba de que, por entretenimiento, Satanás se habia propuesto enloquecer, hasta llevarle al suicidio, á un jóven de los que asistian á la tertulia de la generala Robles.

Lo temió todo, y nació en su corazon un principio de lucha.

—¡Oh! ¡yo le salvaré aunque me pierda! dijo Luisa.

Y Satanás leyó con una alegría infinita este pensamiento en el alma de Luisa.

Y lo leyó tambien Antonia en los ojos de su hermana, y dijo para sí:

—Yo os salvaré á los dos.

Esto era afrontar un sacrificio sublime.

Cesárea se sentó entre las dos jóvenes, sin permitir que ninguna de ellas le cediese su puesto.

Luisa habia olvidado por un momento, y apenas las oyó las palabras que Cesárea habia pronunciado al entrar.

Aquellas gravísimas palabras:

—¡Juan de Castro acaba de morir!

Pero pasada la primera impresion de despecho, de celos, de lucha, que le habia causado la mirada de admiracion y de deseo que Andrés habia lanzado sobre Satanás, fascinado con la figura tentadora que Satanás habia tomado; pasada aquella impresion, decimos, se rehizo y dijo en voz baja al diablo:

—Yo no puedo permanecer aquí: sin duda se sabe ya por algunos que ese hombre ha muerto... puede estenderse la noticia... y luego me encuentro mal aquí.

—Todo el mundo sabe, porque yo se lo he hecho saber á todo el mundo, porque unos espíritus mios con forma mortal se encuentran entre la multitud que llena el teatro, y te hacen á tí, y me hacen á mí, á Andrés, á Antonia, el objeto de la atencion general; todo el mundo sabe que ese hombre ha muerto revelando infamias que te obligan á mostrarte indiferente acerca de su muerte, que te impiden vestir luto por ella, porque ese hombre al casarse contigo no hizo otra cosa que consumar un crímen: permanece, pues, tranquila: si sufres, domina tu sufrimiento, y, sobre todo, dame las gracias por haberte dejado libre.

—¡Ah! no, yo no puedo permanecer aquí.

—¡Ah! ¿Tienes celos?

—¡Celos yo!

—Sí, celos de tu hermoso Andrés.

—Suceda lo que quiera, no triunfará de mí, yo te lo juro.

—Lo veremos.

—Lo veremos; pero entre tanto...

Y Luisa se levantó.

—¿Con que es decir que te empeñas en que todo el mundo te crea, te juzgue una mujer vulgar? ¿En que todo el mundo crea que á pesar de sus infamias amabas á Juan de Castro?

—Piensen lo que quieran, sufro demasiado, y me voy.

—Andrés vendrá con nosotros.

—¡Ah! no.

—Fuera una grosería que yo no le hiciera entrar en mi carruage, y yo no quiero que Andrés tenga por grosera á la princesa de Wadicoff.

Luisa hizo un movimiento de impaciencia, y salió del palco; tras ella salió Satanás, luego Antonia, y despues Andrés.

Al salir este, Cesárea se apoderó de su brazo.

Al contacto del brazo de Satanás, Andrés se estremeció.

Luisa se sintió morir, y mas bien para buscar apoyo que para otra cosa, se asió del brazo de Antonia.

—¡Ah, hermana mia, dijo esta, cuánto sufres!

Antonia hubiera podido decir:

—¡Cuánto sufrimos las dos!

—¿Con que es usted amigo de la marquesa? dijo Satanás á Andrés.

—Sí, sí, señora, dijo Andrés; Luisa me favorece con su amistad.

—Yo creía que eran mas íntimos los favores de Luisa hácia usted.

—¡Ah! no, no.

—Pues cualquiera, al ver cómo ustedes se miran, creeria, por poco mundo que tuviese, que entre Luisa y usted existian dulces relaciones.

—¡Ah! esclamó Andrés.

—¿Y qué tendria eso de estraño? ¿No ha tenido Luisa relaciones con el vizconde de Rudaguas?

Satanás cometia una de esas infamias que con tanta frecuencia cometen las mujeres: suponia un hecho terrible: dejaba caer, en fin, sobre Luisa todo el peso de la calumnia.

El golpe hirió en medio del corazon á Andrés.

Quiso contestar, y no pudo.

Quiso separarse de la princesa, y le retuvo un poder superior.

En aquel momento se encontró junto á la portezuela de un carruage.

Luisa y Antonia, invitadas por Cesárea, habian entrado en él.

Despues entró Satanás, arrastrando consigo á Andrés.

El carruage partió.

—¿Con que libre al fin, mi querida marquesa? dijo Satanás: hay que confesar que su vida de usted es una novela, en cuyos sucesos toma una gran parte la Providencia.

—No toma menos parte en ellos el infierno, contestó con despecho Luisa.

—Pero el infierno nada puede contra la Providencia: la espera á usted una vida de felicidad.

—¿Pero es decididamente cierta la muerte de ese hombre?

—Ciertísima, y su postrera declaracion le cubre de infamia.

—¿Qué ha declarado? dijo Andrés.

—Que se habia vendido al vizconde de Rudaguas, consintiendo en casarse con Luisa para cubrir las relaciones que esta tenia con el vizconde.

—¡Oh! no, imposible; mentira, esclamó Luisa sin poder contenerse, herida en su amor, en su honor, en su orgullo.

Andrés callaba, aterrado.

Antonia temblaba de cólera.

—Aquí existe algo infame que yo no comprendo, dijo esta última; pero es necesario profundizar, averiguar, vengarse.

—¡Vengarse! ¿Y de qué? Supongamos que Luisa hubiera sido débil...

—No, cien veces no, esclamó desesperada Luisa.

—He dicho supongamos, porque bien sé hasta dónde llega la escesiva delicadeza, la inconcebible severidad de costumbres de usted, mi hermosa amiga; pero ha sido usted muy cándida, muy confiada en sí misma: se ha cuidado usted muy poco del mundo, cuando su hermosura la hacia muy conocida, y el mundo ha juzgado por las apariencias. Pero eso importa muy poco: el mundo se ocupa ocho dias de un escándalo, y otro escándalo nuevo le hace olvidar el del anterior. El mundo es despreciable.

—Pero eso no puede ser, dijo con una profunda agonía Luisa; nadie puede creer que yo...

En aquel momento el carruege se detuvo.

—Hemos llegado, mi querida marquesa, dijo Satanás: es tarde, y necesita usted descansar: mañana nos veremos, ¿es verdad? Adios.

El lacayo habia abierto la portezuela.

No habia medio de seguir la conversacion.

Luisa se despidió trémula y turbada de Andrés, y entró en su nueva casa con el corazon desgarrado.

Antonia siguió á Luisa sin decir una palabra.

Andrés iba á bajar.

—No, no, caballero, le dijo Satanás: á su casa de usted.

— Costanilla de San Andrés, dijo el jóven dejándose caer aturdido sobre el asiento.

La portezuela se cerró.

— ¿Qué siente usted, amigo mio? dijo Satanás apenas el carruage se puso en movimiento.

— Nada, señora; perdóneme usted, pero he sufrido mucho.

— ¿Acaso he cometido una indiscrecion hablando como he hablado con Luisa delante de usted?

— No, no, señora: lo que usted ha dicho se decia sin fundamento, ó cuando mas, sin mas fundamento que unas deplorables apariencias... pero yo nunca he creido...

— Las mujeres son incomprensibles, Andrés.

— Jamás creeré que Luisa...

— Veamos... ¿Qué concepto ha formado usted de mí á primera vista?

Sacado bruscamente del curso de sus ideas Andrés, no supo qué contestar.

— ¿Tan oscura, tan incomprensible es para usted mi fisonomía, que no puede contestarme? dijo el diablo.

— Señora, su aspecto de usted es el de un ángel, dijo obligado á contestar Andrés.

— Sí, el de un ángel caido, ¿no es verdad?

— No, no, señora; el de un ángel glorioso.

— ¡Ay, no, dijo el diablo; hace una eternidad que yo he perdido mi gloria!

— ¿Será usted acaso tambien infeliz, señora?

— Infeliz hasta un punto tal, que usted no puede ni aun imaginarlo; infeliz, como no hay nadie infeliz ni en el mundo ni en el infierno.

— Pues qué, señora, ¿el baron del Destierro no la hace á usted feliz?

— El baron es tan infortunado como yo.

— Sin embargo, nadie conoce por su aspecto el infortunio del baron.

— Como tampoco por mi aspecto se conoce mi infortunio: hay una pasion en el espíritu humano que las domina á todas: la vanidad: el baron y yo ocultamos al mundo nuestros sufrimientos, por vanidad; pero cuando podemos hablar á solas con una de esas personas que tienen el privilegio de hacer sentir á primera vista ese deleite del alma que procura la simpatía, una viva y tierna simpatía...

— ¡Ah! señora, esclamó Andrés sintiendo el ardiente y tentador contacto de una mano de Satanás que asía la suya: yo no me atrevo á comprender á usted.

—Eso quiere decir que me ha comprendido usted perfectamente.

—Una palabra mas... esclamó anhelante Andrés.

—¿Y qué mas palabras se necesitan? Cuando una mujer jóven y hermosa se encuentra sola en un carruage con un hombre, en la situacion que yo me encuentro con usted, lo ha dicho todo.

—Es que, señora, temo equivocarme.

—¡Caballero! ¿Habremos acaso trocado la posicion?

—Perdone usted, señora, pero lo que me sucede en este momento me aturde.

—Yo te amo, Andrés, dijo Satanás reclinando su cabeza sobre el hombro del jóven, y haciéndole sentir perfumes embriagadores.

Andrés se estremeció.

—¿Sabe usted, señora, que yo amo á Luisa?

—¡Bah! El amor de una mujer que ha sido querida de tres ó cuatro hombres.

—Eso no es verdad.

—El mundo lo dice.

—Importa poco: el mundo está acostumbrado á calumniar; yo desprecio al mundo.

—¿Y si tuviera usted pruebas indudables?

—Amaria siempre á Luisa.

—¿Será verdad que hay un amor invencible, dijo Satanás con voz ronca, como lo es que existe en algunas hijas de Adan una invencible pureza?

Satanás entonces no hablaba con Andrés, sino con la eternidad.

Luego, bajando del cielo á la tierra, dijo á Andrés:

—¿No le parezco á usted mas hermosa que Luisa?

—Sí.

—¿No le inspiro á usted amor?

—No.

—Y á pesar de parecerle á usted yo mas hermosa que Luisa, ¿sigue usted siendo esclavo del amor de Luisa?

—Sí.

—¿Á pesar de haberle dicho á usted yo, á pesar de haberle confesado yo que le amo?

—Sí.

—¿Es decir que nada siente usted por mí?

—Se engaña usted, señora: yo siento por usted lo que jamás he sentido.

—¡Ah!

—No recuerdo haber visto nada tan hermoso, tan magnífico, tan sobrenatural: estamos á oscuras: pues bien, yo la veo á usted como si rodeára su cabeza una aureola de fuego; yo siento mi corazon abrasado por los celestes ojos de usted; yo veo la dilatacion de su seno; yo gozo lo que nunca he gozado, un placer que me enloquece, que me hace morir: sí, yo adoro en usted el amor de fuego, el amor impuro... Perdone usted, pero lo que usted me hace sentir es un amor del infierno.

—¿Y Luisa?

—Un amor de los cielos.

—¿Pero recuerda usted á Luisa cuando yo le embriago á usted con mi sér?

—¡Oh! No puedo olvidarla mientras mi alma exista, porque parte de mi alma es ella.

—Bien, yo venceré ese estravagante amor, ese amor de costumbre, ese amor de niño... Hasta entonces, caballero...

—¿No la volveré á ver á usted?

—¿Y para qué?

—¡Ah, señora! yo no sabia que existia ese otro amor inquieto, volcánico, terrible.

—¡Ah! usted está en malas condiciones: esperarémos: usted está dominado hoy por el dolor de la muerte de su madre...

Este golpe desconcertó á Andrés: le hizo pensar en que olvidándose de su madre, apenas muerta, por otras pasiones, cualquiera que fuese su energía, su poder, era un sér despreciable: un dolor agudo, el dolor del remordimiento, se hizo sentir en su alma, inclinó la cabeza sobre el pecho, y luego lloró.

—¡Miserables, cuyo corazon se despedaza por un poco de dolor! pensó Satanás. ¡Oh, si sintiesen el mio!

Y luego añadió:

—Hemos llegado: recóbrese usted; mañana nos veremos.

El criado abrió la portezuela.

Andrés salió.

Cesárea sacó parte del cuerpo fuera del carruage, y la luz de la luna hizo brillar la pedrería de su prendido.

—Adios, amigo mio, dijo estrechándole la mano: hasta mañana.

—Hasta mañana, respondió Andrés.

Cesárea se retiró, el criado cerró la portezuela, el carruage dió la vuelta, y partió: Andrés se encontró en la puerta de su casa.

## CAPITULO XII.

En que se ve cómo la urdía el diablo para envenenar el corazon de los que queria hacer suyos.

Leontina habia visto salir á Andrés de su casa desesperado.

No se habia despedido de ella!

Leontina se habia quedado contrariada, humillada.

El amor que sentia hácia Andrés, que la habia arrastrado á ser su esposa, se encontraba contrariado, humillado, por dos razones.

Primera, por el desprecio de Andrés, que tal podia llamarse la conducta de este respecto á Leontina.

Segunda, por la presencia de otro sér, que habia impresionado de una manera fuerte la voluptuosa imaginacion de Leontina.

Este sér era Satanás, bajo la figura del baron del Destierro.

Leontina le habia visto, y como el diablo habia querido que Leontina fuese adúltera, Leontina se habia enamorado de él, á pesar de su amor á Andrés.

Satanás habia hecho que Leontina recibiese una apasionada carta del baron del Destierro.

Aquella carta, como escrita por el diablo, iba envenenada.

Nuestros lectores recordarán que dijimos anteriormente que Leontina, al verse despreciada por Andrés, al verle meditabundo y sombrío la misma noche en que se casó Luisa con Juan de Castro, habia llorado, se habia levantado del lecho, habia ido á un secreter, y habia sacado de él una carta.

Aquella carta era la que la habia escrito el diablo firmada con el nombre del baron del Destierro.

Hacia ya algun tiempo que Satanás, previendo que Leontina podria servirle para sus proyectos respecto á Luisa, se dejaba ver de

Leontina, la perseguia, sin que nadie mas que ella lo notase; la habia escrito, en fin, una carta candente. Satanás se habia hecho desear de Leontina; sin embargo, defendia á esta su amor por Andrés.

Pero cuando se vió desdeñada por Andrés; cuando sufrió ese amargo tormento para la mujer, el conocimiento de su impotencia para con el hombre que ama ó desea, miró en derredor suyo buscando un medio de venganza, y se acordó del baron; del baron, que le impresionaba; del baron, que la perseguia; entonces fué cuando se levantó y buscó la carta del baron, y la leyó y aspiró toda su tentadora elocuencia, toda su ardiente ternura.

Despues se dijo:

—Puedo vengarme de Andrés de una manera dulce. Yo amo al baron: lo que yo creía amor por Andrés, no es otra cosa que empeño. Pues bien: seré feliz correspondiendo al baron, y me vengaré de la injuria que Andrés me hace desdeñándome, dándole deshonra por desprecio.

Y se puso á escribir una carta en que daba una cita al baron.

Pero en aquellos momentos moria la madre de Andrés.

Perez, el padre de Leontina, le buscaba.

Suponiéndole, como era de esperar á aquellas horas, en el cuarto de Leontina, se dirigió á él.

La puerta habia quedado abierta, y Perez la empujó.

Leontina, asustada, para ocultar la carta, la arrugó y la arrojó por el balcon, que estaba abierto á causa del calor.

El padre preguntó por Andrés, y no encontrándole, se fué á buscarle á su mismo aposento, y llegó á tiempo de impedir que el jóven se suicidase arrojándose por el balcon.

Aquel acontecimiento influyó de una manera poderosa en el alma de Leontina.

No era mala: ya lo hemos dicho.

Sus defectos no la eran imputables, porque habian sido resultado de una educacion viciosa.

Conmovióla, pues, en favor de Andrés la desgracia que el jóven acababa de esperimentar, y se dijo para sí:

—Tal vez al verse solo en el mundo se vuelva á mí; ¿y quién sabe si volveré á amarle? Esperarémos.

Y Leontina se resolvió á esperar.

Andrés no salió en todo el dia siguiente ni el otro de su casa.

Pero no se dejó ver de Leontina ni de nadie.

Al tercer dia por la noche, y sin ver tampoco á Leontina ni á sus padres, salió de su casa desesperado.

Leontina le habia visto salir.

—¿Adónde irá? se dijo.

Y quedó esperando con ansiedad.

Dieron las diez, y Andrés no volvia.

Las once, las doce, la una.

Leontina se asomó al balcon, impaciente ya é irritada.

Se oyó el ruido de un carruage.

Aquel carruage paró á la puerta misma de la casa de Leontina.

Se abrió la portezuela, y salió Andrés.

Luego vió Leontina, á la luz de la luna, la cabeza y la mitad del cuerpo de una mujer que salia por la portezuela, y se inclinaba hácia Andrés, dándole la mano.

Lucian en su prendido brillantes.

Aquella mujer parecia hermosa y rica.

Su tren era magnífico.

Leontina oyó las últimas palabras que se habian cruzado entre Cesárea y Andrés.

—Adios, amigo mio, hasta mañana, habia dicho el diablo.

—Hasta mañana, habia respondido Andrés.

Y en el acento con que aquellas palabras habian sido pronunciadas, Leontina creyó encontrar en ellas una cita de amor.

Además, á la luz de la luna Leontina veía que Andrés estaba perfectamente vestido, y recordaba que habia salido con un trage desaliñado.

Andrés habia quedado inmóvil en la calle, como sumergido en graves pensamientos.

Leontina arrojaba sobre él desde el balcon una mirada de fuego.

Al fin Andrés pareció volver en sí, y se volvió á la puerta como para llamar.

Pero en aquel momento, tras de la próxima esquina apareció una mujer.

Parecia una señorita por el trage y por el ademan.

Pero un conocedor de la alta sociedad hubiera visto que era ó parecia una de esas altas doncellas de las damas, que se llaman *señoritas de compañía*.

Aquella jóven, á pesar de que parecia bella y de que la hora era muy avanzada, venia sola.

En el momento de asir el llamador de su casa Andrés, aquella jóven se acercó á él:

—¿Es usted por acaso don Andrés Zoa? preguntó la jóven con una voz que se oía perfectamente desde el lugar donde estaba Leontina.

—Yo soy, respondió Andrés con estrañeza.

—Pues bien, caballero, la señora marquesa de Guapeltepec me envía.

—¡Luisa! esclamó con acento trémulo Andrés.

—Sí señor, dijo la jóven.

—Y bien...

—La señora me ha dicho que espera á usted.

—¡Que me espera!

—Sí, sí, señor; todo el mundo duerme ya en la casa; yo he salido por un postigo, y la señora y usted pueden verse libremente, y sin que nadie sepa que se han visto.

—¡Oh! vamos, vamos, dijo Andrés.

Y se alejó con paso rápido con la doncella.

Leontina, irritada, humillada, herida en su amor propio por aquel mensage dado á su marido delante de ella, por aquel rapto, por decirlo así, en favor de otra mujer, quiso gritar, quiso mandar detenerse á Andrés con su autoridad de esposa; pero la voz se ahogó antes de llegar á sus labios, se la nublaron los ojos, zumbaron sus oidos, vacilaron sus rodillas, y se desmayó.

Cuando volvió en sí se encontró en los brazos de un hombre.

Por el momento, dominada aun por el vértigo, no le reconocia; pero oyó una voz que la decia:

—¡Ah, Leontina, Leontina, hermosa mia, cuánto he sufrido al ver á usted en este estado!

Aquella voz dulce, ardiente, apasionada, embriagadora, era la voz de Satanás, que tenia á Leontina entre sus brazos, bajo la forma material del baron del Destierro.

Leontina volvió completamente en sí al sonido de aquella voz, y pretendió desasirse del baron.

Satanás la levantó y se retiró respetuosamente.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién ha traido á usted aquí? dijo vivamente sonrojada Leontina.

—Me ha traido mi amor, contestó dulcemente Satanás.

—¡Ese amor en usted!... ¡Ese amor!... esclamó dominada Leontina; pero yo no le he autorizado á usted.

—Perdone usted, señora, dijo el baron, sacando su cartera, y de ella un papel doblado: he recibido una carta de usted.

—¡Una carta mia!

—Sí por cierto, y una carta sin concluir.

—¡Sin concluir!

—Y arrugada: mire usted.

Leontina tomó la carta.

Era la misma que por ocultarla pronto al entrar su padre en su cuarto, habia arrugado y arrojado maquinalmente por el balcon.

—¿Pero cómo ha recibido usted esta carta? dijo Leontina.

—¿Pues qué, no lo sabe usted?

—No, no puedo negar que en un momento de olvido, ofendida, injuriada por Andrés, escribí esta carta.

—En que se me hace feliz dándome una cita anhelada.

—Yo destruí, ó pretendí destruir esta carta: yo no podia suponer que esta carta hubiese llegado á sus manos de usted.

—Yo vivo siempre junto á usted; su amor de usted es mi vida; solo respiro bien en su atmósfera de usted; paso la noche vagando bajo sus balcones, y enviando á usted mi espíritu, con mi pensamiento enamorado: yo estaba, pues, en la calle, cuando esta carta cayó por el balcon: no estaba concluida; pero no importaba; esa carta me escitaba: esa carta me decia: «amo á usted.»

—Ha sido un momento de olvido, de delirio.

—La mejor prueba de amor que puede dar á un hombre una mujer que se encuentra en la posicion de usted, es acordarse de él cuando se olvida de todo.

—¡Oh! no, no.

—Esta carta me decia además: «Temo comprometerme procurando por mí misma la ocasion de que usted se acerque á mí: no tengo confianza con nadie; pero si usted puede por algun medio llegar á mi lado, yo le recibiré con alegría.»

Y Satanás señalaba con un dedo inflexible á Leontina el período de su carta en que aquellas palabras estaban escritas.

Leontina estaba muda de emocion y de miedo.

La estremecia además una sensacion que nunca habia esperimentado.

La fascinaba Satanás con cuantas fascinaciones influyen de una manera invencible en la mujer.

Solo se la ocurrió decir:

—¡Oh! ¡Si nos sorprendieran!

—Todos duermen: yo aseguro á usted que no despertarán.

—¡Oh, y qué seguridad! dijo con espanto Leontina.

—Yo soy magnetizador.

—¡Oh! Pero se habrá usted visto obligado á valerse de alguien para llegar aquí.

—Sí, sí, hermosa mia; me he valido de algo; de este cordon de seda.

Y sacó de su sombrero un cordon de seda con lazos de trecho en trecho; una especie de escala, á uno de cuyos estremos habia un garfio de hierro.

—Con esto he subido por el balcon.

—¡Si le han visto á usted subir!

—Nadie me ha visto, nadie ha podido verme. Los vecinos, los serenos, todos duermen. Nuestra felicidad será misteriosa.

—¡Oh, tenga usted, por piedad, compasion de mí!

Satanás cerró el balcon.

Luego se vino hácia Leontina, y la jóven retrocedió.

Pero el diablo habia decretado envenenar la conciencia de Leontina.

Leontina se creyó la querida del baron del Destierro.

Leontina dormia sin saberlo.

Leontina enloqueció halagada por cuantos deleites puede producir Satanás materializado.

Leontina se creyó la mas feliz de las mujeres.

Por aquella parte triunfaba Satanás.

Pero estaba escrito por la mano de Dios que por otra parte fuese vencido.

---

## CAPITULO XIII.

De lo que sucedió á Andrés en casa de Luisa mientras ocurria á Leontina en casa de Andrés lo que ya hemos relatado á nuestros lectores.

Andrés siguió á la que se llamaba doncella de la marquesa de Guapeltepeç.

La jóven, que era muy bella, y muy incitante, y muy respetuosa, puesto que no habló una sola palabra á Andrés, porque este no la hablaba, llevó al jóven á una de las calles situadas á la espalda de la del Barquillo.

Andrés, por su parte, no hablaba á la doncella por respeto á Luisa: se dejaba llevar, y temia cometer una indiscrecion hablando á bulto.

Porque no sabia cuál podia ser el objeto de la cita de Luisa.

Llegaron al fin á un postigo.

Abrió la jóven con llave, y entraron en una especie de portal pequeño, pero bello; aquel portal estaba alfombrado, y las paredes estucadas; al frente del postigo solo habia una puerta; una bugía puesta sobre una repisa alumbraba aquel lugar.

Inmediatamente despues de la segunda puerta se veía una escalera de mármol blanco, con alfombra en el centro, y con paredes tambien estucadas.

— Tome usted, dijo la doncella á Andrés, dándole una pequeña llave dorada; al fin de esa escalera encontrará usted una puerta que se abre con esta llave; esa puerta corresponde al cuarto de la marquesa, que le espera á usted.

El corazon de Andrés latia violentamente.

Subió vacilante las escaleras.

Al fin de ella encontró una puerta.

Buscó á tientas la cerradura, la encontró, y abrió.

Tornó á cerrar, y se halló en un magnífico dormitorio.

Una lámpara de alabastro le alumbraba ténuemente; pero el lecho, un hermoso lecho de bronce dorado y cincelado con cubierta de damasco blanco, estaba intacto.

Si aquel era el dormitorio de Luisa, Luisa no se habia acostado, á pesar de lo avanzado de la hora.

Era, pues, evidente que Luisa esperaba á Andrés.

La doble alfombra apagaba el ruido de los pasos del jóven, que en un estado muy semejante al del sonambulismo, adelantaba hácia el pórtico del dormitorio, cubierto por cortinas blancas bordadas.

Andrés llegó hasta aquellas cortinas.

Eran trasparentes, y pudo ver á través de ellas un gabinete.

De rodillas, y echados los brazos sobre el de un sillon, y sobre los brazos la cabeza, estaba Luisa.

Una ancha y blanca bata, sobre la que caían sus largas trenzas negras, sueltas, magníficas, la daba un encanto inesplicable.

Luisa lloraba silenciosamente, y entre sus lágrimas rezaba.

Andrés moria de emocion.

Queria adelantar, llegar á Luisa, levantarla, embriagarse en su hermosura, aspirar su alma en su mirada, ser feliz un momento, y despues morir.

Pero Andrés no podia adelantar.

Parecia clavado allí, detrás de aquellas cortinas.

Y era tal su estado de abstraccion, de fascinacion, que no sintió los latidos de su pecho.

Quien le hubiera visto pálido, inmóvil, absorto, con la mirada lúcida, pero terrible, espresando un dolor inmenso, le hubiera tenido por el espectro de un condenado que iba á sufrir su infierno allí, tras aquellas cortinas, á la vista de aquella mujer.

Una atmósfera tibia, impregnada de un leve y delicado perfume, rodeaba á Andrés.

Aquello era un sueño de amor y de misterio.

Pero al mismo tiempo de castidad y de puereza.

Ni un solo pensamiento lascivo pasó por la cabeza de Andrés.

Su amor era del alma.

El amor del cuerpo estaba sepultado bajo un océano de sensaciones sublimes, santas, gloriosas.

Andrés veía en Luisa mas que una mujer.

Veía la duplicacion de su sér.

Con toda su poesía, con todas sus aspiraciones naturales á lo bello, á lo grande, á lo sublime.

Hay cosas incomprensibles; delirios del corazon, ó misterios del espíritu.

Arcanos que no comprende el mismo á quien el arcano enloquece.

Fuerzas irresistibles que impulsan el uno hácia el otro á dos séres.

Que los unen.

Que los confunden.

Que hacen de los dos uno solo.

Cuando la fatalidad se opone á la union legítima por ante la sociedad de dos séres que han nacido para refundirse en uno, si tienen virtud y valor bastante para sacrificase á los deberes que la sociedad les impone, ¡ay de ellos!

La locura ó la muerte les esperan.

Si se olvidan de todo, les espera otra cosa peor que la muerte ó la locura.

El remordimiento.

Porque en ciertas posiciones, faltar á lo deberes que la sociedad impone, es gozar la felicidad á costa de la desventura de otros.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Andrés no pensaba en nada de esto.

Andrés solo pensaba en Luisa.

Ó por mejor decir, no pensaba en ella.

La sentia.

El sér de Luisa se infiltraba en su sér.

Y estaba allí trasportado, olvidado de la muerte de su madre.

Olvidado de que á una hora avanzadísima estaba fuera de su casa, donde existia una mujer qne tenia derecho á pedirle cuentas de sus acciones.

Olvidado de todo.

Siendo feliz por primera vez.

Y sin embargo, en medio de esta carencia de pensamientos, de este paroxismo, por decirlo así, del espíritu, habia un pensamiento, mejor dicho, un sentimiento, que habia venido á ser para Andrés un bálsamo maravilloso.

Luisa era viuda.

Viuda y vírgen.

Porque Andrés no dudaba, á pesar de las infames acusaciones del mundo, de que Luisa era pura como un rayo del sol.

Al poco tiempo de estar Andrés en el aposento de Luisa, esta levantó la cabeza, como impulsada por una causa magnética, y volvió la cara, cubierta de lágrimas, hácia la cortina tras la cual se ocultaba Andrés.

Entonces vió la sombra oscura del jóven, producida por la luz de la lámpara de la alcoba sobre la finísima cortina, y se puso en pie de una manera nerviosa, estremecida, pálida.

Creyó que aquel hombre que estaba allí era su eterno perseguidor.

Su pesadilla, su tormento, su prueba.

En una palabra, Satanás.

Pero se tranquilizó instantáneamente.

Siempre, á la aproximacion de Satanás, se habia entristecido su alma.

Su corazon se habia comprimido.

Entonces gozaba de un bienestar delicioso.

Su corazon latía agitado, sí, pero con una agitacion dulce; la armonía de la felicidad la rodeaba.

No podia, pues, ser la sombra de Satanás la que se veía tras la cortina.

Luisa adivinó á Andrés.

Al adivinarle, corrió á la cortina y la abrió.

Andrés, inmóvil, mudo, pálido, transfigurado, mas hermoso que nunca, apareció ante ella.

Y ella, durante algunos segundos, permaneció inmóvil, como él muda, como él pálida, como él transfigurada, hermosa como un sueño de ventura.

Durante aquel breve espacio, las almas de entrambos, saliendo por sus labios, por su semblante, en contínuas y recíprocas oleadas, se mezclaron, se besaron, se halagaron, se confundieron, se cambiaron, se unieron.

Union purísima y al par deliciosa, que toda su voluntad, que todo el conocimiento de su deber no podia impedir.

Porque la naturaleza es invencible.

El hombre, la mujer, haciendo un sacrificio doloroso, pueden dominarse hasta el punto de impedir, de contener una union material.

Pero todas las fuerzas humanas no pueden impedir la union de dos almas que se han amado antes de conocerse, antes de encontrarse, que se han buscado, que se han encontrado por la misericordia ó por la providencia de Dios.

Si esas dos almas se han mezclado en una mirada, nadie puede separarlas.

Dios no lo quiere.

Porque Dios las ha criado para unirse.

Los acontecimientos de la vida pueden separar á dos séres que de tal modo se aman.

Pueden unirlos á otros séres.

Pero sus almas siempre se buscarán.

De este modo se amaban Luisa y Andrés.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pero tras todas las fascinaciones vuelve á recobrar su imperio la razon.

Todos los sueños tienen un despertar.

Entrambos despertaron de su sueño: entrambros volvieron á la razon.

—¿Qué es esto, Andrés? dijo con voz dulce Luisa. ¿Cómo se encuentra usted aquí?

—He entrado por un postigo, dijo Andrés sin moverse del punto en que estaba al acercarse á él Luisa; he subido unas escaleras, he abierto una puerta con una llave que me han dado, y he llegado hasta aquí.

—¿Pero quién ha abierto ese postigo? ¿Quién ha dado á usted esa llave?

—Una doncella de usted.

—¡Una doncella mia!

—Sí, una doncella de usted, que al llegar yo á mi casa me ha hablado de parte de usted.

—¡De parte mia!

—Sí, de parte de usted.

Luisa calló.

La dominó un terror frio.

Veía en todo aquello á Satanás.

—¿Con que de parte... mia; una doncella... mia, le ha traido á usted hasta aquí? dijo Luisa pronunciando una á una sus palabras.

—Sí, sí, señora.

Luisa comprendió que protestar contra aquello era esponerse á pasar por hipócrita ante el hombre que amaba, y prefirió aceptar la situacion como el diablo la habia creado.

—¿Y qué ha pensado usted de mí? dijo Luisa con la voz apenas perceptible.

—He pensado, señora, que era muy feliz.

—Respóndame usted de un modo terminante: muchas veces se toma por felicidad lo que es una desdicha.

—Mi felicidad, Luisa, consiste en verla á usted, en oir su voz, en aspirar su encanto, su hermosura, y nada mas.

Luisa, que no se habia movido del lugar adonde habia llegado al ir al encuentro de Andrés, se volvió, hizo seña á Andrés de que entrase, se sentó, y dijo al jóven:

—Siéntese usted.

Andrés se sentó en un sillon junto á la butaca que ocupaba Luisa.

—¿Comprende usted bien la situacion en que nos encontramos? dijo al jóven.

—Nada comprendo, nada quiero comprender. En este momento soy feliz.

—Su felicidad de usted es horrible.

—¿Por qué?

—¿Será necesario que le recuerde á usted la muerte de su madre?

—Muy horrible es mi alegría cuando está caliente aun el cadáver de mi pobre madre; es cierto, Luisa: yo tambien me he preguntado muchas veces desde ayer qué razon habia ó podia haber que justificase el olvido que en mí existia respecto á mi buena madre; mi corazon me ha contestado llenándose del amor de usted; mi dolor, mi único dolor, el que ha dominado todos mis dolores, el que los ha puesto en silencio, ha sido el de ver á usted... el de suponer á usted en los brazos de otro hombre; esto me causaba una agonía tan dolorosa, un vacío tan horrible en el alma, una desesperacion tan sin consuelo, tan horrible, que preferí morir á vivir con aquella vida de tormentos insoportables, de despecho, de dolor, de celos... de envidia, y hubiera muerto, si al ir á arrojarme por el balcon, una voz no hubiera pronunciado junto á mí: *¡Andrés, tu madre ha muerto!*

El jóven inclinó la cabeza sobre el pecho, y sus ojos dejaron caer dos gruesas lágrimas, que se secaron en su semblante como si hubieran corrido sobre un hierro candente.

—La muerte de mi madre, la sorpresa dolorosa que causó en mí, la mano de Dios, ¿quién sabe? me detuvieron al borde del suicidio; despues, si otras terribles noticias no hubieran venido á consolarme hubiera muerto; sin los acontecimientos de la quinta del vizconde de Rudaguas, acontecimientos que la conservaban á usted pura para mi amor.

—Yo tambien he querido morir, Andrés, dijo tristemente Luisa: yo tambien, olvidada de Dios, he querido poner fin á mi existencia; pero me han salvado mi fé y mi resignacion.

—¿Que usted ha querido morir, Luisa de mi alma? dijo el jóven poniéndose densamente pálido.

—Sí, una tentacion horrible rodaba por mi cabeza: una voz infernal me decía: «en la tumba no se sufre: en la tumba se duerme.»

—¡Segun eso!...

—Yo me habia casado, embriagada de felicidad, con un hombre á quien creía amar: yo creía haber llegado á un estado tal de alegría, de paz, de amor, como al que no habia llegado ninguna mujer; yo creía amar.

—Y amaba usted.

—Yo soñaba.

—¡Ese sueño la ha puesto á usted á punto de matarse!...

—Al despertar de ese sueño he conocido que amaba... pero he conocido al mismo tiempo que no era el hombre con quien me habia unido el hombre de mi amor, no: yo no podia amar á un miserable, que hacia traicion á una mujer, y que, vendiéndola á un miserable, vendia al mismo tiempo su honor: la deshonra de aquel hombre, que cedia miserablemente á otro su puesto junto á mí, me fué demostrada, revelada de una manera indudable: entonces sentí lo que nunca he sentido: un vacío amargo en mi alma, un dolor horrible en mi corazon: la muerte me sonreía ofreciéndome paz; pero yo no me he olvidado de Dios, Andrés, y Dios vino en mi socorro. Dios quiso consolarme, y me hizo saber que habia un sér á quien yo debia mucho... á quien yo debia la vida, que me habia salvado esponiendo de una manera valiente y generosa la suya.

—Yo no he dicho á nadie...

—Lo sabe todo el mundo: yo era la única que no lo sabia... la única que debia haberlo sabido... ¡Oh! ¡si yo hubiera sabido eso á tiempo, Andrés!

—Yo no hice mas que cumplir con mi deber.

—Sin embargo... ¿Me promete usted complacerme en lo qne voy á pedirle?

—Lo juro.

—¿Quiere usted dejarme ver una caja de marfil?...

—¡Una caja de marfil! dijo poniéndose pálido y estremeciéndose Andrés.

—Sí, una caja de marfil, en cuya tapa hay un retrato de mujer.

—¿Pero quién ha dicho á usted eso?

—Alguien, contestó sonriendo Luisa.

—Solo el Moreno, ese marino tan franco y tan leal, es quien lo puede haber dicho á usted.

—No ha sido Martin Iglesias.

—Pues entonces ¿quién?

—Tal vez el magnetismo.

—¡El magnetismo! Luisa, yo no creo en él.

—Pues si no ha sido el magnetismo, ha sido Dios.

—Tengo la desgracia, Luisa, de creer que ha pasado ya el tiempo de los milagros.

—Pues crea usted en ellos. ¿No le parece á usted milagroso el encontrarse aquí, en medio de la noche, hablando á solas conmigo?

—¡Oh, sí! Es un milagro divino.

—Pues bien: crea usted que tambien por un milagro he podido yo saber de qué modo era amada por usted; he podido examinar mi corazon y ver que lo que yo creía simpatía, amistad hácia usted era mas que simpatía, era amor; he conocido que la abnegacion, la grandeza, el alma poética, noble, grande, que yo habia supuesto en el hombre con quien me habia unido, existian ocultas en usted, encerradas como un tesoro, mientras en el otro solo eran una apariencia, una mentira dorada; he sentido al saber esto lo que nunca habia sentido: mi alma se llenó de usted, y al llenarse me hizo menos desgraciada; y he tenido celos, Andrés, he tenido celos.

—¡Celos! ¿De quién?

—De su mujer de usted.

—¡Celos de mi mujer! esclamó con alegría Andrés.

—Sí; pero esos celos han pasado rápidamente, como una nube impulsada por el huracan pasa por delante del sol: despues no he tenido celos, sino compasion.

—¡Compasion de mí!

—No, compasion de Leontina.

—¡Ah! esclamó Andrés.

—Y es necesario que Leontina no sea infeliz, para que mi amor á usted no sea un remordimiento para mí: es necesario que esa pobre niña tenga esposo.

—Yo no puedo mentir, yo no la amo.

—Es hermosa, es pura, le ama á usted con toda su alma; es, pues, digna del amor de usted.

Andrés movió la cabeza.

—Es necesario, Andrés, que sea usted digno de mi amor.

—¿Y qué amor es ese, que me pide que ame á otra mujer?

—Es un amor tal, que todo lo que á usted puede hacerle infeliz le lastima, le ofende: es un amor... de hermano... no... yo no he tenido hermanos, y, sin embargo, me atrevería á jurar que es un amor mayor que el de una hermana á su hermano..

En aquel momento se oyó un ligero gemido.

—¿No ha oido usted? dijo Luisa.

—Yo no oigo nada cuando usted habla.

—Pues... sí... yo he oido... dijo Luisa, y se levantó y corrió á la puerta del gabinete, y la abrió.

Nadie habia tras ella.

—¡Es estraño! dijo Luisa volviendo y sentándose: y lo he oido... sí... lo he oido distintamente.

—¿Pero qué ha oido usted?

—Nada, nada; una ilusion sin duda... Continuemos. Decia, pues, que mi afecto hácia usted es un amor mayor que el de una hermana á su hermano; pero este amor sufre, este amor se contraría viéndole á usted desgraciado y faltando á sus deberes...

—¿Y su amor de usted estará satisfecho, Luisa, con que yo ame á mi mujer?

—Sí, completamente satisfecho, porque así será lo que debe ser... así será usted feliz.

—¡Ah! ¿Y por mi felicidad sacrifica usted la suya?

—No, no; por el contrario, mi felicidad no puede existir sin la felicidad de usted.

—Pero no amo, yo no puedo amar á Leontina.

—El amor es hijo de la imaginacion: despójeme usted de algunas de las grandes cualidades que me ha atribuido usted, y que sin duda no tengo; vea en Leontina lo que sin duda no ha querido ver, y encontrará usted la compensacion: las hay respecto á todo: comprima usted su corazon, y dilate su razon...

—Me está usted pidiendo un imposible.

—No hay peor enfermo que el que no se quiere curar.

—¿Y por qué he de querer yo curarme de un amor que es mi vida?

—¿Desea usted mi amor tal cual le siente, Andrés? Es decir, este sentimiento íntimo, pero sublime, grande, desinteresado, agradecido, que me inspira usted?

—¡Ah! sin él no podria vivir.

—Pues bien: hágase usted digno de él.

—Pues qué, Luisa, ¿me cree usted indigno de ser amado?

—Sí, si se obstina usted en faltar á sus deberes, en hacer desgraciada á una pobre niña que se ha unido á usted con todo su afecto, con todo su amor, con toda su voluntad; usted no se pertenece, Andrés: ofreciéndose usted á otra mujer, comete usted una accion vergonzosa... yo no puedo amar á quien de tal modo se olvida de su dignidad. Si yo no procurára, por cuantos medios están á mi alcance, devolver un esposo á su esposa, sería tambien indigna de ser amada.

—¡Ah, qué cruel es usted!

—La virtud impone sacrificios.

—La virtud ni se conoce ni se recompensa en la tierra.

—Pero encuentra su premio durante la vida, en el fondo de la conciencia; despues de la muerte, en el cielo: un gran sacrificio lleva la recompensa en sí mismo, como toda debilidad lleva consigo su pena; y además, ¿qué virtud es esa que pide recompensas? La verdadera virtud obra por sí misma y para sí misma.

—Es usted un ángel, ó tiene usted una estraordinaria fuerza de espíritu.

—No, no soy ángel; todo consiste en que me repugna lo repugnante.

—Y si yo arrostro el sacrificio, si yo miento, si yo destrozándome el corazon logro hacer feliz á Leontina...

—El corazon no se engaña, y mucho menos el corazon de la mujer que ama: la vuelta de usted á sus deberes no es la obra de un dia: empiece usted, y empiece dándome esa caja donde está mi retrato.

—¡Ah! ¡Por compasion, Luisa!

—Es necesario que empiece usted á contrariarse: es necesario además despojar á usted de todo lo que puede impedir su conversion: ¿para qué tener el retrato de una mujer que no le pertenece, que no puede pertenecerle?

—¿Y me podrá usted pedir tambien el recuerdo eterno de su sér, que tengo aquí en la frente, que se pone delante de todos mis pensamientos, de todos mis sueños?

—Hoy le quito á usted el retrato material: el tiempo y la reflexion borrarán mi imágen de la frente de usted, al menos tal como ahora la ve usted. Déme usted esa caja.

Andrés, pálido, trémulo, metió la mano en el bolsillo y sacó la caja que ya conocen nuestros lectores.

Pero antes de dársela, la abrió y sacó de ella una dalia marchita;

una dalia que habia sido roja, y que despues de secarse se habia puesto negra.

—¡Eso tambien! dijo Luisa.

—¡Esto tambien!

—Es un robo que hizo usted contra su voluntad á una mujer desmayada.

—¡Dios mio!

—Déme usted.

Andrés puso la dalia dentro de la caja, cerró esta, y la entregó á Luisa.

Luisa la puso sobre el velador.

—Ahora, le dijo Luisa, y antes que sea mas tarde (y le señalaba el reloj de la chimenea, cuyo orario marcaba las dos), vuélvase usted á su casa.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! dijo Andrés levantándose.

—Valor, fé y voluntad, dijo Luisa, y llegará usted á ser feliz.

—¡No!

—No debemos vernos: yo sabré si es usted feliz ó no lo es: cuando usted lo sea, yo le veré una vez, al pie de la tumba de su buena madre; una sola vez, para decirle: gracias, Andrés; siendo usted feliz me ha hecho dichosa.

—¿Pero usted qué piensa hacer?

—Vivir.

—¡Si un dia amase usted á un hombre!...

—Creo que no amaré: si amo, lo habrá querido Dios; con que, buenas noches, Andrés; buenas noches.

Andrés quiso contestar; pero un ademan de Luisa le cortó la palabra, y maquinalmente, trastornado, ébrio de dolor, se dirigió al dormitorio, le atravesó, llegó á la puerta secreta que habia quedado abierta, salió por ella, y cerró.

Luisa oyó el ruido de la llave en la cerradura.

Este acto irreflexivo de Andrés, sobrevenido de repente, asustó á Luisa.

La llave de aquella comunicacion ignorada quedaba en poder de Andrés.

Fué á la puerta y llamó.

Nadie contestó.

En aquel momento Luisa oyó el ruido de una puerta esterior que se cerraba.

Era la del postigo por donde habia salido Andrés.

Cuando volvió al gabinete encontró en él á Antonia.

—¡Oh, hermana, hermana mia! esclamó: eres un ángel.

—Antonia... ¡tú levantada á estas horas!...

—Estaba inquieta, incómoda... Esa puerta secreta, no sé por qué, me asustaba... Perdóname, Luisa; pero te he espiado como te hubiera espiado un marido celoso.

—¡Celoso!... esclamó Luisa, sintiendo en su alma un no sé qué desconocido.

Antonia comprendió la situacion, ó mas bien, el sentimiento de la esclamacion de Luisa, y contestó enrojeciéndose:

—Sí, celosa; celosa de tí.

—¡Celosa de mí!

—Sí; ha llegado la hora de las revelaciones: yo amaba á Andrés.

—¡Que le amabas, hermana!

—Le amaba, porque ya no le amo.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡Otra desdicha!

—¡Ah, no, no! Luisa, te amo mas á tí.

—¡Hermana mia!

Y Luisa se arrojó llorando en los brazos de Antonia.

—Tú le amas con toda tu alma, dijo la jóven: si no le hubiese contenido el violento, el inmenso amor que te tiene, toda tu virtud, toda tu fortaleza no te hubieran salvado: has resistido esta noche, pero mañana no resistirás: Andrés se ha llevado consigo la llave de esa puerta, y yo me quedo aquí, no me separo de tí; viviremos juntas, iremos á todas partes juntas, dormiremos juntas, y cuando hayamos terminado tus negocios... nos iremos lejos, muy lejos... pondremos por medio los mares, sin decir á nadie dónde vamos.

Y estrechó entre sus brazos á Luisa, y lloró con ella.

---

## CAPITULO XIV.

De como Andrés conoció que tenia amor propio, y que no podia buenamente amar á su mujer.

Ya hemos dicho, ó por mejor decir, el diablo ha dicho á nuestros lectores, que cuando este señor se metia en una forma humana, estaba sujeto á todas las condiciones, á todas las necesidades de los séres humanos, ni mas ni menos que como otro hombre cualquiera.

De lo que se desprende que para Leontina era Satanás, bajo la forma del baron del Destierro, un sér mortal como ella, aunque como ella fuese inmortal en cuanto al alma, con la única diferencia de que el diablo podia trasformarse y ella no.

El baron del Destierro, en los momentos en que Andrés salió de casa de Luisa, era el amante favorecido de Leontina.

Andrés, febril, entregado á un infierno de pensamientos contradictorios, atravesaba muy de prisa á Madrid, y llegó en poco tiempo á su casa.

El sereno, segun costumbre, le abrió, y subió.

Fuera casualidad, fuera cosa hecha exprofeso por Satanás, encontró abierta la puerta de su cuarto.

El primer pensamiento de Andrés fué si habrian entrado en la casa ladrones.

Para cerciorarse y no alarmar inútilmente á los vecinos, adelantó en silencio y á oscuras.

Aquel incidente influyó en él, haciéndole dominar el estado en que se encontraba.

Era entonces el hombre de buen corazon, que á la sospecha de un peligro se acordaba de Leontina.

Porque son frecuentes en Madrid los casos de personas asesinadas en los mismos lechos por los ladrones.

En el momento en que escribiamos estas líneas (1), los ciegos pregonaban la sentencia de muerte de una criada, convicta de robo y asesinato á sus amos, y la de un jardinero por asesinato de una jóven en su misma casa.

No era, pues, estraño que Andrés, habiendo encontrado abierta la puerta de su cuarto, temiese que á Leontina la hubiera acontecido alguna desgracia.

Llegó, pues, á la puerta de escape del dormitorio.

Antes de llegar á ella, Andrés habia oido un confuso rumor de voces, como de dos personas que hablaban.

Esto le habia asustado.

Cuando llegó oyó la voz de Leontina.

Voz dulce, respirante, enamorada, que se dirigia á un hombre.

Ciertamente que allí se cometia un robo; pero robo del que era cómplice Leontina, porque lo que allí se robaba era el honor de Andrés, que, como todo hombre de corazon, era valiente,

Como todo hombre de virtud, honrado.

Como valiente y honrado, sintió hervir su sangre á la presencia de la deshonra.

Lo que queria decir que el amor propio de Andrés se habia sublevado.

¿Y con qué derecho?

Él habia despreciado á Leontina.

Él la habia sentenciado á una vida dolorosa.

Á una vida imposible.

Él, arrastrado por el amor de una mujer, no habia satisfecho el amor voluntarioso de Leontina.

¿No se habia él olvidado hasta de la muerte de su madre, por el amor de Luisa?

¿No venia de hablar con ella á solas, en su mismo gabinete?

¿No habia faltado á sus deberes?

¿Con qué derecho, pues, se sentia ofendido por sorprender á su mujer entre los brazos de un hombre, cuando él venia desesperado porque Luisa no le habia abierto los suyos?

Con el derecho del egoismo.

Andrés no esperó á oir mas.

(1) Tres de la tarde del 13 de Abril de 1859.

Se precipitó dentro; pero al entrar encontró ante sí un hombre.

Aquel hombre era el baron del Destierro.

—¡Miserable! esclamó Andrés, y le acometió.

Satanás se hizo atrás.

—¡Ella! ¡Ella sola, y tú, que la abandonas! dijo Satanás, señalando á Leontina, que habia dado un grito y se habia desmayado al ver á Andrés.

—Esa mujer me importa muy poco, dijo Andrés: esa mujer, tú lo debes saber, no es mi mujer; no la amaba, y ahora la desprecio: pero tú, tú que me has hecho traicion...

—Por el contrario, un cambio tácito: Leontina por Luisa.

—¡Luisa! ¿Qué tienes tú que ver con Luisa?

—Soy su tutor.

—¡Tú!

—¡Yo! Y cuando quiera la perderé, como he perdido á Leontina.

—¡Mientes! esclamó Andrés.

Y arrojándose sobre Satanás, le abofeteó.

Ya hemos dicho que Satanás, cuando tomaba la forma humana, era un hombre como otro cualquiera, y además llevaba consigo toda su soberbia de arcángel condenado.

El baron del Destierro lanzó un sordo rugido, que hizo temblar la casa, al sentir en el rostro de que se habia provisto las manos de Andrés.

Se arrojó sobre él.

Satanás lanzó otro rugido.

Habia perdido sus fuerzas.

Andrés, simple mortal, sin mas fuerzas que las que pueden suponerse en un hombre, le sujetaba, le dominaba, le tenia doblegado á sus pies.

—¡Ah! esclamó el diablo con acento de blasfemia: el cielo te ayuda.

Y no pudo decir mas.

Le faltaban los medios materiales para pronunciar las palabras, porque Andrés estrangulaba al cuerpo material que habia tomado el diablo.

Encontróse al fin tan mal, tan oprimida el alma de Satanás, ó Satanás mismo, que hizo un violento esfuerzo, y logró desasirse.

—Lo que haces es cobarde, dijo Andrés; cobarde y temeroso.

—Sí, tú eres un trabajador rudo, y yo soy un hombre delicado,

dijo el diablo con desaliento; cuando un hombre mata con ventajas, es un asesino.

—Pues bien: si yo te gano en fuerzas, tú me ganarás en destreza, ¿no es esto? Elige el arma que quieras, porque necesito matarte.

Satanás, repuesto ya, soltó una carcajada.

—¡Ah! dijo: ¿quieres convertirte en caballero? Pues bien, el sable.

—Al momento.

—No, tengo que reponerme de la paliza que me has dado. Mañana...

—Pues bien, mañana.

—¿Dónde?

Andrés se estremeció involuntariamente cuando le contestó el diablo; el sitio y la hora que le habia señalado Satanás era el mismo sitio y la misma hora en que le habia citado la baronesa del Destierro.

Se sintió sin derecho contra aquel hombre.

Porque la baronesa del Destierro habia hecho sentir á Andrés lo que por ninguna mujer habia sentido: deseos volcánicos.

Deseos independientes del amor que sentia por Luisa.

Ó por mejor decir, un amor de otra especie.

Un amor puramente material.

Pero violento, como es violenta toda necesidad exagerada.

Él, pues, estaba á punto de deshonrar al baron.

Porque Andrés creía de buena fé, y no podia creer otra cosa, que el baron era un hombre.

Á pesar de esto, Andrés aceptó.

Salió con el baron, y le acompañó hasta la puerta de la calle.

Quedaron convenidos en que los padrinos se verian al dia siguiente para arreglar los pormenores del duelo.

Y como Andrés dijese al baron que él no tenia amigos que entendiesen de tales cosas, el baron le ofreció enviarle dos de los suyos.

Á Andrés todo le importaba nada.

Lo que Andrés queria era matar al diablo.

Ó al baron, segun él pensaba.

Y esto, aunque todas las ventajas estuviesen de parte del baron.

Se despidieron.

El diablo, al doblar la esquina, se desvaneció, ó, por mejor de-

cir, hizo se desvaneciese la forma que le habia servido, y se fué como un rayo á meter en una nube negra que pasaba por delante de la luna.

En cuanto á Andrés, se fué á acostar sin decir ni una palabra á Leontina, ni ver si habia vuelto de su desmayo.

Inútil es decir que no durmió.

En cuanto al diablo, estaba de un humor feroz, y batía de tal manera las alas dentro de la nube, y arrojaba tales relámpagos por los ojos, que los serenos creyeron que habia tormenta.

De improviso el diablo se dió un golpe en la frente.

—¡Ah! dijo: ese Andresillo se estremece cuando me ve en la forma de la baronesa del Destierro. Pues bien: mañana á la noche me dejo matar; es decir, me quedo viuda... y adelante... veremos si Luisa, la santa, la pura, siente los celos que la cause al ver á Andrés entre los brazos de la hermosísima Cesárea de Wadicoff. ¿Pero qué diablos está haciendo ahora Leontina?

El diablo, desde la nube, miraba al dormitorio de Leontina.

La jóven, que al volver de su desmayo se habia encontrado sola, se arrojó del lecho y empezó á vestirse apresuradamente.

Se puso despues una mantilla de velo tupido, abrió un secreter, se metió en los bolsillos joyas y dinero, y salió recatadamente de la alcoba, pero tan silenciosamente, que era imposible oirla.

—¡Ah! tiene miedo y se escapa... y cuenta conmigo: pues bien, muy bien; es necesario ayudar á esa muchacha: volvamos á meternos en nuestra funda mortal.

É instantáneamente Satanás, en la figura del baron del Destierro, se encontró en la costanilla de San Andrés.

Poco despues, una mujer esbelta, cubierta con una mantilla, pasó junto á él.

Era Leontina, que se habia escapado sin ser sentida; tan absorta iba en sus pensamientos, que no vió al diablo.

—¡Leontina, alma mia! la dijo el baron cuando pasó.

—¡Ah! ¿Eres tú, vida de mi vida? dijo alentando apenas Leontina.

—Sí, yo soy; no sé por qué esperaba; me decia el corazon que acaso tendrias necesidad de mí.

—¿Qué ha sucedido allí despues de que yo me desmayé?

—Mañana nos batimos á muerte tu marido y yo.

—Ese hombre no es mi marido, le aborrezco; yo no sé cómo me casé con él; yo no tengo mas marido que tú: mátale.

—¡Oh! ¡Oh! preciso será: me ha insultado.

—Mátale, y huyamos; huyamos muy lejos, y seamos felices: ¿no me amas tú?

—Con toda mi alma. Pero ¿adónde ibas?

—Iba... á casa de una antigua criada... Yo no quiero volver á ver á ese hombre... no... le aborrezco... y luego, ¡qué vergüenza!

—Mañana estará todo concluido; ven conmigo, ven.

Y Satanás asió del brazo á Leontina, y la llevó consigo.

---

## CAPITULO XV.

De lo que trataron el Moreno y el escribano don Cosme.

Retrocedamos.

Nuestros lectores recordarán que Martin Iglesias, alias el Moreno, contramaestre del buque negrero el *Alcion*, convertido en mayordomo de la señorita doña Ana de Olmedo, y don Cosme, gefe de ladrones y escribano diligenciero por ante la ley, se habian citado para la noche del dia siguiente á aquel en que pasaron tantas cosas en la quinta del vizconde de Rudaguas, en cierto cafetin de la calle de Hortaleza, tras cuyo mostrador habia una hermosa hija de las montañas de Leon.

Á las ocho de la noche en punto se encontraron á la puerta del café.

El Moreno, exacto como marino.

Exacto don Cosme, como escribano diligenciero.

Nadie hubiera conocido á primera vista al negrero ni al ladron.

El Moreno llevaba una larga levita, que le sentaba muy bien, un chaleco blanco, una corbata negra, y unos pantalones de mahon.

Un enorme sombrero producia el contraste mas original del mundo, con su cabeza pelada y sus anchas patillas negras.

No quedaba del marino mas que la piel curtida y morena, y los ojos negros de mirada valiente y dura.

Á pesar de todo, los ojos del Moreno eran hermosos y simpáticos, porque rebosaba de ellos la franqueza, la generosidad y el buen corazon.

El escribano, flacucho, pequeño, bilioso, con un tubo por sombrero, una camisa de cuello largo y almidonado, una corbata blan-

ca de limpieza problemática, un chaleco anteado de piqué, un frac azul, con cuello ancho de felpa, botones dorados y sucios y faldones estrechos y largos, un pantalon negro, reloj con dijes, y caña de Indias con puño de plata, á nadie hubiera parecido otra cosa que uno de esos hombres que se llaman *originales*, pero ni por asomo el tremendo gefe de los ladrones que habian asesinado á Juan de Castro.

Entrambos entraron en el café.

—Buenas noches, señor Martin, dijo el escribano.

—Mejores noches, don Cosme, dijo el Moreno, sacando su pipa y su bolsa de tabaco apenas se vió de las puertas adentro del café.

Entrambos se dirigieron al cuarto de las *injurias*, es decir, por si acaso lo han olvidado nuestros lectores, á cierto aposento aislado, que solia servir de nido á ciertas parejas problemáticas.

—¡Victoriano, ron! gritó el Moreno cargando su pipa.

—Perdone usted, señor Martin, dijo el escribano; pero no es esta noche de ron; necesitamos tener los cascos muy frescos: ¡Victoriano, cerveza y limon!

—Muy bien, don Cosme.

—Y á Dionisia, que me gusta mucho.

—Pues mire usted, don Cosme, me parece que á ella le gusta mas ese señorito con quien está hablando en el mostrador.

—Anda, anda, y sírvenos.

—Por el aire.

Y Victoriano salió, cerrando la puerta.

—Es mucha la penetracion de ese tuno, dijo don Cosme: ¿y qué hay de nuevo?

—Hay que Andrés está feroz.

—Él se consolará.

—El mejor consuelo que podia tener era que se muriese de las puñaladas Juan de Castro.

—Pues por tenido, porque ha muerto.

—¡Ah! ¿Con que doña Luisa es viuda?

—De alto abajo.

—Pues me alegro, ¡voto á brios! Si se muriera la otra...

—¿Qué otra?

—Leontina.

—No la conozco.

—Sí por cierto; la mujer de Andrés.

—¡Morirse! ¡Bah! ¿Tiene usted mucho empeño en que se mue-

ra esa señora? dijo el escribano fijando sus ojillos grises en el Moreno.

—Silencio, que viene el mozo.

En efecto, se abrió la puerta, y entró Victoriano con lo que se le habia pedido.

El Moreno encendia su pipa, y el escribano hacia lentamente un cigarrillo de papel.

El mozo conoció que estorbaba, y se apresuró á servir.

Despues salió, y cerró de nuevo la puerta.

—¿Con que decia usted, don Cosme?.... dijo flemáticamente el Moreno.

—Es decir, que si interesaba mucho que muriera Leontina, con enviar por allá algunos de los muchachos...

—¡Cá! no, señor, señor bribon, dijo con la mayor naturalidad del mundo el Moreno: yo no hago eso, ni lo pago; me basta con que se averigüe si esa señora tiene algun quebradero de cabeza.

—¡Ah! Eso de seguro: todas las mujeres le tienen.

—Con que su marido la metiera en la Galera...

—Y, vamos claros, ¿para qué todo eso?

—Me parece que doña Luisa ama á Andrés.

—¿Y se ha casado con el difunto?

—Qué sé yo... qué sé yo... las mujeres son tan raras... Con que quedamos en que se averigüe.

—Se averiguará.

—Ahora bien; sepamos: ¿ha quedado muy comprometido el vizconde con la muerte de ese Juan de Castro?

—Comprometido, lo que puede llamarse comprometido, no: el difunto le ha acusado, pero por sospecha; no ha declarado nada que formalmente le comprometa; pero se ha dado un escándalo tremendo: todo el mundo sabe que ese pintorzuelo se habia casado con doña Luisa para entregarla despues de casada á ese hombre; pero estos son asuntos de que se desentienden los tribunales.

—¿Es decir, que dentro de poco el vizconde será puesto en libertad?

—Probablemente.

—¿Y doña Luisa se verá espuesta á las infamias del vizconde?

—Ya hemos hablado de eso, y no me he dormido en las pajas; tengo ya una parienta de la difunta.

—¡Una parienta!

—Pobre, vieja, jugadora, capaz de todo.

—¿Es decir, que tenemos un tesoro?

—No me ha costado poco el encontrarla.

—Lo que bien se trabaja, bien se paga, don Cosme; pero no se descuide usted.

—¡Ah!.¡ah! ¡y si usted supiera!

—¿Hay mas?

—Aquí está una demanda en forma, alegando la falsedad del testamento.

—Y dígame usted, don Cosme, por la falsificacion de un testamento, ¿qué le hacen á un hombre?

—Le echan á presidio.

—Á presidio es poco; de presidio se sale; yo quiero mas.

—¡Mas! Es decir, algo de palo.

—Eso es, al palo, al palo.

—¿No dice usted que está usted seguro de que la madre de doña Emilia ha sido asesinada?

—Y tanto como lo estoy.

—¿Pues hay mas que pagar á esa parienta para que lance su acusacion de asesinato por envenenamiento?

—¿Y se atreverá esa mujer?

—Si se la paga, ¿por qué no?

—Pues bien: se le pagará.

—Y dígame usted, ¿que ha sido de doña Luisa?

—Se sabe solo que una gran señora fué por ella esta mañana á la quinta del vizconde.

—¡Sí, eh! ¿Y quién es esa gran señora?

—Una princesa que dicen que es mujer del baron del Destierro.

—¿De ese caballero, alto, gallardo, tan sério siempre, y que causa respeto? Ese señor ha debido de ser pirata, don Cosme.

—Ó gefe de ladrones, Martin.

—Ello es un personage singular.

—Pues el escribano que fué á la quinta del vizconde de Rudaguas á tomar las primeras declaraciones, me ha dicho que la tal princesa es una hembra superior, superiorísima, de las que le hacen á uno la boca agua y le ponen blando el corazon como una breva. ¿Eh? Dicen que el juez no se podia averiguar con ella, y que gasta un lujo, que ya. Yo le pregunté dónde vivia la tal señora; pero no lo sabe.

—¿Y para qué queria usted saberlo, don Cosme?

—¡Bah! Hubiera podido ser que yo la diera un susto una noche.

—¿Con que la tal princesa es amiga de doña Luisa?

—Sí, como del marqués de Guapeltepec, su padre.

—¿El padre de doña Luisa?

—Sí, el marqués de Guapeltepec.

—¡El marqués de Guapeltepec!

—¿Pues no he dicho á usted que doña Luisa es marquesa?

—No, ¡vive Dios! y me alegro mucho: ¿pero marquesa á secas?

—Además, doña Luisa es muy rica.

—¡Marquesa, viuda, y rica, y tan hermosa!

—Buen bocado es doña Luisa; pero la pobre...

—¡Cómo pobre!

—La pobre está deshonrada.

—¡Deshonrada! ¡Dios mio! ¿Y quién se ha atrevido á deshonrarla?

—Su marido.

—¡Ese infame!

—Sí.

—Figúrese usted que ha declarado formalmente ante la ley, antes de morir, poco antes, invalidando sus declaraciones anteriores, que se habia casado con doña Luisa por necesidad; que doña Luisa habia sido querida suya mucho tiempo antes; que despues lo habia sido de otro, y por último del vizconde; que el vizconde, despues de haberle ofrecido una gruesa cantidad porque se casase con doña Luisa, lo que no le habia cumplido, habia querido que doña Luisa fuese viuda, y le habia llevado á aquella quinta para asesinarle.

—Pero ese miserable mintió como un cobarde, y si no hubiera muerto...

—¡Ah! ¡Si no hubiera muerto!... pero es el caso que se ha muerto, y ha dejado deshonrada á doña Luisa.

—¡Pero la justicia desvanecerá esas calumnias!

—La justicia no desvanece nada.

—Y entonces, ¿para qué sirve la justicia?

—Para hacer ruido.

—Si para eso solo sirve, era necesario echar á la tal señora á una casa de vecindad.

—Algunas veces la justicia mata...

—Pues es necesario buscar á la justicia que mata.

—¿Contra quién?

—Contra el vizconde, que tiene la culpa de todo esto.

—¿Trae usted consigo dinero, señor Martin?

—Siempre llevo lo bastante para cualquier negocio.

—¿Llevará usted diez mil reales?

—Y algo mas.

—Pues entonces vámonos á casa de la parienta pobre de la madre de la mujer del vizconde.

—Con mil amores, dijo Martin Iglesias.

Y llamó, pagó, y salió del café con el escribano.

---

# CAPITULO XVI.

De cómo iba engordando de una manera maravillosa esa bola de nieve que se llama escándalo.

Al dia siguiente de la entrevista de Luisa y Andrés, sucedieron una multitud de cosas.

Procedamos por su órden.

Á las doce del dia un escribano con un amanuense que le llevaba un gran bulto de papeles, preguntó con gran respeto por la señora marquesa de Guapeltepec á la puerta de su casa, haciéndose anunciar como notario de S. M.

Á esta clase de pájaros se les abre siempre la puerta.

Luisa acababa de levantarse y de vestirse, y estaba pálida, porque habia pasado muy mala noche.

Antonia, pálida y ojerosa, porque tambien habia pasado la noche muy mala, la acompañaba.

El escribano entró, llevando ya el bulto de papeles debajo del brazo, é hizo tres profundas reverencias antes de llegar al lugar donde estaban las jóvenes.

— Tengo el honor de saludar á vuecencia, dijo á Luisa.

— Siéntese usted, contestó la jóven.

El escribano dejó sobre un velador el rimero de cuadernos manuscritos que traía debajo del brazo, tomó un sillon, y se sentó á gran distancia de las jóvenes, y con grande encogimiento.

— ¿Qué es lo que tenia usted que decirme? dijo Luisa.

— Tengo el honor, señora, de traer buenas noticias: vengo á leer á vuecencia el testamento de su señor padre.

— ¡Ah!

— Ese testamento, con otros papeles, títulos, etc., ha sido entre-

gado al señor juez de primera instancia del distrito de las Vistillas, por la escelentísima señora princesa de Wadicoff, baronesa del Destierro, que por encargo especial del señor padre de vuecencia ha traido esa señora de Méjico; y el señor juez me envía de oficio para leer á vuecencia el testamento, y hacerla entrega...

—Bien, gracias; puede usted dejar todo eso allí...

—Será necesario, señora, qne vuecencia firme el recibo de esos documentos.

—No tengo inconveniente.

Luisa se levantó, y fué al velador, al que se habia acercado el escribano.

—Déme usted el recibo, dijo.

—Antes dígnese vuecencia enterarse...

—No hay para qué.

—Me tomo la libertad de hacer presente á vuecencia que ese requisito es indispensable.

—Sea en buen hora.

Se arregló el escribano las gafas, desató la cinta encarnada que sujetaba el legajo, tomó de encima de él un pliego de papel sellado, y se puso á leerle.

—He recibido de...

—Adelante, amigo mio, adelante.

—Pues bien, señora; revisemos los documentos.

—Veamos.

—Carta ejecutoria de nobleza del muy escelente é ilustre señor don José de Sástago de Alvarado y de la Peña, marqués de Guapeltepec, grande de España de primera clase.

El escribano apartó un grueso libro encuadernado en terciopelo.

—Carta de vinculacion.

—Adelante, dijo Luisa.

—Inventario de alhajas.

—Adelante.

—Estas alhajas responde de ellas la señora princesa...

—Adelante, adelante...

—Veinte y cinco títulos de propiedad de otras tantas haciendas, palacios, torres y casas, incluso este palacio en que vive vuecencia.

—Adelante.

—Y un testimonio en que consta que la señora princesa tiene en su poder, para entregar á vuecencia, cincuenta millones de reales.

—Bien: siga usted.

—Y por último, el testamento del escelentísimo señor marqués de Guapeltepec, en que instituye á vuecencia su heredera universal, como hija única y legítima.

—¿Ha concluido usted ya?

—Sí señora.

—¿Y qué falta?

—Que vuecencia firme el recibo de todos esos documentos.

Luisa firmó.

El escribano dobló el papel lentamente, le guardó en el bolsillo, se quitó las gafas, las guardó, y saludó en silencio y pálidamente á Luisa, mirándola de una manera que parecia decir:

—¿Y vuecencia no tiene nada que decirme?

Luisa reparó en aquella mirada, y se sonrió.

—Aun queda algo, dijo.

—¿Y qué, señora? contestó el escribano.

—Que lleve usted un recuerdo de haberme puesto en posesion de mi herencia.

Y se quitó una sortija y la dió al escribano.

La sortija era muy bella, y valia lo menos diez mil reales.

—¡Ah, señora! Jamás olvidaré la generosidad de vuecencia, dijo el escribano, saludando tan profundamente, que casi tocó con el sombrero al suelo.

Despues salió.

—¡Ah! Luisa mia, esclamó Antonia, al fin ocupas la posicion que te corresponde.

—¿Y qué es esto? esclamó Luisa, mirando con desden los documentos. ¿Qué es esto, sin la felicidad?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Casi al mismo tiempo un inspector de policía llamaba á la puerta de la casa del vizconde de Rudaguas.

En la puerta inferior habian quedado dos agentes, y delante de ella un carruage de plaza.

El inspector preguntó por la señora vizcondesa.

—La señora no se ha levantado aun, le contestaron.

—Pues es necesario que su escelencia se levante, insistió el inspector: tengo que comunicarla una órden del señor gobernador.

Poco despues el inspector fué introducido... á la antesala, lo que no dejó de quemar la sangre al funcionario, porque un inspector de policía es al fin, y por mas de un concepto, una persona respetable.

Le hicieron esperar una hora larga.

Al fin un criado le mandó entrar en la sala.

Encontró á Emilia indolente, envuelta en un peinador, en un hechicero negligé, y visiblemente fastidiada.

Junto á ella habia un personage pálido y grave, vestido de negro, que parecia ser persona de confianza para la vizcondesa.

Aquel personage era el baron del Destierro.

—¿Qué se le ofrece á usted? dijo el diablo, que estaba aun de muy mal humor por su aventura de la noche precedente.

—Dispénseme vuecencia, dijo el inspector dirigiéndose á Emilia; pero de órden del escelentísimo señor gobernador, y por auto del juez de primera instancia de las Vistillas, vengo á prender á vuecencia.

—¡A mí! esclamó Emilia poniéndose maquinalmente de pie: ¡este hombre está loco!

—Siento mucho verme obligado á desempeñar esta comision; pero no puedo hacer otra cosa: como inspector de vigilancia del distrito prendo á vuecencia, y la suplico que me siga.

—¿Está usted seguro de no incurrir en una equivocacion? dijo el diablo.

—¿No es esta señora la señora vizcondesa de Rudaguas?

—Sí, sí señor; yo soy, dijo Emilia, que estaba pálida como un difunto.

—Pues bien, señora: vuecencia es la persona contenida en esta órden.

Y entregó á Emilia una órden con el sello del gobierno civil y la firma del gobernador.

—¿Y no hay medio?... esclamó anhelante Emilia, mirando de una manera ansiosa al diablo.

—Hay el medio de que el señor diga que no ha encontrado á usted en su casa.

—Perdone vuecencia; pero sea cualquiera el empeño y los medios que se pongan en práctica respecto á mí, yo no perderé ya de vista á esta señora.

—¿Pero de qué se me acusa? dijo trémula Emilia.

—No debia decirlo á vuecencia, porque mi cometido solo se reduce á prenderla; sin embargo, y para que vuecencia vea cuán grave es la acusacion, y cuán grave mi encargo, diré á vuecencia de qué crímen la acusan.

—Acabe usted.

—De envenenamiento á la madre de vuecencia.

Emilia miró asombrada, aterrada, medio muerta, al inspector, y luego dió un grito agudo y cayó desmayada.

—Esta es una calumnia infame, dijo el diablo sosteniendo á Emilia; yo espero que esto durará muy poco, porque yo lo desvaneceré.

—Y yo deseo tambien que esa acusacion se desvanezca; pero me veo obligado... es necesario que esta señora vuelva en sí.

El diablo tiró del cordon de la campanilla.

Las doncellas de Emilia acudieron, é hicieron respirar sales á su señora, que volvió en sí.

—Es necesario ceder por el momento, la dijo en voz baja el diablo; pero nada temas, Emilia mia; yo te salvaré.

Emilia estrechó una mano del baron, y dijo:

—Esto debe de ser una infamia de tu mujer.

—¿Quién sabe?

—¿Y no puedo vestirme? dijo Emilia al inspector.

—Puede vuecencia vestirse sin que yo la pierda de vista.

Emilia hizo un movimiento de despecho, y pidió á sus doncellas un sombrero de paja, un pañuelo, un abanico y dinero.

El diablo sacó la cartera, y de ella algunos billetes de Banco de cuatro mil reales, que hicieron abrir tanto ojo al comisario.

—Lo mismo dá, Angel, dijo Emilia tomando los billetes: ya que está usted aquí, arregle usted lo que yo no puedo arreglar, y luego procure usted que mi prision no dure mucho. ¿Podré llevar conmigo mis doncellas? dijo volviéndose al inspector.

—Por el momento es inútil, señora, respondió el comisario, porque vuecencia va á ser puesta en incomunicacion.

—¡Ah, Dios mio! Angel, ahora mas que nunca es necesario deshacer este error. Adios, amigo mio.

—Vaya usted tranquila, Emilia, que esto no es cosa de llorar. Adios.

—Adios.

Y Emilia salió con el inspector, que entró con ella en el carruage.

Un cuarto de hora despues la escelentísima y hermosísima vizcondesa de Rudaguas entraba en la cárcel del Saladero, y poco despues estaba incomunicada en una de las habitaciones de la alcaidía.

En el momento en que Emilia entraba en el Saladero, una carretela de alquiler salia rápidamente por la inmediata puerta de Hortaleza.

En aquella carretela iban un juez de primera instancia, un escribano y dos médicos.

En medio de los asientos se veía una caja de caoba y un aparato de zinc.

La carretela tomó á galope por la ronda, ganó el camino de Fuencarral, y no se detuvo hasta llegar á la verja del cementerio de San Ginés y San Luis.

Apeáronse los que iban dentro de la carretela, y el juez llamó á la verja y se hizo abrir en nombre de la ley.

El conserge abrió.

El juez mandó al conserge que enviase á buscar inmediatamente dos albañiles, y que no permitiese á nadie entrar.

Despues fueron el juez, el escribano y los dos médicos á meterse á la sombra en las gradas de la capilla.

El lacayo, llevando la caja y el aparato, los seguia.

—Dígame usted, dijo el juez al conserge, ¿hácia qué parte está sepultada la señora baronesa del Llano?

—Con permiso de usía voy por el libro de registro, dijo el conserge alejándose.

Á poco volvió con un enorme libro.

—La baronesa del Llano, dijo leyendo, sepultóse en panteon perpétuo, galería de la derecha, número 572.

—Y dígame usted, señor Diaz, dijo el juez mientras el conserge se alejaba con el libro, ¿en qué estado estará el cadáver?

—Segun: no se puede juzgar: tal vez en estado de fermentacion, de desprendimiento de gases.

—Y dígame usted, ¿ello es peligroso?

—Peligroso, no; incómodo por el momento, sí; pero traemos desinfectantes.

—¿Y qué se le ha de hacer? dijo el juez: ello es preciso: tengo aquí la acusacion formal de asesinato por envenenamiento; se repiten los crímenes con una frecuencia verdaderamente espantosa; los resultados del desquiciamiento social, de la falta de creencias. ¡Adónde vamos á parar! ¡Qué corrupcion de costumbres! ¡Qué inmoralidad! ¡Y estos crímenes en gentes de clase elevada! ¡De seguro estamos abocados á un cataclismo!

—¡Bah! señor juez, siempre se han cometido crímenes, y usted debia tener la sensibilidad encallecida respecto á ellos como nosotros la tenemos respecto á los enfermos.

—Pero no tengo encallecidas las narices, y me temo que pasemos un mal rato; sobre todo, puede ser peligroso.

—Pues no venga usted; nosotros estenderémos la declaracion;

para nosotros no hay mal olor: cada cosa huele á su cosa; es decir, juzgamos químicamente, ó por mejor decir, sentimos químicamente los olores.

—Pues yo, que no los siento químicamente, y que tengo delicados el estómago y la cabeza, no voy: don Silvestre puede ir y dar fé.

—Basta con la fé de estos señores; y sobre todo, que nosotros no entendemos una palabra de venenos: aquí está la licencia del ordinario para la exhumacion, y la órden del gobernador; entregamos estos papeles al conserge, y dejamos libremente, y en pleno ejercicio de su profesion, á estos señores; nosotros entre tanto podemos dar un paseo en la carretela; echaremos las cortinas para que no nos vean.

Los médicos se sonreían al ver la repugnancia invencible que el juez y el escribano tenian al mal olor.

— Ahí están los albañiles, señor juez, dijo apareciendo de nuevo el conserge con dos mocetones que venian armados con las herramientas de su oficio: ha sido necesario pedirlos prestados al sobrestante de aquella casa que están haciendo á la izquierda del camino; pero como es triste el desenterrar un muerto, y los muertos huelen muy mal, quieren que se les pague muy bien.

—¿Y cuánto quereis?

—Tres duros cada uno, señor juez, porque si se nos remueve el estómago, y nos vamos á la otra banda de un asientazo...

—Es el caso que yo no traigo dinero, dijo el escribano.

—Yo os pagaré, dijo el juez; pero no se olvide usted, don Silvestre, de ponerlo en las costas.

—¡Cómo! De ningun modo.

—Pues vamos, dijo uno de los médicos; acabemos cuanto antes; esta operacion es fastidiosa, y la hora incómoda hasta mas no poder: hubiera sido mejor de noche.

— Es necesario que el sumario esté terminado pronto... hay escándalo...

—Vamos, pues, dijo el otro médico.

Y tomaron ambos, seguidos de los albañiles y del lacayo que llevaba la caja de caoba y el aparato de desinfeccion, por la galería de la derecha.

— Con perdon de usía, dijo el conserge; pero necesito la licencia del ordinario y la órden del gobernador: si no, no permitiré que se toque la lápida del panteon. Yo tengo autoridades que me mandan únicamente.

—Sí, autoridades naturales y especiales, dijo el escribano dándole los dos documentos. Tome usted y vámonos.

Y tiró hácia afuera.

El juez le siguió con no menos prisa, y tapándose las narices.

Los dos médicos, con el conserge, los albañiles y el lacayo, se dirigieron hácia el panteon de la madre de Emilia.

Cuando llegaron, el lacayo dejó la caja y el aparato en el suelo, y con el pretesto de que tenia que ir con el carruage, echó á correr, salió del cementerio, y alcanzó jadeando á la carretela que salia al galope por el camino de Fuencarral.

Una hora despues, y recelosos aun el juez y el escribano de si se habria acabado la operacion, hicieron volver la carretela: los dos médicos los esperaban ya: uno de ellos tenia en la mano una botellita envuelta en un papel.

—¿Qué es eso? dijo el juez.

—Esto, contestó el médico, lo hemos sacado del cadáver.

El juez se tapó las narices.

—¿Y qué? dijo.

—Ya se lo diremos á usted; pero vámonos: hace mucho calor, y hemos pasado muy mal rato.

—Vamos.

Cargó el lacayo de nuevo con la caja y el aparato, y las cuatro personas oficiales se metieron en la carretela, que se puso en marcha.

—Y bien... dijo el juez: aquí ya podrán ustedes hablar.

—Y bien, sí, dijo uno de los médicos: envenenamiento evidente, muerte sobrevenida por él.

—Envenenamiento por arsénico rojo, dijo el otro médico.

—Pues bien: libren ustedes su dictámen facultativo, que luego de mi cuenta corre y de la de la escelentísima audiencia territorial enviar al palo á aquel á quien se encuentre con méritos para ello. Deplorable es ya sentenciar á muerte: nos tiembla la mano: pasaron ya los tiempos en que un alcalde se regocijaba mandando ahorcar: hoy es distinto, y sin embargo, señores, la pena de muerte, triste es decirlo, sigue siendo saludable; lo que es mas, indispensable, inapreciable: los crímenes se multiplican; el hombre honrado no puede dormir tranquilo; las criadas abren las puertas de sus amos al asesino que los degüella; las hijas envenenan á las madres: es necesario ajusticiar. Y no creais, señores, que yo no deploro esta triste necesidad: no creais, etc., etc., etc.

El autor pone estas tres etcéteras, que indican todo un discurso jurídico que el juez de primera instancia espetó á los medicos, y que no pudo comprender el escribano, porque este se habia dormido contra un ángulo de la carretela, arrullado por la música celestial de su gefe.

Discurso que duró hasta el juzgado, á cuya puerta se apearon el juez y el escribano, á quien se vió obligado á despertar el primero, y que al hacerlo, creyéndose aun en el cementerio, se echó mano á las narices.

---

## CAPITULO XVII.

Andrés se bate con el diablo en figura de hombre.

Llegó aquella noche.

Eran las diez.

Dos carruages salian al mismo tiempo.

El uno por la calle de Toledo.

El otro por la de Segovia.

En cada carruage iban cuatro hombres.

Uno que debia batirse.

Dos que debian autorizar el duelo.

Y un médico.

En uno de los carruages iba Andrés.

En otro el baron del Destierro.

Andrés iba impaciente.

No amaba á Leontina.

Porque Leontina le habia deshonrado, en secreto primero, públicamente despues.

Porque Leontina habia huido de su casa.

Nadie por el momento habia notado aquella fuga.

Pero á la mañana siguiente notaron los criados que la señora no se levantaba á la hora de costumbre.

Y pasó aun mucho tiempo sin que la señora apareciese ni llamase.

Entonces los criados fueron á consultar á su amo.

Andrés no estaba en casa.

Bajaron al cuarto principal, donde vivian el buen Perez y la buena Eloisa, padres de Leontina.

Ya habian estrañado estos el no haber visto á su hija.

Eloisa lo hizo reparar á su marido.

Pero el buen Perez dijo que era necesario ser indulgentes con unos jóvenes que tanto se querian, y que necesitaban consolarse de una pérdida reciente (la de la madre de Andrés).

Porque el buen don José Perez creía que sus hijos eran muy buenos, y se adoraban.

No lo creía así Eloisa, porque la vista y el corazon de una madre no se engañan.

Pero cuando bajó la doncella y dijo que su señora no se habia levantado ni llamado, y que el señorito no estaba en casa, los padres subieron azorados al cuarto segundo, y entraron en el dormitorio de su hija.

Leontina no estaba allí.

Los muebles estaban esparcidos en desórden.

El secreter de Leontina abierto y como robado.

El lecho revuelto.

En el suelo la carta sin concluir y arrugada, que Leontina habia escrito al baron del Destierro.

La madre tembló y calló.

Pero Perez no pudo contenerse.

Era demasiado franco, y demasiado sentido.

Publicó su deshonra cuando debia haber procurado ocultarla.

La pobre Eloisa lo habia comprendido todo, y callaba.

En su rectitud de corazon, Perez se indignó.

En su indignacion contó á los oficiales del taller, á los vecinos, á todo el mundo que pudo oirlo, la fuga de su hija.

Salió frenético, y se fué á ver al gobernador.

El gobernador mandó buscar á Leontina.

Cuando volvió Andrés á su casa, encontró que aquello no tenia remedio.

Su deshonra era pública.

El baron del Destierro era la causa de aquella deshonra, y Andrés iba á un lugar en que tenia una cita de muerte con el baron, temblando de cólera y sediento de sangre.

Y no era su cólera por amor á Leontina, sino por amor á lo que ningun hombre bien nacido deja de amar.

Su decoro.

Le irritaba el solo pensamiento de que el mundo pudiera mofarse de él.

Y por eso sentia una impaciencia aguda, y una cólera atroz.

Y eso que el carruage volaba.

Al fin se detuvo.

Los padrinos, el médico y Andrés, salieron del carruage.

Estaban á la entrada de una alameda espesa.

La luna no podia penetrar á través de su follage.

Andrés no conocia el sitio.

—¿Dónde estamos? dijo á sus testigos.

—En el sitio convenido, dijo uno de ellos; en los alrededores de la Casa de Campo, hácia el Pardo.

—¿Habrá venido ya ese hombre?

—Es posible que el baron haya llegado ya, porque nunca se ha hecho esperar en esta clase de lances.

—Pues veámoslo.

—Entremos en la alameda.

—Pero si sigue oscureciendo como hasta ahora, dijo Andrés, nos batiremos á oscuras.

—Habrá luz.

Despues de estas palabras, siguieron en silencio por una tortuosa senda, entre jarales.

Y andaban y andaban.

—¿Cuando llegamos? decia impaciente Andrés.

—Ya llegaremos, contestó uno de los testigos.

Y el camino se hacia á cada paso mas difícil, mas escabroso, mas oscuro.

Aquello era un laberinto.

Andrés seguia á bulto.

Guiábase por los pasos del que le precedia.

Al fin, el que iba delante se detuvo.

Andrés notó que el suelo estaba cubierto de césped, y sintió en el rostro el ambiente de un ancho espacio.

Levantó los ojos al cielo.

Pero no vió cielo.

No vió otra cosa que una oscuridad profunda.

Y en medio de aquella oscuridad, oyó una voz estraña que dijo:

—¿Sois vosotros?

—Nosotros somos, dijo uno de los testigos de Andrés.

—Pues concluyamos, dijo la misma voz que habia preguntado, y que era, á juzgar por su timbre particular, la del baron del Destierro: encended luces.

Crujieron dos fósforos, ardieron, y poco despues dos de los testigos tenian dos hachas de viento encendidas en la mano.

Los otros dos testigos tenian cada uno un sable desnudo.

Andrés lo encontró todo aquello terrible y fantástico.

La luz de las hachas no era roja, sino lívida.

No podia juzgarse, tan poco detallaba aquella luz los objetos, si se encontraban bajo las copas cruzadas de árboles gigantescos, ó bajo la bóveda natural de una gruta.

Una de las antorchas iluminaba fuertemente al baron, cuya figura sombría se destacaba sobre un fondo sumamente oscuro.

Del mismo modo era sombrío y terrible el aspecto de los testigos y de los médicos.

Parecia que de exprofeso se habia preparado todo para aturdir á Andrés.

Y era que Satanás tenia miedo.

Miedo, porque su lucha no era con un hombre, sino con Dios.

Con Dios, que daba sus fuerzas gigantescas, infinitas, á un mortal, para luchar con el diablo.

Esto hacia rugir de soberbia á Satanás.

—Puesto que hemos venido aquí para que muera uno de los dos, concluyamos, dijo Andrés, que estaba impaciente.

—En buen hora, dijo Satanás.

Los testigos que tenian los sables se acercaron cada uno á su respectivo ahijado, y se los dieron.

Despues los pusieron á distancia, é hicieron la señal de empezar.

Satanás acometió bárbaramente á Andrés.

Pero fuese cual fuese la acometida del diablo, encontraba siempre el hierro de Andrés acudiendo á la parada.

Se revolvia Satanás como una pantera al rededor de Andrés.

Llevaba su sable sobre la cabeza del jóven.

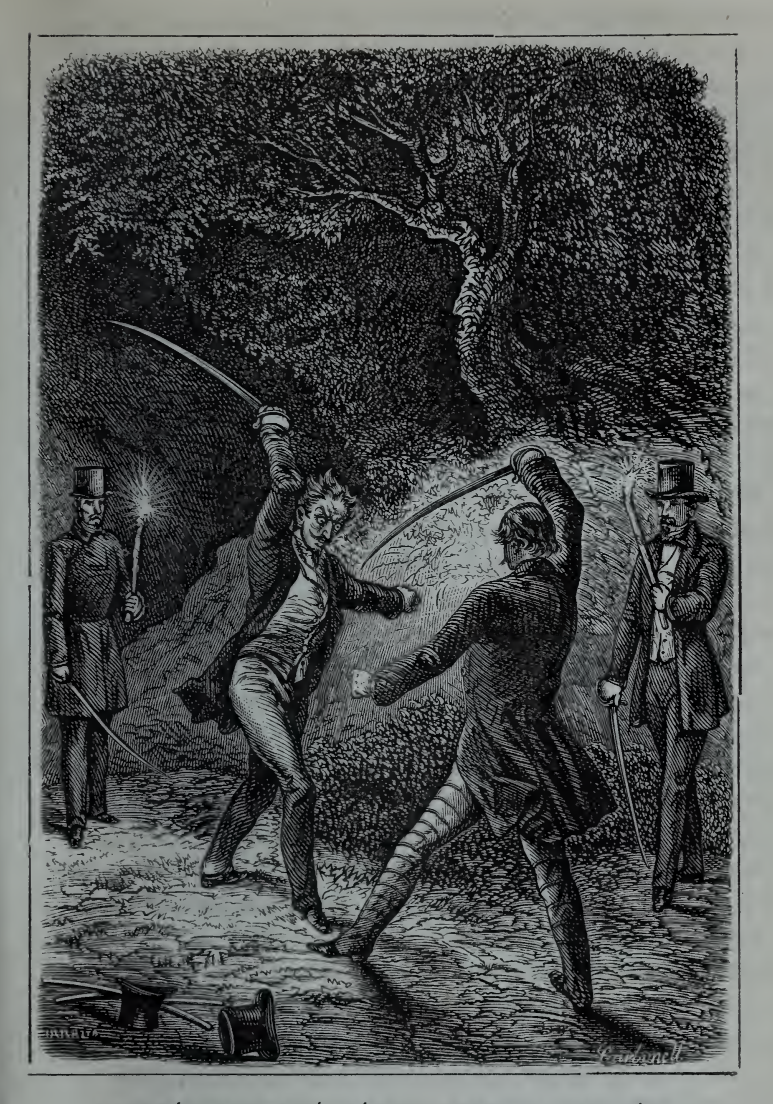
Rugia Satanás irritado.

Se habia convencido de que no era Andrés quien se defendia, sino que rodeaba al jóven algo impenetrable, algo duro como el diamante, algo que le era imposible vencer.

Andrés empezaba á sentir una fascinacion estraña.

Parecíale que el baron no le acometia ya desde la tierra, sino que le caia encima, como venido del cielo, ó por debajo, como salido de un abismo.

Sentia un martilleo contínuo y seco, frecuente, precipitado, terrible.



SATANÁS ACOMETIÓ BÁRBARAMENTE A ANDRÉS.

Parecíale que brotaban en derredor suyo, y á cada golpe que Andrés creía parar con el sable, centellas rojas que irradiaban, que culebreaban, que se perdian raudas y silbadoras en la oscuridad: era aquello una cosa estraordinariamente fantástica, que Andrés atribuía á la escitacion nerviosa de su cerebro, á una perturbacion accidental de sus sentidos.

Tiraba una y otra estocada al baron, uno y otro corte, y el baron paraba siempre.

Parecia que los testigos, las luces, que todo, en fin, habia desaparecido.

Que no les alumbraban mas que los raudales de fuego que salian de los sables al chocarse.

Andrés oía un ruido atronador, vibrador, contínuo, semejante á una tempestad distante.

Y no podia figurarse que aquel rugido poderoso, sobrenatural, saliese del pecho del baron.

Era, sin embargo, un rugido semejante al de la cólera humana, pero mucho mas poderoso.

Andrés se cansaba..

Andrés empezó á tener miedo.

Andrés invocó á Dios.

En aquel momento sonó un rugido mucho mas fuerte.

Al mismo tiempo tambien Andrés sintió que su sable penetraba en el cuerpo del baron.

Luego oyó un ruido semejante al de una encina que se viene al suelo.

El baron habia caido.

El rugido habia cesado.

Habia vuelto la oscuridad, solo desvanecida por la turbia luz de un hachon que habia quedado por tierra.

Los testigos habian desaparecido.

Habian huido, sin duda, al caer el baron.

Andrés quiso asegurarse de si el baron habia muerto, ó le quedaba vida.

Levantó el hacha de viento, y la acercó al baron.

El baron estaba inmóvil.

En su semblante lívido habia una espresion espantosa.

Una espresion que aterró á Andrés.

Y al ver á su enemigo muerto, al sentir satisfecha su cólera, sufrió no sabemos qué dolor, y se arrodilló y oró por el alma del baron.

En aquel momento, como partiendo de la inmensidad, de la eternidad, sonó una sacrílega carcajada.

Andrés se puso de pie.

Miró de nuevo al baron, y sintió miedo.

Se volvió entonces para huir.

Al volverse vió ante sí una mujer.

Pero una mujer magnífica.

Estaba admirablemente vestida.

Sus ojos azules, impregnados de una delicia suave y ardiente á la par, miraban al jóven.

Y sus labios le sonreían.

Y su pecho se dilataba.

Era Cesárea, la baronesa del Destierro, la princesa de Wadicoff.

Andrés se estremeció.

Sin duda la princesa, llegada allí por casualidad despues del duelo, apartada un tanto del lugar de la catástrofe, no sabia la muerte de su marido.

La situacion era eminentemente dramática.

Andrés temia que aquellos ojos, que de una manera tan dulce, tan incitante, tan ardiente, le miraban, se fijasen en él airados.

Que aquella boca que con tanto amor le sonreía, le maldijese.

Esto debia acontecer en el momento en que Cesárea viese el cadáver de su marido.

Porque hay que tenerlo en cuenta: para Luisa, Cesárea y el baron del Destierro eran una misma persona, ó por mejor decir un mismo espíritu.

Para Andrés, eran dos personas distintas: eran marido y mujer.

De aquí su perplejidad, su asombro, su terror, al ver á la mujer cerca del cadáver del marido.

Nunca habia sufrido tanto Andrés.

Pareció como que Cesárea adivinaba su sufrimiento, porque le dijo:

—Usted sufre, amigo mio; vámonos de aquí.

Y se asió indolente y confiadamente á su brazo.

Anduvieron algunos pasos en silencio.

Andrés sentia las incitantes formas de Cesárea en su brazo.

Sentia su corazon, que latia de una manera violenta.

Una fascinacion misteriosa empezaba á apoderarse de Andrés.

Todos sus sentidos gozaban impresiones embriagadoras.

El delicioso, vago y desconocido perfume que emanaba de Cesárea; su hermosura, que á pesar de la oscuridad veía Andrés, como por efecto de una luz pálida que hubiera ardido dentro de la cabeza de Cesárea y trasparentase sus formas; la leve, amante y profunda armonía de un dulce suspiro; el contacto de sus admirables formas, todo le enloquecia, todo le transportaba.

Y callaba, y solo de tiempo en tiempo algun quejido ahogado salia de su pecho.

—¿Á qué esa agitacion, á qué ese estado violento, amado mio? le dijo Cesárea con una voz, cuya dulzura no podemos comparar con ninguna dulzura.

Aquel *amado mio* hizo arder la sangre de Andrés.

El infierno habia pronunciado aquella frase, y habia hecho de ella un poema de sensaciones, de tentaciones.

Andrés tembló, y calló.

—¿Será necesario que yo tranquilice á usted? dijo Cesárea.

—¡Ah, señora! esclamó Andrés: usted no sabe, usted no puede adivinar...

—¿Que el baron del Destierro ha muerto? dijo con la mayor indiferencia Cesárea.

—¡Cómo, señora! ¡No siente usted esa muerte!

—No, no por cierto; me alegro de ella.

—¿Que se alegra usted!

—Sí por cierto; y doy á usted las gracias por haber sido el autor de esa muerte.

—¡Pero esto, señora, es incomprensible!

—Sigamos, sigamos, dijo Cesárea: cerca de aquí hay un claro de la alameda, por donde penetra la luna; el césped es blando y fresco, corre un arroyo á poca distancia, y un ruiseñor canta con esa poderosa voz que ninguna cantante, por buena que sea, logra aventajar. Lleguemos allí, y seamos lo que debemos ser.

—¿Y qué debemos ser nosotros, señora?

—Los amantes que se adoran, y que no deben separarse jamás.

Andrés no pudo contestar.

Su cabeza ardia.

Su pensamiento giraba como un torbellino, sin poder fijar ninguna idea.

Sentia una vida poderosa.

Todo el aire de aquella noche fresca y tranquila era poco para su pecho.

Andrés se sentia morir, pero de la muerte mas dulce, de la agonía mas deliciosa que puede concebirse.

Parecíale que con Cesárea no iba por la tierra, sino por encima de las nubes.

Aquello era un sueño de voluptuosidad.

Una tentacion del infierno.

Y Andrés no era, ni con mucho, semejante á San Antonio Abad.

Era un mortal demasiado débil.

Si Dios no venia en su ayuda, Andrés era hombre perdido.

Tambien es cierto que San Antonio no hubiera podido vencer al diablo, si Dios no le hubiera ayudado.

Porque la carne es flaca, etc., etc.

Y la tentacion fuerte, etc., etc.

Dejemos los sermones para los que dicen que los novelistas y los autores dramáticos estamos condenados. *Miserere novis domine.*

Era el caso que Andrés se sentia mal, de tan bien como se sentia.

Y era aquel un placer tan punzante, que le hacia agonizar.

—¿Por qué ese dolor? dijo Cesárea. ¿Acaso no habia ofendido á usted el baron de la manera mas grave que un hombre puede ofender á otro? Dios le ha ayudado á usted, porque Dios era enemigo del baron, qne sin la milagrosa ayuda de Dios...

—¿Qué, señora?...

—El baron hubiera despedazado á usted.

—¿Quién sabe?

—¡Oh! usted no conocia al baron, rostro de ángel, y alma de demonio: yo era su esclava.

—¿Su esclava usted?

—Sí, dijo cínicamente Cesárea: hay muchas cosas de que el mundo no puede juzgar, porque nunca se presentan á su vista: cosas que no porque estén ocultas dejan de ser terribles; el baron y yo vivíamos separados: cuando él estaba en un continente, yo estaba en otro: de tiempo en tiempo solíamos estar en un mismo punto, y unidos en la apariencia, pero separados por una antipatía poderosa; á pesar de estar en una misma poblacion, nadie nos ha visto jamás el uno al lado del otro; nos aborrecíamos, en fin; ahora que ha muerto me atrevo á decirlo: si no hubiera muerto, no me atreveria ni á pensarlo; me ha hecho usted un beneficio que no olvidaré jamás; ¡matar al baron! Ahora podré amar, ahora podré vivir, ahora podré gozar de mi juventud, y probar el poder de esto que llaman mi hermosura:

cuando vivia el baron, me consumia, agonizaba; habia perdido la esperanza de ser libre.

Andrés callaba.

El estado en que se encontraba no le permitia bablar.

Satanás le fascinaba.

—Me has vencido como hombre, con las armas en la mano, ó por mejor decir, me ha vencido Dios; pero no me vencerás, ni me vencerá Dios como mujer. Voy á hacerte ver lo que nadie mas que tú, Dios, has visto; la hermosura de Luzbel, la hermosura de la eternidad, la hermosura de los cielos, á los que desde que yo falto de ellos falta el sol mas resplandeciente; y veremos, poderoso Señor, veremos. Andrés olvidará por mí á Luisa; Luisa, que, como todas las mujeres, está menos en peligro siendo amada, al verse olvidada, despreciada, celosa, luchará, se obstinará, llegará un dia en que yo los aprisionaré, en que los rodearé de mi fascinacion, y Luisa, Dios de los cielos, perderá su virtud; Luisa no será el ángel de redencion de su familia, sino que la perderá y se perderá con ella; ella será la última mártir impura de siete generaciones malditas: yo te lo juro, Dios poderoso, Dios invencible; Satanás te hará probar un dolor mas.

Y Satanás seguia arrastrando á Andrés.

Llegaron por fin á un claro de la alameda.

La luna inundaba con una luz fantástica el césped verdinegro que cubria el suelo.

El ambiente era fresco, delicioso.

Un arroyo, como habia dicho Satanás, corria á poca distancia, produciendo un rumor melancólico, monótono, con esas leves y uniformes armonías de las linfas que se quiebran en las piedrecillas: por último, un ruiseñor entonaba de tiempo en tiempo su canto magnífico.

Tenia aquel lugar además el encanto de la soledad.

No se oían otros ruidos que el leve murmullo de las hojas mecidas por las brisas, el correr del arroyo y el canto del ruiseñor.

—Sentémonos, dijo Cesárea.

Y se sentó sobre un ribazo, á poca distancia del arroyo, atrayendo á Andrés.

Cesárea arrojó la capotita que cubria parte de sus cabellos rubios como el oro.

Luego se arrancó los pasadores que sostenian las trenzas, y estas cayeron largas, gruesas, pesadas, magníficas, sobre sus hombros y sobre su falda.

Despues arrojó el chal y se quedó con los hombros desnudos.

Un collar de brillantes arrojaba vivos destellos al reflejo de la luna, y hacia resaltar la nítida blancura del cuello, de los hombros, del seno casi descubierto de Cesárea.

Un brazo de Satanás rodeaba la cintura de Andrés.

El aliento de su boca besaba su semblante.

Aquel aliento estaba impregnado de ambrosía.

Y aquella ambrosía era á cada momento mas intensa, mas pura, mas divina, por decirlo así.

La hermosura de Cesárea iba acreciendo lentamente.

La forma humana iba tomando la forma del ángel.

Y sin dejar de ser mujer.

Los cabellos de Satanás brillaban, su frente resplandecia, sus ojos cantaban, por decirlo así, un poema sublime de amor, y parecian inmensos é infinitos, como los cielos.

Su boca suspiraba, como la vírgen que adivina el amor.

Todo en Satanás hablaba, vivia, ardia, escitaba, resplandecia.

Andrés estaba transportado.

—¡Oh, qué sueño! dijo. ¡Qué sueño tan terrible! ¡Cesárea! ¡Cesárea! Usted no es una mujer, ó ejerce usted sobre mí un poder tal, que me parece usted un ángel.

—¡Un ángel!

—Sí, un ángel; pero un ángel terrible, un ángel de fuego.

—¡Ah!

—Usted me inspira... ¡oh! yo no sé lo que usted me inspira; esta noche están pasando por mí cosas estraordinarias.

—Sí, muy estraordinarias: hace un momento se batia usted con un hombre terrible, impulsado por esa preocupacion vieja que hace creer á un hombre que la mujer es la depositaria de su honor desde el momento en que se une á ella.

—¡Oh, qué ideas, señora!

—Pues estas ideas las tuvo Calderon há mas de doscientos años. Usted no lée á Calderon, usted no es literato, es artista: pues bien, oiga usted lo que hizo decir Calderon á un marido ofendido por su mujer:

¡Que á otro mi honor se sujete
Y sea (injusta ley traidora)
La infamia de quien la llora,
Y no de quien la comete!

—¡Ah! dijo Andrés.

—En efecto: no encuentro nada mas ridículo que el que el mundo se mofe de un hombre porque ha tenido la desgracia de casarse con una mujer cuyo corazon no podia llenar, ó cuya naturaleza no podia satisfacer, y que por lo tanto buscaba otro hombre; esto sin contar con que la mayor parte de las veces las faltas de la mujer provienen de la conducta del marido para con ella. Desengáñese usted: ante Dios y ante la razon nadie es responsable de los actos de otro, sino cuando se hace cómplice de ellos. Usted no amaba á Leontina, la habia despreciado; Leontina quiso vengarse, y oyó las pretensiones de mi marido, que encontró muy sabroso seducir á una casada vírgen. La casualidad, ó la Providencia, le hicieron á usted testigo de la falta.

—¡Pero señora!

—Lo sé todo, todo: pudo muy bien suceder que en vez de ser usted el que sorprendió una falta de Leontina con el baron, hubiera sido el baron el que hubiera sorprendido una falta mia con usted. ¿Qué cree usted que hubiera hecho el baron?

—Lo que yo he hecho.

—Acaso no: el baron se hubiera retirado á tiempo antes de que usted hubiese podido notar que conocia nuestra falta; al dia siguiente me hubiera dicho: «vete á la India, á América ó la Oceanía,» sin decirme por qué... yo hubiera partido ó no entonces; es decir, á quedarme yo, el baron hubiera desaparecido. Pero batirse á muerte por una mujer á quien no amaba, por una mujer á quien despreciaba, como lo ha hecho usted, no lo hubiera hecho el baron. Ha podido serle á usted muy funesta esa salida caballeresca. Pero tiene usted razon; esta noche es una noche de sucesos estraordinarios: la viuda de ese hombre está aquí con usted, satisfecha, feliz, alegre, enamorada, porque... le amo á usted, Andrés.

—¡Señora... yo!...

—Desde anoche; y no le he amado á usted antes, porque hasta anoche no le he visto.

—¡Dios mio! esclamó Andrés.

—Veamos, porque yo soy algo celosa: ¿cuál de las dos jóvenes que estaban con usted en el palco es su amante de usted, la marquesa ó su hermana?

—Ninguna, ninguna de las dos.

—Pues la marquesa no quitaba ojo de usted, ni tampoco su hermana.

—Luisa, señora, no tiene hermanas: Antonia es solo su amiga.

—¡Ah! Pues yo creí que eran hermanas; cuando miraban á usted, habia en sus ojos algo enteramente semejante, algo que las hacia parecerse de una manera indudable: pero prescindiendo de esto, sea usted franco: ¿cuál de las dos es su amante de usted, ó lo son ambas á la par?

—¡Ah! no, no.

—Pues le aman á usted, no tengo duda.

—Luisa puede ser, pero Antonia...

—Puede ser que Antonia calle y esconda el amor; pero anoche no le escondia.

—Juro á usted...

—Usted ama á Luisa, y quiere á Antonia.

—Es verdad, amo á Luisa como á mi alma, y estimo á Antonia como á una hermana.

—¡Ah! ¡Ama usted á Luisa!

—Sí.

—¡Y yo!

—¡Usted, señora!...

—Sí, ¿qué guarda usted para mí?

—¿Yo?... Acabo de dejarla á usted viuda.

—Ya he dicho á usted, porque yo se lo digo á usted todo, que matando al baron me ha hecho usted un favor inapreciable; me ha salvado usted, porque el baron se me iba ya haciendo peligroso. Esto no se lo diré á nadie; por el contrario, cuando me lleven la noticia me desmayaré; cuando vuelva de mi desmayo, daré gritos, me retorceré las manos, lloraré, no comeré, no recibiré á nadie, me pondré negra de los pies á la cabeza; entonces me verá usted, y seré feliz, ¡oh sí, muy feliz! porque usted es mi deseo... mi esperanza, mi amor... haré, en fin, lo que hacen casi todas las viudas jóvenes, hermosas y ricas; anegaré al mundo con mis lágrimas, y me consolaré á solas en medio del mas profundo misterio con mi amante; esto quiere decir que procuraré estar la mayor parte del tiempo encerrada en mi habitacion, ó paseando por un parage lejano y solitario; por ejemplo, por esta alameda, á la luz de la luna ó de las estrellas, apoyada en el brazo de usted.

—¡Pero eso es imposible, señora! yo no puedo engañar á usted; yo no puedo engañar á Luisa.

—¡Ah! ¡Su amor de usted hácia la marquesa me convierte en la ridícula y dolorosa situacion de mujer despreciada!

—¡Ah! no, se lo aseguro á usted; hay en usted algo que me enloquece.

—¡Ah! Pues ese algo es mucho para mí.

—Si me preguntasen: ¿quién te parece mas hermosa de las dos? no sabria qué responder.

—¡Ah! ¿Estamos la marquesa y yo enteramente á nivel, como mujeres, á los ojos de usted?

—No, señora; usted es incomparablemente mas hermosa que la marquesa.

—¡Pues ya lo creo!... ¿Qué mujer puede rivalizar en hermosura conmigo? esclamó lleno de soberbia Satanás.

—Ninguna, señora; pero su hermosura de usted es terrible, y la de Luisa tranquila; á su lado de usted sufro, tiemblo, tengo miedo, y junto á Luisa gozo, soy feliz, estoy satisfecho, tranquilo; no es amor lo que siento por usted, y sin embargo, una fuerza incontrastable me arrastra hácia usted; pero esto no es amor, señora; es un fuego impuro que me abrasa las entrañas, es un fuego del infierno.

—Yo quiero que me ames, Andrés.

—Yo no puedo amar; vámonos, señora, vámonos.

—¡Oh, no, no te irás! esclamó el diablo, desesperado al ver que luchando contra Luisa, Luisa le vencia en el corazon de Andrés.

Y entonces Satanás infiltró todo el tósigo del deseo de un arcángel impuro en el alma de Andrés.

Rápidamente fué creciendo la armonía de sus formas, la nitidez de su piel, el brillo de sus cabellos, la fuerza de sus ojos, la ambrosía de su sér: hubo un momento rápido como un relámpago, en que una luz, como pudiera serlo la luz de cien soles, deslumbró los ojos de Andrés.

Y dentro de aquel resplandor, Andrés vió á Cesárea, ó por mejor decir, á Luzbel, con el trage de Cesárea, tan resplandeciente como lo estaba el arcángel en el momento de su rebelion y de su caida.

Y durante aquel momento, que tuvo para Andrés la duracion de un siglo, se sintió besar en la boca, vivir entre los brazos, ser estrechado al seno de Cesárea divinizada.

Y sin fuerzas para tanta felicidad, para aquel placer del infierno, dió un grito, y cayó por tierra inerte.

— ¡ Ah ! dijo Satanás ; me habia olvidado de que el hijo del hombre no puede ver á un hijo del cielo sin morir.

Y abandonando á Andrés, y tomando su verdadera forma, desplegó las alas y desapareció instantáneamente, atronando con su vuelo la inmensidad.

---

## CAPITULO XVIII.

Las gacetillas.—La esposicion de los muertos.—El dolor de Luisa.

—Con que ¿qué sucede, querida mia, qué sucede? dijo la vieja vizcondesa de Alzapuente á la generala de Robles, la siguiente noche.

—Pues qué, contestó Mariana, ¿no lée usted los periódicos, vizcondesa?

—Solo estoy suscrita al *Diario*, y eso para saber á tiempo dónde hacen almoneda.

—Pues voy á leerle á usted: los periodistas están por lo general bien informados: á ellos me remito.

La de Robles tomó de sobre un velador un periódico, y leyó lo siguiente:

«Drama...»

—¡Pero si yo no le pregunto á usted nada de teatros, mi querida Mariana!

—No se trata de teatros, aunque el mundo es un teatro como otro cualquiera, con la diferencia de que el escenario es inmenso, y de que Dios hace las obras, pinta las decoraciones y reparte los papeles: la frase *drama* con que empieza la gacetilla que voy á leer á usted, se refiere á un drama verdadero, á un drama de la vida, á un drama horrible.

—¡Ah! eso es distinto; continúe usted.

La generala inclinó de nuevo sus bellos ojos sobre el periódico, y leyó:

«Drama.—Ayer ha sido presa y conducida á la cárcel de mujeres una de nuestras mas hermosas y conocidas damas: se dice que la causa ha sido una acusacion de asesinato por envenenamiento á

su madre. El marido de esta señora, persona tambien conocidísima, está complicado en esta acusacion, y hace dos dias que ha sido preso por complicidad en otro asesinato. Esperamos que los cargos contra estos esposos se desvanezcan.»

— ¡ Pero estos periodistas son crueles! dijo la vizcondesa. ¿Quiénes son esos esposos?

— Espere usted un momento: en otra gacetilla que sigue inmediatamente á la que acabo de leer, se dice lo siguiente:

«Exhumacion oficial.—Esta mañana ha sido exhumado y reconocido por dos facultativos, ante el juez de primera instancia del distrito de las Vistillas, el cadáver de la señora baronesa del Llano. De la declaracion de los facultativos resulta que dicha señora ha muerto á consecuencia de un envenenamiento por medio del arsénico.»

— ¡ Pero señor, la baronesa del Llano era madre de la vizcondesa de Rudaguas! dijo la vieja.

— De lo que resulta que los prudentísimos gacetilleros, callando en la gacetilla anterior el nombre de la hija envenenadora, le han entregado á la opinion pública, poniendo en la gacetilla siguiente el nombre de la madre envenenada.

— Pero señor, eso es tener muy mala intencion: esos señores gacetilleros son terribles.

— Por lo que es bueno estar bien con ellos; pero no es esto todo.

— ¡ Qué! ¿Hay mas gacetillas?

— ¡ Vaya! es un escándalo por mayor. Oiga usted.

La de Robles leyó:

«Misterio.—Esta mañana, á la hora de entrar en prensa nuestro diario, hemos sabido que los guardas de la ribera derecha del Manzanares han encontrado dos cadáveres en una alameda contigua al puente de San Fernando, aunque en diferentes puntos: era el uno un estrangero, á quien todo el mundo conocia de nombre y de vista, y que se llamaba el baron del Destierro; el baron tenia dos heridas, las dos mortales, y sin duda causantes ambas de la muerte; la una de corte en la cabeza, y la otra de punta en el pecho: en el terreno habia dos sables escesivamente mellados, lo que prueba que el lance habia sido reñidísimo, y dos hachas de viento, que al parecer sirvieron para alumbrar el duelo, que debió de ser por la noche. Los guardas dicen que la noche anterior no vieron á nadie; que nada oyeron, á pesar de que la casilla de dos de ellos está muy cerca del lugar de la catástrofe: se supo desde el momento que el difunto era el baron del Destierro, por una carta sellada con lacre negro que se

encontró en la cartera del baron, firmada con su título, y dirigida á una mujer casada que habia huido de la casa conyugal anoche: no se encontraron mas papeles sobre el baron, si se esceptúan billetes de Banco por una gruesa cantidad, que llevaba en la cartera; las alhajas que tenia sobre sí el baron, reloj, botonadura, sortija, son de un precio y de un valor fabulosos; el cadáver de este señor, cuyo domicilio y procedencia se ignora, ha sido depositado en el cementerio de San Ginés y San Luis.

»El otro cadáver es el de una persona muy conocida en el círculo artístico, y muy estimada por su talento y por la manera como habia llegado á hacerse una reputacion de eminente escultor y escelente adornista. Este jóven habia empezado siendo aprendiz de carpintero, despues de ebanista, y sin maestros, sin modelos, sin mas que su ingenio, acabó por producir obras maestras de ebanistería, en que habia que admirar tanto al arquitecto como al escultor y al adornista; habia acabado por casarse con la hija de su principal, y ponerse al frente del establecimiento: se llamaba don Andrés Zoa. Su pérdida es irreparable. Su cadáver fué hallado á un tiro de fusil del sitio donde se encontró el del baron del Destierro: todo hace presumir que entre estos dos sugetos ha mediado *un grave asunto de honor.*»

—¡Ah, ah, señores gacetilleros, y qué manera de decir las cosas! esclamó la vizcondesa.

—Ciertamente, dijo la de Robles: se habla de una carta encontrada sobre el cadáver del baron, y dirigida á su amada, á quien habia robado la noche anterior del domicilio conyugal; y luego se dice que el baron del Destierro y don Andrés Zoa se han batido por un gravísimo asunto de honor. Es lo mismo que decir: la mujer que huyó con el baron del Destierro, es la mujer de Andrés Zoa.

—¿Y ese buen Andrés tenia tambien una cuchillada en el cráneo? Es lástima que á esa gacetilla falten detalles.

—No me ha dejado usted concluir.

—¡Ah, quedaba aun!

—Sí, queda lo siguiente.

Y Mariana leyó de nuevo:

«Don Andrés Zoa, segun la declaracion de los médicos, ha muerto naturalmente por congestion cerebral, causada tal vez por una escitacion violenta: no se ha encontrado sobre él documento alguno, si se esceptúa una tarjeta del baron del Destierro, que tenia en uno de los bolsillos del chaleco: las señas de esta tarjeta eran de una casa de campo en los alrededores de Madrid, pero la tal casa de campo

no existe: todo es misterios y conjeturas: la esposa del baron, la bellísima princesa rusa, Cesárea de Wadicoff, ha desaparecido tambien: el cadáver de don Andrés Zoa ha sido depositado, del mismo modo que el del baron, en la sacramental de San Ginés y San Luis. Cuando obtengamos mas detalles, nos apresurarémos á ponerlos en conocimiento de nuestros lectores.»

—Pero señor, dijo la vizcondesa, ¡esto es un cataclismo!

—Por lo menos es un acontecimiento, y un acontecimiento que interesa tanto, que hay personas que se han provisto de papeletas á fin de ir á ver al baron.

—¡Ver á un muerto! esclamó la vizcondesa. ¡Qué asco! y sobre todo, ¡qué miedo!

—Es un espectáculo como otro cualquiera, y cuando se trata de un personage tan misterioso, tan estraordinario, como el baron del Destierro, nada tiene de estraña la curiosidad: quieren verle por la última vez.

—¿Supongo que usted no irá?

—¡Ay, sí, mi querida vizcondesa! Y vea usted, ¡yo que habia contado con usted para que me acompañase!

—¡Quién, yo! ¡Ir yo á ver muertos! Los muertos, mi querida Mariana, me causan tanto horror como á los gitanos. ¡Quite usted allá! Bastante tiempo tendré de estar entre ellos: pero supongo que no habrá usted pensado seriamente en ir.

—Sí por cierto; y cuando usted llegó mandé poner el carruage; y es el caso que apenas hay tiempo; al oscurecer se cierra la esposicion, y son ya cerca de las siete.

—¡Ay! Pues me marcho, no sea que usted se prevalga del ascendiente que tiene sobre mí, y me obligue...

—¡Ah, no, no, de ningun modo! Yo creía que usted queria venir; pero siéndole á usted repugnante, la dejo en libertad.

—Sí, sí; adios, Mariana, adios; con lo que me ha dicho usted tengo bastante para estar soñando con muertos.

Y la vieja vizcondesa, como temerosa de que la arrebatase consigo la de Robles, escapó.

Mariana pidió á sus doncellas un sombrero, y luego bajó, entró en su carruage, y dijo al cochero:

—Á la Sacramental de San Ginés y San Luis.

La de Robles iba por ir, por tener algo que contar: en Madrid, donde tantas cosas pasan, se está siempre á caza de novedades; es necesario sostener la conversacion: cuando la política empalidece, y

como que se estanca, es necesario proveerse del escándalo, del drama íntimo, para tener repuesto de conversacion; es muy agradable poder contar, detallar, comentar, acerca de cosas que se han visto, que se han tocado, ser narrador directo, en fin; la de Robles, pues, iba á caza de detalles póstumos, si se quiere, pero por lo mismo mas apreciables.

La de Robles creía encontrar conocimientos en aquella esposicion mortuoria.

Pero al llegar al cementerio la causó suma estrañeza no ver delante de la verja mas que un carruage.

Este era inmejorable, de un gusto esquisito, con un tiro de cuatro caballos árabe-ingleses, cochero y lacayo de librea y cazador.

Se trataba, pues, de un ó de una grande de España.

¿Quién podria ser?

La de Robles los conocia á todos, y sin embargo, al echar pie á tierra, al mirar el escudo pintado en la portezuela, no le habia conocido.

—Pregunta, como que sale de tí, dijo rápidamente al lacayo, quién es el dueño de ese carruage.

Y llegó á la verja.

El conserge estaba en ella.

La de Robles le entregó la papeleta.

El conserge rompió una punta, y la devolvió á Mariana.

Porque las papeletas se conservan cuando han servido para ciertas cosas.

Sobre todo, cuando además de esto son personales.

Porque vienen á ser una especie de credencial.

El conserge indicó á la de Robles el camino de la sala de depósito.

—¿Ha venido mucha gente? dijo Mariana al conserge, para dar tiempo al criado de que averiguase el nombre del dueño de aquel carruage.

—Han venido algunas señoras, dijo el conserge; pero se han ido al momento; uno de los cadáveres está horroroso.

—¿Cuál de ellos?

—El del baron.

—¿Y el otro?

—El otro no; parece que duerme.

—Gracias, dijo la de Robles, viendo que su lacayo se acercaba.

El criado se acercó.

— ¿Quién es? le dijo la de Robles.

— Es la señora marquesa de Guapeltepec, contestó el criado.

— Espérame aquí, dijo Mariana al lacayo.

Y se adelantó hácia el depósito.

— ¡La marquesa de Guapeltepec! ¡La heroina de la estraña historia que nos contaba hace tres noches Cesárea! ¡La que antes de anoche estaba descaradamente en el teatro Real con su amante, cuando estaba espirando su marido! ¡La que sin duda no ha ido á arrojar una mirada de compasion al cadáver del marido, y viene á llorar sobre el cadáver del amante! Pues me alegro: tenia deseos de ver de cerca á esa mujer.

En aquel momento llegaba á la puerta de la sala.

Estaba entornada la puerta.

Mariana la empujó, y arrojó una ávida mirada al interior.

Instantáneamente retrocedió.

Hay espectáculos que hielan la sangre de cualquiera: que solo arrostra la frialdad de espíritu de quien los contempla.

El espacio era reducido.

Llamaban á aquello sala, como se llaman salones á otros tantos espacios mezquinos.

Al frente habia un enorme Crucifijo de madera.

Bajo el Crucifijo una mesa.

Entre la pared donde estaba el Crucifijo y la mesa, un espacio bastante para tres sillones usadísimos de tapicería.

Al rededor de la sala una banqueta cubierta de una tela de lana, usada tambien.

Pendiente del techo, y delante del Crucifijo, una lámpara á medio morir.

Á los dos lados correspondientes á la izquierda y á la derecha de la puerta, ventanas.

Dos á la derecha daban sobre el camino.

Otras dos á la izquierda sobre el interior del cementerio.

Las paredes estaban forradas de un papel verde y abigarrado.

El suelo entarimado.

En el centro, y como á dos pasos de distancia la una de la otra, habia dos mesas.

Sobre cada una de las mesas un ataud.

En cada ataud un cuerpo humano con los pies hácia la puerta.

Y no era esto solo lo que allí habia.

Además habia una mujer.

Aquella mujer estaba vestida completamente de negro.

Era elegante, esbelta, y á primera vista se notaba la distincion que emanaba de ella.

No podia reconocérsela, porque estaba arrojada de cara sobre el cuerpo que ocupaba el ataud de la derecha, y vuelta de espaldas al de la izquierda.

Parecia dominada por uno de esos dolores que rompen el corazon.

Parecia que arrojaba su alma entera, dolorida, apenada, desesperada, en los ahogados sollozos que se escuchaban.

Era uno de esos espectáculos que no pueden tolerarse.

La agonía de dolor de un vivo sobre los restos de un sér querido.

Por eso la de Robles, al abrir la puerta, al ver aquello, habia retrocedido y se habia puesto pálida.

Pero la puerta al abrirse habia rechinado violentamente.

Á pesar de su dolor, la mujer que lloraba sobre aquel cuerpo inmóvil, oyó el ruido de la puerta.

Se levantó, y sin volver el rostro se fué á una de las ventanas que daban al camino, á la mas retirada, y permaneció de espaldas é inmóvil, como para evitar ser vista.

Aquello era el pudor del dolor.

La curiosidad pudo mas que la situacion en la de Robles, y adelantó.

Queria á todo trance ver la cara á la enlutada.

La de Robles era audaz, y adelantó por entre las dos mesas mortuorias.

Pero al atravesar, instintivamente, ó tal vez atraida por una fuerza misteriosa, arrojó una mirada á la mesa de la izquierda.

En ella estaba el cadáver del baron del Destierro.

Esto es, la forma humana de que se habia valido Satanás tantas veces para tratar con séres humanos.

Pero ensangrentada, lívida, horrible.

En el semblante de aquel cadáver se veía estereotipada una figura infernal.

El despecho, la rabia, la blasfemia, la amenaza, el dolor, todo sublimado, todo horrible, todo sobrenatural, con aquella ancha corteza de sangre coagulada, que cubria la mitad de la frente y de la megilla derecha de aquel semblante espantoso, con los ojos abiertos, que nadie se habia atrevido á cerrar, vidriosos, impuros, torbos aun, enrojecidos, como trasparentando un fuego de color de sangre, como ocultando una vida de condenado.

Y sobre el pecho sangre coagulada.

Y sangre en las manos crispadas.

Y sangre en los cabellos rígidos.

Ver esto y dar un grito agudo, uno de esos gritos que el terror arranca del alma, quedarse un momento inmóvil y como petrificada, con la vista fija en todo aquel horror concentrado, lanzarse fuera de aquel lugar, como impulsada por una máquina, como desesperada, fué para la de Robles cosa de un instante.

—Ya lo sabia yo, dijo el conserge, que estaba fuera; á todas las señoras que han venido, á unas mas á otras menos, les ha sudedido lo mismo, quitando esa señora que está dentro. ¿Quiere usted una vinagrada?

La de Robles no contestó: se lanzó fuera del cementerio, se metió en su carruage como al asalto, y dijo al lacayo con voz apenas perceptible:

—¡Á casa, á casa al momento!

Y lívida de terror, se replegó contra un ángulo del carruage, que partió.

—Si siempre que son curiosas las mujeres les sucediera lo mismo, dijo el conserge viendo alejarse el carruage de la de Robles, ganarian mucho los hombres. Ya está oscureciendo; es necesario decir á esa señora que ya debe irse; y es el caso que á mí tambien me causa respeto el tal baron; no he visto ningun muerto como él, y eso que llevo vistos algunos: pues bien, con no entrar... la llamaré desde fuera.

Y llegó á la puerta, y sin mirar al interior, tocó con la mano á la hoja que habia quedado cerrada.

Pero nadie le contestó.

Llamó por segunda y tercera vez, y tampoco obtuvo contestacion.

Entonces creció su miedo de una manera portentosa.

—¿Tendremos tres difuntos? dijo.

Y como aquello era ya sério, venció su miedo, y entró, cuidando de no mirar el cadáver del baron.

La enlutada estaba sentada en la banqueta, junto á la segunda ventana de la derecha, doblegada sobre sí misma, pero viva, puesto que se la sentia llorar.

—Señora, dijo el conserge con la voz mas dulce y compasiva que pudo, esto es ya demasiado: vuecencia se entrega demasiado al dolor.

El conserge habia visto al cazador que acompañaba á la enlutada;

sabia que solo los grandes de España llevan cazador, y por eso daba tratamiento á la desconocida.

—Gracias, dijo esta; pero me encuentro aquí mejor que me encontraria en cualquiera otra parte.

Y para decir estas palabras levantó la cabeza de sobre sus rodillas.

Era Luisa, pero Luisa desoladada.

Luisa, lívida, dejando ver en su mirada, en su semblante, en su boca, uno de esos dolores que comprimen y amargan el corazon de quien es testigo de ellos.

Luisa, á la que para parecer tambien un cadáver solo faltaba la inmovilidad.

—Es el caso, señora, dijo el conserge, dando vueltas á su gorra que tenia en la mano, que vuecencia no puede permanecer por mas tiempo aquí.

—Repito á usted que me encuentro aquí mejor que en otra parte.

—No, no, señora: suplico á vuecencia que me dispense: es que ya es de noche, y es preciso cerrar: no puede quedarse nadie aquí.

—En otro tiempo me dejaba usted quedar aquí de noche, dijo Luisa.

—¡Ah, ya decia yo! esclamó el conserge; ya decia yo: Silvestre, tú has visto alguna vez á esta señora. ¡Ya lo creo!... como que venia vuecencia todos los dias á rezar y á llorar allá abajo en la galería de la derecha.

—Pues bien, bien, Silvestre; quiero quedarme aquí esta noche á rezar y á llorar.

—Pero salga vuecencia un momento á respirar el aire.

Era que el conserge se sentía mal allí.

Por la primera vez en su vida le daba miedo un muerto.

Mientras hablaba con Luisa se habia ido retirando, sin saber cómo, involuntariamente, y estaba junto á la puerta.

Luisa se levantó, y salió.

El conserge, al verse fuera, respiró.

Luisa vacilaba, y se apoyó en el brazo del conserge.

—¡Vuecencia está mala, señora!

—Sí, sí, me estoy muriendo, dijo Luisa: por si acaso, es necesario que me disponga usted una cama en el cuarto de su mujer: de aquella buena jóven que me acompañaba algunas veces.

—Sí, sí, Genoveva. ¡Genoveva, Genoveva, ven acá!

Salió de la casa una jóven morena çon un niño en brazos.

Una graciosa jóven, que vejetaba como una flor, colocada por casualidad entre los muertos.

—La señora te necesita.

Genoveva se acercó.

—¡Ah, doña Luisa! esclamó; pero ¡Dios mio, qué tiene usted!

—¡Nada! ¡nada! ¡No me pregunten ustedes nada, por compasion!

—¡Pero usted se pone mala!

—¡Vuecencia! ¡Vuecencia! Genoveva. Esta señora es grande de España.

—¡Dios mio! esclamó Genoveva asustada.

—Lo mismo dá, dijo Luisa: oiga usted, Genoveva, disponga usted una cama, y por el momento quisiera un refresco: una naranjada ó limonada.

—Al momento, señora, al momento.

Y Genoveva entró en la casa.

—Oiga usted, Silvestre, dijo Luisa; quisiera pasar toda la noche sola, sin que nadie me acompañára; pero de tiempo en tiempo...

—Sí, sí, señora; de tiempo en tiempo vendré á ver si se le ocurre á vuecencia algo.

—Además, llame usted á uno de mis criados.

El conserge llevó á Luisa hasta una silla que estaba á la puerta de la habitacion, donde la jóven se sentó, y se fué á llamar al criado, con el cual volvió.

—Al momento, le dijo Luisa, vayan ustedes con el carruage á casa; pregunten ustedes á la señorita Antonia dónde vive mi médico, y vayan ustedes por él con el carruage; tráiganle ustedes despues... y esto al momento.

El criado partió.

Luisa se quedó abismada, pensativa, sentada á la puerta de la habitacion del conserge.

El conserge cerró la verja, y luego volvió, y se puso á pasear por delante de su habitacion, sin atreverse á interrumpir el dolor de Luisa.

Á poco llegó Genoveva con un vaso lleno de agua de naranja.

Luisa la bebió con ansia.

Aquel refresco pareció animarla.

Se levantó, y se dirigió á la galería de la derecha.

—Voy á visitar la tumba de mi madre, dijo á los esposos conserges: cuando llegue mi carruage, avíseme usted, Silvestre.

Y se alejó.

—Antes, cuando venia todos los dias, dijo Silvestre á su mujer, nos daba de tiempo en tiempo una onza, y entonces era una señora particular; ahora que es grande de España...

—¿Pero de dónde has sacado tú que doña Luisa es grande de España?

—Primero, porque trae en el carruage cuatro caballos.

—Esos los lleva todo el que los tiene y quiere.

—Pues bien: porque en las armas de nobleza que trae pintadas en el carruage, tiene *portier surmontado* con corona de marqués.

—¿Quién diablos te ha enseñado todo eso?

—¡Toma, nuestro padrino don Anastasio, que es rey de armas!

—Pues bien: cada cual lleva las armas que le dá la gana.

—Pues nadie mas que los grandes tienen cazador, y doña Luisa le trae en la zaga del carruage.

—¡Ah, ya! Pues mira, me alegro: pero señor, ¿qué tendrá que ver doña Luisa con esos muertos, para encerrarse con ellos? ¿Y sabes que es valiente, Silvestre? ¡Cuidado si está feo uno de los difuntos?

Y los dos esposos, hablando de estas cosas, se metieron en la casa.

Entre tanto Luisa adelantaba lentamente por la galería de la derecha.

Era cerca del oscurecer.

Pero habia bastante luz para poder leer las inscripciones de las tumbas.

De repente Luisa se detuvo.

Sin quererlo se la habia entrado por los ojos un nombre.

«Margarita.»

Era el nombre de la madre de Andrés.

Luisa se apoyó sobre aquella tumba, y oró.

La tumba aun estaba fresca.

Es decir, el revoque del nicho.

Luego Luisa siguió su camino.

Otro nombre la salió al encuentro.

«Magdalena.»

Era el nombre de la madre de Juan de Castro.

Luisa oró tambien junto á aquella tumba.

Siguió: otro nombre; pero este nombre estaba sobre un nicho recien cerrado.

Aquel nombre era:

«Juan de Castro.»

Un movimiento de invencible repugnancia rechazó á Luisa de aquella tumba.

Sin embargo, se dominó.

Se acercó, estendió la mano sobre la losa funeraria, y esclamó:

—¡Yo te perdono!

Y luego rogó á Dios porque perdonase á Juan de Castro.

Al hombre que habia creido amar.

Al hombre de quien era viuda vírgen.

Luego siguió precipitadamente adelante, y no se detuvo hasta llegar á un nicho, en el cual habia una losa de mármol negro, y se leía este solo nombre:

«Luisa.»

Aquella era la tumba de su madre.

La tumba que en otro tiempo visitaba todos los dias.

Luisa se detuvo con el corazon comprimido delante de aquella tumba.

Habia entrado ya la noche.

Lucía la luna llena.

El silencio era profundo, pavoroso.

Juisa se arrodilló lentamente.

—¡Héme aquí, héme aquí, madre mia! dijo levantando los brazos hácia la tumba. ¡Héme aquí, tan desgraciada como lo fuiste tú!

---

# CAPITULO XIX.

Las dos hermanas.

Hora y media despues el carruage de Luisa paró delante de la verja del cementerio.

De él salieron una jóven y un anciano.

La jóven era Antonia.

El anciano el médico de Luisa.

Que lo habia sido tambien de su madre.

El médico, en fin, de la casa.

Silvestre, al oir el ruido del carruage, fué á la verja, y la abrió.

—¿Aquí hay una señora? dijo precipitadamente Antonia al conserge.

—Sí, sí, señora, dijo Silvestre: la señora marquesa está allá abajo... en la galería de la derecha; pero es necesario dejarla: cuándo está allí no quiere que nadie vaya á distraerla, como que está al lado de su madre: ¡oh! la señora marquesa es muy buena hija: la conozco hace mucho tiempo; pero pasen ustedes y esperen; voy á cerrar.

Y cerró.

Luego se dirigió hácia su habitacion.

—Si quieren ustedes entrar... pero hace calor, y están ustedes mejor en el jardin.

Hay que advertir que el cementerio de San Ginés y San Luis es un jardin.

Además de esto, hay otro pequeño jardin delante de la habitacion del conserge.

Este continuó:

—Genoveva, saca dos sillas al jardin.

—Dígame usted, dijo el médico, ¿no hay dos cadáveres depositados?

—Sí, sí, señor.

—Quisiera verlos.

—Venga usted.

—Vuelvo al momento, señorita, dijo el médico á Antonia: tengo curiosidad: se ha hablado demasiado de ese duelo y de esos dos muertos, y los viejos somos curiosos como los niños. Además, soy médico.

—Vaya usted, señor de Acebo, dijo tristemente Antonia: yo espero aquí.

El médico siguió al conserge.

Este abrió la puerta de la sala mortuoria.

—¡Calla! dijo: ¡me he olvidado de encender la lámpara!

En efecto, la sala estaba densamente oscura.

—Vuelvo al momento, dijo el conserge.

—¡Es estraño! dijo el médico: ¡con el calor que hace... y no se nota la existencia de dos cadáveres que cuentan ya cerca de veinticuatro horas! ¡Esto es singular!

Silvestre volvió.

Traía una palmatoria con una bugía.

Entró en la sala de medio lado para no ver el cadáver del baron; se subió sobre la mesa, y encendió la lámpara.

Despues salió de medio lado tambien.

—Déjeme usted esa luz, dijo el médico.

—Con mucho gusto, contestó Silvestre.

Y dejó la luz al médico, y se alejó.

Acebo se encaminó al cadáver de la izquierda.

Esto es, al baron, y le examinó.

—¡Oh, qué horrible agonía! esclamó: y sin embargo, estos dos golpes han debido producir la muerte instantánea: la espresion de este semblante era anterior, muy anterior á los golpes que han causado la muerte. ¡Cómo puede haber sido vencido este hombre, una fiera! ¡mas que una fiera! ¡Dios, solo Dios!

Y Acebo se separó del cadáver del baron, y se volvió al de Andrés.

—¡Ah! ¡Ah! esclamó: hé aquí una cosa rara: ningun signo cadavérico se nota á primera vista en este cuerpo inmóvil, ni ninguna señal de descomposicion.

Y le examinaba los ojos y las uñas de las manos.

—Y sin embargo está muerto... indudablemente: pero esto es maravilloso; el otro tampoco tiene señales de descomposicion: la catalepsia... no... esto no es una catalepsia, añadia volviendo á examinar á Andrés... este es un estado desconocido para la ciencia, y yo certificaria que es cadáver; pero no consentiria que se le enterrase, hasta ver los signos indudables de la descomposicion. ¡Oh! ¡oh! ¿Será esto el resultado de alguna pocion desconocida?

Y el médico se quedó profundamente pensativo.

Bajo su ancha y calva frente parecian hervir grandes ideas.

Permaneció allí un largo espacio observando uno y otro cadáver.

Al fin salió murmurando:

—Imposible: la ciencia se estrella contra los misterios de la naturaleza.

Y llegó á la habitacion del conserge, dejó la luz, y fué á sentarse en una silla al lado de Antonia.

Antonia lloraba silenciosamente, y estaba de tal modo abstraida, que no sintió acercarse al médico.

Este la miró con profunda atencion.

—¡Ella tambien! dijo.

Y luego estendió la mano hácia Antonia, y la tomó el pulso.

Antonia volvió bruscamente en sí.

—Tiene usted fiebre, la dijo el médico.

—¡Oh, sí, me siento muy mala!

—Y el ambiente de esta noche, y mucho mas en este sitio, la puede á usted ser funesto.

—No importa: vengo por ella.

—Es estraño, muy estraño, el capricho de doña Luisa; ó mejor que capricho, el empeño que tiene por pasar aquí la noche.

—Ha pasado muchas junto á la tumba de su madre.

—¡Su madre! ¡Pobre señora! No tenia la razon muy segura: padecia del cerebro, y sufria sin quejarse: solo yo la veía marchar lentamente, pero sin detenerse, á la tumba.

—Hé ahí lo que me asusta, dijo Antonia; creo que Luisa sigue el mismo camino que su madre.

—Silencio: oigo sus pasos: ¡la conozco tanto! como que nació en mis manos.

En efecto, se vió el contorno de Luisa interceptando la claridad de la luna, entre dos sepulcros de la derecha.

Luisa adelantó lentamente.

Antonia y el médico se pusieron de pie y la salieron al encuentro.

Luisa se precipitó en los brazos de Antonia.

—¡Oh, y cuánto sufro! la dijo.

—¡Valor! respondió Antonia; y sobre todo, vámonos de aquí.

—No, no: quiero acompañarle por la última vez.

El médico no podia oir ninguna de estas palabras, porque las dos hermanas habian hablado muy bajo.

Luisa se separó de los brazos de Antonia y se dirigió al médico, tendiéndole la mano.

—¡Oh, y qué fiebre, señora! dijo este tomando el pulso de Luisa en vez de la mano.

—Sí, padezco mucho, señor de Acebo, muchísimo: siento en el pecho una angustia que no me deja respirar; una angustia terrible; como una necesidad de arrojar algo que me atormenta; siento latidos en la parte superior de la cabeza, y vaguedad y un dolor que no duele, sino que pesa: estoy muy mal, muy mal.

—¡Hé aquí, hé aquí á la medicina avergonzada, reducida á una situacion mezquina, subalterna! ¡Hé aquí á la ciencia, á eso que llaman ciencia, sumisa, anonadada! ¡Hé aquí inútiles los trabajos, los estudios, las adivinaciones, de todos los que se han dedicado á la tarea de curar!... ¡La imaginacion... los nervios... la sangre!... ¡Estas tres cosas unidas, llevando juntas á cabo una obra de destruccion! ¡Trayendo la una, por medio de las otras, la enfermedad del alma al cuerpo!... ¡Las sangrías... los deprimentes... todo inútil!... Si usted misma no se cura, señora, yo... ni ningun médico, la podemos curar.

—Es que yo no quiero curarme.

—La filosofía...

—Dejemos en paz la filosofía, Acebo.

—Somos de la misma opinion: iba á decir que la filosofía es tambien inútil... porque no puede pedirse razon á un loco... y luego, ¿qué es la razon?... La inmovilidad, la subordinacion, la abdicacion del alma... ¡Bah! ¡bah! Solo hay un médico para esta clase de dolencias...

—¡Dios! dijo Luisa.

—¡El tiempo! dijo el médico.

—Lo mismo dá: el tiempo es Dios; porque Dios es la eternidad.

—Pues bien, si dentro de seis meses no nos sorprende un acontecimiento funesto... nos hemos salvado.

—¿Y qué puede suceder, Acebo? ¡Morir! La muerte es la felicidad para los que sufren.

—Puede sobrevenir... la locura, señora.

—¡Ah! esclamó Luisa aterrada.

—Bien, muy bien, dijo para sí Acebo: desea la muerte; pero la locura le espanta: rara vez se vuelve loco el que teme llegar á serlo; he hecho lo que he podido; la he puesto en guardia.

Mientras Acebo habia pensado esto, Luisa habia guardado un silencio de terror.

—La locura, dijo; pero yo, que deseo morir, me estremezco al pensar que puedo ser uno de esos desdichados séres que no tienen la conciencia de sus actos. ¿Y no hay remedio para eso?

—Sí: contener la imaginacion: por lo pronto debiamos salir de aquí.

—No... no saldré.

—Hé aquí el enfermo incorregible que no quiere curarse.

—Esta noche... solo esta noche... despues ofrezco obedecer á usted.

—¿Y para qué me ha llamado usted?

—Porque me siento muy mala, porque tengo miedo.

—¡Ah! ¿Tiene usted miedo á morir?

—No, lo deseo; pero no me suicidaré: deseo que Dios tenga compasion de mí, y me saque de esta vida; pero sé tambien que tengo el deber de conservar, por cuantos medios estén á mi alcance, esta triste vida que Dios me ha dado.

—Vea usted que se contradice.

—Es verdad: no sé, no sé lo que me sucede: mi pensamiento se embrolla, mis ideas se revuelven. ¿Pero usted se quedará aquí?...

—Aquí... lo que se llama propiamente aquí, no: soy médico, y no me gusta estar entre muertos, no sea que alguno se levante y venga á pedirme cuentas, que todo pudiera suceder. ¡Matamos sin querer tantas veces!... Esperaré fuera, en el carruage.

—¡Una mala noche!... ¡Dios mio!

—No, no por cierto: hace calor: dejo abiertas las portezuelas: el carruage es ancho, el divan blando... dormiré admirablemente, y sin mosquitos... de seguro... y fresco...

—Me arrepiento de haberle hecho venir á usted.

—¿Qué es arrepentirse? Aseguro á usted que pasaré la noche bien... y aunque la pasára mal... ¿qué importa? ¿Acaso no la amo á usted como á una hija?

—¡Ah, señor Acebo, señor Acebo! ¡qué bueno es usted!

—Me queda el amor de los viejos, al efecto que nos inspira la juventud de los que hemos visto aparecer en la vida cuando nosotros hemos recorrido los dos tercios de la nuestra: vamos, no hay que hablar mas de esto; pero quisiera que me dijese usted, Luisa, ¿por qué razon quiere usted pasar la noche en un cementerio? Vamos, sepamos la causa; el médico es un confesor, hija mia, y mucho mas cuando es, como yo, viejo.

—Hoy no, hoy no, Acebo; tengo necesidad del silencio y de la soledad: me retiro... me voy á acostar... buenas noches. Adios, Acebo, adios, dijo Luisa estrechándole la mano.

Acebo se retiró.

Silvestre, que le vió encaminarse á la verja, le siguió con las llaves.

Antonia, aprovechando la abstraccion de Luisa, siguió á Acebo.

—Y bien... le dijo anhelante.

—Hay que temerlo todo, señorita, todo; no la pierda usted de vista: á la primera novedad, á la mas ligera novedad, se me avisa.

—¡Ah! Descuide usted.

—Adios.

—Adios.

El médico siguió hácia afuera, y Antonia se volvió junto á Luisa.

—¿Con que te obstinas en pasar la noche á su lado? dijo á su hermana.

—Sí...

—Pero... ¡ten juicio, Luisa mia!

—¿Y me pides juicio cuando estoy desesperada?

—Ese horrible espectáculo te puede ser funesto.

—En buen hora: á nadie ofendo, ni á Dios ni á los hombres, pasando algunas horas junto á los restos de lo único que he amado.

—¡Amabas tanto á Juan de Castro!

—Yo me habia fingido en Juan de Castro á un sér tal cual le soñaba mi imaginacion; me engañé; al desengañarme, conocí en Andrés á la realidad de mi sueño; cuando yo creía amar á Juan de Castro, amaba á Andrés, porque Andrés era la realizacion de los sueños de mi alma.

—¡Ah, si fuera otro sueño!

—No... no... la realidad está ahí... la muerte... Ha llegado á la tumba sin hacerse indigno de ser amado... ¡Déjame que viéndole crea que todavía no le he perdido! ¡Dios mio! ¡Anteayer tan lleno de vida... tan enamorado... y hoy tan inmóvil, tan frio!

—¿Es decir, que te obstinas?

—Sí.

—¿Y no quieres que yo te acompañe?

—¿Tienes tú tambien necesidad de verle? dijo Luisa mirando fijamente y de una manera singular á Antonia.

—¡Oh, no, no! Pero queria estar á tu lado.

—Y yo... quiero estar sola... quiero estar sola; y te suplico que me dejes, hermana mia.

Antonia asió de la mano á Luisa, y la llevó hasta la sala mortuoria.

Una vez á la puerta, la abrazó y la besó llorando.

Despues se separó de ella.

Luisa entró en la sala.

Cuando Antonia oyó rechinar la puerta, al cerrarse, se volvió.

—¡Ah! yo tambien pasaria la noche velándole, esclamó; contemplando su semblante inmóvil... Pero no pensemos en ello... Luisa le ama... mi deber y mi amor á Luisa imponen silencio á mi corazon; pero si no velo á Andrés, la velaré á ella; ¡oh! los velaré á los dos.

Y se fué de puntillas, y se sentó en el dintel de la puerta de la sala mortuoria.

Dentro se oían alternativamente el rezo y los sollozos de Luisa.

---

## CAPITULO XX.

En que el diablo tiene una nueva entrevista con Luisa.

Lentamente Antonia fué sintiendo que la cabeza la pesaba, que se la cerraban los ojos.

Al fin se durmió.

Allí, entre muertos, á la puerta de una habitacion donde habia dos cadáveres insepultos, á la luz de la luna, que parecia alumbrar aquella noche con una luz tétrica, envuelta en un silencio profundo, Antonia habia luchado en vano por vencer el sopor que se habia apoderado de ella.

Del mismo modo se habian visto acometidos por un sueño prematuro, es decir, por un adormecimiento sobrevenido antes de la hora de costumbre, Silvestre y Genoveva.

Como estaban en su casa, se acostaron.

Poco tiempo despues dormian profundamente.

Hasta Alegría, el mastin que guardaba á los muertos, se durmió entre dos tumbas, frente á la habitacion de sus amos.

Fuera del cementerio, y dentro del carruage de Luisa, el doctor Acebo roncaba.

El cochero dormia en el pescante.

El cazador y el lacayo, que se habian sentado en las gradas de una de las capillas laterales del cementerio, dormian tambien.

Hasta los cuatro caballos del tiro tenian inclinadas las cabezas.

Es decir, que al rededor de Luisa solo habia muerte, sueño y silencio.

Si sabeis lo que es un sueño del alma, un sueño que se ha hala-

gado mucho tiempo, ó que, por mejor decir, durante mucho tiempo nos ha halagado: si ese sueño ha sido un sér fantástico al que dentro de nuestro pensamiento hemos enriquecido con todos los delirios de nuestra imaginacion, al que hemos supuesto todas las cualidades necesarias para colmar nuestros deseos, nuestras aspiraciones, nuestras necesidades del espíritu; si habeis pretendido encontrar sobre la tierra la realizacion de ese sueño; si os habeis engañado una y otra vez; si al cabo habeis creido que vuestro sueño no podia jamás realizarse y habeis desesperado; si despues, de repente, un dia, y cuando menos lo esperábais, el acaso, la fatalidad ó la Providencia os han puesto en contacto con un sér en el que encontrais con asombro la realizacion de vuestro fantasma soñado, que habiais creido imposible; si habeis amado á esa realizacion con toda vuestra alma, con todo vuestro sér, con todo vuestro deseo, con toda vuestra imaginacion; si ese amor ha llenado, en fin, esclusivamente vuestra vida, y las circunstancias en que vos ó el sér que amais se encuentran colocados impiden vuestra union con él; si os habeis resignado á amar solo con el alma á aquel sér parte de vuestro sér, al que necesitaríais amar tambien con el cuerpo para que vuestro amor fuese, como vosotros mismos, un sér real, un sér compuesto de espíritu y materia; si habeis creido ser feliz con ese amor del espíritu, viendo, oyendo, sintiendo el amor que consagra á vuestro amor el sér amado, y á pesar de vuestro sacrificio, no satisfechos el acaso ó la fatalidad, ó la Providencia, ahogan el aliento de ese sér, paran su sangre, nublan sus ojos, le destruyen, en fin, le matan y os lo presentan inmóvil, pálido, insensible, muerto; ¡oh! si habeis pasado por todo esto; si habeis sentido la desesperacion amarga que causa la muerte de un sér amado de este modo; si habeis sentido dentro de vosotros muerta una parte de vuestra alma, entonces, y solo entonces, podreis comprender la conducta de Luisa, pasando una noche entre los muertos; entonces, y solo entonces, podreis comprender la fria desesperacion de Luisa ante Andrés, inmóvil, pálido, insensible, muerto.

Dolor sin lágrimas, dolor silencioso, frio, agudo, pesado como una losa de mármol; dolor que trae consigo la atonía, la fiebre, el abatimiento, la abstraccion de todo lo que no es aquel dolor insoportable, terrible, comparable solo con el que debe sentir, eterno, ardiente, devorador, incesante, Satanás recordando el cielo.

Así habia amado Luisa.

Así sufria.

Y á ella, inmóvil, pálida, contemplando á Andrés, la parecia un sueño Andrés muerto.

Era una idea la de la muerte de Andrés que no cabia en el pensamiento de Luisa.

Era una verdad que tenia ante los ojos, y de la cual, sin embargo, dudaba.

Para Luisa, Andrés no estaba muerto, sino dormido.

Para Luisa, la muerte de Andrés no podia ser viviendo ella.

Porque debian morir los dos muriendo uno de ellos.

Luisa jamás sentia á medias.

Luisa habia nacido para soñar.

Y Luisa miraba á Andrés de una manera poderosa y ardiente, como si hubiera pretendido volverle á la vida con el fuego de sus miradas.

¡Pobre ángel bajado á la tierra para quemar en ella sus alas de blanco, oro y azul!

¡Pobre pensamiento entusiasta, que debia desvanecerse entre la niebla impura de una tierra maldita!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El silencio mas profundo rodeaba á la jóven.

Pasó una hora, pasaron dos.

El pensamiento de Luisa empezó á estraviarse.

Sus sentidos, perturbados, empezaron á viciar, á alterar para ella las impresiones.

Parecióle que una luz estraña, purpúrea, se estendia por las bellas megillas pálidas de Andrés.

Que sus miembros, antes rígidos, se hacian flexibles.

Que por su boca entreabierta salía una leve respiracion.

Que á través de sus párpados lucía una mirada soñolienta, pero llena de vida.

Que su pecho se dilataba y se comprimia movido levemente por su respiracion.

Luisa, que habia permanecido mucho tiempo de pie apoyada en la mesa, con la cabeza alta, fijando su mirada lívida en Andrés, empezó á inclinarse como cediendo á una atraccion poderosa.

Á medida que su semblante se aproximaba al semblante de Andrés, parecíale que el semblante de este resplandecia, se iluminaba.

Llegó un momento en que los labios de Luisa tocaron casi la frente de Andrés.




VIÓ AL BARON DEL DESTIERRO SENTADO SOBRE EL ATAUD.

Y luego, enloquecida, arrastrada por su dolor, por su amor, por su alma, besó al jóven en la frente.

En aquel momento se oyó una voz ronca, lúgubre, cavernosa, á las espaldas de Luisa.

Voz que parecia salir del pecho de un condenado.

Voz que dijo con un sarcasmo infernal las siguientes palabras:

—Mira, Luisa, no sean tus besos para Andrés, lo que fué para Lázaro la palabra del Salvador.

Luisa se irguió, obedeciendo á un sacudimiento nervioso, y de una manera nerviosa tambien volvió hácia donde muy cerca de ella, á sus espaldas, habia resonado la voz.

Entonces vió al baron del Destierro que estaba sentado sobre el ataud, y que la miraba de hito en hito.

El baron del Destierro, ó Satanás, estaba verdaderamente horroroso.

La parte superior de su frente estaba partida por una cuchillada.

Vueltos y cárdenos los bordes de la herida, y brotando por medio de ellos y de una manera horrorosa un raudal de sangre negra en fuerza de roja, que caía como un velo á lo largo de su semblante.

Y á través de aquel velo impuro relucian los ojos de Satanás como dos carbones medio encendidos, y chispeaban, y fulguraban, y acrecian y decrecian en brillo.

De su pecho, y á través de su camisa de batista, corria un raudal de sangre, tan negra como la que se desprendia de su cabeza, y empapaba sus vestidos, é iba á caer, convertida en múltiples hilos, de la mesa al suelo, produciendo el ruido leve y monótono que causa el agua que sale de una regadera.

El baron estaba completamente vestido de etiqueta.

Pero su trage se habia descompuesto, y tomado en su descomposicion un aspecto repugnante.

Y á pesar de todo esto habia en Satanás una hermosura terrible, infernal.

—¡Ah, tú, y siempre tú, maldito! dijo Luisa.

—Sí, aquí estamos todos, contestó Satanás, echando fuera del ataud, primero una pierna, luego otra, sentándose al fin en su borde, y poniéndose, por último, de pie al otro lado de la mesa.

Luisa y Satanás estaban frente á frente.

—¿Qué me quieres? dijo Luisa.

—Todos duermen al rededor, dijo el diablo: yo les he enviado uno de mis diablillos para que los adormezcan: ninguno despertará

hasta que yo quiera: es temprano; apenas son las diez: podemos pasar juntos una noche mas: pero sentémonos; yo no me canso, pero tú estás cansada, Luisa, y debes sentarte, y estando tú sentada, debo yo sentarme tambien, para no parecer un inferior tuyo permaneciendo de pie delante de tí.

Y el diablo se fué de la mesa, y se sentó en el sillon presidencial.

Luisa, dominada por aquella fascinacion terrible que ejercia sobre ella el diablo, fué á sentarse en uno de los sillones que estaban á los estremos de la mesa.

En el situado á la izquierda del diablo.

La lámpara, cuya luz era de suyo turbia y sombría, se hizo mas opaca.

Solo quedó en aquella sala reducida, impregnada de horror, una media luz fantástica.

—Nos vemos por la última vez, acaso durante mucho tiempo, Luisa, dijo el diablo.

Luisa hizo un movimiento de impaciencia y de despecho.

—Pero al despedirme de tí, añadió el diablo, te voy á dejar gravemente comprometida.

—Me importa poco lo que pueda sucederme, dijo Luisa, despues de lo que ya me ha sucedido.

—¡De lo que ya te ha sucedido! Lo que te ha sucedido no es nada, es un juego, cuando mas una pesadilla, que se desvanecerá al despertar, comparado con lo que está por sucederte; ya verás.

Luisa guardó silencio.

—Voy á ver si al recogerme de mi campo de muerte, me han dejado la petaca, dijo el diablo rebuscando los bolsillos del frac: vamos, sí; aunque no lo comprendo, se han llevado la cartera, para obtener, sin duda, noticias de mí... las alhajas para pagar las costas... pero me han dejado el tabaco: me alegro: ya sabes que cuando tomo la forma humana no me encuentro bien sin fumar.

Satanás sacó un magnífico cigarro de la petaca, lo puso en su boca, y para encenderle apuntó la estremidad del cigarro á la opaca luz de la lámpara, que colgaba á alguna altura sobre la mesa, y á la cual no alcanzaba el brazo del diablo.

Una chispa partió de la luz de la lámpara, y vino á pegarse á la estremidad del cigarro, que poco despues estaba completamente encendido.

Despues buscó el diablo una posicion cómoda en el sillon.

—Mas valia, dijo, que los buenos hermanos de la sacramental hu-

biesen plantado algunos árboles menos en el cementerio, ó dejado por hacer algunos nichos, y hubieran empleado el dinero que han gastado en esas superfluidades en traer muebles cómodos. ¡Cuidado si son duros y estrechos estos sillones, y viejos y feos! No puedo sufrir las miserias: cuando vayas al infierno, que irás, ó he de poder poco, ya verás, Luisa, ya verás qué buen gusto, qué esplendidez, qué belleza, la de mi inmenso palacio: serás una de las favoritas de mi haren, y te daré uno de mis mejores departamentos: ya verás, ya verás... Pero entre tanto aquí me siento muy mal, y esta sangre que me corre sin cesar de las heridas me fastidia mucho.

Y el diablo se recogió la sangre de la frente con la mano, y la sacudió.

La sangre pareció restañarse, como si hubieran puesto sobre las heridas un hierro ardiendo.

—¿Hubieras tú creido, dijo Satanás, que tu Andrés, sable á sable contra mí, me hubiera causado tal destrozo?

—¡Ah! ¡te ha vencido Andrés! esclamó con mal reprimido orgullo Luisa.

—¡Bah! ¡Andrés! ¡Pobre Andrés! ¿No le ves á tu izquierda pálido, inmóvil, muerto?

—Pero Andrés no tiene ni una sola herida.

—Porque no le ves el alma.

—El alma de Andrés está sin duda con Dios.

—No; el alma de Andrés está con Cesárea de Wadicoff, es decir, conmigo.

—¡Ah! esclamó Luisa.

—¡Me adivinas! Tienes mucha viveza de imaginacion, Luisa, y un corazon tan impresionable, que rara vez se engaña en sus presentimientos: sí, sí por cierto; Andrés arde, es decir, el alma de Andrés arde en el amor de Satanás, como arde el alma de Leontina, su mujer, en el amor del baron del Destierro: es un matrimonio que me divierte mucho, entre el cual estás tú para acabar de divertirme. Á fé, á fé, que no esperaba yo pasar contigo una noche tan agradable, aquí, en presencia de Andrés, reducido á la nada, rodeado de silencio y de muertos, es decir, de desechos humanos; muertas la mayor parte de las almas que animaron esos despojos, están allá, en mis dominios, á pesar del *resquiescat in pace* esculpido en las lápidas de los nichos que guardan sus escombros. Es esta una de las noches mas deliciosas que espero pasar. Y este cigarro es esquisito. ¿Quieres un compañero suyo, Luisa?

Luisa no contestó.

—Observo, dijo Satanás, que cada dia me vas perdiendo mas el respeto; esto consiste en que yo me prodigo demasiado para tí: por lo mismo he resuelto que esta sea la última entrevista por ahora, y dejar pasar mucho tiempo antes que me veas de nuevo.

—¡Oh, gracias á Dios! ¿Te has cansado de trabajar en balde?

—No, no es eso; yo no me canso nunca: yo soy el espíritu de la actividad; á pesar de que mis negocios contigo son enfadosos, de que pierdo en ellos mucho tiempo, ninguno de mis otros negocios, ni aun el mas pequeño, está desatendido; pero temo, si me prodigo mucho contigo, que te me atrevas demasiado: no nos veremos, pues, sino cuando haya pasado mucho tiempo: pero esto no quiere decir que yo te deje en paz, no por cierto: estaré siempre á tu lado, te rodearé de tentaciones, te haré, sin dejarme ver de tí, la guerra mas cruda que haya hecho nunca.

—Dios me defenderá, maldito. Dios, contra cuyo poder se estrella tu perversidad.

—Llegará un dia en que pierdas la fé en Dios.

—Yo he nacido mártir.

—Tienes una vanidad insoportable: la mas absurda de las vanidades: la vanidad de la virtud.

—Te engañas, Satanás: yo creo que mi fuerza no es mia, sino de Dios.

—Verdaderamente que Dios debe estar muy satisfecho de tí.

—Sufro y espero.

—¿Pero cuándo?

—No lo sé.

—Sí, pero tú quisieras las dos glorias; la de la tierra y la del cielo.

—Dios, si esa es su voluntad, me las puede dar.

—La virtud no encuentra su recompensa en la tierra; ya ves; yo he hecho por tí todo lo que puede hacerse; te he legitimado á los ojos del mundo; te he hecho fabulosamente rica.

—Tu dinero irá...

—Á los pobres... y los hará holgazanes... mejor... ya sabia yo lo que me hacia haciéndote rica. En cuanto á Andrés, si me venció físicamente con una ayuda superior, yo le vencí despues moral y físicamente por mí mismo. Le dejé ver tanta hermosura, le hice sentir tanto, que allí le tienes, Luisa; allí le tienes inmóvil, mudo, yerto como un cadáver.

—¡Como un cadáver! ¡Pues qué, no ha muerto!

—Hace tres horas tu médico se asombraba del estado de Andrés; no lo comprendia; el buen doctor Acebo no podia creer que Andrés estuviese durmiendo: otros médicos menos sabios, ó por mejor decir, menos prácticos que tu doctor, le han creido muerto... y le han traido aquí. Mañana ni él ni yo estaremos aquí, yo te lo afirmo.

—¿Y te me has aparecido para eso?

—No, no ciertamente, Luisa; pero quiero pasar contigo lo noche, y he pensado en que nos entretengamos, yo contando la historia de tu bisabuela, tú escuchándola.

—¡Otra historia de horrores!

—Otra historia de lágrimas: hay tal fatalidad entre tí y tus abuelas, que tú sucesivamente vas pasando por situaciones análogas á las en que ellas se encontraron. Figúrate, Luisa, que tu bisabuela estuvo enamorada de un muerto.

—¡De un muerto!

—Sí, de un muerto; como tú, ni mas ni menos.

—¿Pero no dices que Andrés no está muerto, sino dormido?

—¿Y qué es la muerte mas que el mas profundo de los sueños?

—¿De suerte que el sueño de Andrés es el sueño de la muerte?

—¿Quién sabe?

—¡Oh, eres infame, Satanás!

—Yo soy el mal concentrado. Pero estamos perdiendo el tiempo, y necesitamos concluir pronto, porque dentro de poco tendrás mucho que hacer. Empecemos, pues.

—¿Con que es necesario que te sufra?

—No tienes otro medio. Y dime: ¿no te sufro yo á tí?

—Yo no te busco.

—Tú eres un medio de lucha entre yo y Dios.

—¿Y hasta cuándo durará esta lucha?

—Hasta que mueras.

—¿Y cuándo moriré?

—Dios lo sabe.

Luisa inclinó la cabeza, y se resignó.

Satanás tiró el cigarro que habia encendido, y que ya iba por la mitad, y encendió otro.

Despues dijo:

—Tu bisabuela se llamaba Luisa Eugenia Antonia; es la heroina de la historia que te voy á referir: el título que yo pongo á esta historia es:

## LA AMANTE DEL MUERTO.

### I.

Figúrate, Luisa, una noche lóbrega.

Una de esas noches que parecen una imágen del caos.

En que no se ven ni el cielo ni la tierra.

En que no hay lejos ni cerca.

Supon que un relámpago alumbra por un momento estas sombras, las corta, las convierte en un fuego lívido, como si todo el espacio ardiera por un instante, y que, gracias á esta luz que huye, que se esconde, como avergonzada de haber aparecido, á quien tragan, á quien absorben, á quien enjugan, por decirlo así, las tinieblas; ves sobre un peñascal un edificio que no es torre, porque no es robusto, ni casa, porque es estrecho, y redondo y alto, como una torre.

Supon que tienes curiosidad, y no hay que suponerlo, la tienes ya: ¿no sabes lo que hay en aquel edificio estraño, lo que se encierra en su seno?

Pues bien: entremos; yo te llevaré de la mano hasta su puerta.

Puerta tan estrecha que apenas puedes entrar por ella; porque tú eres muy buena moza, Luisa.

Entremos, pues, aunque sea con trabajo; pero no subamos; bajemos.

Si subiéramos nos encontrariamos en un palomar.

Ni mas ni menos que en un palomar, donde hay un ciento de pares de palomas torcaces.

Si entrasémos de dia en la parte baja del palomar, no veríamos, á pesar de la luz del sol, la abertura por donde vamos á bajar; veríamos únicamente un suelo cubierto por una capa compacta y apretada de polvo y escrementos de paloma, y nada mas.

Pero levantada aquella capa, encontraríamos cuatro ó cinco enormes losas irregulares, que forman un pavimento resquebrajado relleno de tierra, y por mas que examinemos aquellas losas, no encontrarémos ni el mas leve vestigio de que ninguna de ellas abra paso á una escalera de caracol, ni aunque las golpeemos una por una nos responderá en ninguna de ellas ese sonido particular que indica un hueco tras ó bajo el cuerpo que la golpea.

Si levantáramos la losa del centro, encontraríamos tierra; si escarbáramos aquella tierra, no encontraríamos nada mas que tierra en una vara de profundidad.

Pero al fin encontraríamos una compuerta de hierro.

Abierta aquella compuerta, cuya parte interior nos procuraría cuatro gradas de hierro, llegaríamos á una estrecha escalera de piedra en espiral; bajaríamos ciento sesenta escalones, llegaríamos á una mina de piedra, estrecha, arqueada, tortuosa y pendiente, en la cual hay de trecho en trecho un farol pegado á la pared, de vidrios ahumados y de luz turbia.

Llegaríamos, en fin, á un espacio circular, de techo mas alto, de paredes enlucidas y algo ornamentadas, de pavimento de mármol blanco, y con una puerta de nogal tallado con filetes dorados de gusto churrigueresco.

Franqueando aquella puerta, nos encontrarémos en una especie de antesala mas rica aun, pero desprovista de muebles, por la que se pasean en silencio dos hombres armados.

Sus armas consisten en sables corvos, pendientes de tirantes negros, cuyos tirantes están sujetos á cinturones charolados que rodean las cinturas de aquellos hombres, sobre chupas de raso blanco bordadas de seda de colores.

En estos cinturones están sujetas por los ganchos dos largas pistolas de dos cañones, medio ocultas bajo unas anchas casacas de seda labrada, de color gris, con bordaduras negras.

Estos dos hombres, por último, tienen cabellos empolvados, con dos bucles circulares anchos á los lados de la cabeza, coleta con lazo negro, sombrero apuntado, corbata de batista con caidas sobre el pecho, camisas bordadas con ancha y rizada chorrera, alfileres voluminosos de brillantes en el pecho, calzones de raso del mismo color que la casaca, medias de seda de color de carne, y zapatos lustrados con alto tacon y hebillas de oro.

Los dos están, respecto á edad, entre los treinta y cinco y los cuarenta años.

Emtrambos tienen los rasgos característicos de la clase noble.

Entrambos son lo que en 1793, época en que sucedia lo que se refiere, podia llamarse caballero.

Aquellos dos hombres vestidos de este modo, armados de este modo, y paseándose á lo largo de aquella antesala, y en silencio, eran, sin embargo, dos centinelas.

Dados dos centinelas, se supone que hay algo que guardar.

Y cuando en vez de ser soldados los centinelas, son personas del aspecto de las que te he descrito, y en lugar tal y tan profundo, se presupone que lo que se guarda importa mucho que sea bien guardado.

En efecto, lo que habia que guardar allí eran las reuniones de una de esas sociedades secretas que estaban tan en boga en el siglo pasado.

## II.

Nada sucede si una causa no lo determina.

No basta que una idea germine y se arraige en la superficie social de un pais.

Esto es, en su parte mas avanzada, mas ilustrada, mas sabia.

Es necesario que una fuerza cualquiera, un agente poderoso, la haga germinar.

En España por aquel tiempo habia elementos bastantes para que la clase mas ilustrada del pais estuviese disgustada, preparada, madura, para las conspiraciones, que son la vanguardia de las revoluciones.

Reinaba en España Cárlos IV.

Lo que es lo mismo que decir que reinaba María Luisa.

Lo que equivale á si yo dijese que reinaba el príncipe de la Paz.

Don Manuel Godoy era...

Todo el mundo sabe lo que era don Manuel Godoy, y yo no me he propuesto contarte un período de la historia de España.

La sabes demasiado, porque eres muy instruida, Luisa.

Quiero contarte la historia de la amante del muerto.

Esto es, la historia de tu bisabuela Luisa Eugenia Antonia.

Pues bien: para contarte esa historia, me ha sido preciso levantar las puertas de una logia masónica, porque de allí necesitamos sacar una persona.

Para justificar la existencia de aquella logia, me he visto en la necesidad de recordarte de pasada el estado en que se encontraba

Europa á fines del pasado siglo, y apuntar el nombre del príncipe de la Paz y de sus augustos amigos, para que se comprenda cuán irritado debia estar el egoismo de ciertos hombres en España, haciendo necesarias, lógicas, las conspiraciones y aun los motines.

El favor de que gozaba Godoy daba en el rostro á la mitad de España, y pesaba como plomo sobre la otra mitad.

Solo Moratin vivia á sus anchas, porque el favorito le pagaba bien sus adulaciones.

Y sin embargo, Moratin, reflejo francés, era mas afrancesado que lo fué Bonaparte.

Contenia, sin embargo, á la mitad de España su ignorancia, su fanatismo, sus admirables condiciones para el sufrimiento, y su lealtad hácia sus reyes.

Sin embargo, se pensaba en la supresion de la dinastía por otros mas avanzados: en un órden de cosas semejante al de Francia.

Esto era muy natural.

Los fragmentos encendidos del vecino incendió caían sobre España, y prendian en la parte seca y preparada á la combustion.

Pero adelante.

## III.

No necesitamos pasar de esa especie de antesala de la logia, adonde hemos llegado, y donde se pasean, á guisa de centinelas, dos personas distinguidas y armadas.

La persona que esperamos, y por la cual hasta tal punto hemos ido, no tardará en venir.

En efecto, se abre la puerta del fondo, y aparece un caballero.

Mírale, Luisa.

Veinte y ocho años.

Cinco pies y tres pulgadas.

Esto es, ni alto ni bajo.

Trage de terciopelo de color de hoja seca.

Un ligero filete de oro en los bordes del chaleco y en las vueltas de las mangas.

Botas de montar altas y lustradas, con espuelas de plata.

Guantes finísimos de ante, de su color.

Corbata blanca, y camisa con chorrera.

Un cinturon con hebillas de plata, espada de montar con empuñadura de plata y la vaina de acero, pistolas bajo la casaca, y sombrero de tres candiles.

Al pecho la cruz de Calatrava.

Gallardo sin afectacion, altivo sin tiesura.

Cabellos sin polvos, que dejan conocer su finura y su negro intenso, indolentemente erizados y sujetos atrás por un lazo de cinta, negro tambien.

Semblante aguileño, frente pronunciada y ancha, ojos y cejas negros, nariz fina, y bigote negro.

Lo demás cuidadosamente afeitado.

Moreno de una manera fuerte, pero con un moreno límpido, mate, pálido, sobre una tez fina y tan densa, que parecia desprovista de poros.

Y los hombros anchos, las manos y los pies pequeños.

Al abrir la puerta, los dos que paseaban se detuvieron.

—Y bien, señor don Lorenzo, ¿qué hay de nuevo? dijo uno de ellos.

—Hay, amigo Capdevila, respondió el otro, que con el pretesto de incorporarme á mi regimiento, que está en Valencia, parto para allá.

—¿Y de allí? dijo el otro.

—De allí, en un buque contrabandista, pasaré á Marsella, de Marsella á Lion, de Lion á París.

—¡Ah! Va usted...

—Sí, de embajador de los buenos españoles, junto á la Convencion.

—Cuidado, don Lorenzo, que aquella es gente ruda, salida del polvo, y á quien ofende todo lo que huele á noble... y usted...

—¿Y qué tiene que ver? ¿en qué se opone la nobleza á la libertad? ¿Por mas republicano que yo sea, dejaré de ser nieto de mi abuelo?...

—Yo me pondria una casaca grasienta, unas botas rotas, una camisa sucia, y un sombrero viejo; me ensuciaria las manos, me desgreñaria los cabellos, y procuraría oler á ajos y cebollas, para presentarme á esos señores convencionales.

Una fina sonrisa de desden y de altivez apareció en la faz de don Lorenzo, que contestó á la observacion de su amigo:

—Esas gentes son la mano que Dios nos envía para castigar los crímenes, las impurezas, el fanatismo de cien generaciones: sus elementos de destruccion son rudos, semisalvages; pero no importa: me hace respetar y servir de ellos. Y adios, que me llaman mi deber y mi corazon á otra parte antes de partir.

—¡Ah, la hermosura misteriosa, la de los Caños del Peral, la

de la costanilla de San Andrés! Es usted afortunadísimo, don Lorenzo.

—¿Por qué? ¿Porque ese prodigio se ha ablandado hasta el punto de permitirme que la visite?

—¿De manera que es usted su amante?

—¡Bah! No se puede entrar en una casa donde haya una mujer, tres dias seguidos; no se puede ir á caballo junto al coche de esta mujer en el Prado; no se puede entrar en su aposento, en el teatro, sin que todo el mundo señale á esa mujer y diga: «la amante de fulano.» Pues juro á ustedes, señores, que nada mas lejos que esto: me desespera, me aburre.

—¿Pero admite sus visitas?

—Sí por cierto; desde el oscurecer hasta las doce de la noche.

—¿Y esa señora no sabe?...

—¿Que soy profeso del hábito de Calatrava? ¿Que soy freire? ¿Que no me puedo casar? Sí por cierto; lo sabia antes de conocerme, y despues se lo he dicho yo, creyendo que no lo sabia; porque yo, señores, no me embosco ni miento: no quiero dar lugar á que nadie pueda avergonzarme echándome á la cara una infamia.

—¿No pudiéndose usted casar con ella?...

—Puede ella amarme... platónicamente.

—Sueños...

—Lo mismo creo yo... pero, en fin, allá veremos. Adios, señores, adios.

—Adios, don Lorenzo, y haga usted lo que hemos dicho: para hablar á los convencionales, disfrácese usted de *sansculotte*.

—¡Oh! Voy á hablar esclusivamente á los girondinos, que son los petimetres de la República. Adios, señores, adios.

Y tendiendo á un mismo tiempo la mano á los dos amigos, y estrechándosela, se perdió por la mina del frente.

—Dios quiera que vuelva de París nuestro buen Fonseca, dijo el uno.

—Es demasiado confiado, demasiado valiente, contestó el otro.

Y entrambos siguieron paseando.

## IV.

Don Lorenzo Fonseca, marqués de Aponte, grande de España, gentil hombre de S. M., era además de esto coronel de uno de aque-

llos pesados regimientos de infantería de á tres mil hombres que tenia España por aquellos tiempos.

Habia sus razones para que su escelencia se hubiese hecho demócrata, y demócrata ardiente.

Habia nacido huérfano, matando al nacer á su madre, viuda, y habia sido educado por los jesuitas.

Hay algo fuertemente democrático en el fondo de las constituciones de la Compañía de Jesus.

Y de democrático á la espartana.

En Esparta el Estado absorbia al ciudadano.

En la Compañía de Jesus la institucion absorbia al individuo.

Esparta arrojaba de sí á aquellos de sus hijos que no servian para la guerra ó para la multiplicacion.

La Compañía de Jesus no admitia en su seno á hombres que no hubiesen nacido jesuitas.

Esparta despedazaba al rey que incurria en tiranía.

Es decir, que queria imponer su voluntad sobre las leyes.

La Compañía predicaba el tiranicidio.

Esto es, el regicidio.

Y como no hay rey, por bueno que sea, que alguna vez no tiranice, ó que por lo menos no propenda á la tiranía, hé aquí que los jesuitas, predicando el tiranicidio, protestaban contra la monarquía.

Y la movilidad de sus cargos, la no perpetuidad en ninguno de ellos, su voto de no aceptar jamás ni el cardenalato, ni el papado, ni el episcopado, ni ningun cargo eclesiástico, perdonaba todas estas cosas, digo, los constituían en republicanos, y en republicanos ascéticos, por decirlo así.

La ley, el precepto, lo eran todo, lo son, para la Compañía.

Su dogma social está basado sobre la mas perfecta igualdad.

Su vida, como institucion, está robustecida por la obediencia ciega, por la abdicacion de la voluntad ante el precepto, hijo del principio y nieto de la idea.

Si yo pudiera reirme de algo, me reiría de los demagogos que aborrecen á la Compañía de Jesus.

Las plantas tienen un vigor, unas condiciones, relativas al suelo en que se arraigan, á la atmósfera en que se estienden.

Fonseca, educado por los jesuitas, aspiró la atmósfera de la libertad que dentro de la ancha *esfera de la obediencia* (y parecen una paradoja las palabras que acabo de marcar) envolvia á los jesuitas.

Se hizo tolerante con todas las creencias, con todos los fanatismos, con todas las miserias, y la tolerancia, hija de la razon, conduce á la razon hasta el punto de que nuestro pensamiento no conciba nada sino visto á través de la razon, lo que conduce directamente á la libertad mas ámplia, porque libertad que no se funde en la razon no puede ser libertad.

Es cierto que la razon lo descarna todo, lo diseca todo; que es necesario, para no morir, defenderse de la razon, levantando el espíritu á la contemplacion de lo infinito, anegándole en las interminables deducciones á que nos conduce el estudio de nosotros mismos con relacion á los demás: perdiéndonos en las hipótesis á que nos arrastran la tendencia á relacionar lo finito con lo infinito, la materia con la esencia, el cuerpo con el espíritu, la vida de la materia con la vida del alma, el período con la eternidad.

Eso es anegar el alma en aspiraciones.

Es suponer estas aspiraciones realizables.

Eso, en una palabra, es soñar.

Pero quien se ha acostumbrado á vivir soñando, cuando le despiertan muere.

Ó enloquece.

Ó se hace malvado.

## V.

El marqués de Aponte habia nacido poeta, uno de esos poetas que jamás han rimado, que jamás han combinado algunas sílabas para que produzcan un sonido métrico.

Pero hay muchos rimadores feroces que jamás han estampado sobre el papel una frase, una idea, un pensamiento poético, y hay hombres que sin escribir hacen de sí mismos un poema.

El marqués de Aponte habia hecho de sí mismo un poema fantástico.

Y anegado en la fuerte, en la vigorosa, en la absorbente poesía de su alma, no habia pensado jamás en trasmitir á otros la poesía de que su alma era depositaria.

Fonseca era un poeta de accion, no de palabra.

## VI.

En su frente, en su mirada, en su semblante, se transparentaba el fuego sacro.

No era lo que puede llamarse un hombre hermoso, y sin embargo lo parecia.

Aunque no hubiera nacido grande y rico, hubiera dejado siempre conocer la aristocracia de sus maneras, de su diccion, de su espresion, reflejos, resultados, manifestaciones de la aristocracia de su alma.

Era uno de esos hombres decidida y fuertemente simpáticos para todos los que rinden culto á la dignidad, al honor, á la bondad, á la franqueza, á la dulzura, á la virilidad del alma.

Era uno de aquellos séres que al presentarse en un círculo donde no se les conoce, hacen preguntar á todo el mundo:

¿Quién es ese jóven?

## VII.

Toda criatura está predestinada á un sufrimiento.

Cada criatura está predispuesta á un sueño.

Los siete pecados mortales se disputan los sueños de las criaturas.

El marqués de Aponte, desde que cumplió los quince años empezó á soñar.

Su sueño era una mujer.

Sueño indeterminado primero, intuicion, aspiracion del alma.

Concreto, distinto despues, deseo formulado, vivo, ardiente, determinante.

He aquí el sueño de Fonseca.

La mujer jóven, vírgen del cuerpo, y del alma, guardada para su amor.

Y enriquecida con tantas cualidades, que el sueño de Fonseca habia llegado á convertirse en la idea de un ángel, tal como puede ser un ángel; no una criatura que come y bebe, y á quien duelen el estómago y las muelas.

Y este sueño, esta aspiracion, esta ambicion de Fonseca, que le hacia correr tras todas las mujeres, buscando en todas á su sér ideal si no completo, casi completo al menos, estaba contrariada por una perfidia de que se le habia hecho objeto.

## VIII.

Era tutor del jóven grande, un tio suyo, hermano de su padre.

Si Fonseca hubiera muerto, su tio hubiera entrado en posesion del título y del mayorazgo.

Desgraciadamente para Fonseca, su tio no era capaz de concebir un asesinato material.

Pero tenia imaginacion bastante para concebir un asesinato de distinto género: el asesinato de la felicidad de su sobrino, de la familia de su sobrino, de su nombre, de su trasmision á la vida por medio de sus hijos legítimos.

En una palabra, le hizo impotente para la familia.

Le echó encima el hábito de Calatrava, y aprovechando una desesperacion del jóven, causada por la trasformacion en diablo de una niña en quien él, loco, habia creido encontrar su ángel soñado, le hizo freire de la misma órden, estó es, caballero profeso.

El marqués no podia ya casarse.

Por consecuencia, no podia tener hijos legítimos.

Cuando muriese debia heredarle, ó su tio, ó los hijos de su tio.

Además de esto, mientras viviese su tio, tenia asegurados sus alimentos, como heredero inmediato, alimentos que ascendian á una cantidad respetable, porque las rentas eran enormes.

## IX.

Á los veinte años, Fonseca era gentil-hombre de cámara con ejercicio.

En 1788 murió Cárlos III.

Cárlos IV fué rey.

Por consecuencia reinó María Luisa.

Por consecuencia, fué despedido del despacho de S. M. el conde de Aranda.

Por consecuencia, fué ministro universal de Cárlos IV don Manuel Godoy.

Don Manuel Godoy encontró sumamente antipático á Fonseca.

Fonseca fué despedido de la servidumbre.

Poco despues llegaron las noticias de los primeros estremecimientos de la revolucion francesa.

Los estados generales, lanzados del palacio de Versailles, se habian refugiado en el juego de pelota.

Fonseca irguió la cabeza y escuchó, como el caballo de batalla oye estremeciéndose de impaciencia, el sonido del clarin que llama á la pelea.

Fonseca estaba predispuesto, por su educacion y por el odio que

tenia á la corte, y se afilió entre los fracmasones, y para estar á cubierto, solicitó y obtuvo de nuevo el puesto de gentil-hombre.

Ya le hemos visto salir de la logia.

Sigámosle, Luisa.

## X.

El escelentísimo señor don Lorenzo de Fonseca, marqués de Aponte, grande de España, gentil-hombre de S. M., coronel del regimiento de infantería de Saboya, y comendador profeso de la órden de caballería de Calatrava, siguió á pie y á oscuras, porque aquella noche lo era y mucho, el repecho abajo de la colina, hasta llegar á un camino donde habia un carruage, cuyos faroles estaban encendidos.

Al sentir las espuelas del marqués, se abrió la portezuela del carruage y asomó una esbelta cabeza de mujer, toda empolvada, unos hombros deliciosos y hasta un talle encantador.

—¡Caballero! dijo con alguna irritacion aquella voz.

—¡Luisa! esclamó Fonseca.

—Sí, yo soy. ¿De dónde viene usted? dijo la dama mas irritada.

—¡Qué imprudencia! dijo de mal humor Fonseca.

—¡Ah! He hecho mal en venir, ¿no es verdad? Pues ya no tiene remedio: hágame usted el favor de entrar.

—Un momento, Luisa, un momento.

—Espero impaciente.

Y la dama se metió dentro del carruage, dejando abierta la portezuela.

El marqués dió dos palmadas, y de un poco mas allá del coche, del mismo camino, adelantó un lacayo que traía dos caballos del diestro.

—Sigue á ese carruage, dijo el marqués; despues hablaremos los dos.

Y la voz del marqués temblaba de cólera al pronunciar estas palabras.

Despues se dirigió al coche, entró, se sentó al cristal, y cerró la portezuela.

—No, ahí no, caballero, dijo Luisa; junto á mí.

El marqués se sentó en el testero, junto á la dama.

Aquella dama era tu bisabuela, Luisa Eugenia Antonia.

El carruage se puso en marcha.

Iban echadas las cortinillas, y el interior estaba completamente oscuro.

El que se hubiese encontrado en el lugar del marqués, es decir, en el testero del carruage, junto á aquella mujer, hubiera percibido:

Un delicado perfume.

Un calor delicioso.

Un contacto embriagador.

Hubiera notado además:

Que la mujer estaba irritada,

Por su silencio hostil.

Por su sobrealiento.

Por la impaciencia con que golpeaba con su abanico sobre la rodilla.

Durante algun tiempo el marqués permaneció en silencio, como Luisa Eugenia.

Pero aquel silencio se prolongaba, y se hacia difícil.

Establecia una situacion de agresion muda y de resistencia altiva.

El marqués, que no tenia motivo alguno de enojo con tu bisabuela, creyó que debia romper aquella situacion.

Estendió á tientas una mano, y buscó otra mano de Luisa Eugenia.

Aquella mano se retiró.

Se acercó á ella, y Luisa Eugenia se retiró bruscamente.

Quiso rodearla la cintura, y Luisa Eugenia le dió con el abanico en el rostro, pero no de una manera tan fuerte que lastimase al marqués.

Lo que demuestra, Luisa, que tu bisabuela era colérica.

—¿Qué significa esto, Luisa? preguntó con acento blando el marqués, mas como quien suplica que como quien exige esplicaciones.

—Esto significa que ya sabemos en qué pasa usted las noches, caballero; en qué consiste que no me haga usted *el favor* de pasarlas á mi lado.

—¡Ah! ¿Tienes celos, Luisa mia?

—¡Celos! ¿Se pueden tener celos por un hombre á quien se desprecia? ¡Celos! ¡Vaya una ocurrencia singular! Hace algun tiempo, algunas horas, sentia yo por usted algo que se parecia á amor; tenia cuidado; no sabia en qué, dónde, con quién pasaba usted las noches desde hace un mes: yo no creía en esos quehaceres importantes, marqués; no podia creer en ellos.

—Se trata de la reorganizacion de mi regimiento.

—Todas las reorganizaciones del mundo no pueden impedir que un hombre que ama vaya á ver á la mujer de su amor.

—Reorganizaciones hay, Luisa, que absorben la vida de un hombre, y que la ponen en peligro.

—Supongo que la reorganizacion de un regimiento no pondrá en peligro su vida de usted, que no le matará, como ha matado sus amores conmigo.

—¡Luisa!

—Sí, sí señor; nuestros amores han muerto: por su parte de usted primero, despues por la mia: cuando me he convencido de que usted, no bastándole los amores de la ciudad, los busca en el campo; ¡y en un palomar, gran Dios! Debe usted ser muy aficionado al arrullo de las palomas.

—¿Quién te ha dicho, Luisa, que yo venia á un palomar? dijo el marqués con una mortal inquietud, porque temia que por su causa estuviesen sus amigos comprometidos.

—Cuando á una mujer tal como yo la importa saber una cosa, la sabe.

—¿Pero de quién te has valido?

—De un alguacil, caballero, de un alguacil. ¿No es de estas gentes de las que se vale la justicia para acechar y perseguir á los criminales? Pues bien: yo estaba segura de que usted cometia contra mí un crímen, y me he valido de un alguacil: le he pagado bien, y despues de tres dias de pesquisas inútiles, ese hombre me ha dicho por fin esta tarde el lugar adonde acudiria usted esta noche.

—¡Ah! ¿Con que se sabe por un alguacil donde yo vengo?

—¿Y qué le importa á usted?

—¡Oh, mucho mas de lo que crees, Luisa!

—Nada: eso no le debe á usted importar nada. Cuando usted ha buscado otra mujer, señal clara de que no está satisfecho conmigo, que quiere romper sus compromisos. En buen hora: yo lo deseo, lo anhelo con toda mi alma; por eso he venido; para sorprenderle á usted en flagrante delito, y ser la primera que pronuncie la palabra *adios*.

Y tu bisabuela daba con tal fuerza, al pronunciar estas palabras, en la rodilla con el abanico, que le rompió.

Además, su voz estaba conmovida.

Empapada en lágrimas.

Pero en lágrimas de cólera.

Por algun tiempo el marqués, estremecido, aterrado, guardó silencio.

La noticia de que un ministro de justicia le habia seguido y le habia visto entrar y salir del palomar que servia de entrada á la logia, le aturdia.

Tenia miedo, no por sí, sino por sus compañeros.

—¡Oh, tú no sabes lo que has hecho, Luisa! dijo el marqués.

—Sí, sí; sé lo que he hecho: descubrir una traicion en usted.

—En mí no hay traicion para tí, pero la hay para otros.

—No comprendo que la haya para otros, y para mí no.

—Yo no vengo á ese palomar á ver á ninguna mujer.

—Sin embargo, al rededor hay algunas campesinas hermosas.

—No las conozco.

—Un palomar abandonado es un lugar muy á propósito para tener una cita con una de esas muchachas.

—Los celos te estravían, Luisa.

—¡Pero si yo no tengo celos! Para tener celos es necesario amar, y yo no amo.

—Sí, sí, Luisa; tú me amas demasiado, y yo te amo tanto, que voy á revelarte un secreto gravísimo; pero en tu casa, donde nadie pueda escucharnos.

—Deseo ver cómo se disculpará usted.

—De una manera completa.

—Pues el carruage pára: ya estamos en casa.

En efecto, el carruage paró.

Abrió el lacayo la portezuela, al mismo tiempo que un criado, con luz, abria la puerta de la casa.

Bajó el marqués, y asió la mano de Luisa Eugenia, que bajó tambien.

La jóven, porque entonces lo era tu bisabuela, iba admirablemente vestida con un trage de damasco de color de violeta, con encajes negros, descotada, y con joyas.

Luisa Eugenia bajó.

Se asió de una manera nerviosa al brazo del marqués, que al pasar junto al criado le dijo:

—Anselmo, dile á Pedro, que debe venir detrás con mi caballo, que espere en el patio.

Y siguió adelante, arrastrado por Luisa, que ansiaba quedarse á solas con él.

## XI.

Tres minutos despues, Luisa Eugenia arrojaba su chal de cachemira, y su abanico roto, sobre el velador del gabinete que fué de tu madre, y que lo ha sido tuyo: se sentó en un sillon al lado de la chimenea, y señaló otro al marqués.

Este se sentó.

—Escucho á usted, caballero, dijo Luisa Eugenia, fijando con una espresion singular sus admirables ojos negros, resaltados por la blancura mate de su pálido semblante.

—Yo hubiera venido á verte, Luisa, la dijo el marqués: en estos momentos me hallaria de igual modo á tu lado.

—¿Y á qué deberíamos ese inapreciable favor, caballero?

—Parto para un viaje de algunos meses, y era necesario que me despidiese de tí.

—¡Ah, sí!... Hubiera usted venido... á despedirse.

Y las megillas de Luisa Eugenia temblaban, y sus ojos se entumecian y se llenaban de lágrimas.

Amaba con toda su alma al marqués.

Tanto ó mas como tú amas á ese que está tendido á tu izquierda.

Con la diferencia, Luisa, de que tu bisabuela no habia amado, ni de veras ni por engaño, á otro ningun hombre.

El marqués era su primer amor.

Le habia conocido á los diez y seis años, y desde que le vió le amó.

Tenia diez y ocho años, y llevaba dos años de amores con el marqués.

Amores puros, amores del alma, amores que nadie impedia, que nadie nublaba, porque Luisa era completamente libre.

Pero amores enérgicos, ardientes, infinitos, en medio de su pureza.

Amores que eran la vida de Luisa Eugenia.

El marqués amaba con toda su alma á tu bisabuela.

Pero la amaba tambien con todo su cuerpo.

Porque el marqués no era tan soñador como tu bisabuela.

Sin embargo, su mismo amor le contenia.

Porque el amor, cuanto mas intenso es, es mas respetuoso, cuando se trata de hombres tan impresionables, tan hidalgos, tan generosos, como lo era el marqués.

Nada habia allí, en aquella casa, dentro de aquel gabinete, testigo y confidente de aquellos amores, que no fuese puro como un rayo de sol.

Y eso que el marqués entraba á todas horas en aquella casa.

Que se retiraba á una hora avanzada de la noche; que comia ó cenaba con mucha frecuencia en la casa de su amante; que la acompañaba á todas partes, ya dentro del carruage, ya á su lado á caballo, ya en el teatro, ya en los toros, ya en la iglesia.

Esto produjo un buen resultado.

Luisa Eugenia, como todas tus abuelas, como tu madre, como tú misma, vivia apartada del trato del gran mundo.

Y aun del pequeño.

Pero sin embargo, el gran mundo la conocia.

Como conoce siempre el gran mundo al que vive bien, al que se presenta bien, al que se hace verdaderamente estimable.

Y con nadie es mas mordaz el gran mundo que con estas independencias altivas, que parecen despreciarle no entrando en él cuando tienen abierta la puerta.

El gran mundo supuso á Luisa Eugenia querida del marqués de Aponte.

Por costeados por el marqués de Aponte, que era riquísimo, la casa, las joyas, los trages y los trenes de Luisa Eugenia.

Algunos, mas caritativos, suponian que el marqués y Eugenia estaban casados de secreto.

Pero atribuían tales causas, y tan degradantes para tu bisabuela, al secreto de su supuesto casamiento con el marqués, que hubiera sido mejor que estas caritativas personas la hubiesen tenido, como las demás, por su querida.

Y no le bastó al gran mundo con morder, con desgarrar, con enlodar.

Es necesario que la víctima sepa que es mordida, desgarrada, enlodada.

Es decir, es necesario que lo sienta.

Algunos anónimos se encargaron de hacer conocer á Luisa Eugenia el concepto que de ella habia formado el gran mundo.

Pero Luisa leyó con sangre fria estos anónimos, que fué echando sucesivamente al fuego á medida que los recibia, y seguia permitiendo al marqués la entrada en su casa á todas horas, y saliendo con él á todas partes.

El gran mundo llegó á cansarse de murmurar de Luisa Eugenia.

Esto es, se acostumbró á ver á Luisa Eugenia, tal cual ella se presentaba.

Pero el marqués sufria.

Y la mayor prueba de su amor por Luisa Eugenia, era un sufrimiento de tal especie por ella.

Muchas veces el marqués le habia dicho:

—¡Luisa, vida mia, es necesario que nos casemos!

—¡Necesario! ¿Y por qué?

—Por muchas razones.

—Sepamos.

—Yo te adoro.

—Y yo á tí.

—No puedo vivir sin poseerte.

—Hay sufrimientos muy dulces.

—Convenido: pero ya es tiempo de que yo cambie las dulzuras de este sufrimiento, por otras mayores, por otras divinas dulzuras.

—No cambiára por nada la felicidad que este purísimo amor me procura.

—Además, Luisa...

—Veamos, esa es otra razon.

—Sí, y una razon poderosa.

—¿Cuál?

—Se murmura de tí.

—No importa.

—Se hacen suposiciones...

—No le hace.

—Hay quien se atreve á decir que eres mi querida.

—¿Sí? Pues mira, ahora nos vamos á presentar en público con mas frecuencia que antes.

—Pero te deshonras, Luisa.

—Basta con que Dios y tú veais la pureza de mi alma.

—Sí; pero es necesario tambien no dar que decir al mundo.

—Mejor... mucho mejor: cuanto mas mal diga el mundo de mí, así no querrás casarte conmigo.

—¡Oh! Sí, siempre.

—Pues siento que el mundo no hable de mí lo bastante mal para que te avergonzáras de unir tu nombre al mio.

—¡Qué capricho!

—¡Qué quieres! Amo tanto mi amor, así tan tranquilo, tan sublime, tan grande, que me alegraría que existiese una causa que

hiciese imposible su cambio en ese otro amor que tú tanto deseas.

—Me matarás, Luisa.

—Bien sabe Dios que no quiero matarte.

Y este diálogo, con poca diferencia en las palabras, habia sido repetido hasta la saciedad por los dos amantes.

## XII.

Y no creas que la negativa de Luisa Eugenia á casarse con el marqués consistia en la inverosímil pureza de tu bisabuela.

No: Luisa Eugenia llegó tambien á amar con todo su cuerpo, como amaba con toda su alma, al marqués.

Pero la contenia la fatalidad.

Tu bisabuela me conocia, como me conoces tú.

Sabia, como tú lo has sabido, que el dia en que dispusiese de sí misma perderia mi proteccion, como la has perdido tú, y esperimentaria mi venganza, como tú la has esperimentado.

Luisa Eugenia no se atrevia á provocar la venganza de Satanás, y sufria.

Y sufriendo era una mártir.

La imaginacion, los nervios, la sangre, la reducian á un tormento infinito.

Y al mismo tormento estaba reducido el marqués.

Eran dos Tántalos.

Una sed recíproca del uno por el otro los devoraba.

Sin embargo, Luisa Eugenia se matenia naturalmente pura, y el marqués sentenciado á uno de esos amores que acaban por enloquecer ó matar.

## XIII.

Habian pasado dos años sin que el marqués hubiese dejado un solo dia de visitar á Luisa Eugenia.

Sin que hubiese pasado una noche que desde el oscurecer hasta las doce no la hubiera hecho compañía.

De repente el marqués anunció á Luisa Eugenia que durante algun tiempo no podia disponer de las noches.

Aquella noticia sorprendió á Luisa Eugenia.

Pero por lo mismo que la sorprendió, nada dijo, nada preguntó.

La costumbre ejerce sobre los hombres una tiranía infinita.

Luisa Eugenia pasó una noche detestable á la primera falta del marqués.

Á la segunda se desesperó.

Á la tercera lloró, y no pudo dormir.

Empezó á tener celos.

Creyó que otra mujer le robaba su amante.

Y aunque los celos causan las indiscreciones, Luisa Eugenia supo tener bastante dominio sobre sí misma para no cometerlas.

Veía de dia al marqués, y nada le decia acerca de su ausencia por las noches.

Al fin, Luisa Eugenia no pudo sufrir mas.

Sus celos empezaron á hacerse rabiosos.

La fué necesario saber en qué invertia las noches su amante.

Y mandó buscar un alguacil, le pagó, y le puso sobre la pista del marqués.

Ya sabemos el resultado.

Luisa Eugenia, en su gabinete con el marqués, no le daba celos; nunca, por altivez, se los hubiera dado; pero le acusaba.

Sin embargo, cuando supo que el marqués, que hasta entonces, á beneficio de su influencia, habia permanecido en la corte por ella, y solo por ella, separado de su regimiento, iba al fin á salir de la corte, se la nubló el corazon, y los vestigios de la tormenta que se agitaba en su alma la salieron al semblante.

El marqués la miraba conmovido.

Habia verdadero dolor en los ojos, en la boca, en la actitud de Luisa Eugenia.

Todo su amor se manifestaba.

—Es preciso, dijo al fin, preciso de todo punto, que durante algun tiempo estemos separados.

—¡Preciso! ¿Y por qué? dijo Luisa Eugenia, olvidada ya de sus celos por una contrariedad mayor. ¿Será que haya llegado el momento de que todo concluya entre nosotros?

—Solo la muerte podria separarnos.

Calló el marqués, y Luisa Eugenia inclinó la cabeza sobre el pecho.

Pero de repente la alzó.

Brillaba en sus ojos un fuego singular.

Sus labios pálidos temblaban de una manera terrible.

—Ni aun la muerte podrá separarnos, dijo con voz lenta y grave: yo te lo juro.

Y Luisa Eugenia pensaba entonces en mí.

## XIV.

El marqués escuchó con un terror incomprensible las últimas palabras de Luisa Eugenia.

—La muerte, dijo, la muerte está sin duda muy lejos de nosotros.

Y á pesar de que la vóz del marqués era firme, serena, casi alegre, sentia en su corazon, en el centro de él, algo helado como un granizo.

—No, no nos separarémos jamás, dijo Luisa Eugenia con los ojos llenos de lágrimas y con ternura; si nos separásemos, yo moriria.

—Sin embargo, no hace mucho hablabas de separacion.

—Es verdad, Lorenzo mio; tenia celos, los tengo. ¿Pero qué importan los celos cuando se trata de perderte? Si tú te has distraido con alguna, esa distraccion será pasagera, ¿no es verdad? Tu partida no será un pretesto para no volverme á ver. ¡Oh! eso no: y si fuera así, tú me lo dirias, porque ante todo eres caballero. ¿No es verdad que tu partida es precisa, y que durará poco?

—Ignoro cuánta pueda ser su duracion; pero espero que será breve.

—¿Adónde vas?

—Ahora á Valencia, luego á París.

—¡Á París! ¡Tú, noble de raza, que llevas la ejecutoria en el semblante, á que te maten aquellos malditos enemigos de Dios, del rey, de los clérigos, de los nobles! No, Lorenzo mio; tú no irás á París.

—Te aseguró que los franceses me honrarán en vez de matarme.

—No te comprendo... y tengo miedo, Lorenzo; tengo miedo.

—Es necesario, Luisa, ayudar al triunfo de la libertad: es necesario que los reyes débiles é impuros, deshonrados por favoritos infames y ambiciosos, dejen de ser un escándalo sobre el trono: es necesario que todos los que tienen honor y virtud, los grandes y los pequeños, lleven su piedra, su ladrillo, su grano de arena, cada cual segun sus fuerzas, al gran edificio: es necesario al fin que res-

plandezca la justicia: es necesario que la maldad y la ignominia desaparezcan.

—¡Ah, pues esto es peor que mis celos!

—¿Qué dices?

—Que tú no ibas á aquel palomar abandonado en busca de una mujer, no: tú ibas á conspirar.

—Silencio, Luisa, silencio: va en ello mi cabeza: yo iba allí á conferenciar con algunos nobles amigos.

—¿Y estás seguro de que ninguno será traidor?

—Segurísimo...

—¿Y tú vas?...

—Sí... yo voy á París, á ponerme de acuerdo con la Convencion.

—¡No, Dios mio, no! Tú no irás.

—Lo he prometido, como cristiano y como caballero.

Luisa Eugenia rompió á llorar.

—Escucha, dijo; tú sufres; tú estás desesperado.

—Sí.

—Tu desesperacion te ha hecho sin duda pedir esa comision peligrosa.

—Sí.

—¿Y si yo dejase de desesperarte, si yo fuese tuya?

—¡Luisa!...

—Sí, tuya... pero con la condicion de que no te vayas.

Y Luisa Eugenia se arrojó por la primera vez en los brazos del marqués.

Por la primera vez el marqués salió de dia de la casa de Luisa Eugenia, habiendo entrado de noche.

Y sin embargo, partió.

Luisa Eugenia se convenció de que si no partia, era tener mas segura la muerte que partiendo.

Porque en el delirio de una pasion satisfecha, el marqués lo habia revelado todo á su amante.

Sabia que era fracmason.

## XV.

Á las doce del dia, despues de haber almorzado con Luisa Eugenia, el marqués montó á caballo y salió de Madrid.

Al salir por la puerta de Toledo, un mendigo que estaba pidiendo limosna, levantó los ojos y los fijó en el marqués.

—¡Es estraño! dijo: debia haber marchado anoche, y sale ahora de Madrid.

Y cuando el marqués se hubo alejado, el mendigo se levantó, se deslizó á lo largo de las tapias de Madrid, y llegando á un cazador que estaba sentado sobre un guarda-canton, como quien descansa, con el perro tendido á los pies, le dijo:

—Es muy posible que el marqués de Aponte nos haga traicion: vé y avisa á nuestros hermanos que estén prevenidos.

Y el cazador se levantó, se puso rápidamente en marcha, y desapareció.

El mendigo siguió pidiendo limosna á lo largo del camino.

## XVI.

Pasaron dos meses, cuatro, ocho.

No solo no habia vuelto el marqués, sino que Luisa Eugenia habia dejado de recibir cartas.

Pasó un mes mas.

Luisa Eugenia dió á luz una niña.

Aquella niña fué tu abuela, Luisa.

## XVII.

Pasó un año.

Pasaron dos.

Luisa envió emisarios á París.

Entonces supo la terrible verdad.

El marqués de Aponte habia sido guillotinado á los tres dias de su llegada á París.

Cuando Luisa Eugenia recibió esta noticia, creyó volverse loca. Un dolor, tan agudo como el que tú has sentido por la muerte de Andrés, la roía las entrañas.

Las lágrimas se negaban á sus ojos.

Estaba en uno de los grandes momentos de desesperacion en que se han encontrado todas tus abuelas.

Entonces, como todas tus abuelas, me llamó.

—¡Satanás, Satanás, me dijo; yo te invoco; yo soy tuya!

Entonces me aparecí á ella en todo mi esplendor de ángel caido.

—¿Qué quieres? la dije.

—¡Vuélveme mi amor; vuélveme al padre de mi hija!

—¿Y tu alma?

—Te la doy.
Besé en la frente á tu abuela, y desaparecí.
Mi beso le abrasó las entrañas.
Pero aumentó su hermosura, que resplandecia.

## XVIII.

Luisa Eugenia se quedó esperando impaciente.
Pero esperó muy poco tiempo.
Eran las doce de la noche.
Bramaba el viento, retorciéndose por las estrechas calles; los relámpagos penetraban por las vidrieras; el agua caía á plomo.
De repente se oyeron tres golpes retumbantes, fuertes, marcados con lentitud, á la puerta de la casa.
Luisa Eugenia se lanzo al balcon anhelante, y abrió las vidrieras.
Á la luz de un relámpago vió á un hombre que estaba junto á la puerta.
Poco despues abrieron, y el hombre entró, produciendo una esclamacion de asombro en el criado que le habia abierto.
Luisa Eugenia cerró las vidrieras, entró, y se sentó en un sillon junto á la chimenea.
Frente á ella, y vacío, estaba el sillon donde habia estado sentado dos años antes el marqués de Aponte.
Y estremecida esperó.
Á poco se abrió la puerta del gabinete.
Entró un hombre.
Era el marqués.
El marqués se sentó en silencio frente á Luisa Eugenia.
Esta miró con espanto al marqués.
Su hermosura habia crecido.
Pero sobre aquella hermosura, como un velo trasparente é impalpable, habia algo de lívido, algo de frio, algo de sobrenatural.
El marqués fijaba una mirada inmóvil, como la de una estátua, en Luisa Eugenia.
Ninguna espresion, escepto la de un reposo absoluto, se veía en aquella mirada.
—¡Dios mio! esclamó Luisa.
Y aquel *Dios mio* encerraba dentro de sí todas las terribles sensaciones que conmovian el alma de Luisa Eugenia.
El marqués permaneció en su inmovilidad.

—¡Oh! dijó Luisa Eugenia. ¿Será cierto?

El marqués no contestó.

Entonces Luisa Eugenia, por uno de esos movimientos espontáneos del corazon, se levantó, salió rápidamente del gabinete, atravesó su cuarto, y entró en el de la doncella que la servia á su inmediacion.

En aquel aposento, y en una riquísima cuna, dormia tu abuela Luisa Clara, que entonces tenia dos años.

Luisa Eugenia pasó de puntillas, y conteniendo el aliento junto al lecho de la doncella, para no despertarla.

Pero esta precaucion era inútil, porque la doncella dormia con un sueño tan denso como la muerte.

Luisa Eugenia se acercó á la cuna de su hija, que dormia tambien, y la tomó en sus brazos.

La niña no despertó.

La besó, y no despertó tampoco.

Luisa Eugenia se asustó.

El sueño de su pequeña hija era tan denso como el de la doncella.

—¡Oh, Dios mio! ¡Qué es esto! esclamó Luisa Eugenia.

—Eso es, dijo una voz profunda, cavernosa, á las espaldas de Luisa, que Dios no quiere que los demás sientan el horror que tú has provocado.

Luisa Eugenia se volvió, y vió delante de sí, de pie, inmóvil, al marqués.

Su mirada, fria, inalterable, estaba siempre fija en la febril de Luisa Eugenia.

—¡Que Dios no quiere que nadie sino yo apure este horror! esclamó estremecida Luisa Eugenia. ¿Pues quién eres tú?

—Un muerto.

—¡Un muerto!

—Sí: yo era tu esposo.

—¿Y no lo eres ya?

—No.

—¿Quién ha roto nuestra union?

—La muerte.

—¡Oh! ¡Yo te amo, yo te amo, Lorenzo mio, yo muero por tí!

—Por tí morí yo.

—¡Por mí!

—Deja á esa niña en su reposo, déjala: es inútil que te esfuerces

por despertarla, porque mientras que yo esté aquí, ni ella ni ninguno de tus criados despertará.

Luisa dejó á su hija en la cuna, la cubrió con las ropas, y salió del aposento de su doncella: luego recorrió la casa, entró en todos los dormitorios, encontró dormidos á todos sus criados, los sacudió uno por uno, los llamó, y ninguno despertó.

—Es inútil, decia la voz del espectro á sus espaldas: siempre que hacia esto Luisa: ninguno despertará.

Luisa Eugenia se volvia, y encontraba siempre delante de ella, y siempre inmóvil, al marqués.

Sin embargo, Luisa, al trasladarse de un aposento á otro, no sentia tras sí pisadas.

Calenturienta, loca, volvió á su gabinete, y se arrojó sobre el sillon en que acostumbraba á sentarse.

Frente á ella se sentó el marqués.

—Espliquémonos, dijo al fin con irritacion Luisa Eugenia.

Ya has podido comprender, Luisa, que tu bisabuela era impaciente y colérica, sobre todo en el primer arranque..

—Nada hay que esplicar, Luisa, dijo el marqués: has dado tu alma al diablo por verme, por arrancarme de la tumba, y aquí estoy.

—¡De la tumba! ¡Eso no puede ser! Yo te veo delante de mí: siento que me hablas...

—Un soplo poderoso ha reconstruido mis carnes podridas; ha puesto en juego mis huesos helados; me ha cubierto con el trage con que me viste por la última vez; un espíritu maldito me ha animado, y héme aquí; héme aquí, Luisa, y todas las noches, desde las doce hasta el amanecer, me verás, hasta que el horror y la desesperacion te maten.

—¡Oh, sí! Quiero verte; quiero sentirte. Tú no me causas horror... ¡Yo te amo, Lorenzo mio; yo te amo; y si estás helado, mi amor dará calor á tu sangre, mi alma animará tu cuerpo: yo te amo, y soy tuya como siempre!

Y Luisa Eugenia se levantó y se dirigió al marqués.

Pero el marqués, con el sillon que le contenia, con el espacio en que se encontraba, huyeron delante de Luisa Eugenia.

Y por mas que Luisa Eugenia se obstinaba, pretendia en vano llegar al marqués.

Por mas que Luisa Eugenia, helada, temblando de frio, añadia leña á la que ardia en la chimenea, no podia entrar en calor.

Por mas que daba pábulo á la luz del quinqué, aquella luz era mortecina y lívida.

—¡Oh, no, no, Satanás; yo no me he vendido á tí para esto! esclamó Luisa Eugenia retorciéndose las manos. ¡Yo no te he entregado mi alma para tener delante de mí, helado, inmóvil, al esposo de mi alma! ¡Ah! ¡no, no! ¡tú eres traidor y miserable: tú sabes bien lo que yo deseaba cuando te pedí mi esposo!

—¡Ah! ¿Quieres ser completamente mia? dije yo, Satanás, hablando por la boca del marqués.

Porque has de saber, Luisa, añadió el diablo, como poniendo una nota aclaratoria á su relato, que del marqués de Aponte no estaba allí mas que el cuerpo; y me habia costado sumo trabajo reunirlo, vestirlo. ¡Bah! La cabeza estaba en el cementerio de la Magdalena, donde se enterraba á los guillotinados; pero el cuerpo le habian llevado unos estudiantes de anatomía al anfiteatro, le habian despedazado, reducido á fragmentos, como que habian estudiado en él todos los órganos, todo el mecanismo, todas las ramificaciones, todos los sistemas; jamás fué tan honrado por los adeptos al estudio de la mecánica humana un cuerpo difunto.

De modo que aquello fué una completa diseccion.

Un esparcimiento.

Una dispersion.

Añade, Luisa, que el marqués se habia hecho célebre despues de ajusticiado, durante tres dias.

Y ser el objeto de las conversaciones de los revolucionarios, de los terroristas, de los energúmenos de la libertad, durante tres dias, era mucha cosa.

El marqués, que no habia tenido fuerzas para librarse de la guillotina, habia tenido corazon, grandeza, valor, elocuencia bastante para hacerse imponente.

Acusado de traidor ante la Convencion por sus hermanos los fracmasones de España, que le creían de buena fé traidor, el marqués habia sido juzgado y sentenciado sin otras pruebas que la denuncia.

Ya sabes, Luisa, que los regeneradores de 1793 eran tan decididamente adoradores de la libertad, creían de tal manera que el árbol sagrado fructificaría tanto mejor cuanta mas fuese la sangre con que se le regase, sentian de tal modo envidia por todo lo que olia á aristocrático, y desde la aristocracia de la sangre hasta la aristocracia del valor, del talento ó de la hermosura, que les bastaba con que

un prójimo oliese á estas aristocracias, ya naturales, ya heredadas, para sospecharle enemigo de la libertad, y como la libertad era su ídolo, ni aun enemigos de sospecha la consentian.

Atenas cometió la injusticia de sentenciar al ostracismo á los ciudadanos ilustres.

París cometió el crímen de sentenciar al ostracismo de la tumba á todo lo que en fuerza de ser digno, grande y noble, escitó su envidia y su ferocidad de carnicero.

El marqués los humilló demasiado con su belleza, con su distincion, con su valor, con sus creencias acerca de la libertad tal como los hombres que se tienen por cuerdos y dignos la desean; los despreció de una manera tan fria, fué á la guillotina con un tan frio desden, con un valor tan insolente, que no pudo menos de hacerse célebre.

Por tres dias solos.

Pero hacerse oir tres dias despues de muerto, por encima del ruido de aquel torrente, era todo lo que podia suponerse como merecimiento de la celebridad.

Algunos le tuvieron por loco.

Muchos le tuvieron por mártir.

Infinitos por héroe.

De una mala causa, sin duda; de la causa de los tiranos y de los aristócratas, pero héroe, en fin.

Fué necesario estudiar la organizacion de aquel cuerpo estraordinario.

Despues de estudiada la organizacion, era necesario conservar como una reliquia, ó á lo menos como un objeto curioso, algo que hubiese pertenecido al mártir ó al héroe.

Así es que costillas y falsas costillas, vértebras, omoplatos, carpos, metacarpos, falanges, etc., etc., se hallaban diseminados completamente.

Tuve, pues, que buscar á domicilio hueso por hueso, ir á una y otra fosa, y recoger cartílagos, tegumentos, arterias, músculos, ligamentos, todo el material, en fin.

Me vi obligado á volverlo á componer, y tuve, en fin, mi cadáver completo, sin que le faltase nada absolutamente, nada, escepto la sangre, que se habia quedado allá, aumentando el charco de fango rojo que rodeaba á la guillotina de la plaza de la Revolucion: en cuanto á los vestidos, tuve que ir á buscarlos de prendería en prendería, y al fin tuve vestido á mi difunto, exactamente lo mismo que




YO TENIA Á MI MARQUÉS TENDIDO E INMOVIL.

lo estaba la noche en que, vivo aun, tuvo su última entrevista con tu bisabuela.

En cuanto á las espuelas, tuve que quitárselas al comandante general de la guardia nacional, Santerre, que no habia creido delito contra la libertad ponerse las espuelas de plata sobredorada de un caballero: la espada la encontré sin vaina atravesada en la correa que servia de ceñidor á uno de los mas feroces soldados del club de los Jacobinos.

La vaina, sin contera, la encontré sirviendo de collar al perro de un trapero.

Las pistolas, la una en el club de los Franciscanos, la otra en el de los Italianos.

Las dos chapas de plata en que estaban grabadas las armas del marqués, y que habian sido arrancadas, fué necesario que las separase de la plata de algunas patenas, cálices y cruces, con las cuales habian sido fundidas.

Obtener entero al marqués, y luego vestirle con sus ropas y armarle con sus armas, me costó mucho trabajo.

Era la media noche, y muy oscura.

Yo tenia á mi marqués tendido é inmóvil sobre la plataforma de la guillotina.

Allá, por el fondo de la plaza, por los ángulos, por los costados, pasaban turbas de mujeres perdidas, junto á hombres descompuestos, cantando la marsellesa.

Para animar al marqués, me encogí, me concentré, me reduje á un punto imperceptible, infinito, y me metí en él por la fosa nasal izquierda.

El primer movimiento de vida que hizo el difunto fué producido por un estornudo.

Despues volví á dilatarme, y llené con mi espíritu todas las cavidades, todas las ramificaciones del cuerpo del marqués.

Es decir, me inyecté en él.

Ó mejor dicho, le saturé de mí.

El marqués se puso en pie de un salto, llegó á la puerta de tu bisabuela, que acababa de evocarme, y llamó.

Debo advertirte que aunque me costó muchísimo trabajo la operacion de reorganizar, de reunir las partes y los vestidos dispersos del difunto, no invertí en esta operacion mas que un período centesimal en relacion con un segundo.

De modo que evocarme Luisa Eugenia, pedirme su amante á

cambio de su alma, otorgárselo yo, buscar al marqués, animarle con mi espíritu, y llevarle á llamar á la puerta de la casa de tu bisabuela, fué una obra llevada á cabo en un espacio de tiempo equivalente á la cincuentésima parte de un segundo.

Habíame yo propuesto desesperar á tu bisabuela.

Así es que cuando me presenté á ella, adopté una impasibilidad, una frialdad tan cadavérica, esquivé de tal modo las apasionadas caricias de Luisa Eugenia, que esta no pudo menos de decirme desesperada aquellas palabras:

—¡Oh! ¡no, no, Satanás! ¡yo no me he vendido á tí para esto!

Luisa Eugenia por su parte no comprendió mi respuesta, ni podia comprenderla, porque creía que el marqués estaba escuchando con su propia alma.

Yo le habia dicho:

—¡Ah! ¿Quieres ser completamente mia?

Luisa Eugenia creyó que quien la hablaba de aquel modo era el marqués.

—Sí, sí; tuya hasta la eternidad.

Entonces no la evité.

Luisa Eugenia, que habia sido durante una noche la amante del marqués vivo, fué durante siete dias la amante del marqués muerto, á quien animaba yo.

Es decir, fué mi amante.

Y no me pesó: ¡era tan hermosa, tan apasionada!

Pero mis amores son mortales, Luisa.

A los siete dias de gozarlos tu bisabuela, murió entre los brazos del muerto.

Entonces me fuí yo, llevándome el alma de tu bisabuela.

Por la mañana sus criados la encontraron muerta, abrazada al marqués, muerto tambien.

—¿Y se condenó mi bisabuela? dijo Luisa.

—No, á despecho mio: no estaba escrito: tu abuela no se condenará si te salvas tú.

—¡Me salvaré!

—No por cierto, Luisa: al menos, lo dudo mucho.

—Espero en Dios.

—Allá veremos.

—¡Ah! Tengo fé.

—Lo veremos, lo veremos. Pero, dime, ¿qué te ha parecido la historia de tu bisabuela?

—Horrible é inverosímil.

—¡Como si lo inverosímil existiera!

—Pálida.

—Quieres decir, sencilla: fué muy corta: tu bisabuela murió á los veinte años. ¿Pero no adivinas con qué objeto te he contado esa historia?

—No.

—Tú me has llamado, Luisa.

—¿Yo? nó.

—Me has llamado sin saberlo: cuando tú pedias á Dios un milagro que resucitára á Andrés, llenaba tu alma un sentimiento impuro.

—¡A despecho mio!

—Dios no oye los ruegos de la impureza, pero los escucha Satanás.

—Es que yo no quiero nada por tu medio.

—No importa, lo tendrás; lo tienes ya.

Y apenas acabadas de decir por el diablo estas palabras, desapareció de la vista de Luisa.

Cuando Luisa le buscó, no le encontró.

Reinaba la oscuridad mas profunda.

Luisa sentia ese malestar y esa pesadez en la cabeza que se esperimentan despues de un mal sueño.

---

## CAPITULO XXI.

### La vuelta á la vida.

De repente, en medio de la oscuridad, se oyó un suspiro leve, casi perdido.

Despues un segundo, un tercer suspiro mas fuerte, mas perceptible sucesivamente.

Luego la voz de Andrés, que decia, como quien despierta de un profundo sueño:

—¿Dónde estoy? ¿Dónde te has ido?

La voz de Andrés no era débil, penosa, enferma, por decirlo así.

Era ni mas ni menos la voz de una persona que se ha acostado con completa salud, y que en el lleno de su salud despierta.

Luisa exhaló un grito de alegría.

—¡Ah! ¿Estabas ahí? dijo Andrés. ¡Pero qué lecho tan duro es este, qué tablas son estas, qué oscuridad!

—Vámonos, vámonos de aquí, Andrés, dijo Luisa alentando; ya contaré á usted...

—¡Ah, es Luisa! dijo Andrés, como hablando consigo mismo.

Porque Andrés pensaba en Cesárea.

Esto es, en Satanás.

Satanás, bajo la figura de Cesárea, le habia dejado ver toda su hermosura de arcángel, y le habia enloquecido.

Durante aquel letargo misterioso en que le habia sumergido la

impresion de la hermosura del arcángel, Andrés, muerto en la apariencia, habia soñado.

Un sueño lánguido, ardiente, sensual, hermoso, dulce, con toda la fuerza de la dulzura y de la belleza.

La imágen de Cesárea transfigurada habia llenado aquel sueño, inspirado por el diablo.

Andrés, fascinado, vencido, no tenia pensamiento ni sentimiento mas que para Cesárea.

Cesárea era el ángel de su sueño.

Habia reconocido, sin embargo, á Luisa, y un leve estremecimiento habia agitado su corazon.

Pero el diablo andaba por allí, y volvió á presentarle el recuerdo de la hermosura, de las palabras enamoradas, de las caricias de Cesárea.

Andrés gimió.

Habia estendido una mano, y habia encontrado otra.

Aquella mano era de Luisa.

Y por hermosas que fueran, por mórbidas, por suaves, las manos de Luisa no podian compararse á las manos de Satanás.

—Vámonos, vámonos de aquí, dijo Luisa llevando tras sí á Andrés, que se habia dejado caer de la mesa donde estaba el ataud, y se encontraba de pie: vámonos; tiempo tendremos de hablar.

Andrés se dejó conducir.

Afortunadamente las tinieblas eran profundas, y no pudo ver nada de lo que le rodeaba.

Al salir Luisa tropezó con un cuerpo humano.

Era Antonia.

—¡Oh, qué es esto! dijo Antonia despertando y poniéndose de pie. ¡Luisa!

—Sí... sí... yo soy...

—¡Qué oscuridad, Dios mio! Se ha puesto la luna y la noche ha cerrado.

—¡Mejor! dijo Luisa: yo me alegro de que la noche sea tan oscura, que nada absolutamente se vea.

—¿Pero dónde estamos? dijo Andrés.

—En el campo, amigo mio, en el campo.

—¡Es Andrés! dijo con asombro Antonia.

—Sí, sí; pero silencio, dijo Luisa: vé y llama á ese hombre, que nos abra; sobre todo, que venga sin luz.

—Sí, sí... ¡Dios mio! dijo Antonia.

Y se encaminó á la habitacion del conserge.

—¿Pero me querrá usted decir, señora, qué significa esto, dijo Andrés.

Luisa notó con dolor que Andrés no la hablaba de tú, y que habia indiferencia, casi impaciencia en su acento.

—Estamos en el campo, Andrés, dijo Luisa, que tenia aun asido al jóven de la mano. ¿No siente usted el aire libre?

—Sí.

—¿No percibe usted el olor de la tierra mojada por el rocío?

—Sí. ¿Pero cómo estoy aquí?

—¡Silencio! Prométame usted no hablar una sola palabra.

—Callaré, señora.

Luisa habia hecho aquella prevencion á Andrés, porque se escuchaban los pasos de Antonia y del conserge.

—¿Se va usted ya, señora? dijo.

—Sí, amigo mio; muchas gracias, respondió Luisa: tome usted para que se acuerde de mí.

Y dió al conserge su portamonedas.

El conserge notó con alegría que el portamonedas pesaba mucho.

—Dios se lo pague á usted, señora, dijo.

—Bien, bien; pero ábranos usted pronto.

El conserge se acercó á la verja, y la abrió.

Luisa, Andrés y Antonia salieron.

Con la oscuridad, con el adormecimiento del que acababa de ser despertado, y sobre todo, con la fascinacion que ejerce el dinero en el pobre, no notó que un hombre salia con las dos señoras, y se volvió á su aposento.

Los tres adelantaban entre tanto á buen paso.

—Pedro, gritó Luisa.

Nadie contestó.

Luisa y Antonia volvieron á llamar.

Entonces se oyó la voz de Pedro, que contestaba.

—Arrime usted, dijo Luisa.

Poco despues se oyó el ruido del carruage.

—¿Y el doctor? preguntó Luisa.

—Duerme, señora.

—No hay necesidad de despertarle: la carretela es grande, y cabemos bien: entre usted, Andrés.

Andrés entró.

Tras él entraron Luisa y Antonia.

—¿Qué hora es? dijo Luisa.

—Las dos, señora, respondió Pedro.

—Pues bien, de prisa, y á casa en cinco minutos.

—No podrá ser tan pronto, señora, porque tenemos que rodear algo para entrar por la calle de Segovia, que no tiene puerta.

—Bien, pues lo mas pronto posible.

El carruage partió rápidamente.

Muy pronto su ruido se perdió á lo lejos entre el silencio de la noche.

---

# CAPITULO XXII.

## Complicaciones.

Amaneció Dios, como se dice vulgarmente.

Y amaneció despejado, límpido, el dia mas hermoso de verano de que puede formarse idea.

Los pájaros cantaban entre los árboles del cementerio.

Porque no hay amanecer en que los pájaros no canten.

Son mas agradecidos que los hombres, y no ven aparecer un nuevo dia sin entonar su himno de alabanza á Dios.

Esto suponiendo que los pájaros crean en Dios.

Lo que es indudable es que siempre que amanece donde hay pájaros, estos cantan.

Cantaban, pues, los pájaros en el cementerio, y se despertó Genoveva.

Porque Genoveva tenia el sueño muy ligero, y la despertaban los pájaros.

Genoveva, que creía en Dios, y era muy buena cristiana, rezó su oracion matutina al Ave-María, y luego dió de mamar á su hijo.

Despues despertó á su marido.

—¡Eh! ¿Qué quieres, mujer? dijo Silvestre de mal humor, porque tenia sueño.

—¡Qué he de querer, sino que ya es de dia!

—Pues mira, no lo parece, segun el sueño que tengo: ya se ve, esta noche hemos andado de vela: y cuando uno se acuesta vestido, no alimenta el sueño.

En efecto, Silvestre no se habia desnudado.

Así es que no tuvo otra cosa que hacer que echarse fuera de la cama y ponerse los zapatos.

Genoveva, entre tanto, se vestía.

—Oye, Genoveva, ¿dónde has puesto lo que te dí anoche? dijo.

—En la cómoda, en el cajon de arriba, dijo Genoveva.

Dame la llave.

—¡Toma, hombre, toma; como si no supieras lo que es!

—Calla, mujer; tengo curiosidad por saber si las piedras del portamonedas son finas ó bastas.

—¿Pues qué han de ser mas que finas?

—Ahora lo veremos.

Silvestre abrió el cajon de la cómoda que le habia indicado su mujer, tomó un objeto envuelto en un papel, y lo desenvolvió.

Era un portamonedas de plata oxidada, cincelada, con un grueso brillante en el centro de cada uno de sus lados, entre los adornos.

— Ahora veremos si estas piedras son finas ó no lo son, dijo Silvestre.

Y se dirigió á un cristal de una ventana, y probó en él el diamante.

El diamante cortó el cristal.

—¡Ven, ven acá, Genoveva; es fino, es fino; mira lo que ha hecho en el cristal!

—¡Pues es verdad, Silvestre! Pero estos brillantes valen... qué sé yo; pero son muy gruesos. ¿Para qué nos han dado tanto?

—¡Bah! Ya sabes que doña Luisa es muy generosa, y ahora que es rica, y marquesa, y grande de España...

—¡Ay, Silvestre, que se han dejado abierto el depósito, y yo no veo al muerto de la derecha!

—¡Càlla! ¡pues qué diablos han hecho del difunto!

Y salió desalado, y entró en la sala.

—¡Pues se los han llevado á los dos! esclamó Silvestre poniéndose pálido.

En efecto, los dos ataudes estaban vacíos.

Silvestre miró debajo de las mesas, debajo de las banquetas.

Nada halló.

Salió y dió vuelta á su casa y á la capilla.

Nada encontró tampoco.

Registró todo el cementerio.

No dió con los muertos.

Salió y rodeó por fuera las tapias.

Los muertos no parecieron.

Preguntó á los de las tabernillas de al rededor, y todos se le echaban á reir.

Porque era una pregunta muy singular la que les hacia Silvestre, todo asustado.

—¿Habeis visto los muertos que se depositaron ayer? Me los han quitado.

Este robo fúnebre hacia reir á todos.

Pero Silvestre no se reía.

Sabia que él era el responsable de los difuntos; que la justicia vendria á sepultarlos, y que al encontrarse sin ellos, le harian un cargo, le impondrian un castigo.

Silvestre no sabia qué castigo podria ser aquel, y estaba asustado.

—¿Si se los habrá llevado doña Luisa? dijo al fin.

Pero esta idea huyó de su imaginacion.

Él habia abierto la verja, y no habia sentido que nadie se llevase los muertos.

—¿Pero por qué te habrá hecho un tan cuantioso regalo la marquesa? dijo Genoveva.

—Porque doña Luisa es muy generosa, volvia á responder Silvestre.

Los dos esposos estaban consternados, hasta el punto de no acordarse del cuotidiano chocolate.

Un incidente vino á poner el colmo á su desesperacion.

Paró un carruage, y llamaron á la verja.

Quien llamaba era un antiguo conocido nuestro.

Don José Perez, el padre de Leontina.

Detrás de él venia otro conocido.

Martin Iglesias, el Moreno.

Silvestre se hizo el sordo y no contestó.

Entonces el Moreno se asió á la verja, y la sacudió con sus fuerzas de toro.

—¡Eh, guardian de los muertos! ¿Te has muerto tú tambien, que no respondes?

Silvestre conoció que era ya imposible dejar de contestar.

—¿Qué se les ofrece á ustedes? dijo apareciendo.

—Que nos abras, respondió el Moreno.

—No es hora de abrir.

—Traemos órden del Ordinario para sacar de aquí á un muerto

que ha traido la justicia, y asímismo del juez de primera instancia, y llevarle á la Sacramental de San Sebastian, donde tiene panteon, dijo con voz dolorida don José Perez.

—¿Y qué muerto es? ¿qué número tiene? dijo alentando apenas Silvestre.

—No tiene número, porque no ha sido sepultado; pero se llama don Andrés Zoa.

Silvestre se cubrió de un sudor frio. Don Andrés Zoa era uno de los muertos que le habian robado.

—Vuelvan ustedes mas tarde, dijo.

—Las dos órdenes dicen, esclamó el Moreno, que se nos entregue el cadáver á cualquier hora, y estamos apesadumbrados y sin ganas de ir y venir.

—Pues no abro ahora, dijo Silvestre, que pretendia dilatar cuanto fuese posible el momento de que fuera notoria la falta de los muertos, y le exigiesen la responsabilidad.

—¿Y qué mas dá abrir ahora que abrir luego? dijo Genoveva, que habia acudido, y parecia una muerta andando.

—Sí, sí; es de todo punto indispensable abrir, dijo Silvestre, que miraba fascinado á otros hombres que acababan de apearse de un carruage de plaza: allí están el juez y el escribano que trajeron aquí los muertos.

Y abrió la verja.

Á un mismo tiempo entraron don José Perez, el Moreno y los otros dos hombres que acababan de llegar.

Es de advertir que el juez y el escribano eran los mismos que habian actuado en el sumario empezado á formar en la quinta del vizconde de Rudaguas, á consecuencia del asesinato de Juan de Castro.

Me perece que hemos llegado muy temprano, dijo el juez al escribano.

—Lo mismo me parece á mí, respondió el escribano; á no ser que los facultativos hayan llegado antes que nosotros.

—No los espero, dijo el juez: esos señores son muy cómodos.

—Pues se les citó á las cuatro. ¿Ha venido alguien? añadió el escribano dirigiéndose á Silvestre.

—No señor; nadie ha venido mas que estos señores, que dicen que traen una órden de usía, y otra del señor Ordinario, para llevarse á otra parte á uno de los difuntos, dijo Silvestre, que estaba mas muerto que vivo.

—Es verdad, dijo el juez: anoche libré un auto á peticion de parte.

—Yo soy la parte, servidor de usía, dijo Perez, saludando al juez.

—¡Ah! Sí... es verdad; por cierto que yo tengo otro negocio de usted.

—Sí, sí señor, por desgracia...

—¿Se trata de una hija de usted?

—Sí señor; de la mujer del difunto, dijo el escribano; pero como en las demandas de adulterio solo se actúa á peticion de parte, y la parte interesada ha muerto... se sobreseerá...

—No señor, no se sobreseerá, dijo don José Perez; quedo yo aquí, que soy su padre: yo no soy como todos los padres, que quieren que haya justicia para todos menos para sus hijos: mi hija ha cometido un delito infame; ha sido encontrada en casa de un hombre que la habia seducido, y es necesario que mi hija pague su delito. Pero no hablemos mas de esto; me ahoga la pena: me muero: vamos, buen hombre, vamos; lléveme usted donde está Andrés, y usted, señor Martin, esté al cuidado para cuando llegue el carro fúnebre.

—Ya avisarán cuando llegue. ¡Dios de Dios! Yo tambien quiero ver al buen Andrés. ¿Quién habia de creer que tan pronto habia de levar anclas, y tomar la vuelta de afuera? Vamos, vamos, pues usted va, y no tengo yo tantos motivos para afligirme como usted. ¿Qué desgracia, voto á patillas!

Y el Moreno siguió á Silvestre, que adelantaba perezosamente hácia el depósito., preparándose para representar una comedia.

Llegó al fin, y metió la llave en la cerradura.

Abrió, y entró dentro.

—¡Ah! esclamó. ¿Qué esto? ¡Me han robado!

Y se echó fuera del depósito.

—¿Qué dice ese hombre? dijo el juez.

—Dice que le han robado.

—Sí, sí señor; me han robado los dos muertos: el baron del Destierro, uno; don Andrés Zoa, dos. ¡Me los han robado!

—¡Que le han robado á usted los difuntos! dijo el juez poniéndose de pie.

—Sí señor, porque no están ahí, dijo Silvestre, abriendo de par en par la puerta.

—¡Es decir, que Andrés ha desaparecido! dijo con dolor Perez.

—Y es el caso que no se habia dado por cierta, ciertísima, la de-

funcion de don Andrés Zoa, dijo el juez, y esta era una de las razones del depósito, y del reconocimiento á que hoy hemos venido.

—¿Que no se habia dado por cierta la defuncion de mi hijo? esclamó Perez.

—Pues señor, yo no entiendo una palabra, dijo el Moreno.

—Ni yo tampoco, dijo el juez: hace algunos dias están pasando cosas estraordinarias. ¿Y sabe usted las responsabilidad que tiene? añadió dirigiéndose á Silvestre.

—Yo juro á usía que no tengo ninguna culpa, dijo el conserge; yo cerré anoche el depósito, y me acosté: ahora le abro, y me encuentro sin los difuntos.

—Sea como quiera, usted tiene que responder de ellos: probar que se los han robado.

—¿Pero qué mas prueba quiere usía que el no estar ahí los cadáveres?

—No basta, no basta; y me veo obligado á prender á usted.

—¡Mire usía, por el amor de Dios, que yo soy inocente!

—No digo que no; pero es preciso que usted pruebe su inocencia. La ley ha dejado á usted en depósito, bajo recibo, dos cadáveres; esos cadáveres han desaparecido: usted, pues, es responsable de ellos ante la ley.

—Será necesario embargar, dijo el escribano, para asegurar el pago de las costas que causen los procedimientos.

Aterróse Genoveva al oir la palabra *embargo*; aterróse Silvestre, y entre tanto Perez y el Moreno estaban como quien ve visiones.

Los escribanos son muy activos cuando se trata de embargar; entróse en la casa, y se puso á hacer el inventario.

De repente sus ojos se fijaron en un objeto que estaba sobre la mesa.

Era el portamonedas de Luisa.

El escribano le tomó con ansia.

Era una alhaja de gran valor.

El escribano la examinó minuciosamente, y encontró una cosa en que los esposos no habian reparado.

Entre los adornos, en la circunferencia de uno de los lados del portamonedas, y á distancias iguales, habia cuatro escudos de armas.

El escribano llamó al juez, y le hizo notar esta circunstancia.

—Este es un cabo, por donde se puede llegar al fin, dijo el juez, y me causa tal curiosidad este rarísimo incidente, que no quiero dejarlo pasar.

El juez hizo entrar á Silvestre, y se encerró con él y con el escribano.

—¿De quién es esta alhaja, dijo el juez, y el dinero que tiene dentro, á saber, quince onzas?

Silvestre miró con asombro el portamonedas en manos del juez.

Silvestre no era torpe, y se apresuró á contestar:

—Diré á usía: esa es una historia: aquí en el cementerio, en la galería de la derecha, hay sepultada una señora que se llamaba Luisa; no se sabe mas: es el nombre que consta en el registro, y el único nombre que hay sobre la losa del nicho.

—¿Pero qué tiene de comun esa respuesta con mi pregunta? dijo el juez.

—Sí tiene, sí tiene, respondió Silvestre trasudando: ya verá usía.

—Veamos.

—La Luisa de la sepultura tiene una hija que se llama doña Luisa. Yo conocí á doña Luisa hace dos años, al dia siguiente de haber enterrado á su madre; vino á verme, y me pidió que la dejase pasar parte de la noche en el cementerio; como tenia aquí parientes, yo no tuve dificultad...

—Todavía no encuentro nada que tenga que ver.

—Ya verá usía.

—Veamos.

—Doña Luisa vino muchas veces, y esta noche ha estado aquí tambien: esta mañana, debajo de la tumba de su madre, hemos encontrado mi mujer y yo el portamonedas, que íbamos á devolverle.

—En este portamonedas hay escudos de armas con coronas de marqués.

—Como que doña Luisa es marquesa y grande de España.

—¡Ah! esclamó el juez con alegría, porque volvia á tener entre las manos á Luisa: esta marquesa, ¿es la marquesa de Guapeltepec?

—Sí señor.

—¿Y dice usted que esa señora ha pasado aquí la noche?

—Sí señor.

—¡Ah! pues sí... ya sabemos. ¿Y no tiene usted mas que declarar acerca de este portamonedas?

—No señor.

—Que no salga de aquí este hombre, y haga usted que vengan dos alguaciles: uno que le lleve preso, y otro que se quede de guardia aquí.

El juez salió.

Perez se adelantó á su encuentro.

—¿Dice usía, señor juez, que Andrés, el marido de mi hija, no habia sido declarado muerto?

—Sí, sí señor; pero se tienen dudas.

—Dudas que no se pueden esclarecer por su desaparicion.

—Se le buscará y se le encontrará... creo que se le encontrará.

—¿Tiene usía indicios?

—Anoche estuvo en el cementerio una señora.

Una sospecha vaga pasó por la imaginacion del Moreno.

—¿Se llamaba Luisa esa señora? dijo.

—Sí señor, dijo el juez.

—¿Es marquesa?

—De Guapeltepec, respondió el juez.

—Pues entonces ella se ha llevado el muerto.

—¿Y para qué?

—Le amaba... y sabe usía que las mujeres...

—Lo comprendo; ¿pero amaba tambien al baron del Destierro?

—Era amiga suya.

—Pues bien, yo averiguaré lo que en esto haya.

—¡Oh! sí, sí, dijo Perez. Me interesa mucho saber si Andrés ha muerto ó si vive.

—Pues bien, lo sabremos muy pronto.

—¿Hoy?

—Puede ser.

—Aquí está el carro fúnebre, dijo uua voz á la puerta.

—Por ahora no es menester, dijo el Moreno.

—Quiera Dios que no haga falta para Andrés en muchos años, dijo Perez.

—Hé ahí á los médicos que llegan, dijo el escribano.

En efecto, dos hombres vestidos de negro entraban por la verja.

—Señores, dijo el juez: vuestra venida es inútil: los muertos han desaparecido.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Una hora despues Genoveva estaba sola y llorando en el cementerio.

El juez, el escribano, Perez, el Moreno y los médicos se habian ido.

Silvestre habia sido llevado á la cárcel del Saladero.

## CAPITULO XXIII.

Un juez de primera instancia y un escribano criminalista.

Andrés habia vuelto á recaer, y de una manera tan peligrosa, que se habia temido por su vida.

Una fiebre intensa, con delirio, era el primer síntoma de una enfermedad que el doctor Acebo, á pesar de su ciencia, no acertaba á comprender.

Habia sido conducido á casa de Luisa.

Luisa le habia hecho poner en su mismo lecho.

Antonia y Luisa estaban junto á él á ambos lados de la cama.

El doctor Acebo, de pie, contemplaba profundamente á Andrés.

Su delirio era estravagante.

Frases, lágrimas, risas, convulsiones.

Espresiones de dolor y de placer, de alegría y de espanto.

Y en medio de estas frases, y repetido con suma frecuencia un nombre que espantaba á Luisa, que despertaba en ella los celos sobrenaturales que ya la habian acometido, porque aquel nombre de mujer era uno de los nombres de que se habia provisto Satanás.

Porque aquel nombre era : *Cesárea.*

Y aquel nombre, repetido en su delirio por Andrés, queria decir que Andrés, sin saberlo, estaba enamorado del diablo.

Esto, que nadie hubiese creido, era una verdad para Luisa.

Y lo era tambien para Antonia, á quien Luisa se lo habia revelado todo.

Las dos jóvenes se estremecian.

El doctor fruncia el entrecejo á la presencia de una enfermedad que no comprendia.

Esto le humillaba.

Luisa no cesaba de hacer preguntas al doctor.

El doctor no salia de esta respuesta:

—Nada sé, y nada puedo.

—¡Pero anoche!...

—Sí, anoche parecia cadáver... anoche no me engañé; anoche no hubiera certificado su defuncion: hoy no me atrevo á asegurar si el enfermo sobrevivirá á esta crísis terrible.

Luisa lloraba al escuchar esta respuesta.

Antonia se estremecia.

Dieron las once.

Un criado anunció que un juez de primera instancia y un escribano deseaban hablarla.

Como Luisa estaba envuelta en procedimientos judiciales por la muerte de Juan de Castro, no sospechó el objeto de la visita judicial, y fué al estrado.

El juez la saludó profundamente, y la miró con codicia.

La palidez, las huellas del insomnio, el dolor, todo hacia á Luisa doblemente hermosa.

—Ruego á vuecencia, señora, que me dispense, dijo el juez, si la incomodo; pero mi deber me obliga.

Luisa saludó.

—Pero contésteme vuecencia á una pregunta: ¿está en casa de vuecencia don Andrés Zoa?

Luisa se dutuvo un momento sorprendida.

Luego, como no sabia mentir, como por nada en el mundo hubiera mentido, contestó:

—Sí señor.

—¿Quién le ha traido á casa de vuecencia?

—Yo.

—¿De dónde?

—Del cementerio de San Ginés y San Luis.

—¿Á qué habia ido vuecencia al cementerio?

—Yo debia á Andrés la vida; me habia salvado de un incendio; quise verle por la última vez, y velarle: cuando yo le velaba, creyéndole muerto, volvió en sí.

—¿Nadie sabe que haya vuelto en sí?

—Cuando se recobró, la lámpara del depósito estaba apagada; la

noche era muy oscura: quise evitarle que supiera que se encontraba en un cementerio, que se le habia creido muerto, que habia estado á punto de ser enterrado vivo.

—Debió vuecencia haber dado parte despues.

—Pensaba hacerlo... pero para evitar interpretaciones... como está en mi casa... ¡Oh! Y esto era necesario, porque está de mucho peligro.

—Vuecencia llevó un médico al cementerio: así resulta de la declaracion del conserge.

—Me habia indispuesto, y temia por mí misma: le mandé llamar.

—¿Cómo se llama el médico?

—El doctor Acebo.

—¿Acompañaba á vuecencia una señorita?

—Sí señor.

—¿Conoce vuecencia este objeto?

—Sí: es un portamonedas que dí al conserge del cementerio.

—El conserge dice que le encontró.

—El conserge falta á la verdad.

—Esta declaracion compromete gravemente á vuecencia.

—Lo siento; pero he dicho la verdad.

—Sin embargo... podria arreglarse... ¿No es verdad? dijo el juez dirigiendo la palabra al escribano.

—Indudablemente, dijo este, y mi opinion es...

—Sea la que quiera la opinion de ustedes, yo no quiero arreglos de ninguna especie: nada tengo que ocultar.

—Pueden desprenderse de este proceso cosas graves.

—Se equivocarán los jueces.

—Pero creyendo no equivocarse, sentenciarían, señora.

—Me resignaré.

—¿Es decir, que vuecencia quiere?...

—Que se haga todo lo que se haria tratándose de otra persona cualquiera.

—Pues bien: yo debo decir á vuecencia que despues de que yo haya salido, deje su casa y se oculte, porque probablemente me veré obligado á proveer contra vuecencia, y algunas otras personas allegadas suyas, auto de prision.

—No justificaré con una ocultacion ó con una fuga los cargos que puedan hacerme.

—La conducta de vuecencia es muy noble, muy digna: por lo mismo insisto: la ley es ciega; no tiene mas ojos que esos, tantas

veces falaces, que se llaman pruebas legales: las apariencias, las coincidencias, pueden hacer parecer plenamente culpable á un inocente; la historia de los tribunales ofrece innumerables casos de errores inevitables...

—Sea lo que quiera.

—En ese caso, señora, me veo obligado á obrar como juez.

—Lea usted á la señora marquesa la declaracion, dijo al escribano.

El escribano leyó pausadamente á Luisa el contesto de lo que habia respondido al interrogatorio del juez.

Luisa se conformó con aquella declaracion, y la firmó.

—Siento mucho, señora, dijo el juez, que vuecencia se haya colocado voluntariamente en esta posicion: vuelvo á insistir por lo tanto: esa declaracion puede rasgarse, puede sustituirse con otra.

—Esa es mi declaracion; esa es la verdad; esa es la única que yo puedo firmar.

—Pues bien, me lavo las manos; lo siento: ahora bien, señora: ¿dónde podriamos encontrar á la señorita que acompañó á vuecencia en el cementerio?

—Aquí mismo, y voy á hacerla llamar.

Luisa tiró de un llamador, y mandó á un criado que avisase á Antonia de que se la esperaba.

Todo el tiempo que Antonia tardó en aparecer, que fué breve, dominó un silencio embarazoso á Luisa y á los hombres de la ley.

Antonia entró, se sentó, y despues de los saludos, el juez la dijo:

—Me veo obligado, señorita, á tomar á usted una declaracion: creo que ya nos conocemos.

—No recuerdo.

—Estaba usted muy afectada el dia en que la tomé otra declaracion en el sumario sobre el asesinato del marqués.

—¿Del marqués? dijo Antonia: pues ahora recuerdo menos.

—Sí, del marqués, esposo de la señora marquesa de Guapeltepec.

—¡Ah! sí. ¡De Juan de Castro! ¡Aquel triste proceso empezado en la quinta del vizconde de Rudaguas! ¿Y en qué estado se encuentra ese proceso?

—Se ha sobreseido en lo relativo á la señora marquesa, por resultar completamente inculpable; pero se sigue contra el vizconde de Rudaguas, cuya situacion es cada dia mas difícil.

—¡Ah! ¿Y podemos saber?... dijo Antonia.

—Sí, ciertamente; el sumario está concluido: puedo revelar á us-

ted sin escrúpulo el estado de ese asunto: por el momento nada resultaba contra el vizconde, mas que un abuso de fuerza intentado contra la voluntad y el honor de la señora marquesa: un atentado contra la moralidad por parte del vizconde y del difunto marqués: un delito muy grave contra la sociedad, contra las leyes, que le hubieran castigado con algunos años de presidio: el asesinato del marqués habia quedado sujeto á la calificacion de un delito incidental, casual, del que por los vestigios de fractura que habian quedado, y por el robo, no podia hacerse cargo al vizconde; pero desde ayer acá el negocio ha cambiado completamente: anteanoche se recibió en el juzgado un anónimo, en que se acusaba del asesinato al vizconde, y se indicaba una persona que habia tomado parte en el robo y el asesinato, y en cuya habitacion se encontrarian pruebas. Apoderada la policía del criminal, registrada su habitacion, se encontraron algunos de los objetos robados, y en un cajon una larga carta del vizconde, escrita toda de su puño y letra, en que dá instrucciones á personas á quienes no nombra, acerca del modo de penetrar en el pabellon del jardin, asesinar al marqués, y dejar las señales de un robo, que haria perder la pista á la justicia. Les aseguraba á los encargados de perpetrar aquel crímen, que ningun peligro corrian, puesto que los criados serían alejados del lugar donde debia cometerse, y quitados del jardin los dos perros que comunmente quedaban en él de noche: por desgracia, mientras se hacia el registro, y á pesar de estar la puerta bien guardada por la policía, cuando esta fué á trasladar al criminal á la cárcel, se encontró con que habia desaparecido por el cañon de la chimenea: ¡señoras, por el cañon de la chimenea! donde habian quedado sobre el hollin las señales de los pies y de las manos. ¡Oh! estos ladrones de Madrid son terribles... se escapan de entre las manos como el agua, cuando se les cree mas seguros; pero ya habia declarado; habia dejado una prueba cumplida en la carta del marqués, y otra no menos cumplida en un bolsillo de terciopelo bordado, con forro azul, dentro del cual habia ciento y cinco onzas, y en el estremo, por un lado, la cifra del vizconde, y por el otro, su escudo de armas.

—¡Oh, qué infamia! esclamó Antonia.

—¡Qué horror! dijo Luisa.

—El vizconde ha reconocido por suyo el bolsillo; pero ha declarado que no le usaba por ser muy antiguo; que le tenia abandonado en uno de sus muebles; que no le ha dado á nadie; que debe haber sido sustraido por alguno de sus criados: y en cuanto á la carta, ha

respondido categóricamente negando haberla escrito; pero comparada la carta con otras indubitables del vizconde, los peritos han declarado ser suya, lo que le reduce á la triste posicion de instigador del asesinato del marqués: además, los criados de la quinta han declarado que en efecto se les mandó cerrar las habitaciones que correspondian debajo y encima de aquella donde fué cometido el crímen, y que los perros habian sido retirados del jardin. El vizconde, pues, es reo convicto, sino confeso, de homicidio consumado con premeditacion y alevosía, contra el marqués de Guapeltepec.

—¿Y en tan horrible crímen he estado á punto de ser envuelta? dijo Luisa.

—La justicia encuentra siempre la inocencia, señora, á no mediar circunstancias eventuales, coincidencias desgraciadas, pruebas que, siendo falsas, parecen, sin embargo, verdaderas. En cuanto al vizconde, irá al palo.

—¡Al palo! esclamó Antonia: y se puso pálida.

Porque Luisa la habia referido la historia de su madre, y sabia que el vizconde de Rudaguas era su hermano natural.

Y cuando se tiene el alma generosa y buena como Antonia la tenia, los crímenes, las desgracias de los hermanos, por buscadas que sean estas, por repugnantes y terribles que sean aquellos, siempre el sentimiento de un tan próximo parentesco, la voz de la sangre, por decirlo así, obligan á sentir las desgracias del hermano, por mas infame y malvado que este sea.

—Sin ese crímen, dijo el juez, que, como notarán nuestros lectores, era demasiado hablador y eminentemente corruptible cuando se encontraba delante de dos mujeres tan hermosas, tan escepcionalmente apetecibles como Luisa y Antonia, sin ese crímen iría, sin duda alguna, á manos del verdugo el vizconde.

—¡Cómo! esclamaron las dos hermanas.

—Sí, sí señoras: el vizconde está acusado del envenenamiento de la madre de la vizcondesa.

—¡Dios mio! ¡Una hija que envenena á su madre! esclamó Luisa.

—Eso es imposible, dijo Antonia; eso debe ser una calumnia.

—Si ojeárais las innumerables páginas de ese inacabable proceso del crímen; si estuviéseis sentenciadas á llenar la triste mision de perseguirle, probarle, condenarle; si pudiérais abarcar bajo vuestra mirada á esa raza salvage que vive de la destruccion del hombre ya en su honra, ya en su fortuna, ya en su vida; si lo que callan los archivos de los tribunales, porque no han tenido ellos noticias de

cien y cien crímenes ignorados, de esos que no causan escándalo, de esos que patrocina involuntariamente la ignorancia ó el descuido del médico; si las tumbas hablarán; si ante su voz tremenda viérais aparecer sobre la frente de personas que acaso tratais, que acaso estimais, la señal del réprobo, ¡no os asombraríais, señora! Veríais que el mundo es un inmenso teatro, donde todos los actores son cómicos consumados: veríais de qué manera un hombre, todo cieno, puede parecer todo oro; de qué manera una mujer, toda impureza, puede parecer un ángel. ¡Oh! Los que vivimos condenados á ojear el corazon humano, á aspirar contínuamente el olor de la sangre y del lodo, no nos asombramos de nada, no creemos imposible nada tratándose del hombre, por absurdo que parezca. Pero gratamente entretenido con el simpático encanto de ustedes, descuido mi deber; necesito que me responda usted á lo que os voy á preguntar, señora, añadió el juez dirigiéndose á Antonia.

—Responderé á usted lo que sepa.

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—En el cementerio de San Ginés y San Luis.

—¿Á qué propósito fué usted al cementerio?

—Al oscurecer, mi amiga la marquesa de Guapeltepec me envió un recado para que fuese al cementerio, acompañada del doctor Acebo, su médico.

—¿Y qué sucedió en el cementerio?

—La marquesa se quedó velando el cadáver de don Andrés Zoa, yo esperando á la marquesa en la puerta del depósito, y el doctor en el carruage de la marquesa.

—¿Qué sucedió despues?

—Despues, y al poco tiempo de haberme sentado en el dintel de aquella puerta, sentí un sopor profundo... luego me dormí.

—¿Y despues?

—Cuando desperté, sentí junto á mí dos personas, porque la noche era muy oscura.

—¿Quiénes eran aquellas dos personas?

—La marquesa y don Andrés Zoa.

—¿Luego don Andrés no era cadáver?

—Así parece, á no ser que don Andrés sea un muerto resucitado.

—¡Qué suposicion! dijo el juez, impresionado por el acento casi sepulcral, fuertemente fantástico, con que Antonia habia pronunciado aquellas palabras.

Ya sabemos de antiguo que habia momentos en que Antonia se creía una muerta resucitada.

—¿Y no atribuye usted á una causa natural la vuelta de una muerte aparente de don Andrés á la vida real?

—Nada sé acerca de eso, como nada sabe el doctor Acebo.

—¿Sabe usted si el doctor Acebo entró en el depósito antes de volver en sí don Andrés Zoa?

—No señor: solo sé que cuando salimos del cementerio la marquesa y yo con don Andrés, encontramos al doctor durmiendo tranquilamente en el carruage de la marquesa.

—¿Qué sucedió despues?

—Volvimos á casa de la marquesa, donde hasta ahora el doctor Acebo, la marquesa y yo, hemos estado cuidando de don Andrés.

—¿Nada mas sabe usted?

—Nada mas.

El escribano leyó su declaracion á Antonia, que se conformó con ella, y la firmó.

El juez mandó que se presentase el doctor Acebo.

Este apareció poco despues, sombrío y ceñudo.

El buen médico no podia ver á los golillas.

—Su nombre de usted, caballero, dijo el juez al doctor, despues de un ligero saludo.

El doctor satisfizo al juez, diciéndole su nombre, su profesion y su edad.

—¿Desde cuándo es usted médico de la marquesa?

—Soy su amigo desde la infancia: yo estaba al lado de su madre cuando la marquesa nació: yo estaba junto á su madre cuando aquella señora murió: yo he seguido todas las peripecias de la vida de la marquesa: yo, lo repito, soy su amigo: me atreveria á decir que su padre, mas que su médico.

—¿De modo que no sería aventurado suponer que la marquesa ejerce sobre usted una gran influencia?

—¡Influencia! Hay palabras de dos filos como un puñal.

—¡Caballero!

—¡Señor juez! Soy viejo y esperimentado: valgo algo por mi honradez, por mi crédito, por mis relaciones, y me creo bastante fuerte para poder llamar á un juez al estricto cumplimiento de su oficio.

—¿Ignora usted la posicion que yo ocupo en este momento?

—No por cierto: la posicion de usted es la de un juez instructor, y nada mas: por lo mismo, señor juez, advierto á usted que no responderé á ninguna pregunta de doble sentido, ambigua, lanzada para sorprender, para envolver.

—Supongo, dijo el juez, dirigiendo la palabra trémula y biliosa al escribano, que usted tomará apunte, y librará testimonio de este incidente desagradable.

—Por supuesto, señor juez.

—Anuncio á usted que estoy encargado de un enfermo que se halla en este momento en una crísis decisiva, y que mi deder me llama á su lado: concluyamos pronto.

—Concluyamos. ¿Fué nsted llamado anoche de parte de la marquesa?

—Sí señor.

—¿Adónde fué usted?

—Al cementerio de San Ginés y San Luis.

—¿Qué hizo usted allí?

—Vi dos cadáveres en el depósito: el uno, cuya defuncion habia sido causada por heridas mortales de necesidad: el otro, en un estado anómalo, incomprensible, puesto que á pesar de haber trascurrido veinte y cuatro horas desde su inmovilidad, desde la cesacion de su pulso, no mostraba ningun signo cadavérico.

—¿Qué deduce usted como médico del estado del supuesto cadáver?

—Deduzco que no deduzco nada: deduzco que la medicina es una ciencia que está en sus principios: deduzco que la naturaleza es con mucha frecuencia un misterio, y de estas deducciones he llegado á una demostracion para mí indudable.

—¿Cuál?

—Que el médico es un curandero mejor ó peor: una especie de práctico que conoce unas cuantas afecciones, unos cuantos minerales, unos cuantos vegetales; que sigue este ó aquel sistema, y que cura lo mismo que curaria por regla general la naturaleza.

—¿Á ese ateismo de la ciencia humana ha traido á usted el caso especial de la muerte aparente de don Andrés Zoa?

—Señor juez, ¿presto una declaracion ó diserto? Sepamos. Si se trata de una disertacion, nos citaremos por ante la academia de ciencias médicas: citado yo por usted ante la ley, le ruego que nos concretemos al círculo legal.

El juez estaba dominado.

Se mordió los labios, miró al escribano, que le contestó con una mirada de inteligencia, y dijo al doctor:

—He preguntado á usted cuál era su opinion respecto al estado en que se encontraba don Andrés Zoa, por el cual se le habia creido cadáver por otros facultativos.

—No se me ha llamado tampoco para que dé mi declaracion facultativa, dijo el implacable doctor. Al preguntarme lo que hice en el cementerio, he contestado la verdad: si me he estendido impertinentemente calificando las heridas del único difunto que allí habia, ha sido cediendo á una costumbre. Rectifico, pues, mi respuesta: vi dos cuerpos inmóviles, sobre dos mesas, en dos ataudes, y nada mas.

—¿Y para qué entró usted allí?

—Me llevó la marquesa.

—¿Con qué objeto?

—Con el de examinar á don Andrés Zoa.

—¿Qué contestó usted á la marquesa?

—Que le veía inmóvil, completamente inmóvil; pero que yo no certificaría de la defuncion del sugeto.

—¿Qué hizo usted despues?

—La marquesa me mandó que me retirase.

—Se lo supliqué á usted, Acebo, dijo Luisa. Usted es mi amigo, casi mi padre: yo no puedo mandar á usted.

—Los deseos de usted, señora, son órdenes para mí: deseaba usted quedarse sola, y la dejé sola; me retiré al carruage de su escelencia, señor juez.

—¿Y luego?

—Me dormí de una manera estraña, como me hubiera dormido bajo la influencia del fluido magnético: perdon otra vez: la maldita costumbre me hace impertinente. Lisa y llanamente: me dormí.

—¿Y despues?

—Despues de dormirme, continué dormido.

—Despues, despues, dijo el juez con impaciencia: cuando despertó usted.

—Noté que el carruage andaba: noté que me acompañaban algunas personas en el carruage: hablé, y la marquesa me dijo, lo recuerdo bien: «Gracias á Dios que ha despertado usted; necesitamos de su ciencia: el muerto ha resucitado, y viene con nosotros.» Esto me lo dijo la marquesa en voz muy baja; luego añadió: «¿Querrá usted decirme en qué estado se encuentra nuestro amigo?» Examiné

á don Andrés. Su pulso era fuerte, desigual, trepidante; sentia pesadez en la cabeza, dificultad en la respiracion: vuelvo á estraviarme: he debido decir que don Andrés Zoa estaba junto á mí en el carruage, tan vivo como usted y como yo.

—¿Y despues?

—Despues vinimos á casa de la marquesa, donde ha sido necesario que permanezca el enfermo: pero se ha avisado á su familia, esto es, á los padres de su esposa.

—¿Y despues?

—Despues, señor juez, estoy respondiendo al interrogatorio de usted con mucho cuidado por mi enfermo, y le suplico, si hemos concluido, que me permita volver adonde me llaman mi amistad y mi deber.

—Indudablemente hemos concluido, si no tiene usted mas que decir.

—Nada absolutamente.

—Van á leerle á usted su declaracion.

—Escucho.

El escribano leyó.

—¿Es eso lo que usted ha declarado?

—Sí señor.

—¿De modo que no tendrá usted inconveniente en firmar?

—No señor: firmo.

—Está usted libre... por ahora.

—Beso á usted la mano.

El doctor salió.

El juez permaneció en silencio y de muy mal talante algun tiempo.

La severidad y la agresion del médico habian sido para él un sinapismo que le irritaba la vanidad.

Dejó de ser tan dulce como lo habia sido antes con las dos hermanas: es decir, se colocó de repente, por medio de un cambio brusco, en la posicion de juez inflexible.

—¿Los criados que acompañaban á vuecencia pueden venir? dijo dirigiéndose á Luisa.

—Si usted nos lo permite, dijo Luisa, nos retirarémos: haré que los criados se presenten.

—Por ahora... son ustedes libres, dijo el juez.

Luisa y Antonia saludaron y salieron.

—¿Qué le parece á usted de esto? dijo el juez al escribano.

—Me parece... ¡eh! ¡qué se yo! Pero me parece que no debemos resbalarnos.

—¿Qué dice usted?

—Lo que me parece mas conveniente, y créame usted, que soy perro viejo, y tengo buen olfato, á mí me parece que no me parece nada: en una palabra, que no veo claro, y cuando yo no veo claro, ando con pies de plomo: que cuando no se ve, se puede muy bien tropezar y caer, y ser tal la caida, que rompa un hueso. Me parece que esto debemos dejarlo á lo que ello dé de sí, sin apretar mucho, no sea que al saltar la cuerda nos salte un ojo.

—¿Usted cree?...

—Yo no creo nada, porque no veo, y cuando no creo nada lo creo todo.

—¿Con que lisa y llanamente?

—Sí señor; es decir, sin comprometerse por ante la Sala, que ya sabe usted que los señores tardan en apercibir al inferior, lo que tardan en ver lo mas leve: me parece que no debemos comprometernos por acá: aquí debe de haber una gran influencia, un poder oculto.

—Está de Dios que hemos de dar con médicos atroces. ¿Se acuerda usted del doctor ruso, del médico de cámara de su escelencia la princesa de Wadicoff?

—¿Pero qué se ha hecho de ese hombre?

—La princesa ha desaparecido; nadie sabe de ella, ni dónde vivia: han matado al baron del Destierro, y el matador se nos escapa muriéndose artificialmente. Yo estoy mareado.

—Y yo tambien.

—Por lo mismo, á acabar cuanto antes el sumario, el plenario y el fallo: fuera, fuera con estos negocios.

—¿Dá usía permiso? dijo una voz á la puerta.

Y entró un moceton como de veinte y cuatro años, con librea, y tras él otro con la misma facha y fecha.

—¿Son ustedes los criados á quienes he mandado llamar?

—Sí señor, dijo uno de ellos: somos el cochero y el lacayo que fuimos ayer con su escelencia al cementerio.

—¿Y no fué nadie mas?

—Sí señor; fué el cazador: no está en este momento en casa; ha ido á comprar un plumero nuevo para el sombrero, porque el que llevaba anoche se le desmayó, y se le deslustró con el relente de la madrugada, y es necesario estar corrientes y bien para cuando su escelencia nos necesite. Ya ve usía que un buen criado debe cum-

plir con su obligacion, que para eso le pagan y lleva librea de buena casa.

—Bien, bien, basta: cuando venga el cazador, que entre.

—Si es para declarar, señor, no hay necesidad, porque todos tres estuvimos anoche juntos, y lo que le pasó al uno le pasó al otro, y entrambos á tres no podriamos declarar mas que una misma cosa; que anoche al oscurecido me dijeron: Pablo, engancha los cuatro tordos en la carretela azul. ¿Eh? Y yo dije á Pedro, que es este desdichado que está aquí conmigo delante de usía, y que tiene miedo porque cree que le van á azotar...

—¡Por Dios, hombre, que así no acabarémos nunca! dijo el escribano.

—Yo no sé declarar sino á mi modo y manera: y es verdad que yo dije á Pedro: Pedro, vamos á enganchar los cuatro tordos de la carretela azul: cuatro tordos, señor juez, que pueden tirar de una catedral, como que han costado cuatrocientos doblones cada uno.

—Al asunto, dijo el juez; calle el declarante, y responda cuando sea interrogado.

—Muy bien, señor; pero yo no sé si sabré contestar.

—¿Qué criados acompañaron á la señora marquesa?

—Yo, Pedro y el cazador.

El juez preguntó los nombres, y exigió el juramento á los dos presentes.

—¿Va á durar mucho esto, señor juez? dijo Pedro, porque yo me he dejado á medio limpiar al *Poderoso*.

El juez se impacientó, y amenazó á los criados.

—Calla tú, bruto, dijo Pablo: ¿no ves que el señor es una persona de justicia? No haga usía caso de este, señor, que no sirve mas que para la almohaza y la cuadra.

—¡Cuando yo digo que esto es muy singular! dijo el juez al escribano.

—¡Cuando yo digo á usted que todo aquí es estraordinario! dijo el escribano al juez.

—¿Adónde fueron ustedes con la señora marquesa?

—Al cementerio... Á un cementerio que hay fuera de la puerta de Fuencarral, que tiene muchos árboles y muchas flores, y una verja redonda, así, de redondo, pero que no acaba de hacer redondo... pues... yo bien entiendo lo que es... pero...

—Bien, bien, hombre: ¿y qué hicieron ustedes allí?

—Toma: ¿qué habiamos de hacer? Esperar á que su escelencia saliera.

—Y despues, ¿qué sucedió?

—La señora llamó á Pedro, y le dijo: mira, Pedro, que el carruage vaya á casa, y que vuelva con la señorita Antonia y con el médico... La señorita Antonia es una amiga muy amiga de su escelencia... y...

—Cuando volvieron ustedes al cementerio, ¿qué sucedió?

—¡Toma! ¿Qué habia de suceder? Que la señorita Antonia y el médico entraron en el cementerio, y nosotros nos quedamos fuera.

—¿Y nada mas?

—Luego, al cabo de un rato, de mucho rato... ya era muy de noche, y no se veían los dedos de las manos, volvió el médico y se metió en la carretela.

—¿Adónde vamos, señor? le dijo Pedro.

—Á ninguna parte, contestó el médico; yo voy á dormir.

Y dice Pedro que diciendo y haciendo, el médico se durmió.

—¿Y ustedes?

—Yo llamé al cazador y á Pedro, y les dije: mirad, muchachos, no sería malo ir á tomar un chorizo y un par de *chicos* á una de esas tabernillas del camino; pero es necesario que uno se quede aquí, que luego vendrá otro, y nos remudarémos, porque parece que esto va largo.

—Adelante.

—No hay mas adelante, señor, que sin saber cómo, casi á la fuerza, vamos, ¡si yo no sé cómo fué aquello! nos dormimos como lirones.

—¿Y cuándo despertaron ustedes?

—¿Qué sé yo cuándo? ¡Ah! Sí: poco despues amaneció Dios, cuando volviamos á casa con su escelencia, la señorita Antonia, el médico y un señor que no conocimos, y que iba muy pálido, muy triste, y con unos ojos que parecia loco.

—¿Y ese señor se quedó en la casa?

—Sí señor; pero Pedro fué á la costanilla de San Andrés á avisar á un tal... á un tal... tú que tienes tan buena memoria, animal... ¿á quién ibas tú á buscar á la costanilla de San Andrés?

—Á don José Perez, que encima de la puerta de su casa tiene un rótulo con unas letras muy grandes, que dice: *Bañista de ese eme.*

—Vamos, dijo riendo el escribano, ebanista de S. M.

—¿Y despues de esto?

—Despues, Pedro se volvió, durmió un poco, y aquí paz y despues gloria, hasta ahora, que nos han mandado venir á ver á usía.

—¿No vieron ustedes entrar ni salir á nadie del cementerio?

—No señor, no vimos entrar mas que á nuestra señora, ni salir mas que antes de anochecer á la señora generala de Robles, de quien yo he sido cochero, y que se metió muy de prisa y muy pálida en su coche, y se fué.

—Pero despues.

—Entraron la señorita Antonia y el médico; y luego el médico salió.

—Y durante la noche, ¿no vieron ustedes nada?

—¡Qué habiamos de ver si estuvimos durmiendo como piedras, y fué fortuna que no nos quitasen los caballos, porque no lo hubiéramos sentido!

—¿Cuándo despertaron ustedes?

—Un poquito antes de que saliera su escelencia con la señorita Antonia y un caballero que parecia enfermo y loco.

—¿Hace mucho tiempo que sirven ustedes á la marquesa?

—Hace dos dias.

—Se les va á leer á ustedes la declaracion.

Los dos criados aplicaron tanto oido.

Cuando acabó el escribano, el juez les preguntó:

—¿Es eso lo que ustedes han dicho?

—Sí señor; sin quitar tilde.

—Van ustedes á firmarlo.

—Pedro no sabe: y no es porque yo no le he dicho: Pedro, aprende, que saber no pesa.

—Vamos, hombre, vamos, dijo el escribano.

—Pero yo, despues de firmar por mí, firmaré por él.

Y con unas descomunales letras, firmó por sí y por su compañero.

—Pueden ustedes retirarse, dijo el juez.

—Pues á la disposicion de usía: usía puede mandar: que Dios dé mucha salud á usía.

—¿Sabe usted que me parece que estos son dos pícaros, dijo el juez, y que se han estado burlando de nosotros?

—Lo mismo creo.

Y así era la verdad, porque Pedro y Pablo, que eran unos admirables criados, se iban riendo.

—¿Y qué hacemos? dijo el juez.

—Nombrar de oficio dos facultativos, y que reconozcan al difun-

to resucitado. Pero vámonos, que ya son las tres, y el estómago me avisa que á estas horas se come en casa, dijo el escribano consultando su reloj.

—Sí, vamos, dijo el juez; nos tratan mal: nadie sale á despedirnos.

—Importa poco: ya sabemos por dónde se sale: en cuanto á ellas, y aun ellos, bien podrá suceder que vayan á la casa cuya entrada se ve, pero cuya salida no se sabe cuándo será, ¿eh?

—Puede ser, puede ser.

Y el juez y el escribano salieron.

En la antesala encontraron á un criado, que les guió respetuosamente hasta las escaleras.

—Nos despide por medio de un criado, dijo el juez.

—Nos tratan indignamente, añadió el escribano.

—Pues yo afirmo á usted que antes de mucho han de saber quién soy, dijo el juez.

—Lo mismo digo, añadió el escribano.

Y salieron de la casa.

---

## CAPITULO XXIV.

El delirio de Andrés.—Los médicos.

Á tiempo que salian entraban otros dos hombres.

Don José Perez y el Moreno.

—Diga usted á la señora, dijo Perez, que somos el padre de Andrés y su amigo Martin Iglesias, dijo el ebanista retirado á un lacayo, en lo alto de las escaleras.

El padre de Leontina y el marino fueron introducidos inmediatamente.

Poco despues llegaron Ana, madama Eloisa y el padre Quirós.

Todas estas personas rodeaban el lecho de Andrés.

Ya sabemos la situacion en que cada una de estas personas estaba respecto á Andrés.

Luisa, Antònia y Ana le amaban.

Las dos primeras habian revelado su amor.

Luisa á Andrés.

Antonia á Luisa.

Ana era la única que á nadie lo habia revelado.

La pobre niña estaba muy pálida y muy delgada.

Su dulce belleza parecia transfigurada.

Pero su débil existencia se gastaba, consumida por el fuego interno de una pasion concentrada, callada, sabida solo de Dios, que todo lo sabe, y de ella, que la sufria.

Andrés era su primer sueño de vírgen.

Andrés era el primer hombre en quien habia pensado.

Al cambiar de fortuna por la llegada de Martin Iglesias que la

traía, con la noticia de la existencia de su padre, grandes riquezas, Ana no se habia alegrado.

Para que aquellas riquezas hubieran podido darla alegría, habria sido necesario que las hubiese partido con Andrés.

Esto no habia podido ser, y Ana era mas infeliz rica que lo que lo habia sido pobre, atenida á su trabajo.

Perez amaba sinceramente con todo el candor, con toda la fuerza, con toda la benevolencia de su alma, á Andrés.

Y el agradecimiento influía gravísimamente en su afecto á Andrés.

Perez le consideraba como su salvador.

Si Andrés, cuando le tocó el premio mayor de la lotería, no hubiera acudido al socorro de Perez, este hubiera quebrado.

Y al acordarse Perez del beneficio, se representaba en su viva imaginacion las desgracias, los dolores, en fin, de que aquel beneficio le habia librado.

Perez no se acordaba de que anteriormente habia librado á Andrés de ir al ejército y de haber dejado abandonada á una horrible miseria á su madre.

Las almas generosas no hacen liquidaciones.

No restan ni suman.

Sienten.

Perez sentia.

Madama Eloisa pensaba como su marido.

Pero madama Eloisa sufria mas que Perez.

Porque ella sabia que Andrés, al casarse con Leontina, se habia sacrificado.

Y que se habia sacrificado por completo, amando á otra, sintiendo una pasion devoradora por Luisa, sin consuelo, sin esperanza.

El alma de los esposos estaba desgarrada.

Aquella hija á quien tanto amaban; aquella Leontina por la que lo habian sacrificado todo, hasta la vida; aquella esposa recien casada, habia faltado á sus deberes, habia huido de su casa, habia sido encontrada en casa de otro hombre, habia sido presa por un delito infame, se habia perdido ella, y habia perdido á su marido, siendo la causa de un duelo funesto, y del estado terrible en que Andrés se encontraba sobre aquel lecho.

Los dos esposos sufrian un martirio inesplicable, uno de esos dolores supremos que no tienen consuelo, y que vierten en silencio so-

bre el alma un torrente de lágrimas corrosivas, envenenadas, que acaban por matar, despues de haber deshecho dolorosamente todas las fibras del sentimiento.

Estaban anonadados, atraidos á aquel lecho por el amor, por el dolor, por el deber.

Sin embargo, en medio de tanta amargura, tenian un consuelo.

Habian llorado á Andrés muerto, y Andrés vivia.

El padre Quirós, ángel bajo la figura de un viejo feo y pobre, pero apacible, con la fuerza y la mansedumbre del Evangelio, adivinaba, veía, sentia todo lo que sentian y sufrian los que le rodeaban; lo adivinaba con la intuicion de los justos, con esa intuicion que Dios ha querido que sea el espíritu profético para sus escogidos.

El padre Quirós no lloraba ni estaba pálido.

No se estremecia ni se mostraba inquieto.

El padre Quirós tenia esa caridad fuerte y bendita que el sufrimiento no doblega: esa caridad de combate que hace los héroes.

Creía en Dios, y acataba humildemente y sin quejarse la voluntad de Dios.

Pero rogaba por los que sufrian, y estaba pronto á resumir en sí todos los sufrimientos de los demás, librándolos de ellos con la abnegacion de un mártir.

El padre Quirós, fijando una mirada llena de caridad en Andrés, oraba por él al Señor.

No así el marino.

Martin Iglesias no podia comprender que el que era bueno sufriese desgracias, que, á su modo de ver, debian estar reservadas para castigo de los malos.

—Si á mí me sucedieran estas y otras cosas mayores, decia para sí, vaya en gracia, no me quejaria, porque Dios tendria hasta cierte punto razon: yo he hecho en este mundo, y por esos mares, mas de cinco diabluras: he pasado á muchos hombres por ojo, y he abandonado averiadas muchas corbetas que me habian recibido á bordo con mucho amor y muy buena voluntad; pero ¡bah! de los pícaros no se acuerda Dios, y siempre tiene presentes á los hombres de bien para enviarles cada chubasco que mete miedo. ¡Bah! ¡bah! Quisiera yo verme á bordo del *Alcion*, y con las carronadas en batería á la vista de un crucero inglés mandado por Dios en persona. Esto no se puede resistir. ¡Pobre Andrés!

Y el marino, convertido en mayordomo de su señora, con su lar-

ga levita, su corbata blanca, y su sombrero debajo del brazo, fijaba una mirada pertinaz, inquieta, hasta colérica, en Andrés.

Inútil es decir que el Moreno no rezaba.

Y eso que Andrés estaba en una de esas terribles crísis en que parece que la muerte solo espera un momento para dar el golpe decisivo.

La postracion era completa.

La pálidez lívida.

La insensibilidad absoluta.

De tiempo en tiempo esta insensibilidad se convertia en una contraccion poderosa, y un gemido sordo, profundo, doloroso, gemido en que hervía un mar de lágrimas que no podian salir por sus ojos, aterraba á los que rodeaban el lecho.

El doctor Acebo, inmóvil, mudo, asida una mano del enfermo, cuyo pulso observaba, y en la otra un reloj, de cuyo instantero no separaba los ojos, dejaba ver en su semblante el sério disgusto de la impotencia de la ciencia, de la ignorancia, de la certeza de que el médico, la mayor parte de las veces, se encuentra completamente anudado ante un misterio de la naturaleza.

El aspecto que presentaba la alcoba de Luisa era imponente, siniestro.

Era aquella una concentracion de dolor y de desgracia.

Nada se oía mas que algun leve suspiro de alguna de las personas que rodeaban el lecho, y de tiempo en tiempo, el rechinar de los dientes de Andrés, á quien atacaba una convulsion, y uno de aquellos terribles gemidos en que lloraba, rugía, blasfemaba el alma del enfermo.

De repente la voz de un criado, contenida y temerosa, dijo:

—¡Señora!

Luisa pareció despertar del letargo, y fué á la puerta.

—¿Qué sucede? dijo al criado.

—Ahí están dos médicos.

—¡Pero yo no he llamado á nadie! dijo Luisa.

—Los envía el juez.

—¡Ah! eso es distinto.

Luisa entró de nuevo en la alcoba, y se acercó al doctor Acebo.

—Han venido dos médicos, á quienes el juez envía, sin duda para certificar acerca del estado del enfermo.

—¡Ah! Pues mejor, dijo Acebo: así veremos si yo soy un hombre que sabe en medicina mas que lo que otro cualquiera, ó si soy

un estúpido. Que entren, señora, que entren al momento: necesito ayuda: iba á pedir á usted una consulta, y estos dos señores me vienen como llovidos.

Luisa mandó entrar á los médicos enviados por la ley.

Al entrar ellos todos salieron, y quedaron solos con Andrés y el doctor Acebo.

Pero aunque las personas que tenian interés en la salud de Andrés habian desaparecido de la escena, su ansiedad era tal, que les hizo detenerse detrás de las puertas de escape para escuchar lo que se dijera.

Cruzóse entre los tres médicos un saludo frio.

Algunas frias escusas.

Algunas salvedades enfadosas.

Despues procedieron al exámen minucioso de Andrés, y preguntaron al médico de cabecera.

—Todo lo que me pregunteis, señores, es inútil, porque yo no puedo deciros nada cuando nada me dice el enfermo: observad: ved si encontrais un síntoma determinante, uno solo que no esté en contradiccion con otro. Yo nada veo mas que un peligro inminente; pero la causa del estado peligrosísimo en que se halla el enfermo me es completamente desconocida. La irritacion, ya lo veis, es perfecta: la piel transpira, las funciones orgánicas se manifiestan en estado normal, y sin embargo, hay postracion, insensibilidad, delirio latente: deducid, señores, deducid cuanto querais: yo no certificaria mas que lo siguiente: nada veo en cuanto á las causas: lo temo todo en cuanto á los efectos.

—¿Y qué temeria usted mas en el estado en que se encuentra el enfermo, compañero? dijo uno de los médicos.

—¡La locura! respondió friamente el doctor Acebo.

—¿Y por qué no la muerte?

—Porque en esta organizacion hay esceso de vida: porque en ella no se manifiesta el menor indicio de lesion orgánica, mientras que, por el contrario, el alma se manifiesta profundamente afectada.

—¿Y no cree usted que el estado del enfermo sea el resultado de una escitacion escesiva?

—Pudiera ser.

—¿El abuso de algun escitante?...

—No veo acusada la existencia de escitante alguno: ni aun los vestigios puramente materiales en el organismo, de una escitacion moral. Yo no puedo, pues, decir nada acerca de un misterio: yo no

soy de aquellos que rompen por cualquier parte, y certifican una falsedad por no parecer ignorantes. Digo y repito que ante esta dolencia, yo no soy médico.

—Pues creo que es facilísimo de conocer que se encuentra escitado vivamente de una manera peligrosa el sistema nervioso, dijo uno de los médicos.

—¿Pero cómo se altera un sistema en la organizacion humana, sin que se alteren sus sistemas hermanos? dijo Acebo.

Entablóse una cuestion médica, de la cual queremos dispensar á nuestros lectores: la soberbia y la ignorancia luchaban con la verdadera ciencia, que se detiene ante lo desconocido, observa, estudia, procura adelantar, y despues de haber luchado, se confiesa impotente.

Los sabios, ó los que pretenden serlo, obedecen á un principio tácito.

Han de decir un disparate y sostenerlo, autes que confesarse ignorantes.

Despues de una hora de debate, en que el doctor Acebo se irritó cien veces ante la audacia de sus colegas y estuvo á punto de romper por medio, cansóse al fin, y terminó la disputa concediéndolo todo, á trueque de que esta concluyese.

Los dos médicos, firmes en su tema, convinieron en que era preciso certificar que el estado del enfermo provenia de habérsele administrado un escitante peligroso, y que, atendidos los síntomas, aquel escitante no podia ser otro que la morfina, administrada en una dósis es escesiva.

—Permítanme ustedes, dijo Acebo no pudiéndose ya contener, que al pie de esa certificacion estampe yo una protesta.

—No hay protesta posible, compañero, dijo unó de los médicos: nosotros hemos sido nombrados para certificar. Despues pueden venir todas las réplicas que se quieran; por ahora nuestro cometido se reduce á certificar.

—¿Y no temen nstedes que esa certificacion absurda traiga males, y acaso males irremediables, á personas inocentes?

En aquel momento Andrés pronunció algunas palabras.

El doctor Acebo aplicó el oido.

Los otros dos médicos se acercaron.

Andrés sonreía.

Entre sus párpados entreabiertos se veían lucir sus ojos de una manera singular.

Su voz era leve, pero dulce, enamorada.

—¡Oh arcángel mio! decia: luz de mi vida, ¡qué hermosa eres!... ¡No te separes de mí!... Tus ojos... ¡ah! tus ojos... ¡Déjame besar tus ojos!...

—¡Un sueño voluptuoso! dijo gravemente uno de los médicos legales.

—¡Oh! ¿Qué es esto? esclamó profundamente para sí Acebo.

—Indudablemente la morfina, dijo uno de los médicos.

—Sí, la morfina, dijo el otro: no puede ser otro el agente.

Y saludaron á Acebo, que absortó en la contemplacion de Andrés, no les devolvió el saludo, y salieron.

Apenas habian salido, cuando Andrés abrió los ojos, se incorporó, y arrojó en torno suyo una mirada vaga, ardiente, inquieta; escuchó primero con gran atencion, luego se desembarazó de las ropas del lecho, se echó fuera, y se puso de pie.

Acebo le dejaba.

Andrés permaneció por un momento inmóvil, como escuchando; luego se acercó á una puerta, levantó una colgadura, y miró.

Despues buscó por todos lados en el aposento, como si hubiese deseado encontrar á alguien; al fin vió al doctor, y se asió á él.

—¡Ah, dijo, no me abandones, porque muero! ¡No me niegues tu hermosura, Cesárea, arcángel mio!... ¡Yo te amo, te amo, te amo!

Y soltó una larga carcajada.

Y á aquella carcajada respondió un grito de dolor tras una de las puertas de escape.

Era Luisa.

El doctor juntó las manos, levantó los ojos al cielo, y esclamó con voz profunda y conmovida:

—¡Loco, y loco por amor!

---

## CAPITULO XXV.

De cómo una hija puede echar á pique á sus padres.

Existe en jurisprudencia una absurda hipótesis, que algunos pretenden elevar á principio filosófico.

No recordamos quién ha aventurado esa hipótesis ó pretendido establecer ese absurdo principio.

Nos basta con dar á conocer el absurdo.

Hélo aquí.

«Conoce á aquel en cuyo provecho redunda un crímen, y tendrás mucho adelantado para conocer al criminal.»

De modo que si envenenan á mi padre, y yo le heredo; si la ley no ha descubierto al envenenador, el juez deberá prenderme, porque he heredado.

Si por desgracia algunas horas antes del envenenamiento he tenido una reyerta de familia con mi padre, el tribunal tendrá ya una especie de prueba.

Si sobre esto recae una conducta mas ó menos licenciosa, una prodigalidad escesiva, ó cualquier otro vicio de estos que absorben mucho oro, el juez tendrá una conviccion profunda.

Yo soy el envenenador.

Considerando: mis vicios.

Considerando: mi prodigalidad.

Considerando: que algunas horas antes de la perpetracion del crímen el acusado tuvo con su padre una reyerta escandalosa, á causa de haberse negado el padre á dar al hijo una gruesa cantidad.

Considerando: que el hijo no comió con su familia; que entró en la cocina á encender un cigarro, segun declaracion de la cocinera

fulana de tal; que segun esta declaracion la cocinera encontró destapada la cazuela en que se condimentaba cierto plato particular para el envenenado.

Considerando, en fin: que el gato, á quien el asesinado dió algo del manjar especial á que se refiere la cocinera, murió tambien; que examinado el gato, se encontró en sus vísceras la misma sustancia venenosa que se habia encontrado en las vísceras de don fulano.

Considerando: que si el acusado no está confeso, está convicto,

El juez cree que debe condenar, y condena, con arreglo al artículo tantos, regla tal, etc., del Código penal, al acusado, á la pena de muerte en garrote, con costas, etc.

Luego la Sala cree que aunque sin prueba plena no se puede ahorcar á nadie, es en cambio necesario satisfacer de una manera enérgica la vindicta pública, escandalizada del horrible crímen, y confirma la sentencia del inferior.

Pasan tres dias, y os hacen desempeñar el papel de víctima.

La última escena de esa tragedia forense que se llama proceso.

Todo porque érais el heredero del difunto.

Esto es: la persona en cuyo provecho redundaba el crímen.

La ley, ó mejor dicho los representantes de la ley, que son muy hombres, y que tienen su puntillo de dar con los criminales y castigarlos, os ha preso sin que nadie os acuse, sin que nadie os haya visto cometer un hecho directamente enlazado con el crímen.

Pero ha habido coincidencias verdaderamente providenciales, segun el juez.

Se os ha interrogado varias veces, y se os ha cogido ó pretendido coger en contradicciones.

En una palabra, de deduccion en deduccion, partiendo de la espresion de vuestro semblante, que no puede ser bueno estando acusado de un delito que no se ha cometido, á los mas pequeños detalles, la filosofía profundísima del juez ha elaborado paso á paso su perfecta conviccion moral: importa poco que os mantengais negativo, que nadie declare nada determinado: el juez está convencido, el juez sentencia: la Sala tiene mas ojos y mas oidos; pero vuestro abogado ha querido ser elocuente, y os ha comprometido embrollando á los jueces: por otra parte, la opinion pública brama: los jueces no se atreven á contrariar la opinion pública, y os ahorcan: es muy posible que el verdadero envenenador asista á vuestra ejecucion.

¡Salud á la filosofía aplicada á la jurisprudencia!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Creo que fué Bentham, el jurisconsulto mas charlatan entre todos los abogados charlatanes, el que dijo estas ó semejantes palabras:

*Conoce á aquel en cuyo provecho redunda un crímen, y tendrás mucho adelantado para conocer al criminal.*

Este diabólico principio le saben de memoria hasta los mas ínfimos y despreciables curiales.

Así es que el juez de primera instancia que instruyó el sumario relativo á la desaparicion de los cadáveres del cementerio de San Ginés y San Luis, guiado por este principio, dijo apenas supo que Luisa habia quedado velando á Andrés:

—Aquí se ha cometido un crímen, esto es, matar aparentemente á un hombre. ¿Á quién puede atribuirse este crímen? Á la persona que le ha robado del cementerio y le ha trasladado á su casa. ¿Quién es esta persona? La marquesa de Guapeltepec. Pues señor, á la cárcel con la marquesa de Guapeltepec y con sus cómplices; esto es, el doctor Acebo, el conserge del cementerio, el cochero, el lacayo y el cazador, que habian contribuido al rapto de los cadáveres: porque tambien se ponia en la cuenta el cadáver del baron del Destierro.

Y como dictar un auto de prision es cosa de cinco minutos, fueron presos y llevados:

Á la Galera (1), Luisa y Antonia; al Saladero (2), el doctor, el conserge, el cochero, el lacayo y el cazador.

Al Hospital general, en calidad de preso, acusado de la muerte en duelo del baron del Destierro, á Andrés.

Con las prisiones coincidieron los embargos.

Juez, escribanos y gacetilleros, contáronlo los unos, imprimiéronlo los otros.

Madrid entero fijó la vista en la causa célebre.

Se formó atmósfera.

El escándalo era formidable.

No podia darse obra mas endiablada.

Como que el diablo era su autor.

Satanás estaba dado á sí mismo.

La virtud, aun podremos decir, el pasivo heroismo de Luisa, le irritaban.

Se habia propuesto rendirla destrozándola.

(1) Cárcel de mujeres.
(2) Cárcel de hombres.

Tenia empeñada su soberbia.

Pero Satanás no podia todo lo que queria.

Le enfrenaba la voluntad de Dios.

Sin embargo, Dios le permitió inspirar una tentacion al escribano de la causa.

El medio de que Satanás se valió para esta tentacion, fué Leontina.

Leontina habia sido presa á peticion de su padre.

Porque Perez era severo.

Se la habia encontrado en casa del baron del Destierro, fugada del domicilio conyugal; todo el mundo lo sabia, porque hay hechos que no pueden ocultarse; habia sobrevenido un desafío, y la ley habia oido la acusacion del padre.

Pero aquella acusacion no tenia verdaderamente valor, porque solamente el marido ó la mujer pueden entablar respectivamente demanda de adulterio: era mas bien una detencion, y esta detencion no podia durar mucho tiempo. Leontina, por su matrimonio, habia salido de la patria potestad: Andrés no podia entablarle, porque estaba loco: Leontina fué puesta en libertad y entregada de la casa conyugal y de los bienes del marido por auto en que el juzgado declaró que no habia lugar á proceder.

Encontrábase Leontina en una de esas terribles posiciones, en que una criatura perversa aborrece todo lo que debia amar.

Mal educada y soberbia, nunca habia amado verdaderamente á sus padres; sus palabras de cariño no habian sido jamás otra cosa que ó una fórmula, ó un medio para lograr un deseo. Pero no los habia aborrecido.

Despues, cuando se vió perseguida por su padre, encarcelada entre las horribles mujeres de la Galera, sintió hácia ellos un aborrecimiento profundo, y aprovechó la primera ocasion que tuvo para demostrárselo.

Lo que hizo Leontina fué horrible.

Perez no poseía nada.

Su delicadeza, su amor, todo, le habia hecho ceder á Andrés, que le habia salvado, solventando todos sus créditos, sus almacenes y su nombre.

Perez se habia retirado.

Vivia de Andrés.

Pero Andrés habia perdido la razon.

Andrés no existia legalmente.

Todo lo que pertenecia á Andrés fué dado en posesion á Leontina.

Leontina hizo anunciar á sus padres que se mudasen.

Perez escuchó tranquilo esta intimacion.

Madama Eloisa no pronunció una sola palabra, ni asomó á sus ojos una sola lágrima.

Se les daba un plazo para salir de la casa construida por ellos antes de que Leontina naciese.

El desdichado Perez no podia seguir durmiendo en la alcoba donde habia nacido Leontina.

La pobre Eloisa se veía obligada tambien á dormir en otra alcoba que en aquella donde habia dado á luz á su hija.

Su hija los arrojaba de ella.

Perez sintió que el alma se le comprimia cuando salió el escribano que le habia notificado aquella medida.

Pero se irguió, levantó el corazon y los ojos al cielo, y maldijo á Leontina.

Eloisa, la pobre madre, se estremeció.

Porque las madres no pueden maldecir á las hijas, y cuando el padre las maldice, sienten que se las rompen las entrañas.

Perez buscó dos mozos de cordel, les hizo cargar con dos baules, tomó á su mujer del brazo, y salió de su casa sin volver la vista atrás; acaso temia convertirse en estátua de sal, como la mujer de Lot cuando volvió la cabeza para mirar á Sodoma.

Los dos esposos se metieron en una fonda.

Su porvenir estaba reducido á algunas piezas de á cinco francos que tenia en su bolsillo cuando salió de su casa.

—Trabajaré, dijo el buen Perez á Eloisa: aun tengo fuerzas: aun puedo ganar lo suficiente para que no te falte pan: y no llores, mujer, no llores: hemos creido que teniamos una hija, y ya ves, esto no es verdad: no ha nacido, no ha existido... no hay que pensar en lo pasado... creíamos... ¡Bah! Deseábamos que fuera mujer, porque creíamos que en su amor, en sus cuidados, encontraríamos una recompensa justa; pero ¡bah! ya ves que nos engañábamos, que hemos sido unos tontos... Vamos, vamos; no hay que llorar.

Y cuando esto decia Perez, las lágrimas corrian gruesas y ardientes por sus megillas.

—¡La has maldecido, José! decia Eloisa, que anonadada, trémula, pálida, con la palidez lívida de la muerte, estaba recostada en una vieja butaca.

— No hablemos, no hablemos mas de esto, Eloisa: cuando un padre como yo maldice á su hija, es porque antes la ha maldecido Dios.

— ¡Ay! esclamó la pobre madre.

— ¿Crees que no he tenido razon al maldecirla?

— La desdichada está loca, dijo madama Eloisa, y nosotros tenemos la culpa: la hemos educado mal.

— Pero la hemos dado buen ejemplo. ¿Qué ha visto en nosotros que pueda servirla de disculpa? ¿No ha ofendido á su marido, no ha causado una desgracia deshonrosa para ella y para nosotros? ¿No ha sido necesario ir á buscarla á casa de su amante?

— La hemos hecho voluntariosa y soberbia, José.

— ¿Y la voluntariedad disculpa la infamia?

— La desesperacion lo disculpa todo. Leontina amaba, y era despreciada. Leontina se habia casado, y ni un momento solo ha tenido marido. Leontina ha contraido odio hácia Andrés, y para vengarse no ha reparado en los medios. Leontina está perdida, es verdad; las gentes la señalarán con el dedo como á una mujer despreciada; pero la hemos perdido nosotros con nuestras condescendencias, con nuestro descuido: tú la has maldecido, José; pero nosotros tenemos una gran cuenta que dar á Dios; esa maldicion viene de rechazo sobre nosotros.

— ¿Olvidas que nos ha arrojado á la calle con lo puesto, y que la importa muy poco lo que sea de nosotros?

— Leontina nos aborrece; la hemos entregado á los tribunales; ve en nosotros á sus enemigos; nunca me has escuchado, José; siempre has alentado su carácter vanidoso, irascible; hemos sembrado mala semilla: ¿por qué quejarnos ahora del fruto? Yo no odio á Leontina; la compadezco: yo no siento mi miseria, sino la suya: yo no la maldigo; yo ruego á Dios por ella.

Eloisa tenia un dominio absoluto sobre Perez.

Hacia veinte años que el buen ebanista no veía sino por los ojos de su mujer.

Eloisa, al acusarse á sí misma y á su marido de las faltas de su hija, tenia razon: la habian educado mal, y la educacion determina la suerte de las criaturas, especialmente la de las mujeres cuyas faltas no sabemos si por una injusticia social son mas trascendentales.

Perez acabó por comprender lo mismo.

Concluyó por horrorizarse de haber maldecido á Leontina.

Porque no hay padre qne deje de amar á su hijos, sean cuales fueren sus faltas ó sus crímenes.

—Sí, sí: roguemos á Dios por ella, dijo al fin; yo me arrepiento de haberla maldecido... Pero no hablemos mas de esto, no hablemos mas: lo que importa, por ahora, es buscar los medios para que no te falte pan.

—¡Trabajar tú! No, José, no. Yo tengo una carta dotal... yo haré...

—Ustedes harán lo que quieran, dijo una voz á la puerta, que se abrió, dejando ver al Moreno, que pasó adelante. Ustedes harán lo que quieran, pero ya sabemos lo que son los pleitos: mientras se ganan ó se pierden, el que no tiene dinero, tiene hambre, y lo que es eso de trabajar usted, don José, con tanto buche y tan acostumbrado á levantarse tarde... Vamos, no hay que pensar en ello: y tanto mas, cuanto que yo soy un hombre rico; sí señor, un hombre rico; y si yo no lo fuera, ahí está mi señorita, que es riquísima, y á quien usted trataba como pudiera haberla tratado su madre cuando estaba en su taller de usted, doña Eloisa: con que á estar lo menos tristes que se pueda, y vaya esa pipa, don José, y no nos vayamos á pique sin maniobrar, que por grande que sea la turbonada, mientras el barco obedezca bien, se sale de ella, y al avío.

El Moreno se habia sentado, habia estendido las piernas, se habia puesto entre ellas la bolsa del tabaco, habia cargado una pipa, y la habia dado á Perez.

El ebanista la tomó maquinalmente.

El Moreno se puso á cargar otra pipa.

—¿Quién ha dicho á usted que estamos aquí? dijo Perez.

—Juana, que se ha enterado de todo, y que todavía no ha salido de la casa, porque tenia que recoger sus cosas.

Juana era la criada de los esposos.

—Y es mas, que se vendrá con ustedes.

—¡Pero nosotros no hemos dicho nada á Juana, dijo Perez; como que cuando salimos de casa no sabiamos adónde íbamos!

—Pero Juana habia buscado los mozos de cordel que han traido los baules, y los ha buscado despues para que me traigan á mí: aquí estamos todos, y con buenas noticias que traigo.

—¿Buenas noticias?

—Sí por cierto: Andrés dá grandes esperanzas de recobrar la razon.

—¡Qué me dice usted, señor Martin! esclamó Perez.

—Lo que usted oye: hasta esta mañana, y durante los quince dias que lleva de locura, no ha hecho mas que desvariar: ya sabe

usted que todo el que se le arrimaba le parecia cierta maldita baronesa del Destierro (la mujer de ese bribon á quien mató Andrés), y que nos llenaba de requiebros y ternezas. Pues bien, esta mañana fuí yo á verle, y me conoció.

—¿Que conoció á usted?

—Sí por cierto. ¡Ah, señor Martin! me dijo. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado por mí? Esta mañana he despertado y me he encontrado aquí: este no es mi cuarto: he llamado, y ha entrado una mujer á quien no he conocido: la he preguntado por Leontina...

—¡Cómo! ¿Andrés pregunta por mi hija? dijo madama Eloisa.

—Sí, sí señora: no se acuerda de nada; ni aun de la muerte de su madre: me ha estado hablando tranquilamente algunos minutos: yo no he sabido qué decirle: al fin me he visto obligado á decirle algo, porque se empeñaba en salir conmigo de allí.

—Eso no puede ser, le dije, porque está usted preso.

—¡Preso yo! ¿Y por qué?

—Acusan á usted de haber matado en desafío al baron del Destierro.

—¡Al baron del Destierro! esclamó con asombro: eso no puede ser: yo no he tenido cuestion alguna con el baron del Destierro; es mi amigo.

—¡Dios mio! No debe ser bueno que no se acuerde de cosas tan recientes, dijo madama Eloisa.

—Sea bueno ó sea malo, él no se acuerda de nada: él quiere volver á su casa.

—¿Y no se acuerda de haber estado en casa de doña Luisa?

—No.

—Y dígame usted, Martin, ¿usted cree que doña Luisa haya sido capaz de dar algo á Andrés para que se vuelva loco? dijo Perez.

—¿Y qué nos importa ahora doña Luisa? dijo madama Eloisa.

—Nos importa mucho, señora, dijo el Moreno. Doña Luisa es una santa, y está comprometida: la acusan de haber administrado yo no sé qué brebage á Andrés; del robo del cadáver del baron del Destierro. Hay quien pretende ver en esto misterios; y yo no veo nada mas que desgracias que persiguen á esa señora. Por lo mismo, siento que al recobrar Andrés la razon no se acuerde de lo que con el baron del Destierro le ha sucedido, porque la declaracion de Andrés salvaria á doña Luisa.

—No desesperémos, dijo el buen Perez; el haber vuelto á la razon es un motivo de alegría; no ha de recobrarlo todo en un momento: mañana tal vez se acordará.

—¡Y al acordarse sabrá la deshonra de nuestra hija! añadió madama Eloisa.

—Andrés es generoso y bueno, dijo Martin, y perdonará á Leontina.

—¡El perdon de un marido! dijo estremeciéndose madama Eloisa; si yo me hubiera visto en el caso de ser perdonada por este, me hubiera muerto de vergüenza.

—Bien, bien, todo lo que ustedes quieran, replicó el Moreno; pero pensemos en lo que debemos pensar.

—Sí, sí; tiene usted razon, Martin, dijo Perez levantándose y buscando su sombrero; ante todo es necesario pensar en el dia de mañana.

—¡Eh! ¿Qué es eso? dijo Martin.

—Esto es que voy á buscar trabajo.

—¡Pero si no hay necesidad!

—¡Cómo que no hay necesidad! ¿Le parece á usted que no me pedirán dinero por el pan que coma y por el cuarto que habite?

—¡Pero si yo tengo dinero!

—Pues bien, yo no quiero contraer deudas, señor Martin.

—Nadie ha de reclamar á usted el pago.

—Pues mucho peor: le reclamaria mi conciencia.

—Va usted á entablar un pleito que ganará. Yo adelanto á usted mientras el pleito se gana.

—Se puede perder.

—Dios me pagará entonces por usted.

—Es que yo no pido limosna, señor Martin.

—¡Ah! Eso es distinto, dijo el Moreno, dominado por el acento agrio y altivo de Perez: yo tampoco quiero imponer á usted una limosna. Pero yo sé lo que tengo que hacer.

Y se levantó tambien.

—¿Pero qué es lo que piensa usted hacer? dijo madama Eloisa, alarmada por el aspecto y por el acento del Moreno.

—Señora, lo mismo que ustedes me prohiben que intervenga en sus cosas, yo les prohibo que intervengan en las mias.

Madama Eloisa se puso muy encarnada, y no supo qué contestar.

Perez tartamudeó algunas palabras.

El Moreno se despidió de ellos, y salió con un aire tan decidido, que Perez esclamó:

—Es necesario saber adónde va el buen Martin: es tan escelente hombre, que me temo que por favorecernos haga una barbaridad: yo me voy tras él.

Y sin esperar la respuesta de madama Eloisa, salió.

La pobre mujer, apenas salió su marido, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

---

## CAPITULO XXVI.

De lo que oyó Perez en una taberna por permision de la Providencia.

Cuando salió Perez vió á lo largo de la calle al Moreno que se alejaba.

Perez se puso en su seguimiento.

Pero habia engordado tanto, le causaba tanta fatiga el andar, y el marino iba tan de prisa, que el pobre ebanista llevaba un palmo de lengua de fuera, y sudaba la gota tan gorda para que el Moreno no se le perdiese.

Y así anduvieron una, dos y tres calles.

El Moreno, adelantando rápidamente; Perez, jadeando.

Al fin se le perdió.

Pero se le perdió en un punto tal, que Perez no pudo dudar de que el Moreno se dirigia al Hospital.

Entonces, y para evitar tardando que el Moreno cometiese alguna imprudencia, se dirigió á un único coche de plaza que habia en una parada inmediata.

Pero cuando llegaba á él le cogió la vez un hombrecillo de facha repugnante, que abriendo la portezuela dijo al cochero:

—Costanilla de San Andrés, ebanistería; de prisa.

Y se entró.

Era el escribano don Silvestre.

—Va á mi casa ese hombre, y en mi casa no vive ahora nadie mas que Leontina. ¿Qué va á hacer ese hombre allí?

Y el buen Perez se quedó mirando dolorosamente cómo se alejaba el carruage.

Por uno de esos impulsos instintivos del alma, la ansiedad de

Perez se dividió entre el Hospital, donde estaba Andrés, y adonde indudablemente se habia dirigido el Moreno, y la casa de Leontina, adonde se encaminaba el escribano.

Sin saber por qué, un terror frio se apoderó del pobre padre: un terror vago, que unia en un mismo y triste presentimiento de desgracias el Hospital con la casa, ó lo que es lo mismo, á Leontina y Andrés.

Hacia mucho calor.

Perez estaba parado en la acera, y el sol de las tres de la tarde caía sobre él á plomo.

El estado en que se encontraba Perez no podia ser mas terrible, mas desesperado.

Porque no bastaba que su hija se hubiese deshonrado, que hubiese causado la desgracia de Andrés.

Era necesario que aquella hija á quien tanto amaba, á pesar de todo, le hubiese arrojado á la calle con su madre.

Perez, espíritu fuerte por su misma debilidad, no pudo sin embargo resistir mas.

Un vértigo frio se apoderó de él, pero lentamente, empezando por ese desvanecimiento angustioso que tanto se parece á la agonía.

Perez se volvïó como buscando un lugar en que ampararse.

Vió tras sí una puerta abierta, y entró.

Era una taberna.

—¡Ah! ¡Pobre señor, dijó una mujer del pueblo, y qué pálido viene y qué sudado! ¿Está usted malo, señor?

—¡Agua! ¡Agua! esclamó Perez.

La tabernera, que era una mocetona robusta y no mal encarada, con esa ardiente caridad proverbial en la *manola*, se apresuró á sacar á Perez un vaso de agua, y á rociarle con ella la cara.

El vértigo hizo crísis.

Pasó.

Pero Perez quedó quebrantado.

—Pase usted, pase usted, dijo la tabernera.

Y ayudándole á levantarse de la banqueta donde se habia sentado, le llevó á un cuarto interior, donde le obligó á acostarse en una cama.

Estos rasgos desinteresados, dulces, llenos de sentimientos, de espontaneidad, de sencillez, son muy frecuentes entre el pueblo español, pueblo bendito, á quien Dios ha concedido una imaginacion ardiente y poética, propensa al entusiasmo y al sentimiento, en el

cual la caridad es ingénita, y que conserva como un tesoro su fé y su esperanza en Dios.

Pueblo que vive soñando, y que sueña, sin saberlo, grandes virtudes.

Aquel hecho sencillo y naturalísimo, produjo un gran consuelo á Perez.

Perez, instintivamente, al probar la desgracia, al sentirse herido en el corazon por su misma hija, habia renegado de la humanidad, la habia aborrecido, casi habia dudado de Dios.

Un acto espontáneo de caridad habia caido sobre su alma como una gota de fresco bálsamo: habia respirado un momento, se habia rehecho, habia empezado de nuevo á creer y esperar.

El alma es un mar impresionable á todos los vientos: el huracan la subleva, la hace rugir irritada, la enturbia, la revuelve.

Despues la brisa la halaga, la refresca.

Las exigencias del organismo son tiránicas.

Perez, combatido, cansado, rendido, se durmió.

Al despertar (su sueño habia durado hasta el oscurecer, sin que nadie le inquietára) se encontró envuelto en una oscuridad profunda: por el momento no se acordaba de nada: ni tenia actividad, ni por consecuencia, voluntad: se encontraba en uno de esos momentos de reposo completo que suceden, como una compensacion necesaria á las grandes emociones: vivia como sería de desear viviesen todos los desgraciados, sin gozar, pero tambien sin sufrir. Pudiera decirse que descansaba á la sombra de la insensibilidad, del quietismo, del afan doloroso de su vida.

Pero estos estados de calma duran poco.

Los acomete primero un recuerdo, luego otro, hasta que al fin el alma vuelve á encontrarse en lucha.

La primera idea que vino á turbar en Perez aquel reposo de un momento, fué la de Leontina.

Su hija, que habia roto bruscamente los lazos de amor que la unian á sus padres.

Leontina, de amante que debió haber sido siempre de sus padres, se habia convertido en su enemigo.

Perez, al recobrar la sensibilidad, recobró con ella la atencion.

Pretendió examinar, conocer lo que le rodeaba, juzgar de ello.

Y entonces, en el momento en que su atencion estuvo en actividad, oyó que hablaban cerca de él.

Solo un tabique, ó una puerta, y débiles por cierto, debian se-

pararle de los que hablaban, porque, aun que lo hacian en voz baja, Perez los oía perfectamente.

—Lo que quiere don Silvestre, decia una de las voces, es arriesgadillo; pero nos paga bien. Ya sabes que á Pacorro, por aquella comedia en que la justicia le encontró en su casa y le prendió, y escapó por la chimenea, le dieron veinte y cinco onzas, lo que no es de despreciar; si no fuera por eso, no se hubiera podido hacer recaer sobre el vizconde de Rudaguas el asesinato de aquel caballero que matamos en la quinta. ¡Cuando yo recuerdo que fuí quien le dió las tres puñaladas, y que ahora van á ajusticiar á un hombre en lugar mio, me rio de la justicia!

—¡Cómo! ¡Van á ajusticiar al vizconde! dijo otra voz.

—¿Pues no? Le apretarán el gaznate, cuando mas tarde dentro de un mes, por asesino de la madre de su mujer, á quien en complicidad con esta envenenó, y por homicidio alevoso contra don Juan de Castro, á quien yo maté; pero creo que no le llevarán á la alfangía, Agustinillo, porque el Cuclillo, que es llavero del Saladero, le ha dicho al Sacristan, nuestro compadre, que iban á tener escalamiento, y que si él daba cien onzas, podria escaparse con los que se fuesen.

—¡Ah! ¡ah! Pues mira, buen bocado le pondrán en la boca al alcaide para que se entretenga mascando mientras los pájaros vuelan.

—¡Ya ves tú! Como que por lo menos pierde el destino; porque es mejor ser alcaide del Saladero que ser ministro.

—Pero vamos á la cuestion: ¿qué es necesario hacer?

—Declarar que hemos visto entrar de noche á don Andrés Zoa en casa de la marquesa de Guapeltepec, antes de que fuese marquesa, ¿eh? y despues de haberse casado don Andrés con doña Leontina.

—¿Y para qué eso?

—Para formar una causa por adulterio, á peticion de doña Leontina, contra don Andrés y doña Luisa.

—¿Y bastará eso?

—Se han falsificado además cartas de doña Luisa y de don Andrés, tan bien falsificadas como aquella del vizconde que encontró en casa de Pacorro la justicia.

—¿Y cuánto nos dán por eso?

—Cincuenta onzas.

—Pues no hay mas que hacer ni que decir: venga mi parte, y estoy declarando cuanto quieran.

—Es necesario esperar que venga don Silvestre.

—Pues no hablemos mas, que aunque Margarita no es curiosa, y está allá en el despacho, si ve que hablamos mucho tiempo bajo y á oscuras, puede sospechar. ¡Eh, Margarita, que ya se va haciendo de noche; tráenos luz y otro cuartillo!

Entonces Perez comprendió que se encontraba en una taberna, y la causa porque habia entrado en ella; sin duda la Providencia le habia llevado allí: horrorizóle lo que oyó: Leontina tenia parte en aquella trama indigna, ayudada por alguno de esos bribones que están siempre dispuestos á poner sus picardías al servicio de toda mujer hermosa y rica.

En efecto, don Silvestre, ya lo hemos dicho anteriormente, al conocer á Leontina, habia caido en una doble tentacion (la de la voluptuosidad y la de la avaricia), y activo como todo curial viejo, se habia dedicado á llevar á cabo su proyecto.

Los escribanos, especialmente los criminalistas, conocen á todos los bribones.

Don Silvestre, antes de obrar, quiso tener preparados sus medios de accion, y cuando se dirigió al carruage de plaza donde le habia visto entrar Perez, salia de la taberna donde este habia encontrado tan benéfica hospitalidad.

No se ofenda el respetable gremio de escribanos si decimos que uno de ellos salia de una taberna.

Hay muchos de estos establecimientos en Madrid que tienen dos puertas.

La una pública, que dá á la calle.

La otra reservada, que dá á un portal inmediato.

Los que entran por la primera son aquellos á quienes importa un bledo que les vean rendir culto á Baco.

Los borrachos vergonzantes y los pícaros de profesion que quieren pasar por gentes honradas, se entran por el portal, y nadie puede adivinar si van á la taberna ó á cualquiera de los cuartos de la casa.

Además muy pocos saben que la taberna tiene entrada por el portal de la casa.

Por aquel portal habia salido don Silvestre, que queria pasar á todo trance por un hombre honrado, y que se rodeaba con suma severidad de las mejores apariencias.

Pero puesto que hemos vuelto á ocuparnos del escribano, retrocedamos al momento que entró en el coche de plaza, y sigámosle.

## CAPITULO XXVII.

### La avaricia y el vicio.

El asturiano que dirigia al caballejo que tiraba del carruage dentro del cual con todas sus picardías iba encajonado el escribano, atravesó cuanto de prisa le fué posible calles y plazuelas, y detuvo al fin á su bestia delante de la casa de Perez.

Como en toda ella no vivia nadie mas que Leontina, y á causa de los acontecimientos estraordinarios que habian pasado, estaban desiertos los talleres, la puerta esterior estaba cerrada, como si la casa hubiera estado completamente vacía de inquilinos.

El escribano lo temió así.

Pero levantó la vista, y vió cortinas en los balcones del segundo piso.

Llegó á la puerta, y dió dos golpes.

Nadie contestó por el momento.

Volvió á llamar, y el mismo silencio reinó.

Llamó por tercera vez, y entonces una vieja se asomó á un balcon.

—¿Quién es? dijo.

—¡Calla! esclamó el escribano al escuchar la voz y al ver á su dueña. ¡Pues si es la famosa Verónica! Mejor no podia sucederme; ya tenemos ayuda.

Y luego respondió:

—Soy yo, hija; soy yo: ábrame usted.

—¡Calla! dijo para sí la vieja. ¡Pues si es el escribano don Silvestre! ¿Á qué vendrá aquí ese bribon?

Y luego dijo en voz alta:

Allá voy, don Silvestre, allá voy.

Tardó cinco minutos la vieja.

Al fin resonaron la llave y el cerrojo de la puerta, que se abrió.

Apareció una de esas viejas robustas que aun conservan vestigios de una hermosura que han consagrado al diablo, como si siguen consagrando al diablo su vejez; vieja repugnante, que saludó al escribano con una verdadera sonrisa de Satanás.

—¡Usted por aquí, don Silvestre! ¡Tanto bueno por esta casa! ¿Qué se le ocurre á usted!

—Vamos claros, Verónica, dijo el escribano: ¿qué haces tú aquí?

—Estoy sirviendo.

—¿De cuándo acá?

—Eso es lo que yo digo. ¿Quién me habia de decir á mí, que he tenido criada, y aun criados, que habia de verme sirviendo? Pero ¡qué quiere usted, don Silvestre! Los tiempos están malos, no se gana un real, se pasan miserias, y sirviendo, al fin y al cabo se tiene casa y comida, y salario á fin de mes, por un poco de trabajo, que no mata, y otro poco de paciencia, que no ahoga. Pero vamos á ver, ¿que quiere usted?

—¿Á quién sirves?

—Á doña Leontina Perez.

—Cabalmente á doña Leontina es á quien yo busco.

—Yo no sé si querrá recibirle á usted: está tan triste y tan metida en sí... ni come, ni duerme, ni vive, y el diablo que la aguante; allá se está metida en su gabinete, y se pasa los dias enteros sentada en el suelo en un rincon, y llora que te llora, como si para ella se hubiese acabado el mundo. ¡Ya se ve! El marido le ha matado al amante, segun dicen malas lenguas; el padre la ha tenido presa, y ella se ha vengado de los padres echándolos á la calle: porque como el marido se ha vuelto loco y está preso, y todo era del marido, todo lo que aquí hay, que no es poco, es de la mujer. ¡Qué niñas, qué niñas las de hoy, don Silvestre! En mis tiempos, cuando una jóven se perdia, no era tan desastradamente. ¡Y cuidado si es hermosa doña Leontina! Y ahí la tiene usted sin amante, sin marido, y sin padres... y yo creo que sin Dios... porque es mala... créalo usted, es mala. ¡Echar á sus padres á la calle!

—No faltaba mas, Verónica, sino que te metieras ahora fraile capuchino, cuando has sido tú mas mala que la peste. Dejémonos de eso; pero dime cómo has venido tú aquí.

—He conocido á la señora en la Galera, donde estaba yo por aquel robillo de cubiertos que no se pudo tapar. La serví bien mientras es-

tuvo allí, y como cuando salió la señora cumplia el tiempo de mi condena... ¡cuatro años mortales! la señora, que me habia tomado cariño, porque ya sabe usted que yo sé hacerme querer, me ha traido consigo, y estoy sola con ella.

—¿Y serás tú capaz de servirme?

—¡Pues ya lo creo! y á mas de tener gusto en ello, tengo obligacion, que ya cuando usted ha podido me ha sacado de este y del otro atolladero.

—¡Bah! Pues cierra la puerta, sube, y di á tu señora que el escribano que ha entendido en su causa, y que viene á servirla, desea verla. Yo espero aquí.

—No hay necesidad; suba usted conmigo: estamos solas, y la señora se está en su gabinete encerrada: ahora yo no sé si me querrá abrir.

La vieja y el escribano subieron al cuarto segundo.

La primera introdujo en la sala al segundo, y salió.

Tardó media hora.

—He tenido que vestir y peinar á la señora, y ya sale, dijo la vieja: no la diga usted que me conoce, y adios, que la siento venir.

Salió Verónica, y á poco se abrió la puerta de un gabinete, y apareció Leontina.

Venia sencillamente peinada, y su único trage era una bata de una de esas ligeras telas de verano, que tan vaporosas y tan frescas hacen á las mujeres que saben llevarlas.

Venia como abstraida.

Se detuvo delante del escribano, y le miró de una manera vaga.

—¡Estará loca tambien! dijo el curial, poniéndose de pie y saludándola.

—Yo creo haber visto alguna vez á usted, dijo Leontina con voz fatigada, sin contestar al saludo de don Silvestre, y sin sentarse: pero no recuerdo dónde.

—Siento infinito recordar á usted el lugar en que me ha visto, señora, dijo el escribano devorando con una mirada impura la descuidada y enérgica belleza de Leontina; usted me ha conocido en la Galera.

—¡Ah! es verdad. ¡Yo he estado en la Galera! dijo como respondiendo á una idea fija Leontina. Sin embargo, yo no recuerdo...

—Soy el escribano...

—¡Ah! sí. ¡El escribano del proceso que provocó contra mi buen padre!...

—¡Ah, señora! usted habia huido de su casa.

—Yo era una esposa abandonada por un hombre á quien habia amado mucho, y que á fuerza de desprecios me obligó á aborrecerle; dijo Leontina, como respondiendo á otra idea fija.

—Sin embargo... la fuga... las pruebas, que desgraciadamente recaían contra usted...

—Pero esa causa, ¿no se ha sobreseido? dijo con un tanto de cuidado Leontina.

—Sí, sí señora: usted al casarse habia salido de la patria potestad: nadie tenia derecho á perseguir á usted criminalmente mas que su marido, y por fortuna, su marido de usted está loco.

—¡Loco! esclamó Leontina con una frialdad sombría y con una vaguedad que hacian temerlo todo por su razon. ¡Loco! En buen hora: mientras yo no lo esté... Y me han sucedido cosas para volverme loca... ¡Angel! ¡Angel mio! ¡Ah!

Y se sentó y enjugó las lágrimas que habian brotado de sus ojos.

—Dicen que los locos no lloran, observó para sí el escribano; pero si esta ha llorado, se le han secado las lágrimas muy pronto: puede ser que esté medio loca.

Leontina se habia sentado, y parecia serena.

Solo habia en su mirada algo de insensato, pero leve, vago, como es vaga esa ligera niebla que se ve algunas veces en torno de la luna.

—Como que, continuó el escribano, su padre de usted no tenia contra usted ningun derecho, y como yo me interesaba infinito por usted...

Leontina no dió las gracias al escribano, ni hizo el menor movimiento.

—Y como yo hice, continuó el escribano, que el juez se interesase, fué usted puesta en libertad y en posesion de los bienes de su marido, inhabilitado por su locura. Pero señora...

—¿Que sucede ahora?

—Ahora sucede que don Andrés ha recobrado la razon.

—¡Ah, Dios mio! esclamó Leontina poniéndose intensamente pálida.

Y era difícil comprender, por la manera con que aquella esclamacion habia sido pronunciada, si era de alegría ó de terror.

—Sí, sí señora; ha recobrado la razon, y la primera palabra que ha pronunciado ha sido su nombre de usted.

—¿Que Andrés ha pronunciado mi nombre? esclamó Leontina, poniéndose de pie y temblando de emocion de los pies á la cabeza.

¿Dice usted que Andrés me llama?... ¡Oh! ¡Yo quiero ver á Andrés!... ¡Yo tengo que revelarle cosas terribles!...

El escribano se asustó.

Acontecíale que no entendia á Leontina.

Las palabras de esta, relativamente á Andrés, parecian las de una mujer enamorada: el escribano no habia ido allí á reconciliar, sino á dividir mas y mas á los esposos, y al ver el estraño, el incomprensible giro que tomaba el negocio, se apresuró á decir:

—Sí, sí señora; don Andrés se acuerda de usted, pero de una manera terrible; quiere vengarse; habla de adulterio, de pruebas...

—¡Ah! esclamó Leontina dejándose caer sobre una silla y cubriéndose el rostro con las manos. ¡Dios me abandona, y me deja entregada al diablo!

—Desgraciadamente hay pruebas contra usted, señora.

—Sí, sí; hay pruebas sobradas; yo he estado loca... yo no he tenido la culpa.

—Sin embargo, señora, la culpa existe: don Andrés puede hacer lo que su padre de usted no pudo.

—¡Mi padre¡ ¡Mi madre! ¡Dios mio!

Y habia dolor y remordimiento en la voz, en el semblante, en la mirada de Leontina.

Hizo un supremo esfuerzo, y dijo:

—¿Qué ha sido de mis padres? ¿Lo sabe usted?

—¡Señora! Esa pregunta, ¿quién mejor que usted?...

—Es que los he echado esta mañana de mi casa: estaba loca: mi padre habia subido á reprenderme, y en un momento de cólera...

—Bien: los padres y los hijos... se disgustan... pero el disgusto pasa; una reconciliacion...

—Y bien, dijo Leontina reponiéndose. ¿No me han perseguido ellos? ¿No han querido que la ley castigue una debilidad mia? ¿No me han metido en la cárcel? Ellos no son mis padres. He hecho bien en arrojarlos de mi lado y de mi casa.

—Considere usted, señora, que acaso está usted á punto de ser presa otra vez.

—¡Presa! ¡Volver al lado de aquellas horribles mujeres que me insultaban!

—Acaso mañana entable don Andrés contra usted demanda de adulterio.

—¡Huiré! ¡huiré!

—¿Y adónde? Suponiendo que el telégrafo no la alcance á usted,

no podrá usted llevarse lo necesario para vivir siempre independiente: desengáñese usted; hay otro recurso mejor.

—¿Cuál?

—Adelantarse: el que dá primero, dá dos veces.

—¿Pero cómo? ¿Qué hay que hacer?

—Demandar antes.

—¡Demandar! ¿De qué?

—De adulterio.

—¿Pero á quién?

—A su marido de usted.

—¿Y las pruebas?

—Las tengo yo.

—¡Cómo! ¿Tiene usted las pruebas?

—Sí; del doble adulterio de don Andrés Zoa con doña Luisa Alvarado de Sástago, marquesa de Guapeltepec.

—¡Esa mujer! esclamó furiosa Leontina. ¡Siempre esa mujer! ¡La causa de todas mis desdichas!... ¿Y tiene usted pruebas?

—Sí.

—¿Pero qué pruebas?

—Cartas recíprocas, testigos.

—Pues bien: ¡la demanda, la demanda! Necesito vengarme: esa mujer me le ha robado; robándomelo, me ha perdido... porque yo queria vengarme... ¡La demanda... y al momento!...

—Poco á poco: es necesario que nos convengamos.

—¿Y en qué hemos de convenir?

—Si yo quiero, hay pruebas: si no quiero, no.

—¿Pero usted?...

—Yo, como todos los hombres, cuando me meto en un asunto grave, me meto porque tengo un gran interés en ello.

—¡Dinero! dijo con desprecio Leontina.

—Mas que dinero, dijo el escribano.

—¡Mas que dinero!... ¿Y qué?

—Amor.

—¡Amor! dijo Leontina, dejando salir de sus ojos un relámpago de cólera. ¡No comprendo á usted!

—Estoy loco por usted, señora.

Y el escribano tendió audazmente la mano á otra mano de Leontina.

La jóven se puso de pie, terrible, imponente.

—Se ha equivocado usted, dijo; y le arrojaré á la calle si no co-

noce su equivocacion. Le necesito á usted y estoy pronta á pagarle: tome usted, como muestra de que le pagaré bien, añadió abriendo un buró y sacando de él cinco billetes de á cuatro mil reales.

Por mas que al escribano le gustase Leontina, le gustaba mas el dinero.

Sus ojos se inyectaron, con la espresion repugnante de la codicia, y su mano temblaba al tomar los billetes.

—¡Ah! Perdone usted, perdone usted, señora, se apresuró á decir: yo estaba verdaderamente loco: no hay que acordarse de una palabra escapada en un momento de... En fin, yo estoy completamente á la disposicion de usted.

—Bien: obre usted, y obre usted con actividad, dijo Leontina: espero á usted cuanto antes con un resultado. Por ahora, déjeme usted sola.

El escribano, todo turbado, saludó y salió.

Leontina se quedó terriblemente impresionada.

—¡Veinte mil reales! decia el escribano para sí, sin hacer caso de Verónica, que le acompañaba para abrirle la puerta, y que estrañaba sobremanera el silencio del escribano. ¡Veinte mil reales ganados en una hora, y con un negocio abierto! ¡Ah! ¡ah! el dinero es mejor que las mujeres: con el dinero se tiene todo.

Y sin decir ni una sola palabra á Verónica, salió de la casa, entró en el carruage que le esperaba aun, y se trasladó á una casucha, situada en una de las calles mas solitarias del barrio de Toledo, donde entró.

---



TOME USTED COMO MUESTRA DE QUE LE PAGARÉ BIEN.

## CAPITULO XXVIII.

Satanás medita.

Satanás estaba dado al diablo.

Tenia el humor mas negro que un inglés cuando se pasea por un bosque, buscando un árbol para ahorcarse.

Vagando sobre Madrid á la inmediacion de los personages que tenia entre las manos, se habia dejado caer aburrido sobre la cúpula de San Andrés, y meditaba.

El pensamiento de Satanás era un infierno.

La rabia del vencimiento le hacia sufrir un tormento comparado con el cual se podrian llamar placeres los mayores sufrimientos humanos.

—Yo no puedo leer en el porvenir, decia, y necesito leer en el porvenir: voy de desgracia en desgracia: pero meditemos ahora qué importancia tiene la empresa en que me he empeñado.

¿Qué es, qué supone una miserable mujer, un átomo en el espacio etéreo, un grano de arena en el océano de la creacion, para que yo consagre á ella, á su vencimiento, todo mi poder, toda mi fuerza?

Hace mas de dos siglos y medio una gitana hermosa y pura, como un rayo de sol, sintió por un hombre una de esas pasiones que deciden de la vida, de la conciencia, del porvenir de una mujer.

El hombre la amó como ella le amaba.

Fueron dos infiernos de amor que se confundieron en uno solo.

Y se amaban con el espíritu y con la materia, con el sentimiento y con el deseo, como el hombre se ama á sí mismo, como la mujer de sangre de fuego comprende el amor.

Pero los hombres quisieron romper esta union que la naturaleza habia decretado.

Quisieron separar á dos séres que habian nacido para unirse.

Que se habian buscado.

Que se habian encontrado.

Desgraciadamente odios de familia, antipatías, injurias, todo ponia en lucha á los padres de Alix, la doncella de las trenzas negras, y Kaimo, el mancebo de los ojos de fuego.

Un dia quisieron los amantes deber su felicidad al misterio.

Durante las tinieblas...

¡Oh! durante aquellas tinieblas sucedieron crímenes horribles.

Los hijos se habian teñido de la sangre de los padres.

Los amantes, enloquecidos por su amor, habian echado sobre su alma una mancha negra é indeleble.

Miguel, mi hermano, vió aquella mancha.

Llevó la acusacion ante el santuario de Dios, y yo, escondido, replegado bajo el santuario, escuché tronar la voz del Eterno.

—«¡Malditos sean ellos, y malditos en ellos sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion!

»Noche de tinieblas y de pecado envuelva sus almas, y cerradas estén para ellos las puertas del cielo.

»Pero tambien cerradas estén las del infierno.»

—«¿Y por qué tú, Dios del cielo, grité yo bramando de cólera desde debajo del santuario, y con una voz que estremeció los firmamentos, por qué me robas los mios?

»El parricidio y la impureza, ¿no han manchado sus almas?»

—«El martirio borra el pecado; las lágrimas son el raudal purificador de las almas.

»Sufran el martirio los hijos de esa raza, á cuyos padres has envuelto en la tentacion, Satanás; pero salvados sean por un ángel de redencion que de ellos nazca.

»Y ese ángel nacerá.

»Y en vano le cercarás de tentaciones, en vano le rodearás de dolores, en vano le combatirás con todo el terrible poder del pecado.

»Ese ángel será una mujer, que por sí sola te vencerá.»

—«Si me dejas abandonada esa familia, no nacerá el ángel de redencion, Jeovah de Sabaot.»

—«Nacerá y serás vencido, Satanás: en él te vencerá la caridad, y la fé, y la pureza, y la esperanza.»

—«¿Y cuándo nacerá esa santa?

—« Siete hijas de Alix y Kaimo habrán sido abuelas, antes de que nazca el ángel de redencion de los crímenes de esa familia.»

Y despues de pronunciar Jeovah estas palabras, el santuario se cerró.

Ahora bien: no es con una mujer con quien yo, dios del infierno, lucho.

Yo lucho con el Dios de los cielos.

Él me dijo:

—«El ángel de redencion nacerá, y tú serás impotente contra él.»

Y el ángel de redencion ha nacido.

Es la sétima nieta de la hija de Alix y de Kaimo.

Es Luisa.

Y todo me sale mal.

Ella resiste á todo.

Pude un dia encender una chispa de impureza en su alma, pero ella la sofocó, la apagó con el valor de la mártir.

Ella ha resistido á las tentaciones del amor propio, de la riqueza, de la voluptuosidad: ella es de la materia de que se hacen los mártires.

Es necesario envolverla en las tentaciones del corazon.

Yo habia previsto esto.

Yo he ayudado con mi poder al destino.

Todo está á punto de operar un cambio en la situacion de Luisa.

Ama á Andrés, y Andrés está loco por ella.

Presentémosle á Andrés.

Y Satanás estendió atronando las alas, y se lanzó como una chispa eléctrica sobre un edificio tétrico, situado en la calle Ancha de San Bernardo.

---

# CAPITULO XXIX.

Sueños y tentaciones.

Aquel edificio era la cárcel de mujeres.

La Galera.

Satanás se metió por la rendija de una ventana en un aposento lóbrego, de paredes ennegrecidas.

En aquel aposento habia ricos muebles, que sin duda habian sido llevados de otra parte: cuadros admirables, dos espejos gigantescos sobre consolas de mosáico, y sobre las consolas un reloj de bronce cincelado en la una, un grupo de bronce, del antiguo, en la otra, y á los costados de estos objetos jarrones del Japon con flores frescas.

Habia allí dos mujeres.

La una sentada en un sillon, silenciosa, apoyada la barba en la mano izquierda y el brazo de esta en un brazo del sillon: la otra mano abandonada sobre un hombro de otra mujer que estaba sentada en el suelo, apoyada en el regazo de la otra, y dormida.

La una mujer, la que velaba, lloraba.

La otra, la que dormia, soñaba de una manera ardiente y agitada, á juzgar por la espresion de su semblante.

La una tenia cabellos negros.

La otra los tenia rubios.

Eran Luisa y Antonia.

El quinqué colocado sobre una de las consolas, por su situacion, determinaba fuertes proyecciones de sombra sobre aquel grupo silencioso.

Satanás, impalpable, envolvió en su espíritu á Luisa.

Luisa sintió que sus ojos se cargaban.

Conoció el sueño que la acometia y que la habia acometido tantas veces; sintió á Satanás, y quiso rechazar el sueño.

Pero Satanás era mas poderoso que ella, y se encontró envuelta en un profundo sueño magnético.

Se encontró otra vez dentro del salon misterioso de su casa, de su antigua casa solar; en aquel salon sobre cuyas tapicerías se destacaban los retratos de sus abuelas y de su madre; al que se entraba por la puerta de ébano.

Estaba sentada en el mismo sillon en que lo habia estado otras veces.

Á su derecha tenia la chimenea.

Á su izquierda el velador.

Sobre el velador el quinqué.

Pero el quinqué estaba apagado.

Sin embargo, una luz sombría iluminaba la estancia.

Su resplandor rojizo la llenaba hasta los ángulos.

Aquel resplandor era la aureola sangrienta de condenado que fluía de los ojos de Satanás, que estaba delante de ella.

No ya con la figura del baron del Destierro, ni de la princesa de Wadicoff, sino con su verdadera, terrible y hermosísima figura de ángel caido.

Á los pies de Luisa, apoyada en su regazo, dormia Antonia.

Satanás miraba profundamente á Luisa, con cólera, con un empeño sombrío pintado en sus ojos, con la espresion, en fin, mas infernal que podia.

Luisa se estremeció.

Tenia delante un poder demasiado terrible para no temerle.

—Héte aquí, dijo Satanás, bella y pura marquesa, deshonrada, confundida entre esas mujeres despreciables que llenan esta cárcel de infamia.

Luisa calló.

—¡Ah! ¿Quieres hacer conmigo alarde de valentía? Pues voy á aterrarte; vas á ser sentenciada.

Continuó el silencio de Luisa.

—Sentenciada por robo de cadáveres y por adulterio.

—¡Por adulterio! esclamó Luisa levantando con un movimiento de pudor ofendido la cabeza.

—Sí por cierto, dijo Satanás: por adulterio con tu amante Andrés Zoa.

—Pero eso no es verdad: nadie se atreverá á acusarme: en cuan-

to á mi prision, Andrés declarará: Andrés probará que yo no he podido administrarle, hacerle tomar ese escitante que pretenden le ha vuelto loco...

—Necesito dividir mis respuestas: empezando por el adulterio, estás acusada ya por la mujer de Andrés: en cuanto á si has causado tú ó no el estado de demencia de Andrés, este no podrá declarar, porque su locura es incurable, es un pensamiento, un recuerdo. ¿Y sabes quién es el recuerdo y el pensamiento fijo de Andrés?

Luisa habia vuelto á su inmovilidad.

—Pues bien: ese recuerdo, ese pensamiento fijo, soy yo.

—¡Tú!

—Sí; yo.

—No comprendo.

—Sí; yo... ó lo que es lo mismo, la princesa de Wadicoff.

—¡Ah!

—¿No crees que yo habré hecho sentir tanto á Andrés, que le habré dejado ver tanta hermosura, tanta fascinacion, tal encanto, que Andrés haya sentido la impresion del no ser, haya estado inerte veinticuatro horas, en una situacion de insensibilidad, que médicos inéptos han confundido con la muerte, y que al despertar haya causado en él la locura?

—¡Ah Dios mio!

—¡Y cuánto sufre!

Luisa sintió que el corazon se la desgarraba.

—¿Quieres verle? dijo Satanás.

Luisa guardó silencio.

—¿Quieres verle? repitió Satanás.

—Sí, respondió de una manera nerviosa Luisa.

Luisa se encontró de repente en un aposento sucio y oscuro.

Tendido sobre un gergon negro, sujeto por una camisa de fuerza, rodeado de dos hombres y una mujer que se ocupaban el uno en sangrarle, el otro en alumbrar al que sangraba, y la otra en renovar paños de agua fresca sobre su frente, allí estaba Andrés.

Andrés respiraba lentamente y de una manera penosa, y de su boca salia constantemente repetida, y por intervalos iguales, esta sola palabra:

—¡Cesárea!

Un impulso de despecho infinito, una sensacion de dolor insoportable, y la angustia de la desesperacion, se apoderaron de Luisa.

— ¡ Oh Dios mio ! ¡ Dios mio ! esclamó Luisa.

— Pues hay criaturas mas infelices que él.

— ¡ Mas infelices !

— Sí ; por ejemplo, tu hermana.

— ¡ Ah ! no ; no puede ser.

— Espera, espera ; vas á ver si puede ser eso ; voy á hacerte penetrar en el pensamiento de tu hermana.

— ¡ Por piedad, Satanás !

— Es necesario que sepas que estás sola en el mundo.

Y sin que Luisa pudiera evitarlo, su alma penetró en el alma de Antonia.

Dentro de ella habia un sér idealizado.

La figura de aquel sér era Andrés ; pero embellecida por la imaginacion y por el deseo de Antonia.

Luisa comprendió cuánto amor, cuánta abnegacion, cuánto sufrimiento se ocultaban por Andrés en el alma de Antonia.

Las almas enamoradas ven en sueños lo que no pueden ver despiertas.

Antonia veía á sus pies, rodeando su cintura, infiltrando en sus ojos una mirada ardiente, suprema, dulce, infinita, á Andrés.

Le acariciaba, le sonreía.

Y Andrés la devolvia caricia por caricia, sonrisa por sonrisa.

Parecia que Andrés no habia nacido para otra cosa que para amar á Antonia.

Este era el sueño, el deseo de la pobre jóven.

Tras Andrés, la imaginacion de Antonia, en su sueño, veía dos mujeres.

La esposa y la amante.

Leontina y Luisa.

Pero entrambas empalidecidas.

La una, aborrecida por Andrés.

La otra, despreciada : Luisa.

Este era el sueño de Antonia.

Luego este era su deseo.

Antonia anhelaba que Andrés aborreciese á su esposa y que despreciase á Luisa.

Es decir, que aborrecia á Luisa, porque Andrés la amaba.

— Tú me engañas, Satanás ; tú eres miserable é infame ; eso no puede ser. Antonia me ama, es mi hermana.

— Pero Andrés es su vida, y le ama mas que á tí.

—No, no; si Antonia ha amado á Andrés, ha dominado su amor, se ha curado de él.

—¿Y te has curado tú del tuyo?

—Lucho y venzo.

—Tú sueñas lo que deseas, como con su deseo sueña Antonia. Un dia harás despierta lo que sueñas dormida, é incurrirás en el crímen.

—Sufriré hasta morir.

—Aborrecerás á tu hermana.

—¿Y qué culpa tiene mi hermana, si te has apoderado de su corazon, si es mas débil que yo?

—¿Tú te crees fuerte?

—Sí.

—Ese es un pecado de soberbia, Luisa.

—No: es confianza en Dios.

—Siempre, siempre lo mismo: tienes la vanidad de la santidad, cuando no eres ni mas ni menos que una criatura tan miserable como otra cualquiera.

—Yo no soy santa; pero yo no puedo aborrecer: si me impaciento, si sufro, acabo por perdonar...

—¡Ah! ¿Serás tú en efecto el ángel de redencion de los tuyos?

—Si lo soy, lo seré por la voluntad de Dios.

—¿Has comprendido que luchas conmigo? dijo Satanás perdiendo, por decirlo así, los estribos.

—Yo no, yo no puedo luchar contigo, si no me sostiene la mano de Dios: y Dios, solo Dios es quien te vence; yo no: yo en ese caso no soy mas que el medio; pero Dios no puede ni quiere luchar contigo, por mas que tú quieras luchar contra él.

Satanás exhaló un rugido de soberbia.

—¡Que Dios no quiere ni puede luchar conmigo!

—No puede haber lucha entre el señor y el esclavo, entre el débil y el fuerte; no puede haber ni vencedor ni vencido: tu soberbia es quien ha hecho creerte enemigo de Dios: tú no has combatido jamás con él, porque él no ha podido combatir contigo.

Apenas habia dicho Luisa estas palabras, cuando sintió un sacudimiento infinito.

Parecia como que un huracan terrible, feroz, se habia apoderado de ella y la habia envuelto, la arrastraba y la llevaba consigo, retronando, mugiendo, silbando, precipitándose en los abismos de la inmensidad.

Era aquello el furor desenfrenado de una tromba infinita, y en

medio de ella Luisa oía retumbar truenos espantosos, veía lucir relámpagos sangrientos, oía pasar sobre su cabeza el rayo.

Parecia como que aquel torbellino queria despedazarla, pulverizarla, reducirla á la nada.

Este estado de terror y de dolor de Luisa duró un segundo.

Pero un segundo infinito, como la eternidad, porque el tiempo no tiene otra medida para los séres dotados de sensibilidad, que la mayor ó menor impresion del sentimiento que en aquel período de tiempo esperimentan.

Luisa pasó por la sorpresa, por el terror, por la agonía, antes de recobrar la razon durante aquel segundo.

Despues, y como estaba preparada á la lucha, su pensamiento se volvió á Dios.

Dios, que es la fuerza y la esperanza de los débiles.

En el mismo punto en que Luisa levantó su corazon á Dios, todo aquel lujo de terror cesó.

La tromba se deshizo.

Al estruendo de la tempestad, sucedió el mas profundo silencio.

Luisa se encontró de nuevo en la tierra.

Pero dentro del aposento donde, preso y loco, estaba Andrés.

El sueño magnético de Luisa seguia.

Andrés estaba solo.

Estendido en un lecho, demacrado, pálido, calenturiento.

Uno de sus brazos, fuera de la cubierta de la cama, mostraba el vendaje de una sangría.

Sus ojos estaban abiertos, fosforescentes.

Su boca entreabierta, dolorida.

Un hervor sordo sonaba en su pecho, y en su boca se escuchaba constantemente esta palabra:

—¡Cesárea!

Luisa, como impelida por un poder sobrenatural, superior á sus medios de resistencia, se acercó al lecho.

Se inclinó, acercó su semblante al semblante de Andrés, y puso su oido junto á la boca del enfermo.

Porque la voz de Andrés era casi imperceptible.

Luisa supo entonces que lo que Andrés hablaba era un diálogo entre él y un sér que le hablaba sin duda en el fondo de su alma.

—¡Que si te amo! decia: yo no he amado jamás como te he amado á tí, alma de mi alma: yo no he visto ninguna hermosura como la tuya: yo no he conocido ningun amor como el tuyo: tú eres un

ángel, y las otras son mujeres: yo ardo, yo me aniquilo, yo muero en tu amor. ¡Oh! ¿Por qué me has abandonado, hermosa mia? Contigo te has llevado mi dicha; tu recuerdo vivo y doloroso ha quedado en mi corazon, como la señal de un hierro ardiendo: ¡oh! ¡ven! ¡vuelve, luz de mi alma! Mi cabeza se parte como si tuviese dentro de sí un hacha: mi corazon se deshace en lágrimas de sangre, y esas lágrimas me abrasan: ¡ven, amada mia, ven! ¡Que sienta yo tus brazos al rededor de mi cuello, oprimiéndome dulcemente; tu aliento en mi aliento, embriagándome de delicias, abrasándome de amor! ¡oh! ¡cuánto te amo! ¡cuánto y cuánto sufro por tu amor!

Guardó por un momento silencio Andrés, y luego dijo:

—¡Sí! ¡sí! ¡mi alma por la tuya!

Luisa se estremeció.

Comprendió que Andrés hacia un pacto con Satanás.

Su alma se llenó de amargura.

—¡Oh! ¡por Dios, por mi amor, Andrés! esclamó: ¡vuelve en tí, rechaza las tentaciones de ese espíritu maldito! ¡yo te amo!

—¿Y quién eres tú? contestó vagamente Andrés: ¿qué me importa tu amor? ¿Qué puedes tú darme tan precioso como una sola mirada suya?

—¡Yo soy Luisa, Andrés; yo soy Luisa, la desdichada á quien tanto has amado!

—¡Luisa! ¡Luisa! dijo Andrés: yo he conocido una mujer que se llamaba así; una mujer hipócrita, con rostro de santa y alma de demonio: una egoista que se vendia al oro y rechazaba los amores puros: una miserable que se casó con otro miserable para cubrir sus vergonzosas relaciones con un infame; una mujer deshonrada: ¡ah! ¡y yo he podido sufrir por esa mujer! ¡yo he podido creer que la amaba! ¡El amor! ¡Yo no sabia lo que era el amor hasta que he conocido á Cesárea! ¡Ah! ¡Qué corazon y qué hermosura! ¡No me hables de Luisa, de esa miserable cortesana, deshonrada é impura: háblame de Cesárea, de mi amor, de mi esposa del corazon, de mi vida. ¡Pero Luisa! la desprecio tanto como amo á Cesárea!

Al oir estas palabras de la boca de Andrés, Luisa sintió en su corazon un frio de muerte: parecióla que algo se desprendia de su sér; sintió una amargura como nunca la habia sentido; lloró, como lloró Jeremías sobre las ruinas de Jerusalen.

Las lágrimas de Luisa caían sobre el semblante de Andrés.

—¡Ah! ¡lloras, ángel mio! dijo el jóven: ¡es que has oido mi voz y vuelves junto á mí!

Y asiendo de repente las manos de Luisa, é incorporándose, la miró de hito en hito, con arrobamiento, con delicia.

—¡Oh, qué hermosa eres, sueño de mi alma! ¡qué tersa y qué pura tu frente! ¡qué negros y qué ardientes tus ojos! ¡qué sedosos y qué luengos tus negros cabellos! ¡oh! ¿y por qué lloras? ¿no te amo yo? ¿no me amas tú con toda la fé de tu alma?

—¡Oh, sí! dijo Luisa arrastrada por aquella fascinacion inconcebible: ¡yo te amo!

Y los ojos de Luisa irradiaron un relámpago tal de pasion y de hermosura, que Andrés dió un grito.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡eres tú! ¡Luisa de mi alma!... esclamó.

Y atrayéndola á sí, la rodeó los brazos al cuello, y la besó en la boca.

Luisa dió un grito, y pretendió desasirse de los brazos de Andrés; pero no pudo.

La fascinacion la dominaba.

Su corazon latía con tal fuerza, que parecia próximo á romperse.

Lágrimas ardientes, pero dulces, corrian de sus ojos.

Y luego sintió un nuevo torbellino que la envolvia.

Sentia la voz de Andrés, que la enamoraba.

Sentia el aliento de Andrés, que la enloquecia.

Pero, como el vértigo infernal anterior, aquel vértigo de amor tuvo la duracion de un segundo.

Aquella fuerza misteriosa que la hacia recurrir á su pureza y á su fé en los momentos supremos, vino en su ayuda.

Luisa despertó.

Ó por mejor decir, pasó, dentro de su sueño, de una situacion á otra.

Se encontró de nuevo en el sillon, al lado de la chimenea; del salon, depositario de los retratos de sus abuelas, teniendo delante de sí á Satanás, que la miraba, sonriendo de una manera triunfante.

Satanás tenia en las manos un espejo clarísimo.

Luisa se veía completamente en él.

Sus megillas estaban coloradas por el rubor.

Sus ojos impregnados de una languidez tan seductora, que aumentaba hasta hacerla deslumbrante su belleza.

Las anchas y largas trenzas sueltas y desordenadas, pero en un desórden que parecia hijo del arte.

Y su blancura aumentada por el contraste magnífico de aquellas trenzas riquísimas sobre los hombros desnudos.

Luisa se cubrió apresuradamente hasta el cuello con su abrigo, y se mantuvo con las manos cruzadas sobre su seno.

Satanás continuaba riendo.

—¡La pureza humana! ¡El alma humana! esclamó: ¡has sido de Andrés, y Andrés ha sido tuyo! Ha sido necesario para ello que Andrés, inspirado por mí, te insulte en su delirio: ha sido necesario que sufras y temas para que caigas al fin en mis redes.

—¡Mientes, Satanás! esclamó Luisa alzándose con la altivez de la pureza; ha sido un sueño del infierno, y nada mas.

—Sí, un sueño recíproco, un sueño del alma, porque yo no he podido llevar tu cuerpo desde la cárcel de la Galera donde estás, donde duermes, hasta el Hospital, donde loco y encerrado delira Andrés; pero ni él ni tú perdereis el recuerdo de ese momento soñado. ¡La pureza! ¿Dónde crees tú que reside la pureza? ¿En el cuerpo ó en el alma?

—Yo en estos momentos no tengo voluntad: yo en estos momentos, sin duda porque Dios quiere ponerme á prueba, estoy entregada á tí.

—Pero precisemos la cuestion: ¿amas ó no á Andrés?

—Sí, le amo.

—¿Y le deseas?

—Es condicion de la naturaleza humana.

—¡Siempre disculpas!

—Es la verdad.

—De modo que, arrastrada por lo inevitable, mañana despierta caerás en el mismo delirio en que has caido dormida.

—No.

—Lo veremos.

—Veámoslo.

—Dentro de veinticuatro horas saldrás de esta cárcel.

—¡Sentenciada!

—No, absuelta: el sueño de amor que ha pasado por Andrés le volverá la razon: yo le hice ver en mí una hermosura superior á cuantas hermosuras pueden existir en la tierra: la hermosura de los cielos, y Andrés cayó en un estado que engañó á los médicos: hace un momento te he dejado ver de él, en todo el lleno de tu hermosura, resplandeciente por la pasion, por la voluptuosidad: te ha visto tan hermosa como un ángel impuro, te ha reconocido, te ha creido presente, lo creerá siempre, y este sacudimiento de su alma y de sus sentidos ha causado una crísis saludable, y le ha devuelto la razon;

Andrés lo recordará todo, lo declarará todo, y te salvará: tú salvarás despues á Andrés, y luego yo haré que la impureza verdadera, real, tangible, suceda á la impureza del sueño: tú, Luisa, te perderás, y perdiéndote, me habrás procurado un triunfo sobre Dios.

—Pues si has de vencer á Dios por medio de mi perdicion, estoy salvada.

—¿Por qué?

—Porque Dios es invencible.

—No, no es invencible, puesto que no ha podido vencer mi soberbia.

—Te la dejó para castigo.

—Bien, bien; tiempo nos queda para convencernos tú y yo; pero entre tanto, estoy cansado, y tú tambien: separémonos para descansar.

Y el diablo desapareció.

Durante un corto espacio, Luisa quedó sumida en una insensibilidad semejante á la de la muerte.

Luego, de repente, abrió los ojos.

Estaba en su encierro de la cárcel de la Galera.

Pero no en el sillon, sino en su lecho.

Junto á ella velaba Antonia.

Luisa, que recordaba perfectamente todo lo que habia sentido de una manera fantástica durante aquel sueño magnético á que la sujetaba cuando queria Satanás, miró porfundamente á Antonia.

No vió en sus ojos otra esprension que la del amor y la de la ansiedad.

Luego reparó en sí misma.

Tenia el peinado deshecho, y en desórden su trage.

Su cuello, sus hombros y su seno estaban desnudos.

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado por mí? dijo.

—No lo sé, no lo sé, hermana mia, dijo Antonia: uno de esos terribles sueños que te acometen.

—¿Pero quién me ha puesto en la cama?

—Yo.

—¡Tú!

—Sí; dormia yo en tu falda, cuando tú misma me despertaste: te agitabas violentamente, estabas pálida como una muerta, y en tus convulsiones te desordenabas el peinado... Te levanté como pude, y te puse aquí.

—¿Pero, y esta desnudez, Antonia?

—Me ha sido necesario abrirte el vestido para que respiráras: te ahogabas.

—¡Oh, Dios mio!

—No he llamado, porque sé por esperiencia que cuando estás en uno de esos terribles accidentes, nadie ni nada puede despertarte. He esperado á que despiertes.

—¿Y cuánto tiempo he estado aletargada?

—Toda la noche: ya es muy de dia: voy á abrir la ventana para que entre el sol.

Y Antonia abrió la ventana, por la cual entró la poética y dulce luz del sol de la mañana.

Luisa miraba, no con dulzura, sino con dolor, á Antonia.

Porque Luisa no podia aborrecer.

Pero la causaba, sí, un gran dolor el verse aborrecida por su hermana.

—¿Me amas, Antonia? la dijo Luisa, cediendo á este pensamiento.

—¿Que si te amo, Luisa? Qué, ¿acaso no te lo debo todo?

—No, no; es que yo no quiero el amor del agradecimiento.

—¡Y no he de agradecerte yo!...

—No, no me agradezcas nada: ámame, y nada mas. ¿No te amo yo á tí? ¿Y sabemos, acaso, por qué amamos, por qué necesitamos amar? Pero amar por agradecimiento, eso no es amor: sacrificios que pagan cualquier otro sacrificio, no son mas que ajustes de cuentas, y no quiero cuentas entre nosotras, Antonia. ¿No me amarias del mismo modo si ningun amor me debieses?

—No lo sé, dijo Antonia.

—¿No lo sabes? Pues yo sí: yo para amarte solo he necesitado conocerte.

—Tú me has amado, Luisa, por caridad.

—¡Oh! no me digas eso: yo me he conmovido delante de muchos infortunios: yo he hecho por mis semejantes todo lo que he podido hacer; pero no he amado á los que, viéndome en posicion de ello, habia tendido una mano amiga. He cumplido con mi deber entonces; pero cuando te estreché por la primera vez contra mi corazon, satisfice mi alma. Yo necesitaba una hermana, y la tenia. ¡Cómo no la habia de amar?

—¿Por qué me hablas de esto en los momentos en que acabas de salir de un accidente terrible? dijo Antonia.

—He soñado yo no sé qué cosas terribles: que no me querias, que me aborrecias.

—¡Yo! esclamó poniéndose densamente pálida Antonia.

Luisa comprendió con dolor, en la espresion del semblante de Antonia, que Satanás no la habia engañado.

Vió en su hermana la sorpresa del que se ve sorprendido en su secreto, que creía no haber revelado á nadie, y se estremeció.

Estaba sola en el mundo.

Las pasiones, esas terribles enemigas de cuanto hay de santo, bueno y respetable en el mundo, la reducian á la situacion mas desesperada en que podia encontrarse una mujer.

Y sin embargo, disimuló.

Amaba á Antonia, y no queria que Antonia supiese que ella sabia el estado del alma de Antonia respecto á ella.

—Yo no he creido ese sueño, dijo; pero te amo tanto, hermana mia, que he tenido necesidad de que me lo repitas; pero no hablemos mas de esto: yo no dudo de tí; yo no puedo dudar de tí: abrázame.

—¡Ah! gracias, Luisa mia, gracias; dijo Antonia arrojándose con los ojos llenos de lágrimas en los brazos de su hermana.

Y despues de esto Luisa se levantó, se vistió, y poco despues, servida por sus criados, almorzaba con Antonia.

---

## CAPITULO XXX.

La vuelta á la razon.

El Moreno, como dijimos, se habia ido al hospital.

Encontró á Andrés completamente en el uso de su razon.

Al verle, el jóven le tendió los brazos.

El marino le apartó, y le dijo con voz solemne:

—Tengo que hablar á usted de cosas muy graves.

—Vamos, no creía yo que eso impedia el que nos diéramos un abrazo, señor Martin.

—No, por San Telmo, dijo el Moreno; pero cuando el cáriz es negro y el turbion se viene encima, no está uno para andarse con escarceos; pero vengan en buen hora los brazos, Andrés.

Y abrazó al jóven.

—Ahora, hablemos, dijo; y para hablar, fumemos.

Y el Moreno se puso á cargar su pipa.

—Yo tengo que preguntar á usted muchas cosas, Martin, dijo Andrés.

—Y yo tengo que decir á usted muchas otras, Andrés, contestó el Moreno, apretando el tabaco en el recipiente de la pipa.

—Pues hablemos.

—Empiece usted.

—He estado loco, segun dicen, dijo Andrés.

—Yo creo que sí, dijo el Moreno, aplicando un fósforo encendido á su pipa y chupando.

—Me han dicho tambien que se me ha tenido por muerto.

—Es verdad.

—Que una señora, que Luisa (la voz de Andrés temblaba) me ha sacado del cementerio.

—Es verdad.

—Y que acusan á esa señora de haberme dado un brebaje, ¿qué sé yo?... morfina, segun dicen los médicos que me han reconocido.

—Yo no sé si eso es verdad.

—Eso es completamente falso.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo: y así lo he declarado. De tal modo, que siendo este el único cargo que existia contra Luisa, la dejarán por mi declaracion en paz.

—¿Pero usted qué ha declarado?

—La verdad á medias.

—¿Cómo á medias?

—Sí, á medias, porque si hubiera declarado la verdad, tal vez no me hubieran creido: lo hubiéramos echado todo á perder.

—¿Pero qué ha sido, en fin, la declaracion?

—He dicho que por un asunto de honor me habia batido con el baron del Destierro y le habia muerto.

—Mal hecho... eso no se confiesa.

—Habrá pruebas.

—Se protesta de las pruebas.

—Hubiera sido inútil.

—Y bien, dijo el Moreno; importa poco: ha costado algun dinero, pero se le ha echado tierra encima al duelo: no hay parte que pida, porque la baronesa del Destierro no parece, el baron ha desaparecido, y *laus tibi Christi*.

—¡La baronesa! ¡El baron! dijo profundamente Andrés.

—Continuemos, continuemos.

—Pues bien: he declarado que no conocia á los testigos; que cuando el baron cayó, dominado yo por el horror de aquel suceso y por la situacion especial en que me encontraba, me alejé, y que al poco espacio sentí un vértigo, y caí; que no sé mas, hasta el momento en que me encontré en este mismo cuarto, enfermo y sangrado.

—¿Y se satisfizo con esto el juez? Porque esos señores son muy preguntones.

—Me preguntó si conocia á doña Luisa; yo le dije que sí: que cuánto tiempo hacia que no la habia visto, y dije que dos dias antes

de mi duelo con el baron, en un palco en el teatro Real: en esto engañé al juez; porque he visto esta noche pasada á doña Luisa.

—¡Cómo! ¿Que ha estado aquí doña Luisa?

—Sí: secretamente.

—¡Diablo, y qué imprudencia! dijo el Moreno. ¡Pero esa señora debe de estar loca por usted, cuando ha hecho eso!

—¡Oh! me adora: ella me ha vuelto á la razon dándome su amor.

—Despacio, despacio, señor Andrés. ¿Qué quiere decir eso de darle á usted su amor?

—Quiere decir... yo no se lo diré á nadie mas que á usted... porque estoy solo en el mundo... porque no tengo á nadie mas que á ella y á usted.

—Pero acabemos.

—Luisa es mi amante.

—¡Amante!

—Y si yo fuera viudo, sería mi esposa.

—Que doña Luisa haya venido aquí, dificil es; pero, en fin, el dinero hace tantos milagros, que puede creerse; pero que doña Luisa haya sido de usted, vamos... usted lo ha soñado... señor Andrés... lo ha soñado.

—¡Ah! ¡No! ¡No lo he soñado! Se lo juro á usted: yo á nadie lo hubiera dicho mas que á usted, á usted, que me ha dado tantas pruebas de amistad.

—Con mi amistad puede usted contar siempre, señor Andrés, dijo Martin, seguro de que haré siempre mas de lo que pueda; ¿pero está usted seguro de que esta noche ha estado aquí doña Luisa?

—Segurísimo: su presencia me ha vuelto la razon: su hermosura y su amor me han curado de la hermosura y del amor de otra mujer... ¿qué digo de otra mujer? de otro ángel...

Satanás, que asistia invisible á esta escena, rugió.

Habia creido corromper el corazon de Luisa y rendirla arrojándola de una manera fantástica, soñada, en los brazos de Andrés, y al tender este lazo á Luisa, habia curado á Andrés, haciéndole olvidar la hermosura eterna, ideal, que habia dejado ver por un momento al jóven, y que habia sido bastante para causar en él la terrible conmocion que habia engañado á los médicos y puéstolo casi á punto de ser enterrado vivo, estado á que habia sucedido la locura.

Luisa no se habia corrompido. Andrés habia curado.

Satanás sufria una derrota, y quiso conjurarla.

Al nombrar Andrés á la baronesa del Destierro, mejor dicho, al recordarla, el diablo hizo que aquel recuerdo fuera candente y fascinador.

Sin embargo, aquel recuerdo empalideció, pasó, dominado por el amor que Andrés sentia por Luisa.

Satanás se retiró desesperado.

Martin Iglesias se habia quedado pensativo, mientras Andrés absorbia toda la actividad de su pensamiento en el recuerdo de su felicidad soñada y que él creía efectiva.

—Sí, sí: bien puede ser, dijo el Moreno: doña Luisa es muy rica: bien ha podido salir de noche á fuerza de oro de su prision y entrar á fuerza de oro en la de usted.

—¡Cómo! ¡Luisa está presa!

—Sí, la acusan, ya se lo he dicho á usted, de haber dado á usted no sé qué cosa para hacerle pasar por muerto y llevársele del cementerio.

—¡Ah! yo la salvaré, dijo Andrés, porque á mí, si es cierto que se ha echado tierra á mi duelo con el baron, cuando vean que he recobrado el juicio, me soltarán.

—Falta hace que le suelten á usted, dijo el marino, yendo al fin al objeto de su visita á Andrés; porque en su casa de usted se cometen infamias que usted solo puede evitar.

—¡Infamias en mi casa!

—Sí señor; sus padres de usted... y digo sus padres, porque creo que usted ama como á tales á los padres de su esposa...

—¡Oh, sí! les debo mucho amor, dijo Andrés; los amo como si fueran mis padres... y ahora que me falta mi buena madre...

Y las lágrimas asomaron á los ojos de Andrés, y un largo estremecimiento cruzó por su cuerpo.

—Vamos... vamos: procuremos no entregarnos demasiado al dolor, no sea que salgamos de una para entrar en otra.

—Sí, sí, me dominaré... necesito de toda mi vida, de toda mi razon, para proteger á los que me aman. Decia usted que mis padres...

—Sí, sus padres de usted no tienen ni casa, ni pan, ni recursos: don José Perez piensa volver á trabajar.

—¡Cómo! ¡Que no tienen casa! ¡Que no tienen con que vivir! ¿Pues quién los ha arrojado? ¿Quién los ha despojado?

—Su hija.

—¡Su hija! esclamó con asombro, con dolor, con indignacion, Andrés.

—Sí, Leontina.

—¡Que Leontina ha arrojado á sus padres á la calle!

—Por horroroso que eso sea, señor Andrés, es verdad.

—¿Pero qué facultades, qué fuerza tiene Leontina para eso?

—Las que le dán las leyes.

—¡Qué, las leyes autorizan á un hijo para reducir á la miseria á sus padres!

—¿Qué quiere usted? los locos no pueden poseer, y usted estaba loco. Leontina es su esposa de usted; la ley la ha puesto en posesion de los bienes de usted, y como don José Perez nada poseía, porque todo se lo habia cedido á usted...

—¡Ah! sí, sí; ahora mas que nunca necesito la razon: esa infame, esa adúltera, se atreve...

Al pronunciar esta palabra, los ojos de Andrés se animaron con un fuego sombrío: recordó el momento en que entrando en su casa encontró á Leontina en los brazos del baron del Destierro.

—Yo cumplí con mi honra, esclamó roncamente, matando al seductor de Leontina. ¿Pero por qué los tribunales no cumplen con la justicia castigando á la adúltera?

—Estas demandas de adulterio no pueden ejercitarse sino por el marido ó por la mujer: nadie mas tiene derecho á ello: don José Perez, atendiendo antes que todo á la justicia, buscó á su hija, la encontró en una casa adonde la habia llevado el baron del Destierro; tuvo pruebas, y en nombre de usted entabló demanda contra su propia hija: es hasta donde se puede llevar la probidad y la justicia; pero usted estaba loco, inhabilitado por consecuencia; no ratificó usted la demanda, y Leontina no fué solo puesta en libertad, sino en posesion de todo lo que á usted pertenecia. Leontina se ha vengado espulsando de su casa á sus padres.

—¿Y dice usted que hay pruebas legales del adulterio de Leontina? dijo Andrés con voz ronca.

—Sí, sí señor.

—Pues bien: consérveme Dios el juicio, y yo juro que desharé todo este cúmulo de infamias. Cuento con usted, señor Martin.

—Puede usted contar hasta con mi vida.

—Si esperamos á que se convenzan de que yo he recobrado la razon, pasarán muchos dias, y yo quiero obrar pronto: es menester ver á los médicos, pagarles para que declaren mi sanidad: yo no tengo dinero en estos momentos: ¿le tiene usted?

—¡Vaya si le tengo! Y quiero dar á usted un abrazo por esta prueba de confianza.

Y Martin abrazó conmovido á Andrés.

—Así me gusta, dijo estrechándole entre sus brazos: lo mismo se muestra la amistad pidiendo que dando. Lo mismo debia de haber hecho el señor Perez. Pero aunque yo le he ofrecido dinero, se obstina en no tomarlo, y en trabajar para vivir.

—¡Oh! No trabajará, porque pronto estaré yo libre, y seré para ellos un hijo, ya que su hija los desconoce. Por lo mismo, no perdamos tiempo, señor Martin. Empieza á oscurecer; yo quiero estar mañana fuera de aquí. Vaya usted, vaya usted, y gaste cuanto sea necesario.

—Se gastará, dijo Martin guardando su pipa y tomando su sombrero; se gastará todo lo que sea necesario, á fin de que los médicos del hospital comprendan perfectamente que está usted en completo estado de razon. Por lo mismo, y para que eso suceda cuanto antes, me voy. Adios, señor Andrés, adios.

—Adios, señor Martin, y que él pague á usted lo que por mí hace.

Abrazáronse de nuevo, y el contramaestre del *Alcion* salió y preguntó en el hospital dónde vivian los médicos que estaban encargados de Andrés.

---

## CAPITULO XXXI.

Un convenio á espaldas de la ley.

Apenas habia dado cuatro pasos fuera del hospital el Moreno, cuando escuchó una voz angustiada que le llamaba, y los pasos precipitados de una persona que se dirigia á él.

—¡Señor Martin! ¡señor Martin! decia aquella voz, cada vez mas próxima; espere usted.

El Moreno se volvió, y vió á Perez á poca distancia de él, que se limpiaba con un pañuelo el sudor que corria abundantemente por su rostro.

—¡Ah! ¡Usted por aquí, don José! dijo el marino. ¿Ha venido usted á ver á Andrés?

—Sí, sí por cierto; pero no me han dejado entrar porque era ya tarde.

—Si quiere usted entrar... el dinero... de seguro... contra todas las órdenes del mundo, si se paga bien á esa canalla, entra usted.

—No, no; no quiero que nos detengamos ni un momento, porque yo venia á buscar á usted.

—¡A mí!

—Sí señor: y como estaba seguro de que despues de lo que ha sucedido esta tarde entre nosotros, vendria usted á buscar á Andrés, he venido.

—Vamos: ¿y para qué me busca usted?

—Para pedirle dinero.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios! Al fin le conozco á usted: dígame usted

el dinero que quiere, y no se ande usted con cortedades: cuanto mas me pida, mas creeré que usted me aprecia. ¿Hay bastante con esto? dijo el Moreno, sacando de su cartera algunos billetes de Banco.

Perez los rechazó.

—No es para mí ese dinero, dijo, y no sé qué cantidad será necesaria: es para Andrés. Andrés le pagará á usted si vuelve á la razon, decididamente, y si no Dios.

—No entiendo á usted.

—Tomemos, tomemos un carruage para llegar pronto.

—Pues hé aquí que pasa uno vacío, dijo el Moreno viendo pasar un carruage de plaza con la muestra puesta. ¡Eh, muchacho, pára!

El carruage paró.

El Moreno y Perez entraron en él.

Perez dió al cochero las señas de la taberna donde habia pasado la tarde, y donde sorprendió la conspiracion tramada contra Andrés.

—¿Y para qué vamos á esa taberna? dijo el Moreno.

—Para un asunto importantísimo.

Y contó al Moreno todo lo que habia oido.

Apenas se habia terminado el cuento, cuando el coche paraba en la puerta de la taberna.

Perez se echó fuera con una impaciencia febril.

El Moreno le siguió.

—Mi buena señora, dijo Perez á la tabernera, ¿están ahí todavía dos hombres que quedaban bebiendo en un cuarto interior cuando yo salí?

—Sí señor, dijo la tabernera: ahí están con un señor que ha entrado por la puerta del portal.

Ya sabemos que aquella taberna tenia dos puertas, una pública y otra reservada.

—¡Que ha entrado un señor y está con ellos! dijo contrariado Perez.

—Sí señor; y han tomado el cuarto diciendo que quieren estar solos.

—¿Y sabe usted quiénes son esos hombres?

—No señor; vienen algunas veces de tarde en tarde, y se encierran: á mí no me gustan, porque tienen mala facha, y no la tiene mejor el que ha entrado últimamente.

—¿Qué señas tiene ese sugeto? dijo el Moreno.

—No le he visto muy bien, porque entró al oscurecer, cuando todavía no habia luces.

—Pues entonces, ¿cómo pudo usted ver que tenia mala facha? dijo con impaciencia el Moreno.

—Vi que es pequeñuelo, y oí que tenia la voz áspera y chillona, así como una vieja hombruna.

—¡Diablo! dijo Martin, acordándose de don Cosme, escribano público, y gefe secreto de ladrones: ¿si será nuestro hombre? Hágame usted el favor de llevarme á la puerta del cuarto donde están esos señores.

—No hay inconveniente, dijo la tabernera.

—Espéreme usted aquí, don José, dijo el Moreno.

La tabernera hizo atravesar un pasillo al marino, y le señaló la puerta de un cuarto, junto á la cual le dejó.

Aquella puerta estaba cerrada.

Dentro se oía hablar á algunos hombres, pero en voz tan baja, que apenas se percibia qué hablaban, sin que pudiera oírseles una sola palabra.

Martin llamó quedito á la puerta.

Á aquel llamamiento sucedió el mas profundo silencio, y nadie contestó.

Volvió á llamar Martin, y entonces una voz bronca y amenazadora dijo desde dentro:

—¿Qué hay?

—¡Hola, don Cosme! dijo el Moreno, como hablando con un conocido antiguo.

—Aquí no hay ningun don Cosme, contestó otra voz.

—Vamos, dijo el Moreno; no hay para que ocultarse: ya sabe usted, don Cosme, que somos *amigos hasta la muerte.*

Aquella frase, *amigos hasta la muerte*, era una seña de que habia provisto á Martin el escribano.

Sucedió un momento de silencio, despues del cual se abrió la puerta.

Detrás de la puerta apareció don Cosme con el rostro nublado y los ojillos grises fijos y amenazadores en el Moreno.

Pero al ver á este, el semblante del escribano se despejó.

Le dió la mano, le atrajo á sí, y cerró la puerta.

—¿Qué se ofrece, amigo mio, qué se ofrece? dijo presentando cordialmente á Martin un vaso lleno de vino, que nuestro negrero apuró de un trago. ¿A qué debemos el gusto de verle á usted por aquí? ¿Se necesita armar alguna otra zancadilla á ese pobre vizconde? Aunque ya me parece que tiene bastante: le han sentenciado á

muerte en primera instancia, y á su mujer, contra la cual aparecen menos cargos, á prision perpétua: me parece que tienen bastante, porque la Sala confirmará la sentencia del inferior.

—Se trata de otra cosa.

—¿Y qué cosa es ello?

—Una cosa en que yo y estos buenos mozos pueden ganar algun dinero.

—Pero sepamos, sepamos.

—Será necesario que entre otra persona que viene conmigo.

—¿Es persona de confianza?

—Respondo de ella.

—¡Ah! pues entre un pirata y tres buenos ladrones, no hay que andar con recelos. ¿Es tambien del oficio ese que viene con usted?

—No señor, dijo el Moreno; es un hombre de bien, que necesita de ustedes. Pero llenadme este vaso, que tengo una sed que me ahoga.

Uno de los ladrones llenó el vaso del Moreno, que le apuró, como el anterior, de un trago.

—Puesto que no hay inconveniente, dijo el Moreno poniendo el vaso sobre la mesa, voy á llamar á mi amigo.

Y salió, y poco despues volvió con Perez.

Al ver al buen ex-ebanista, don Cosme se tranquilizó.

Le conocia demasiado; como que habia sido el escribano que habia ido á entender en la quiebra del honrado menestral.

—Vamos, siéntese usted, don José; siéntese usted, y tome un vaso de vino, le dijo con voz afectuosa.

—Gracias, don Cosme, gracias, dijo Perez; reventaria si bebiese una sola gota: me estoy ahogando.

—¡Diablo! Pues no salió usted tan mal de sus negocios, merced á aquel buen Andrés, que dicen que se ha vuelto loco.

—Sí; pero ya está curado, dijo el Moreno.

—Pues me alegro, dijo don Cosme, porque es un escelente chico.

Los dos ladrones secundarios guardaban silencio.

—Lo que me estraña es que usted, don Cosme, esté aquí, añadió Perez.

—¿Y por qué, mi buen amigo? dijo con algun recelo el escribano.

—Porque yo creo que estos otros dos sugetos no son personas muy decentes.

—Así es la verdad, dijo don Cosme; y vamos, ¿qué tiene usted que ver con eso?

—Tengo que ver que sé lo que estos dos han estado tratando esta tarde aquí.

—¿Y qué hemos tratado, señor? dijo uno de ellos.

—Habeis tratado de envolver en una causa criminal, valiéndoos de pruebas falsas, á un hombre honrado.

—¡Cómo!

—¡Qué dice usted! esclamaron á un mismo tiempo los dos ladrones.

—Mas bajo, mas bajo; por favor, señor don José, dijo todo azorado el escribano; estas cosas deben hablarse en voz muy baja, porque son cosas demasiado sérias.

—Sí, sí; hablemos todo lo bajo que podamos, dijo Perez con ansiedad; pero entendámonos francamente: se trata de probar el adulterio de mi hijo don Andrés Zoa con una señora respetable: esta es una calumnia; pero se dispone de pruebas falsas, de testigos falsos.

—Entre nosotros hay traidores, dijo con voz ronca el escribano, mirando de una manera amenazadora á los dos ladrones, que estaban confundidos.

—No, no hay traidores, por lo que entiendo, aunque yo entiendo muy poco de estas cosas, dijo Perez con la repugnancia de un hombre honrado cuando habla con bribones.

—Pues si no ha habido traicion, dijo don Cosme, ¿cómo sabe usted cosas que no debe saberlas mas que quien las hace y quien las paga?

—Porque las he oido.

—¿Y á quién se las ha oido?

—Á estos dos señores.

—¡Á nosotros! esclamaron á un tiempo los dos bandidos.

—Sí, á vosotros.

—No hemos hablado de tal cosa con bicho viviente, y se nos puede creer por lo que nos interesa callar.

—Sin embargo, yo lo he oido.

—¿Dónde?

—Aquí.

—Habreis hablado alto, borrachos, como si os hubiérais encontrado solos á cien pies debajo de tierra.

—Yo los he oido desde un cuarto inmediato, por casualidad.

—¿Habia alguien con usted? dijo el escribano.

—Estaba yo solo.

—¿Palabra de honor, don José?

—Palabra de honor.

—¡Qué casualidad! ¡Sorprender un secreto el mismo á quien le interesa, ó punto menos!

—Providencia de Dios.

—Y bien, ¿qué quiere usted, don José?

—Quiero que esas pruebas no se presenten.

El escribano se rascó la estremidad de la oreja derecha.

—Eso no consiste ya en nosotros, dijo.

—¡Que no consiste ya en vosotros! ¿Y por qué? preguntó Perez.

—Porque esas cartas, tan bien falsificadas que parecen las unas de don Andrés Zoa, y las otras de la marquesa de Guapeltepec, están ya en poder de su hija de usted, doña Leontina.

—¿En poder de mi hija esas cartas? esclamó Perez poniéndose pálido.

—Sí, sí señor; en poder de su hija de usted, y tanto, que yo venia á entregar á estos honrados mozos diez mil reales en billetes de Banco que acaba de darme por cuatro cartas de don Andrés y otras cuatro de doña Luisa.

—¡Cartas falsificadas! esclamó con irritacion el ebanista.

—Pero tan bien falsificadas, que los peritos legales las declararán auténticas.

—¿Sabe usted don Cosme, dijo con acento concentrado el Moreno, que yo no sabia que era usted tan bribon?

—¡Qué quiere usted, señor tratante de ébano vivo! Cada cual tiene su oficio, y debe saberle bien..

—Vamos á lo que importa, dijo Perez: yo sé demasiado que es muy difícil, que es casi imposible arrancar esas cartas á mi hija; por ellas se os han dado diez mil reales.

—Quince mil, si á usted le parece, don José: yo entrego á estos muchachos, para que se los lleven á quien ha hecho el trabajo, diez mil reales, porque á mí me corresponde la tercera parte de lo que se gana en cada negocio. Además, no lo he hecho yo directamente; á mí se me ha buscado por mi colega don Silvestre, que ha hecho el negocio. Una cadena, en una palabra. Poco dinero es ese para que el que ha falsificado las cartas consienta en declarar que eran falsas, pues tendria que ir por esto á presidio por ocho años. Quitados de los veinte mil siete mil, correspondiente á mi tercera parte (porque yo siempre deduzco mi parte sin picos), quedarian para ese sugeto tre-

ce mil, y el muchacho no está tan apurado que á tan poco precio quiera ir á presidio. Yo lo siento, señor Martin, dijo el escribano, viendo que el Moreno le miraba fijamente; si la cosa no se hubiese hecho aun, todo se reduciria á que nos diese usted por no hacer el negocio lo que nos hubiesen ofrecido por hacerlo. En el estado en que se encuentra el asunto, créame usted, don José, es necesario esperar los procedimientos. Usted se convencerá de lo que son las tales falsificaciones cuando uno y otro perito las dén por legítimas.

—Pues bien, dijo el Moreno, á quien se le ocurrió un pensamiento: ¿jugamos con armas leales?

—Leales de todo punto, dijo el escribano.

—Pues bien: cuando nos convenzamos de que esas cartas falsificadas lo están de tal manera que parezcan buenas y legítimas, daremos cuanto sea necesario para destruir esas pruebas.

—Convenido.

—Convenido.

—Pues no hay mas que hablar: vámonos, don José.

—¡Dejando este asunto al aire!

—No por cierto, dijo el escribano; el negocio está hecho: ó los peritos conocen la falsificacion, ó no; si la conocen, no hay que darnos un solo maravedí; si no la conocen, entonces trataremos del precio. Con que hasta mas ver, señores, que nosotros tenemos mucho que hacer antes de las once de la noche.

—Y nosotros tambien.

—Pues adios.

—Adios.

Perez y el Moreno salieron.

Este acompañó hasta la fonda á Perez, que iba macilento y entristecido, con el corazon desgarrado por las desgracias que le acontecian, y se fué á buscar á los médicos del hospital que debian declarar la sanidad de Andrés.

---

## CAPITULO XXXII.

Un detalle íntimo de la generala Robles.

Entre tanto don Cosme y los dos ladrones habian salido de la taberna, el uno por la puerta que daba al portal de la casa, los otros por la puerta pública.

Don Cosme se fué á una de las calles mas céntricas de Madrid.

Los dos ladrones á una de las mas escéntricas.

Don Cosme entró en una hermosa casa, llamó al cuarto principal, y entró.

Los otros dos llamaron á una cochera, y entraron tambien.

Don Cosme se encontró en un gabinete.

Una mujer muy bella leía un periódico, y tomaba á sorbos té con leche de una taza que tenia sobre un velador.

Aquella mujer era la generala viuda de Robles.

Al ver al escribano se sonrió, y le saludó con suma confianza.

—Me impacientaba ya, amigo mio, dijo la de Robles; va ya siendo la hora de que vengan mis amigos de confianza: las nueve, añadió mirando un precioso reloj. Juana, hasta que yo te avise, que no estoy en casa. Dájanos solos.

Una doncella que habia acudido al llamamiento de la de Robles, apareció por un momento para recibir la órden de su señora, y desapareció cuando la hubo recibido.

—¿Nos puede escuchar alguien, señora? dijo el escribano.

—En mi casa nadie escucha: yo no me descuido como usted.

—¡Como yo!

—Advierto á usted que empieza á sospechar la policía.

Don Cosme se inmutó.

—Á mí me importa muy poco, continuó la de Robles: yo no puedo verme envuelta en ningun procedimiento que tenga lugar contra usted, porque soy prudente. Mi aviso, pues, es muy desinteresado.

—No tanto, no tanto, señora; mirando hoy mis cuentas, he visto con satisfaccion que por resultado de los negocios nuestros en que usted ha intervenido, directa ó indirectamente, ha percibido usted durante el año pasado la no insignificante suma de seiscientos setenta y siete mil trescientos cinco reales y treinta maravedís.

—¡Oh, y qué exactitud! dijo riendo la de Robles.

—Yo, señora, llevo mis libros con una claridad y una precision sorprendentes: de otro modo, no podria entenderme. Digo, pues, que no es tan despreciable la renta que debe usted á mi *industria*, para que usted no se esfuerce por sacarme de un pantano si caigo en él

La de Robles acandiló en un precioso mohin el labio inferior, y se encogió de hombros, como si la fuese enteramente indiferente aquel guarismo que el escribano creía de gran monta.

—Sí, sí, se apresuró á decir don Cosme; ya sé que usted gasta como un príncipe ruso, y que si solo dispusiese usted de treinta mil duros al año, tendria usted que encoger las alas y bajar el vuelo; pero señora, un guarismo unido á otro guarismo acaba por constituir una cantidad respetable. Y yo creo que este año aumentarán nuestros ingresos, porque van cayendo escelentes negocios, y están preparados algunos buenos golpes: no sería muy aventurado asegurar que antes de fin de año habrá usted recibido un millon.

—Duerma usted tranquilo, don Cosme, que yo velo, dijo la de Robles: solo deseo que no se cometan imprudencias; entre los subalternos de usted hay gentes inconvenientes, sin duda; que no sirven; en una palabra, torpes y habladores.

—Será necesario espurgar la hermandad.

—Pues espúrguese á tiempo: se murmura, don Cosme, se murmura, y aunque ahora no se pronuncian nombres, podrán pronunciarse mañana, y esto, se lo aseguro á usted, sería comprometido para usted.

—Descuide usted, señora, que nadie nos comprometerá.

—¿Á qué viene usted? preguntó la de Robles.

—Á traer á usted dos mil duros, dijo de una manera insidiosa el escribano, presentando á Marianita una preciosa cartera.

La de Robles la puso sobre el velador.

—Á propósito: ¿de qué es ese dinero?

—Por cierto pasaporte para una señora que debe marchar esta noche al estrangero.

—Ah, sí... y han sido puntuales: tengo el pasaporte en el bolsillo: tome usted.

—Para doña Enriqueta Juarez de Alcántara, viuda, de veinte y dos años, que pasa via recta á París y Lóndres. ¡Magnífico! dijo el escribano, guardando en una inmensa cartera de hombre de negocios el pasaporte que le habia dado la de Robles, y levantándose.

—¡Cómo! ¿Se va usted ya? dijo la de Robles: teníamos que hablar de otros negocios.

—Hablaremos en otra ocasion, señora; hoy por hoy, si este pasaporte ha de servir, tengo mucha prisa.

—Pues bien, hasta mañana á mas tardar.

El escribano salió.

Apenas estuvo fuera del gabinete, la de Robles abrió la cartera que habia quedado sobre el velador, y la examinó.

Contenia diez billetes de Banco de á cuatro mil reales.

La de Robles guardó la cartera en un cajon de un secreter, y llamó.

Se presentó la doncella.

—Ya estoy en casa para todo el que venga, dijo.

Y siguió leyendo el periódico.

---

## CAPITULO XXXIII.

De lo que puede provenir de un incendio.

El escribano entre tanto tomó un coche de plaza, y se dirigió á otra de las calles del centro.

Entró en una casa, y subió de un tiron sin tomar descanso, lo que probaba lo previlegiado de sus pulmones, los ciento sesenta escalones que se alzaban desde el nivel de la calle hasta las bohardillas.

Siguió un largo corredor á oscuras, porque en Madrid los pisos altos de las casas no se alumbran, y sin vacilar llegó á un estremo, y llamó á una pequeña puerta.

Inmediatamente se abrió esta.

Una jóven como de veinte años, hermosa y perfectamente vestida con una bata de camino de muselina y un sombrerito de paja de Italia, apareció tras de la puerta, teniendo en la mano, por contraste, una bugía de sebo en una palmatoria de barro cocido.

En la bohardilla, que solo constaba de una pieza, no habia mas muebles que una cama, una silla y una maleta inglesa.

Esta última era nueva y de la forma mas reciente.

Sobre la maleta habia una caja.

—Ya era hora, dijo con impaciencia la jóven: estoy aquí desde las ocho.

—Y no son mas que las nueve y media, reina mia, dijo el escribano: otras veces has esperado mas tiempo y con mas paciencia.

—Esperaba mas que espero ahora.

—Cómo, ¿te parece poco un sueldo de mil reales al mes, manutencion, trages, y todo esto por acompañar á un buen mozo?

—Que se hará servir de una manera completa por mí.

—Todo podrá ser, Margarita; todo podrá ser; porque al fin y al cabo eres hermosa y lista; pero si él aumenta tus obligaciones, que te aumente la paga.

—¿Y es... buen mozo?

—Muy buen mozo.

—¿Hombre tratable?

—Sí... bastante tratable; pero ahora debe de estar de muy mal humor.

—Como que dicen que está sentenciado á muerte en primera instancia.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—El mio.

—Estos bribones no saben callar nada. Pero ¡calla! Hija mia, llevas demasiado lujo.

—¡Bah! Una bata de organdi y unas pulseras de *doublé.*

—De este *doublé* quisiera yo mucho, y con estas piedras. ¿Sabes que estas pulseras valen lo menos, lo menos, diez mil reales?

—Pues mire usted, don Cosme, estas pulseras, este alfiler y estos pendientes, con su caja, me costaron mucho menos.

—¡Ya! Se *vinieron*: te las ha regalado el Tuerto: pues milagro, hija, porque el Tuerto es mas duro para dar que una piedra.

—¡Eh! El Tuerto no me ha dado mas que disgustos y malos ratos: este medio aderezo era de mi señora la marquesa del Fresno.

—¿Y cómo te compusiste? Porque la tal marquesa pondria el grito en el cielo.

—Me compuse de modo que toda la culpa cayó en la segunda doncella, que era una estúpida; pero si estamos corrientes, vamos, que estoy deseando conocer á mi nueva señora.

—¿Y quién va á bajar la maleta y la caja?

—Espere usted.

Y la jóven se dirigió á la cama, y levantando las ropas, miró debajo de ella.

—Sal, Pascual, hijo mio, dijo: sal sin cuidado, que este señor es de confianza.

Salió un moceton al parecer asturiano de los de cuerda, pero jóven y buen mozo.

—¡Ah, diablo! dijo el escribano: parece que te tratas bien, Margarita.

—El pobrecillo andaba mal; yo le he recogido, le he engordado, le he vestido, le he comprado una plaza de mozo de la aduana, y él

se viene á recoger aquí de noche, y me sirve. Ahora le dejo solo, pero puesto en carrera. Vamos, Pascual: toma esa maleta y esa caja.

El mozo, sin responder, cargó con la maleta, que parecia muy pesada, y tomó la caja, que era poco voluminosa.

—Perdone usted, don Cosme; le voy á alumbrar.

Al llegar al estremo del corredor, Margarita dijo al asturiano:

—Oye, Pepe; no me pierdas de vista.

—Descuida, Dolores de mi alma, contestó en andaluz el que parecia asturiano.

Lo que demuestra que una bribona puede engañar á un bribon, porque ni ella se llamaba Margarita, ni él Pascual.

—¿Qué has dicho á esa acémila? dijo el escribano que habia oido el susurro de las voces.

—Que ponga los pies en firme, no caiga y me estropee el equipage.

—¡Ah!

—¡Pues!... Siempre desconfiado.

—No eres tú muy de fiar; pero vamos, vamos, que ya es tarde.

Margarita ó Dolores, arrojó dentro de la habitacion el candelero, y cerró la puerta, pero no echó la llave.

—¿Pero no cierras formalmente? dijo el escribano.

—¿Y para qué? Mañana recogerán la llave.

—¿Pero y la cama?

—Es de una vecina, y la recogerá.

—Entonces toma mi brazo, buena moza, no tropieces y caigas: estás cada dia mas gruesa.

—Ya se ve que sí: ¿no es verdad, don Cosme, que yo con dinero en Francia podria hacer suerte poniendo un *hotel*?... ¿No se dice *hotel*?

—Sí, mujer, sí.

—Pues bien: poniendo un hotel español, ¿habrá bastante con ocho mil duros?

—¡Diablo! ¿Y de dónde los vas á sacar?

—Ya los buscaré, don Cosme.

—Mira si *tu nueva señora* quiere.

—Ya lo creo... si quisiera... Debe ser rico...

—Muy rico.

—Pues me alegro: voy á echarme el velo, para que no me conozca el portero.

Habian llegado á la planta baja.

El portero atisbaba.

—¡Calla! dijo al ver pasar á Dolores: ¿adónde irá tan compuesta esa perdida?

Don Cosme y Dolores entraron en el carruage, dentro del cual habia ya puesto la maleta y la caja Pepe.

Este habia desaparecido.

El carruage partió.

—¡Diablo! dijo el portero: me parece que se va de viaje, y no ha entregado las llaves: bueno: tiene pagado: pues no importa.

Y el portero se puso á pasear por el portal.

Y así, paseándose con esa calma que tienen los porteros de Madrid, pasó mas de una hora.

De repente se oyó en la parte alta de la casa la voz de *¡fuego!* que repitieron muchas voces.

Sucedió la confusion que trae consigo este género de esclamaciones: en un momento se agolpó gente en la calle, y todos los vecinos de la casa se revolvieron asustados.

Un incendio terrible se habia declarado en las bohardillas.

Dolores, al salir, habia arrojado su luz sobre un monton de birutas de carpintero y papeles, que habia en un ángulo.

Durante una hora, que el incendio habia tardado en manifestarse, habia tomado un incremento terrible.

Media hora despues todas las campanas de Madrid hacian la señal de fuego en la parroquia de San Sebastian.

---

## CAPITULO XXXIV.

Cuatro individuos de la santa hermandad del robo.

La carretela se habia dirigido á buen paso á una de las calles mas retiradas de la parte alta de Madrid.

De esquina en esquina, y sin ser visto, un hombre habia seguido á la carretela, á pesar de que esta iba muy de prisa.

Aquel hombre era Pepe.

El hombre á quien Dolores habia encargado no la perdiese de vista.

Cuando llegaron á una cochera, en aquella misma calle adonde dos horas antes habian llegado los dos ladrones de la taberna, el carruage paró.

Don Cosme salió del carruage y llamó.

Se abrió un postigo de la cochera.

—Entra, Margarita, hija mia, dijo el escribano.

La muchacha saltó con suma ligereza de la carretela al suelo, y entró en la cochera con el escribano.

Poco despues salió este, sacó de la carretela la maleta y la caja, pagó al cochero, le despidió, y la puerta de la cochera se volvió á cerrar.

Dentro de esta habia una magnífica silla de posta, que parecia acabada de construir en un taller de París.

Tres caballos de posta con campanillas de plata y guarniciones nuevas estaban enganchadas.

Los dos ladrones que habian estado en la taberna con don Cosme, estaban junto á la silla de posta, con trages de postillon y criado de camino de un particular.

Entrambos abrieron el cajon posterior de la silla, y colocaron dentro la maleta y la caja.

Don Cosme llevó á un aposento que correspondia á la cochera á Dolores, donde habia un sillon y un tocador completamente provisto.

—¡Ea! Pues ahora queda lo mejor y lo mas difícil, dijo el escribano: no os durmais, hijos, para que en cuanto llegue entremos.

—¿Y tardará usted mucho?

—No lo sé, dijo don Cosme; pero siempre volveré antes del amanecer.

Dicho esto, el escribano salió.

Apenas habia salido, cuando Dolores se levantó el velo, se quitó la capota, y se sentó pensativa en el sillon que estaba delante del tocador.

—¿Cómo lo haremos? pensaba Dolores: mas perdida de lo que estoy, no puedo estarlo; y se me resiste ir de acá para allá y servir: no estoy acostumbrada: pensar en que despues de haber huido de mi casa mis padres me reciban, es un disparate. Don Cosme es tan avaro, y abarca tanto, que un dia dán con él: sacarán por el hilo el ovillo, y todos vamos á la *trena* (la cárcel). Ese señor vizconde está sentenciado á muerte... huye, y no puede volver á España: es rico, y, por consecuencia, llevará consigo mucho dinero... ó en su equipage, ó en letras. ¿Quién sabe? Pepe es atrevido y valiente; pero yo no sé quiénes son los que están aquí, aunque no sería difícil que los conociese, porque deben ser de la hermandad, y yo... tanto se ha servido de mí ese pícaro escribano, que conozco á muchos de ellos y pudiera ser que conociese á estos. Veremos.

Y á seguida dijo en voz alta:

—¡Muchacho!

—¡Eh, prenda! dijo uno de ellos entrando; te he estado viendo por las rendijas de la puerta, y me decia: ¿qué diablos hace la Margarita aquí?

—¡Calla! ¿Eres tú, Zurdillo?

—Sí, y el Penco mi compañero.

—¿Y qué haceis vosotros aquí?

—¡Nosotros, eh! Ya lo ves; somos un postillon y un zagal.

—¿Pero á quién servís?

—Á la señora que va á Francia.

—Ó al señor don Luis de Vives, vizconde de Rudaguas, envenenador y asesino, sentenciado á muerte en primera instancia, y que en estos momentos está en la cárcel del Saladero.

—¡Calla! Pues estás perfectamente informada, dijo el Zurdillo.

— Y vosotros tambien.

—Como que don Cosme tiene mucha confianza en nosotros.

—Vamos claros, hijos, ¿qué os han dicho que hagais conmigo?

—Llevarte con el vizconde, vestido de mujer, á París.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—Nos conocemos hace mucho tiempo.

—¡Sí, diablo! Desde el dia en que nos abriste el postigo para que robáramos á aquella marquesa vieja.

—Es verdad. Ya sabeis lo que nos espusimos.

—Por poco nos cogen.

—Yo tuve la suerte de que no desconfiáran de mí, que si no...

—Y bien, ¿qué nos dió Don Cosme? dijo Dolores: una miseria: yo en un año me gasté mi parte, y eso que el robo fué bueno.

—Diez mil duros en dinero y alhajas.

—¿Y no creeis que el vizconde lleva mas de diez mil duros?

—Nosotros creemos que sí.

—Como que no puede volver á España: de modo que el vizconde debe llevarse consigo todo lo que tenga en oro ó en letras.

—Si lo llevase en oro ó en alhajas, sería un buen golpe, dijo el Penco.

—¿Pero y si lo lleva en letras? dijo el otro.

—Cuando don Cosme se mete en este negocio, carne habrá olido. ¿Pues creeis vosotros que don Cosme sirve al vizconde por caridad?

Los dos bandidos soltaron la carcajada.

—Indudablemente, dijo el Penco, algo hay, segun nos ha dicho don Cosme, y este tiene razon. Don Cosme es un pícaro que roba sin esponerse, y nos compromete á nosotros: me parece bien lo que ha dicho Margarita.

—Y á mí tambien, dijo el Zurdillo; pero supongamos que don Cosme sepa que el vizconde lleva el dinero en letras, y tenga don Cosme medio de cobrarlas, y nosotros no.

—Yendo á Francia la persona que debe cobrar esas letras, dijo Dolores, el negocio es igual.

—Pero si el vizconde llega á Francia, no hemos hecho nada, y hemos dejado de dar el golpe que don Cosme habia preparado, dijo el Penco.

—Es que puede ir una persona que pase muy bien por la señora

doña Enriqueta, mucho mejor que el vizconde; ya lo creo, como que es mejor mozo y mas jóven que el vizconde, y no tiene todavía pelo de barba, dijo Dolores.

—¿Y quién es esa persona?

—Mi cariño.

—¡Calla, prenda! ¿Con que tú tienes amo? dijo el Zurdillo.

—No le he tenido hasta ahora; pero á todas las toca su vez, y á mí me ha tocado.

—¿Y quién es?

—Si debeis conocerle.

—¿Cómo se llama?

—Pepete el Podenco.

—¡Viva, bravo! esclamaron los dos ladrones: es todo un hombre de provecho; y como es jovenzuelo, bien puede pasar por mujer. ¿Pero sabrá él parecer una señora?

—Pepe tiene un talento que no le cabe en la cabeza, dijo Dolores. ¿Pues no ha estado pasando por mozo de cordel asturiano, y nadie ha conocido que era andaluz?

—Es verdad; pero esto es mas difícil.

—Vamos, ¿no paso yo por señora cuando quiero?

—Es que tú lo eres, Margarita, y si no te hubieras escapado de tu casa, andarias en coche.

Dolores suspiró.

—Pues bien, dijo: de aquí á París yo enseñaré á Pepe, que necesita muy pocas lecciones, y ya vereis.

—Pero era necesario contar con él.

—Ya lo creo, y para eso está ahí.

—¿Dónde?

—Pegado al quicio de alguna puerta en esta misma calle.

—Pues llamémosle.

—Poco á poco, dijo Dolores; es necesario ser prudente; por cualquier evento don Cosme puede volver: lo mejor será dar una cita á Pepete.

—¿Pero dónde, si vamos á marchar?

—En el camino.

—¿Pero sabeis vosotros el camino por donde hemos de ir?

—Sí por cierto: por la carretera de Francia.

—Pues que espere en la carretera de Francia.

—Muy bien: ¿pero y si no marchamos esta noche porque el vizconde no puede escapar á tiempo de la cárcel?

—Que espere si es necesario tres dias, dijo Dolores: con darle las señas de la silla de posta...

—Convenido... Pues llámale.

Salieron del aposento en donde se encontraban, abrió el Penco la puerta de la cochera, y Dolores asomó á ella la cabeza, y llamó.

Poco despues apareció Pepe.

—Oye, le dijo Dolores, sin dejarle hablar: vete á la carretera de Francia.

—¿Y para qué?

—Para esperar una silla de posta que pasará.

—¿Y cuándo pasará esa silla?

—No lo sabemos; esta noche, ó mañana á la noche, ó pasado mañana: hasta que pase ó hasta que yo te avise, espera.

—Esperaré. ¿Y qué señas tiene la silla de posta?

—Azul celeste, dijo el Zurdillo, y además, Pepete, yo y el Penco, que tambien está aquí, vamos de postillon y criado.

—Pues basta, dijo Pepete: ¿y adónde he de esperar?

—Entre los árboles del puente que hay junto á la venta del Espíritu Santo.

—Muy bien: sí señor, dijo Pepete, imitando perfectamente el habla asturiana.

—Sí, sí; ya sabemos, Pepe, que eres hombre de provecho: pero podria haber tropiezos.

—Sí, vete, dijo Dolores, y hasta cuando nos veamos.

—Adios.

—Vaya con Dios el buen mozo, dijeron el Zurdillo y el Penco.

Pepe se alejó, y la puerta se cerró en seguida.

En aquel momento tocaron á fuego.

Luego todas las campanas de Madrid repitieron apresuradamente el toque.

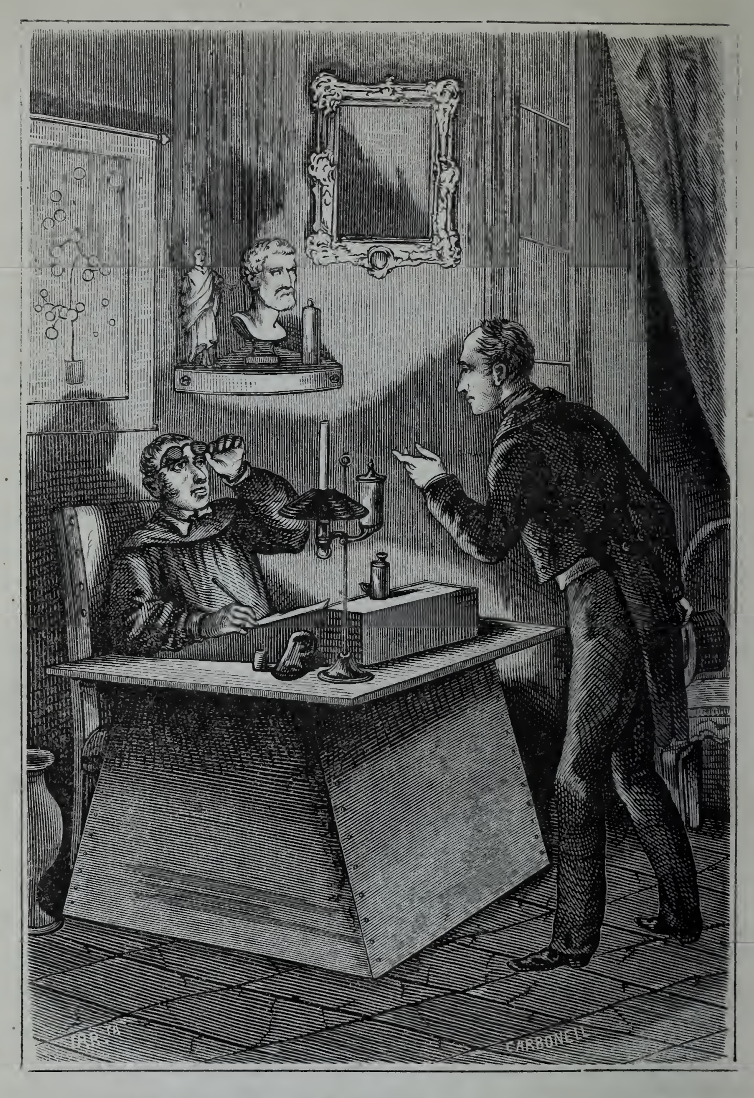
—¡Calla! dijo el Zurdillo: pues el incendio debe de ser bueno; lo conozco en la prisa con que tocan.

—Pues mejor, dijo Dolores; así acudirán al incendio las autoridades y la policía, y podremos estar algo mas seguros.

—El diablo es esta muchacha, dijo el Zurdillo; si no estuvieras enamorada, Margarita, te lo decia.

—Dejémonos ahora de eso, y veníos conmigo: tenemos que hablar largamente.

Dolores se metió en el aposento donde estaba el tocador, y se encerró en él con los ladrones.



BUENAS NOCHES, DON PEDRO, DIJO EL ESCRIBANO.

## CAPITULO XXXV.

De cómo se cubren las apariencias.

Don Cosme, despues de haber dejado en la cochera á Dolores, se fué en derechura á la cárcel.

Habló algunas palabras con el llavero del rastrillo, y este llamó á uno de los presos que sirven de mozos.

Este preso llevó al escribano por un largo corredor á una sala oscura, donde sentado junto á una mesa donde habia un quinqué con la pantalla tan baja que apenas alumbraba, habia un hombre.

El escribano cerró por sí mismo la puerta.

Luego se acercó á la mesa, donde el hombre que hemos dicho se encontraba en la habitacion, escribia en un gran libro.

Al ruido de los pasos del escribano, aquel hombre levantó la cabeza.

Tenia visiblemente peluca, y sobre los ojos unas gafas azules guarnecidas de tafetan.

De lo demás del rostro de este hombre solo se veían dos pómulos pálidos, una nariz recta y larga, y dos dedos de frente: lo demás todo era una barba crespa y roja.

Tenia anudada al cuello una corbata negra y lustrosa, que no dejaba ver ni la menor parte de camisa, y le cubria una blusa gris, de cuyas mangas salian dos manos membrudas y bellosas.

—Buenas noches, don Pedro, dijo el escribano.

—Buenas noches, don Cosme, dijo el otro, sacando un hermoso

reloj de oro de un bolsillo de su blusa: son las nueve y media, y es algo tarde.

—Las nueve tengo yo.

—Mi cronómetro es seguro como el sol.

—No disputemos por media hora, dijo don Cosme; lugar tendremos otro dia: á lo que vengo, vengo.

—Y yo espero lo que espero.

—Aquí está.

Don Cosme sacó de debajo de su levita una voluminosa cartera, y de ella papeles: eran talones y billetes de Banco.

Don Pedro examinó minuciosamente aquel papel-moneda.

—Me han dicho, dijo mientras los examinaba, que es usted muy diestro en esto de falsificar billetes de Banco.

—Pero usted tambien es muy diestro para conocerlo, y ya ve usted que esos talones y esos billetes son legítimos.

—Sin duda alguna.

—¿Y representan la cantidad efectiva de quinientos mil reales?

—Es cierto.

—Creo que estamos al corriente.

—No señor; falta...

—Lo que falta está aquí, dijo el escribano.

Y sacó otro documento.

—Una renta vitalicia de cincuenta mil reales anuales sobre el Banco de Rotterdam, dijo don Pedro: perfectamente; pero aun falta algo.

—Es verdad, dijo don Cosme, y veo que tiene usted muy buena memoria; tres mil duros para los celadores de la galería Honda.

—Eso es.

—Aquí están.

—Entonces voy á dar mis instrucciones.

Don Pedro recogió los papeles, es decir, los billetes y los talones, y los guardó cuidadosamete en un armario.

Luego salió, y estuvo fuera cinco minutos.

Despues volvió.

—¿Con que es decir, dijo don Cosme, que ya está libre el vizconde?

—Casi, casi; á bien que yo me quedo aquí para sufrir los resultados.

—Una evasion no puede evitarla nadie.

—Sí, sí señor; cuando se cuida... pero importa poco: estoy cansado de trabajar, y el vizconde ha andado miserable...

—No habia de quedarse á pedir limosna, amigo mio: le cuesta la vida un millon y trescientos mil reales.

—Pero por el envenenamiento de su madre política percibió solamente en alhajas tres millones.

Relampaguearon los ojos del escribano.

—No creía yo que fuese tanto, dijo.

—Y en dinero, porque la difunta era muy rica, tres millones; y en créditos, que han vencido despues de la muerte de esa señora, un millon próximamente; y en propiedades una renta de veinte y cinco mil duros, que nadie le podrá impedir que cobre por apoderado, cuando se encuentre en los Estados-Unidos, que es donde ha dicho piensa ir.

—Como no puede llevarse las fincas como el dinero y las alhajas, esas rentas las cobrará su mujer. ¿Y sabe usted que siendo la vizcondesa la principal autora del envenenamiento de su madre, solo la han sentenciado á galera perpétua, de donde yo la sacaré, como libro ahora del palo al vizconde?

—En cuanto á la pena, diré á usted: el vizconde tiene sobre sí dos procesos, y su mujer solo tiene uno: el vizconde aparece como instigador de su mujer; y luego doña Emilia es muy hermosa... se han encontrado circunstancias atenuantes, se ha dado tormento al Código, y hé ahí que doña Emilia no irá al palo, como iría irremisiblemente el vizconde, á no ser por mí: me es simpático.

—Seamos francos, don Pedro; si el vizconde no fuese millonario, moriria en público, y le vendria muy ancho.

—Naturalmente se necesita algo mas que la simpatía para arrojarse á lo que yo me arrojo.

—¿Y qué piensa usted hacer despues de que el vizconde se haya escapado?

—Dar parte.

—Yo, francamente, siendo solteron, como usted lo es, me quitaria de enmedio.

—¿Y para qué? ¿Pues qué, no puede escaparse un preso? ¿No se pueden romper paredes? ¿No se puede sobornar á los empleados subalternos? Voy á decir á usted lo que sucederá. Inmediatamente que yo dé parte, se presentará aquí un juez, me tomará declaracion, examinará la gatera por donde los presos se hayan escapado, tomará declaraciones y mas declaraciones, y me formará causa. Resultado: cuatro meses de prision: un proceso por el cual nada resultará contra mí, y pérdida de mi empleo. ¿Á qué fugarme? Así como así, yo

nunca salgo á la calle, y mientras esté preso seguiré viviendo en este mismo cuarto; despues, cuando salga, tomaré el que me parezca mejor, como cualquiera otro ciudadano.

—¿Querrá usted creer, don Pedro, dijo el escribano, que aunque veo á usted segurísimo de la evasion del vizconde, tengo mis recelos?

—¡Bah! Dentro de media hora estará fuera de la cárcel como si yo le hubiera abierto la puerta.

—Me parece demasiada seguridad.

—Yo realizo un plan, teniendo una base, por pequeña que sea: oiga usted, y tranquilícese. Hay en la galería honda algunos calabozos: al principio está el encierro donde se encuentra el vizconde. Es uno de los encierros mas duros y mas incómodos, donde solo se tiene á los presos que han cometido una gran falta, y como castigo. Al otro estremo hay un encierro grande, adonde se guardan de noche ocho ó diez presos de los de mas cuidado; estos matones que revuelven una cárcel, y á los que no puede dejarse en los dormitorios: por debajo de estos dos encierros pasa una alcantarilla, que va á dar al rio. ¿Eh? Pues bien: desde que usted me habló, los diez presos que duermen en el encierro grande están trabajando todas las noches: han levantado las piedras de su encierro, de tal modo que no se conoce, y del mismo modo han levantado las del encierro en que se encuentra el vizconde. Era necesario que el vizconde ocupase como castigo ese encierro. Pues bien: ya sabe usted que por una disputa de juego, provocada exprofeso, el vizconde ha herido á un preso y ha abofeteado á un llavero: dí parte, y el gobernador me ha mandado terminantemente que encierre al vizconde en el calabozo de la galería honda: se entiende que en esto me ha ayudado un inspector amigo mio, que fué quien dijo al gobernador que el encierro mas duro era necesario que el vizconde le ocupase. Con que no habiendo yo elegido el encierro, no hago caso sobre mis sospechas cuando se efectúe la evasion, que tardará muy poco tiempo.

—Y dígame usted, don Pedro, ¿adónde va á parar la alcantarilla por donde saldrá el vizconde?

—Usted no tiene que hacer mas que ir á la fuente del Cura, cuando yo avise á usted. ¿No lo decia yo? Ya está hecho el negocio: llaman á aquella puerta.

En efecto, se oía llamar á una puerta, sacudiendo el picaporte.

—Adelante, dijo don Pedro.

Se abrió la puerta, y apareció en ella un hombre atlético.

—No hay novedad, dijo.

—Bien; buenas noches, dijo don Pedro.

—Buenas noches, respondió aquel hombre, y salió.

—Ya está hecho, dijo don Pedro.

—¡Cómo! esclamó con emocion, pero con una emocion incomprensible, don Cosme. ¿Ya está hecho?

—Sí; al decirme ese llavero que no habia novedad, me ha querido decir que está hecho el negocio. Con que á la fuente del Cura, don Cosme; llegue usted antes de que pueda llegar el vizconde.

—Adios, y gracias, dijo don Cosme, y salió.

Cuando entraba en el coche que le esperaba á la puerta de la cárcel, empezaban las campanas á tocar á fuego.

El escribano no reparó en esta circunstancia.

—Á los lavaderos del rio, dijo al cochero, que le escuchó asombrado, y partió.

---

## CAPITULO XXXVI.

### Negocios cruzados.

La noche era muy oscura.

Cuando llegaron á San Antonio de la Florida y el escribano salió del carruage, no se veía ni los dedos de las manos.

—Mejor, dijo para sí.

Y luego añadió, dirigiéndose al cochero:

—Espérame á un lado del camino, ó mas bien, detrás de la ermita.

Luego se encaminó á la izquierda, anduvo algunos pasos, y se encontró en el puente Verde de madera, sobre el Manzanares.

Diez minutos despues estaba en la fuente del Cura.

—¡Hola! Buenas noches, dijo un hombre de repente.

—¡Ah, don Luis! dijo el escribano.

—¿Es usted, don Cosme? contestó tembloroso el vizconde.

—Sí, yo soy; ¿pero cómo ha llegado usted tan pronto? Yo creía que tendria que esperar.

—La línea recta es la mas corta, dijo el vizconde; pero vengo perdido, casi asfixiado, y eso que me he chapuzado en una balsa del rio. ¡Esa máldita alcantarilla!

—¡Diablo, don Luis! Peor hubiera sido el camino del palo.

—No hablemos de eso, dijo el vizconde estremeciéndose, y vamos, vamos cuanto antes. ¿Está todo dispuesto?

—Sí señor.

—¡Pues á mi quinta!

—¡Cómo! Yo lo habia dispuesto de otro modo: están esperando á

usted Margarita y los amigos con una silla de posta en la calle de la Palma alta.

—No, no, á mi quinta, por fuera de camino: ¿Julian me estará esperando allí?

—Sí señor.

—Pues á mi quinta.

—Vamos, pues; pero me parece imprudente.

—Tengo sobrada confianza en Julian, como usted la tiene en Margarita y esos dos muchachos.

—Completísima, señor vizconde.

—Pues no perdamos tiempo.

El vizconde y el escribano se alejaron de la fuente del Cura, atravesaron el puente Verde, llegaron á San Antonio de la Florida, dieron vuelta á la ermita, y oyeron los pasos del cochero que se paseaba para no dormirse.

Entraron en el carruage.

—Por la Ronda al camino de Alcalá, dijo el escribano.

El carruage se puso en marcha.

—Tengo un miedo como no le he tenido nunca, y no dejaré de tenerlo hasta que me vea en una puerta de Inglaterra á bordo de un clipper anglo-americano.

—Miedo, ¿y por qué?

—¿Usted sabe cuánta gente ha escapado de la cárcel conmigo?

—Sí, diez hombres.

—Diez bandidos. ¿Sabe usted lo que piensan hacer?

—¡Qué!

—Organizar una banda montada, y ganar los montes de Toledo; la policía dará tras ellos, se les perseguirá, y...

—Creerán que usted se ha ido con ellos.

—No: habrá mas actividad que si yo solo me hubiera escapado: jugará el telégrafo.

—Del mismo modo jugaria, aunque usted solo se hubiera evadido.

—Pero no con tanto empeño ni escitando tanto á la policía. ¡Qué hombres los tales! ¡Salvages, verdaderos salvages! Es verdad que á no ser por ellos, que me llevaban casi en brazos, yo no hubiera podido salir de aquella larga cloaca: pero el telégrafo... malditas sean las invenciones modernas.

—En primer lugar, que hay una niebla que se masca, y el telégrafo es inútil: si hubiera ya en España telégrafos eléctricos, como

los hay en los Estados-Unidos, sería distinto: el tiempo está cerrado, y mañana probablemente lloverá, habrá cerrazon: dos dias mas así, y el telégrafo es inútil: además, que aunque tuviéramos telégrafos eléctricos, irá usted tan bien disfrazado, que no hay miedo. ¿Quién ha de creer que la señora viuda que usted representará, que viaja con una doncella y dos criados, es el vizconde de Rudaguas, sentenciado á muerte, y escapado por su dinero de la cárcel?

—¿Y está usted seguro que esa muchacha?...

—Margarita, además de ser tan hermosa, que usted encontrará muy grato viajar con ella, y aun vivir con ella en el estrangero, es finísima, elegante, y de mucho talento.

—¿De dónde proviene esa mujer?

—Es hija de un riquísimo propietario de Andalucía. A los quince años contrajo una de esas violentas pasiones que constituyen generalmente los primeros amores en una mujer de imaginacion, y que las ciega hasta la locura; á algunas las salva el cuidado de su familia, y á otras la casualidad, de estas pasiones que, como son soñadas, pasan; pero á Margarita no la salvaron ni la casualidad, ni su familia: sus amores soñados vinieron á ser una de esas realidades que jamás olvidan las mujeres, porque son su primer dolor, su primer placer. En resúmen, cuando el oficial de quien se habia enamorado tuvo que marchar con su regimiento, Margarita huyó con él: despues el oficial la abandonó, y ella se abandonó á su suerte: cambió de nombre...

—¿No se llama Margarita?

—No, no señor; su verdadero nombre es Dolores; pero yo finjo que no lo sé, y la llamo con el nombre que quiere que la llamen; bajo este nombre supuesto ha pasado por todas las degradaciones, y de lo que era, solo ha conservado su hermosura, cada vez mas brillante.

—Es un tesoro esa chica.

—Ya sabia yo á quién elegia para salvar á usted.

—¿Y los otros dos?

—Son dos bravos mozos, listos como ellos solos, de los que nadie puede sospechar.

—¿Es decir que voy bien servido?

—¡Pues ya lo creo!

—¡Oh, qué desgraciado soy, don Cosme!

—Pues no lo veo: usted escapa de una muerte afrentosa, se ve libre de una mujer á quien no ama, es usted jóven, y puede usted

encontrar allá una hermosa heredera anglo-sajona-americana. Uno de esos tipos que enloquecen, que tienen la blancura de la raza del Norte de Europa y el corazon de fuego de la criolla de la América del Sur.

—Solo hay una mujer que puede hacerme feliz: que puede saciar la sed que me devora: la única mujer que he amado, la última que amaré: Luisa.

—Pero Luisa está presa, y á punto de ser acusada de adulterio.

El vizconde rugió.

—¿Quién ha poseido á Luisa? esclamó.

—Nadie, dijo el escribano; ¡pero tiene tales enemigos, la condenan de tal modo las apariencias!

—¡Y que no la pueda yo salvar!

—Para perderla.

—¡Oh! Yo la convenceria: yo la dejaria conocer un amor tal, que ella me amaria.

—Me voy convenciendo, vizconde, de que está usted loco.

—Puede ser. Pero el coche pára.

—Es que habremos llegado.

El cochero abrió la portezuela.

—Creo que es aquí. ¿No es esta la quinta del vizconde, mas allá de la venta del Espíritu Santo? dijo el cochero.

—Sí, hombre, sí; aquí es, dijo el escribano.

En efecto, á la izquierda se veía una masa mas oscura que la noche, y en medio de esta masa una luz como proveniente de un balcon.

—Espera aquí, dijo el escribano al cochero.

Poco despues, habiendo rodeado la quinta, el vizconde llamaba á un postigo del jardin.

—¿Quién es? dijo una voz desde adentro.

—Soy yo, Julian; abre, dijo el vizconde.

Se abrió precipitadamente el postigo, y un hombre se arrojó en los brazos del vizconde.

—¡Ah, señor! dijo: ¡vuecencia aquí, y libre! ¡Cuânto he sufrido, y cuánto he esperado!

—Gracias, gracias, Julian; pero no hay tiempo que perder. ¿Quién hay en la quinta?

—El conserge y su familia; pero están al otro lado.

—¿Y por la parte del jardin, hay alguien?

—Están cerradas todas las puertas que dán sobre el jardin.

— Vamos al pabellon.

Julian cerró, y guió á su amo y al escribano por entre la oscuridad.

Subieron una gradería, se abrió una puerta, atravesaron una habitacion oscura, y se encontraron en un bellísimo kiosko chino.

En el centro habia una mesa con un quinqué de gas de cinco bombas, y servida una cena.

— ¿Á qué has hecho esto? ¡Una imprudencia, Julian!

— Son todos fiambres y conservas, que he traido yo mismo de contrabando de casa de L'Hardy: nadie me ha visto: como el señor va á emprender un viaje muy largo...

— No tengo apetito, Julian. ¿Y no has traido mas que eso?

— Sí señor; he traido la maleta que vuecencia me mandó traer, con todo lo que vuecencia me mandó que pusiese en ella: por fortuna vuecencia estaba fuera de casa, que si no, con el embargo hubiera sido imposible traerlo. Á propósito: don Antonio, su agente de usted, es un hombre honradísimo; lo tenia sin recibo, por lo que he visto.

— No eres tú menos honrado, Julian. Dame la llave.

Julian sacó de un bolsillo de su chaleco una pequeña llave, que dió al vizconde, que la guardó.

— Suplico á vuecencia que vea lo que hay en la maleta, y lo examine; yo he hecho un inventario, que quiero me firme vuecencia.

— No tenemos tiempo para eso, señor vizconde, dijo el escribano. Es necesario ir á buscar la silla de posta.

— Pues bien, dijo Julian: mientras usted va por la silla de posta, su escelencia puede examinar el contenido de la maleta.

— Tiene razon Julian, y es necesario satisfacer sus escrúpulos: vaya usted, don Cosme, por la silla de posta.

— Iré, y cuanto antes: venga usted á guiarme hasta el camino, Julian.

— Un momento: se me ocurre que necesito armas.

— ¿Y para qué? dijo el escribano: los muchachos van bien armados.

— No importa; será un hombre armado mas.

El escribano no creyó prudente insistir; pero dijo para sí:

— Esto me contraría: si el vizconde fuese desarmado, podria yo encontrame en el lance; pero yendo armado, podria muy bien recibir un tiro.

Y luego dijo alto:

—Pues bien: que lo prepare todo Julian para cuando yo envíe la silla de posta.

—Qué, ¿no vendrá usted?

—¿Y para qué? Para complicar acaso: ellos creen que usted es una señora, escepto Margarita, que guardará el secreto: el pasaporte de usted y de todos ellos, y la licencia para las postas, las trae tambien. Yo debo hacer de modo que pueda probar la coartada en un caso; y como ya no hago falta á usted, no vendré.

—Pues un abrazo, amigo mio, mi salvador, dijo el vizconde.

—Uno y veinte, señor don Luis, dijo el escribano, afectando la conmocion mas profunda.

—Adios, adios, don Cosme; espero que irá usted á buscarme allí.

—De seguro; con que adios, y buen sueño.

—Espere usted, espere usted, señor, dijo Julian; se ha tratado de armas, y aquí no hay ninguna.

—¡Como! dijo el vizconde: ¿no hay armas en la quinta? Tres ó cuatro cajas de pistolas tenia aquí.

—Es cierto, señor; pero están allá, al otro lado: me sentiria el conserge... y además... están cerradas las habitaciones: todo está embargado: estamos aquí, porque yo tenia de antiguo una llave del jardin.

—Pues es necesario buscar armas, dijo el vizconde.

—Yo las buscaré, dijo el escribano. ¿Qué armas quiere usted?

—Dos revolvers de á cinco tiros.

—Los enviaré: se los entregaré á Margarita.

—Cargados, señor, que aquí no hay con qué cargarles, dijo Julian.

—Bien, bien, cargados vendrán; y adios, que quiero llegar á Madrid mas pronto ahora que antes, si me he de procurar esas armas.

Julian sacó fuera al escribano, que entró en el coche y se volvió á Madrid.

—Bien, dijo don Cosme: las cosas han variado: cuando oí hablar de armas, me asusté: creí que las habria en la quinta: tengo yo que llevarlas, y en la quinta no hay con qué cargarlas siquiera: bien: las ataco de papel mascado debajo de las balas, y cubro las chimeneas con pistones; el vizconde no tendrá en las manos mas que un pedazo de hierro; puedo, pues, venir y encontrarme en la operacion. Aprisa, muchacho, aprisa, añadió sacando la cabeza por una ventanilla, que quiero llegar cuanto antes á Madrid.

## CAPITULO XXXVII.

De como dos bribones pueden mas que un bribon.

Daba la una de la noche cuando un coche de plaza, distinto del anterior, paraba en la calle de la Palma alta, delante de la cochera donde esperaba Dolores, el Zurdillo, el Penco y la silla de posta.

Se abrió la portezuela, salió un hombre, tomó del carruage una caja como de un pie de largo y medio de ancho, pagó al cochero, le despidió, y cuando el coche se hubo alejado, llamó á la cochera.

—¿Quién es? preguntó desde adentro una voz ronca.

—*Amigos hasta la muerte*, dijo el escribano.

Ya sabemos que aquella frase era una seña.

La puerta se abrió al momento.

—Ya era hora, dijo el Zurdillo: habiamos temido que todo se lo hubiese llevado el diablo.

—Cierra.

—¿Pero no viene ese caballero?

—No; ha escapado y ya está en salvo, y con él se han escapado el Rollo, el Pintado, y algunos otros de los nuestros; pero es menester ir á buscar al vizconde á su quinta, y al momento.

El escribano entró en el aposento en que se habia improvisado un tocador, creyendo que allí iría el vizconde.

—¿Qué es eso? dijo Margarita. ¿Viene usted solo?

—Sí, hija mia; vuelve á meter en el escusabarajas esas ropas; pon tambien el espejo y el estuche, y con ello al cajon de la silla.

—Ya habia yo pensado bien, dijo para sí Dolores, en no esconder en el cajon de la silla á Pepe.

Y recogia ropa blanca y trages, y los metia en un escusabarajas.

Despues metió en él un espejo y enseres de tocador.

El Zurdillo, alumbrándole el Penco, metió el ecusabarajas en el cajon de la silla.

—¿Y eso? dijo el Penco, señalando á la caja que llevaba el escribano debajo del brazo.

—Esto lo llevo yo conmigo... pesa poco; cierra, hijo.

El Penco cerró la puerta del cajon.

—Tú y yo, Margarita, dijo el escribano, dentro de la silla; tú al pescante, Zurdillo, y tú, Penco, abre de par en par la puerta.

Poco despues rodó á la calle la silla de posta, con gran ruido de campanillas.

—Cierra la cochera, y deja la llave bajo la puerta; despues al pescante, Penco, y en marcha por la puerta de Alcalá.

Cerró el Penco, montó en la delantera, y la silla partió.

—¿Sabes, dijo el Zurdillo al Penco en voz baja, que cuando tanto guarda don Cosme esa caja, lleva sin duda dentro de ella un tesoro?

—¿Y qué puede llevar allí?

—Con que lleve un aderezo, pueden ser tales las piedras...

—Pues me parece que no llegamos á la venta del Espíritu Santo: digo, que don Cosme no llega.

—Me parece lo mismo; pero dejemos esa conversacion, y cantemos como verdaderos postillones, no desconfie don Cosme.

Y se puso á entonar unas playeras, á que le contestó el Penco.

Así llegaron á la puerta de Alcalá.

Los dependientes del resguardo, al ver acercarse una silla de posta en regla, con sus tres caballos con campanillas y su linterna encendida, abrieron la verja.

—Buenas noches, y gracias, señores, dijo el Penco arrancando por la puerta, y restallando la fusta.

—Buenas noches, y buen viaje, dijo el dependiente cerrando de nuevo la verja.

Mientras marchó la silla por el trozo de camino que tiene casas á la izquierda, fué al trote, y tres tiros de fusil mas allá fué al galope largo.

Luego aflojó un tanto.

Al fin, al llegar á un lugar donde habia una hondonada, á la derecha del camino, el Penco echó los caballos por el borde de la hondonada, fuera del camino.

Al sentir el movimiento brusco de la silla, don Cosme sacó la cabeza por una portezuela.

—¡Eh! ¿Qué es eso, Penco? dijo.

—Es que se me va el tiro, esclamó con voz descompuesta el ladron.

—¡Torpe! ¡Animal! esclamó don Cosme: vamos á estrellarnos.

—Lo veremos, dijo el Penco.

Y cogiendo un camino vecinal, puso los caballos á escape.

—¡Oh! ¿Qué es esto? esclamó el escribano, empezando á tener recelo.

—Déjelos usted, déjelos usted, dijo Dolores, que empezaba á comprender de qué se trataba, y á quien tambien habia llamado vivamente la atencion la caja que el escribano llevaba consigo: déjelos usted, que parecen buenos mayorales.

—Y á mí me parecen dos grandes bribones.

De repente el Penco sacó la silla del camino, y la metió en una tierra barbechada.

—Aquí ya no puede oirnos nadie, y allí cerca hay árboles, dijo el Penco al Zurdillo.

—Me parece bien, dijo el Zurdillo.

Y paró la silla.

—¡Gracias á Dios! dijo el escribano; pero creo que nos hemos salido del camino.

En aquel momento se echaron abajo de la delantera el Penco y el Zurdillo, y cada uno por una portezuela abrieron.

—¿Qué es esto? dijo don Cosme.

—Sal afuera, dijo el Zurdillo con acento amenazador.

—¡Cómo! ¡Ya vereis! dijo don Cosme, procurando recobrar su superioridad de gefe.

—¡Nada! No hay nada que ver, dijo el Penco metiendo la mano dentro, y asiendo con una fuerza de gigante al escribano: estamos cansados de tí, y si te resistes, mueres; sal, y pocas palabras.

—¡Pero estais locos, hijos! dijo el escribano, probando la persuasion, ya que no le servia la amenaza.

—Que salgas, dijo el Penco, ó sales á la fuerza.

Y tiraba de don Cosme.

—Voy, voy; pero es menester que nos entendamos.

Y salió.

—Tú, Zurdillo, llévatelo allá á los árboles, y átalo con el latiguillo, que yo arrearé con la vara.

—¡Pero hijos!...

—¡Anda, ó te mato! dijo el Zurdillo.

El escribano se aterró, y obedeció.

El Zurdillo le habia punzado con una navaja en el pecho.

—Quítale lo que lleve encima.

—¡Pues por supuesto!

El Zurdillo se alejó, llevándose consigo al escribano.

—¿Qué te parece de esto, buena moza? dijo el Penco.

—Que habeis hecho muy bien, dijo Dolores: yo creo que ese cuervo trae en esa caja un caudal.

—¿Pesa, Margarita? dijo con codicia el Penco.

—Ya lo creo que pesa; pero eso no sería señal, porque los brillantes pesan poco.

—¡Cuánto tarda ese! dijo con impaciencia el Penco.

—Ya le siento venir, dijo Dolores.

En efecto, se oían pasos.

Poco despues se acercó al Zurdillo.

—¿Le has dejado bien atado?

—Sí por cierto.

—¿Y tapada la boca?

—Con su mismo pañuelo.

—¿Le has quitado lo que llevaba encima?

—Sí.

—¿Y qué es?

—Esta cartera, y dos llaves, la una mas chica que la otra; además, tres napoleones, algunas pesetas, y el reloj y la cadena de oro.

—Dame la llave chica, que debe ser la de la caja.

Toma; y veamos.

El Penco abrió la caja con una ansia infinita, y metió las manos.

—¡Son dos pistolas! dijo con desaliento.

—¡Dos pistolas!

—Sí. ¡Toca! ¡toca!

Dolores y el Zurdillo se convencieron de que aquella caja que habian creido contenia un tesoro, era simplemente una caja de pistolas.

—Hemos dado un paso en vago, dijo el Penco.

—Y lo peor es que si soltamos á ese hombre, es capaz de vengarse de nosotros.

—Veamos lo que hay en la cartera.

El Zurdillo se subió al pescante, y á la luz de la linterna abrió la cartera.

—¡Billetes de Banco! dijo con alegría.

—¡Cuánto! preguntaron á la vez Dolores y el Penco.

—Veinte mil reales, en cinco billetes.

—Poca cosa es, dijo Dolores, para el paso que hemos dado. ¿Y no hay mas en la cartera?

—Sí, unas cartas... ¡Ah! las cartas falsificadas de que se habló anoche: es necesario que tú te quedes en Madrid, Penco... este negocio puede dar mucho dinero.

—Ya se ve que sí.

—¿Y qué negocio es ese? dijo Dolores.

—Ya te lo diremos.

—¿Y qué mas hay en la cartera?

—Un pasaporte para París y Lóndres, y una licencia para sacar caballos de posta.

—Bueno, bien; pues todavía puede mejorarse este negocio, dijo el Zurdillo.

—Sí, pero es menester que nos diga don Cosme lo que hemos de hacer.

—Pues vamos allá todos.

—Echa las planchas á la silla, que no pueda rodar, dijo el Penco, y no se nos largue con ella el tiro.

El Zurdillo echó las planchas.

Dolores salió fuera de la silla.

Todos se encaminaron hácia el sitio donde habia quedado atado el escribano.

Llegó á él el Penco, y le quitó el pañuelo de la boca.

—¿Es justo lo que haceis conmigo? dijo don Cosme.

—Y te vamos á matar si no nos respondes á lo que te preguntemos.

—¿Qué quereis?

—¿Adónde tenemos que ir?

—¿Me soltareis si os lo digo?

—Te soltamos.

—Pues bien, á una quinta que hay antes de la venta.

—¡Ya! Á aquella quinta donde yo maté á aquel señor, ¿no es verdad?

—Eso es, sí...

—¿Y está allí el vizconde?

—Allí está.

—Pues basta; despáchale tú, Penco; hombre muerto no habla.

—No, no, dijo el Penco; no lo tomemos así: todos podemos vivir. Vamos á ver, don Cosme; díganos usted de qué modo prodemos apoderarnos de lo que lleve consigo el vizconde, sin armar escándalo, y en cuanto nos hayamos apoderado de ello, le damos á usted su parte, y le dejamos en paz.

—Nos parece bien, dijeron Dolores y el Zurdillo.

—¿Me cumplireis vuestra palabra? dijo el escribano.

—Por la salvacion de nuestra alma.

—Pues bien; tú, Zurdillo, sabes adónde dá el jardin de la quinta: llama al postigo: cuando respondan, dá nuestra seña; cuando entres, te pones á las órdenes del vizconde, y le entregas de mi parte esa maldita caja de pistolas, y el pasaporte y la licencia para sacar los caballos de posta, que habeis encontrado en mi cartera: luego, tú, Margarita, le vistes de mujer: cuando esteis con él en el camino, le despachais, ó no; pero os apoderais de una maleta que llevará consigo. Si quereis darme parte, me la dais, si no, lo mismo.

—¿Pues no hemos de querer darte parte? dijo el Zurdillo abriendo una navaja de muelle.

—¡No le mateis, dijo Dolores; dejadle!

—¡Que no le matemos! ¿Sabes tú lo que este pícaro haria con nosotros si le dejásemos vivo?

El escribano no dijo una palabra, porque estaba encomendando su alma á Dios.

Habia comprendido que le quedaban pocos momentos de vida, y como todo hombre, por perverso que sea, teme á la justicia de Dios, se arrepentia en aquel momento supremo de todos sus crímenes.

Aquel fué un instante verdaderamente terrible.

De una parte la decidida intencion de matar.

De otra la indudable certeza de morir.

Sonó un grito ahogado.

Luego sucedió un silencio profundo.

El Zurdillo habia dado una puñalada en el pecho á don Cosme.

—¡Déjalo! No es menester mas, dijo el Penco; le has dado en buena parte.

—¡Muerto! dijo con horror Dolores.

—Sí, hija mia, como tu abuela, si es que murió. No te espantes, que esta noche todavía tendremos otra por el estilo, ó tal vez peor: ya te acostumbrarás. ¿Estás seguro de que está muerto?

—Sí, hombre, sí.

—Pues por si acaso...

Y el Zurdillo hizo un profundo corte en el cuello del cadáver.

Aquello era un refinamiento de ferocidad.

—¿Te has manchado de sangre? dijo el Penco.

—No, la he tomado largo.

—Pues tira la navaja, y vámonos.

Poco despues Dolores, dentro de la silla de posta, y el Penco y el Zurdillo en la delantera, buscaban de nuevo el camino real.

---

## CAPITULO XXXVIII.

De cómo Dolores creyó que el vizconde habia sido alguna vez mujer

El vizconde se impacientaba.

Tenia miedo, y le tardaba verse transformado y en camino.

Julian habia tenido tiempo de afeitarle cuidadosamente y de cortarle el pelo.

Dieron las dos de la mañana en un reloj de sobremesa.

Julian, que habia ido á colocarse junto al postigo para escuchar si se acercaban y abrir al momento, aun no habia vuelto.

El vizconde se paseaba impaciente por el kiosko.

El ruido del viento en los árboles le parecia el ruido de Julian que se acercaba para avisarle de que ya habian llegado.

Esos momentos de duda y de terror son supremos.

El vizconde no pensaba mas que en sí mismo.

Dieron las dos y media.

El vizconde no pudo contenerse.

Salió del kiosko, y se dirigió al postigo.

Julian estaba pegado á él.

—¡Duermes! dijo con acento amenazador el vizconde.

—No señor, no duermo, dijo tristemente Julian: para dormir estamos; estoy con tanto oido, y no oigo nada.

—¡Es estraño! dijo el vizconde: tardan demasiado.

—Espere vuecencia; me parece que oigo pasos.

—Yo tambien; ¡pero me he engañado ya tantas veces!

—No, pues ahora no nos engañamos; pasos son.

En efecto, se oían ya pasos cercanos.

Poco despues paró una persona junto al postigo, y tocó levemente á él.

—¿Quién es? dijo á media voz Julian.

—*Amigos hasta la muerte*, contestó el de afuera.

—¡Ah! Por fin, dijo el vizconde: abre, Julian.

Abrió Julian, y entró un hombre.

Era el Zurdillo.

—Diga usted al señor vizconde que estamos aquí su doncella y sus criados con la silla de posta.

—Adelante, adelante, dijo el vizconde: guíalos, Julian.

Y se precipitó hácia el kiosko.

—Margarita, y tú, Penco, venid, dijo el Zurdillo, sacando la cabeza por el postigo.

Entraron Dolores y el Penco.

Este último venia cargado con una maleta, y traía en la mano una caja.

Julian cerró cuando hubieron entrado, y los guió al kiosko.

Cuando entraron, el vizconde los miró profundamente.

No pudo recelar.

Los dos bribones tenian la mejor facha del mundo, y Dolores parecia franca y servicial.

—¿No ha venido por fin don Cosme? dijo el vizconde.

—No señor, contestó el Zurdillo: nos ha dicho que ya sabe vuecencia que no debe venir.

—¿Y no os ha dado nada para mí?

—No señor, como no sea una caja cerrada que hemos dejado en la silla. ¿Quiere vuecencia que la traigamos?

—No, dejadla allí. ¿Y tú eres buen postillon?

—He sido tres años conductor de la Mala, y puedo llevar durmiendo una silla á Francia.

—Bien, muy bien: idos, y dejadme solo con esta jóven.

El Penco habia dejado la maleta y la caja fuera.

Salieron con Julian los dos bandidos, y el vizconde se quedó solo con Dolores.

—¿Sabes lo que tienes que hacer, Dolores? dijo el vizconde.

—¿Quién ha dicho á vuecencia que yo me llamo Dolores? dijo la jóven sonriendo.

—Lo sé todo, dijo el vizconde: todo me lo ha dicho don Cosme; y sé que eres muy desgraciada.

—Si vuecencia me protege, dejaré de serlo.

—No me dés tratamiento: hemos de vivir mucho tiempo juntos, y quiero que me trates con mas confianza.

—Como usted guste, señor; pero don Cosme me ha dicho que era necesario vestir á usted de mujer, disfrazarle completamente; y yo lo traigo todo: ya verá usted qué buena doncella soy.

Y Dolores abrió la maleta, y empezó á sacar de ella ropas de mujer.

—Desnúdese usted entre tanto, dijo Dolores; vamos ganando tiempo.

En un momento el vizconde estuvo en babuchas y calzoncillos blancos.

—Mire usted qué precioso vestido, dijo Dolores, mostrando al vizconde uno de hilo riquísimo de color gris claro; le he hecho yo, y estará usted elegantísimo; el corsé no he tenido tiempo de hacerlo; pero traigo uno mio nuevo, que vendrá á usted un poco pequeño; esto es preciso, pero servirá perfectamente; las botitas se han hecho por unas botas de usted; es el pie algo grandecillo para señora; pero ya he servido yo á algunas que tenian mas pie que usted. Vamos, vamos; empecemos, que el dia se viene encima.

—Sí, sí; acabemos cuanto antes.

Dolores puso el corsé al vizconde, y luego le encajó tres pares de enaguas almidonadas, y el vizconde ayudó á Dolores, como hubiera podido ayudarle una mujer.

—¡Calla! dijo Dolores; no es la primera vez que usted se difraza de este modo.

—Lo he hecho muchas veces en mejores tiempos para dar broma; pero concluyamos.

—Vamos á la pintura: usted es blanco, y es necesario ponerle moreno; siéntese usted en el tocador.

—¿Se me pondrá la piel tirante? Esto me molestaria mucho.

—No, no señor; son géneros superiores hechos exprofeso; ni con agua se le podrá quitar á usted el color: para eso es necesario usar de cierta composicion que traigo conmigo: ya verá usted.

Y puso sobre la mesa algunos botes que parecian contener pomadas.

En menos de cinco minutos el vizconde se encontró con el rostro y el cuello hasta el pecho, inclusos los hombros, perfectamente transformados de blancos que eran en morenos, con ese moreno fuerte, pero límpido y encendido, que es tan bello en los tipos meridionales de España.

:

—Veamos los brazos y las manos, dijo Dolores. ¡Oh, qué desgracia! Tiene usted vello en los brazos, y vamos á perder algun tiempo.

—Llama á Julian, que me los afeitará en dos minutos.

—No, no hay necesidad: veo allí navajas en el neceser; yo lo haré.

—¡Cómo! ¿Tú sabes afeitar?

—Tuve que aprender, para afeitar á una de mis señoras, que necesitaba de esta operacion dos veces al dia, para que no se la conociesen las barbas: vamos, venga un brazo.

—¿Sin jabon, mujer?

—¡Jabon para esto! ¡Bah! No es menester.

—¿Sabes que eres un prodigio, Dolores?

—Hágame usted el favor de no llamarme Dolores, porque los que vienen con la silla me llaman Margarita: yo he mudado de nombre y de señas cuanto he podido. ¿Cree usted que yo soy pelinegra?

Y entre tanto afeitaba.

—Lo pareces, y con un hermosísimo pelo.

—No lo tenia malo la difunta.

—¡Cómo! ¿Es una peluca?

—Sí señor.

—¡Imposible! dijo el vizconde examinándola: el cabello nace del casco.

—Ciertamente: de un casco de grós: está muy bien hecho, ¿no es verdad?

—Si es peluca, admirablemente; ¿pero será posible que estés tú calva, Margarita?

—Bien, así quiero llamarme: no, no señor, no estoy calva: así que acabe se convencerá usted de ello. Vamos, ya están afeitados los dos brazos, y tan tersos como si la piel fuera de seda. Tiene usted unas carnes muy frescas, y muy suaves.

—Gracias, mujer.

—No hay que darme gracias: digo la verdad: es usted muy buen mozo. Pero vamos al vestido.

El vizconde se puso de pie, y Dolores acabó de vestirle.

Le puso unas pulseras de plata oxidada, semejantes á una joya de hierro cincelada: despues unos guantes amarillos.

—¿Pero y esta cabeza? dijo el vizconde mirándose al espejo la cabeza mocha.

—Voy á ponerle á usted la mia, señor.

—¡La tuya!

—Sí por cierto; he traido puesta la peluca que ha de servir para usted, por temor de que se hubiese estropeado, y encima este sombrero que compré ayer en las italianas de la calle del Cármen.

Era una preciosa capotita de paja, con velo, y lazo y adornos azul de cielo.

Dolores se quitó la capota, y luego la peluca.

El vizconde vió que Dolores era rubia como el oro.

La jóven se soltó las trenzas que llevaba agrupadas y aplastadas en la parte superior de la cabeza.

El vizconde se asombró de lo largo y lo grueso de aquellas trenzas.

—Eres hermosísima, Dolores, la dijo.

—Sí; para decirme que soy hermosa, y decírmelo con el corazon, me puede usted llamar Dolores: porque usted no me llamará hermosa sino cuando estemos solos.

—¿Pero cómo has podido ponerte esta peluca sobre esa montaña de cabellos de oro?

—Si yo no hubiese tenido abultada la cabeza, no hubiese podido tener puesta esta peluca: porque yo, señor, tengo la cabeza mucho mas pequeña que usted. Estése usted quieto: vamos, ya está, añadió acabando de colocar la peluca en la cabeza del vizconde. Mírese usted bien: ¿qué tal?

—¡Divino! dijo el vizconde. ¿Sabes, Margarita, que nadie me ha vestido de mujer tan bien como tú?

—Me alegro mucho.

—Y ¡diablo! estoy hermosísima, dijo el vizconde, cediendo á su vanidad, á pesar de lo grave de la situacion.

—¡Vamos, vanidoso! Siéntese usted, y le pondré la capota.

El vizconde se sentó.

Cuando Dolores le hubo puesto la capota, fué á hacerle el lazo.

—No, eso me lo haré yo, dijo el vizconde.

Y anudó con tal gracia, con tal elegancia, las cintas de la capota, que Dolores se asombró.

—Usted por fuerza ha sido alguna vez mujer, dijo, y mujer elegante: veamos: mientras yo me recojo las trenzas, y me pongo la cofia, dé usted algunos paseos.

El vizconde dió dos vueltas al kiosko.

—¡Magnífico! La mujer de mejor talle y de mejor andar que he conocido, dijo Dolores arreglándose rápidamente sus trenzas: otra

vuelta, señor, otra vuelta. ¿Sabe usted que no puede darse cosa mas hermosa?

—¿Es decir que es imposible que crean que yo soy un hombre?

—Imposible de toda imposibilidad; le recibirian á usted en un convento de monjas, sin recelo ninguno; pero yo estoy ya, dijo Dolores, poniéndose una preciosa cofia de encaje: los guantes, señor; el abanico; ¿cómo juega usted el abanico?... Veamos... ¡Admirable, delicioso; eso es!

—Pues en marcha.

—¿Se queda esto aquí?

—Sí; ¿para qué lo queremos?

—¿Qué equipage es el de usted?

—Esa maleta. Julian, Julian, lleva esa maleta á la silla.

—No puedo yo solo con ella.

—Que te ayude uno de esos.

Julian salió, y volvió al momento con el Penco, y entrambos cargaron con la maleta.

Al Penco se le alegró el alma cuando sintió lo que la maleta pesaba.

—¿Quién tiene mi pasaporte? dijo el vizconde á Dolores.

—Lo tengo yo, señor, dijo Dolores sacándole del bolsillo; y la licencia para los caballos de postas; un portamonedas con oro menudo y grueso, y una cartera con tres mil duros.

El vizconde guardó aquellos objetos en un bolsillo de su bata.

—La llave del cajon de la silla donde va la maleta, señor, dijo Julian entrando y entregando dos llaves al vizconde, y la de la maleta.

—Gracias, Julian, gracias: cuando yo me haya ido, tiras, ocultas, destruyes todo lo que pueda denunciar mi disfraz.

—¿Pues qué, señor, yo no voy con vuecencia?

—Me comprometerias, Julian: quédate: así que hayas dejado esto sin vestigios de que aquí haya entrado nadie, vete adonde quieras: eres libre: pero quiero que te quede una memoria mia. Toma.

Y abriendo la cartera, le dió cinco billetes de Banco de cuatro mil reales.

—De ningun modo, señor.

—Toma, y calla.

—Dios se lo pague á vuecencia, señor; pero yo hubiera querido mejor un abrazo.

—Pues tómalo, Julian, tómalo, dijo el vizconde conmovido á pesar de la frialdad de su alma: vamos, añadió: guia, y en marcha.

Salieron del kiosko, y luego del jardin.

Atravesaron un trecho de campo, y llegaron al camino.

El Zurdillo estaba ya en el pescante, y el Penco abrió la portezuela con el sombrero en la mano.

El vizconde entró y tropezó en un objeto.

—¿Qué hay aquí, Margarita? dijo.

—La caja de pistolas que habia usted pedido á don Cosme.

—¡Ah! dijo el vizconde con gran confianza: creo que no nos harán falta.

Y echando con el pie bajo el asiento la caja, se colocó en el rincon de la derecha.

Tras él entró Dolores, y se colocó en el rincon de la izquierda.

El Penco cerró la portezuela, y saltó al pescante.

El Zurdillo azotó los caballos del tronco, y la silla partió al galope por el camino real.

—¡Adios, señor, adios! esclamó llorando Julian.

Y permaneció en el camino hasta que se perdió á lo lejos el ruido de las campanillas de los caballos y el de las ruedas de la silla.

---

## CAPITULO XXXIX.

De como sucedió al vizconde una negrísima aventura.

Durante un largo trecho la silla corrió con velocidad.

Al fin aflojó visiblemente.

De improviso se paró.

El Penco saltó de la delantera, y se corrió á la parte posterior de la zaga.

Allí habia un bulto inmóvil.

—¿Eres tú, Pepe? dijo rápidamente el Penco.

—Yo soy.

—Pues arriba á la imperial. ¿Te sabrás tener?

—Sí, ¡voto á!...

—Pronto.

El Penco ayudó á Pepe, que se colocó en la imperial de la silla.

—¿Qué es eso? dijo el vizconde, sacando la cabeza por la portezuela. ¿Ha sucedido alguna avería?

—No señor; las planchas que se habian bajado, y entorpecian las ruedas; pero no volverá á suceder: ya está corriente.

—Pues adelante, y lleguemos pronto á la primera parada: una onza te doy por cada hora que ganes.

—Descuide usted, señora, descuide usted, dijo el Penco adaptando su manera de hablar al disfraz del vizconde.

Y saltó á la delantera.

La silla partió de nuevo.

Pero con suma velocidad.

De repente el Zurdillo sacó el tiro del camino por un barbecho llano.

El vizconde notó este cambio, como antes le habia notado don Cosme.

—¡Eh! ¿Qué es eso? dijo sacando la cabeza por una de las ventanillas delanteras.

—Esto es que el tiro se desboca, y vamos á volcar si Dios no lo remedia, dijo el Zurdillo entre un turbion de votos y juramentos, fingiendo la irritacion mayor del mundo.

—¡Ese tiro no va desbocado, bribon! esclamó el vizconde, bajándose para buscar la caja de las pistolas: es que tú me sacas del camino; pero ya verás.

—¡Eh, qué vas á hacer, querido mio! dijo Dolores asiendo de un brazo al vizconde, con mas fuerza que la que podia suponerse en una mujer.

Al mismo tiempo sintió el vizconde una punta aguda que le punzaba el pecho.

—¡Oh! ¿Qué es esto? esclamó estrecchándose contra los almohadones.

—Esto es, dijo Dolores, que yo, cuando viajo, en vez de abanico, uso puñal, y si gritas ó si te mueves, te envío al infierno. Pára, hijo, pára, que ya te lo tengo aquí: es cobarde como una gallina.

Era la segunda vez desde que le conocemos, que una mujer, encerrada con el vizconde de Rudaguas en un carruage, le contenia, valiéndose del hierro. La primera vez, al principio de nuestra historia, bastaron á Luisa unas tijeras para hacerse respetar del vizconde: la segunda, en los momentos en que nos encontramos, Dolores se apoderaba de él, valiéndose de un puñal.

La sorpresa y el miedo enmudecian al vizconde, que temblaba.

—La silla paró, se abrió la portezuela, y el Zurdillo metió el brazo, asió al vizconde, y tiró de él sacándole fuera.

—Oye, Zurdillo, no seas bruto; no estropeeś el trage, que tiene que servir, dijo Dolores bajando: sobre todo la peluca, que es una obra maestra: voy allá, y en un momento le desnudo; sujetádmelo: baja, Pepe; baja, amor mio, no sea que estos señores quieran hacernos una mala pasada.

Pepe saltó del imperial de la silla abajo.

El vizconde callaba aterrado.

Pepe adelantó.

—Creo, amigos mios, dijo, que haremos en buena armonía este

negocio, y si no, aquí estamos Margarita y yo, que os pondremos en razon.

—¿Y quién piensa en no hacer lo que se debe, entre gente honrada? dijo el Zurdillo.

—Mas vale así; pero sujetadle bien, que esa pueda desnudarle.

—¿Pero qué significa esto? dijo el vizconde.

—Silencio, dijo Pepe, que era mas feroz que los otros, haciendo crujir los muelles de una navaja: cállate, ó te despacho.

Era tan decidida la voz de Pepe, que el vizconde se calló.

—Toma, y ténla con cuidado, Pepe; es la capota, dijo Dolores: ahora en la otra mano, y con mucho mas cuidado, la peluca: sujétalo ahora por delante, que tengo que desabrocharle el vestido y el corsé.

—Lo que es necesario, dijo Pepe, es trabajar de prisa y en silencio.

—Ya está; hasta las medias y los botitos, dijo Dolores.

—¿Me lo puedo llevar ya? dijo el Penco.

—Sí, llévatelo.

El Penco asió del brazo al vizconde.

—Toda mi fortuna te doy si me salvas, dijo el vizconde en voz baja, cuando el Penco se hubo alejado un espacio con él.

Entre tanto Dolores y Pepe metian en el cajon de la silla las ropas y demás prendas que habian quitado al vizconde.

—¿Y qué fortuna tienes tú mas de la que llevas contigo? dijo el Penco.

—Don Cosme es un miserable, que me ha hecho traicion, dijo el vizconde, y os ha engañado.

—Don Cosme está ya con el diablo, y tú le acompañarás: toma el pasaporte.

Y dió una puñalada al vizconde.

—¡Ah! ¡Dios mio! esclamó el vizconde echándose mano á la herida. ¡Dios mio! ¡Socorro! ¡Asesinos! ¡Ladrones!

—¡Toma, toma, y calla! dijo el Penco.

El vizconde redobló sus gritos.

—Estoy endiablado, y dándole en falso: á ver ahora.

Y derribando al vizconde, le hirió en el pecho.

Por aquella vez el vizconde calló.

Pero en aquel momento vió el Penco relucir un farol, y oyó una voz que gritaba á lo lejos:

—Que se defienda el que sea, que allá voy yo.

Los ladrones y los asesinos son cobardes: aunque solo sonaba la voz de un hombre, al oir aquella voz, Dolores y Pepe se metiron en la silla, el Zurdillo saltó á la delantera y apagó la linterna, y el Penco, abandonando al vizconde, corrió á la silla, saltó á la delantera, el Zurdillo tomó los ramales, revolvió el tiro, y se lanzó á escape sobre el camino.

Poco despues pasaban como un relámpago por Canillejas.

Cinco minutos despues estaban cerca del puente de Villena.

El Zurdillo detuvo la silla, y escuchó.

Nada se oía.

—Creo que no nos siguen, dijo Pepe desde adentro.

—Y aunque nos sigan, dijo el Zurdillo, en mucho tiempo no pueden alcanzarnos: hemos corrido como alma que lleva el diablo.

—Antes de llegar á la casa, es necesario que esté aviado Pepe, para que pueda pasar por la señora que llevamos á Francia.

—Pues al avío, dijo el Zurdillo; voy á echar la silla fuera del camino.

Y lo hizo en el acto, metiendo la silla entre unos árboles.

—Vamos, vamos pronto, dijo Dolores, saliendo de la silla con prisa, y abriendo el cajon donde iba el equipage: desnúdate en seguida.

Aquella era una escena singular.

En una arboleda desierta, cubiertos por el ramage, alumbrados por la linterna de la silla, que habia quitado el Zurdillo, y que tenia en la mano, se operó la transformacion del aspecto de Pepe, de hombre en mujer.

Aquello fué operacion de diez minutos.

Y, sin embargo, tan bien hecha, que el Zurdillo no pudo menos de esclamar:

—¿Sabes, Pepe, que pareces otra cosa?

—¿De veras?

—Una chica guapa de veinte á veinte y dos años.

—¡Guapa! ¡Hermosísima! dijo Dolores, mirando con amor y con deseo á Pepe: ya sabia yo que te habia de estar esto mejor que al difunto.

Aquellos infames hablaban tranquilamente.

—Y le hemos hecho un favor, dijo el Zurdillo, mientras Dolores arreglaba con una maestría admirable los últimos detalles del disfraz: si no le hubiéramos muerto, le hubierá preso la guardia civil, y muerto á manos del verdugo; con que ha ganado.

—¡Ea! Á la silla, y en marcha, que esto está ya listo.

Colocáronse en la silla, cada cual en su lugar respectivo, y poco despues el carruage corria por el camino.

—¿Sabes, decia el Penco al Zurdillo, que todo nos sale bien?

—Ni de encargo, chico; pero tengo un amargor.

—¿Cuál?

—Qué podiamos ser dos á partir, y somos cuatro.

—Es verdad; pero los otros dos nos sirven de mucho.

—¿Para qué?

—Para escapar. Pepe parece de tal modo una mujer, que engañará á la policía española y á la policía francesa: podemos llegar con seguridad á la frontera.

—Pero mas allá de la frontera...

—Chico, nosotros no conocemos el terreno de Francia: dejemos ir las cosas como van, que no van mal.

—Pues entonces es menester hacer el reparto.

—¿Para qué?

—Para que tú te vuelvas.

—¿Y á qué me tengo que volver yo?

—¿Te has olvidado ya de las cartas de doña Luisa y de don Andrés, que llevo yo en el bolsillo? Se las puede sacar mucho.

—¡Ah, es verdad!

—¿Y dónde haremos el reparto? Tú, como zagal, tienes que quedarte en la primera parada, donde yo tendré otro zagal.

—¿Dónde es la primera parada?

—En Torrejon de Ardoz.

—Pero el relevo del tiro no dá tiempo.

—Eso sería bueno tratándose de una silla-correo; pero esta es una silla particular, que puede pararse donde quiera todo el tiempo que sea necesario.

—Tienes razon: con que se ponga mala la señora ó la doncella...

—Y sin ponerse mala: se toma un cuarto en el parador, y antes de que sea de dia está hecho el negocio.

—Pues arrea.

—Arreo.

Y se puso á cantar.

Pepe dormia sobre el pecho de Dolores, tan tranquilo como si nada hubiese acontecido.

Ya cerca del dia, la silla se detuvo en el parador de Torrejon de Ardoz.

Pepe bajó de la silla apoyándose pesadamente en Dolores, como si hubiese sido una señora que se hubiera puesto mala en el camino.

El Penco sacó la maleta, causa de todos aquellos crímenes, del cajon de la silla, se la echó al hombro haciendo un poderoso esfuerzo para aguantar su peso, de modo que no notaron que pesaba los que le vieron subir con ella al cuarto que habian tomado, y allí encerrados abrieron la maleta.

Los cuatro ladrones se deslumbraron; joyas, aderezos, cartuchos de onzas en gran cantidad, que eran los que constituían el peso de la maleta, y en cada cartucho escrito el guarismo de su valor.

Todos eran iguales.

Además iban mas de dos millones en billetes del Banco de España.

El reparto se hizo con un silencio y una igualdad admirables.

Cada cual repartió sobre su mismo cuerpo su parte, y solo quedaron en la maleta ropas de mujer.

Confereciaron media hora, y despues volvieron á la silla.

Un zagal de la casa de postas habia relevado al Penco, y mudado el tiro.

Aquel zagal no pudo sospechar que servia á ladrones.

Nadie sospechó en la casa de postas que el Penco, que habia venido como zagal desde Madrid, era un ladron.

La silla partió á las cinco de la mañana.

Á las seis el Penco entraba en una diligencia que hacia su última parada para Madrid.

---

## CAPITULO XL.

### Detalles horribles.

Cuando el Penco volvió á Madrid, halló que todo el mundo hablaba de un suceso horrible.

En el incendió de la calle de la Magdalena, en una bohardilla contigua á aquella en que se habia prendido el fuego, habian perecido dos hermanos de cuatro y de cinco años, hijos de una pobre viuda, que los habia dejado encerrados para ir á llevar á una tienda su trabajo de aquel dia.

Esto es, el pan de sus pobres hijos para el dia siguiente.

Todos los vecinos de la casa, á la primera voz de fuego, se habian puesto en salvo; pero en medio de la confusion nadie se habia acordado de la viuda ni de sus hijos.

Esperaba ésta entre tanto en la tienda, entre otras trabajadoras, á que la llegase su turno de ser despachada.

Dos de esas señoras que entretienen á los dependientes horas enteras revolviendo la tienda para comprar luego una cinta, ó acaso nada, impedian que ocho ó diez obreras, para las cuales el tiempo es precioso, porque para el que trabaja en esos trabajos menudos, una hora no vale mas de doce maravedís, aquellas dos señoras, decimos, impedian que la pobreza y el afan quedasen libres para volver de nuevo al trabajo.

Tres cuartos de hora hacia que la viuda esperaba.

Hacia media hora desde que esperaba, que todas las campanas tocaban á fuego.

Pero la tienda era profunda: en ella no se oía el terrible toque de socorro.

La pobre mujer estaba profundamente pensativa, y de tiempo en tiempo levantaba la cabeza con una dolorosa impaciencia.

Habia pasado la hora de su frugal cena cuotidiana; sus hijos debian tener hambre, y habian quedado solos.

Una viuda jóven, madre de hijos pequeños, cuando está separada de ellos, no piensa en otra cosa.

Ni en otra cosa piensa cuando trabaja.

Ni en otra cosa sueña cuando duerme.

¡Sus hijos! Esto es, el recuerdo vivo y doloroso de su perdido amor.

De repente entró en la tienda otra obrera.

Al ver á la viuda se puso pálida, y miró con ansiedad si estaba sola ó acompañada.

Esto es, si tenia á sus hijos.

—¡Y los niños, Cecilia! la preguntó con acento cobarde.

—Están buenos, dijo Cecilia: no creí que tardaria tanto, y los he dejado en casa.

—¡Encerrados!

—Sí; pero se quedan durmiendo.

—¿Y no ha oido usted tocar á fuego?

—¡Yo! ¡Tocar á fuego! ¡En mi casa!...

Y la desdichada se levantó de una manera nerviosa.

—Se ha prendido fuego en las bohardillas de una casa, junto á la tahona de la calle de la Magdalena.

Al oir esto la viuda, dió uno de esos gritos que hielan la sangre del que los escucha: uno de esos gritos en que vibra todo el terror, toda la agonía, todo el llanto, toda la cólera, toda la desesperacion del alma de quien los lanza.

Uno de esos gritos que llegan hasta el trono de Dios, llevándole todo el infortunio posible de una de sus criaturas.

Cecilia arrojó la labor funesta que habia llevado á la tienda, y partió á la carrera.

Atravesó frenética las calles, tropezando con este, derribando á aquel, adelantando de una manera instintiva con una rapidez increible, descompuesta como una loca, sin mas pensamiento ni mas conciencia que sus hijos.

Llegó al fin á una bocacalle, donde al querer pasar, atropellándola casi, se cruzó delante de ella en su camino un caballo.

Aquel caballo estaba montado por un guardia municipal, que dijo:

—No se puede pasar.

—¡Que no se puede pasar, y la casa que se está quemando es mi casa, y están en ella mis hijos!

—¡Pobre mujer! dijo uno de los curiosos.

—¡Ah! ¡La madre de los chicos que se han quemado! dijo uno de esos pilluelos que en Madrid están en todas partes.

Al mismo tiempo un inspector se adelantaba hácia la infeliz madre.

—Venga usted, venga usted conmigo, señora, la dijo profundamente conmovido.

Pero al tocarla, Cecilia cayó por tierra, como un árbol cortado por el pie.

Se habia desmayado.

—¡Una camilla, pronto, una camilla! gritó el inspector con voz conmovida.

—No, no es menester, dijeron algunos hombres del pueblo: nosotros la llevaremos.

Y cuatro de aquellos hombres hicieron con sus brazos una camilla, y trasladaron á Cecilia á una botica inmediata.

El desmayo resistió á las sales mas activas, y Cecilia, desmayada aun, como muerta, fué trasladada al hospital.

Al dia siguiente volvió en sí.

Pero con los cabellos blancos y loca.

Su locura se manifestaba por una inmovilidad aterradora y por la incansable precipitacion con que remedaba en un sonido gutural, contínuo, la vibracion de una campana tocando á fuego.

Si aquellas dos señoras no hubiesen entretenido inútilmente á los encargados del mostrador, Cecilia no hubiera perdido á sus hijos.

Mas en el fondo de la situacion, si el vizconde de Rudaguas no hubiera cometido crímenes, ni sido sentenciado á muerte, la pobre Cecilia hubiera continuado teniendo hijos y razon.

Esta noticia, pero en globo, sin los detalles que hemos dejado conocer á nuestros lectores, fué lo que supo el Penco al entrar en Madrid.

Inútil es decir que este terrible suceso que tenia consternados á los habitantes de la corte, no conmovió en lo mas mínimo al Penco.

Pero prestó una gran atencion á un ciego que pregonaba lo siguiente:




PERO AL TOCARLA, CECILIA CAYÓ POR TIERRA.

—« Á dos cuartos el papelito que acaba de salir ahora, con el asesinato y el robo que han hecho esta noche en las afueras de la puerta de Alcalá.»

Hay dias en que flota sobre Madrid una atmósfera de crímenes y de desgracias.

El Penco compró el papel.

Era un documento oficial, contenido en estos términos:

«El Inspector de vigilancia de las afueras ha dado al señor Gobernador civil el parte siguiente:

»Excmo. Señor.—La pareja de guardias civiles establecida desde la venta del Espíritu Santo al puente de Viveros, ha encontrado el cadáver de un hombre en una de las heredades situadas á la derecha del camino, entre los dos puntos indicados: en el momento que he recibido el parte (al amanecer), me he trasladado al lugar de la catástrofe, y he encontrado al escribano don Cosme Patiño, á quien conocia de vista y nombre, atado á un árbol, descompuestos los vestidos, con una puñalada en el pecho y una profunda cortadura en el cuello, y muerto, al parecer, algunas horas antes. La falta del reloj y dinero demostraban que habia sido robado. Estaba atado con una fusta de las que sirven para arrear diligencias ó sillas de posta, y á alguna distancia en las tierras de sembrado, proviniendo del camino y volviendo á él, se veían marcados, y aun lo están, los carriles causados por un carruage. He dejado el cadáver en la misma situacion en que se encontró, con dos guardias civiles custodiándolo, y me he trasladado al puente de Viveros, donde me se ha dado parte de haberse hallado entre los árboles una charca de sangre. Asímismo en aquellas tierras se notan los carriles causados por un carruage, que ha dejado y vuelto á tomar el camino. He hecho recorrer los alrededores, á fin de descubrir si era posible el cadáver ó el herido de que ha debido provenir aquella sangre, y nada se ha encontrado.—Todo lo que pongo en el superior conocimiento de vuecencia, cuya vida guarde Dios muchos años.—Y lo traslado á usted de órden del Excmo. Señor Gobernador, para su conocimiento y demás fines consiguientes, con arreglo á la ley.—Señor Juez de primera instancia de las afueras de Madrid.»

—¿Será cosa de esconderse? dijo el Penco, dando vueltas en las manos á aquel papel, por el cual el público sabia los dos crímenes que él habia perpetrado con las mismas manos en que tenia el papel: ya veremos: ¡los carriles!... ¡Que por mas que se haga siempre haya de quedar un rastro de las cosas!... Supongamos que el telégra-

fo... Por ahora no hay cuidado; llueve y hay niebla sobre el horizonte: el Zurdillo es listo, y como mañana no salga el sol, me rio de la policía y de los telégrafos... Vamos á mudarnos de ropa, y luego á casa de la señora Leontina. Despues iremos á buscar al hombre de anoche... En fin, yo, á falta de ese tuno de don Cosme, me las compondré de modo que el negocio sea bueno, y todo para mí.

Y tomando un coche de plaza se fué á la Villa, y en una de sus casuchas se metió en un cuarto bajo, y se encerró.

---

## CAPITULO XLI.

De cómo el Penco hizo por su cuenta un negocio que otros habian preparado.

Aquel mismo dia los médicos del hospital declararon la completa sanidad de Andrés.

El juez, enterrado el duelo, dictó auto de libertad, y á seguida un escribano notificó á Leontina que habiendo vuelto su marido al estado de razon, tomaba otra vez posesion absoluta de sus bienes.

Leontina preguntó si Luisa permanecia presa.

—No señora, dijo el escribano: su esposo de usted ha declarado de tal modo, que ninguna culpabilidad recae sobre esa señora á estas horas.

—¿Y no hay remedio? ¿No me habia usted propuesto... no le habia yo pagado?

—Señora, dijo don Silvestre, ha sucedido una gran desgracia...

—Como no existian pruebas... usted me habia hablado de unas cartas...

El escribano, que estaba pagado por Martin Iglesias, y vendido á él, se encontraba en una situacion muy embarazosa: por otra parte, tenia miedo á Martin Iglesias, porque el Moreno, al valerse del dinero, se habia valido tambien de las amenazas.

—Sí, sí; en efecto, dijo el escribano, habia hablado á usted de unas cartas; pero la persona que me las debia entregar...

—¿No quiere entregárselas á usted?

—No puede.

—¡Se necesita mas dinero! Pues bien, concluyamos.

—No señora; no es el dinero lo que hace falta, es que... quien me debia entregar esas cartas, ha sido asesinado.

—¡Asesinado!

—Sí señora; asesinado esta noche.

—¿Pero entre los papeles de ese hombre?...

—Están embargados.

—Vea usted si puede apoderarse de esas pruebas, cuesten lo que cuesten.

—Bien, lo procuraré, lo procuraré, señora: y voy ahora mismo...

El escribano anhelaba salir de allí.

—Sí, sí; no pierda usted tiempo, dijo Leontina, y vuelva usted, vuelva usted á darme noticias: estoy impaciente, anhelante. ¡Libres él y ella!... ¡No! Es necesario adelantarse y dar el primer golpe...

—De todo punto necesario, señora, demandar antes que él demande, venir á una transaccion; pero para esto es necesario ser activos... y voy...

—Sí, sí: vaya usted con Dios.

El escribano se dió prisa á salir.

—Ya está en posesion el marido, y ella reducida á la impotencia de la mujer casada; por consecuencia, este negocio ha dado ya lo que puede dar. Y luego busque usted entre los papeles de don Cosme, como si don Cosme tuviera estas cosas al alcance de todo el mundo, y como si en fin pudiera uno mezclarse en esta clase de asuntos: hay quien cree que los escribanos somos omnipotentes, y esto, por desgracia, no es verdad: pues, señor, asunto concluido.

El escribano salió de la casa resuelto á no volver á ella.

Leontina habia quedado dominada por sensaciones completamente contradictorias.

Habia amado durante un momento á Satanás bajo la figura del baron del Destierro; pero aquel momento habia sido tan candente, que su recuerdo la quemaba el alma.

Podia decirse que Leontina tenia el pensamiento mareado, como uno de esos venenos lentos que desgastan dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, y que al cabo matan.

Y el remordimiento, ese corrosivo del alma, la torturaba, la mordia, la desgarraba.

En un momento de irritacion habia arrojado á sus padres á la calle.

Es cierto que su padre la habia perseguido, la habia llevado an-

te los tribunales, habia hecho cuanto habia podido contra ella; pero su padre tenia razon, y la razon obra aun contra aquellos á quienes acusa.

Su madre, en cambio, nada habia hecho contra ella, porque las madres cuando mas demuestran de lo que es capaz el amor por sus hijas en las situaciones graves.

Leontina se acordaba de su madre.

Y sobre todo, el remordimiento de Leontina mas era por temor que por amor.

Hija de unos padres piadosos, educada en las santas prácticas del cristianismo, creyente por costumbre sino por fé, el espectro de un Dios vengador se presentaba delante de ella, asegurándola un eterno castigo, castigo de que ella se sentia merecedora, porque se sentia culpada.

Este terror pudo llevar el arrepentimiento al alma de Leontina, pudo hacerla arrodillarse ante los pies de sus padres, ante los pies de Andrés.

Unos y otro la hubieran perdonado, porque unos y otro eran buenos y generosos; pero existia un poder terrible dentro del alma de Leontina que impedia aquel arrepentimiento.

Aquel poder era el recuerdo de Andrés.

Por una razon que Satanás con todo su poder no habia podido destruir, Leontina ama á Andrés.

Le amaba, es cierto, con un amor caprichoso, exigente, mas material que ideal.

Pero así era el amor que podia sentir Leontina.

Aquel era todo su amor.

Y todo su amor era de Andrés.

Satanás, bajo la figura del baron del Destierro, la habia hecho sentir un amor lúbrico, abrasador.

Pero aquel fuego no habia podido estirpar del corazon de Leontina su amor primero.

Porque el primer amor deja sobre el corazon de la mujer una capa indestructible.

El primer amor de la mujer es un sueño.

Le inspira un ángel.

Le borra un demonio.

Leontina habia sentido con delicia en su alma el roce de las blancas alas del ángel de los primeros amores.

Despues la habia mordido, y la seguia mordiendo el corazon,

inflamándola, emponzoñándola la sangre, el demonio del primer deseo.

Andrés le representaba.

Deseo no satisfecho.

Posesion robada.

Leontina tenia unos horribles celos.

La mujer que se los inspiraba era Luisa.

Aquellos celos impedian el arrepentimiento de Leontina.

La desgraciada tenia dentro de sí un infierno.

Y por esto estaba abismada en profundos pensamientos, en maquinaciones insensatas, en un despecho frio.

Necesitaba vengarse, humillar, herir, esterminar.

Necesitaba decir á su marido:

Yo he faltado.

Pero he faltado abandonada, despreciada, pospuesta á otra mujer.

Tú has faltado tambien.

El adulterio nos enlaza como una cruz maldita, clavada en la conciencia de entrambos.

Yo he sido deshonrada.

Es necesario que esa mujer que desesperándome ha causado mi deshonra, la sienta tambien; que todos la señalen con el dedo, que digan de ella lo que pueden decir de mí.

Es necesario que todos nos revolvamos en el lodazal ardiente en que yo me revuelvo.

Es necesario que todos vivamos muriendo, que todos espiemos una falta comun.

Yo soy la mas inocente, puesto que he sido despreciada, provocada, débil á la tentacion.

Leontina ansiaba tener en sus manos las cartas que debian probar el crímen social y religioso de Andrés y de Luisa.

Y la duda, el temor de que aquellas cartas no llegasen á sus manos, la desesperaba.

Entre tanto el Penco, variando de trage en la casucha de la Villa, donde le dejamos, decia examinando las cartas:

—¡Diablo! Pues hay aquí ternezas y declaraciones bastantes para que el juez y el escribano, á peticion de parte, levanten un caramillo del diablo. ¡Es mucho hombre el Curro para esto de falsificar! ¡Y *tiene idea*! ¡Vaya si está esto bien *marcado*! ¡Válgame Dios! ¡Y cómo se quieren por lo que en estas cartas dicen los dos tórtolos! Y pue-

de ser que en la vida se hayan dicho una terneza. (El Penco, como ven nuestros lectores, no estaba en antecedentes respecto á los amores de Luisa y Andrés.) Pues señor, bueno: estas cartas valen algun dinero, segun el empeño que se tenga en fastidiar á los dos que aparecen firmándolas. ¿Y quién es quien puede tener empeño? Claro está: la mujer del galan. ¿Y dónde vive la mujer del galan? El galan está por loco en el hospital: pues señor, vamos al hospital: ya me compondré yo de modo que sabré lo que necesito saber.

Y el Penco, con un modesto trage de artesano, salió de la casa, cerró cuidadosamente la puerta, y se fué á buen paso al hospital general.

—Dígame usted, preguntó al portero, ¿está aquí un señor que se llama don Andrés Zoa, que se ha vuelto loco?

—Sí señor.

—Necesito verle.

—No se le puede ver.

—¿Y no hay quien pueda darme permiso?

—Vaya usted al director.

—¿Dónde para el director?

El portero le dió las señas de su habitacion.

El director se negó á la demanda del Penco; no era hora de entrada, y trantándose de un desconocido que no traía recomendacion alguna, era necesario cumplir rígidamente con lo que sobre el particular prescribia el reglamento.

Esto lo sabia el Penco, y por lo mismo, sabiendo que no le dejarian entrar, pedia ver á Andrés, con quien nada tenia que hacer.

—Pues me viene muy mal el no poder verle, dijo.

—Es cierto, pero así está mandado, dijo el director.

—¿Y dígame usted, señor, don Andrés no tiene familia?

—Yo creo que sí.

—¿Y dónde vive su familia?

—¿Y yo qué sé? dijo el director con un tanto de grosería, porque le cansaba la duracion de aquella especie de audiencia.

—¿Pero no habrá nadie aquí que me diga dónde vive la familia de ese señor?

—Vaya usted á la contraloría.

El Penco se trasladó á la contraloría.

Allí le dijeron dónde vivia la mujer de Andrés.

El Penco salió del hospital, y tomó el camino de la casa de Andrés.

Llamó, y bajó á abrirle Verónica.

—¿Qué se le ofrece á usted? le dijo.

—¿La señora de don Andrés Zoa, vive aquí?

—Sí señor.

—¿Y está en casa?

—Sí señor; pero no recibe.

—Á mí me recibirá.

—¿Y por qué?

—Porque la traigo cosas que la interesan mucho.

—Pues yo no la paso recado.

—Mire usted que cuando la señora sepa que no ha recibido á tiempo lo que yo la traigo, por culpa de usted, la despide.

—¡Vaya! ¿Con que tan bueno es lo que la trae usted?

—Dígala usted que traigo unas cartas de un hombre y de una mujer, que ella desea tener á su disposicion.

—¡Ah! ¡Unas cartas! dijo Verónica, que estaba en ciertos antecedentes. Vamos: pues eso es distinto. Espere usted.

Y cerró la puerta, dejando al Penco en la calle.

Cinco minutos despues volvió á abrir.

—Suba usted, dijo.

En cuanto estuvieron solos él y Leontina, el primero sacó de una cartera cuatro cartas.

—¿Quiere usted oir, señora? la dijo.

—Sí, esclamó sobreescitada Leontina.

El Penco desdobló una carta, y leyó lo siguiente:

«Luisa de mi alma: no he podido ir á verte esta noche, porque mi mujer tiene celos; desconfia: es necesario conservar la paz en la familia. ¡Oh, y cuánto sufro! Solo en tus brazos, poseyendo tu hermosura, soy feliz. ¡Esta horrible mujer! La aborrezco tanto como te amo. Mañana iré á verte; procura estar sola. Tuyo, tuyo, y solo tuyo.—*Andrés Zoa.*»

—¿Qué le parece á usted esta carta? dijo el Penco.

Leontina no contestó; pero se la llenaron los ojos de lágrimas.

—Siga usted, dijo al fin con voz apagada.

—Hé aquí la contestacion de doña Luisa, dijo el Penco desdoblando otra carta y leyendo:

«Esta situacion es insoportable, Andrés de mi corazon; esa mujer me pesa, me causa celos y envidia. La guardas muchas consideraciones, lo que quiere decir que la amas mas que á mí: yo te lo

he sacrificado todo, mi honor, mi corazon; por tí soy capaz de todo. Si tú fueras como yo, ó te desharias de esa mujer, ó la abandonarías. ¿Qué te importa ella? Te espero esta noche á las doce por el postigo. Casilda te abrirá. Si no vienes, creeré que me desprecias, y puedes contar con que todo ha concluido entre nosotros. Pero tú no darás motivo para ello, ¿no es verdad? Adios, ven: tuya, y siempre tuya.—*Luisa de Alvarado.*»

—¡Ah, bien, muy bien! dijo Leontina. Siga usted.

—Contestacion á la precedente de don Andrés.

«Iré, querida mia, iré: espérame, á pesar del mundo entero: mi mujer me importa muy poco, y veo que será necesario prescindir de todo punto de ella. Espero con impaciencia la noche. Tuyo con toda su alma.—*Andrés Zoa.*»

—Siga usted, dijo con mas calma Leontina.

—De doña Luisa: allá va.

«Andrés mio, alma mia: el recuerdo delicioso de esta noche pasada me hace escribirte. Quiero tenerte siempre á mi lado: me parece que te me roban. Te fuiste al amanecer; ven á almorzar conmigo: nos servirá Casilda, y tendremos entera libertad: ven, sí... yo muero por verte á mi lado, por añadir un dia de gloria á una noche divina. Tu enamorada, tu loca, tu insensata—*Luisa.*»

—¿Y no hay mas? dijo Leontina, pronunciando una á una sus palabras.

—¿Y le parece á usted poco esto? ¿Quiere usted una prueba mas completa de la criminal infidelidad de su marido?

—¿Cómo han llegado á poder de usted esas cartas?

—¿Y qué le importa á usted eso? ¿La convienen á usted estas cartas ó no?

—Me convienen completamente.

—¿Se las vendo á usted?

—Póngalas usted precio.

—Con estas cartas puede usted separarse legalmente de su marido, y meterlos á los dos en la cárcel por algun tiempo.

—El precio, el precio de esas cartas.

—Bien mirado el negocio, estas cartas valen tres mil duros.

—Es que yo no tengo tanto dinero, dijo con desesperacion Leontina: mi marido habia comprado recientemente maderas, telas, materiales, en fin, por valor de muchos miles de duros.

—¿Pero como cuánto tendrá usted, señora?

—Voy á verlo.

Leontina abrió un secreter, y luego en el interior unos cajones, y sacó billetes de Banco de todos valores, y algun oro.

Contó.

—Solo hay treinta mil y tantos reales.

—Importa poco, señora, con tal de que usted, obligándose con su dote, me garantice con un recibo la cantidad que falta hasta los tres mil duros.

—¡Ah! ¿Le basta á usted un recibo mio?

—Sí por cierto.

—¿Á favor de quién lo pongo?

—¿Á favor de Bartolomé Rubio, secretario público, calle del Clavel, que es mi agente de negocios.

Leontina estendió el recibo, tomó los billetes y el dinero, y se lo entregó todo al Penco.

—Estas son las cartas, señora.

—Efectivamente; la letra manuable de Andrés, dijo Leontina mirando la firma. ¡Qué infamia, Dios mio!

—¿Me manda usted algo mas, señora? dijo el Penco, guardando los valores y levantándose.

—No, no señor; doy á usted las gracias.

—Usted, señora, me ha pagado.

—No completamente; pero en el momento en que se efectúe la separacion legal, y se me ponga en posesion de mi dote, como lo espongo en el recibo, lo cambiaré por la cantidad que en él figura.

—¡Oh! no corre prisa. Servidor de usted, señora.

Y el Penco salió contentísimo, porque las cosas se le habian presentado de un modo que podia comer á dos carrillos.

El recibo que le habia dado Leontina podia venderse como una contraprueba á la parte contraria.

Un asesinato le habia valido la noche anterior muchos miles de duros.

El honor y la paz de una familia, esto es, algunos otros asesinatos, podian valerle una fuerte cantidad.

Pronto podia redondear sus negocios, irse al estrangero, y emprender una nueva vida con completa sujecion á las leyes.

El Penco tenia un buen dia.

Hacia un negocio loco, y la hora de su emancipacion del crímen se acercaba.

El Penco se alejó de casa de Andrés, sintiendo ya los sueños de color de rosa de su porvenir.

## CAPITULO XLII.

### Un abogado como tantos otros.

Don Alberto Diaz de Tovar (personage incidental que cruza por nuestro relato) se fastidiaba soberanamente en su despacho de la calle de Relatores.

Dos dias antes le habian silbado un drama, y, por consiguiente, le habia enviado á paseo su querida.

Los acreedores no dejaban en reposo su campanilla; por lo cual don Alberto se habia ido moralmente al campo.

Es decir, no estaba en casa para nadie.

Su bufete, desatendido por las tareas literarias, no tenia sobre sí esos rimeros de autos que tanto alegran á los abogados, como alegra á los médicos ver en su libro de avisos de enfermos una larga lista de criaturas dolientes.

Solo algun proceso vergonzante y tísico, repartido de oficio, eso que se llama cargado, podia hacer venir en conocimiento de que aquella gran mesa cubierta de papeles, en que habia un sin número de borradores diversos, era, á mas que el lugar donde el poeta invocaba á las musas, el en que el abogado recurria á la argucia para defender embrollándola una mala causa.

Una jícara de chocolate vacía, demostraba que el almuerzo de nuestro poeta silbado, de nuestro abogado sin negocios, habia sido muy ligero.

Don Alberto, envuelto en una larga bata encarnada, salpicada de *chinos* azules, unida á su semblante afilado y pálido, á sus largos cabellos desordenados, y á su gorro de terciopelo negro, le daba un

aspecto estraño, por no decir ridículo, de hechicero ó astrólogo, segun la tradicion que tenemos del modo de vestir de estos señores.

Don Alberto pensaba.

Y se aburria pensando.

Porque su pensamiento era adquirir dinero, que le hacia suma falta, y no encontraba el medio.

Si don Alberto hubiera sabido que la Providencia ó la fatalidad, que para nosotros, y con arreglo á nuestras ideas particulares, viene á ser lo mismo , le enviaban en aquellos momentos mas dinero que el que él habia visto junto en toda su vida, su semblante se hubiera desarrugado, sus miembros, contraidos por la melancolía, se hubieran desentorpecido, y su pensamiento, negro por la perspectiva de un porvenir mas negro todavía, se hubiera puesto de color de rosa.

La Providencia que venia á buscarle era Leontina.

Porque Leontina habia tenido amores platónicos, cuando solo contaba diez y seis años, con don Alberto, entonces estudiante, y semi-pollo.

Habia habido correspondencia secreta, y Leontina se acordaba de la calle, casa y número, donde por aquel tiempo enviaba cartas con orlas de flores y pájaros, escritas con tinta azul y con una letra inglesa muy bonita, y llenas de las frases de amor mas cándidas del mundo.

Leontina sabia que su jóven amante platónico era abogado.

No confiando mucho en los recuerdos de amor del letrado, se habia provisto de algunos miles de reales, empeñando sus diamantes.

Armada, pues, de una preciosa cartera en que iban las cartas criminales de Luisa y de Andrés, es decir, las cartas falsas, y de los citados billetes de Banco, tomó un carruage, y se hizo conducir á casa del abogado.

Meditaba este todavía, cuando tiraron con fuerza de la campanilla de la puerta.

Don Alberto se estremeció.

Solo quien llama á su casa, ó quien tiene derecho sobre el que vive en la agena, puede llamar de la manera que llamaron á la puerta de don Alberto.

El poeta letrado se estremeció.

Presentóse de repente á su imaginacion un acreedor tan terrible como la sombra de Banquo en el festin de Machbet.

La puerta se abrió, y por un momento la sangre dejó de circular en el organismo del abogado.

Despues se abrió la puerta de su despacho, y apareció una vieja.

—¿No he dicho que no estoy en casa para nadie? dijo don Alberto, cerrando bruscamente la boca de la vieja, que se habia abierto para hablar.

Hubo un momento de silencio.

Al fin la vieja se repuso de la impresion que le habia causado la brusca salida de su amo, y dijo:

—Es que quien pregunta por usted, es una señora rubia, muy jóven, muy elegante, y muy hermosa, que no tiene trazas de venir á pedir dinero.

—¡Ah! ¿Si será Sofía? esclamó el letrado sintiendo una emocion contraria á la anterior: que pase, que pase al momento.

—Ya está en la sala.

—Pues suplíquela usted que me dispense si tardo dos minutos.

La vieja desapareció.

Don Alberto tiró la bata, el gorro y las pantuflas que le sentaban tan mal, y se puso una corbata, una levita y unas botas, con las que estaba algo mejor.

Se compuso algo los cabellos, se enjuagó la boca para quitarse el mal olor de un infame cigarro de á dos cuartos que acababa de tirar, y salió del despacho para la sala, diciendo para sí:

—Sofía no ha venido nunca á mi casa, por prudencia; sin embargo, si ella no diera el primer paso para nuestra reconciliacion, yo no le daria en todos los dias de mi vida: debe ser ella.

Y entró en la sala, y arrojó una mirada ansiosa á la dama que le esperabá.

Era Leontina.

Leontina, que le salió al encuentro, y estendió la mano de una manera hechicera.

—¡Ah! ¿Eres tú, vida mia? la dijo con una galantería afectada.

—Sí, yo soy, dijo Leontina.

—¡Oh! ¿Qué es esto, vida mia? ¿Qué felicidad es esta tan inesperada? ¡Yo creía que me habias olvidado completamente!

—¡Ah, no, Alberto mio, no! dijo Leontina: te amo con toda mi alma: dejé de escribirte, porque me era completamente imposible: mamá sospechó algo, y no se separaba de mí: ya sabes que jamás pudimos hablarnos... que tuvimos que satisfacernos con escribirnos.

—¿Te acuerdas de la última carta que te escribí?

—Sí, una carta desesperada, á la que no pude contestar, á pesar de que me desgarró el corazon. Tú tomaste mi silencio por desprecio, y me abandonaste: no volviste á escribirme.

—Creí que me despreciabas tú.

—¡Despreciarte yo, Dios mio, cuando eres el único hombre á quien he amado, el único á quien puedo amar!

—Pero te has casado, Leontina.

—Una violencia... un abuso de autoridad paterna: tú me habias olvidado... nuestra correspondencia se habia roto; no tenia á nadie que me defendiese; me casé: pero bien castigados de esa violencia están mis padres; han sucedido cosas horribles.

—¡Cosas horribles!

—Sí; yo, desesperada, contrariada, escuché á un hombre terrible, y... yo debo decírtelo todo... falté á mis deberes... por abandono, por desesperacion.

Eran las únicas palabras de verdad que Leontina habia dicho desde el principio de su conversacion con el abogado.

—Me he perdido, Alberto, añadió llorando Leontina.

—¿Y vienes á que te dé luces como abogado ó como amante?

—De los dos modos, amor mio, de los dos modos.

—¿Se han descubierto tus relaciones con ese hombre?

—Mi marido me encontró en sus brazos.

—¿Y ha interpuesto demanda?

—No: se ha batido con mi amante, y le ha muerto.

—Y bien: si no le amabas, ¿qué te importa?

—Es que yo huí aterrada á ocultarme en la casa de aquel hombre: me buscaron, me encontraron, me llevaron á la cárcel, y mi padre entabló la demanda.

—¿Y por qué nó tu marido?

—Porque se habia vuelto loco.

—Pues entonces la demanda de tu padre ha debido ser desatendida, y lo ha sido en efecto, puesto que te veo libre.

—Sí; pero mi marido ha recobrado la razon.

—¿Y vienes á ampararte de mí?

—Sí.

—¡Y en qué circunstancias! dijo don Alberto, á quien empezaba á parecer gravemente fastidiosa la visita de Leontina: cuando me encuentro sin dinero...

—¡Dinero! Lo tengo yo.

—¿Que tienes tú dinero?

—Sí... veinticinco mil reales: he empeñado todos mis diamantes...

—En Inglaterra, donde se goza de una libertad absoluta bajo el amparo de las leyes mas protectoras del individuo, que se conozcan, se han conocido y se conocerán: allí felices el uno por el otro... mútuamente felices por un amor recíproco...

—¡Pero si yo no quiero huir!

—¡Cómo!

—Yo quiero defenderme.

—¡Defenderte! ¿Y con qué armas?

—Acusando de adulterio á mi marido antes que él me acuse á mí.

—¡Pero las pruebas!

—Las tengo magníficas. Mira.

Y le dió las cartas falsificadas.

—Este Andrés Zoa es tu marido sin duda, dijo el abogado.

—Sí.

—Pues es hombre perdido; á mas de que se prueba completamente por estas cartas el adulterio, puede deducirse que hay premeditacion de un crímen contra tu vida; esto de deshacerse de tí... aquí hay presidio, Leontina; presidio para él, y galera para ella, y por muchos años.

—Pues bien, encárgate de este negocio; actívalo...

—Con mucho gusto, con ansia: me vengo del hombre que me ha robado la pureza de la única mujer por quien he sentido amor. Pero...

—¿Pero qué?...

—Esta clase de negocios son tan endiablados, y la situacion tuya tan especial, que es necesario preparar de tal modo las cosas...

—Para eso eres abogado, y tienes talento.

—No basta, no basta; se necesita además dinero.

—¡Ah! por supuesto, y para eso te lo traía yo. Toma.

Y Leontina contó diez y seis mil reales.

—¡Te salvaré! esclamó don Alberto enloquecido á la vista de los billetes.

Y entonces, perdido ya el miedo á los acreedores, al casero, al hambre, á la desnudez, parecióle Leontina hermosísima, tornó á enamorarse de ella como en los tiempos en que se cruzaban entre ambos cartas platónicas, y pensó que el complemento de su felicidad presente sería hacer á Leontina su querida.

— Te quedarás á comer conmigo, ¿no es verdad? la dijo.

Leontina, á quien lo primero que la interesaba era vengarse de Andrés y de Luisa, y que queria tener completamente suyo al instrumento de su venganza, consintió sonriendo.

No sabemos por qué, en general, tienen tanta vanidad los cómicos de oficio, cuando en la comedia de la vida se encuentran á cada paso cómicos infinitamente superiores.

Escusamos los comentarios acerca de la conducta del abogado poeta.

Omitimos consignar que debió, obrando honradamente, procurar reducir á Leontina á que se aviniese á un arreglo, cuanto mejor fuese posible, en vez de desarreglar mas sus asuntos...

Don Alberto era un abogado como tantos otros, que posponen la justicia y la moralidad al dinero.

Es una desgracia el que tales hombres existan; pero como no lo podemos remediar con declamaciones, nos las dejamos en el tintero.

Don Alberto salió de la sala, mientras Leontina, como en señal de confianza, se quitaba el bonito sombrero que cubria sus hermosos cabellos rubios.

— Ursula, dijo el abogado entrando en la cocina, cuyo fogon estaba completamente limpio: pronto á casa de L'Hardy; que traigan el mejor servicio de mesa que tengan para dos personas; dos cubiertos de media onza; vamos... pronto... pronto...

— Pero, señor, ¿fian en casa de L'Hardy? dijo la vieja, mirando con insolencia á su amo.

— ¡Estúpida! En casa de L'Hardy sirven á quien paga: toma.

Y la dió un billete de mil reales.

—Diga usted, señor, ¿y me podré cobrar de aquí los catorce duros y tres pesetas que me debe usted?

— Sí, maldita, sí; pero vé pronto, y oye: cuando vuelvas, vente muy despacio, y si encuentras alguna amiga con quien hablar una hora, mejor.

—Vaya, pues por eso no quede.

Y la vieja se puso un pañuelo á la cabeza, y salió de la casa, esclamando, mientras miraba con asombro el billete:

— ¡Dios quiera que no sea falso!

# CAPITULO XLIII.

En que se completa el tipo de nuestro abogado

Iba el Moreno triste y pensativo aquella tarde hácia la casa de Andrés, que habia salido ya del hospital, y estaba en su casa.

Andrés se habia encontrado con que Leontina no estaba en ella.

La Verónica solo habia podido decirle que la señorita habia salido sola y llorosa.

Andrés se paseaba impaciente.

El Moreno le habia reducido á que volviese á su casa, á la que Andrés no queria volver, y á que fijase una situacion cualquiera, pero clara y terminante, entre Leontina y él.

—Debe usted hablarla á sangre fria, le habia dicho el Moreno; como se habla de un asunto de resolucion imprescindible entre dos personas de juicio: si ella no le tiene, téngalo usted; piense usted en que gran parte de la culpa del estravío de Leontina proviene de usted: vea usted lo que hace, y dejémonos de locuras.

Andrés habia sido dócil á los consejos del marino.

Por mucho que Leontina le hubiese socialmente ofendido, moralmente no le habia ofendido, porque él, sin despreciarla, la habia despreciado.

Habia ofendido tambien á Leontina, porque Andrés, por una fascinacion estraña, creía haber poseido á Luisa.

Estaba Andrés en una de esas situaciones en que un hombre, encogiéndose de hombros, toma la espalda á la sociedad, y por desesperacion ó por locura, se burla de ella.

Siempre es aventurado y audaz burlarse de los fuertes.

Andrés tenia además en su alma otra razon de mas peso.

El cariño profundo que sentia por los padres de Leontina.

Leontina era su hija.

Luego debia hacer un sacrificio, por doloroso que fuese, acercándose á ella, echando un velo sobre lo pasado; pero no tan tupido que pudiera creerse que lo habia olvidado completamente.

Debia empezar entre ambos una vida de hermanos que se hubiesen perdonado mútuamente ofensas mútuas.

Andrés habia llegado á su casa en esta disposicion de ánimo.

Cuando un hombre ha pasado algunos dias fuera de su casa, y durante estos dias le han acontecido sucesos terribles, siente cierta emocion profunda al pisar unos umbrales que acaso no creía volver á pisar.

Cuando el que esperimenta esta impresion es hombre de imaginacion y de sentimiento, siente algo muy semejante á un entusiasmo religioso al encontrarse de nuevo entre las paredes de su hogar.

Pasado este primer momento, se desea saber si está todo en el lugar en que lo hemos dejado; si se ha respetado la colocacion de nuestro pájaro y de nuestro mueble favorito; si están en órden nuestros libros y nuestros papeles: una multitud, en fin, de pequeños detalles de sentimiento, aplicables solo al hombre que ha nacido con una fuerte propension á la familia.

Andrés entró con la cabeza baja en su cuarto.

Encontró la mesa de trabajo como la habia dejado en el momento que aquel trabajo habia sido interrumpido por la noticia del casamiento de Luisa con Juan de Castro; no faltaba un solo buril; allí estaba abandonado el bello adorno empezado á tallar: en su estante no faltaba un solo libro; en la alcoba la cama estaba hecha; únicamente en su secreter y en su cómoda estaban abiertos y revueltos sus papeles.

Esto irritó á Andrés.

Contúvose sin embargo, y siguió en su inspeccion.

Abrió el cajon donde tenia sus valores efectivos: pero no encontró ninguno.

Ni billetes, ni oro.

La industria de Andrés empezaba.

Habia cubierto la quiebra de Perez, y se habia encontrado con almacenes vacíos, con una casa, en fin, que levantar casi desde los cimientos.

Á fuerza de trabajo y de constancia, Andrés habia logrado acreditarse.



EL MORENO LOS SIGUIÓ A RETAGUARDIA.

Pero empezaba; los productos de su industria habian sido pocos.

La falta del dinero, que tenia guardado para hacer frente á atenciones imprescindibles, le aterraba, no por sí, sino por Leontina, por sus padres.

Porque Andrés no llevaba su aversion instintiva á su mujer, aversion aumentada por los sucesos, hasta el punto de verla indiferentemente reducida á la miseria.

Las almas generosas se separan de lo que las repugna, se defienden, matan si es preciso en la defensa, pero no se vengan con ruindades.

Andrés, sin embargo, se encontraba robado.

El ladron no podia ser otro que Leontina.

Sin embargo, tuvo aun magnanimidad para aquel suceso fatal.

Pero no pudo dominar su despecho.

Andrés se paseaba desesperado por su cuarto.

Entre tanto Martin Iglesias, distraido, se dirigia hácia la casa de Andrés.

De repente le sacó de su abstraccion una risa de mujer jóven que oyó á sus espaldas.

Aquella risa tenia algo de insensato, algo de violento, que llamó la atencion del marino.

Volvió la cara, y vió á Leontina, que se dirigia hácia su casa asida del brazo de un hombre.

Aquel hombre era nuestro abogado, que se reía tambien, como Leontina.

Tan abstraida iba esta, que no reparó en el Moreno.

El abogado no le conocia.

El Moreno se paró, y ambos jóvenes pasaron.

El Moreno los siguió á retaguardia, pero, por prudencia, á tal distancia, que no podia oir su conversacion.

—¡Adónde diablos irán por aquí? dijo el Moreno; llevan el camino de la casa de Andrés, y Andrés está en ella.

Y el Moreno apretó el paso, porque ellos llegaban ya á la Costanilla de San Andrés.

El Moreno tuvo impulsos de armar camorra con el abogado, é impedirle de este modo que entrase en la casa con Leontina; pero iban muy de prisa, y llegaron á la esquina antes de que hubiera podido alcanzarlos el Moreno.

Allí se detuvieron, hablaron un momento, y luego ella dobló la esquina, y desapareció.

El abogado se volvió por donde habia ido.

El Moreno se detuvo murmurando:

—Que se las componga allá Andrés con ella, que yo me las compondré con este.

Y al pasar el abogado junto á él, se le agarró al brazo con la mas desenfadada espontaneidad.

Don Alberto se volvió asombrado.

—Siga usted, amigo mio, siga usted, dijo el marino: tenemos que hablar mucho y muy francamente.

—Yo no conozco á usted, amigo mio, dijo con asombro el abogado, porque los ojos de Martin, fijos en los suyos, tenian un no sé qué que no le hacia gracia.

—En cambio yo conozco mucho á la señora á quien usted acompañaba tan elegremente hace un momento, contestó el marino.

—Bien: ¿y qué? se atrevió á replicar el abogado.

—¡Qué! Quiero saber á qué título acompañaba usted dando el brazo á esa señora.

—¿Es usted acaso su marido?

—No por cierto.

—¿Y entonces?...

—Entonces, ¿qué?

—Que no comprendo...

—¡Bah! Pues es fácil: cuando un hombre pregunta una cosa, es porque le interesa.

—Pero á cualquiera no se le contesta sin estar seguro del derecho que tiene para preguntar.

—Y cuando á un hombre como yo no se le dá contestacion...

—Se queda sin ella...

—No señor.

—¡Ah!

—Le rompe la cabeza al que no haya querido contestarle.

Le dió miedo á don Alberto.

El Moreno le habia apretado demasiado el brazo.

—¿Con que usted quiere saber?... dijo.

—Sí señor: quiero que satisfaga usted á mi pregunta.

—Esa señora es mi cliente.

—No entiendo: mire usted, si se tratára de un barco, lo entiendo todo, pero en tierra, me quedo á oscuras respecto á ciertas cosas.

—¡Ah! ¿Es usted marino?

—Sí señor. ¿Pero qué es eso de cliente? ¿Qué es una mujer que es cliente de un hombre?

—De un hombre cualquiera, no es cliente nadie; pero cuando se trata de un letrado...

—¡Ah! ¿Es usted hombre lleno de letras?

—Soy abogado, caballero.

—¿Y la cliente de un abogado?...

—Es una mujer que se vale de él para que defienda su derecho, dijo don Alberto, á quien la calma del Moreno le hacia sudar.

—¿Y esa señora se vale de usted... como abogado?

—Sí señor.

—¿Y qué derecho tiene torcido esa señora?

—Esa señora es víctima de la ferocidad de su marido... de un marido que la ofende... de un marido adúltero.

—¡Ah! ¿Y las pruebas?

—¡Pruebas! dijo de una manera irónica don Alberto: pruebas tales hay, que el marido irá á presidio...

Púsose en gran ciudado el Moreno; pero siguió sosteniendo su inalterable calma.

—¿Y está usted seguro de la fuerza de esas pruebas? dijo.

—Son completas, indudables.

—¿Cartas acaso?

—Puede ser.

—¿Son cartas?

—Sí señor.

—¿Quién tiene esa cartas?

—Yo.

—¿Cuánto quiere usted por ellas?

Don Alberto miró con asombro al Moreno.

—¿Cuánto quiere usted, vamos?

—No comprendo á usted.

El Moreno se paró, soltó el brazo del abogado, y apeló á su recurso supremo.

Esto es, á los billetes de Banco, de que siempre llevaba provista la cartera.

—¿Me vende usted esas pruebas? dijo mostrando un libro de billetes de Banco al abogado.

—Venga usted, venga usted á mi casa, dijo don Alberto.

Y para llegar mas pronto tomaron un carruage en una parada inmediata.

## CAPITULO XLIV.

De cómo procuraron entenderse Andrés y Leontina.

Leontina entre tanto habia entrado en su casa.

Iba alegre, pero con una alegría horrible.

Al entrar la dijo rápidamente Verónica:

—Señorita, ahí está el señor.

Leontina se quedó helada.

La sonrisa desapareció de sus labios, y el color de sus megillas.

—¡Él aquí!... esclamó: ¡Dios mio! ¿Ha preguntado por mí?

—Sí señora.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—Que habia usted ido á la iglesia.

—Bien: ¿dónde está el señorito?

—En su gabinete de usted.

—¡En mi gabinete! ¡Es decir que quiere verme! ¡Pero qué es esto, Dios mio!

Leontina vaciló.

Deseaba ver á Andrés, y lo temia.

Su terror creció, y se volvió para salir.

—Dígale usted que no vuelvo... dijo.

—¡Pero señorita!...

—Es verdad... ¿Y adónde voy yo? Estoy sola en el mundo; aun de mis padres me he despojado, en vez de pedirles perdon.

En Leontina habia operado una reaccion poderosa la noticia de que Andrés queria verla.

Leontina rompió á llorar.

Entonces apareció un hombre en el fondo del corredor.

Era Andrés.

Leontina le vió, y adelantó hácia él.

Al adelantarse Leontina, Andrés se volvió, y siguió adelante hácia una puerta de escape, por la que desapareció.

Leontina, entre tanto, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y logró dominarse.

Entró con paso firme por aquella puerta de escape, la cerró, y entró en el gabinete.

Andrés estaba en medio de él.

Pero Leontina obró como si no hubiese nadie.

Se quitó el sombrero, y luego, como si absolutamente hubiese estado sola, se desnudó y varió de trage.

Despues se sentó al tocador, y se puso á destrenzar los cabellos y arreglárselos como para dormir.

Cuando esto estuvo hecho, llamó á Verónica.

—Enciéndame usted la lamparilla, la dijo.

—Pero, señorita, ¡si aun es de dia!

—No importa: voy á hacer noche.

—¿Está usted mala?

—No; estoy cansada, y me voy á acostar.

—¿No come usted?

—No... comeré luego, mas tarde.

—Muy bien, señorita.

Verónica salió.

Andrés permaneció de pie, asombrado, en medio del gabinete.

Leontina se ocupaba en ahuecar los almohadones de la cama, dentro de la alcoba.

Verónica trajo la luz, y salió en silencio.

Leontina cerró todas las puertas y el balcon, y luego entró en la alcoba, y cerró las vidrieras.

No habia osado mirar á Andrés durante todas estas operaciones.

Andrés habia sido para ella, á lo menos en la apariencia, invisible.

Esta conducta de Leontina hubiera irritado á otro hombre que no hubiera tenido la grandeza de alma que tenia Andrés.

Vió en Leontina un desprecio irritante, porque nadie menos que Leontina podia despreciar á Andrés, y sin embargo, no se irritó.

Comprendió lo escepcional de la situacion.

Entrambos se habian mútuamente ofendido, y Leontina tenia en su favor la circunstancia de haberla despreciado Andrés, prescin-

diendo completamente de ella desde el momento en que se casó, considerándola como una mujer completamente indiferente para él, causándola el sentimiento mas amargo que puede causar á una mujer el hombre á quien ama.

Andrés, pues, si bien miró con asombro lo que acababa de hacer Leontina, lo miró tambien sin irritacion.

Era necesario romper aquel estado violento.

Se adelantó, y abrió las vidrieras.

Leontina no dormia, pero lo fingia de tal manera, que engañó á Andrés.

Este se acercó, y la contempló profundamente.

La situacion terrible en que Leontina se encontraba colocada daba á su semblante una tan dolorosa espresion de amargura, que Andrés se conmovió.

— Mirado á sangre fria, dijo suspirando, yo tengo la culpa.

Andrés, dominado por la situacion, pronunció estas palabras en voz alta.

Leontina las oyó, porque, como hemos dicho, no dormia.

Abrió los ojos, y los fijó en Andrés.

Los ojos de Leontina eran hermosísimos, y fuertemente espresivos.

Las palabras de Andrés habian penetrado en su alma.

El diablo se habia equivocado cuando habia calificado de sensual el amor de Leontina hácia Andrés.

Le amaba de veras.

Por eso sus ojos, al mirar á Andrés, estaban llenos de lágrimas.

Levantó la cabeza, y se incorporó en el lecho.

Con la cabeza apoyada en la mano, con aquel bellísimo brazo desnudo, cuyo codo se hundia en la almohada, con la bata descuidada, con los cabellos en desórden, estaba hermosísima.

Andrés vió con asombro el cambio que demostraba el semblante de Leontina.

Era aquella espresion la de una mujer que ama, sufre y teme.

Estendió la mano derecha, que tenia libre, hácia Andrés.

La estendió con miedo.

Andrés se apresuró á estrechar la mano de Leontina.

Aquella mano ardia.

— Gracias, Andrés, dijo Leontina.

—¿Y por qué? contestó Andrés. ¿Qué he hecho yo para que me dés las gracias?

—Me has perdonado.

—Sí, te he perdonado en el fondo de mi alma, pero á cambio de tu perdon.

—No, no; me has perdonado dejándome conocer tu perdon: tú has dicho junto á mí: «yo tengo la culpa de todo.»

—Es verdad: yo te creía dormida: si hubieras estado despierta, hubiera hablado mas esplícitamente.

—No dormia; fingia dormir.

—¿Y por qué ese fingimiento?

—Temia una esplicacion contigo, porque esta esplicacion debia ser sumamente embarazosa.

—En efecto, Leontina; nuestra posicion es tan estraña, que su solucion parece imposible: sin embargo, es necesario dominar esta situacion.

—Hay algo terrible que no comprendemos, dijo Leontina; algo que nos ha arrastrado contra nuestra voluntad, Andrés: yo no comprendo cómo he podido... Tenia celos, es cierto; los tengo aun... porque te amo... pero nunca hubiera llegado, no, te lo juro, al caso á que he llegado: y, sin embargo, lo que ha pasado por mí me parece un sueño; yo me siento tan pura ahora como antes de aquel suceso terrible: yo me siento curada de aquella fascinacion diabólica; me parece que no te he ofendido, Andrés.

—¿Crees que han sido sueño tus amores con el baron del Destierro?

—¡Ay, Andrés!

—Perdóname si pronuncio el nombre de ese hombre: nuestra esplicacion debe ser sumamente clara: la mayor franqueza debe existir entre nosotros; hablemos, pues, sin reserva.

—Pues bien: hablemos sin reserva: es necesario: sepamos á qué atenernos: veamos lo que debemos hacer.

—Nos hemos faltado mútuamente, y, sin embargo, mis faltas hácia tí me parecen tambien un sueño, como te lo parecen á tí las tuyas; y es lo singular que cuando el baron del Destierro y yo nos batimos, mútuamente ofendidos, su mujer, la princesa de Wadicoff, habia causado en mí la misma fascinacion que te causó el baron del Destierro: la posesion de la baronesa me causó un accidente tan estraño, que me tuvieron por muerto, y durante algun tiempo el recuerdo de Cesárea me ha tenido loco; pero ha pasado la fascina-

cion, y ahora me parece todo un sueño: mi duelo con el baron, mis amores con su mujer, mi locura: no sé lo que ha sido de mí: todo se desvanece, todo, y estoy desesperado.

—¡Tú amas! dijo profundamente Leontina.

Andrés se puso sumamente pálido.

—Sí, amas á Luisa, á esa mujer que no sé por qué te fascina; esa mujer que ha pasado por tantas alternativas, que ha enseñado lenguas casa por casa, y que ahora se titula marquesa: esa mujer, casada con uno y querida de otro.

—¡Oh, Leontina, por favor!

—Una mujer, de la cual has llegado á ser tambien el amante.

—No, dijo instintivamente Andrés.

—Ya hemos dicho, dijo tranquilamente Leontina, que debemos hablar con franqueza.

—Y bien; sí, he amado, amo todavía á Luisa; pero comprendo que debo dominar este amor: que no debo prolongar la situacion terrible que ha existido entre nosotros.

—Cuando se ha amado, como tú amas á Luisa, no se olvida; y tanto mas, cuando se ha llegado á la felicidad de esos amores.

—¡Oh! no; yo no he llegado á esa felicidad, dijo Andrés, que empezaba á dudar de si Luisa le habia visitado la noche antes en el hospital.

Habia tal acento de duda, tal gravedad en las palabras de Andrés, que Leontina le miró de hito en hito, y con asombro.

—¿Dices que no has sido amante de esa mujer? dijo.

—No, no; mis recuerdos se desvanecen, se van... esto es horrible.

—¿Será que todavía no estás curado de la locura, Andrés? dijo Leontina con espanto.

—¡Oh! yo no lo sé, dijo Andrés llevándose las manos á la frente.

—¡Oh, Dios mio! dijo Leontina: y sin embargo, no es posible dudar: yo he tenido en mis manos pruebas... las pruebas palpables.

—¿Que tienes tú pruebas de que Luisa ha sido mi amante?

—Sí.

—¿Y qué pruebas son esas?

—Cartas tuyas, cartas suyas.

—Yo no he escrito á Luisa jamás.

—¡Que no has escrito! dijo Leontina con irritacion involuntaria, porque creía estar segura de la autenticidad de las dos cartas de Andrés que habia tenido en las manos, y la negativa de Andrés la irri-

taba: yo te puedo probar que la has escrito, y que ella te ha escrito á tí.

—Te juro que no.

—Yo conozco demasiado tu letra, y conozco la suya: cuando era mi maestra de francés, me escribió algunas lecciones: su letra era redondita, bella, muy clara: la misma letra de las cartas que te ha escrito á tí.

—¿Estás segura de que has visto esas cartas?

—Sí.

—¡Oh! pues aquí hay un misterio que es necesario aclarar. Adios.

—¿Adónde vas?

—Á aclarar ese misterio.

—Pero si yo... yo... lo he olvidado todo... á trueque de que tú lo olvides todo tambien.

—Es necesario... necesario de todo punto, descubrir... yo estoy seguro... sí... seguro de todo punto. Adios... necesito esplicaciones, y voy á buscarlas.

—Espera, Andrés, espera.

—¡Oh! no, no: pronto volveré.

Y Andrés salió del aposento de Leontina, y luego de la casa.

Leontina se quedó murmurando:

—¡Oh! Yo creo que en lo que nos sucede hay algo de sobrenatural.

---

# CAPITULO XLV.

De lo que fué una entrevista de Luisa y Andrés.

—Puesto yo en libertad, decia Andrés saliendo de su casa, es casi seguro que tambien la hayan puesto en libertad á ella. Es necesario que ella me esplique... y me lo esplicara, sí: si me engaña, lo conoceré: vamos á su casa.

Y Andrés apretó el paso.

Empezaba á oscurecer.

Cuando llegaba á la calle del Barquillo, una carretela se paró á la puerta de una casa.

Aquella casa era la de Luisa.

En aquella casa no vivia nadie mas que ella.

Andrés se detuvo instintivamente.

El lacayo abrió la portezuela, y salieron dos señoras.

Eran Luisa y Antonia.

Entrambas vieron á Andrés, y entrambas se pusieron pálidas.

Andrés las saludó.

Luisa permaneció un momento inmóvil, agitada, muda.

Luego tendió la mano á Andrés, y le dijo con voz opaca y ardiente:

—¡Oh, gracias!

—¡Gracias, señora! ¿Y de qué?

—Entre usted, entre usted; necesito hablar á usted, dijo Luisa.

Andrés entró poseido por una de esas emociones que no se esplican, y que aun cuando se esplicáran no podrian ser comprendidas sino por los que hayan esperimentado otras semejantes.

Un momento despues estaba en el estrado de Luisa, y solo con ella.

Antonia, con un pretesto, los habia dejado en libertad.

Por mucho tiempo ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Cuando dos séres que se aman, como ellos se amaban, se encuentran solos, y en la posicion respectiva de Luisa y Andrés, la primera palabra es difícil.

El corazon es el que rompe al fin el silencio con un gemido, con una queja repetida cien veces, mil, un millon, durante el curso de estos amores desgraciados, combatidos por el imposible.

—¡Oh! ¡Cuánto sufro! dijo Andrés.

—Y yo tambien, contestó Luisa.

—Y este sufrimiento me mata, señora.

Luisa suspiró, miró á Andrés, se la llenaron los ojos de lágrimas, y luego los bajó, y se puso vivamente encarnada.

—Hay en mi alma, dijo Andrés, un sér, y ese sér es usted, Luisa: hay en mi imaginacion un pensamiento que nunca me deja, y ese pensamiento es el recuerdo de usted: hay en mi corazon un vacío horrible que me lastima, que me atormenta, que me mata, y ese vacío solo puede hacerle desaparecer Dios, haciendo posible mi union con usted, una union completa, una union de cuerpo y alma, de vida, de voluntad, de dolor, de dicha, de la existencia entera. Existe en mí una desesperacion fria, un temor vago, una ansiedad mortal: quisiera creer, y no puedo creer: me mata la duda, y no puedo arrojarla de mí: separado de usted, me muero; al lado de usted agonizo... cuando la veo, lo olvido todo, todo... y si yo estuviera mucho tiempo separado de usted, moriria lentamente, como un sér á quien falta aire: quiero rezar, y su recuerdo de usted, siempre ardiente, siempre embriagador, perturba mi oracion: mis rodillas necesitan doblarse ante Dios, y no se doblan: lloro, y sin embargo, envenenándome el corazon me quedan en él cien veces mas lágrimas que las que vierto: todo lo que no es usted, me aflije, me estorba, me hace daño: el cielo, las nubes, los árboles, la tierra, las calles, las casas, todo toma á mis ojos un tinte fatídicamente fantástico: un sér condenado á que vagase en pena entre los vivos, obligado á verlos, á pasar junto á ellos, á hablarles, á responderles, padeceria menos que padezco yo: sufriria menos recordando un cielo perdido, que yo contemplando lo que sería mi felicidad si nada impidiera nuestra union: el deber frio, inflexible, me habla, señalándome con su dedo descarnado otra mujer, á quien en mal hora estoy unido, y el

terrible deber me dice: «has contraido la obligacion de velar por esa mujer, de procurar hacerla feliz, aunque no la ames, aunque ella es el obstáculo vivo que te impide llegar á la realizacion de tu sueño de gloria: tú no tienes derecho á tu vida: sufre y vive: tú no tienes derecho á humillarla, dejándola ver tu melancolía por otra mujer: sufre, pero oculta tu sufrimiento: no gimas, porque tus gemidos atormentarían hiriéndola, á lo menos en su amor propio, á esa mujer: sonríe, está tranquilo, ó parécelo, aunque tu corazon se haga pedazos y tu alma se deshaga y se pierda, estendiéndose hasta otra mujer adorada sin poder llegar hasta ella. Si un dia esa mujer, cansada de su estéril sacrificio, se entrega á otro, si la ves en brazos de otro, sufre, y calla, y sonríe, porque no tienes derecho ni aun á ser desgraciado: si la muerte halaga tu pensamiento, rechaza la muerte; tu vida no es tuya: si á despecho tuyo mueres... ¡oh! esa es la única felicidad que te queda... pero amargada con el sentimiento del abandono, de la inseguridad del porvenir de la mujer á quien te has unido. Si para sostener tu fortuna es necesario que trabajes, trabaja, aunque la fiebre rompa tus sienes, aunque tus miembros enlanguidecidos por el estado de tu alma se nieguen al trabajo: cuando quieras llorar, cuando necesites llorar, envuélvete en tu capa, vete de tu casa, vé á la puerta de la casa donde viva ó haya vivido la mujer que amas, y llora sangre y fuego, pero en silencio, para que no te oigan los vecinos; tarde, muy tarde, para que nadie pueda verte: si la mujer por quien tanto sufres, por quien de tal manera mueres, no ve tus sufrimientos; si tal vez separada de tí sufre como tú, ni ella sabrá cuánto la amas, ni tú cuánto te ama ella: si las circunstancias, mas poderosas que la voluntad, la obligan á unirse á otro hombre, tú no sabrás cuán doloroso, cuán horrible ha sido ese sufrimiento al dar á otro lo que por su amor, por su voluntad, por su destino, habia hecho tuyo: si te olvida, si ama á otro, tú te quedarás solo con tu dolor, con tu agonía, acaso con tu locura; pero no importa, eres esclavo mio, esclavo de tu deber: obedéceme, y muere en silencio.»

Luisa habia escuchado el febril razonamiento de Andrés con la cabeza baja, procurando reprimir sus lágrimas, conmovida por un sobrealiento poderoso, cuya violencia se dejaba conocer en la dilatacion y compresion de su hermoso seno.

Andrés, al ver á Luisa, habia olvidado el objeto que le llevaba á verla: su amor por Luisa le arrastraba; su dolor, su amargura, espresada con toda la fuerza de la pasion, eran la tentacion mas fuerte que Satanás podia poner ante el alma de Luisa.

Y sin duda Luisa concibió este pensamiento, puesto que dijo cuando Andrés se detuvo fatigado:

—El infierno habla por la boca de usted.

—Sí, Luisa, sí; habla el infierno de mi alma.

—¿Y por qué ese infierno? ¿Por qué esa falta de resignacion á la voluntad de Dios? ¿No podemos amarnos sin ofender á Dios, á quien debemos respetar, ni á la sociedad, á quien debemos temer? ¿Para qué es necesario que faltemos á nuestros deberes? Créame usted, Andrés; existe un amor tan sublime, tan grande, tan inmenso, casi me atreveria á decir tan divino, que no necesita, para llegar á toda su felicidad, de la impureza de la materia: amar con el alma, y saber que con el alma somos amados; estar seguros de que hay un sér que vive y que es feliz por nosotros, como nosotros vivimos y somos felices por él; hacer de un hombre algo mas que un hombre, y de una mujer algo mas que una mujer; levantarnos puros é inmaculados sobre el lodo humano, y acercarnos á Dios por medio de un amor de los cielos; arder sin quemarse en el dulce fuego del amor espíritu del alma; no dominar nuestros deseos porque no existen, y apoyar confiadamente el pensamiento del uno en el pensamiento del otro, ¿qué mas felicidad, Andrés? ¿Quién puede hacer, fuera de Dios, que dos séres que han nacido para amarse, no se amen? Y si no comprende usted esto, ¿cuál es su amor de usted?

Andrés miraba con asombro á Luisa.

Su conmocion nada tenia de sensual: su palabra era tranquila, dulce, melodiosa, encarnando en sí una pureza mayor que la del primer rayo del sol que nace en una hermosa mañana de primavera: podia decirse que su voz producia ecos de gloria, como que su semblante encòntraba en un astro invisible reflejos de gloria. Aquella era la vírgen inmaculada nacida para los amores castos.

Andrés no podia comprender que aquella mujer tan ideal, tan espiritual, fuese la misma que la noche anterior se habia arrojado ébria de deseo en sus brazos.

Andrés no podia comprender en la esposa del alma á la amante de la tierra.

Y recordaba.

Pero cada vez su recuerdo tomaba mas la vaguedad del sueño.

Cada vez su recuerdo se escondia mas tras de una niebla impura.

—Debemos ser muy francos, Luisa, dijo Andrés.

—Seámoslo: yo lo he sido siempre con usted.

—Pues bien: ¿dónde estuvo usted anoche?

Luisa dió un grito ahogado, porque comprendió la pregunta de Andrés: porque entonces, mas que nunca, recordó el sueño terrible que la noche anterior la habia inspirado Satanás.

Y aquel sueño que la atormentaba por su impureza; aquel sueño que la recordaba un momento supremo, por mas que hubiese sido soñado; aquel sueño que para lá memoria de Luisa tenia toda la fuerza de la realidad, la avergonzaba ante Andrés, como si un momento de olvido la hubiese colocado en las circunstancias en que de una manera fantástica la habia colocado el diablo.

Andrés creyó encontrar una respuesta clarísima en la turbacion y en la vergüenza de Luisa, y esclamó de una manera impremeditada:

—¡Con que no fué un sueño!

—¿Pero qué es lo que no fué un sueño? dijo Luisa.

—Anoche, no sé á qué hora, la encontré á usted junto á mi lecho en el hospital.

—¡Yo!... Yo no me he movido de la cárcel de la Galera, á la que me habia llevado una equivocacion, y de la cual me ha sacado una declaracion de usted.

—Pudo usted sobornar á los carceleros...

—No... no... aseguro á usted que no: puede usted informarse.

—Si están comprados, callarán.

—Andrés, dudando hasta tal punto de mí, me ofende usted.

—¡Por compasion, Luisa! Estoy siendo víctima hace algun tiempo de sucesos estraordinarios. Hace algunos meses, despues de mi duelo con el baron del Destierro...

—¿Por qué causa fué su duelo de usted con el baron? dijo estremeciéndose Luisa al pronunciar el nombre humano de Satanás.

—Perdone usted, señora: fué por un asunto de honor que no me pertenece por completo.

—Hable usted, hable usted; porque si la causa fué la que supongo, en nada ha podido ofender á usted en su honor el baron del Destierro.

—¿Y qué causa cree usted que sea?...

—Celos de honor.

—¡Luisa!

—Sí: usted, engañado por apariencias diabólicas, ha podido creer que el baron del Destierro era amante de su mujer: y aun es muy

posible que por un momento se haya creido usted amante de la princesa de Wadicoff, como ha creido usted que yo fuí á visitarle anoche al hospital.

—Ha hablado usted de apariencias diabólicas, y sin embargo, he visto, he tocado.

—Pues porque usted ha creido ver y tocar, he llamado diabólicas esas apariencias.

—Confieso que no comprendo á usted.

—Pues bien, suceda lo que quiera, voy á cumplir un deber que Dios me prescribe, haciendo á usted una terrible revelacion. El baron y la baronesa del Destierro no son ni han sido jamás un hombre y una mujer. Son un solo espíritu infernal, que, enemigo nuestro, para tentarnos, para atormentarnos, toma esta ó aquella figura humana.

—¡Oh! eso es imposible.

—¿No ha desaparecido el cadáver del baron del Destierro?

—Sí: le habrán robado.

—¿Y para qué? Los tribunales entienden en este negocio, y nada se ha descubierto; nada se descubrirá.

—¿Quién sabe?

—Esté usted seguro de lo que le digo. ¿No ha desaparecido tambien la princesa de Wadicoff?

—Lo ignoro.

—Pues bien; pregunte usted qué se ha hecho, dónde está la hermosa princesa rusa que se ha dejado ver en la corte como un relámpago deslumbrando á todo el mundo. Pregunte usted qué ha sido de ella. Ha desaparecido, le contestarán á usted, despues de la muerte de su marido, cuyo cadáver ha desaparecido tambien. Algunos aventurarán la hipótesis de que la princesa, enamorada del baron, ha robado su cadáver para llevársele consigo para contemplarle despues de muerto, como la reina doña Juana la Loca llevaba consigo el cadáver de su marido Felipe el Hermoso. Pero no se atraviesa con un cadáver sin ser vistos, una distancia tan larga como la que existe entre Madrid y sus costas y fronteras. Algun funcionario público se hubiera apercibido de que esa señora llevaba consigo un cadáver. Infórmese usted; que se informen los tribunales. Nada se descubrirá. Pregunte usted dónde tenia su casa el baron ó la princesa: nadie lo sabe: tal casa no existia. Averigüe usted si alguien los conocia anteriormente; no encontrará usted una sola persona que le responda de una manera afirmativa. Ha sido una verdadera desaparicion, porque Sa-

tanás aparece ó desaparece cuando quiere, ó mas bien, cuando para que nos ponga á prueba se lo permite Dios.

—Lo que me dice usted es fuertemente estraordinario: yo me he encontrado al baron en el aposento de mi mujer.

—Era Satanás.

—Mi mujer cree haber sido amante del baron.

—Ha sido un sueño inspirado por Satanás.

—Yo me he batido con ese hombre.

—No, no era hombre; era Satanás.

—Le he vencido.

—No le ha vencido usted, le ha vencido Dios.

—Despues he tenido entre mis brazos á la princesa de Wadicoff.

—Otro sueño infernal.

—La horrible impresion de la hermosura sobrenatural de la princesa me ha privado casi de la vida, hasta el punto de que me crean muerto.

—Ha calificado usted bien la hermosura de esa que usted creía mujer, llamándola hermosura sobrenatural: ha dejado ver á usted sin duda su hermosura de ángel.

—Pero una hermosura tal, que he estado á punto de volverme loco.

—Afortunadamente ha recobrado usted la razon, y yo voy á hacer que la recobre usted por completo. Esta es la última vez que nos vemos.

—¿Y cree usted que no viéndonos recobraré de todo punto la razon?

—No lo he dicho por eso. La situacion en que mútuamente nos encontramos, nuestro deber, Dios, los hombres, exigen de nosotros un sacrificio; pues bien, estemos juntos algun tiempo antes de separarnos para no volvernos á ver. Yo voy á aprovechar este tiempo completando mi revelacion. Venga usted.

Luisa y Andrés se levantaron, y la primera llevó al segundo á un gabinete.

Cuando estuvieron allí, Luisa señaló un sillon á Andrés.

Este se sentó.

Luisa se sentó frente á él.

—Voy á referir á usted, concretándome cuanto pueda, y en poco tiempo, una historia maravillosa: esa historia es la mia. Escúcheme usted.

Andrés prestó la mayor atencion.

Luisa le refirió todo lo que de sí misma sabia, suprimiendo las historias de sus abuelas, las alternativas de su vida, sus luchas, sus esperanzas; llorando unas veces, tranquila otras, siempre dulce, siempre poética; con la voz impregnada de melancolía y de sentimiento; apasionada y pura; creyente y mártir; alma de los cielos en un cuerpo de mujer, resignada á su suerte, é inspirando á Andrés resignacion acerca de la suya.

Le mostró su alma entera, su amor casto, sus aspiraciones de paz y de ventura por esta misma paz y por la fé en Dios, y en la fuerza que Dios ha dado para el sufrimiento á sus criaturas.

Cariñosa como una hermana, inspirada como una profetisa, hermosa como una ilusion; inmaculada como el ampo de la nieve que cae sobre flores.

Y Andrés la escuchaba absorto; se conmovia con ella, suspiraba con ella, se levantaba con ella á una region desconocida, se purificaba, se regeneraba, se engrandecia, todo bajo la santa magia de aquel ángel humano, que gemia sin desesperacion, que lloraba sin amargura, que sonreía sin placer.

Y á medida que Luisa llegaba al fin de su relato, de que dispensamos á nuestros lectores, porque variando la forma sería la repeticion de este cuento de cuentos, á medida que Luisa hablaba, Andrés se sentia mas fuerte y mejor. Luisa le prestaba su fuerza y su bondad, su resignacion y su pureza, su fé y su esperanza.

Cuando Luisa acabó, Andrés permaneció durante algun tiempo en silencio, contemplándola arrobado en un éxtasis divino.

Al fin rompió el silencio.

—Luisa, dijo: es usted un ángel.

—¡Oh! Dios quiera que sea la mártir de redencion de los crímenes de mi familia, dijo Luisa enjugándose las lágrimas.

Despues de esto, Andrés dió la mano á Luisa, la estrechó contra su corazon en un casto abrazo, y murmuró en su oido con voz conmovida:

—¡Adios, hasta la eternidad!

Y luego salió de aquel gabinete con un silencio tan religioso, como el que hubiera guardado á la salida de un templo en que hubiese orado y llorado.

## CAPITULO XLVI.

### El amor del espíritu.

Luisa siguió llorando en silencio.

Concentrada su alma en su dolor, nada veía, nada sentia mas que su dolor.

Hay momentos en que todo desaparece para nosotros, en que nos concentramos en una idea, y solo para aquella idea vivimos.

Porque aquella idea concreta en sí todas nuestras aspiraciones, todos nuestros sueños, toda nuestra amargura presente, toda nuestra felicidad imposible.

Idea candente, por decirlo así, que funde nuestro corazon en lágrimas, que nos envuelve en un sudario frio, que nos ahoga con su angustia, que nos atormenta con su amargura, que cubre con un velo fúnebre el horizonte de nuestra esperanza.

¿Qué hay mas allá de aquel horizonte?

El vacío, la sombra, la nada, el no sér de un deseo.

Luisa sentia todo esto.

Lo sentia con la inmensa fuerza de vida de su alma.

Amaba á Andrés.

El autor no tiene bastante fuerza de descripcion y de estilo para hacer comprender á sus lectores de qué manera amaba Luisa á Andrés.

Le habia amado siempre antés de conocerle.

Porque Luisa, alma poética, habia soñado un sér ideal.

Hay un período en la vida de la mujer, muy semejante á otro período en la vida de las flores.

Á la llegada de la primavera, de una rama, cuyas hojas ha secado el estío, y arrebatado el viento del invierno, brota un boton.

El boton se dilata, se estiende, se viste de tiernas hojas de un verde pálido, como una esperanza de amores tristes.

Es una nueva rama, llena de vida, que mecen blandamente las auras de la primavera.

Y de aquella rama, escondido primero entre las hojas, brota un capullo.

Despues, una mañana, aquel capullo se abre, recibe una gota de rocío, y el sol dorado y tibio, brillando sobre aquella gota, fecundiza la flor que acaba de abrirse, pura como el alba, y como la gota de rocío, y como el rayo del sol que nace.

Despues el sol calienta demasiado: llega el mediodia, llega la tarde.

La rosa se ha inclinado marchita sobre su tallo, ha empalidecido, ha perdido la pureza de su aroma.

Al dia siguiente la rosa habrá muerto.

Poco despues sus hojas, esparcidas por el viento, solo habrán dejado un pétalo negro y seco, que deja caer sobre la tierra una semilla que lleva dentro de sí el gérmen de vida de otras flores, que tendrán la misma suerte que su madre.

¿Por qué la existencia de la mujer es tan semejante á la existencia de las flores?

Dios las ha dado un alma escesivamente predispuesta al sentimiento.

Dios las ha dado la pureza y la fragancia de las flores.

Dios tambien ha permitido que su primavera sea un sueño, su estío un infierno, su otoño una agonía, su invierno la espiacion de una fatalidad que la domina.

El amor.

El cristianismo es una religion de mártires.

Las costumbres, hijas del cristianismo, imponen deberes, para llenar los cuales es necesario ser un héroe que tenga valor y fuerza bastante para luchar sin ser vencido con esa otra fatalidad, hija tambien de Dios, que se llama naturaleza.

Luisa, pobre flor, nacida para el sufrimiento, ni una sola gota de rocío habia recibido en su cáliz, ni un solo soplo de las auras tibias é impregnadas de perfumes de la primavera, habia halagado su frente.

Luisa, al llegar á los quince años, esa edad mágica en que em-

pieza la mujer, cuando aun no ha acabado la niña, sintió dentro de sí la vaga necesidad de amar.

Por mejor decir, amó.

Pero amó á un sér ideal, al que su imaginacion poética dió todos los encantos de lo bello que existian en su alma.

Aquel sér no tenia semblante determinado, ni color sus ojos ni sus cabellos.

Era una aspiracion y un deseo, vagos como lo infinito.

Luisa enriqueció mas y mas, cada dia que pasaba por su vida, á su sueño, á su fantasma.

Cuando cumplió los diez y ocho años era muy dificil que un hombre bastase á enamorar á Luisa.

Porque Luisa habia soñado un imposible.

Sin embargo, vió á Juan de Castro, y engañada por las apariencias, le amó.

Que no era Juan de Castro el hombre nacido para llenar las aspiraciones de Luisa, ya lo hemos visto.

Pero tras de Castro apareció Andrés.

Entonces Luisa reconoció en él, sin que la quedase duda, al hombre que por un milagro realizaba su sueño de amores.

Andrés era soñador como ella, apasionado como ella, y sobre su frente pálida brillaba el destello del genio que inunda la frente de los grandes artistas, de los grandes poetas.

Luisa no miró si Andrés era jóven ó no lo era, si era ó no bello.

Luisa amaba en Andrés el alma.

¿Quién sabe lo que Luisa amaba en Andrés?

Porque ¿quién sabe cuál es la causa de esos amores, que dichosos, anticipan la gloria en la tierra, que desventurados matan?

Se ama, porque se ama.

Si antes de amar habeis creido amar;

Si al amar conoceis que no habíais amado nunca;

Si al sentir el amor verdadero estais sujetos por vínculos que han formado para vos el amor falso;

Si para llegar al goce del amor que os mata, os veis obligado á hacer traicion á un sér que os ama de veras, á ofender lo divino y lo humano, esto es, la religion y las costumbres, á cometer, en fin, uno de esos crímenes repugnantes que la sociedad y la ley desprecian y castigan, comprenderéis la situacion en que se encontraban colocados los dos amantes.

Por eso Luisa lloraba despues de la salida de Andrés, y por eso

Andrés, oculto entre las sombras de la noche, favorecido por la soledad de las calles, se dirigia llorando á su casa.

Entrambos habian apurado el sacrificio.

Entrambos se habian decidido á cumplir con su deber.

Lo que quiere decir, que amándose como se amaban, habian aceptado valientemente la posicion de mártires.

Luisa no pensaba, sentia.

Parecia que iba á apurar en una sola vez todas las lágrimas que Dios la habia dado para que las vertiese durante su vida.

Andrés, mas desdichado que Luisa, porque no era libre, sufria y pensaba.

— Ya que yo sea infeliz, decia, que no lo sea Leontina: me ama: yo me he unido á ella; mi obligacion es... fingir un amor que no siento.

Andrés creía que era una cosa fácil engañar á una mujer enamorada, y se preparaba á engañar á Leontina.

Por el relato de Luisa sabia que el baron del Destierro y la princesa de Wadicoff habian sido Satanás.

Esto le estremecia.

Tenia miedo al poder infernal que se apoderaba de él para tentar á Luisa, y que bajo una forma humana habia enamorado un momento á Leontina, inspirándola en aquel momento un sueño de voluptuosidad.

Andrés no podia menos de disculpar á Leontina.

Porque Leontina no habia sido mas que otra víctima del diablo.

Y dando vueltas á estos pensamientos, llegó á su casa y llamó.

En aquel mismo punto sacó á Luisa de su abstraccion un estruendo parecido á un trueno.

Aquel estruendo paró en el mismo gabinete de Luisa.

Esta encontró delante de sí al arcángel rebelde.

El batir de sus alas, cruzando el espacio, habia causado aquel ruido atronador.

---

## CAPITULO XLVII.

### El amor de los sentidos.

—¿Estás segura de llevar á cabo lo que te propones? dijo Satanás plegando sus alas, y sentándose en un sillon frente á Luisa.

—Sí, lo cumpliré, aunque muera, dijo ella.

—¡Pobre mujer! dijo Satanás, mirando con una espresion de burla cruel á Luisa.

—El sufrimiento tiene su límite natural, dijo ella.

—Sí: la satisfacion del deseo que causa el sufrimiento.

—No: la muerte.

—¡Qué soberbia eres, Luisa! ¿Te has propuesto desempeñar el papel de santa?

—He nacido con una mision, y con la ayuda de Dios la cumpliré.

—Pero tienes por enemigos tu imaginacion y tu amor; sin contar con tu egoismo, que te hará sufrir tanto cuando veas á Andrés amando, haciendo feliz á otra mujer, que sucumbirás al sufrimiento, no muriendo, no, sino luchando como otro cualquiera, contra otra esposa qne tiene derechos sagrados al amor de Andrés.

—¡Quisiera Dios que Andrés la amára! Así serían felices los dos.

—Pues qué, ¿crees que Andrés no ama á su mujer? dijo el diablo soltando una carcajada.

Aquel golpe encontró desprevenida á Luisa.

Levantó los ojos con ansiedad, y los fijó en el diablo.

Este mostraba en sus labios una cruel sonrisa de triunfo.

Luisa se estremeció.

—¿Cuántos amores crees que hay, Luisa? dijo Satanás.

—Uno solo: el del alma, contestó Luisa.

—Sí, tienes razon, dijo Satanás; pero ese es el amor de los ángeles: los séres humanos aman mas cuanto mas espiritual es ese amor: pero hijos de lo finito, todo para ellos es finito, y por consiguiente, material: no hay amor en la tierra en que no entren por algo los sentidos; y en prueba de ello, si tu amor es puramente espiritual, debe importarte muy poco el ver á Andrés en los brazos de otra, y tanto mas, cuando esa otra es su mujer.

Luisa gimió.

—Pero eso no es cierto, dijo: Andrés se sacrifica.

El diablo soltó otra carcajada.

—Te voy á mostrar cómo se sacrifica Andrés, dijo. Mira.

Y sin poderlo evitar, Luisa vió el gabinete de Leontina.

Andrés la tenia sentada sobre sus rodillas; la rodeaba la cintura, y la besaba en la boca.

Luisa quiso cerrar los ojos, pero no pudo.

Un poder invencible los mantenia abiertos.

—¡Eh! ¿Qué tal? dijo Satanás invisible.

Luisa no contestó.

—Sucede lo que debia suceder: Andrés no se habia acercado jamás á Leontina: es verdad que jamás se ha acercado á ninguna otra mujer, á escepcion de cuando yo, con una figura tentadora, me acerqué á él en sueños: ha venido á su casa convertido por tí, con la intencion de hacer un sacrificio: ha abrazado á Leontina; abrazo peligroso, porque Leontina le ama: Andrés ha sentido algo nuevo, y ha acabado por encontrar muy grato su sacrificio: porque hay muchos géneros de amores, Luisa; y si no, observa cómo ama en este momento Andrés á su mujer.

Luisa sentia un despecho agudo.

Luchaba, se agitaba.

Sus entrañas se desgarraban.

Tenia celos.

—Una sola palabra, y le arranco de los brazos de su mujer, dijo Satanás.

—No, respondió Luisa con un gemido.

—Es mia, y Andrés es tuyo, solamente tuyo.

—No, repitió Luisa.

—¿Qué te importan tus abuelas? dijo Satanás. ¿Qué te importa tu alma? ¿Crees que haya una gloria y una felicidad mayores que gozar sin celos, sin inquietud, el amor del sér amado?

—¡Calla! dijo Luisa.

—¿Temes?

—No temo, pero sufro: quítame esa vision de delante de los ojos.

—Es que no es una vision: es la verdad.

—¡Ah Dios mio, Dios mio! esclamó Luisa. ¡Libértame de este maldito!

—Y entonces, dijo Satanás, ¿cuál sería la prueba?

—¿No he sufrido ya bastante?

—El martirio aun no se ha consumado, y no se consumará: no tendrás valor para ello.

—Si Dios no tiene compasion de mí, moriré; pero no me haré indigna de su misericordia.

—¿Y ves á Andrés olvidado de tí por una mujer impura, aunque su impureza no haya pasado de su pensamiento? ¿Por una mujer que ama locamente á Andrés, pero con los sentidos? ¿Por una mujer que en un momento de cólera ha arrojado á la calle á sus padres?

—En vano luchas, Satanás: hay en mí una repugnancia invencible que ha salvado mi alma: esa repugnancia no la vencerá nada; estoy segura de ello: esa repugnancia vive en mí, creada sin duda por Dios: mi fortaleza no es mia, porque mi fortaleza me mata, me rompe, como hay ácidos que rompen la vasija que los contiene corroyéndolos. Andrés me enloquece; Andrés agita mi alma de sensaciones que jamás habia esperimentado, y, sin embargo, mi alma lanza de sí ese pensamiento impuro que vuelve á acometerla, esos celos que vuelven á herirla, ese despecho que vuelve incansable á desgarrarla: yo me he visto acusada de crímenes que no he cometido; yo me he visto confundida en una cárcel con mujeres infames; yo he asistido invisible, por no sé qué misterio, á la destruccion de mi honra; yo sé que el mundo, fiando solo en las apariencias, me desprecia y me envidia á un tiempo; yo estoy entregada á tí, sin mas defensa que mi fé... Pues bien, Satanás, estoy segura de vencerte, no por mis propias fuerzas, sino por una ayuda superior: yo creo que mis desgracias no son una prueba, sino una espiacion de los crímenes de mi familia, que reconcentrada vive en mí: yo he sufrido los mismos combates que mis abuelas, y no he sucumbido; pero he probado todos sus dolores.

—Sí, todos sus dolores de vírgen; pero aun te restan que sufrir sus dolores de esposas, sus dolores de madres.

—¡Ah, yo seré madre! esclamó Luisa; ¡yo tendré un dia un sér solo mio!

—Y entonces comprenderás lo que es sufrir: entonces, al recor-

dar tus sufrimientos de ahora, te parecerán una felicidad envidiable; porque las madres... cuando tú seas madre, Luisa, sabrás hasta qué punto una madre puede ser feliz por las desgracias de una hija.

—¡Oh! ¿Con que estoy destinada á todos los martirios del alma?

—Sí.

Luisa se estremeció.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, dijo.

—Cúmplase, pues, esclamó con un colérico desprecio el diablo; pero ten en cuenta que si no sufres el infierno en la eternidad, yo te lo haré sufrir en la tierra. Por ahora ama.

Luisa volvió á ver el gabinete de Leontina, que habia desaparecido por un momento.

Andrés estaba transfigurado, por decirlo así.

Su mirada, absorta, entumecida, aspiraba con ansia la hermosura, la voluptuosidad de Leontina.

Y requiebros enamorados, y suspiros infinitos, y sonrisas inefables, y caricias embriagadoras, se cruzaban entre los dos esposos.

Andrés, como dominado por una fascinacion irresistible, parecia olvidado de todo: parecia que su mundo estaba concentrado en Leontina.

Hubo un momento en que los dos esposos se levantaron, y asidos de las manos, con paso indolente, desaparecieron tras una puerta de cristales.

Satanás apareció de repente á los ojos de Luisa.

—Hé ahí, le dijo, el amor de los sentidos.

Su sonrisa, su mirada, su insolente espresion de triunfo, eran para Luisa una historia completa, ó mejor dicho, un reflejo de sus celos, de su dolor, de su desesperacion.

Luisa se creía olvidada, escarnecida, abandonada.

—Hoy te olvida por su mujer, dijo Satanás; mañana te olvidará por otra: Andrés es mio: Andrés se condenará.

Luisa se retorció en el sillon.

De repente desapareció el diablo.

Se abrieron las puertas de cristales.

Y en medio de la vaga y ténue luz que penetraba en su dormitorio, sobre un bellísimo lecho, Luisa vió dormida á Leontina; á sus labios, con la forma de una dulce y leve sonrisa, salia el reflejo de la fruicion de su alma.

Andrés, despierto, inclinado sobre su semblante, la contemplaba con arrobamiento.

Era aquella la imágen mas viva de la felicidad conyugal.

Luisa sintió un dolor inesplicable.

Uno de esos dolores que parece que materializan el alma y la rasgan.

Uno de esos dolores insoportables que acaban por aniquilar, por matar el sentimiento.

Luisa cayó en un estado muy semejante al no sér.

En un letargo sin sueños, sin sensaciones de ningun género.

En un estado semejante á la muerte.

Y al caer en aquel estado, sintió retronar las alas de Satanás al alejarse, y su risa maldita que se perdia en la inmensidad.

---

## CAPITULO XLVIII.

### El maquiavelismo del Moreno.

Dijimos anteriormente que el Moreno, apresador, por decirlo así, y corruptor despues de la *buena fé* del abogado don Alberto, se habia trasladado con él á su casa.

Don Alberto, ansioso de dinero, le habia vendido las cartas, que aunque falsas, podian probar el adulterio de Luisa y de Andrés.

Vendióle asímismo el poder en forma que Leontina le habia dado, para que demandase un procurador en su nombre.

El Moreno salió satisfecho de casa del abogado, porque habia librado á Andrés y á Luisa de un gravísimo compromiso, y el abogado se habia quedado tambien vivamente satisfecho, porque tenia en su poder algunos miles de reales.

—Es cierto, decia, que tengo que renunciar á Leontina, á una chica tan hermosa. Ella se presentaba durilla, inconquistable: me parece que, ó quiere á su marido, ó absolutamente no le gusto yo; pero si este negocio hubiera seguido adelante, tal vez... sin embargo, Leontina se habia quedado sin dinero. Endulcemos el sacrificio con estos billetes, y no pensemos mas en Leontina... el oro dá el amor, y tras cada esquina hay en Madrid una mujer tan hermosa como la que acabo de perder.

Hay emociones que aislan por un momento al hombre que se encuentra predispuesto á sentir su impresion.

Una impresion de este género fué la que esperimentó don Alberto al verse con una respetable cantidad.

Eran las nueve de la noche cuando el Moreno salió de su casa, y don Alberto estuvo hasta las diez contemplando los billetes de Ban-

co, haciendo la cuenta de lo que tenia que pagar á los acreedores que tenia del género de los que se hacen temibles, de los que saben tomar para el deudor el terrible aspecto de una sombra atormentadora, que se les aparecen en sueños, y parecen estar ocultos hasta debajo de la almohada.

Habia cierta rabia vengativa, cierta felicidad punzante en don Alberto, considerándose ya libre de estos vampiros.

Tenia fiebre de alegría.

Á las diez y media se acostó.

Á las once dormia como no habia dormido nunca desde que sus acreedores se habian convertido en espectros feroces.

Don Alberto era feliz.

Pero estaba escrito que no gozaria mucho tiempo de su sueño de paz.

Á las once y media llamaron á grandes golpes á su puerta.

Respondió una vieja, y se negó á abrir; pero el que llamaba era tenaz.

Al fin la doméstica se vió obligada á llamar á su amo, y á decirle que un señor, que se llamaba don Martin Iglesias, queria hablarle.

Al escuchar el nombre del marino, don Alberto mandó á la criada que le abriese; saltó de la cama, se puso la bata, el gorro y las babuchas, y salió á la sala, no sin una gran inquietud.

Es necesario que digamos por qué el Moreno volvia á aquellas horas á casa del abogado.

Cuando el buen contramaestre del *Alcion* entraba en casa de su señora, contentísimo con lo que acababa de hacer, y con unas soberbias ganas de cenar y de dormir, porque las buenas acciones abren el apetito y provocan el sueño con que se goza y se descansa, se encontró á la puerta á un hombre que le salió al encuentro.

—¿Me conoce usted? le dijo.

Martin se hizo atrás, y se llevó instintivamente la mano al bolsillo de su levita, donde siempre llevaba un puñal, porque aquel hombre tenia muy mala facha.

Era en efecto el Zurdillo, el que habia vendido las cartas supuestas de Luisa y de Andrés á Leontina.

—Yo no recuerdo haberte visto nunca, dijo el Moreno; pero debes ser un bribon por la pinta.

—Es verdad que no soy santo; pero avive usted la memoria, repuso el Zurdillo. Usted debe conocerme, porque hace poco tiempo

me vió usted en la taberna de la Margarita, con otro amigo y con el escribano don Cosme, que Dios haya perdonado.

—Sí, que sí; y me parece que tienes razon; pero vamos al caso. ¿Qué quieres?

—Es cosa para hablada donde nadie nos oiga.

—Pues entra: subiremos á mi cuarto, y nos encerrarémos en él.

El Marino y el bandido entraron en casa de Ana, y se encerraron en el cuarto del primero.

El Moreno empezó por poner sobre la mesa una botella de ron, dos copas, dos pipas, y una caja de tabaco.

Un momento despues estaban llenas las copas y vacías.

—Ya que hemos hecho boca con el mejor ron que viene de las Antillas, dijo el Moreno, llenando lentamente y con cierta fruicion una pipa, ponte en franquía, hijo, y toma la vuelta de afuera.

—Yo no entiendo á usted, señor.

—Quiero decir, que desembuches.

—Pues voy á ser muy breve. ¿Usted se acuerda de ciertas cartas de que se habló en la taberna?

—¿De qué cartas? dijo el Moreno con su reserva habitual, cuando se trataba de un negocio importante.

—De unas cartas que comprometian á ciertas personas.

—¿Qué personas?

—Don Andrés Zoa y la señora marquesa de Guapeltepec.

—¡Ah! ¡Ya! ¡Sí! ¡De unas cartas falsas!

—Pero tan bien falsificadas, que no habria peritos que no las declarasen verdaderas.

—¡Ah, sí, es verdad!

—Pues ha llegado el caso de evitar que esas cartas hagan daño.

—¡Dios de Dios! dijo el Moreno. ¿Crees tú que esas cartas pueden hacer daño?

—Sí, y no.

—Esplícate.

—Sí, porque están en poder de doña Leontina Perez, mujer de don Andrés; que segun el precio á que las ha pagado, no las ha adquirido, no las quiere sin duda para otra cosa, que para hacer aire á su marido y á la marquesa.

—¡Diablo! dijo parapetado en su reserva el Moreno. ¿Con que doña Leontina ha comprado esas cartas? ¿Y cómo lo sabes tú?

—Como que yo he sido quien se las ha vendido.

—Y has hecho bien, compadre; has hecho bien. ¿Cuánto te ha dado por ellas la mujer de don Andrés?

—Veinte mil reales.

—¡Dichosas cartas!

—Pero es el caso que yo necesito mas de los veinte mil reales.

—¿Y qué me cuentas á mí, compadre!

—Ya he dicho á usted que esas cartas pueden hacer daño, y no hacerlo.

—Esplícate, hijo, esplícate.

—Si no se prueba que esas cartas son falsas, doña Leontina pone en la cárcel á su marido y á la marquesa, y les echa encima el Código penal.

—¡Y es verdad! dijo el Moreno, que se puso profundamente pensativo.

—Pero hay un medio de probar que esas cartas son falsas.

—¿Cuál?

—Ya se trató de ello en la taberna.

—No me acuerdo.

—Si se le paga bastante al que las ha falsificado para que consienta en ir á presidio, él probará que las cartas son falsas.

—Pues sí; me conviene... dijo el Moreno despues de un momento de meditacion.

—Pues entonces, si usted quiere, podemos ir á ver esa persona.

—Pues vamos; voy á tomar municiones, y vuelvo.

El Moreno salió, y se fué á ver á Ana.

Ana leía tristemente una novela.

El Moreno la pidió dinero.

Á esto era á lo que él llamaba municiones.

Ana le dió la llave de un secreter.

—Necesito decir á usted, señora, para lo que quiero este dinero, dijo el Moreno, porque se trata de una cantidad indeterminada, pero siempre respetable.

—Nunca he pedido á usted cuentas, Martin, dijo Ana; usted goza de la ilimitada confianza de mi padre, y esto basta para que tenga usted toda la mia.

—Sin embargo, señora; siempre es bueno llevar la patente limpia: así se recala sin temor en cualquier puerto: es el caso...

—¡Pero si yo no desconfio de usted, Martin!

—Cuando yo me empeño en una cosa, y tengo razon, ha de ser. Es el caso, digo...

—Veamos el caso.

—Que es necesario salvar de un gran peligro á doña Luisa y á Andrés.

—¡Ah! Pues entonces, Martin, todo cuanto tengo, dijo poniéndose pálida Ana. ¿Pero cuál es el peligro que les amenaza?

Martin contó cuanto era del caso á Ana, pero suponiendo siempre que las cartas peligrosas estaban en poder de Leontina, y no en el suyo: porque Martin tenia proyectos de una trascendencia inmensa.

Ana escuchó estremeciéndose al Moreno.

Cuando este acabó, dijo:

—Gaste usted, Martin, gaste usted: salvemos á Luisa y á Andrés de esa infamia, y nada me importa lo demás.

—Es usted un ángel, señora, dijo el marino, y merecia usted mejor suerte.

—No, yo soy feliz.

—Pero cada dia mas delgada y mas pálida.

—Es mi constitucion.

—Dios nos saque en paz. Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Martin.

El Moreno se fué á su cuarto á buscar al ladron, y salió con él de la casa.

Despues de un largo camino por las calles mas estrechas y estraviadas de la poblacion antigua, que hoy se llama por escelencia la Villa, el Zurdillo se paró á la puerta de un casucho, de un solo piso, y llamó de un modo particular.

Inmediatamente se abrió la puerta.

Á la luz de una vela de sebo que llevaba en la mano, se dejó ver una jóven como de veinte años, de *aparejo redondo*, como suele decirse, pero enérgicamente hermosa é incitante, y vestida con cierta gracia y esmero.

—¡Hola, Maruja, buena hembra! dijo el Zurdillo; ¿ha venido ya de la taberna Perico?

—¿Quién es ese hombre? dijo María mirando de una manera particular al Moreno.

—Es una persona de confianza.

—Pues entonces entren ustedes. ¡Eh, señor Pedro, señor Pedro! dijo la muchacha, cerrando la puerta y entrando en una sala baja. Aquí le buscan á usted dos amigos.

En la sala, desguarnecida y pobre, amueblada solo con cuatro sillas de Vitoria, un confidente del mismo género, una cómoda y

una mesa, esparcidos acá y allá, dejando descubiertos grandes claros, todo viejo, todo mugriento, todo lastimado; sentado junto á la mesa, cubierta con un mantel basto, pero limpio, lo que abogaba por el aseo de Maruja, estaba sentado un hombre, dando cuenta de un guisado, que en gran cantidad humeaba en un inmenso plato, y que olía admirablemente; lo que demostraba que Maruja, á mas de ser limpia, era buena cocinera...

Habia además sobre la mesa otro plato con otra cantidad del mismo guiso, ensalada, frutas, y un jarro de loza valenciana, de buen tamaño, lleno de vino.

Los cubiertos eran de plata, y el pan del mas blanco.

Maruja puso dos sillas para los recien venidos junto á la mesa; se sentó delante de su plato, y se puso tranquilamente á continuar la cena, que habia interrumpido.

—¿Ustedes son servidos, señores? dijo con una cortesanía suave, pegajosa, el hombre que se encontraba cenando cuando entraron Martin y el Zurdillo.

—Muchas gracias, Periquito, dijo el Zurdillo: no venimos á eso, ni hay necesidad de que te tapes; quien viene conmigo es todo un hombre honrado, un buen amigo.

—Pues no le conozco, dijo el que llamaban Periquito, pronunciando aun sus palabras con un acento melífluo.

—No hemos de conocer á todo el mundo; pero ya te digo que no hay cuidado.

—¿Sabe usted que es usted muy desconfiado, abuelo? dijo el marino.

Veamos por qué el marino llamaba abuelo á un hombre á quien el Zurdillo llamaba Periquito.

Era este, en la apariencia, un viejezuelo como de setenta años.

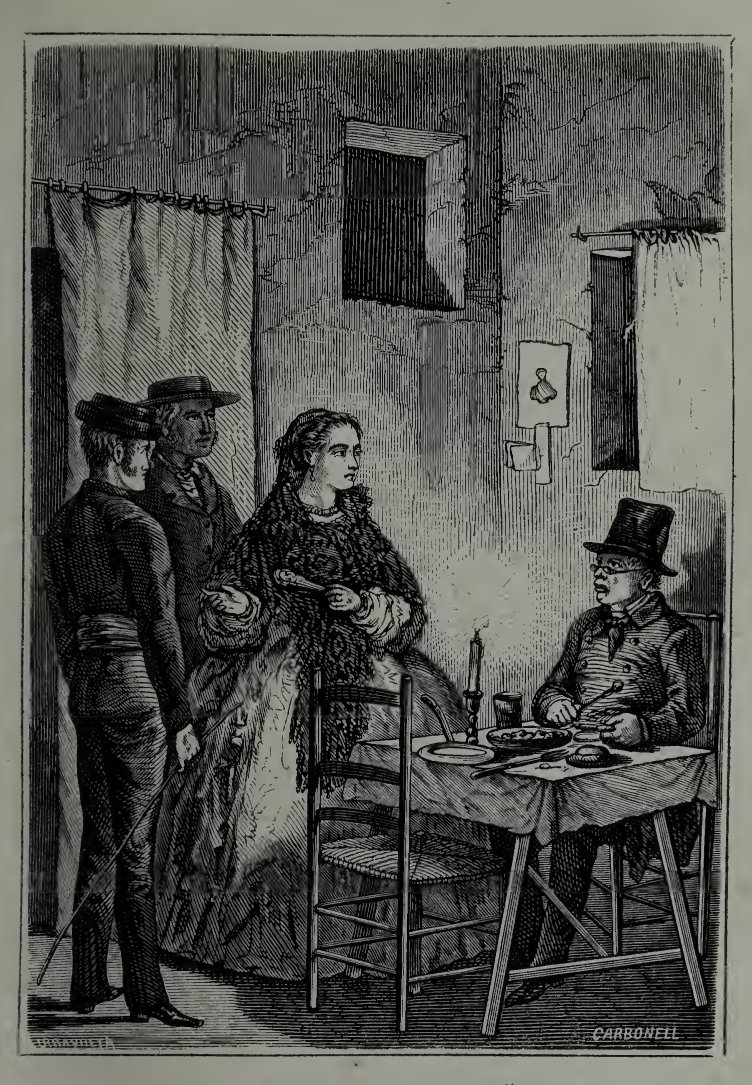
Tenia los cabellos y las cejas canas, y la barba un tanto crecida, revuelta y gris.

Su color era aceitunado.

Su cuerpo encorvado.

Un sombrero de copa, alto, estrecho, abollado, roto, alicaido, daba á su cabeza todo el aspecto de una caricatura; una camisa arrugada, y no muy limpia, cuyo cuello deshilado dejaba ver apenas una corbata de color indefinible, negra y lustrosa, formando un perfecto consorcio con un chaleco roñoso y una levita antiquísima, de mangas estrechas y cortas, rotas por los pliegues y por los codos.

No se veía mas de su figura.




¿USTEDES SON SERVIDOS, SEÑORES?

Lo restante, esto es, los pantalones y unas botas informes, remendadas, lo cubria la mesa.

La espresion del semblante de este hombre era un servicialismo agresivo, uno de esos que se brindan, que se imponen, que sofocan, que hastían, que nos hacen huir de una persona tan propensa á servirnos.

La mirada, la sonrisa, la tension de los músculos, la voz sumisa, insinuante, servicial, todo completaba un tipo acabado del sér débil, abyecto, reducido á la servidumbre, y contento con ella.

Sin embargo de la perfeccion de este aspecto, Martin miraba de una manera fija y escudriñadora á este hombre, que parecia no reparar en la investigacion de que estaba siendo objeto.

Periquito era secretario público; nos esplicarémos en una sola palabra: era memorialista.

Un memorialista es, por serlo, otras muchas cosas mas.

Agente de propietarios de casas para alquilar.

De criadas para acomodos.

De prestamistas para usuras.

De buenas mozas para conveniencias.

De viejos ricos para gangas.

Y de otra infinidad de industrias menores.

La profesion de que toma el nombre es la que menos practica.

Con poner á disposicion de una criada que escribe á su pueblo, su talento epistolar, por cuatro cuartos, fuera del papel, una vez al dia, están cubiertas las apariencias.

Periquito era, pues, memorialista, y tenia sentados sus reales detrás de un biombo de papel, en el portal de una casa en una de las calles mas céntricas de Madrid, desde las ocho de la mañana en el invierno, y las siete en el verano, hasta el oscurecer.

Nunca aportaba por allí Maruja, que era una especie de hurímanola, del género bravío: la comida del mediodia, única que hacia en el portal Periquito, la llevaba una vieja tan característica como él.

Por su carácter servicial y dulce, por su discrecion, porque era hombre que jamás murmuraba, el tio Pedro, que así le llamaban los vecinos, era muy apreciado de ellos.

Lo que no habia visto la policía en el memorialista, esto es, un hombre que parecia una cosa siendo otra, lo habia visto el Moreno: es verdad que tenia antecedentes, pero aun sin ellos, guiado por su instinto, lo hubiera visto del mismo modo.

—¿Qué le parece á usted, señor negrero, de nuestro amigo Periquito? dijo el Zurdillo al Moreno, procurando poner en un terreno de confianza mútua á este con su amigo.

—¿Quién le ha dicho á usted que yo soy negrero? dijo el Moreno.

—El escribano don Cosme, que en paz descanse, contestó el Zurdillo.

—¡Cómo! ¿El amigo conocia á don Cosme, y es negrero? dijo Periquito, dejando oir una voz vibrante, enérgica, llena de un no sé qué de bravo, emanada del alma, y enteramente distinta de su voz anterior: pues me alegro de estar junto á tan buen camarada, porque hace mucho calor, y estos trapos me hacen sudar; allá va mi mano, amigo, y con licencia, vuelvo al momento.

Periquito estrechó su membruda mano con la terrible del marino, y entrambos, por la presion, pudieron juzgar que se las habian con hombres de puños.

Periquito se entró por una puerta que cubria unas cortinas de percal muy limpias, y Maruja continuó cenando.

—¿Qué le parece á usted de mi comadre, amigo? dijo el Zurdillo. ¡Mire usted qué delantera, y qué garganta, y qué boca, y qué ojos, y qué pelo!

—Como si te importára algo, dijo la jóven.

—Cuando menos lo pienses ahorcan á Perico, y tendrás que ampararte de mí, prenda.

—¡Vaya una ayuda! dijo la chica; vaya, déjate de conversacion, que todo es tiempo perdido: y oye, no le gustan mucho tus chanzas á Pedro.

—¡Quiá! ¡Si en el testamento que tiene hecho, por si le coge la amarilla de súbito, te deja encomendada á mí! como que quiere que le herede yo.

—Como si fuese yo de él. ¿Qué le parece á usted esto, señor? añadió María, mirando de una manera menos salvage á Martin.

—Digo, reina mia, dijo este, que es usted una fragata de guerra de las mas hermosas que he visto, y que tiene usted unas salidas de agua que dá gozo: lo que se me figura es que ha de resistir usted mucho al gobernalle.

—¿Y qué es eso?

—Que no se la podrá á usted gobernar bien.

—Segun y cómo: cuando yo quiero, hacen de mí lo que me dá la gana.

—No hay barco que no ande bien con buen viento; pero la quisiera yo ver á usted corriendo una bolina.

—Cuando se muera Perico, hablaremos.

—Muchacha, muchacha; que te reblandeces, hija, y Perico oye mas que un lagarto.

—Perico sabe lo que yo soy, y no hay que tener miedo: por lo demás, yo siempre he dicho lo que he querido; he hecho lo que me ha gustado, y seguiré haciéndolo: hasta ahora ni Perico ni nadie tiene que decir de mí.

Y miró al Moreno con cierta atencion, que hizo al buen marino sentir algo que no habia sentido nunca.

—Buenas noches, señores, dijo un hombre apareciendo por la misma puerta por donde habia desaparecido Periquito.

Era un moceton como de veinte y ocho á treinta años, blanco, rubio, alto, esbelto, vestido con una camisa muy limpia y muy fina, cerrada en el cuello por unos gemelos de diamantes iguales á los de las mangas y á los botones del pecho; un chaleco, cuya parte inferior cubria una faja de seda negra; una chaquetilla de mezclilla, un pantalon blanco muy ceñido, zapatos blancos y sombrero calañés.

Sobre el pecho, cayendo hasta la faja, y uniéndose á un reloj, llevaba una gruesa cadena de oro.

Era buen mozo; tenia grandes y bellos ojos negros, que de tiempo en tiempo dejaban ver una espresion sesgada, y sumamente esbelto, y rico de pureza de formas, que dejaban apreciar lo ceñido del trage.

—¡Hola! ¿Quién es este? dijo el Moreno.

El Zurdillo soltó una carcajada.

—¿Quién ha de ser sino Periquito el memorialista? dijo.

—Pues señor, dijo el Moreno, eres uno de los bribones de mas talento que conozco, hijo mio.

—¡Pues no que tú! dijo sonriendo Perico.

—Oye, muchacho, esclamó el Moreno: te advierto que si vuelves á soflamearte conmigo, te quito las ganas de mascar, mas pronto que se toma un rizo de velacho: con que al avío, y que no tenga yo que soltarte una andanada.

—Perdone usted, señor, dijo Perico tomando el acento meloso de cuando hablaba como memorialista: yo no he querido ofender á usted: yo creí que éramos, así como quien dice, espigas de una misma parva. Pero no hay que ofenderse por eso; y como usted habrá venido á algo, sepamos qué es lo que su mercé quiere.

—Lo que yo quiero es echarte á presidio.

—¿Qué viene á ser esto, Zurdillo? dijo haciéndose un paso atrás y mirando de una manera sombría al Zurdillo y al Moreno.

—El señor tiene razon: necesita que vayas á presidio, pero pagará bien.

—Ya voy entendiendo, dijo Perico, sentándose en la misma silla en que habia estado sentado para cenar, arrojando el calañés sobre la mesa, y metiéndose los dedos por entre las sortijas de sus cabellos rubios: vamos, su mercé quiere que yo sea sentenciado á presidio, ¿eh? porque eso de estar yo en presidio no puede ser. Mire usted, una noche, tres camaradas y yo hicimos un robo con fractura y asesinato: los tres fueron torpes: los metieron en la trena, y á los cuatro meses los sacaron al palo. ¿Querrá usted creer que yo estuve viéndolos ahorcar? Mira, María; envía á esa bruja á la taberna por vino; que se lo dé Anastasio del rincon de la cueva, de aquel añejo de Valdepeñas.

María tomó el jarro de sobre la mesa, y salió.

—Vamos á ver: ¿de qué se trata, amigo? dijo Perico.

—¿Conoce usted estas cartas? dijo el Moreno, sacando las cuatro falsificadas.

—¡Ah, demontre! Esas son las cartas que yo he vendido á doña Leontina, dijo el Zurdillo.

—Sí; ¿y qué? dijo el Moreno fijando una mirada séria en el Zurdillo.

—Nada; era un decir, contestó el Zurdillo, dominado por el Moreno.

—Estas cartas las he escrito yo, dijo Perico.

—No me basta, no me basta, dijo el Moreno, que era receloso y precavido de suyo: necesito para creerte que escribas otras iguales.

—Si no es mas que eso, al reloj, dijo Perico; óyete, Maruja, añadió dirigiéndose á la jóven que entraba; tráete el tintero bueno y el cartapacio, que están en el doble fondo del último cajon de la cómoda.

La muchacha salió.

—Va usted á ver, señor, va usted á ver qué manos me ha dado Dios. ¡Pues si viera usted un billete de Banco hecho por mí!

—Pues debes estar muy rico, pillastre.

—¡Quiá! No señor: sería menester tener un taller, y muchas cosas que no pueden ocultarse fácilmente, y siempre habria alguno que se *berrease* por el *tantis cuantis* que le dieran, y como yo solo

no puedo hacerlo todo... Yo tengo acá la idea: nada se me hace grande: todo lo entiendo pronto; pero para todo es menester ayuda, y hay cosas que no deben hacerse sino las hace uno solo.

—¿Pero tú has hecho?...

—Pero aun falta algo: yo no hago mas que contrahacer documentos y papel sellado; pero esto no basta. Vamos, quita ese mantel, y trae la bayeta, dijo á la jóven que venia con el tintero y el cartapacio.

En un momento la mesa de comer fué transformada en mesa de escribir.

Sacó Perico del cartapacio papel de moda, del mejor que se usaba, cortó una pluma, y una tras otra, y con rapidez, copió las cartas que habia sacado el Moreno.

Cuando este las comparó, vió que era imposible no confundir las unas con las otras.

Entonces quemó las mas antiguas, y guardó en la cartera las que Perico habia acabado de escribir.

Y luego dijo en voz alta:

—Es necesario que cuando yo quiera te acuses tú mismo de haber falsificado estas cartas, y que declares que te ha pagado para que las falsifiques doña Leontina Perez.

—¿Y qué voy yo ganando de este trabajo? dijo Perico.

—Dos mil duros ahora mismo; otros dos mil cuando pruebes la falsificacion, y doce mil reales al año mientras estés en presidio.

—Pero como yo no estaré, hagamos la liquidacion total: pongamos cuando menos catorce años de presidio, á doce mil reales.

Perico tomó la pluma y multiplicó.

—Ciento sesenta y ocho mil reales; quitemos picos: sean ocho mil quinientos duros, mas tres mil, once mil quinientos: si su mercé me dá ahora mismo la tercera parte, trato hecho.

—¿Y qué garantías me dás?

—Mi palabra de hombre de bien.

Cuando un ladron dá una palabra tal, es necesario creerle: jamás falta un ladron á un pacto garantido por su palabra.

—No hablemos mas, dijo el Moreno: trato hecho: mira si hay cuatro mil duros, dijo abriendo la cartera.

Perico contó veinte billetes de cuatro mil reales.

—Cabal, dijo guardándolos.

—¿Y yo? dijo el otro.

—¡Ah, quedas tú! dijo el Moreno: con darte un cinco por ciento no debes pedir mas.

—Pues no lo crea usted: quiero un diez lo menos.

—Por eso no riñamos: ahí tienes ocho mil reales, dijo el Moreno sacando otros dos billetes de la cartera.

Despues se levantó.

—Tengo prisa, y me voy, dijo. ¿Dónde podré verte?

—En la calle del Leon, núm. 10, donde tengo mi despacho de memorialista.

—Pues hasta mas ver.

—Hasta mas ver, señor: oye, Maruja; vé á alumbrarle.

Maruja encendió en el velon la vela, y salió y abrió la puerta.

—Vaya con Dios el negrero, dijo.

—Quede con Dios la falúa de contrabandista, contestó el Moreno; y salió.

Sin saber cómo, su pensamiento se volvia al recuerdo de Maruja.

—¿Qué casta de pájaro será, se dijo, la querida de ese bribon?

Y dando vueltas á su pensamiento, se encaminó á casa de don Alberto el abogado, adonde le hemos visto llegar.

Don Alberto le miró con estrañeza.

Temió que fuese á deshacer el trato, y se preparó.

Confirmóse mas en su opinion cuando el Moreno, abriendo la cartera, sacó de ella las cartas y el poder de Leontina, que le habia comprado.

—¿Y para qué es esto? dijo todo turbado el abogado: yo creí que era asunto concluido.

—Pues no señor, no lo es, dijo el Moreno: aun queda mucho que hacer.

—Yo creo que hablamos cuanto teniamos que hablar.

—Pues aun nos queda que hablar todavía.

—Es que yo he dispuesto ya del dinero.

—Y ha hecho usted muy bien: y si necesita usted mas dinero, en ocasion está de ganarlo.

Abrió tanto ojo don Alberto.

—¡Ah! Esto es distinto, esclamó: yo creía...

—Pues ha creido usted mal; pero como es tarde, concluyamos: guarde usted esas cartas, y como si nada hubiésemos hablado, use usted de ellas ante la ley.

—Bien, muy bien: ¿es decir que entablo la demanda?

—Sí señor: por medio de ese poder que ha dado á un procurador doña Leontina Perez.

—Se obrará.

—¿Mañana mismo?

—Mañana.

—Pero es el caso que se necesita que doña Leontina no sepa nada.

—Nada sabrá: ¿pero y si viene doña Leontina?

—La entretiene usted con vaguedades, y me avisa usted.

—Muy bien.

—Necesito el mas profundo secreto.

—Descuide usted.

—Pues entonces, amigo mio, buenas noches.

—Buenas noches, caballero.

El Moreno salió, y se encaminó á su casa murmurando:

—¡Es estraño! ¡Yo, que siempre he sido duro como una roca para las mujeres, y no me puedo olvidar de la Maruja!

Esto demuestra que el buen Martin se habia enamorado.

---

## CAPITULO XLIX.

En que continúa el maquiavelismo del Moreno.

Hay momentos en que nuestra materia, sobreponiéndose á nuestro espíritu en esa eterna lucha de lo finito con lo infinito, nos engaña, nos fascina, nos arrastra á hechos independientes de nuestra voluntad, de nuestra razon, de nuestra manera de ser y de sentir.

Apoyándose en sus deberes, oyendo la voz de la generosidad, y acaso la de la conciencia, ó tal vez dominado por la desesperacion de su dolor al separarse para siempre de Luisa, Andrés habia vuelto á su casa bajo la influencia de una fiebre violenta.

Habia querido transigir con Leontina; se habia acercado demasiado á ella, y habia sentido la influencia de su amor, volcánico, de su voluptuosa hermosura, de su ansiedad enamorada.

Andrés, acabado de dominar, habia caido entre los brazos de Leontina, y por un momento le habia parecido un sueño sombrío, un sueño de Satanás, todo lo que de Leontina le habia separado.

Pero las reacciones al estado natural vienen despues de todas las impresiones, de todas las situaciones violentas.

Cuando por la mañana despertó Andrés de aquel sueño de amor, de aquel estado febril de arrobamiento, le pareció un sueño el encontrarse tan cerca de Leontina; volvió á su amor eterno, á su aspiracion incansable, á Luisa, y tuvo remordimiento de haberla olvidado, aunque solo hubiera sido durante un breve espacio, por otra mujer.

Se consideró casi adúltero.

Porque para Andrés, su verdadera esposa, la esposa del alma, de la cual le separaba la fatalidad, era Luisa.

Sintió, pues, despecho y remordimientos.

Pero una vez dados ciertos pasos, es necesario continuar la marcha que han determinado.

Andrés, por la primera vez en su vida, mintió.

Siguió haciendo su papel de esposo convertido, y engañando á Leontina, que se creía feliz.

La felicidad trae los buenos pensamientos, la dulzura.

Leontina necesitaba rehabilitarse con sus padres, ser perdonada por ellos.

Necesitaba además apartar de sobre la cabeza de Andrés la tormenta que le habia preparado.

Almorzó alegremente con su marido, y en el almuerzo le dijo que era necesario procurar que sus padres la perdonasen; que volviesen á su casa; que se olvidase todo.

Andrés no podia negarse á esta peticion.

Leontina fué á vestirse, y mientras se vestía Andrés, escribió la siguiente carta:

«Sr. D. Alberto: Suspenda usted todo procedimiento en el negocio de que hablamos ayer: he variado de opinion: no quiero dar un escándalo: á la primera ocasion, yo misma iré por las pruebas que dejé en poder de usted.»

Cerró Leontina esta carta, y se la dió á Verónica para que la llevase á casa del abogado.

Poco despues, alegre y confiada, del brazo de su marido, que parecia tambien muy satisfecho y muy feliz, se dirigian á la fonda donde estaban sus padres.

Cuando don Alberto recibió la carta de Leontina, escribió y envió esta otra al Moreno:

«Caballero: Me encuentro en un grave compromiso: doña Leontina Peréz me dice, segun verá usted por la adjunta, que suspenda todo procedimiento contra su marido: esto es grave: dígame usted lo que debo hacer.»

Apenas leyó el Moreno esta carta, cuando se puso la levita, se encasquetó el sombrero, empuñó la caña de Indias, y se fué á casa del abogado.

—Advierto á usted, le dijo en el punto que le vió, que de mí no se burla nadie: si usted lo pretende, le paso por ojo mas pronto que lo digo: este es un embrollo endiablado: no hay que volverse ni un punto atrás de lo que hemos convenido: pídame usted dinero, todo lo que quiera; pero sírvame, porque de lo contrario le sucede á usted una desgracia.

—Suplico á usted, dijo todo tembloroso el abogado, que considere la situacion en que me encuentro: si esa señora me pide esas cartas...

—Se las dá usted.

—Pues no entiendo á usted: usted quiere que se obre en el sentido en que hemos hablado, y no podemos obrar sin pruebas.

—Las pruebas quedarán, y usted entregará las cartas á doña Leontina.

—Pues no entiendo cómo puede ser lo uno y lo otro á un mismo tiempo. Si entrego las cartas, me quedo sin pruebas: si conservo las pruebas, no puedo entregar las cartas: esto es tan claro, que no admite réplica.

—Sí, sí por cierto: admite la réplica siguiente, dijo el Moreno sacando la cartera: tome usted las cartas en cuestion.

Y entregó las cartas que habia conservado: esto es, uno de los dos ejemplares falsificados que existian.

Tan bien hecha estaba la falsificacion, tan iguales eran los papeles, y hasta los dobleces, que el abogado se aturdió.

—Pues señor, dijo, yo creía que estaba seguro en mi casa: pero ya veo que no lo estoy.

—¿Y por qué?

—Porque ha tenido usted medio de hacerse con estas cartas, que yo, para tenerlas mas seguras, habia ocultado en un secreto de mi bufete, del cual creía no tuviese conocimiento nadie.

—Vaya usted á ver si están las cartas allí.

El abogado se levantó, abrió un cajon, luego un secreto, y en él halló las cuatro cartas y el poder de Leontina.

Don Alberto creyó hallarse en poder de un jugador de manos, que se divertia con él de una manera estraña.

—¡Qué es esto! dijo: las cartas están aquí.

—Y aquí tambien, replicó el Moreno.

El abogado las examinó y las comparó.

—Pues no entiendo esto, dijo.

—Esto es, que estas cartas han tenido hijos: se han multiplicado.

—Son exactamente iguales.

—Como que están todas magníficamente falsificadas por una misma mano.

—Pues entonces, esto es gravísimo: de aquí sale una causa criminal.

—¿Y á usted qué le importa? Usted presenta las pruebas que su cliente le ha procurado.

— Sí ; pero mi cliente se pone bajo el Código penal.

— Vamos, vamos: eso importa poco, dijo el Moreno apelando á sus billetes de Banco, y metiendo dos de ellos doblados en la mano de don Alberto: lo que se quiere es que esa Leontina, que es una bribona, pague sus picardías viviendo algunos años en la cárcel.

— Pero esto para mí es repugnante.

— ¡Cómo repugnante! Mas repugnante es que esa infame haya querido echar á pique de una sola andanada á sus padres, á su marido y á una señora dignísima, cuando ella ha apurado todas las bajezas: es necesario castigarla, y para eso me gasto, ó nos gastamos, con mucho gusto el dinero.

— Casi, casi, tiene usted razon.

— Pues bien : sírvame usted, con tanto mas motivo, cuanto usted confiesa que la razon está de mi parte. Cuando esa señora le pida á usted las cartas, se las dá, y mientras ella cree que todo está acabado, el negocio adelanta, hasta que él mismo se deje ver.

— Como usted quiera.

— Sobre todo, prudencia y habilidad.

— Descuide usted.

— Pues hasta mas ver.

— Hasta mas ver.

El Moreno salió.

— Es necesario castigarte, y cortarte las alas, víbora con faldas, decia el Moreno: ahora vamos á ver al buen don José Perez, aunque deberia estar resentido con él.

Y el Moreno se fué á la fonda.

Al llegar á ella le hizo fruncir el gesto la escena que se estaba representando.

Leontina pasaba de los brazos de su padre á los de su madre, y todos lloraban, incluso Andrés.

La jóven habia pedido perdon á sus padres, llorando, como suele decirse, á lágrima viva, y Andrés la habia disculpado completamente: habia declarado á sus padres que todo habia sido un error, y que en gran parte él habia tenido la culpa de lo acontecido.

Cuando el Moreno entró, la reconciliacion habia acabado de efectuarse.

Madama Eloisa tenia puesta la mantilla, y Perez el sombrero.

El Moreno se detuvo asombrado á la puerta.

— Vamos, dijo cuando repararon en él; pues me alegro: es nece-

sario que las diferencias que existen entre las familias, se corten. ¡Qué diablo!

—Sí, sí, dijo Perez conmovido: todos nos habiamos engañado: mi hija nos ama... no podiamos vivir sin ella: todo habia sido un enredo de Satanás.

—Mas vale así, mas vale así, dijo el Moreno.

—Y ahora nos volvemos á casa, señor Martin, y usted se vendrá con nosotros.

—Perdone usted, don José, pero tengo que hacer: yo me alegro en el alma de la reconciliacion de ustedes, y, sobre todo, de que haya habido error: no podia ser de otra manera.

Y resistiendo todas las instancias que se le hicieron, el Moreno se despidió de ellos, diciendo para sí:

—¡Error! ¡Perdon! Si vosotros sois unos insensatos, yo no lo soy: si os entregais confiados á ese tiburon con faldas, yo os libraré de él: veamos si cuando Leontinita tenga sobre sí una causa criminal por falsificacion, la salvais: la justicia es primero, y la venganza es muy dulce. A ver si á fuerza de castigos revienta esa bribona, y se queda libre mi buen Andrés.

Por lo que se ve, Martin era demasiado justiciero, demasiado cruel.

---

# CAPITULO L.

De como el Moreno se vió negro para sacar á Luisa y á Andrés del atolladero en que los habia metido.

Pasaron algunos dias, y llegó uno en que el alto círculo de Madrid tuvo un escándalo de que ocuparse.

La marquesa de Guapeltepec; la grande mas rica de España; la mujer mas hermosa, á quien tanto se habia calumniado, á quien tanto se habia envidiado; la víctima en quien el mundo habia cebado mas su diente, estaba de nuevo presa.

La causa de su prision era vergonzosa.

Se trataba nada menos que de un adulterio.

Luisa estaba completamente deshonrada.

Se la tenia por una Mesalina.

Se hablaba, porque el mundo siempre avanza en sus murmuraciones, de infanticidios, de envenenamientos, de no sabemos cuántos horrores.

La opinion pública no pedia para ella menos que la pena capital.

Los jueces estaban terriblemente predispuestos contra ella.

El juzgado habia pedido una enormidad de años de galera para ella, y otros tantos de presidio para su cómplice don Andrés Zoa, que tambien estaba preso.

La parte contraria era la esposa del Zoa, un ángel, una pobre víctima, á la que se habia calumniado, á la que de una manera infame se habia querido envolver en un proceso.

Todas las apariencias se volvian contra Luisa.

Hasta se habia querido comprometerla en el asesinato de su marido.

El negocio iba á ser visto por la Audiencia territorial, y tenia muy mal aspecto.

El Moreno, lego en cuestiones de derecho, no habia creido que el negocio llegase á tanto: cuando vió que por una providencia judicial, y á peticion de parte, se reducia á prision á Andrés y á Luisa, se fué lleno de cólera á casa de don Alberto.

—¿Qué es lo que sucede? dijo al abogado enseñándole los puños.

El pobre letrado, por bien que le pagase el Moreno, no ganaba para sustos.

—¿Qué quiere usted que suceda, dijo, sino que la demanda siga su curso natural?

—¡Su curso natural! ¿Es decir que la demanda llevaba consigo la prision de los dos demandados?

—Sí señor.

—Pues yo no lo sabia.

—¿Y quién tiene la culpa de que usted ignore lo que todo el mundo sabe? ¡Una cosa tan sencilla!

—Pues es necesario deshacer esto.

—Solo hay un medio.

—¿Cuál?

—Probar que esas cartas son falsas.

—Pues se probará.

Y el Moreno salió como un relámpago sin despedirse, y á los cinco minutos estaba en el portal de la casa número 10 de la calle del Leon, en busca del tio Perico, que así se llamaba Periquito cuando era memorialista y parecia viejo.

Pero el biombo no existia, ni el cartel á la puerta.

El portal estaba limpio.

El memorialista habia desaparecido.

Preguntó en las tiendas vecinas, y le dijeron que hacia algunos dias que no veían al ausente, ni indicios de él.

Trasladóse á la Villa, á la calle y á la casa donde Periquito vivia, y llamó.

Salió á abrirle una mujer de aspecto sencillo.

El memorialista y la jóven que le acompañaba habian desaparecido.

—Y dígame usted, señora, ¿hace mucho tiempo que vive usted en la casa?

—Diez años.

—¿Y el tio Perico?

—Dos.

—¿Qué conducta tenia el tio Perico?

—Muy buena.

—Y diga usted, ¿qué era suyo una jóven que vivia con él?

—No se sabe.

—¡Cómo!

—Unos dicen que era su hija...

El Moreno se sonrió.

—Otros que su criada, y otros que su querida; pero esto debe ser mentira, porque María era muy buena muchacha y muy cristiana.

—Pero, en fin, ¿usted no me puede dar razon del tio Perico?

—No señor.

—¿Ni sabe usted de nadie que pueda dármela? ¿No tiene parientes ese hombre?

—Yo no los conozco.

—Muchas gracias, señora, dijo el Moreno, retirándose contrariado.

Apeló á la policía.

La policía no pudo dar con Periquito.

Buscó al Penco.

No le encontró.

Don Cosme, que podia haber sido su asidero, no existia.

El Moreno se desesperaba.

Sus amigos habian sido sentenciados en primera instancia, y estaban próximos á serlo tambien en la vista de la causa por la Audiencia.

Nadie podia dudar de la autenticidad de las cartas, únicas pero terribles pruebas del proceso.

Leontina se habia visto sorprendida por aquella demanda.

Una noche habian ido á prender á su marido.

Preguntó la causa al inspector, y este se encogió de hombros, y se sonrió.

Á la primera declaracion tomada á Andrés, este supo que estaba preso por demanda de su mujer.

Esta, sin embargo, nada sabia, porque creía que el abogado la habia dado las cartas.

Ya sabemos que habia cartas dobles.

Leontina habia quemado las cartas que la habia dado el abogado.

Pero este no la habia entregado el poder dado por Leontina á un procurador.

No se habia acordado de ello.

Cuando preguntó en la cárcel por Andrés, el alcaide la preguntó quién era.

—Soy su esposa, contestó la jóven.

—¡Y viene usted á verle! dijo con estrañeza el alcaide.

Leontina no comprendió aquella estrañeza.

Leontina no sabia que todos debian creer que Andrés estaba preso por su causa.

Sin embargo, pasaron recado á Andrés.

Andrés escuchó con asombró aquel recado, pero sin embargo recibió á Leontina.

Leontina se heló de espanto.

Al ir á abrazar á Andrés, este la rechazó.

La cólera y el desprecio estaban pintados en el semblante de Andrés.

—¡Qué es esto, Andrés! dijo Leontina con las lágrimas en los ojos. ¿Por qué me recibes así?

—Usted no debe visitar al hombre que villanamente la ha engañado, al hombre que la ha burlado, al hombre que ha abusado de su buena fé, dijo Andrés volviéndola la espalda.

—¡No te entiendo, Andrés! esclamó con ansiedad Leontina.

—¿Que no me entiendes? dijo Andrés volviéndose bruscamente: ¿por quién estoy yo aquí?

—¡Ah! ¡Yo no lo sé! ¡No me lo han dicho! dijo con angustia Leontina.

—¿Por quién está presa ella? repitió con voz sombría Andrés.

—¡Ella! ¿Y quién es ella?

—Luisa.

Leontina lanzó un gemido.

—¿Por qué me recuerdas á esa mujer? dijo: ¿no me habias prometido que no me volverias á hablar de ella?

—He cumplido rígidamente con mis deberes, lo que no ha impedido que ella y yo hayamos sido calumniados de una manera infame por medio de un delito.

—¡Un delito!

—Sí: se han contrahecho unas cartas horribles: se han contrahecho de tal manera, que si tratáran de asuntos indiferentes, yo mismo, ella, dudaríamos de si las habiamos escrito.

— ¡ Unas cartas ! esclamó pálida como un cadáver Leontina.

— ¡ Tu duda, tu sorpresa son odiosas, son un fingimiento miserable! esclamó descompuesto ya Andrés, mirando de una manera amenazadora á Leontina.

— ¡ Pero si yo quemé esas cartas !

— ¡ Mientes ! esclamó Andrés.

Y olvidado de todo, de que Leontina era mujer, de que él era un hombre de honor, escitado por la cólera, y por Satanás, que flotaba al rededor suyo, dió una bofetada á Leontina.

Leontina lanzó un grito de dolor y de espanto, y se llevó las manos á la cara.

— ¡ Oh! esto es indigno, dijo.

— Mas indigna y mas miserable es tu conducta: ¡ vete!

— ¡ Sí, me voy ! Pero puesto que me tratas así, cuando soy inocente, seguiré en el camino que contra mi voluntad encuentro abierto: ¡ tú y ella ! ¡ y ella y tú ! ¡ adios !

Y salió irritada, trémula.

En su casa la aguardaba otra escena terrible. Perez hacia su equipage para marcharse.

Leontina quiso en vano sincerarse con su padre: su padre la rechazó, su madre la cerró los brazos.

Aquel mismo dia salieron de la casa, y se ampararon en la del Moreno.

Leontina, irritada, herida, no quiso ya ceder, y siguió el negocio.

El negocio, pues, habia llegado á un caso desesperado.

Perdido Perico, único que podia probar la falsedad de las pruebas, el Moreno se encontraba cogido en sus mismas redes.

No quedaba otro recurso que apelar á Leontina.

Esto le era sumamente repugnante al marino.

¿Pero qué hacer?

La causa iba á verse dentro de pocos dias.

El Moreno hizo, como suele decirse, de tripas corazon, y se presentó á Leontina, la rogó, la suplicó que desistiese de la demanda.

Pero Leontina se mantuvo inflexible.

— Se aman, dijo, y me han provocado: la razon y el derecho están de mi parte: tengo celos y despecho; necesito vengarme, y me vengaré.

El Moreno salió desesperado.

Leontina se vengaba.

:

Entre tanto, Luisa sufria toda la venganza de su posicion: se encontraba sufriendo una prision larga y afrentosa, oyendo por todas partes en derredor suyo las palabras obscenas de las infames mujeres habitantes de la Galera: sufriendo las miradas frias y despreciativas de los dependientes que á ella se acercaban: viendo una nube sombría en la frente de Antonia, que la acompañaba en la prision: notando la vergüenza mal encubierta en el rostro de Ana, que iba á visitarla, y el dolor en el del padre Anselmo, que la visitaba tambien.

Perez y su mujer no habian ido á verla.

Se habian reducido á escribirla una sola vez.

Pero bajo las frases cariñosas de aquella carta, que se habia escrito con trabajo y como quien dice por compromiso, Luisa habia visto una amarga acusacion.

Porque nadie dudaba de su crímen.

Las cartas que constituían la prueba, se habian copiado, y habian corrido por todas partes.

Un tribunal habia condenado, y otro tribunal estaba á punto de condenar.

Despues de aquella condena, ya no habia apelacion.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Una noche el diablo frunció el entrecejo.

Habia visto una cosa que le contrariaba en sumo grado.

En la mala de Francia, en un rincon del cupé, iban un hombre y una mujer en direccion á Madrid.

El hombre era Periquito.

La mujer Maruja.

Á la sazon en que el diablo los vió, iban hablando lo siguiente:

«Gracias á Dios ó al diablo, que ya hemos pasado la frontera: el robo de San Dionisio me ha tenido demasiado tiempo fuera de España, y por poco, por poco, no falto á la palabra que dí yo á aquel honrado negrero. Si los periódicos franceses no copian el ruidoso asunto de adulterio que contenian los periódicos españoles, el tiempo se pasa, y no hubiera habido remedio. Pero segun nos ha escrito el Gafo, hasta mediados del mes no se ve la causa en la Audiencia, y dentro de dos dias estaremos en Madrid, y llegaremos á tiempo.»

—Eso lo veremos, dijo Satanás desde la nube donde estaba montado.

Y traduciéndose, esto es, convirtiéndose en un formidable re-

lámpago, se dejó caer sobre el coche, y envolvió á los caballos en una manga de fuego.

El tiro se asombró y se desbocó.

Dos minutos despues la diligencia estaba volcada en el fondo de un barranco, y no se oía otra cosa que los alaridos de los pasageros estropeados ó heridos.

Algunos habian muerto.

Perico estaba como tal; al menos sin sentido.

Maruja, que milagrosamente se habia salvado sin la menor lesion, miraba de una manera singular á Perico.

No sabemos si se alegraba ó se entristecia al verle en aquel estado.

Y decimos que le veía, porque el mayoral, que tampoco se habia lastimado, andaba acá y allá socorriendo á los pasageros con la linterna del coche en la mano.

No contento el diablo con esto, se trasladó con una velocidad eléctrica á Madrid, y se metió por una rendija de una ventana en el aposento que ocupaba en la cárcel de la Galera Luisa.

Esta dormia.

Pero de repente su sueño se iluminó con una luz roja é impura.

En medio de aquel resplandor apareció Satanás.

—¿Qué me quieres? esclamó Luisa. ¿No estás satisfecho aun, maldito?

—Lo estoy tanto, que tengo lástima de tí, y vengo á salvarte.

—¡Á salvarme tú!

—Estás en una situacion horrible.

—Que se cumpla la voluntad de Dios.

—¡La santa! ¡La hipócrita! ¿No estás pensando en Andrés?

—No puedo evitarlo.

—¿No le amas?

—Á mi despecho.

—¿No te desprecia todo el mundo?

—¡Sí! esclamó con dolor Luisa.

—¿Y qué esperas ya?

—Que Dios tenga misericordia de mí.

—Dios te ha abandonado.

—Tú blasfemas.

—Yo digo la verdad.

—Te obstinas en vano, Satanás.

—¿Estás resignada?

—Sí.

—Pero tu sacrificio es inútil, Luisa: Dios mira al alma: tu pensamiento es impuro: pecas con él.

—Le venzo.

—Despues de luchas dolorosas.

—Que no me aterran.

—Te condenarás, y no salvarás á tus abuelas.

—No lucho yo por salvarlas: lo que hago, lo hago por mí: hay en mí una repugnancia invencible á la degradacion: mi alma se subleva al pensar en ella: yo no puedo ser feliz por medio del crímen.

—¿Has meditado bien en la suerte que te espera?

—Sí.

—¿Sabes que mientras viva la mujer de Andrés estarás presa, y él lo estará tambien?

—Sí.

—¿Sabes que la opinion pública te acusa de grandes crímenes?

—¿Y qué hacer?

—Yo puedo salvarte: yo puedo probar á todo el mundo que eres pura como el ampo de la nieve: yo puedo darte tu Andrés, tu honra, tu felicidad.

—Si yo pudiera aceptarlo, lo aceptaria.

—¿Y por qué no? ¿Crees tú que el infierno tenga penas mayores que las que sufres?

—¡Oh, no!

—¿Y por qué no ser mia?

—¡Jesus, mil veces!

El diablo, desesperado, lanzó un rugido, y desapareció.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Llegó entre tanto el dia de la vista.

Un gentío inmenso llenaba la sala del tribunal.

Á un lado, sobre un tablado, en algunas filas de sillas, antes de la barra, habia algunas señoras.

La generala de Robles se veía entre ellas.

Perez, Madama Eloisa, Ana, el padre Quirós, y el Moreno, estaban al fondo de la sala, en un rincon, como escondidos detrás de la multitud.

Cinco magistrados estaban en audiencia.

Los abogados de ambas partes, sentados frente á frente, mostraban esa calma fanfarrona, que algunos ostentan antes de entrar en combate, y á la vista del enemigo.

El relator leía lentamente el estracto del proceso.

Cuando concluyó, habló el abogado de la parte acusadora.

Cuantos colores mas negros se encuentran en esa paleta que se llama retórica; cuantas declamaciones malévolas puedan encontrarse; cuantas miserias pueden suponerse, todo lo espuso el abogado de Leontina en contra de Andrés y de Luisa.

Fué necesario prorogar la audiencia.

Empezó á hablar el abogado de Luisa.

Pero hacia la defensa desalentado.

Aquello, mas que defensa, era una súplica.

Porque hay abogados tales, que cuando pretenden defender, acusan.

Don Alberto, el abogado de Leontina, oía con júbilo la débil defensa, la peroracion pálida y torpe de su colega.

Los jueces se dormian.

Concluyó el abogado de Luisa.

Iba á empezar el de Andrés, cuando junto á la barra se oyó una voz, que dijo:

—Excelentísimo señor, suplico á la Sala...

—Espere á que termine la vista, dijo el presidente.

—La vista es inútil, excelentísimo señor, porque el proceso está incompleto; las pruebas son falsas, y yo me entrego á la ley, porque yo soy el falsificador de esas pruebas.

Causó una sensacion profunda esta declaracion.

Todos se volvieron á mirar al que la habia hecho.

Era un viejecillo raquítico, encorvado, con una peluca de color de pelo de panocha, entrecano, arrugado, verdinegro, mal vestido; se apoyaba en su baston, y tenia un brazo con cabestrillo.

El tribunal mandó despejar la sala, y prender al viejo que permanecia dentro.

Todos esperaron á la puerta de la sala con ansiedad.

Al cabo de una hora vieron salir al viejecillo entre alguaciles.

Poco despues un portero de estrados dijo á la puerta:

—Se anula este proceso por vicio en las pruebas.

Todos se retiraron con mas curiosidad que habian ido.

Aquella misma tarde Leontina fué presa, llevada á la cárcel de la Galera, é incomunicada.

El diablo, al ver esto, se puso de muy mal humor.

La firmeza de Luisa, y los sucesos, podian mas que él.

## CAPITULO LI.

Que termina con la negra aventura que sucedió á Andrés, siguiendo á Luisa.

Perico probó completamente la falsificacion de las supuestas cartas de Luisa y Andrés.

Es mas, presentó cartas de Leontina en que parecia probarse que ella era la instigadora de tal delito.

Esto no podia inspirar confianza, porque esta clase de pruebas dejaban de serlo, viniendo de Perico: sin embargo, el tribunal las estimó.

En Leontina se habia operado una transformacion estraña.

Su juicio se habia trastornado.

La idea de que era víctima de una fatalidad enemiga; el sentimiento de los que habia acusado; la dureza de corazon que habia demostrado respecto de sus padres; la vergüenza de verse acusada por falsificadora, á pesar de que ella habia creido usar de pruebas legítimas; la reproduccion de aquellas pruebas, cuando ella creía haberlas destruido, la volvieron definitivamente loca.

La ley, en vista de la declaracion de los facultativos, sobreseyó la causa, y Leontina fué encerrada en el hospital de Leganés.

Este acontecimiento tristísimo, esta horrible desgracia, que disculpa y hasta razona todos los estravíos, aun todos los crímenes, arrancando, de sobre el que los comete, toda responsabilidad, hizo renacer el amor de padres en Perez y madama Eloisa, y el interés y la mas tierna solicitud en Andrés.

Pero Leontina no los conocia ya: replegada en un rincon de su jaula con los cabellos rubios desordenados, con los vestidos rotos y

sucios, no se la oían otras palabras, que eran terribles para todos los que las escuchaban, que las siguientes:

— No he sido yo: ha sido Satanás.

Y cuando la preguntaban, respondia:

— Que conteste Satanás.

Los locos no lloran; pero rugen.

El rugido de un loco es mil veces mas terrible que el llanto mas apenado, mas amargo, mas sin consuelo.

Pasaron algunos meses.

Los padres de Leontina se habian ido á vivir á Leganés: necesitaban estar cerca de su hija.

Andrés se habia quedado en Madrid al frente del establecimiento; pero iba á Leganés con mucha frecuencia.

Andrés vivia solo, y habia mudado de domicilio.

Aquella casa sobre la cual habian llovido tantas desgracias, le hubiera ahogado.

Comia en la fonda y dormia en una pequeña habitacion amueblada, en la cual no entraba nadie mas que la portera para limpiar el polvo.

Andrés llevaba siempre una llave en el bolsillo.

Cuando se cerraba el taller, comia: despues iba á encerrarse á su habitacion.

Y allí se pasaba largas horas, triste, calenturiento, devorado por su desesperacion y por su amor hácia Luisa, cada vez mas exigente.

Los sábados por la noche iba á Leganés.

Pasaba allí el domingo, y volvia los lunes por la mañana.

Andrés sabia dónde podia encontrar á Luisa.

Luisa, siempre que un obstáculo mas fuerte que su voluntad no se lo impedia, iba á visitar la tumba de su madre en el cementerio de San Ginés y San Luis; y allí pasaba horas enteras, no sin recelo del nuevo conserge, que sabia que su antecesor habia sido depuesto y encausado por la desaparicion de un muerto, que habia tenido lugar una noche en que aquella mujer enlutada y triste habia estado en el cementerio.

Luisa tenia algo de fantástico para aquel hombre.

Sin embargo, como Luisa era pródiga en dar propinas, y eran estas buenas y en buena moneda contante y sonante, que no se convertia en carbon ni en hojas secas, el conserge abria la verja á Luisa siempre que esta lo deseaba, y contaba el dinero, porque el dinero se toma siempre, aunque venga de manos de un fantasma.

Algunas veces Antonia acompañaba á Luisa.

Pero la intimidad de las dos hermanas habia desaparecido, reemplazándola una afectada manifestacion de cariño, que no engañaba ni á la una ni á la otra, aunque entrambas creían engañarse mútuamente: se cubrian las apariencias del mejor modo que se podia, y se mantenia una paz inalterable.

Luisa no vivia ya en Madrid.

Se le habia hecho pesado el mundo.

Aquel mundo intransigente, que, engañado por las apariencias, la señalaba con el dedo.

Habia comprado una pequeña casa de campo al estremo de Carabanchel de arriba.

Habia embellecido el interior de aquella casa y el jardin; tenia una reducida servidumbre, y solo habia conservado un carruage, porque le pesaba el andar, y necesitaba ir al cementerio.

Su casa de Madrid habia quedado en poder de un conserge; los caballos dormian en las cuadras, y los carruages estaban siempre escondidos en las cocheras.

Luisa se levantaba temprano, y sola, ó acompañada de Antonia, salia en carruage, y tomaba un vaso de leche en un aprisco situado á alguna distancia del pueblo: despues oía misa en la iglesia parroquial, que pagaba siempre con una cuantiosa limosna, y despues almorzaba: luego se ponia al piano, ó estudiaba, ó pintaba, ó escribia hasta la hora de comer: despues se iba á visitar y á consolar pobres, dejándoles dinero, y en seguida se trasladaba al cementerio, de donde siempre volvia ya cerrada la noche.

La curiosidad cortesana la habia seguido la pista, y en los círculos murmuradores de Madrid se conocia su género de vida, y se la habia confirmado, llamándola la *nueva Magdalena.*

Pero los pobres del campo y del pueblo la llamaban su madre, y la creían santa.

Luisa habia creido gozar de paz.

Guardaba dentro de su corazon, inmutable, puro, dulce, triste, el amor de Andrés: Andrés estaba siempre en su pensamiento, por él oraba; pero no lloraba por él.

Lo tenia presente; pero no le buscaba.

No le veía; pero no sufria por no verle.

Luisa habia hecho de Andrés un sentimiento.

Tenia aquel sentimiento entero y vírgen dentro de su alma, y no necesitaba mas.

Al diablo no le gustaba esto, ni podia gustarle.

Veía que las abuelas de Luisa se le escapaban.

Lo que era peor para él, que Dios le venciese de nuevo.

Porque Leontina se moria.

Muerta Leontina, y libre Andrés, como Luisa, asunto concluido.

Luisa caeria pura entre los brazos de un esposo despues de todas las pruebas porque pueden pasar el alma y el cuerpo, el sentimiento y la pureza de una mujer.

Era necesario que Luisa fuese impura.

Era necesario que todo lo sacrificase á un momento de olvido.

El diablo tentó de nuevo el ataque.

Una noche en que Andrés, despues de haberse encerrado en su aposento, estaba pensativo, triste, y con el alma mas amargada que nunca, Satanás, convertido en un soplo leve, impalpable, que apenas hacia visible la luz de la bugía que alumbraba el gabinete, rodeó la cabeza de Andrés y le inspiró este pensamiento.

—¡Eres un miserable! ¡un mal hijo! ¡Lloras por una mujer lo que no has llorado por tu madre, y olvidado por esa mujer de todo, no has ido á visitar el lugar donde tu madre reposa!

—Pero allí encontraré á Luisa, pensó Andrés contestando al que creía su propio pensamiento, y yo juré á Luisa no volver á verla mas.

—Puedes ir á una hora en que ella no esté, dijo el diablo haciendo hablar al pensamiento de Andrés.

—Es verdad, dijo Andrés: si Luisa va á una hora, yo iré á otra; ¿pero cómo saber la hora á que Luisa va?

El diablo inspiró un pensamiento luminoso á Andrés para salir del paso.

Escribir al conserge.

Y escribió lo siguiente:

«Amigo mio: Hágame usted el favor de decirme por el correo á qué horas va al cementerio una señora como de veinte años, enlutada, que se detiene delante de un nicho de la galería de la derecha, sobre cuya lápida se lee: *Luisa:* vivo en la calle de Leganitos, número 50, adonde puede usted contestar.—*Andrés Zoa.*»

Andrés metió en esta carta un billete de doscientos reales, la cerró, y al dia siguiente la puso en el correo con sobre al conserge del cementerio de la sacramental de San Ginés y San Luis.

Á los dos dias por la mañana recibió la contestacion siguiente:

« Caballero: La señora por quien usted me pregunta, viene todas las tardes á puestas del sol invariablemente, ni un minuto mas, ni un minuto menos. Parece que el sol aguarda á que llegue á la verja para ponerse; entra, y permanece en el cementerio hasta media hora despues de oscurecido. Es cuanto tengo que decir á usted, despues de darle las gracias por su favor.—*Esteban Muela.* »

—Va á punto de ponerse el sol: yendo yo dos horas antes, no hay cuidado, dijo Andrés: saldré del cementerio una hora antes de que se ponga el sol.

Aquella tarde, á las cuatro, Andrés fué al cementerio.

Era dia de trabajo, y la puerta estaba cerrada.

Andrés llamó, y suplicó al conserge que le dejase entrar.

Y como apoyaba su súplica con una moneda de á cinco francos, el conserge le dejó entrar.

Andrés esperimentó una sensacion terrible al entrar en el cementerio.

Allí reposaba su madre muerta.

Allí iba á llorar viva la mujer de su amor.

Andrés sentia cuanto podia sentir.

Hablaba de una parte á su alma el amor de la mujer que le habia criado en su seno.

Por otra, la mujer que habia absorbido su existencia entera.

Su pasado, su presente y su porvenir, puesto entre dos mujeres: la madre y la esposa.

Porque Andrés consideraba á Luisa como á la esposa de su corazon.

Como una de esas casualidades que parecen buscadas, el nicho que ocupaba la madre de Andrés estaba perpendicularmente situado sobre el nicho que ocupaba la madre de Luisa.

Separadas solo por un tabique, entre aquellas dos mujeres pasadas, habia para Andrés todo un mundo de pasiones, de dolores, de desesperacion, de esperanza.

Andrés se sentó en una de esas escaleras portátiles que hay en todos los cementerios.

Acaso allí tambien se sentaba todos los dias Luisa.

Andrés fijó su vista en aquellas letras doradas que sobre un fondo de mármol negro bruñido decian: MAGDALENA.

Pero las otras letras doradas, que tambien sobre una losa de mármol negro bruñido decian: LUISA, le distraían, le hacian olvidar-

se de su madre, y volvian, su pensamiento entero, al recuerdo de Luisa.

¡Debilidad del alma que no puede desoir la voz de la pasion que la domina; que es sorda á todo lo que no está en relacion con su empeño; que enloquece, que embriaga, que absorbe todas las facultades, toda la razon, todas las impresiones!

Cuando el espíritu está en ese estado, puede decirse que dormimos, por mas que parezcamos despiertos.

Que nada existe para nosotros.

Que concentrados en nosotros mismos, nada vemos, nada sentimos, mas que la poderosa idea que nos concentra.

Y entonces el tiempo no tiene para nosotros medida, porque nos detenemos en el tiempo.

Entonces no sentimos nada mas que lo que nos preocupa.

Entonces no hay luz, ni espacio, ni aire sensible para nosotros.

El espíritu se ha encerrado dentro de su caja de carne, y no recibe las impresiones que vienen de afuera.

El espíritu ha dicho entonces á las sensaciones esternas: «el señor no está en casa.»

Andrés pensaba en Luisa, soñaba acerca de ella, suponia por ella, no sabemos con cuánto amor, con cuánta fruicion, con cuánto deleite, infinitas y enamoradas locuras.

Andrés, ni sentia, ni veía.

Sucedió, pues, que se le pasó el tiempo.

Un rayo horizontal del sol vino á despertarle.

Andrés, al volver en sí, vió que el sol estaba próximo á hundirse en el horizonte.

Entonces se levantó vivamente.

—Dentro de un instante, dijo, el sol habrá desaparecido: vendrá ella: acaso esté ahí ya.

Andrés, en aquel momento, oyó rechinar á lo lejos la verja del cementerio.

El sol acababa de apagar en el horizonte su último punto luminoso.

Andrés no tuvo tiempo de otra cosa que de arrojarse al jardin y ocultarse entre los árboles.

Cuando estuvo seguro de estar á cubierto, esperó.

No tardó mucho en aparecer á lo largo de la galería de la derecha una mujer; mejor dicho, una dama completamente vestida de negro, y maravillosamente esbelta, elegante, á pesar de que no lle-

vaba mas que una ancha bata de lana, un pañolon negro y blanco, y un sombrerillo negro y ligerísimo de encaje, que dejaba ver sus ricos y voluminosos cabellos negros.

La blancura de alabastro de su rostro y de sus manos, se destacaba vigorosa y bellísimamente sobre el negro color de su trage, y solo la tristeza profunda de aquel semblante, y el abandono de aquellas manos, estaban en armonía con lo lúgubre del vestido.

Aquella mujer era Luisa.

Para el que durante mucho tiempo ha sufrido la agonía de la soledad consigo mismo, de la ausencia del sér amado, del deseo de ver aquel sér, la presencia repentina de este sér, que sin vernos adelanta lento, solemne, triste, paseando entre tumbas, haciéndonos pasar á la vista su melancolía, que sufre, como nosotros sufrimos pensando en él, esta aparicion es una aparicion divina, es un consuelo mágico que dá aire fresco á nuestros pulmones, que disipa la niebla impura, pesada é insoportable que envuelve nuestra alma, que nos acaricia, que nos reanima, que nos hace sentir un momento de felicidad suprema.

Esto sintió Andrés á la vista de Luisa.

Si en vez de haberla visto triste, melancólica, concentrada, pasando como un ángel de muerte entre los muertos, pálida, andando como maquinalmente, y olvidada de sí misma, la hubiera visto Andrés en un lugar de fiesta, engalanada, cubierta de joyas, saludando á este, sonriendo á aquel, cruzando una palabra con el otro, el corazon de Andrés se hubiera roto.

Porque la alegría del sér que amamos con un amor desgraciado, es el tormento mayor que puede suponerse entre los tormentos concebibles del infierno.

Luisa se arrodilló, y Andrés, como por una razon de simpatía involuntaria, se arrodilló tambien detrás del vallado de ramas y flores que le ocultaba, pero entre cuyos claros lanzaba su mirada hasta Luisa.

El diablo llenaba de espíritu la distancia que separaba á los dos jóvenes, estableciendo entre ellos una corriente magnética.

En vano Luisa pretendió orar.

La oracion quedaba en sus labios, su alma se apartaba de ella apenas intentada la oracion: Andrés llenaba su alma.

Hubo un momento en que volvió la cabeza hácia el lugar en que se encontraba Andrés; pero no le vió.

Sin embargo, sintió, sin poderse esplicar cómo, la influencia de la mirada de Andrés, que se cruzó con la suya.

La candente mirada de Luisa habia abrasado la mirada de Andrés, y su fuego se habia comunicado á todo su sér.

Sin embargo, Andrés permaneció inmóvil.

Temia contrariar á Luisa presentándose.

Luisa volvió á mirar á la tumba de su madre, siempre de rodillas.

Pasó el tiempo.

Lentamente el crepúsculo fué menguando en claridad.

Sobrevino la noche.

La tarde, que habia estado apacible, dejó sentir al fin de ella un aire leve primero, progresivamente fuerte despues, hasta convertirse en un huracan.

Grandes nubes, primero aisladas, unidas despues como una sola, habian cubierto el cielo.

El viento se habia dejado oir primero á lo lejos, precedido de distantes relámpagos; muy pronto el trueno estalló sobre el cementerio, y los relámpagos, sucesivos y frecuentes, le inundaban sin cesar de su deslumbrante luz blanca azulada.

Llovia primero de una manera pausada, despues á torrentes.

Era una tormenta deshecha.

Luisa se levantó, y salió precipitadamente.

Tras ella, y á punto que el conserge abria la verja, salió Andrés.

Habia que atravesar un largo espacio solitario para llegar al punto en que sobre el camino esperaba su carruage á Luisa.

La verja se habia cerrado.

Luisa y Andrés estaban fuera del cementerio.

Luisa, á buen paso, delante.

Andrés, menos deprisa, detrás.

Luisa llegó al camino.

Estaba desierto.

Su carruage habia desaparecido.

Esto la causó un terror vago, pero profundo.

Habia sentido los pasos de un hombre tras de ella, y no sabia que aquel hombre fuese Andrés.

De improviso sintió pasos á su costado.

Entonces quiso volver á ampararse al conserge del cementerio.

Pero en aquel momento sintió junto á sí un hombre que cerró con ella, y la asió por la cintura.

Luisa gritó primero de una manera inarticulada, y luego pidió socorro.

—Sí, grita cuanto quieras, dijo una voz punzante. Ya era tiempo que cayeras en mis manos.

Luisa creyó reconocer la voz del vizconde de Rudaguas, y se estremeció.

Pero de repente sintió que el hombre que la tenia asida la soltó, y lanzó un rugido.

Oíase un ruido semejante al que producen golpes sacudidos con un baston sobre un cuerpo humano.

Luisa, á quien daba alas el terror, se precipitó sobre la verja del cementerio, y gritó con todas sus fuerzas.

Á sus gritos acudió el conserge con una escopeta, y abrió la verja.

Luisa se lanzó dentro.

—¿Pero qué sucede? ¿Qué es esto? dijo el conserge.

—¡Ahí! ¡Ahí! esclamó Luisa: y no pudo decir mas.

El conserge oyó el ruido de una lucha, y las voces roncas y confusas de dos hombres, y luego un grito de dolor.

Despues de esto, un profundo silencio.

El conserge se lanzó con la escopeta armada al lugar donde habian sonado aquellos gritos.

Á poca distancia del cementerio, junto al camino real, tropezó con un objeto.

—¡Ah! dijo bajándose para reconocerlo. ¡Un hombre! y está herido ó muerto. ¡Eh! ¡Amigo! ¡Amigo!

Pero el hombre no contestaba.

Lució un relámpago, y el conserge vió que se trataba de un jóven buen mozo, que estaba cubierto de sangre.

Ninguna otra persona mas habia al rededor.

Encontrarse con un herido, que tal vez está muerto, y teñirse las manos con su sangre, es cosa que á nadie agrada; porque se han dado casos de que la ley, engañada por las apariencias, haya encontrado criminal á un inocente, y le haya llevado al patíbulo.

El conserge se aterró, y el terror le clavó, por decirlo así, junto á aquel hombre herido ó muerto.

De repente el conserge se sintió asido, y oyó una voz que dijo:

—Dame la cuerda, Miguel, y sujétalo bien entre tanto: ya tenemos á este bribon.

—¡Cómo que tienen ustedes á un bribon! dijo el conserge vol-

viendo del estado de atonía á que le habia reducido el miedo, al sentir otro miedo mayor.

—¡Calla, Miguel! dijo el mismo hombre que habia hablado. ¡Si es Esteban, el conserge del cementerio!

—¡Pues ya se ve que lo soy! dijo el conserge. ¿Y ustedes quiénes son?

—La pareja de guardias civiles del primer apostadero de la carretera de Francia, dijo uno de ellos. ¿No nos conoces?

—¡Pues es verdad! Tú eres Miguel, y tú eres Antonio; pero con el miedo no os habia conocido.

—Vamos: ¿y qué es esto? dijo uno de los guardias: dinos la verdad.

—Esto es que he venido con mi escopeta á socorrer á un hombre que asesinaban, y me he encontrado con el muerto, ó mal herido, sin encontrar á nadie mas.

—¿Y tienes testigos de esto?

—Sí, una señora que ha venido pidiendo socorro á gritos, y á quien yo he abierto la verja del cementerio.

—¿Y adónde está esa señora?

—Debe estar dentro del cementerio.

—Vé, y trae una luz.

El conserge volvió á poco con un farol.

Á su luz pudieron ver los guardias que se trataba de un jóven herido profundamente en el pecho.

Aquel jóven era Andrés.

Estaba sin sentido.

Los guardias, sirviéndose de sus fusiles como de una camilla, llevaron á Andrés, ayudados por el conserge, á las habitaciones de la consergería.

El conserge, al entrar, cerró la verja.

Una vez colocado en una cama Andrés, retrocedió á buscar á Luisa.

Luisa estaba desmayada al pie de la tumba de su madre.

## CAPITULO LII.

De cómo el autor marcha ya al desenlace de su cuento.

Quince dias despues de los acontecimientos anteriores, Perez y Madama Eloisa, que habian venido de Leganés á asistir á Andrés, que no habia muerto, pero que estaba entre la vida y la muerte, y á quien no se habia podido trasladar del cementerio por prescripcion de los facultativos, recibieron una carta que un hombre, encargado exprofeso, traía para ellos de Leganés.

Al ver el sobre de aquella carta, Madama Eloisa dió un grito.

Habia reconocido la letra de su hija.

Pero una letra que revelaba una mano trémula, débil.

Aquella carta decia:

«Padres mios: Anoche he despertado de un sueño profundo; de un sueño que, segun me han dicho despues, ha durado mucho tiempo: estaba desnuda, y tenia frio: la luz de una lámpara alumbraba á medias una galería lóbrega: yo he estado loca, encerrada en una jaula: me han sacado de esa jaula, y me han vestido, pero estoy en un lecho moribunda y con el alma destrozada, porque lo recuerdo todo, todo... No puedo escribir mas... se me nublan los ojos... Tengan ustedes piedad de mí... vengan ustedes... necesito su perdon... y el de Andrés... pronto se verá libre de mí, y será dichoso.—*Leontina.*»

Andrés estaba tambien espirante: era aquel un momento de crísis: junto á su lecho estaban Perez, Madama Eloisa, y Luisa, que no se habia separado un momento de Andrés.

Perez y su mujer se separaron, transidos de dolor, del lecho de

Andrés, para acudir adonde otro dolor mas agudo y punzante los llamaba.

Luisa hizo traer su carruage, y en él se trasladaron los padres de Leontina á Leganés.

Luisa se habia quedado sola con Andrés.

Y hemos dicho mal: Andrés y Luisa no estaban solos.

En medio de los dos, posado en la cabecera de la cama, estaba acurrucado é invisible Satanás.

El conserge y los criados de Luisa, dormian en el piso bajo; Antonia, Ana, el padre Quirós y el Moreno, en una habitacion al otro estremo.

Una preciosa lámpara de alabastro, llevada de la casa de Luisa, producia una luz ténue.

El lecho de Andrés estaba en la sombra.

Sentada en un sillon junto al lecho, contemplando anhelante á Andrés, estaba Luisa.

Luisa podia asistir á Andrés, porque afortunadamente la justicia no habia encontrado mérito para prender á nadie: las declaraciones del conserge, de Luisa y de los dos guardias civiles, hacian recaer de una manera clara las presunciones de aquel delito sobre un bandido terrible é incógnito, que desde dos meses antes, y burlando la vigilancia de la guardia civil, vagaba por los alrededores de Madrid.

El cochero y los lacayos de Luisa, que la esperaban con el carruage fuera del cementerio, no pudieron declarar otra cosa sino que, asombrados los caballos por una exhalacion, habian arrastrado al carruage, y que cuando habian logrado dominar los caballos, y habian vuelto, encontraron á su señora en la casa del cementerio, y habian sabido que un caballero habia sido herido.

La justicia levantó la mano, y esperó á que la guardia civil se apoderase del terrible bandido á quien se atribuía el delito, para proceder.

Luisa, pues, habia podido consagrarse al cuidado de Andrés.

El amor de Luisa habia llegado al grado máximo á que puede llegar el amor de un sér humano.

Se necesitaba toda la virtud y toda la fuerza de alma de Luisa para no olvidar por aquel amargo y contrariado amor todos sus deberes.

Pero Luisa los cumplia rígidamente, sin dejar de amar con toda su alma á Andrés.

¿Qué importaba que Andrés fuese casado? El amor de Luisa era

un amor tan grande, tan abnegado, tan sublime, tan puro, que el mundo no podia comprenderle.

Luisa no sentia ni podia sentir remordimientos por aquel amor.

Andrés, para ella, era un sér idealizado, un sér de mas allá de la vida, una parte de lo infinito que el alma adivina sin comprenderlo: no era una pasion, era un sentimento inspirado, una influencia, un destino, en una palabra; Luisa sufria por aquel amor, sin poderse esplicar la causa de su sufrimiento: Luisa esperaba de aquel amor una felicidad misteriosa, que no se esplicaba, que no revelaba su forma, que no hablaba á los sentidos: Luisa creía que el alma de Andrés y la suya eran una misma alma que se habia dividido para alentar á un hombre y á una mujer, y que tendia á unirse.

Luisa sentia por Andrés un delirio tranquilo, dulce y amargo á la vez, una necesidad de vivir en su vida, de arder en su alma; una tendencia infinita, siempre creciente, siempre dulce, siempre tierna.

Por Andrés lo hubiera ella sacrificado todo, menos su virtud.

El diablo estaba desesperado con aquel amor.

Porque Luisa no era culpable de aquel amor superior á su voluntad, de aquel amor predestinado.

Aquel amor, en vez de ser un delito en Luisa, era una virtud, porque ella le habia purificado, le habia idealizado, le habia arrancado del lodo de la tierra, y le habia levantado al cielo.

Leontina se moria; Andrés agonizaba.

Era necesario aprovechar los momentos.

Luisa se habia quedado sola con Andrés.

La luz ténue, dulce, opaca, de la lámpara, daba una vaguedad tentadora á aquel aposento cuadrado, de techo y paredes blancas, en el que producian un bello contraste algunos ricos muebles llevados de casa de Luisa.

El lecho de acero con coronamiento de bronce cincelado, dorado á fuego, la blancura y la limpieza de sus ropas, un crucifijo de marfil bajo un precioso doselete matizado, hacian parecer mayor la pálida belleza de Andrés, espiritualizada por la demacracion y por la fiebre.

Andrés tenia los ojos cerrados.

Apenas se percibia su alentar calenturiento en medio del solemne y profundo silencio que dominaba en derredor.

De tiempo en tiempo se perdia en medio de aquel silencio un suspiro de Luisa, que, inclinada sobre Andrés, le contemplaba con una ansiedad infinita.

El diablo tocó con su soplo emponzoñado la frente y el corazon de Andrés, que abrió los ojos y fijó en Luisa una mirada, que pareció como rechazar á la jóven, que levantó su cabeza, poco antes inclinada sobre la del enfermo.

La mirada de Andrés estaba impregnada de deseo.

Aquella mirada habia lastimado el alma de Luisa.

Andrés habia estendido una de sus manos, y habia asido otra mano de Luisa.

La mano de Andrés temblaba, ardia.

Luisa retiró vivamente su mano.

—¡Oh! ¡qué crueldad! dijo Andrés.

Y aquel brusco movimiento dejó completamente descubierto el herido pecho de Andrés.

—¡Oh! cúbrase usted, esclamó Luisa; el aire le hará á usted mal.

—Nada puede hacerme mas mal que el que tú me haces, ángel mio, amor mio, esposa mia, dijo Andrés, porque tú eres la sola persona que no se separa de mí.

—Está usted enfermo, es usted mi amigo: este es mi lugar.

—Yo me muero, dijo Andrés; la puñalada de aquel infame... yo la sentí ardiente, inflamada dentro de mi pecho: yo me muero, Luisa, y me muero desesperado.

—No, usted no morirá; el médico no lo cree así, dijo Luisa, esforzándose por contener las lágrimas que asomaban á sus ojos, porque el pronóstico de los médicos era siniestro.

Habian asegurado que Andrés moriria antes de que acabase la noche.

El padre Quirós estaba allí dispuesto á preparar al enfermo.

Luisa habia tomado sobre sí el terrible encargo de indicar á Andrés que debia prepararse para su entrada en la eternidad.

Luisa, pues, tenia el corazon despedazado.

Y comprimia sus lágrimas para no atormentar á Andrés.

—Los médicos se engañan, dijo este: yo siento que mi fin se acerca, y voy á morir desesperado.

—¿Por qué no busca usted consuelo en la religion? dijo Luisa; está usted muy agitado, Andrés: el padre Quirós, que es la dulzura misma...

—Yo no puedo ver al padre Quirós, dijo Andrés con la voluntariedad de los niños: quiero aprovechar los momentos que me quedan de vida, viéndote, adorándote: ¿por qué te has separado de

mí? Acércate, Luisa, esposa mia; yo necesito sentir tu aliento sobre mi frente, como le sentia hace poco: tú no me amas.

—¡Andrés! ¡Andrés! ¡por compasion, piense usted en sí mismo!

—¡En mí mismo! Yo soy un sér condenado.

—¡Dios mio!

—Dios me ha maldecido en la vida, y me maldice en la muerte.

—¡Andrés, qué blasfemia!

—Mi vida ha sido un contínuo y rudo trabajo: cuando he tenido dinero, las desgracias del alma han sucedido al afan del cuerpo: yo te amo, Luisa; te amo mas que á mi alma: yo muero por tí, porque he recibido esta herida defendiéndote.

—¡Oh! ¡Dios mio!

—Y tú eres ingrata... tú me dejas morir desesperado.

—¿Pero qué quiere usted de mí?

—Quiero... estrecharte una vez entre mis brazos y sentirme rodeado de los tuyos; quiero sentir mis labios en tus labios; quiero morir respirando tu aliento.

—¡Oh, Andrés! dijo Luisa levantándose, y cubierta de rubor.

—Es que... voy á morir... que dentro de poco te habré perdido... que ahora con mas fuerza que nunca siento el fuego que me abrasa por tu hermosura, por tu alma. ¡Oh! No me desesperes, Luisa; no me hagas morir blasfemando.

—¿Quiere usted que venga el padre Quirós? dijo dulcemente Luisa: le tranquilizará á usted.

—Yo no quiero ver á ese fraile. ¿Qué tengo yo que ver con ese fraile? Á quien yo quiero es á tí: y mira, Luisa, si no tienes compasion de mí, moriré desesperado y blasfemando, y me condenaré.

Era tan decidido el acento de Andrés, que Luisa se aterró.

Asaltóle un pensamiento, con el que habia contado Satanás.

La caridad de Luisa la habia hecho pensar en si sería lícito y conveniente hacer el sacrificio de su pureza, por salvar el alma del sér que amaba.

Esta era una tentacion horrible: la prueba mas dura que habia tendido Satanás delante de Luisa.

Porque Satanás habia dicho:

—Luisa consentirá en trocar con Andrés algunas tiernas caricias con una intencion muy pura, como una madre halaga y besa á su hijo para que consienta en tomar una medicina; pero á la primera caricia ardiente y desesperada de Andrés, Luisa, enloquecida, le

amará, perderá su pureza, y se perderá... no será el ángel de redencion de su familia.

Andrés habia notado la irresolucion de Luisa.

Esta irresolucion habia crecido.

Sus súplicas se habian redoblado.

Amenazaba con arrancarse los vendajes, blasfemaba, se desesperaba.

Luisa estaba aterrada.

El alma se le partia.

Temia que aquella horrible irritacion acelerase la muerte de Andrés.

Dió un paso para salir, para llamar al padre Quirós.

Entonces Andrés, á pesar de su debilidad, hizo un esfuerzo, y se echó fuera de la cama.

Pero estaba tan débil, como debe estarlo un hombre gravemente herido, y cayó sobre la alfombra estendida á los pies de la cama.

Entonces Luisa acudió á él y le alzó.

Y entonces Satanás dió por un momento fuerzas á Andrés.

Luisa se sintió asida, sujeta, abrazada; la boca de Andrés en su boca, en sus megillas, en sus ojos, en su frente.

Andrés reía y lloraba.

Luisa pugnaba por desasirse, sin lograrlo.

Su cabeza empezaba á enloquecer, su alma á vacilar.

De repente, y dominándolo todo, Luisa vió que el aposento se llenaba de un resplandor rojizo, y por el sombrío fondo vió pasar ocho veces otras tantas reproducciones de su figura: ocho damas envueltas en sudarios blancos, con los negros cabellos tendidos y los negros ojos ardientes fijos de una manera suplicante y sombría en sus ojos.

Eran sus siete abuelas y su madre.

Y Andrés la estrechaba aun entre sus brazos, la sujetaba, la inundaba de ardientes caricias.

—¡Ah, Señor, Señor! esclamó Luisa con los ojos fijos en las fantasmas de su familia: dame fuerzas, Señor, porque soy débil y le amo: ¡sálvale y sálvanos!

Andrés, agotadas sus fuerzas, cayó de nuevo sobre la alfombra.

Luisa estaba de rodillas, y oraba.

El resplandor rojizo y las ocho fantasmas habian desaparecido.

Solo se escuchaba un rugido sordo y lejano.

Era Satanás que se desesperaba.

Luisa, á pesar de la ruda prueba porque habia pasado, era pura todavía.

Se volvió á Andrés, le levantó penosamente, y le puso en la cama.

Le cubrió, y luego le dijo :

—Y bien, Andrés: ¿quiere usted que entre el padre Quirós?

—Sí, sí, Luisa: Dios me ha hecho feliz un momento, y ya puedo morir.

Luisa llamó al religioso.

Cuando este entró, le dijo en voz baja:

—Rece usted, señora, por el alma de la esposa de Andrés.

Luisa se puso pálida, y se la heló el corazon.

—¡Cómo! ¡Leontina ha muerto! esclamó.

Y turbada por la emocion, pronunció estas palabras de tal modo que las oyó Andrés.

—Ahí está su padre, triste, lloroso, anonadado, su padre, que quiere ver á usted.

Luisa salió, atravesó una habitacion, y entró en otra.

En ella, replegado en una silla, escondido el rostro entre las manos, y llorando silenciosamente, estaba Perez.

Antonia y el Moreno, de pie é inmóviles, comprendiendo inútiles todos los consuelos, todas las palabras para aquel dolor, estaban á su lado.

Al acercarse Luisa, Perez levantó la cabeza.

Al verla, se levantó, corrió á ella, se arrojó en sus brazos, reclinó la cabeza en su hombro, y rompió á llorar de una manera histérica.

Aquello duró algunos minutos.

Luisa le mantuvo entre sus brazos, silenciosa, llorando con él.

Al cabo Perez levantó la cabeza, miró fijamente á Luisa, y al verla llorar, dijo con voz cobarde y trémula:

—¿Ha muerto él tambien?

—Todavía no, dijo Luisa.

—¿Es decir que morirá?

—Sí, sino se equivocan los médicos.

—¿Pero vive aun?

—Sí.

—Quiero verle: quiero trasmitirle la última súplica de mi hija.

—Está con el padre Quirós.

—¿Pero tan urgente es que no pueda esperar el sacerdote mientras habla el padre?

—Por desesperado que sea el estado de Andrés, creo que Dios le deje aun algunas horas de vida.

—¡Ah! Pues entonces, doña Luisa, escúcheme usted.

Perez miró á Antonia y al Moreno de una manera que parecia indicar que queria quedarse solo con Luisa.

Comprendiéronlo entrambos, y salieron.

—Venga usted, señora, venga usted, y oiga lo que voy á decir, dijo Perez llevando á un ángulo de la habitacion á Luisa.

En el acento, en las miradas, en el semblante de Perez, habia algo de insensato.

Perez se habia sentado, habia asido las manos de Luisa, y la miraba de una manera terrible por lo dolorosa.

—¿Cree usted, la dijo de repente despues de algunos instantes de silencio, que el dolor mata?

—Está usted en un estado horrible, amigo mio, dijo Luisa conmovido: en estos momentos todo consuelo es inútil.

—¿Y no se alegra usted de la muerte de Leontina? dijo Perez como si no hubiese oido las palabras de Luisa.

—¡Yo! ¡Alegrarme yo de la muerte de esa infeliz! esclamó Luisa con un acento sobrenatural.

—¡Ah! Perdóneme usted, señora; no sé lo que digo; estoy loco; y yo he venido para algo... sí, indudablemente, yo he venido para algo, dijo Perez pasándose la mano por la frente. ¿Á qué he venido yo?...

—Á presenciar los últimos momentos de Andrés, como ha presenciado usted los últimos momentos de su hija.

—¡De mi hija! ¡De mi hija! ¡Oh! ¿Qué cosa tan horrible! Moria, y no queria morir: habia recobrado la razon, y la razon la mataba: tenia remordimiento... tan pronto se volvia á su madre como á mí, nos pedia perdon, se lo asegurábamos, y dudaba de nuestro perdon... pedia perdon á Andrés, queria verle... y esto era imposible... De repente la desdichada se sonrió: su sonrisa era de gloria; nunca he visto una sonrisa mas pura ni mas hermosa... una dulce tranquilidad sucedió á su anterior estado de desesperacion: «al menos, dijo, ellos serán felices: se aman: han nacido el uno para el otro: yo era el obstáculo que impedia su union, y ese obstáculo desaparece. ¡Ah! ¡Bendito sea Dios! Dios me perdona, pues permite que mi

muerte produzca un bien.» Y se abrazó sonriendo á su madre.

—¡Dios mio! esclamó Luisa.

—Luego, continuó Perez, me tendió una mano: aquella mano temblaba y estaba muy fria. ¡Ah! ¡No sabe usted, señora, cuán terrible es tener entre las manos una mano de nuestra hija, helada ya por la muerte.

Luisa se estremeció; se estremeció, como si aquello que horrorizaba á Perez, la sucediese á ella misma.

Perez mezclaba sus palabras entrecortadas con sus lágrimas.

—Efectivamente, dijo: yo he venido para algo: sí, para pedir á usted perdon en nombre de mi hija muerta.

—¡Oh! Sí, con toda mi alma, con toda mi fé, esclamó Luisa.

—Aun me queda que hacer á usted otra súplica en nombre de ella.

—Hable usted, hable usted.

—«Andrés la ama... la ama antes que á todo, antes que á sí mismo, dijo Leontina; esa señora es su vida y su eternidad: dígale usted que yo la ruego con toda mi alma, con todo mi deseo, que le haga feliz, que le dé la paz y la ventura que yo no he podido darle; suplíquela usted que sea su esposa.»

Luisa, al aspirar toda la amargura, todo el inmenso sentimiento de aquella mujer que moria adorando á Andrés, sintió que el corazon se la partia, y rompió á llorar.

—¡Oh, y cuán buena es usted! ¡Qué ángel de Dios! esclamó Perez comprendiendo el valor exacto del llanto de Luisa.

Y en un momento de consuelo, de efusion paternal, de agradecimiento, de entusiasmo, asió con las dos manos la cabeza de Luisa, y la besó en la frente.

Luego separó de sus labios aquella frente, en que resplandecian la pureza y la virtud, y esclamó:

—¡Y se han atrevido á calumniarla! ¡Y este ángel está deshonrado ante el mundo!

—No importa, no importa, dijo Luisa procurando contener sus lágrimas, que escitaban las de Perez: Dios es justo, y favorece á sus criaturas, las ama mas cuanto mas rudamente las pone á prueba. ¡Bendita sea la voluntad de Dios!

—Es de la madera que se hacen los mártires, esclamó roncamente Satanás, que asistia invisible á esta entrevista.

Y convirtiéndose con su intencion infernal en una virtud, inspiró á Luisa la siguiente contestacion:

—Yo soy inocente; una sucesion de apariencias, que no he podido evitar, mi inocencia misma, me han deshonrado ante el mundo. Yo no puedo consentir en ser esposa de Andrés.

—¡Ah! ¡no! ¿Y por qué?

—Yo no puedo deshonrar su nombre.

—Andrés va á morir: si antes de morir fuese usted su esposa, su alma se salvaria...

—Ó se condenaria mas.

—Y luego, ¿quién sabe? puede ser que Andrés no muera.

—Sería peor: su delirio, su locura, le hacen desear ser mi esposo; pero cuando esa locura se hubiere calmado; cuando conozca que el mundo me desprecia... ¡oh! yo no puedo consentir, yo no puedo ser la causa de que mañana Andrés se avergüence de mí: de que crea tal vez que sus hijos son hijos de mala madre.

—Si Andrés pensára eso, si Andrés sufriera un solo momento por eso, yo le maldeciria y le maldeciria Dios.

—Debemos evitar que eso suceda.

—¡Ah! Usted no le ama...

—¡Que no le amo! ¡Ah! sí, es verdad, no le amo como el mundo comprende el amor; le amo como el amor debe comprenderse en el cielo.

—Andrés es bueno.

—Le falta la fé.

—Usted se la inspirará.

—Solo Dios dá la fé.

—Pues es necesario, señora, que se cumpla la última voluntad de mi hija para que su espíritu duerma tranquilo en el seno de Dios. ¡Me lo pidió tan de veras! ¡Me suplicó de tal modo que yo hiciese presente á usted su arrepentimiento y su deseo de que hiciese usted á Andrés feliz!

—¿No llegaria un dia en que Andrés se arrepentiría de haberme hecho su esposa?

—Eso, señora, es soberbia y egoismo, esclamó irritado Perez.

—¡Soberbia! ¡Egoismo! esclamó Luisa como si hubiera recibido un rayo de luz: sí, sí, es verdad; yo debo esperar el martirio: que repose tranquila la conciencia de Leontina: seré esposa de Andrés.

Perez abrazó llorando á la jóven.

En aquel momento el padre Quirós apareció á la puerta.

—Necesito hablar con usted, Luisa, la dijo.

—Sospecho lo que es, esclamó Perez, y los dejo á ustedes en libertad; voy á consolar á mi pobre Eloisa; voy á ver por última vez á Leontina.

Y Perez salió.

—¿Qué sucede? dijo Luisa.

—Andrés se obstina en no confesar, en no preparase, si usted no consiente...

—¿En ser su esposa?

—Sí; y se está muriendo, señora.

—Pues bien, sí, esclamó Luisa.

Y fué á entrar en el aposento.

—Un instante, Luisa, un instante; lo que quiere Andrés es imposible.

—¿Pero qué es lo que quiere!

—Que yo los despose á ustedes; yo no puedo prescindir de ciertas formalidades.

—Pero este es un caso estremo.

—Yo creo que lo que mas en peligro tiene á Andrés, es la exacervacion de su espíritu; lo que le mata, es la inflamacion siempre creciente en la herida: si se pudiese contener esa inflamacion calmando su espíritu...

—¡Y cómo!

—Engañándole.

—¡Engañándole!

—La mentira, Luisa, es justa, conveniente y buena, cuando produce un bien.

—¿Y qué hay que hacer?

—Desposarlos á ustedes aparentemente, sin testigos: hacerle creer que son ustedes esposos.

El diablo, que estaba próximo á abandonar, vencido, aquellos lugares, volvió á recobrar su esperanza.

—Pues bien: puesto que usted, ministro de Dios, cree conveniente esa mentira, yo me presto á ella.

—Entremos.

—Entremos.

Andrés, al ver á Luisa, tendió hácia ella sus brazos.

—Esta señora consiente en ser esposa de usted, Andrés, dijo el padre Quirós; usted lo desea: es usted viudo y libre: yo los desposo á ustedes en nombre de Dios.

Y asió las manos de los jóvenes, y los bendijo.



UNIÓ LAS MANOS DE LOS DOS JÓVENES.

El diablo, concentrada toda su atencion y toda su alma maldita, se habia posado en el coronamiento de la cama.

Andrés cayó sobre las almohadas, desvanecido de felicidad.

Luisa se heló de terror.

—¡Un médico! ¡Pronto un médico! esclamó.

Y salió para dar órdenes.

—¿Pero qué sucede? dijo el Moreno al oir la voz de Luisa.

Luisa le contó en breves palabras lo que sucedia.

—¡Oh! Pues yo juro á usted, señora, que antes del amanecer es usted cumplida y legítimamente esposa de mi amigo Andrés: como que voy ahora mismo: ¡diablo! afortunadamente voy bien provisto de municiones.

Y enseñaba su cartera, llena de billetes de Banco.

Salió como un relámpago.

Luisa volvió á entrar en el aposento del herido.

Aun no habia vuelto en sí de su desmayo; pero su respiracion era fácil: sonreía; parecia gozar de un hermoso sueño.

Cuando vino el médico, aun estaba desmayado Andrés.

Examinó al enfermo detenidamente, y dijo:

—Estamos en una crísis; el estado es violento: es necesario no contradecirle, no escitarle: hasta mañana nada puedo decir, ni encuentro nada que hacer.

El médico se retiró á una habitacion inmediata, y poco despues Andrés volvió en sí.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? dijo.

—Estoy aquí, Andrés, contestó Luisa.

—¿Y quién mas está? añadió el jóven.

—El padre Quirós.

—¡Ah!

Aquella esclamacion de Andrés significaba que queria quedarse solo con Luisa.

—Es necesario que nos preparemos, amigo mio, dijo el eclesiástico; es necesario ser francos: está usted en peligro.

—¡Ah! no; lo que me mataba no era la herida, dijo con acento inspirado Andrés: era la desesperacion: ahora soy feliz, y siento de nuevo la vida... sí, yo viviré para mi felicidad... no hay necesidad de que me prepare.

—Sin embargo...

—¡Siempre contrariedades! esclamó Andrés con acento voluntarioso, aunque dulce y suplicante.

Luisa, que, como todo el que ama con delirio, teme con exageracion, recordó que el médico habia recomendado que no se contrariase á Andrés, é hizo al padre Quirós una seña suplicante de que saliera.

El padre Quirós salió orando de la habitacion.

Quedaron solos Andrés, Luisa y el diablo.

Se iba á dar la última batalla.

Satanás sentia una ansiedad sobrehumana, terrible, inconcebible.

Ó Luisa se perdia perdiendo á su familia, ó se salvaba salvándola.

Porque Luisa no era aun la esposa.

Andrés se inclinó hácia ella.

—Es necesario que hablemos como dos hermanos, Andrés, dijo Luisa.

—Pues qué, ¿no somos esposos? dijo Andrés.

—Aun está caliente el cadáver de esa desgraciada.

Sucedió una transformacion violenta en todo el sér de Andrés. Volvió á dejarse caer sobre una almohada, y al recuerdo de Leontina muerta se conmovió.

Luisa aprovechó aquella buena situacion.

—Es necesario, dijo Luisa, que procure usted tranquilizarse, porque para usted la tranquilidad es la vida. ¿No quiere usted vivir, Andrés?

—¡Oh, sí, sí; vivir, vivir para apurar la felicidad! esclamó Andrés.

—¿Pero no cree usted que debemos respetar la desgracia?

—¡Oh, sí!

—¿No cree usted que entrambos estamos de luto?

—Sí, es verdad.

—¿Que es preciso que ese luto no se aumente para mí?

—¡Oh, sí!

—Seamos, pues, hermanos, hasta que, quitado de entre nosotros lo repugnante, podamos ser esposos.

—Pero tú me amas, Luisa, ¿no es verdad?

—Esas palabras, que solo deben pronunciarse cuando á nadie ni á nosotros mismos puedan ofender, ahora son un escarnio del dolor y de la desgracia.

—¡Oh, harás de mí lo que quieras, Luisa!

—Pues bien: quiero que en la situacion en que usted se encuentra, piense usted mas en el cielo que en la tierra: quiero que consagre usted algo de su dolor á la desgraciada que ha muerto amán-

dole: quiero que sea usted digno de sí mismo, y digno de mi amor.

—¡Oh, que entre, que entre el padre Quirós! dijo Andrés, y déjanos solos.

Luisa salió consolada.

El padre Quirós entró, y estuvo tres horas al lado de Andrés.

Al cabo de ella salió.

—Duerme, dijo á Luisa.

Luisa no entró: temia que su sola presencia despertase á Andrés.

El diablo se daba á sí mismo: su maldita esperanza se iba reduciendo, hasta llegar á ser un átomo impalpable.

Sin embargo, Luisa no era todavía esposa de Andrés: aun podia tener esperanza.

El espíritu maldito se metió en el dormido cerebro de Andrés.

Le inspiró un sueño de voluptuosidad.

Andrés despertó, y llamó anhelante.

Luisa le oyó pronunciar su nombre, primero con impaciencia, despues con desesperacion.

Luisa se lanzó en el aposento.

La palidez de Andrés tenia algo en su blancura que hacia recordar la lava de un volcan.

En sus ojos brillaba un fuego fosforescente.

Su cabellera estaba desordenada, y con su palidez, con su demacracion, con la lucidez de sus ojos, con toda su alma ardiente asomada á su semblante, él, que siempre era bello, estaba hermosísimo.

Luisa no le habia visto nunca de aquel modo, y al verle se detuvo y tembló.

La mirada de Andrés la turbaba el alma.

Le arrastraba á él una fuerza irrresistible.

Satanás resplandecia en la mirada de Andrés.

Satanás sonreía triunfante en aquella mirada, que absorbia á Luisa, que la atraía, que la enloquecia.

Sin embargo, ni un solo pensamiento impuro habia turbado el alma de Luisa.

Pero adelantaba, dominada, hácia Andrés.

Satanás sonreía, cada vez mas triunfante, en los ojos del jóven.

Luisa estaba ya muy cerca, las manos de Andrés tocaban casi á sus manos.

El primer rayo del sol, entrando por la vidriera de una ventana, iluminó el semblante de Andrés.

—¡Te adoro! esclamó el jóven, tendiendo sus manos á Luisa.

—¡Doña Luisa! gritó el Moreno en la puerta de la habitacion.

Y se lanzó dentro.

El semblante de Andrés se nubló.

Por mejor decir, el diablo, irritado por aquella sorpresa en aquel momento decisivo, se habia retirado de los ojos de Andrés.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! dijo el Moreno, mostrando á Luisa un pliego.

—¿Y qué es eso? dijo Andrés.

—El mandamiento cerrado para que el cura párroco de San José los case á ustedes al momento: bien he trabajado: he despertado á todo el que necesitaba: le he obligado á que me sirva: he sacado testimonio de la muerte de Leontina, y por consecuencia, de la viudez de Andrés: he hecho conocer que era necesario el casamiento: me han sacado cánones; pero yo he disparado contra los cánones con cañones de oro; y, en fin, valgo mas que Napoleon, y que Nelson, y que Gravina: con que anímese usted, señor Andrés: el cura está ahí: el padre Quirós y yo seremos testigos; madrina la señorita Antonia, y hemos concluido.

—Pues qué, ¿no estamos casados? dijo Andrés.

—No, amigo, no; todo ha sido un engaño piadoso del padre Quirós y mio, para tranquilizar á usted.

—¡Ah Luisa de mi alma! esclamó Andrés comprendiendo la conducta de la jóven.

Media hora despues, Andrés y Luisa eran legítimamente esposos ante Dios y ante los hombres.

Los trámites del espediente matrimonial se habian abreviado en razon al peligro del contrayente, y con las reservas que establecen los cánones para tales casos.

Y aquí debiamos dar fin á nuestra novela.

Pero quedaria incompleta, y necesitamos escribir el

# EPILOGO.

Apenas Luisa se encontró esposa de Andrés, salió de la habitacion.

Meditó en su pureza, en su castidad, que entre aquel acto y su union material con Andrés debia pasar tiempo bastante para no hacer repugnante aquella union.

Comprendió que esto no podria evitarse si continuaba al lado de Andrés.

Los médicos habian declarado que durante la noche anterior la crísis se habia resuelto en sentido satisfactorio, y que el enfermo estaba completamente fuera de peligro.

Luisa escribió á Andrés la carta siguiente:

«Nuestra dignidad, nuestra conciencia, nuestro corazon, exigen que entre nuestro casamiento y nuestra union pase el tiempo del luto justísimo que debes vestir por tu difunta esposa, insepulta aun, cuando ya otra mujer se siente feliz perteneciéndote. Yo te amo, Andrés; yo me separo de tí con pena; pero debemos separarnos. Debemos dejar al tiempo la tarea de gastar las terribles impresiones de que estamos dominados. No debemos vernos hasta dentro de un año. No dudes por eso de mí: si no consientes en lo que yo creo digno y justo, te obedeceré; pero te suplico que no me detengas. Te amo con toda mi alma, y soy feliz.—*Luisa.*»

Andrés contestó estas solas palabras:

«Vete: dentro de un año nos encontrarémos: me has transformado: eres un ángel de redencion.»

Apenas Luisa leyó esta carta, sus ojos se nublaron, su alma se inundó de una felicidad desconocida, y cayó de rodillas, y oró.

Y entonces, en medio de la abstraccion de su alma, se creyó transportada al sombrío salon de su antigua casa, al que se entraba por la misteriosa puerta de ébano.

Aquel salon terrible estaba lleno de una luz de gloria.

Ocho mujeres hermosísimas, enteramente semejantes entre sí, como eran semejantes á Luisa, se elevaban lentamente al cielo.

La felicidad estaba pintada en sus semblantes, y sus miradas, fijas en Luisa, la bendecian.

La virtud de Luisa las habia redimido.

Lentamente aquella aparicion gloriosa desaparecia, perdiéndose en lo infinito.

Y entonces Luisa vió en el fondo de su pensamiento un espacio rojo, con el reflejo del fuego del infierno; y en medio de él Satanás, que la miraba sombrío y terrible.

Luisa escuchó su ronca voz:

—Dios me ha vencido, dijo; pero aun sigue mi lucha con él por tí: has apurado el martirio de la vírgen, y has salvado á los tuyos: has sido un ángel de redencion; pero aun te esperan el martirio de la esposa, el martirio de la madre, el martirio del alma. ¡Te has casado! Veremos si te salvas á tí.

FIN DEL ÁNGEL DE REDENCION.

## ADVERTENCIA IMPORTANTE.

---

Hemos concluido nuestro cuento: Luisa, el ángel de redencion, ha salvado á su familia; pero Luisa queda en el período mas grave de su vida; nuevos dolores, nuevas y terribles pruebas la aguardan: para satisfacer á nuestros lectores, que quieran seguir la historia de Luisa, hasta dejarla en la tumba, hemos escrito un nuevo libro: este libro se titula: EL MARTIRIO DEL ALMA.

# INDICE

## DE LOS CAPITULOS DEL TOMO SEGUNDO.

Páginas.

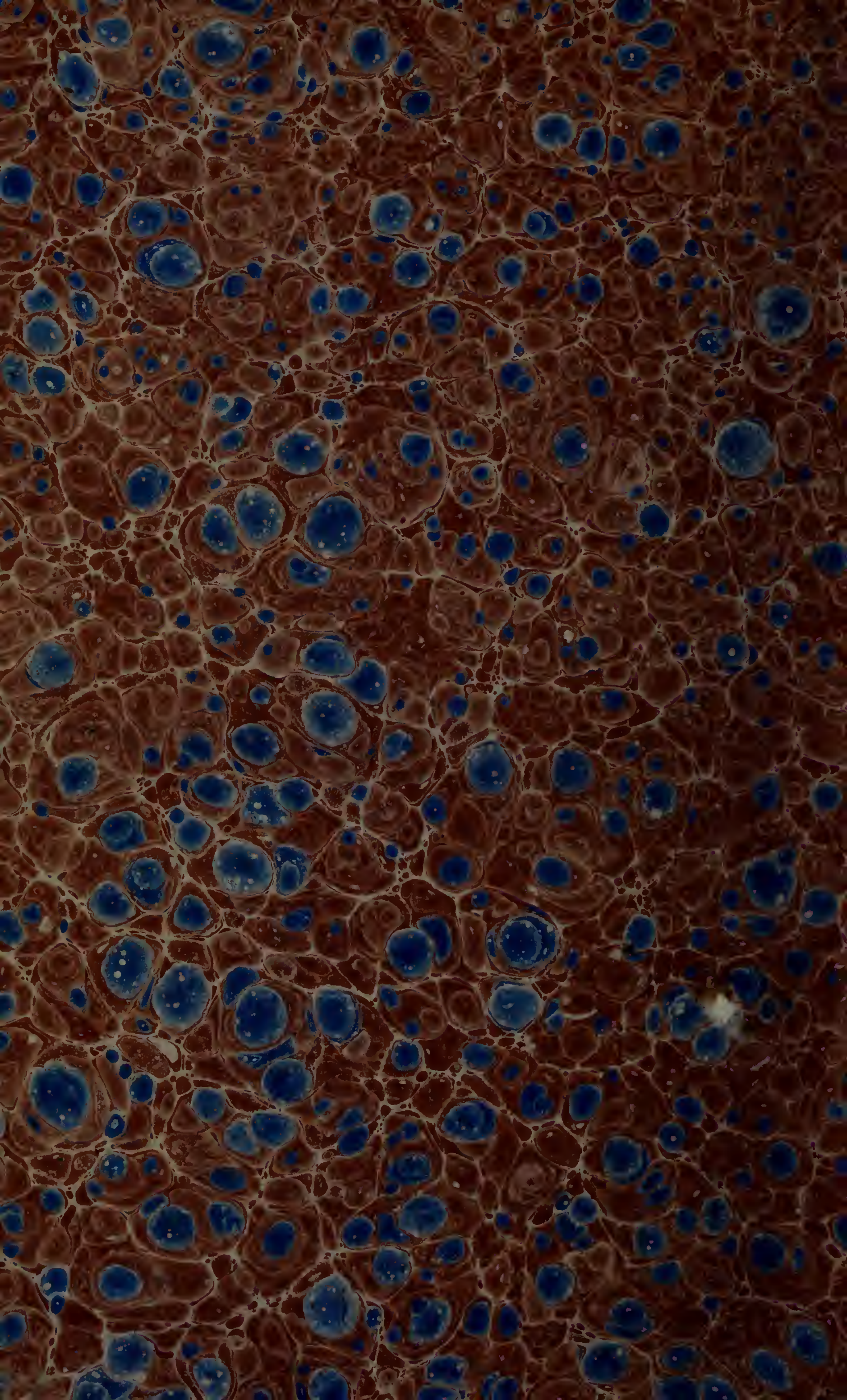


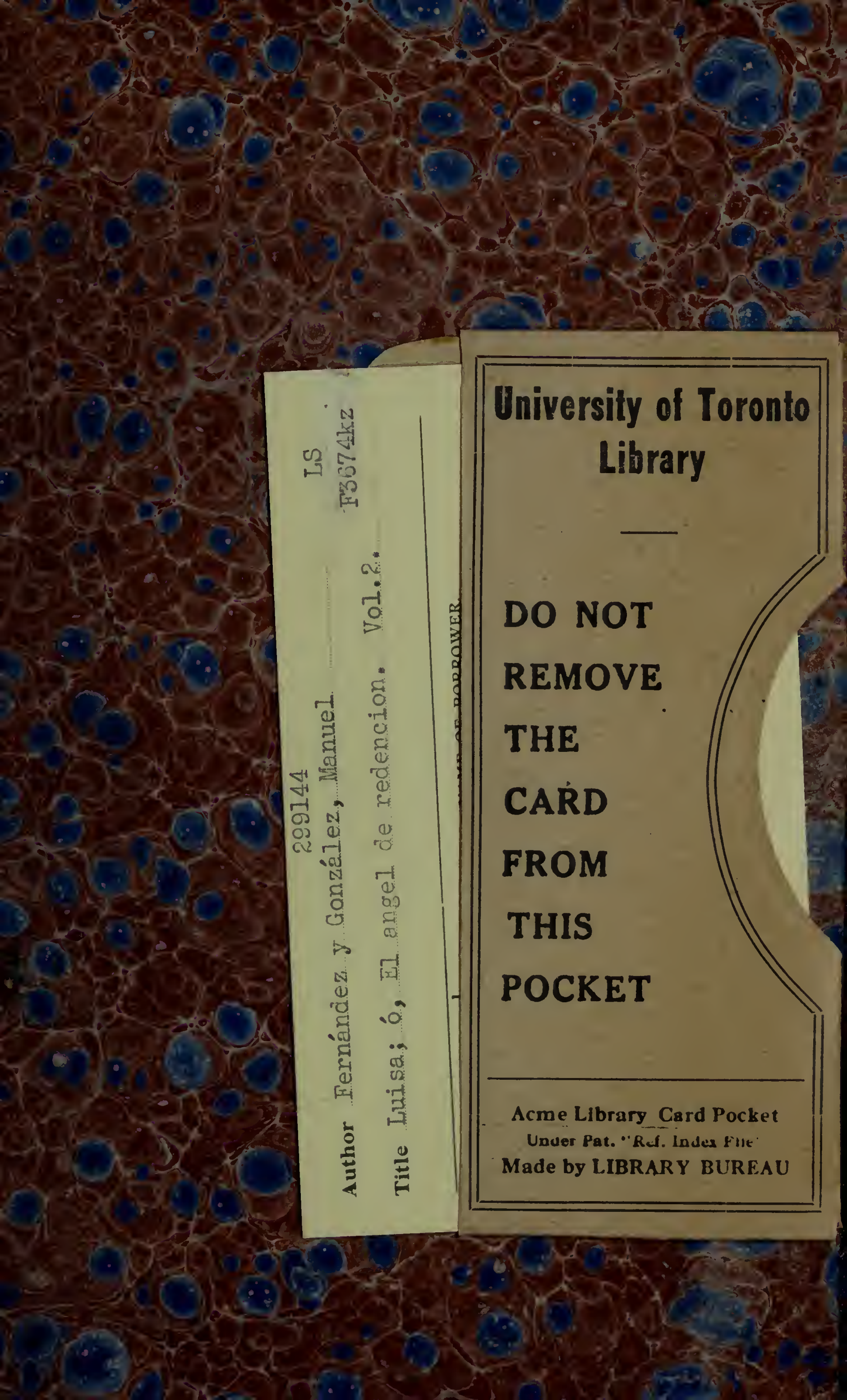
FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

# PLANTILLA

## para la colocacion de las láminas.






299144
LS
F3674kz
Author Fernández y González, Manuel
Title Luisa; ó, El angel de redencion. Vol.2.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

